

ANUARIO DEL COLEGIO DE
ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS
2006



VOLUMEN I / MÉXICO / 2006

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**ANUARIO DEL COLEGIO DE
ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
2006**

ANUARIO DEL COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

2006

MARIO MIRANDA PACHECO
Editor



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ANUARIO DEL COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, 2006
CONSEJO EDITORIAL

Editor

Mario Miranda Pacheco

Coordinadores de Área

Historia

Ana Carolina Ibarra

Javier Torres Parés

Literatura

Jorge Ruedas de la Serna

Valquiria Wey Fagnani

Ciencias Sociales

René Aguilar Piña

José Luis Ávila Martínez

Filosofía

Mario Magallón Anaya

José Antonio Matesanz

Con la colaboración de:

Patricia Ascencio Aguirre

Secretaría de Extensión Académica y Coordinación técnica de la edición

Martha Cantú

Coordinadora de Publicaciones

Laura Talavera

Cuidado de la edición: Stella Cuéllar

Diseño de la cubierta: Gabriela Carrillo

DR © 2007, Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.
Impreso y hecho en México
ISSN EN TRÁMITE

CONTENIDO

PRESENTACIÓN, Ambrosio Velasco Gómez	11
PREFACIO, José Luis Ávila Martínez	13
INTRODUCCIÓN, Mario Miranda Pacheco	15
HISTORIA: CONFIGURACIONES DEL PASADO	
Ana Carolina IBARRA, “De historia y memoria”	25
Javier TORRES PARÉS, “El pueblo elegido. Mitos, memoria e historia”	33
Iván ESCAMILLA GONZÁLEZ, “Lorenzo Boturini y la comprensión de lo americano”	49
Valquiria WEY FAGNANI, “Emigración cultural en el siglo XIX: J. B. Debret y la misión francesa de 1816”	59
Johanna VON GRAFENSTEIN, “El mundo atlántico a la hora de la revolución haitiana. La visión de Francisco Arango Parreño”	73
Enrique CAMACHO NAVARRO, “La imagen del Circuncaribe desde la mirada imperial de la United Fruit Co.”	87
LITERATURA: EL LENGUAJE LITERARIO Y SUS ALCANCES	
Françoise PERUS, “Antonio Cornejo Polar: una política de la lectura”	99
Ignacio DÍAZ RUIZ, “El libro: un símbolo en José Martí”	107
Begoña PULIDO HERRÁEZ, “Las lanzas coloradas. El doloroso nacimiento de la República”	117
Liliana WEINBERG, “Pedro Henríquez Ureña y el nuevo descubrimiento del Mediterráneo” . . .	129
Antonio CANDIDO (invitado especial), “Romantismo, negatividade, modernidade”	137
Jorge RUEDAS DE LA SERNA, “De la venganza, a propósito de un ensayo de Antonio Candido” . .	143

CIENCIAS SOCIALES: SOCIEDAD Y ECONOMÍA DE AYER Y HOY

René AGUILAR PIÑA, "Ilustración y modernidad económica
en espacios americanos del siglo XVIII" 157

Guillermo GUAJARDO SOTO, "México y Chile en el tránsito de las políticas de desarrollo
al neoliberalismo". 165

Teresa AGUIRRE, "Viejos y nuevos retos para el desarrollo de América Latina". 179

José Luis ÁVILA MARTÍNEZ, "Dilemas de la globalidad: América Latina
en la migración internacional" 201

Carlos M. TUR DONATTI y Carlos A. AGUIRRE ÁLVAREZ, "Escenario sudamericano:
el Mercosur, Washington y Brasilia" 215

CULTURA POLÍTICA Y ANTROPOLOGÍA

Ricardo MELGAR BAO, "Capital letrado y cultura política de la izquierda
centroamericana, 1921-1933" 223

Patricia PENSADO, "La revolución cubana en los relatos de la militancia
de la década de 1970 en México" 247

H. C. Felipe MANSILLA (invitado especial), "Intelectuales y política en América Latina.
Aproximación a una ambivalencia fundamental" 259

Sergio RICCO, "Anotaciones sobre el conocimiento antropológico de América Latina" 269

FILOSOFÍA: REFLEXIÓN SIN TÉRMINO

Mario MAGALLÓN ANAYA, "La razón y la modernidad: discontinuidades conceptuales" 289

Horacio CERUTTI GULDBERG, "Elementos y sugerencias para una historia
de las ideas estéticas en nuestra América". 299

Roberto MORA MARTÍNEZ, "Humanismo, identidad y mestizaje en América Latina" 315

Luis Gerardo DÍAZ NÚÑEZ, "El lenguaje religioso, su impacto social y
la teología de la liberación" 321

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Mario MIRANDA PACHECO, <i>Signos y figuraciones de una época. Antología de ensayos heterogéneos</i> (Patricia CABRERA LÓPEZ)	333
Patricia CABRERA LÓPEZ, <i>Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987</i> (Alba Teresa ESTRADA CASTAÑÓN)	336
Ana Carolina IBARRA, coord., <i>La independencia en el sur de México</i> (Yadira Ibette CRUZ MELÉNDEZ)	339
Alfredo ÁVILA, <i>Para la libertad. Los republicanos en tiempos del Imperio 1821-1823</i> (Rodrigo MORENO GUTIÉRREZ).	342
José A. PIQUERAS, <i>Cuba, emporio y colonia. La disputa de un mercado interferido (1878-1895)</i> (Horacio CRESPO).	347
Emmanuel LEVINAS, <i>Difícil libertad. Ensayos sobre el judaísmo</i> (Carlos HAM JUÁREZ)	353
Karl JASPERS, <i>La filosofía</i> (Buatu BATUBENGUE OMER).	356
Xabier ETXEBERRIA, <i>Sociedades multiculturales</i> (Ma. de los Ángeles PENSADO LEGLISE)	360
Immanuel WALLERSTEIN, <i>Utopística o las opciones históricas del siglo XXI</i> (Ana GOUTMAN). . .	365
Immanuel WALLERSTEIN, <i>La decadencia del poder estadounidense</i> (Alfredo RAJO SERVENTICH)	367
José Juan TABLADA, <i>En el país del sol</i> (Araceli TINAJERO)	372
INFORMACIÓN SOBRE LOS COLABORADORES.	377

PRESENTACIÓN

Ambrosio VELASCO GÓMEZ

La publicación del primer *Anuario de Estudios Latinoamericanos* representa, por varias razones, un importante logro no sólo de este Colegio, sino también de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad. En primer lugar, porque constituye la primera respuesta cabalmente lograda y de gran calidad a la invitación que desde enero de 2005, como un lineamiento prioritario del Plan de Desarrollo de la Facultad 2005-2009, había planteado a todos los colegios de la Facultad para que promovieran entre los profesores la investigación individual y colectiva, y se difundieran sus resultados mediante un *Anuario*. Ciertamente el Colegio de Letras Modernas cuenta ya con la publicación regular de su *Anuario* desde tiempo atrás, pero ningún otro Colegio lo tenía. Además, una virtud importante de este *Anuario* es que integra artículos de investigación de alta calidad sobre los ejes temáticos que se cultivan en la docencia del Plan de Estudios de la Licenciatura de Estudios Latinoamericanos, a saber: Historia, Literatura, Filosofía y Ciencias Sociales (Sociología, Economía, Ciencia Política y Antropología). De esta manera, el *Anuario* adquiere un carácter interdisciplinario que resulta muy pertinente para comprender la compleja problemática de América Latina y, al mismo tiempo, responde a las necesidades de nuevos y originales trabajos de investigación que demanda el nuevo Plan de Estudios de esta licenciatura. Además, se promueve la articulación entre investigación original y docencia innovadora.

Por otra parte, cabe destacar la amplia convocatoria que ha logrado el *Anuario* al conjuntar los esfuerzos de profesores e investigadores de diferentes entidades académicas, e inclusive de distintas universidades. De este modo se amplía, enriquece y fortalece el Colegio de Estudios Latinoamericanos.

Finalmente, otra razón de peso para celebrar con júbilo la aparición de este primer número es que el *Anuario* permitirá proyectar ampliamente la valiosa labor de investigación y docencia que se realiza en el Colegio de Estudios Latinoamericanos.

Por todas estas razones, felicito muy efusivamente al Colegio de Estudios Latinoamericanos, a su Comité Académico, que ha tomado decisiones muy atinadas, especialmente al nombrar al doctor Mario Miranda Pacheco como editor de este primer número, quien ha realizado una magnífica labor como director y editor, por lo cual lo felicito con profunda gratitud. Agradezco también a cada uno de los colaboradores su esfuerzo por escribir artículos y reseñas con esmero y rigor. Finalmente, expreso mi más amplio reconocimiento al profesor José Luis Ávila, coordinador del Colegio, por el cuidado y esmero que ha puesto desde las etapas iniciales para llevar a buen término la elaboración y publicación de este *Anuario*.

Estoy seguro que dentro de un año estaremos presentado el segundo número del *Anuario de Estudios Latinoamericanos*, y así, sucesivamente, año tras año se irá consolidando una tradición semejante a la de las antiguas relecciones que se escribían y publicaban al finalizar las cátedras más importantes que se impartían en la Real Universidad de México, y en todas las grandes universidades hispánicas, hace más de 450 años. Al igual que las relecciones, como la *De Indis*, en Salamanca (1539), de Francisco de Vitoria, o la *De Dominio Infidelium et iusto bello*, escrita en 1554 por el fundador de nuestra Facultad Alonso de la Veracruz, de quien celebramos este año, cinco siglos de su nacimiento, el *Anuario* que ahora presentamos también busca comprender los grandes problemas sociales y políticos de nuestra nación y de nuestra América, y propone soluciones de acuerdo a estrictos criterios académicos, a valores y compromisos éticos y políticos propios de nuestra Universidad.

Así pues, si bien la aparición del primer número del *Anuario de Estudios Latinoamericanos* es un acontecimiento inédito, también podemos verlo como el renacimiento de una larga y valiosa tradición humanista, ciertamente renovada, pero que mantiene el firme compromiso de vincular las humanidades y las ciencias sociales con la comprensión crítica de nuestra realidad latinoamericana.

Ciudad Universitaria, abril de 2007

PREFACIO

José Luis ÁVILA MARTÍNEZ

La publicación del *Anuario del Colegio de Estudios Latinoamericanos 2006* es un mérito editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Su contenido, integrado por veinticinco artículos y once reseñas bibliográficas, constituye un indicador de la diversidad temática que abarcan las áreas de enseñanza establecidas en el nuevo plan de estudios del Colegio.

Los preparativos de esta publicación se remontan al mes de mayo del año pasado. Se iniciaron con el nombramiento del editor responsable, Dr. Mario Miranda Pacheco, que hizo el Comité Académico Asesor del Colegio y la organización de un Comité Editorial en el que participaron dos profesores por área del conocimiento del plan de estudios. Dicho Comité acordó que se invitara a veintiocho académicos del Colegio y a cinco colaboradores extranjeros de prestigio, para que escribieran artículos o ensayos de su especialidad. También se le encargaron reseñas y comentarios de obras a ocho profesores del Colegio y a tres externos, quienes eligieron textos que, a su juicio, son significativos para la enseñanza que se imparte en el Colegio.

Los trabajos publicados —previo dictamen de los coordinadores de área— trasladan al *Anuario del Colegio de Estudios Latinoamericanos 2006* investigaciones en curso y puntos de vista personales sobre la historia, la literatura, el pensamiento filosófico y las ciencias sociales. El único criterio que tuvo el Comité Editorial para solicitar la colaboración de los autores fue la calidad de su producción intelectual.

Esta información sería incompleta si omitiera un reconocimiento a las siguientes personas: doctor Ambrosio Velasco Gómez, director de la Facultad de Filosofía y Letras, promotor principal de la publicación de este *Anuario*; licenciada Martha Cantú, secretaria de Difusión Académica de la Facultad, por su colaboración irrestricta en los asuntos administrativos y editoriales; Patricia Ascencio Aguirre, por su apoyo en la organización y ajustes editoriales a cada uno de los artículos y reseñas bibliográficas. Para expresar mi reconocimiento de manera indivisa, debo decir que el logro de esta publicación es un esfuerzo colectivo y se debe a la invaluable participación del Comité Editorial integrado por los coordinadores de área, los autores de los artículos y reseñas, y el apoyo del personal administrativo del Colegio.

Este año de 2007 celebramos el 40 Aniversario de la Licenciatura en Estudios Latinoamericanos y el 30 Aniversario del Colegio de Estudios Latinoamericanos. No podía encontrarse mejor momento para presentar este primer número del Anuario del Colegio, que refleja la consolidación de la licenciatura como una opción profesional y de nuestro cuerpo académico, nutrido en su gran mayoría de profesores asignatura que comparten con nosotros el compromiso de formar latinoamericanistas con vocación humanista.

Con la publicación de este *Anuario* esperamos avanzar en nuestro objetivo de fortalecer la presencia del Colegio en las discusiones nacionales y regionales sobre el devenir de América Latina, y confiamos en que los artículos que se publican contribuyan a un mejor conocimiento de las humanidades y las ciencias sociales de América Latina, y estimulen nuevas reflexiones críticas.

Ciudad Universitaria, enero de 2007.

INTRODUCCIÓN

Mario MIRANDA PACHECO

Los estudios latinoamericanos que imparte la Facultad de Filosofía y Letras constituyen un proyecto académico innovador en el conocimiento de la historia, la sociedad y la cultura de América Latina. La orientación humanística de estos estudios —articulada con las aportaciones de las ciencias sociales— afianza la amplitud de su enfoque epistemológico y propicia la aplicación de un plan de estudios que por su carácter interdisciplinario, abre espacios creativos para la investigación y la docencia.

Los señalamientos que preceden se reflejan en el contenido de este Anuario. Mas, antes de introducirnos en la lectura de artículos y ensayos heterogéneos, como son los de esta publicación, me parece oportuno comentar de manera sucinta algunos aspectos relativos a la trayectoria del conocimiento de América Latina y de su institucionalización académica con la denominación de *estudios latinoamericanos*.

I

Los pueblos originarios de América Latina crearon un conocimiento propio, original, de la región que habitan, de su vida social y de su historia, del poder político que los regía y de su mundo simbólico. Las diferentes cosmovisiones, sociovisiones, tradiciones y saberes transmitidos en el tiempo son su testimonio. Sin relegar este antecedente, lo que hoy llamamos “conocimiento de América Latina” tuvo una génesis nueva. En tal sentido se percibe con nitidez que este conocimiento, distinto del propio y original, ha atravesado un largo proceso de cambios que conciernen a su uso y estructuración. Al cabo de ese proceso asumió formas relativamente estandarizadas y curricularmente sistematizadas en lo que ahora se denominan, con cierta anbigüedad, *estudios latinoamericanos*.

Para recorrer este camino, el conocimiento de nuestra región comenzó con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Colón fue el primero en poner nombres a los lugares en que estuvo, o que vio en sus repetidos viajes, y también fue el primero en informar de los pobladores de la región y de sus usos y costumbres. Los cronistas de la Colonia nos dejaron innumerables conocimientos protocientíficos, que abarcan desde la geografía y la etnografía hasta la astronomía, y que hoy asumimos como referencia histórica en diversas ciencias. A fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX el conocimiento de la región tuvo cambios notables. Unas veces fueron viajeros científicos e ilustrados como Humboldt o D’Orbigny quienes nos abrieron los ojos para ver las potencialidades

naturales y humanas del subcontinente; otras veces fueron agentes de la actividad económica (los cónsules ingleses) que articularon políticas financieras y comerciales de nuevo tipo para un mundo que despertaba de su letargo colonial.

En la época republicana, iniciada la fase imperialista, el conocimiento de la región dio un giro utilitario para adecuarlo a una nueva dominación, la neocolonial. El subcontinente, calibrado por intereses ajenos en el marco de la expansión del sistema capitalista y gobernado por regímenes de distinto sello, pasó a ser considerado como un depósito natural de recursos naturales, disponibles para la explotación y el despojo.

En la segunda mitad del siglo xx, los estudios latinoamericanos —estructurados en su actual orientación epistemológica— entraron con paso firme en el mundo de la cultura universitaria. Terminada la Segunda Guerra Mundial, América Latina representaba la región más ‘interesante’ en el conjunto de proyecciones hegemónicas de las potencias de entonces: ingentes recursos naturales, abundante fuerza de trabajo, espacios estratégicos de inversión, disparidades en el desarrollo social y económico, choque de la modernidad con el atraso, permanentes crisis políticas y sociales, ingobernabilidad, complejidad étnica y cultural, entre otros, fueron factores determinantes para que nuestra región renovara sus perfiles de objeto de análisis y estudio.

Así surgieron en Estados Unidos, la Unión Soviética, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania —para citar los países más conspicuos de ese tiempo— cientos de institutos y centros académicos dedicados al conocimiento global de América Latina y a la investigación especializada de múltiples problemas económicos, sociales y culturales que enfrentan y comparten nuestros países.

Con la globalización —fenómeno histórico considerado como la transición cultural más grande y profunda que experimenta la humanidad— a América Latina se la estudia de manera exhaustiva en lo que significan su sociedad e historia, su política y economía, su complejidad étnica, su arte y literatura.

En este contexto —ensamblaje mundial capitalista de economías sociedades y culturas— los estudios latinoamericanos adquieren creciente importancia: su finalidad cognitiva juega un papel estratégico en el reto de preservar la identidad cultural y la viabilidad histórica de la región.

Sin lugar a dudas, en el presente, los estudios latinoamericanos adquieren una significación palmaria. La progresiva institucionalización universitaria y la incorporación de estos estudios a proyectos auspiciados por organismos regionales y mundiales, reflejan un nuevo giro epistemológico. Su configuración académica, particularmente en los países avanzados, está relacionada con su función social, política o económica, y con una oferta de especialización precisa. En tal perspectiva, el desarrollo de estos estudios presenta notorias diferencias que conciernen a las motivaciones y objetivos de su enseñanza. Por ello, las particularidades con que se los imparte y difunde residen principalmente en los enfoques académicos y en las finalidades que se les imprime en diversas instituciones de América Latina y de otros continentes.

Al respecto, cabe observar que la disposición foránea de impartir estos estudios, o de acondicionarlos en proyectos de múltiple proyección, está vinculada con la instrumentación del conocimiento global o especializado de América Latina en el proceso de mundialización creciente de la economía, la política y cultura, proceso que afecta a la región en su conjunto y a nuestros pueblos en particular. En tales circunstancias, los países que llegaron a ser efectivamente modernos, ahora, mediante acuerdos multilaterales y hegemónicos, impulsan el proyecto *civilizador* y metropoli-

tano de la globalización, en el cual nuestra región, vista como *civilizable*, asume el riesgo de poner en juego su identidad y las posibilidades de su integración y desarrollo.

Estos hechos fueron oportunamente advertidos por la Universidad Nacional Autónoma de México, que a partir de los años sesenta del siglo pasado ocupa una posición de avanzada en la institucionalización y difusión regional e internacional de los estudios latinoamericanos. Para tales efectos —siendo la única y por largo tiempo en la región— nuestra casa de estudios llevó y lleva a la práctica proyectos de formación académica y profesional orientados hacia la defensa de la identidad cultural y de América Latina y de su autodeterminación histórica. Se trata de proyectos interdisciplinarios, sustentados en el estudio de las humanidades de acendrada tradición latinoamericana y en las aportaciones de las ciencias sociales y del pensamiento político, y que están a la vista en los modelos que actualmente desarrollan la Facultad de Filosofía y Letras y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, respectivamente.

II

El marco conceptual de este ANUARIO, en un aspecto, rescata los antecedentes históricos y académicos anotados a lo largo de esta Introducción; en otro, el de su aplicación, representa un indicador objetivo, mas no exhaustivo, de la diversidad temática, manifiesta en los trabajos publicados. Desde este punto de vista, y con el encabezado de las secciones que conforman este volumen, el editor no se ha limitado a enunciar el significado frío e inerte de un campo disciplinario determinado; por el contrario, ha tratado de reflejar el carácter dinámico y creativo que tienen distintas áreas formativas en su renovado enfoque epistemológico.

Así, con el título de la primera sección, *Historia: configuraciones del pasado*, se pretende expresar el objeto propio del conocimiento histórico de nuestra región, en el cual la memoria, los hechos históricos, los personajes y el discurso histórico, entre otros factores contribuyen a comprender situaciones específicas, sobre todo configuraciones propias de nuestra realidad, unas ilustradas que provienen del pasado colonial y otras neocoloniales que surgieron en el siglo xx.

En la segunda sección, el encabezado *Literatura: el lenguaje literario y sus alcances* resalta la trascendencia que tiene el lenguaje literario en la expresión del mundo subjetivo y en la formación de la conciencia colectiva. Así lo prueban la crítica literaria, la narrativa y otros géneros literarios que reflejan, describen o crean representaciones reales o imaginarias.

La sección tercera, *Ciencias sociales: sociedad y economía de ayer y hoy* trata de ideas y prácticas significativas de la economía y de los cambios sociales que afectaron a la región, desde la Colonia hasta la época neoliberal, con sus secuelas manifiestas en los retos pendientes del desarrollo y en los problemas actuales de la migración. Esta sección incluye el apartado *Cultura política y antropología*, dedicado al estudio y comentario de diversas cuestiones ideológicas y de cultura política del pasado y del presente, así como de postulaciones de la antropología que surgieron en contextos específicos.

La última sección, intitulada *Filosofía: reflexión sin término*, refleja la naturaleza del pensar filosófico, actividad siempre inconclusa que, en los textos del ANUARIO, incluye temas profusamente

estudiados en la región y otros que hoy preocupan a gran parte de los estudiosos de la filosofía y la ideología en América Latina.

III

Veamos ahora la integración particularizada de las secciones referidas. Los textos escritos entre comillas son transcripciones del original respectivo.

Historia: configuraciones del pasado. El primer trabajo de este rubro “De historia y memoria”, de Ana Carolina Ibarra, escrito “a partir de un asunto acuciante” (promulgación de las *leyes memoriales* de Francia en 1990 y 2005), “aspira sólo a poner en el tapete de la discusión la compleja relación historia-memoria en el contexto de la renovación historiográfica presente; en tal sentido, pretende precisar cuál es el ámbito de la historia y cuál el de la memoria”. “En suma, este trabajo se plantea la interacción entre el trabajo del historiador y la memoria colectiva y, aunque sólo sea de forma somera, enfrentar el problema de las memorias nacionales en las últimas décadas del siglo xx”.

El artículo de Javier Torres Parés “El pueblo elegido. Mitos, memoria e historia” es un estudio amplio sobre la transmisión de múltiples ideas y mitos ingleses, reformistas y religiosos, a la sociedad estadounidense. En él su autor analiza los cambios ocurridos en la historia social y en la mitologización de la historia de Estados Unidos. Al respecto anota: “el mito reinterpreta los enfrentamientos raciales para restaurar la *armonía* perdida mediante de una violencia [...] que justificó la guerra estadounidense con México [...], experiencia definitoria de su visión de la otredad de América Latina y del llamado Tercer Mundo”.

El tercer artículo de esta sección “Lorenzo Boturini y la comprensión de lo americano. Notas para un estudio”, de Iván Escamilla González, trata de la personalidad y las vicisitudes de este sabio ilustrado. El autor, en gran parte de su trabajo, comenta los estudios de Boturini sobre el valor simbólico y la función social cohesiva del culto a la Virgen de Guadalupe, y subraya las ideas de Boturini sobre la posibilidad de aplicar a la historia de América Latina los “principios de la ciencia nueva” de Giambattista Vico, primer filósofo moderno de la historia.

El siguiente trabajo es de Valquiria Wey Fagnani, y lleva el título “Emigración cultural del siglo XIX: J. B. Debret y la misión francesa de 1816”. En él se explican las circunstancias y resultados que tuvo un exilio cultural de la era napoleónica. Mediante ricas y detalladas descripciones de personajes y escenas que ilustró Debret, este relato histórico relaciona, por una parte, la producción artística con el conocimiento de una época, mientras que por otra permite percibir, de manera ejemplar, en los grabados del artista francés ciertos rasgos de la vida urbana de Río de Janeiro y sobresalientes contrastes sociales de un Brasil aún colonial.

El quinto artículo “El mundo atlántico a la hora de la revolución haitiana: la visión de Francisco de Arango y Parreño”, de Johanna von Grafenstein, por su título y contenido constituye toda una configuración de la situación caribeña, animada con la presencia señera de Cuba en el escenario de la región y en la atmósfera política creada por la revolución del Santo Domingo francés, hoy Haití. El último artículo de esta sección, escrito por Enrique Camacho se titula “La imagen del Circuncaribe desde la mirada imperial de la United Fruit Co.”. Este texto describe y explica la repre-

sentación iconográfica que, bajo el dominio de un consorcio estadounidense, tuvo la región bañada por el mar Caribe. La médula de este artículo constituye un genuino aporte metodológico, basado en el estudio de imágenes que configuran una situación determinada en la fase neocolonial e imperialista de la historia de América Latina.

Literatura: el lenguaje literario y sus alcances. Los trabajos de esta sección hablan por sí mismos de los alcances del lenguaje literario. Su trascendencia está relacionada con los valores que aporta a la expresión y crítica de los asuntos humanos, o a la recreación e interpretación de mentalidades y situaciones que inciden fuertemente en la formación de la conciencia colectiva. El ensayo inicial de esta sección está escrito por Françoise Perus, y lleva por título “Antonio Cornejo Polar: una política de la cultura”. Este ensayo representa una aportación al estudio crítico de la literatura latinoamericana. Su autora analiza la labor de Cornejo Polar y cala a fondo en sus propuestas de “reorganizar y transmitir” el legado colonial como condición metodológica para “dejar atrás la supuesta condición ‘periférica’ de la literatura latinoamericana”.

El segundo trabajo, de Ignacio Díaz Ruiz, “El libro: un símbolo en José Martí”, es un relato interpretativo de las experiencias y de la vocación humanística del escritor cubano. En este relato de esencia informativa, Díaz Ruiz destaca la preocupación de Martí por la cultura de nuestros pueblos, así como por la importancia social y cultural del libro que, según Martí, representa la “esencia y flor de todo lo moderno” y constituye un “bien de sabiduría”.

El artículo de Begoña Pulido Herráez “Las lanzas coloradas. El doloroso nacimiento de la República” se refiere a “la gestación” de Venezuela y está escrito como una recensión de la novela histórica de Arturo Uslar Pietri *Las lanzas coloradas*, inspirada en “la guerra a muerte” contra el poderío español, decretada por Simón Bolívar. En este texto se refleja “la mezcla de herencias y razas contradictorias” y se comenta el “mestizaje cultural” de la república naciente.

El siguiente artículo de la sección es de Liliana Weinberg, y lleva el título “Pedro Henríquez Ureña y el nuevo descubrimiento del Mediterráneo”. Constituye una delicada y bien informada evocación del “gran ensayista y gran editor”. En ese marco, su autora resalta los alcances del lenguaje reflexivo y metafórico de Pedro Henríquez Ureña, referido al nuevo descubrimiento del mar Mediterráneo, a su significado para América Latina, al idioma de la región, a los pueblos y a la comunidad de cultura, para pensar, de manera persuasiva, en América y “llegar a la unidad de la magna patria”.

El quinto trabajo de esta sección se titula “Romantismo, negatividade, modernidade”. Es un ensayo inédito escrito en portugués, de Antonio Candido, invitado especial para colaborar en el ANUARIO.

Finalmente, el último texto de la sección es de la pluma de Jorge Ruedas de la Serna, y se titula “De la venganza, a propósito de un ensayo de Antonio Candido”. El autor, a partir de su descripción de la escenografía y el héroe de la película “The Count of Monte Cristo”, elabora un análisis detenido y erudito del entramado psicológico y social en que se mueven los personajes y que el crítico brasileño Antonio Candido dio relieve en su ensayo “Monte Cristo ou da vingança”.

Ciencias sociales: sociedad y economía de ayer y hoy. Los trabajos de esta sección abordan distintos momentos que vivió América Latina. En los textos se analizan ideologías y procesos sociales y económicos del pasado y por otros que se presentan en la época actual. El primer ensayo es de René Aguilar Piña, y lleva por título “Ilustración y modernidad económica en espacios econó-

nicos del siglo XVIII". En él se explican los cambios de mentalidad y de política pragmática de la Corona española en la configuración de distintos espacios americanos, condicionados por economías-mundo y por los avances de la modernidad y la Ilustración en la época colonial borbónica.

El trabajo siguiente "México y Chile en el tránsito de las políticas de desarrollo al neoliberalismo", de Guillermo Guajardo Soto, es prolijo en datos y referencias a personajes que participaron en ese proceso. Se trata de un estudio detallado de dos concepciones opuestas del desarrollo y del papel histórico que cumplieron Chile y México en el tránsito de una ideología económica a otra en el marco de la Guerra Fría.

El tercer escrito es de Teresa Aguirre: "Viejos y nuevos retos del desarrollo desde América Latina". Contiene una reflexión crítica sobre las implicaciones de nuevas formulaciones del desarrollo. En tal sentido, con las modalidades de una agenda coherente, sugiere soluciones esperadas para los problemas pendientes que enfrenta la región. El trabajo que le sigue es de José Luis Ávila Martínez. Lleva el título "Dilemas de la globalidad: América Latina en la migración internacional", y es un estudio de las causas, condiciones y consecuencias del fenómeno migratorio actual. Orientado hacia políticas remediales, su autor subraya la necesidad de poner fin a un estado de cosas negativo para nuestros pueblos.

El quinto trabajo de esta sección, escrito por Carlos M. Tur Donatti y Carlos A. Aguirre Álvarez, se titula "Escenario sudamericano: el Mercosur, Washington y Brasilia". En su corta extensión, este trabajo informa sobre los cambios políticos ocurridos recientemente en Sudamérica y sobre las políticas actuales de integración en la región del Río de la Plata, contrarias a los intereses de Estados Unidos.

Cultura política y Antropología es un agrupamiento de cuatro escritos que completan el rubro de ciencias sociales. El primer trabajo "Capital letrado y cultura política de la izquierda centroamericana, 1921-1933" es un estudio bien documentado de las ideas "cominternistas" o marxistas que difundió "el capital letrado", categoría nueva y significativa en la historia de las ideas, utilizada en el texto para referirse a los intelectuales centroamericanos que impulsaron la organización de partidos y sindicatos de trabajadores en varios países de la región.

El trabajo de Patricia Pensado Leglise "La Revolución Cubana en los relatos de militancia de la década de 1970 en México" registra distintos pasajes de historia oral, referidos a la repercusión que tuvo la Revolución Cubana en México.

El tercer trabajo lleva el título "Intelectuales y política en América Latina, aproximación a una ambivalencia fundamental", escrito por H. C. Felipe Mansilla, politólogo boliviano, invitado especial para colaborar en este ANUARIO. En su artículo, el autor analiza la función política y social de los intelectuales latinoamericanos en lo que atañe a la producción de ideología y a su relación con el poder político.

El trabajo final de este apartado es de Sergio Ricco Monge "Anotaciones sobre el conocimiento antropológico en América Latina". Su texto aporta información valiosa sobre los orígenes y desarrollo de la antropología y el indianismo en México y en otros países de la región.

Filosofía: reflexión sin término. Este encabezado tiende a significar la tarea inacabable de la filosofía, como muestra el curso de su historia. El primer ensayo de esta sección corre a cargo de Mario Magallón Anaya, y se titula "La razón y la modernidad: discontinuidades conceptuales". En él se abordan los cambios conceptuales más notorios que se produjeron tanto en la comprensión y uso

de la razón, concepto medular de la filosofía moderna, como en los desencuentros de la modernidad, distintivo intrasferible de la cultura de Occidente.

El segundo texto de esta sección es de Horacio Cerutti Guldberg: "Elementos y sugerencias para una historia de las ideas estéticas en Nuestra América". En él su autor plantea la necesidad de enriquecer la historia de las ideas, extendiendo la problematización de esta disciplina hacia la meta de "lograr una autoconciencia estética a partir de la reconstrucción de nuestras culturas [...] y de nuestra producción estética más propia".

El trabajo que le sigue es de Roberto Mora Martínez. Se titula "Humanismo, identidad y mestizaje en América Latina". Se trata de una reflexión planteada desde las perspectivas del mestizaje y el multiculturalismo. Finalmente, el último trabajo escrito por Luis Gerardo Díaz Núñez, lleva el título "El lenguaje religioso, su impacto social y la teología de la liberación". El autor toca aspectos relativos a la capacidad de convocatoria social que tiene el discurso religioso, medio esencial para aproximarse a la teología de la liberación.

Reseñas y comentarios bibliográficos. Esta última parte del anuario da cuenta de significativas obras para la Licenciatura de estudios latinoamericanos. Los autores de cuatro de ellas son académicos del Colegio: *Signos y figuraciones de una época*, de Mario Miranda Pacheco; *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987*, de Patricia Cabrera López; *Para la libertad. Los republicanos en tiempos del Imperio 1821-1823*, de Alfredo Avila, y *La Independencia en el sur de México*, coordinado por Ana Carolina Ibarra.

Las obras comentadas en esta parte final del ANUARIO se caracterizan por ser vehículo de ideas innovadoras y representativas de una época, la actual, que busca nuevos paradigmas del conocimiento humanístico y científico.

Al cabo de estas referencias meramente enunciativas de los trabajos publicados, me permito afirmar que este ANUARIO tiene características dignas de ser anotadas. Su configuración temática refleja la estructura del plan de estudios del Colegio de Estudios Latinoamericanos. En su contenido se percibe con nitidez el quehacer creativo de sus autores, sobre todo su preocupación latinoamericanista. Los temas tratados son pertinentes y aportan información de calidad. Apreciada en su conjunto, esta publicación representa un sumario de la multiplicidad de situaciones históricas o culturales y de enfoques metodológicos con que se forman los latinoamericanistas en nuestra institución, aspectos que estimulan el interés del estudioso de la realidad latinoamericana.

En suma, estos son los aspectos esenciales y significativos del ANUARIO 2006 del Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras. Quienes participamos en su publicación, esperamos el comentario de la comunidad universitaria y de otros lectores sobre este esfuerzo colectivo.

HISTORIA:

CONFIGURACIONES DEL PASADO

De historia y memoria¹

Ana Carolina IBARRA

La historia y la memoria han tenido a lo largo del tiempo una relación entrañable. Para los griegos, Clío es nada menos que la hija de Mnemosine, que siempre admiró el talento y la sabiduría de su hija. Tan cercanas y sin embargo distintas, su relación es un tema que bien merece ser estudiado, sobre todo ahora que una serie de *leyes memoriales* han pretendido decir la última palabra sobre los hechos del pasado.²

No deja de sorprender que a los profesionales de la historia nos haya pasado prácticamente inadvertida la labor legislativa que se ha desplegado en los últimos años. El caso más notorio son las múltiples *leyes memoriales* de los franceses emitidas entre 1990 y 2005, mismas que establecen el reconocimiento del genocidio de los armenios, de la trata y la esclavitud como crímenes de lesa humanidad, y del *papel positivo* de la colonización francesa en el norte de África,³ las cuales han abierto una caja de Pandora. Más allá de la simpatía que podamos sentir hacia estos hechos, hay que preguntarnos: ¿es posible que los juicios historiográficos se conviertan en un delito?

Estas páginas no pretenden, en modo alguno, llegar a conclusiones sobre un tema que sin duda exige reflexiones de mayor hondura. A partir de un asunto acuciante, aspira sólo a poner en el tapete de la discusión la compleja relación historia-memoria en el contexto de la renovación historiográfica presente. En tal sentido, pretende precisar cuál es el ámbito de la historia y cuál el de la memoria, así como reflexionar sobre el papel que juega el historiador en tanto contribuye con su trabajo a organizar la *memoria de la historia*, a partir de explicar el problema del origen, y dar orden y sentido a los relatos fundacionales, entre otras cosas. En suma, este trabajo se plantea la interacción entre el trabajo del historiador y la memoria colectiva, y aunque sólo sea de forma somera intentará enfrentar el problema de las memorias nacionales en las últimas décadas del siglo xx.

¹ Una primera reflexión sobre el tema fue presentada como ponencia bajo el título "Entre la historia y la memoria. Memoria, memoria colectiva, identidad y experiencia. Debates recientes" en el coloquio internacional sobre Memoria e Historia organizado por el Centro de Investigaciones Científicas y Humanísticas (CEICH) de la Universidad Nacional Autónoma de México, que tuvo lugar en octubre de 2004.

² Las leyes memoriales en Francia datan de 1990; en España se debate la Ley de la Memoria Histórica, y en lugares como Argentina los memoriales de las leyes de Punto final y obediencia debida muestran una tendencia semejante.

³ Ley del 29 de enero de 2001, Ley del 21 de mayo de 2005, conocida como Ley Taubira, y Ley del 23 de febrero de 2005, respectivamente. Antecedente de éstas, la Ley Gayssot del 13 de julio de 1990, referente a la represión de actos racistas, antisemitas y xenófobos.

El contexto reciente

Aunque tradicionalmente la historia, erigida como ciencia con un estatuto propio, no había sido muy afecta a pensar en las expresiones espontáneas y populares de la memoria colectiva, el desarrollo reciente de la crítica historiográfica ha conducido al interés en los temas que tienen que ver con la memoria y con las manifestaciones más auténticas del imaginario colectivo. Esto ha hecho que la memoria histórica de las comunidades, los mitos de origen, la experiencia, la identidad y otros asuntos afines se conviertan en objeto de nuevas investigaciones que, a veces tomando prestados los métodos de la antropología, del psicoanálisis o de la lingüística, abren un horizonte nuevo. La tendencia a romper con el positivismo cientificista y el estructuralismo ha puesto al historiador a revisar y a repensar las fuentes y los enfoques tradicionalmente empleados para su oficio.

Por eso no es raro que las principales discusiones en torno a estos temas se hayan dado en el ámbito de la historia cultural, de los acercamientos entre la historia y la antropología, del seguimiento e interpretaciones de las representaciones colectivas, del análisis crítico de los registros y de los discursos, de los textos y los contextos en que éstos se producen. Y aunque los principales filósofos de la posmodernidad han mostrado poco entusiasmo por volver al estudio de los orígenes, han postulado métodos como el análisis del discurso, que ofrece un elemento muy útil para interrogarse sobre las manifestaciones públicas de esta relación, dando lugar a una historiografía de la memoria.⁴ Así pues, mientras que en las décadas de 1960 y 1970 las credenciales de la disciplina tendían a asociarla con las demás ciencias sociales, en las últimas décadas, las nuevas tendencias de la historia la han acercado cada vez más a las humanidades. En la medida en que el estudio del texto se convierte en un propósito obligado, la historia participa del relativismo que caracteriza a este tipo de estudios, y por eso hay quien afirma que “el postmodernismo es antitético a la historiografía convencional”.⁵

Este contexto ha sido propicio para reconsiderar la relación entre el historiador y la memoria colectiva. El historiador tiene propósitos científicos. Su trabajo recupera, explica y aquilata las huellas de la memoria bajo los preceptos de un método interpretativo al que se adscribe; tiene la pretensión de ser veraz, objetivo, portador de un conocimiento nuevo y bien fundado. Pero, aunque la historia se deslinda de los juegos de la memoria colectiva que recoge, no puede evitar que ésta se apropie de los retazos de lo que ella misma ha producido para dar pie a las grandes construcciones políticas y morales. Estas grandes construcciones se convierten en mitos que el imaginario recrea en sus ceremonias conmemorativas, en sus fiestas y en sus monumentos. Por eso es que no es tan fácil trazar una línea divisoria tajante entre lo que expresa esa memoria vaga del imaginario popular y el estudio acotado y preciso que los historiadores hacen del pasado.

La historiografía reciente en casi todos lados se ha visto confrontada con estas visiones simplistas del pasado, y no deja de ser paradójico que, justamente cuando el historiador se cuestiona las versiones oficiales de la historia, cuando además la profesionalización le confiere independencia respecto de los círculos del poder, los Estados empiecen a mezclarse en los temas de la historia.

⁴ Joyce Appleby *et al.*, “Postmodernism and Historians” (*Telling the truth about History*, 1994), en John Tosh, ed., *en Historians on History*. Nueva York / Londres, Longman, 2000, p. 308.

⁵ J. Tosh, *op.cit.*, p. 273.

Es probable que lo hagan con buenas intenciones, pero con la coyuntura como prioridad, algunas de sus decisiones parecen arrebatarse a los historiadores la posibilidad de hablar sobre ciertos temas. Un buen ejemplo de ello es el caso de Olivier Pétré Grenouilleau, recientemente acusado de violar las leyes memoriales en Francia. Como parte de su política cultural, en 2003 el Senado francés estableció un gran premio de Historia. En 2005, un jurado compuesto por quince historiadores reconocidos, de trayectorias irreprochables y posturas diversas, atribuyó el premio a Grenouilleau por su libro sobre la trata negrera. El trabajo fue considerado como un estudio riguroso y objetivo que realizaba aportaciones significativas al conocimiento de un fenómeno muy poco conocido; podía darse por descontado que fuera del interés de todos, y particularmente de los descendientes de esclavos y habitantes de las regiones implicadas. Sin embargo, en una entrevista, el galardonado fue interrogado sobre si podía considerarse a la trata como un acto de genocidio. Grenouilleau respondió que no estaba seguro de ello, ya que la definición de este concepto exigía que existiera una intención de exterminio sistemático, circunstancia que no creía que se diera entre los promotores y beneficiarios de la trata negrera. La declaración de Grenouilleau levantó la indignación de algunos grupos que lo acusaron de “negacionismo” y le abrieron un proceso con base en las leyes Gayssot y Taubira.⁶ El hecho dio lugar a un pronunciamiento: el manifiesto “Libertad para la Historia”, que firmaron diecinueve historiadores de notable reputación, y que deja abierto un gran tema de discusión obligada para los historiadores.

La memoria, materia prima del trabajo de los historiadores

En 1977, Jacques Le Goff publicó *Historia y memoria*. La edición francesa, que tuvo como punto de partida la colaboración de este autor en la enciclopedia italiana de Einaudi, que publicó varias ediciones entre 1977 y 1981, es, en realidad, un ensayo de metodología histórica a partir del seguimiento de ciertos conceptos clave: antiguo-moderno, pasado-presente, historia-memoria. Por el interés que tiene para el tema que estamos tratando, vale la pena glosar aquí las definiciones que Le Goff hace de los dos últimos conceptos.⁷

Para comenzar, Le Goff establece la necesidad de distinguir entre la historia vivida y la disciplina o la ciencia mediante la cual los historiadores se apropian de esa historia vivida por los hombres para poder pensarla y explicarla. Los historiadores, continúa este autor, hacen inevitablemente un arreglo del pasado, lo *ponen en orden*, para recuperar así fuentes y testimonios que organizan para hacer inteligible ese pasado. Esta es una tarea que realizan echando mano de las técnicas y métodos que están a su alcance en un determinado contexto, y a la luz de las condiciones sociales, políticas e ideológicas de su época. Los resultados de su trabajo llevan, en consecuencia, el sello del momento en que fueron escritos, y por esta razón sus resultados serán juzgados por la historiografía posterior, que se ocupará de recuperar sus aportes y de desechar aquello que las nuevas investigaciones hayan superado. Desde esta perspectiva, se entiende que el conocimiento histórico

⁶ Para información más amplia sobre este caso, cf. René Rémond, *Quand l'État se mêle de l'Histoire. Entretiens avec François Azouvi*. París, Éditions Stock, 2006, pp. 37 y ss.

⁷ Jacques Le Goff, *Histoire et Mémoire*. París, Gallimard, 1988. [Folios]

avanza conforme avanza la historia, y que es posible esperar que la producción de conocimiento en este campo sea cada vez más rica. Así pues, para Le Goff, la memoria es la materia prima de los historiadores.

La memoria y la memoria colectiva

Cuando hablamos de la memoria colectiva nos referimos a una memoria no consciente, que en la mayor parte de los casos se manifiesta mediante sentimientos que, como los sentimientos religiosos, o los sentimientos de identidad grupal, nacional o religiosa, se expresan en manifestaciones colectivas, jubilosas o tristes, que ratifican una determinada tradición. La memoria colectiva es el lugar en el que se expresan y recrean las creencias, los mitos, los ritos y los actos litúrgicos celebrados por un determinado grupo que los transmite de generación en generación. No es algo inalterable, sino que en ese tiempo dilatado, la memoria colectiva es responsable de ajustes y modificaciones en aquello que transmite. Los vehículos que conservan y expresan la memoria pueden modificarse drásticamente en cada época si las formas y las técnicas se modifican. Con el paso del tiempo, los medios para guardar la memoria colectiva de los hombres han experimentado transformaciones extraordinarias. Piénsese, por ejemplo, en el paso de la memoria oral a la memoria escrita: lo que algunos autores han llamado “la domesticación del pensamiento salvaje”.⁸ La aparición de la imprenta, el invento de la fotografía y la cibernética han afectado profundamente los mecanismos mediante los cuales se guarda la memoria. A su vez, el contenido y el sentido de la memoria se modifican con el tiempo. Hay quienes sostienen que aunque a últimas fechas hubo una expansión extraordinaria de los medios para almacenar los recuerdos del pasado, la memoria colectiva se ha dislocado,⁹ y aunque para algunos esto podría parecer una paradoja, podríamos estar viviendo bajo la amenaza de perder la memoria.

A lo largo de la historia, el espacio religioso ha constituido uno de los lugares privilegiados para la memoria. Las religiones en su mayor parte están ancladas en ella. La tradición judeocristiana, en particular, se apoya en la evocación y en la rememoración de los orígenes que constituyen la base de su sustento. Los sacramentos de la misa y la comunión, por ejemplo, no son otra cosa que la rememoración de los pasajes más importantes de esa tradición religiosa, que une a los fieles en una experiencia que recrea y refrenda lo que la memoria colectiva ha guardado durante siglos. El ritual cristiano nos devuelve a la historia de los vivos, de los muertos y de los santos. El ceremonial y la liturgia se construyen a partir de la necesidad de reproducir ciertos pasajes de la historia y del mito para recordarlos.

Con el paso de tiempo, el ceremonial religioso se acompañó de otro tipo de celebraciones. Es probable que a la mentalidad contemporánea le parezca excesivo el énfasis puesto por otras sociedades en los rituales y en las fiestas de otras épocas en donde la celebración obligaba a que se cumpliesen de manera rigurosa los preceptos establecidos por la tradición. El cumplimiento rigu-

⁸ Jack Goody, *La raison graphique. La domestication de la pensée sauvage*, citado en J. Le Goff, *op.cit.*, p. 120.

⁹ Jean Pierre Rioux, y Jean François Sirinelli, *Para una historia cultural*. México, Editorial Taurus, 1999, p. 343.

roso del ceremonial garantizaba justamente la preservación de ese orden a partir del sentimiento colectivo que acompaña o reemplaza a la anterior tradición religiosa.

A partir del estudio de las fiestas, los historiadores han buscado comprender la memoria y el imaginario colectivo de cada época. Es indudable que los trabajos que marcan un punto de partida en esta línea son los estudios de Mona Ozuf sobre la fiesta en tiempos de la Revolución francesa. Y es que según Ozuf, con la Revolución la memoria *se expande* nuevamente, y por la *panteonización* se recupera el culto a los muertos, a los héroes, que vienen a ser los nuevos *santos* revolucionarios.¹⁰ En tanto conmemorar es parte del programa revolucionario, la fiesta patriótica es el lugar ideal para la conmemoración, el lugar en donde el ritual anónimo, tantas veces repetido no siempre de manera consciente, cohesiona y expresa un mundo de afectos y de creencias que la mayor parte de la gente guarda. En cada fiesta se renueva un pasado mítico que de alguna manera es también una promesa. La memoria colectiva sacraliza y rechaza toda discontinuidad y toda cronología: es enteramente reacia a los métodos de la historia.¹¹ Sin embargo, por su medio los grupos y las sociedades transmiten creencias, identidades y valores que se extienden en la continuidad de un tiempo difuso, cuyas raíces se pierden en un pasado difícil de precisar. ¿Cómo conjugar esta relación entre historia y memoria, tan distintas entre sí, y a la vez tan interdependientes, si queremos reconstruir la historia de la memoria?

Memorias puestas en entredicho. Hacia una historia de la memoria colectiva y de la memoria de la historia

No obstante la conciencia que los historiadores tenemos de la importancia de hacer la historia de los mitos y de las creencias en las que se fundan nuestras historias nacionales, en muy pocos lugares se ha emprendido la tarea de estudiarlos de manera sistemática y de hacer un balance de su relación con las principales interpretaciones de los historiadores. Es probable que uno de los trabajos que escapan a esta afirmación sea la monumental obra colectiva proyectada y dirigida por Pierre Nora en Francia, que se refiere a los “lugares de la memoria”.¹² Otro trabajo sugerente al que vale la pena hacer referencia, aunque de alcances mucho más modestos, es el de Ellen Fitzpatrick acerca de la relación que guarda la escritura del pasado (tarea del historiador) con la memoria de la historia (patrimonio del imaginario colectivo). Me refiero al libro *History's Memory. Writing America's Past*.¹³ En ambos casos se trata de asociar la creación de representaciones y creencias, y la propia producción historiográfica como generadora de imágenes e ideas del pasado, con la construcción de una memoria colectiva.

Tanto la *New History* de los estadounidenses, que ha puesto el énfasis en la historia de la gente común, de las minorías, de las mujeres, de los afroamericanos, de los trabajadores, etcétera,

¹⁰ Mona Ozuf, “La Fête: sous la Révolution française”, en Pierre Nora y J. Le Goff, *Faire de l'Histoire*, vol. III, *Nouveaux objets*. París, Gallimard, 1975, entre otras obras suyas dedicadas al tema.

¹¹ M. Ozuf, *op.cit.*, pp. 343 y ss.

¹² Pierre Nora, ed., *Les lieux de Mémoire*, 7 vols. París, Gallimard, 1984-1992.

¹³ Ellen Fitzpatrick, *History's Memory. Writing America's Past, 1880-1980*. Cambridge / Londres, Harvard University Press, 2002.

como la historiografía francesa reciente, han colocado como blanco de sus ataques las actitudes autocomplacientes derivadas de la visión que ofrecen sus respectivas historias nacionales. Los franceses celebraron por mucho tiempo el patriotismo republicano con el que lograron elaborar la imagen de un porvenir seguro; pero desde la segunda posguerra hasta hoy esa imagen no ha hecho más que erosionarse, al punto de cuestionar los modelos originales del discurso de la nación.¹⁴ Las versiones triunfalistas no encajan con la realidad de la posguerra y de la Guerra Fría, mucho menos del nuevo siglo. Por su parte, en Estados Unidos las versiones de una *historia de consenso*, basada en la imagen de una tierra de libertad, abundancia e igualdad, llegaron a su fin hace algunas décadas. La nueva historia social de los años sesentas y setentas fijó su atención en la gente común, y puso de manifiesto los límites del sueño americano. Una buena parte de las leyendas que han contribuido a la memoria y a la identidad estadounidenses han sido puestas en tela de juicio, al menos por un sector importante de la intelectualidad. En otros lugares las versiones oficiales y los grandes mitos nacionales también empiezan a perder sentido.

La crítica de las últimas décadas del siglo xx ha expresado de distintas maneras su desconfianza hacia las versiones sacralizadas del pasado nacional. Y no sólo lo hace el posmodernismo, sino la historia social, las historias locales, de la gente menuda que no se siente identificada con la grandilocuencia de la historia nacional. Una buena muestra de ello es la microhistoria, la historia del terruño. Obras como *Le Cheval d'orgueil. Mémoires d'un Breton du pays bigoudien*, de Pierre Jakes Hélias, escrita en 1975; *Montaillou, village occitain de 1294 a 1324*, también de 1975, de Emanuel Le Roi Ladourie, la microhistoria italiana y la mexicana (pionera con *Pueblo en vilo*, de 1968) de Luis González, que acuñó el término de *historia matría* para reivindicar las memorias menudas, populares, que no se sienten reflejadas en la historia patria. Bajo la influencia de esta línea historiográfica sobrevino una producción muy amplia que se agrupó bajo los rubros de la historia oral y de la historia regional en México y América Latina.

Somos muchos los historiadores que queremos reconsiderar las versiones maniqueas y chatas de las historias oficiales que han justificado determinado orden. Hemos buscado respuestas a las preguntas de ahora y revisado críticamente la interpretación que la historiografía previa nos ha legado. Un nuevo auge de los archivos se combina con debates frescos y desprejuiciados. Nos preguntamos muchas veces cómo es posible que haya una producción tan abundante sobre muchos temas y tan pocas aportaciones, ¿por qué ha sido tanta la distancia entre la investigación histórica y aquello que se repite en las escuelas y en las conmemoraciones, a veces ya sin contenido?

Si bien algunos aportes han puesto también atención al tema de la construcción de la memoria y de cómo la nación se formó anclando su memoria en el pasado —como sucede con Enrique Florescano y su *Memoria mexicana*, de 1995, y su *Imágenes de la patria*, de 2005—, todavía hay mucho por hacer. Falta, desde luego, una mayor conciencia de la necesidad de ir más allá de la simple contraposición entre la historia oficial y una nueva historia, para tratar de reinterpretar los procesos del pasado de manera más rigurosa e inteligente. Falta ahondar en estos temas para tratar la

¹⁴ Jean Pierre Rioux, *op. cit.*, p. 346. Según el punto de vista de este autor, la Primera Guerra Mundial marcó la apoteosis de una memoria nacional y republicana. La crisis de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial, en cambio, echaron a andar la *Guerra Franco Francesa*, en la que la Francia urbana industrial y terciaria ganó la batalla a la Francia rural que guardaba las principales fuerzas de la memoria colectiva de los franceses.

especificidad de cada campo, pero también para percibir la interacción que se produce entre la historia y los reclamos del presente. ¿Es posible hacer compatible la tarea del historiador con las exigencias de las memorias colectivas y de las memorias oficiales? ¿O el trabajo de los historiadores está condenado, en el mejor de los casos, a quedarse en el gabinete o a limitarse a aquello que no comprometa a estas memorias?

El pueblo elegido. Mitos, memoria e historia

Javier TORRES PARÉS

Introducción

Con el historiador marxista Edward Palmer Thompson (1924-1993), autor de obras que abordan en profundidad el estudio de la cultura popular, Christopher Hill y Richard Slotkin, entre otros, forman una vertiente historiográfica que reconoce y valora el papel de los mitos y de la religiosidad, por una parte, en el cambio social revolucionario, y por otra, de signo totalmente opuesto, en la formación de ideologías y actitudes sociales de conformismo, de represión de la energía individual y de exclusión social, racial y cultural.

El estudio de la transmisión de las costumbres inglesas a la sociedad estadounidense y su reelaboración por los grandes movimientos populares de ese país motivó hace más de treinta años el interés de numerosos investigadores. Alfred F. Young constató que “la cultura plebeya de Inglaterra —las costumbres, tradiciones y rituales arraigados en las clases trabajadoras del campo y la ciudad— interesa cada vez más a los estudiosos de ambos lados del Atlántico”.¹

La historia social incorporó nuevas fuentes y métodos que le dieron mayor consistencia y elaboró las categorías que le permitieron intentar dar cuenta de las grandes transformaciones sociales y del papel de la cultura en la formación de nuevas relaciones en las sociedades inglesa y estadounidense. Para Carlos Illades, “si la historia social en los últimos treinta años ha estado asociada a un nombre, éste es el de Edward Palmer Thompson”.²

Thompson, como en numerosas ocasiones lo reconoce, apoyándose en la obra de Christopher Hill, retoma puntos centrales de los temas y tratamiento de su colega en torno a la cultura de la Inglaterra revolucionaria del siglo xvii. Hill elaboró un valioso acervo de obras dedicadas a la historia social e intelectual de Inglaterra que reúne libros tan valiosos como *The Century of Revolution 1603-1714* (*El siglo de la revolución 1603-1714*); *Intellectual Origins of the English Revolution* (*Orígenes intelectuales de la revolución*); *Puritanism and Revolution. Studies in Interpretation of the English Revolution of the XVII Century* (*Puritanismo y revolución. Estudios en interpretación de la revolución inglesa del siglo xvii*); *Antichrist in seventeenth-Century England* (*Anticristo en la Inglaterra del siglo xvii*) y otros textos entre los que se encuentra, de manera

¹ Alfred F. Young, “La cultura plebeya inglesa y el extremismo estadounidense en el siglo xviii”, en J. G. A. Pocock *et al.*, *Orígenes del radicalismo angloamericano*. México, Instituto Mora, 1994, pp. 44-79.

² Carlos Illades, “Introducción”, en *Historia social y antropología. E. P. Thompson*. México, Instituto Mora, p. 7.

prominente, su libro publicado en español con el título *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII*.

De un modo distinto al estudio de las condiciones económicas y técnicas que dieron lugar a la formación de las organizaciones de trabajadores que cultivó por ejemplo E. J. Hobsbawm en su obra *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Thompson y Hill emprendieron el estudio de las características culturales que formaron el ideario popular que fundó el largo proceso de organización de los trabajadores.

Para el historiador Richard Slotkin, las últimas tres décadas atestiguan una revolución en la forma en que historiadores, antropólogos y académicos dedicados a la literatura piensan la sociedad y la cultura. Para Slotkin el punto crucial en la historia de la cultura es la relación que existe entre ideas, condiciones materiales de vida y comportamiento. Cada disciplina estableció sus propios supuestos en torno a los factores que determinaban el curso de los acontecimientos. Esta situación habría sido transformada de manera radical por el desarrollo de la antropología estructural de Lévi-Straus, por “el historiador del trabajo, el británico E. P. Thompson, cuyo trabajo inspiró la ‘nueva historia social’”, y por críticos literarios que abordaron el estudio de las estructuras subyacentes de la cultura literaria, como Northrop Frye.

Para Slotkin, el desarrollo de cada una de estas disciplinas impulsó la transformación de las otras en la medida en que los académicos han intentado romper con las limitaciones de sus respectivas disciplinas. Según Slotkin, “las preocupaciones de la historia social y los métodos de la antropología estructural se reúnen en el trabajo de antropólogos de ‘lo ideológico’ como Clifford Geertz y Marshall Sahlins; en historiadores de la ideología como Davis Brion Davis, Eric Foner y David Montgomery; de historiadores sociales como Herbert Gutman y Alan Dawley, y de críticos literarios como Terence Eagleton y Frederic Jameson”.³

Pueblo elegido y radicalismo

Christopher Hill plantea el carácter religioso y mítico de la revolución inglesa en los siguientes términos: “tengo reservas sobre la frase ‘revolución puritana’, pero pocos negarían que la principal fuerza directiva ideológica de la revolución fue religiosa”.⁴ Lo que emergió como resultado de veinte años de lucha no fue el reino de Dios, sino un mundo seguro para las ganancias y los hombres de negocios, como resultado de la derrota del viejo régimen y también de los revolucionarios radicales. Hill se pregunta:

En toda la historia de Inglaterra de que se tiene registro han existido los reyes, los nobles y los obispos y el pensamiento de todos los ingleses fue dominado por la iglesia establecida. No obstante, en menos de una década fue librada una guerra exitosa contra el rey; fueron abolidos los obispos

³ Richard Slotkin, *Fatal Environment. The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization 1800-1890*. Nueva York, Harper Perennial, 1994, p. 21. [Publicado originalmente en 1985.]

⁴ Christopher Hill, *Some intellectual consequences of the English Revolution*. Estados Unidos, University of Wisconsin Press, 1980, p. 34.

y la Cámara de los Lores y Carlos I fue ejecutado en nombre de su pueblo. ¿Cómo lograron los hombres el valor para hacer tales cosas inauditas?⁵

Para Hill los hombres no rompen fácilmente con su pasado. Si desafían las normas convencionales aceptadas tienen que contar con un cuerpo alternativo de ideas que los respalde. El puritanismo fue ese cuerpo de ideas. Los cambios podían hacerse si se hacían en nombre de Dios. El puritanismo radical que desafió al orden establecido surgió muchos años antes de la revolución. En el periodo comprendido entre 1645 y 1653 se produjeron grandes cambios y debates que hicieron una nueva evaluación de todas las cosas y trastocaron los valores que guiaban la vida de los hombres. Tal labor la hicieron las sectas religiosas que cuestionaron las viejas instituciones y las viejas creencias. Los cuáqueros, los *ranter*s, los niveladores o los cavadores se encuentran entre los autores de la generación de nuevos universos conceptuales y sociales.

La difusión de impresos y la inexistencia de censura en los años de 1641 a 1660 facilitaron la divulgación de herejías que impulsaron nuevas formas de participación política y una amplia circulación de peticiones, discursos y sermones radicales. Las interpretaciones teológicas de los anabaptistas y *familistas* (Familia del Amor) fueron sometidas a persecución y al juicio de los tribunales eclesiásticos. Los *familistas* buscaban la perfección en una vida comunitaria y en una teología que rechazaba todos los credos, dogmas y liturgias. Sus libros fueron prohibidos y sus miembros acusados por el rey Jaime I, quien los hizo responsables del ascenso del puritanismo. La doctrina esencial de los anabaptistas era que los niños no debían ser bautizados; argumentaban que la recepción de la Iglesia debería ser un acto voluntario del adulto, lo que subvertía el concepto de una Iglesia nacional a la que pertenecieran todos los hombres y mujeres de Inglaterra. Proponían una idea diferente de pueblo elegido que era el sujeto principal del advenimiento del nuevo reino de Cristo, sujeto que formaba sus propias congregaciones de manera voluntaria. Objetaban el pago del diezmo destinado a mantener a los ministros de la Iglesia estatal. Hill apunta que

Muchos anabaptistas se negaban a prestar juramento, puesto que no estaban de acuerdo que una ceremonia religiosa se utilizara con fines judiciales seculares; otros repudiaban la guerra y el servicio militar. Un número aún mayor de anabaptistas fueron acusados de llevar el igualitarismo hasta el extremo de negar el derecho a la propiedad privada. El nombre de anabaptista llegó a ser utilizado en general en un sentido peyorativo para describir a aquéllos de quienes se sospechaba que se oponían al orden social y político establecido.⁶

Los grupos disidentes de la iglesia oficial anglicana, señalados o autodefinidos como protestantes en el periodo que comprenden los años de 1618 a 1648, alentados por muchos influyentes estudiosos de la Biblia, creyeron que se acercaba el fin del mundo. Numerosos predicadores pensaban, en el contexto del enfrentamiento con el catolicismo, que Carlos I era anticristiano y que se habían iniciado los acontecimientos catastróficos que darían lugar al verdadero reino de Cristo, en

⁵ C. Hill, *Los orígenes intelectuales de la revolución inglesa*. Barcelona, Crítica, 1980, p. 18.

⁶ C. Hill, *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII*. España, Siglo XXI, 1983, p. 15.

el que de ninguna manera accederían los ricos y los poderosos, esperanzas que compartían grandes intelectuales como John Milton.

Según Christopher Hill, en Inglaterra y en Suiza la clase más baja del pueblo, que creció en un antiguo odio contra los superiores, abrazó con vehemencia las doctrinas del anabaptismo. En la década de 1620 fueron acusados de enseñar “que todos son iguales y que no existe diferencia alguna entre los amos y los sirvientes”. Las congregaciones puritanas exigieron la separación de la Iglesia y el Estado, lo que significaba la subordinación del clero y el fin de su autoridad coercitiva. Para Hill, era inevitable que las discusiones de las congregaciones separatistas pasaran de la religión a la política.

En el pensamiento plebeyo que Hill estudia, los reyes son una carga; la relación amo-sirviente no tiene ninguna base en el Nuevo Testamento; en Cristo no existe ni siervo ni hombre libre. La distinción de nobles y terratenientes y pueblo es pagana; en las Escrituras no existe fundamento alguno para la existencia de hombres ricos. Sin embargo, el pueblo llano ha sido mantenido en la ceguera y la ignorancia por lo que ha permanecido como sirviente y esclavo, pero ahora Dios ha abierto sus ojos y le ha descubierto su libertad cristiana.

Según Hill, el pueblo formó, a lo largo de la década de 1640, comunidades y congregaciones populares, libres de la iglesia tradicional, en las que se discutía teología y política a la luz de la Biblia. Para Milton y muchos otros, los nuevos elegidos eran libres de todo tipo de coerciones, como el matrimonio, y podían ejercer libremente su sexualidad. La coerción sólo debía aplicarse a los no elegidos. Dado el gran crecimiento de la población marginada en el contexto de la disolución del sistema feudal, proliferó el número de hombres sin amo ni señor que se integraron a estas comunidades y proliferaron también doctrinas como el *antinomismo* (la inexistencia de norma o ley divina), *alter ego* del calvinismo. En el ideario radical de estos grupos, el hombre así regenerado no podía pecar. Para los *ranters* ellos son Cristo y Dios, y “no existe otro Dios que ellos y lo que en ellos está”.

Estas concepciones teológicas, pese a la derrota de las sectas radicales, sembró una semilla que a la larga subvirtió al conjunto de las instituciones sociales.

En diversas obras, Hill estudió los mitos asociados al puritanismo, como el del yugo normando (*Norman Yoke*), que constituyeron una incipiente teoría política que identificó a quienes eran enemigos del pueblo y a aquellos que compartían una situación y una experiencia en común de opresión y pobreza. La creencia contenida en el mito del yugo normando, como se difundió a partir del siglo XVII, supone que antes del año 1066 los habitantes de la actual Inglaterra vivían como ciudadanos libres e iguales que se autogobernaban vía instituciones representativas. La conquista normada los privó de las libertades de la comunidad sajona original y estableció la tiranía de un rey extranjero y de los terratenientes, y los actuales monarcas y nobles son sus herederos. Pero el pueblo no olvidó los derechos perdidos y luchó y lucha por recuperarlos.

Para Christopher Hill esta memoria, independientemente de su exactitud propiamente histórica o de su carácter irracional, se convirtió en una idea revolucionaria que orientó a numerosos grupos populares y les permitió enfrentar a sus adversarios. Para este historiador, las

[...] teorías de derechos perdidos, de un estado primitivo de felicidad, han existido en prácticamente todas las comunidades. La Caída del Hombre; la Edad Dorada; Arcadia; el Salvaje Noble;

todas ellas a su manera expresan la creencia en que la desigualdad y la explotación de los hombres tiene un origen histórico y una esperanza de que el periodo de igualdad que sobrevivió en la imaginación popular, un día será restaurado.⁷

La coerción interior

En su momento, *La formación histórica de la clase obrera*, como señala el propio E. P. Thompson, representó una polémica con la historia económica escrita hasta entonces, de la cual partió para abordar la historia social del periodo 1780-1832. Su contribución constituyó una auténtica revolución de las versiones “*economicistas*, esquemáticas del marxismo”, que se encontraban dentro y fuera del movimiento comunista, especialmente en la década de los sesentas, para mostrar el desarrollo de la *conciencia plebeya*, formada fuera de la gastada fórmula: “fuerza de vapor + sistema de fábrica = clase obrera”, o la relación: “campesinos fluyendo a las fábricas, producción de obreros con conciencia de clase”.⁸ Entre otros temas de gran riqueza, Thompson estudió el papel del metodismo y el evangelismo como religión de los pobres en el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX.

Las sectas radicales puritanas que impulsaron formas comunitarias de vida y trabajo, que cuestionaron la relación de servidumbre y que crearon un nuevo concepto de hombre libre en el siglo XVII, renunciaron en ocasiones a su radicalismo y capitularon frente al panorama de la revolución industrial para predicar el conformismo. Este es el caso, según Thompson, de los seguidores de John Wesley (1703-1791), teólogo inglés, evangelista fundador del metodismo y carismático orador en espacios abiertos, quien predicó la salvación para todos fundada sólo en la fe en Cristo, y rechazó, de manera ambivalente, la doctrina calvinista de la predestinación.

Organizó su iglesia con rigor y sostuvo conferencias o reuniones de sus dirigentes y ministros cada año a partir de 1744. Estas conferencias a su vez fundaron en 1803 el llamado Comité de Privilegios. Mantuvieron una ambigua relación con la iglesia anglicana, pero luego de la revolución francesa las sucesivas conferencias expresaron su celo para combatir a los grupos y sectas enemigas del orden establecido. El metodismo experimentó una gran expansión a partir de 1790, particularmente en los distritos mineros y textiles. Los sucesores de Wesley expulsaron a los metodistas primitivos para evitar los *tumultos* de las reuniones al aire libre y combatir la *anarquía* de la vieja disidencia. Prohibieron predicar a las mujeres, habilitaron inspectores y promovieron el espionaje moral de los otros miembros de la congregación.

El metodismo promovió escuelas dominicales para los niños y los adultos, aunque para el sucesor de Wesley, Jabez Bunting, era provechoso que los niños aprendieran a leer las Escrituras, ya que consideraba que el que aprendieran a escribir podía también resultar en un *provecho personal*. Si bien él y sus colegas no criticaban el industrialismo o el trabajo infantil, sí promovieron investigaciones sobre la “conducta moral de las mujeres jóvenes”.

⁷ C. Hill, *Puritanism and Revolution. Studies in Interpretation of the English Revolution of the 17th Century*, cap., 3, “The Norman Yoke”. Estados Unidos, St. Martin’s Press, 1997, pp. 46-111.

⁸ Cf. Joseph Fontana, “Prólogo”, en E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica / Grijalbo, 1989, p. VIII.

Según Thompson, los metodistas “debilitaron a los pobres desde su interior, añadiéndoles el componente activo de la sumisión; y alentaron dentro de la iglesia metodista aquellos aspectos más adecuados para componer los elementos psíquicos de la disciplina laboral, de la cual estaban muy necesitados los fabricantes”.⁹

Para Thompson, la interpretación de Weber (*The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*) y R. H. Tawney, (*Religion and the Rise of Capitalism*) del vínculo entre el modo de producción capitalista y ética puritana deja la impresión de que poco se puede añadir al tema. Thompson señala que, en efecto, se puede ver al metodismo como una extensión de esta ética en un medio social cambiante y en el hecho de que el metodismo, en la época de Bunting, demostró

[...] estar excepcionalmente bien adaptado, gracias a su exaltación de los valores de la disciplina y el orden y a su opacidad moral, tanto a los propietarios de fábricas, como a los capataces, vigilantes y grupos que estaban inmediatamente por debajo de los patronos, [por lo que entonces] tenemos a mano un argumento “económico”. Y este argumento —que el metodismo servía como autojustificación para los patronos fabricantes y para sus satélites— contiene una parte importante de verdad. [Y sin embargo, señala que] el argumento se tambalea en un punto crítico. Porque exactamente en este momento el metodismo obtuvo su mayor éxito al servir simultáneamente como religión de la burguesía industrial [aunque este grupo compartía el terreno con otras sectas inconformistas] y de amplios grupos del proletariado.¹⁰

Es decir, el metodismo se convirtió en religión de ricos y pobres, por lo que Thompson se pregunta cómo pudo desempeñar, con tanta eficacia, este doble servicio. La respuesta a esta interrogante no se encuentra en Weber o en el ya citado Tawney, sino en torno a quienes son los *llamados* o *elegidos* para la salvación divina en una mentalidad que suponía que el éxito era una señal de elección, mientras que la pobreza era prueba de vileza espiritual.

Weber aduce, ciertamente, poderosas razones referentes a la *utilidad*, desde el punto de vista de los patronos, de que se extendieran los valores puritanos o pseudopuritanos a la clase obrera. Weber puso el énfasis en la cuestión crucial de la disciplina del trabajo para enfrentar la resistencia enormemente terca del trabajo precapitalista. Para Weber, la economía capitalista se le presenta al individuo como un orden de cosas inalterable que lo obliga a ajustarse a las reglas del mercado, pero tales reglas eran vistas como antinaturales y odiosas.

En el momento del surgimiento del capitalismo industrial el campesino no había sufrido el cercamiento de los terrenos; el artesano urbano o el aprendiz no medían la remuneración del trabajo en términos exclusivamente monetarios; el pequeño propietario tejedor abandonaba su trabajo cuando lo requería el trabajo agrícola; los mineros eran supuestamente derrochadores, turbulentos, apasionados y rudos, y los trabajadores en la hilanderías tenían hábitos relajados y errabundos. De acuerdo con Weber, no era posible transformar la forma de vida tradicional de estos grupos sociales con métodos como el trabajo a destajo o con incentivos de diverso tipo, si no existe una coacción interna. Era necesario convertir al trabajador “en su propio capataz de esclavos”.

⁹ E. P. Thompson, *op. cit.*, p. 393.

¹⁰ C. Hill, *Puritanism and Revolution. Studies in Interpretation of the English Revolution of the 17th Century*, *op. cit.*, pp. 46-111 y 394.

Los patronos y fabricantes estaban obsesionados por la disciplina del trabajador en la fábrica o en sus casas. Los trabajadores a domicilio requerían ser educados en hábitos *metódicos*, atención a las instrucciones, cumplimiento puntual de los contratos y en el ahorro de materiales. Muy temprano, en el siglo XIX, muchos tejedores y pequeños patronos se encontraban ya profundamente influidos por las doctrinas del Metodismo. La fábrica, considerada ya como un vasto autómatas, compuesto por órganos mecánicos e intelectuales, requería someter a los obstinados obreros, especialmente a los más calificados, acostumbrados a paroxismos irregulares de actividad, para que se identificaran con “la regularidad invariable del complejo autómatas”. El argumento de tipo *económico* fue desarrollado con mucha anticipación a Weber, como en el caso de *Philosophy of Manufactures* (1835) del doctor Andrew Ure.

Según Ure, “el gran objetivo del fabricante moderno es, mediante la unión del capital y la ciencia, reducir la tarea de sus obreros al ejercicio de vigilancia y destreza, facultades [...] que en los jóvenes alcanzan la perfección con rapidez”. Consideraba que era del mayor interés para el propietario organizar su “maquinaria moral sobre principios tan sólidos como los de la mecánica”.

De acuerdo con Thompson, en este punto se completa el argumento: el sistema fabril exige una transformación de la naturaleza humana; los paroxismos del trabajo del artesano y del trabajador a domicilio deben someterse hasta que el trabajador se adapte a la disciplina de la máquina. El historiador de nuevo se pregunta, ¿pero, cómo se deben inculcar estas virtudes disciplinarias a aquellos cuya piedad probablemente no les reportará ningún beneficio personal (a no ser que lleguen a ser capataces)? Según el filósofo empresarial, estos cambios de actitud y de pensamiento sólo se pueden conseguir inculcando la primera y gran lección: que el hombre debe esperar su completa felicidad no en el presente, sino en un estado futuro, por lo que el trabajo se debe emprender como un acto de virtud puro, inspirado por el amor a un ser superior, que actúa sobre nuestra voluntad y nuestros afectos.

Para Ure, la humanidad sólo encontrará ese gran poder transformador en la cruz de Cristo porque: “es el sacrificio que borra la culpa del pecado; es el móvil que acaba con el amor al pecado; mortifica al pecador mostrando que su vileza es imborrable si no es contra esta terrible expiación; expía la desobediencia; proporciona fuerza para la obediencia; hace que la obediencia sea factible; la convierte en aceptable; la hace de algún modo inevitable, porque la convierte en necesaria; no sólo es, por fin, el motivo para la obediencia, sino modelo de ella”. A partir de aquí, Thompson baja de estas alturas trascendentales para hacer un análisis de las características mundanas de la teología del metodismo. Aborda el tema con un tono de verdadera indignación, que es excepcional en su obra.

Hacia 1800 existían numerosas teologías de las iglesias inglesas que reforzaban la autoestima de los fabricantes, si su fe era jerárquica, o la del elegido, o si consideraba que su éxito era una prueba de piedad o elección. De todas ellas el metodismo se distingue por su oportunismo *inmoral*. Su teología “estaba mejor adaptada que cualquier otra para servir como religión de un proletariado cuyos miembros no tenían la más mínima razón para considerarse *elegidos*, por lo que a la experiencia social se refiere. Wesley parece haber prescindido, en su teología, de los mejores elementos del puritanismo y haber seleccionado, sin vacilar, sus peores elementos: “si en términos de clase el metodismo era hermafrodita, en términos doctrinales era un mulo”.¹¹

¹¹ *Ibidem*, p. 402.

Thompson constata la ruptura del metodismo con las tradiciones democráticas e intelectuales de la vieja disidencia, y su adopción de los preceptos de sumisión a la autoridad de Lutero, por inhumano que fuese, es considerada buena, ya que la autoridad es buena y proviene de Dios, aunque quien la detente sea un malvado o no tenga fe. El metodismo se identificó con estos rasgos del luteranismo y menos con el calvinismo, como supuso Weber, por la adhesión de Wesley a la “universalidad de la gracia”, que posibilitaba una suerte de redención popular.

Para Thompson, lejos de ser una doctrina de igualitarismo espiritual, supone en cambio una igualdad de oportunidades en el pecado y en la gracia, para los ricos y los pobres. Como “religión del corazón”, más que del intelecto, los más simples y menos educados podían tener esperanza de alcanzar la gracia. El metodismo de este modo abrió las puertas de par en par a la clase obrera y, como el luteranismo, se convirtió en una religión para los pobres, pese a que esto produjo una tensión que amenazaba rebasar constantemente los límites de la iglesia.

Según Thompson, en la medida en que avanzó el siglo XVIII se afirmó la doctrina del perdón del pecado sólo mientras el penitente siguiera sin pecar. Los hermanos y hermanas *redimidos* se encontraban en estado de elección provisional o condicional. La naturaleza del pecado no cambia, por lo que es necesario seguir confesándolo, aunque haya sido perdonado por la gracia divina. Según Jabez Bunting, sucesor de Wesley, es necesario recordar que “nuestro lugar apropiado ante Dios es el polvo de la humillación”. El hombre sólo podía prepararse para la salvación, prerrogativa divina, mediante la humillación absoluta. Recaer en el pecado, según Thompson, podía significar la expulsión del individuo del único grupo comunitario que lo acogía en el desierto de la revolución industrial, y exponerse al castigo eterno de los demonios, el fuego y las cadenas.

El pueblo pobre elegido era afortunado por padecer menos tentaciones de la carne, del deseo de los ojos y del orgullo de la vida; pero para preservar la gracia eran necesarios, entre otros medios, las distintas formas de servicio a la iglesia, los ejercicios religiosos y la lectura de los tratados; la conversión con todas las convulsiones emocionales de la contrición de los pecados y una metódica disciplina en todos los aspectos de la vida, en especial en el trabajo más humilde y desagradable. La maldición de Dios sobre Adán, cuando fue expulsado del Jardín del Edén, según el metodismo descrito por Thompson, daba un apoyo doctrinal irrefutable a “la bendición del trabajo arduo, la pobreza y el dolor durante ‘todos los días de tu vida’”. Planteado así, el metodismo fue “el desierto paisaje interior del utilitarismo en una época de transición hacia la disciplina laboral del capitalismo industrial”.¹²

La disminución de los paroxismos de trabajo disminuyeron y aumentaron los paroxismos emocionales y espirituales. El metodismo de Wesley se distinguió, respecto de las sectas puritanas más viejas, por el *entusiasmo* y los éxtasis emocionales.

Los ejemplos de conversión religiosa que analiza Thompson tienen varias etapas: la descripción de una juventud pecaminosa; una experiencia dramática que hace al pecador consciente de la muerte, o un encuentro casual con la palabra de Dios, que permite que el pecador encuentre el camino de la salvación. Después sigue un largo camino de lucha contra la tentación de caer de nuevo en el pecado. Cuando el *deseo de la carne* ha sido humillado, otras tentaciones se atraviesan en el camino del penitente. Esas tentaciones son la frivolidad, la soberbia, o la tentación hebrea

¹² *Ibid.*, p. 405.

o católica de *comprar* la salvación con buenas obras. La *dureza del corazón* se identifica con cualquier rasgo del carácter que se resista a la más completa sumisión. Aún así, la salvación era condicional pero se operaba el traslado del pecador “desde el poder de Satanás al reino y a la imagen del querido hijo de Dios”. Para Thompson “En la fantástica expresión figurada podemos ver la penosa experiencia psíquica mediante la cual la estructura del carácter del rebelde bracero o artesano preindustrial se reconvirtió de manera violenta en la del sumiso obrero industrial”. Ese era el poder transformador de la cruz que predicaba Ure.

Thompson, nos dice:

Un fenómeno, que podría considerarse casi diabólico en su penetración hasta las fuentes mismas de la personalidad, dirigido a la represión de las energías emocionales y espirituales. Pero “represión” es un término engañoso; no se trató tanto de inhibir esas energías como de desplazarlas de su expresión en la vida personal y social, y confiscarlas para ponerlas al servicio de la iglesia.¹³

El metodismo constituyó la paradoja de una “religión del corazón” que se hizo célebre por inhibir toda espontaneidad. El metodismo sólo aprobaba las emociones en los templos. Por ejemplo, la idea de un amante metodista apasionado es ridícula, pues Wesley aconsejaba evitar todo tipo de pasiones. Para Thompson, por desagradable que resulte la palabra, aquél metodismo era una masturbación psíquica ritualizada, en la que las energías peligrosas para el orden social o simplemente improductivas se liberaban en las inofensivas fiestas del amor, vigiliat nocturnas, reuniones musicales o campañas de resurgimiento.

En la Fiesta del Amor, luego de rituales y cantos de himnos, el predicador hablaba de sus experiencias espirituales y de sus luchas contra el pecado, mientras que del público salían susurros y gemidos. Luego los miembros de la congregación hacían sus confesiones íntimas de pecado o tentación que a menudo tenían una implicación sexual, particularmente entre las mujeres más jóvenes. Para Thompson, esos orgasmos de sentimiento del *Sabbath* hacían posible, con mayor facilidad, la firme canalización cotidiana de esas energías hacia la consumación del trabajo y el comportamiento discreto y laborioso “todas las horas, todos los días del año”. Esta nueva dirección de los impulsos no podía realizarse sin una desorganización capital de la personalidad humana que reprimió todos los placeres espontáneos.

De acuerdo con Thompson, el metodismo está impregnado de desagradables y enfermizas enseñanzas sobre lo pecaminoso de la sexualidad y la extrema maldad de los órganos sexuales masculinos, en la medida en que se afirmaba la idea de que la mujer no podía sentir “el deseo de la carne”. A menudo se identificaba a Satanás con el falo, y en ocasiones se asociaba a Cristo con una imagen sexual femenina, con un costado abierto que acoge al gusano pecador; con el sacrificio de la carne como por ejemplo en la llamada “fiesta del matrimonio”, que une “los sentimientos de mortificación de sí mismo, la añoranza por el olvido del útero y el deseo sexual atormentado ‘escondidos en el pecho del Salvador’”.¹⁴

¹³*Ibid.*, p. 408.

¹⁴*Ibid.*, p. 411.

Thompson señala que es difícil imaginarse una desorganización más sustancial de la vida humana, una corrupción de las fuentes de la espontaneidad que se refleja en todos los aspectos de la personalidad. La alegría se asoció con el pecado y con la culpa, y todos los impulsos se transformaron en sus contrarios. Trabajar y afligirse era hallar placer, y el masoquismo era amor. En los casos más extremos, la sublimación del amor se convirtió en un culto necrófilo en numerosos sermones y confesiones, como en un escrito de Charles Wesley en el que se lee:

¡Ah, hermosa aparición de la Muerte!
Ninguna otra visión en la tierra es tan bella
Ni todos los alegres Espectáculos que *respiran*
Se pueden comparar con un Cuerpo muerto

En la perspectiva trazada por Thompson, éste fue el papel que jugó el metodismo en la creación del nuevo hombre de la modernidad. A esta deriva del metodismo se opuso William Blake del modo más claro en *The Everlasting Gospel*, en el que defendió la alegría de la sexualidad, afirmó la inocencia y se opuso a los valores de la sumisión que “oscurece el Sol y la Luna” y “Deforma los Cielos Polo a Polo”.¹⁵

Ideología y mito en las sociedades industrializadas

Richard Slotkin, a partir de la perspectiva de la historia social y de la cultura, reúne y ordena las categorías teóricas y conceptuales que se incorporaron al análisis histórico en esta vertiente de su desarrollo. Una breve revisión nos permite valorar algunos puntos centrales de sus aportes. Para Slotkin, la idea de cultura tiene usos contradictorios en el momento actual, y dejó de ser un concepto único. Con base en Raymond Williams, Slotkin señala que se ha convertido en una metáfora que representa una compleja discusión sobre las relaciones entre el desarrollo humano general y un modo de vida particular, y entre la actividad productiva y la práctica, y el ejercicio del arte y la inteligencia. Slotkin, para el desarrollo de su investigación, retiene una idea de cultura que denota las actividades y las prácticas relacionadas con la asignación y la atribución de sentido y significado a las cosas, las personas y los acontecimientos del mundo material.

Este uso sugiere para Slotkin una clara distinción entre cultura y sociedad, entendida esta última como la organización institucional y política-económica de los asuntos humanos, distinción que describe diferencias reales en la conducta de la vida social, partes que, pese a su especificidad, es importante verlas como aspectos de un sistema integrado, más que como “base y superestructura” de la realidad social.

Slotkin rechaza las escuelas históricas que intentan separar los campos materialista e idealista, en la primera de las cuales la cultura es “la cola que menean el perro de la Historia o la Economía”, y en la segunda es el mito, la idea o la estructura la que conforma y determina el curso del comportamiento. Entre estos campos se encuentra una visión de la historia social y de la antropo-

¹⁵ *Ibid.*, pp. 414-415.

logía que tiende a ver de un modo menos determinista el proceso histórico, el cual es visto como una constante relación entre la ideología y las fuerzas materiales de la historia, en la cual se establecen interacciones mutuas y desiguales que permiten las tendencias y las contradicciones de la evolución social.

Para Slotkin, la cultura no es una fuerza inmaterial u *oculta*; está formada por percepciones, intenciones y actos. Apoyándose en el libro de Geertz *Interpretación de culturas* afirma que la cultura

[...] es una forma de producción o trabajo que requiere energía y tiempo, involucra opciones humanas y consecuencias sociales, compromete materiales y trabajo y la conexión del productor con la red de relaciones —social, política, económica— que constituyen su sociedad. Aunque las expresiones culturales son simbólicas, no son “ocultas”. Esas múltiples acciones que vemos que tienen o expresan sentido —miradas, guiños, discursos, credos, actos— son componentes activos de realidad social y son al menos tan materiales como los cálculos de ganancia y pérdida.¹⁶

Por otra parte, la valoración de los mitos y de la religiosidad conduce a esta vertiente de la historia social a distinguir el modo específico de la producción social de las visiones del mundo y de la vida, ajenas a las características de la producción de las ideologías. Para Slotkin “En la antropología y en la historia social contemporáneas el término ‘ideología’ es usado para describir el sistema de creencias, valores y relaciones que constituyen cultura y sociedad”.¹⁷ Según él, mientras que los vehículos que llama “propios de la ideología” son, por su forma, discursivos y argumentativos y son tipificados por la estructura retórica de credo, manifiesto, polémica y sermón, el lenguaje del mito es indirecto, metafórico y narrativo por su estructura. El mito interpreta la ideología en forma de símbolo, ejemplo y fábula, y evoca, de manera poética, la fantasía, la memoria y el sentimiento.

La lógica del mito depende menos de la razón analítica que de la comprensión instantánea e intuitiva que acepta el sentido que el mito porta. En esta perspectiva, la narrativa mítica implica una teoría de causa-efecto; es decir, una teoría de la historia, una explicación que sólo en muy raras ocasiones adquiere el carácter de crítica, puesto que dicha narrativa se encuentra enmascarada por la narrativa tradicional y por su conformidad con nuestros hábitos de pensamiento, convencionalismos y preceptos literarios, tan profundamente arraigados, que no tenemos conciencia de ellos.

En esta interpretación del papel del mito en la historia, la capacidad de *mitologización* se inscribe profundamente en el proceso *sicológico* de creatividad del lenguaje, particularmente en nuestra capacidad de elaborar metáforas que son parte esencial de la capacidad humana de aprendizaje; son hipótesis primitivas pero eficaces de la realidad, del significado de las cosas y, particularmente, de su utilización para propósitos sociales. Son, en otros términos, narrativas dotadas de poder sobre la naturaleza y sobre los otros hombres. Las metáforas que contienen los mitos “vinculan experiencia vivida y percepción inmediata, y son también, en ocasiones, las conexiones,

¹⁶ R. Slotkin, *op. cit.*, pp. 21-22. Conviene recordar aquí que en la valoración del aporte de Geertz que hace Paul Ricoeur se señala que el carácter simbólico de las expresiones culturales es el análisis de “cómo los símbolos simbolizan, cómo funcionan para la significaciones mediatas”. Cf. P. Ricoeur, *Lectures on Ideology and Utopia*, cap. 15, “Geertz”. Estados Unidos, Columbia University Press, 1986.

¹⁷ *Ibidem*, p. 22.

mediante las cuales el individuo despliega memoria para dotar de sentido su vida y el medio por las cuales las sociedades utilizan su historia”.¹⁸

En este sentido, la memoria es únicamente un modelo simbólico de la experiencia que la generó y una representación de la realidad material que la inspiró, distorsionada por sentimiento, creencia, deseo y memoria anterior, e intenta constantemente reconciliar lo simbólico con lo material. Se trata de un proceso permanente de reinterpretación y cosificación; un componente esencial de la participación de los seres humanos en la vida social, el plano en el que el productor de las hipótesis metafóricas es una colectividad (tribu, clan, clase social); producción metafórica en la cual basa el éxito de su proyecto histórico. En otro sentido del asunto, el productor colectivo del mito establece una disputa por el dominio de los mitos centrales del desarrollo de una sociedad. Los mitos así vistos son una fuerza poderosa y adquieren capacidad material para orientar el desarrollo histórico de las sociedades.

El lenguaje mítico produce una reinterpretación metafórica de la historia que se vincula de un modo paradójico con la experiencia histórica, puesto que organiza los materiales de la historia de un modo ahistórico. Cuando la memoria histórica encuentra su vehículo en las metáforas míticas, señala este historiador de la cultura, se falsifica del modo más profundo, fundamentalmente porque dichas metáforas degradan la historia y pierden la distinción entre pasado y presente, en tanto que el presente es siempre repetición del pasado.

La consecuencia más importante de la reinterpretación mítica de la historia es que oculta la autoría e intención humanas en la creación de ideas y valores, y en la formación de condiciones materiales, y de este modo las afirmaciones míticas aparecen como meras repeticiones intemporales y trascendentes de tradiciones y principios. Los mitos pierden la memoria de su propia formación y transforman la historia en naturaleza y las contingencias temporales en ley divina. El mito armoniza significados ideológicos con simbolismo y este proceso tiende a ser reproducido por el comportamiento del pueblo que vive acorde con imperativos y definiciones míticas.

Llevado al extremo, en el caso de una sociedad en la que el mito original monopoliza la cultura, dicha sociedad sería estática, inmune al cambio y al progreso libre de la historia. En tanto una condición semejante es imposible en los asuntos humanos, los sistemas míticos son afectados por cambios en las condiciones materiales y sujetos a contradicciones internas de forma y contenido, y cuando cambian los propósitos humanos que forman las relaciones culturales encuentran oposición y se topan con dificultades.

En sociedades pequeñas, iletradas y relativamente simples, mito e ideología son aspectos escasamente discernibles de un sistema homogéneo de valores y comportamientos, en los que las leyendas refuerzan los rituales y éstos a la autoridad política, y en los que teología y política parecen trabajar en concordancia con el esquema de organización cósmica. Por otra parte, para las sociedades modernas, en las que hay una constante agitación y disrupción de las relaciones sociales y sistemas de valor, resulta especialmente importante la distinción entre ideología y mito. Slotkin dice: “En tales sociedades, la competencia de diferentes grupos por el poder en una sociedad en continuo cambio obliga a una articulación clara de ideología de partido o clase [...]”¹⁹

¹⁸ *Ibid.*, p. 23.

¹⁹ *Ibid.*, p. 25.

En las sociedades industrializadas la ideología juega el papel de descontento u oposición a los valores del mito o los mitos que conforman dicha sociedad. El mito deja de ser sagrado y evidente por sí mismo. Cuando los mitos no son capaces de dar las claves de interpretación y control del mundo cambiante, se desarrollan ideologías sistemáticas que restituyen la coherencia entre hechos y los valores, pero, “el fin de la ideología es reintegrar el sistema cultural, generar una nueva narrativa o mito que dé cuenta de la realidad y le otorgue valor y así crear un nuevo consenso”.²⁰

En tanto que aún una mitología desarticulada preservaría elementos del pasado, inevitablemente la nueva mitología encontrará vínculos con la anterior. El mejor medio para renovar la fuerza de la mitología debilitada es vincular la nueva ideología con la imaginería tradicional de mito existente. En este terreno se genera entonces un proceso en el que el mito sagrado se degrada en ideología, y la ideología, en las manos de una clase que busca establecer y justificar su hegemonía, procura cooptar al mito. Para Slotkin, ese proceso de mitogénesis, ruptura, cooptación y renovación mítica conforma la historia de la cultura. En diferentes momentos de una sociedad como la estadounidense los mitos se producen mediante la literatura, de los sermones, de los discursos políticos, de la prensa o de los medios masivos de comunicación.

Slotkin recurre, por ejemplo, al caso del mito creado en torno a Custer (George Amstrong) para abordar el problema del origen histórico de los mitos. El mito se tejió en torno a este oficial de caballería que se distinguió en la guerra civil (1861-1865), quien en 1874, sin esperar las órdenes de sus superiores, decidió encabezar una columna de doscientos hombres, en la batalla llamada Little Bighorn contra los aborígenes americanos. Custer y sus hombres murieron y, paradójicamente, la derrota fue convertida en una acción ejemplar del hombre de la frontera, y Custer fue transformado en un héroe militar honrado en West Point.

Para Slotkin, el carácter arquetípico de la narrativa del sacrificio del héroe y su “resistencia última” es evidente en numerosas historias míticas que se integraron a la tradición occidental y a las religiones bíblicas. La persistencia del mito suele explicarse por el *enraizamiento* profundo de sus estructuras en la memoria colectiva y personal. Si bien las resonancias arquetípicas del mito de Custer son significativas en su difusión y persistencia, para Slotkin, “como explicación, el arquetipo mistifica tanto como explica”.²¹

El arquetipo es una abstracción del mito y, en efecto, la explicación de la fuerza del mito está presente en prácticamente todas las historias míticas. Sin embargo, por la vía del arquetipo es prácticamente inútil explicar el uso y la comprensión del mito en sociedades tan distintas entre sí como una cultura de agricultores de una de cazadores, o como una aldea de aborígenes americanos precolombinos de un barrio industrial moderno. Para este historiador, el abordaje de los mitos por la vía de los arquetipos mistifica la *mitogénesis* que se supone pretende explicar. El arquetipo es visto como el producto de una *mente colectiva* o un *inconsciente colectivo*, con lo cual de nuevo se oculta su producción humana, condicionada históricamente por las condiciones materiales de su producción, y se presenta como resultado de la comunión con una suerte de *inefable*.

Este carácter, y esta falla de la aproximación al estudio de los mitos, Slotkin la encuentra en textos célebres como los de James George Frazer (*La rama dorada*), Joseph Campbell (*El héroe*

²⁰ *Idem*.

²¹ *Ibid.*, p. 27.

de las mil caras) y en la obra de Karl Jung, entre otros, para quienes las memorias que evocan son considerados atributos humanos previos e incluso ajenos a la historia.

El mito, en la perspectiva planteada por Slotkin, es un fenómeno histórico específico cuyas conexiones con los eventos que lo originan y lo evocan sigue un patrón de desarrollo demostrable, como en el caso del mito de Custer o el de la frontera, importante mito de formación de la nación estadounidense.²²

Por otra parte, en la interpretación de la selección por el mercado que han ensayado diversos estudios de cultura popular para dar cuenta del éxito de ciertos mitos, se establece una suerte de selección comercial mediante la cual los productores y los consumidores interactúan. Dicha relación se produciría en el mercado en el que una mano invisible, como en la economía clásica, norma y ordena todas las relaciones comerciales. En esta manera de abordar el asunto, los productores de fábulas e imágenes son aceptados o rechazados por los consumidores. Los productores entonces responden a los consumidores eliminando las producciones que carecen de aceptación, y en cambio reproducen en forma masiva aquéllas que responden a las necesidades del mercado y a la caja registradora. Al final emerge un cuerpo de géneros y fórmulas cuyo atractivo ha sido convalidado en términos comerciales, y es la base de la formulación de los *mitos-ideología* de una cultura de masas que consumiría un tipo de folclor de la sociedad industrial.

Para Slotkin, en cambio, la llamada cultura americana es específicamente moderna e industrial. En las sociedades relativamente simples, pequeñas y preindustriales el folclor es un medio de expresión cultural. La sociedad moderna, por el contrario, se caracteriza por una elaborada fragmentación de clases, estatus y diferencias étnicas. La producción artística moderna se distingue por la alienación existente entre el productor, el consumidor y los medios de producción. Slotkin subraya que en una sociedad industrial existe una clara distinción de función y estatus entre los propietarios de las instalaciones de producción y distribución; productores y consumidores. Y en la categoría de productores es necesario distinguir entre artistas, artesanos, escritores a sueldo, administradores y otras muchas categorías de trabajo.

En una sociedad industrial el artista se ubica a gran distancia de su audiencia final, y tiene que remontar el sistema de valores de cambio que necesariamente mediarán la relación con su propia audiencia. Los sistemas de producción y distribución de cultura popular siguen la tendencia industrial hacia el gigantismo, la racionalización corporativa, la formación de conglomerados y de oligopolios, por lo que todo, sumado, resulta el modelo de libre mercado, que es totalmente inapropiado para entender el intercambio cultural del mismo modo en que resulta inapropiado para entender el desarrollo económico.

Según Slotkin el mito de Custer, como una expresión específica del más amplio mito de la frontera, encontró su principal vehículo en la literatura y su difusión impresa, pese a la presencia de otros medios de difusión como los circos, dioramas, espectáculos itinerantes y el creciente desarrollo de los medios masivos de comunicación, cuyo mercado nacional se habría desarrollado a partir de 1830, completándose en 1890. En el contexto de un mercado cultural que experimenta constantes cam-

²² Cf. Javier Torres Parés, "Frederick Jackson Turner: frontera, mitos y violencia en la identidad nacional estadounidense", en *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales*, V Coloquio Paul Kirchbhoff. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas / Plaza y Valdés Editores, 2004, pp. 421-427.

bios, el mito encuentra continuidad de tema, forma y autoría en cada fase de su desarrollo. Para Slotkin hay una clara continuidad en la presencia de una *clase autorial* con propiedades, educada e identificada con estratos sociales medios y altos, de la que no escapan los escritores y editores que en ocasiones se consideran a sí mismos como voceros de las clases trabajadoras. Para Slotkin, los temas dominantes del mito de la frontera son aquéllos cuyo meollo se encuentra en la concepción de la historia estadounidense como una guerra contra los indios, de escala heroica, que opone raza contra raza y la preocupación central de los mitólogos de alcanzar el *fin de la frontera*. Ambos temas se vinculan en la leyenda de la *última batalla*, que es la fábula central de la versión industrial o revisada del mito de la frontera que se plantea como una región primitiva, que restituye al sujeto de una nueva nación específicamente americana y de un pueblo elegido, dotado de una misión *civilizatoria*.

En esta vertiente de una obra muy amplia y sugerente, Slotkin aborda el estudio de modo en que el mito de la frontera responde a las necesidades simbólicas e ideológicas de la época y de los medios por los que fue capaz de ofrecer una visión que, de manera simultánea, refleja y enfrenta la crisis social. El mito reinterpreta los enfrentamientos raciales y de clase para restaurar la *armonía* perdida mediante una violencia santificada y regeneradora que justificó la guerra estadounidense con México, en el periodo que va del año 1845 al 1850, experiencia definitoria de su visión de la otredad de América Latina y del llamado Tercer Mundo.²³ Con el estudio del mito de la frontera en la época colonial, en la de la industrialización y en el siglo xx, Slotkin emprende una aguda crítica de la formación de la nación estadounidense.

Epílogo

Los autores mencionados integran un importante momento de una vertiente historiográfica, actualmente muy nutrida y prometedora, que en el dintel de su puerta escribió con claros caracteres: “bienvenidos los que abandonen sin temor todo el viejo y herrumbroso positivismo”.

En 1980, el historiador francés Georges Haupt constató la presencia e influencia de esta corriente historiográfica. Para Haupt, a partir de la década de 1970 “los debates metodológicos sometieron a crítica la manera tradicional, convencional, de pensar y de abordar la historia obrera. Los trabajos fundamentales de E. P. Thompson, Eric Hobsbawm, Rolande Trempe [*Les Mineurs de Carmaux*], Michèle Perrot [*Les Ouvriers en grève, France 1871-1890*], por sólo citar los más importantes, consiguen hacerla salir del cuadro intrincado de la historia política e ideológica en donde estaba arrinconada, para imprimirle una nueva orientación, obligarla a explotar nuevos dominios históricos y abrirse a campos teóricos más vastos. El acento se desplaza. La problemática misma cambia. El vínculo entre historia obrera e historia social tienen en lo sucesivo el camino pavimentado. “La historia del movimiento obrero —rejuvenecida, vitalizada— está hoy en plena transformación”.²⁴

²³ *Ibidem*, pp. 161 y ss.; Richard Slotkin, *Gunfighter Nation. The Myth of the Frontier in Twentieth-Century America*. Nueva York, Harper Perennial, 1993, cap. 13.

²⁴ Georges Haupt, *Le historien et le mouvement social*. París, Francois Maspero, 1980, p. 18.

En México y en diversos países latinoamericanos la historia social encuentra sus propios pioneros, entre los cuales se hallan autores como Pablo González Casanova, Carlos Rama, Julio Godio, Víctor Alba, Jorge Turner, Jacob Oved y José C. Valadés, por mencionar sólo algunos historiadores de un nutrido grupo que nos ha dejado una herencia muy rica en posibilidades de renovación y transformación de la historia social.

Lorenzo Boturini y la comprensión de lo americano. Notas para un estudio¹

Iván ESCAMILLA GONZÁLEZ

Febrero de 1736. En lo que parecía un inminente y trágico final para su viaje, el caballero milanés Lorenzo Boturini Benaduci observaba atemorizado cómo el Santa Rosa, buque de guerra en el que había cruzado el Atlántico desde Cádiz, golpeado por los nortes a causa de una imprudente maniobra del piloto, se hundía a la vista de la fortaleza de San Juan de Ulúa. Además de rescatar a los tripulantes y pasajeros, poco podían hacer por el navío las demás embarcaciones que junto con el Santa Rosa arribaban en ese momento a Veracruz formando la flota, el convoy que cada año traía cientos de toneladas de mercancías europeas a vender en la Nueva España.

En medio del caos del naufragio, Boturini recordó que uno de sus compañeros de viaje le había hablado elogiosamente de la taumaturga imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México y de muchas historias de navegantes que se habían librado de perecer en el mar tras invocar su nombre. El caballero italiano, que era hombre de sincera piedad religiosa, se encomendó a la advocación celestial, y para salvar la vida trepó junto con los demás pasajeros a las chalupas del barco. Boturini consiguió llegar entero a tierra, y con lo que pudo rescatar de su equipaje emprendió el viaje a la ciudad de México, a la que le conducían ciertos encargos de negocios que le hicieron en Madrid. Como atribuyó el haber conservado la vida a la oportuna intercesión de la Virgen mexicana, fue agradecido a visitarla en su templo extramuros de la capital del virreinato, y al igual que tantos otros antes y después que él quedó de inmediato prendado de su imagen. No le impresionó menos ver convertido aquel santuario en uno de los más célebres y concurridos de todo el territorio novohispano, y a la propia Virgen en el objeto de la general veneración de criollos, españoles, indios y castas, representando por ello el mayor lazo de unión en una sociedad hondamente dividida por los privilegios de unos pocos y por los prejuicios raciales. Cuando vio cómo la imagen de Guadalupe era invocada en todo el reino como protectora y patrona en contra de la severa epidemia de *matlazáhuatl*, que por el mismo tiempo golpeó a la Nueva España, su interés por esa advocación no hizo más que crecer.

¹ La bibliografía sobre Lorenzo Boturini es amplia, pero los trabajos más importantes por su originalidad y aportes son, sin duda, los de José Torre Revello, aparecidos en el siglo xx: "Documentos relativos a D. Lorenzo Boturini Benaduci. Biografía", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, 1ª. serie, t. vii, núm. 1, 1936 [1932], pp. 5-45; Jesús García Gutiérrez, *Apuntamientos para una bibliografía crítica de historiadores guadalupanos*. Zacatecas, s.e., 1939, pp. 67-98; Miguel León-Portilla, "Estudio preliminar", en Lorenzo Boturini, *Idea de una nueva historia de la América septentrional*. México, Porrúa, 1974, pp. ix-lxxii, y Álvaro Matute, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976.

Como a hombre de cultura, su curiosidad le hizo inquirir entre personas ilustradas acerca del origen de aquel culto, y quedó sorprendido cuando se le respondió que nadie lo conocía a ciencia cierta, al faltar del todo documentos escritos que informasen de ello. Todo lo que se sabía era que durante generaciones había pasado de padres a hijos una sencilla tradición, que narraba cómo por el año de 1531 la Virgen se había aparecido en el cerro del Tepeyac a un humilde converso indígena para solicitarle en ese sitio la construcción de un templo, y que en prenda de la verdad de su encomienda el indio había entregado al primer obispo de México una pintura de factura celestial con la efigie de la propia Madre de Dios, la misma que desde entonces se veneraba en el santuario.

Inquiriendo entonces acerca de la falta de pruebas históricas a Boturini se le explicó que desde que en 1648, año en que el padre Miguel Sánchez dió a la imprenta el primer libro en que se refería pormenorizadamente a dicha tradición,² muchos eruditos habían revuelto de manera infructuosa los archivos civiles y eclesiásticos de la ciudad de México en busca de las pruebas del milagro, por lo que no habían faltado nunca espíritus críticos que dudasen de la veracidad de la tradición y del origen sobrenatural de la propia pintura guadalupana.

Insatisfecho con la explicación, don Lorenzo todavía preguntó si era posible que existiera algún otro lugar donde aún no se hubiera ido a buscar tales documentos. Fue entonces que se le dijo que los indios de estas tierras, antes y aún tiempo después de la Conquista, acostumbraban utilizar figuras y caracteres simbólicos para escribir los fastos más importantes de su historia. Por testimonio oral de los propios naturales se sabía, o se suponía, que habían registrado en sus anales el milagro del Tepeyac; empero, recelosos de los extraños, o tal vez ya perdido el saber de sus mayores, y por ende la comprensión de su significado, los habrían ocultado o incluso destruido, desanimando con ello cualquier posible indagación por parte de españoles y criollos. Y de cualquier modo, decían la mayoría de éstos, ¿a quién le importaba lo que pudieran decir los indios, ni quién iba a tomarse el trabajo de ir hasta sus pueblos a preguntárselos?³

Impresionado por estas noticias, Lorenzo Boturini no tardó en formarse el propósito de aprovechar su estancia en estas tierras para escribir una historia de las apariciones guadalupanas que extendiese su devoción entre todas las naciones del orbe católico. Y si las pruebas innegables (que de una vez y para siempre desvanecerían todas las dudas que pudiesen existir acerca de la autenticidad del milagro) se hallaban entre los indios, escritas en sus antiguas lenguas y caracteres, resguardadas en sus barrios y pueblos, Boturini iría allí en su búsqueda.

¿Quién era este *extranjero*, que, “no habiendo nacido en Indias, ni en España, destituido del idioma y voz viva de los indios”, según acusaban sus críticos, dedicó sus recursos y energías a convertirse en “Historiador de Nuestra Señora de Guadalupe”, título con que durante su estancia en México firmó decenas de memoriales y cartas? Poco se sabe de antes de su venida a este continente de la vida de Lorenzo Boturini (ca. 1698-1755), quien decía descender de ilustres estirpes, pero se daba a conocer mejor por sus “suavísimas costumbres, modestia y humildad”,⁴ carta de

² Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe*. México, Imprenta de la viuda de Bernardo Calderón, 1648.

³ Poole Stafford, *Our Lady of Guadalupe. The Origins and Sources of a Mexican National Symbol, 1531-1797*. Tucson, The University of Arizona Press, 1997. Aquí el autor ofrece un sugerente estudio sobre la controversia entre escépticos y defensores de la tradición en la Nueva España desde el mismo siglo xvii.

⁴ Archivo General de Indias, sección Audiencia de México, leg. 398, Andrés Marcos Burriel a Jorge Juan, Jesús del Monte, 26 de septiembre, 1748.

presentación de una personalidad emprendedora y de enorme empuje, con una facilidad innata para el trato social que le permitía entusiasmar a gente de todas clases en los ambiciosos proyectos que su ingenio producía con fácil fecundidad. Fueron justamente estos rasgos de su carácter los que le permitieron superar unos orígenes oscuros y provincianos para desde 1725 emplearse sucesivamente en distintas cortes de Europa, a cuyo servicio desplegó sus talentos personales y sus conocimientos sobre política, derecho, historia y comercio.

No resultan enteramente claros los motivos que eventualmente hicieron que cruzara el mar, pues el propio Boturini llegó en distintas ocasiones a contradecirse al respecto; pero una vez en la Nueva España todos sus intereses parecen haberse subordinado al propósito del engrandecimiento de la devoción de Guadalupe, y al mismo tiempo, al de instruirse en la historia de los pueblos que desde antes de la conquista empleaban imágenes como instrumento de la memoria y la comunicación. El curso que su vida, su pensamiento y obra tomarían desde entonces le permitieron ganar admiración al mismo tiempo que antipatías entre sus contemporáneos, y lo llevaron a bosquejar un fascinante ensayo de acercamiento entre el Occidente europeo y el mundo indígena, que en plena Ilustración contribuyó a un cambio, hoy justamente apreciado, en la comprensión de la historia y la cultura de los pueblos de América.

La postura y método adoptados por Boturini en su acercamiento a la historia guadalupana es ejemplo notable de lo anterior. Pese a que la leyenda de las apariciones parece haberse originado en la tradición oral de los pueblos de indios del norte de la cuenca de México, desde mediados del siglo xvii la consolidación del culto había sido producto de un esfuerzo continuado de selectos círculos criollos, incrustados en la burocracia y la intelectualidad eclesiásticas. Apoyados por instancias corporativas como el cabildo catedralicio de México o la Compañía de Jesús, y siguiendo las huellas de Miguel Sánchez, otros escritores novohispanos —a los que Francisco de la Maza llamó atinadamente *evangelistas* guadalupanos— habían dado a la luz en los años siguientes el *Nican mopobua*, relato *canónico* en náhuatl del milagro,⁵ primer intento de interpretación de las supuestas evidencias históricas e incluso científicas del mismo en la obra de Luis Becerra Tanco,⁶ y la primera gran síntesis de la historia del culto y del propio santuario producida por el prolífico hagiógrafo jesuita Francisco de Florencia.⁷ A otros ingenios criollos se debieron igualmente entre 1650 y 1669 el primer trabajo poético de altos vuelos,⁸ el primer ciclo pictórico⁹ y el primer sermón¹⁰ de cientos que se dedicarían a la imagen de Guadalupe.

⁵ Se sigue discutiendo el origen y la autoría de los textos del libro que contiene el *Nican mopobua*, el *Huey tlamahuizoltica*. México, Imprenta de Juan Ruiz, 1649, aparecido bajo el nombre del capellán del santuario, Luis Lasso de la Vega.

⁶ Luis Becerra Tanco preparó dos versiones de su obra: *Origen milagroso del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe*. México, Imprenta de la viuda de Bernardo Calderón, 1666; y *Felicidad de México*. México, Imprenta de la viuda de Bernardo Calderón, 1675.

⁷ Francisco de Florencia, *La estrella del norte de México*. México, Imprenta de María de Benavides, 1688.

⁸ José López de Avilés, *Poeticum viridarium*. México, Imprenta de la viuda de Bernardo Calderón, 1669.

⁹ Las pinturas que representan las cuatro apariciones, perdidas, por desgracia, fueron probablemente hechas por José Juárez en 1650 para la capilla o chapitel del Pocito al pie del Tepeyac.

¹⁰ José Vidal de Figueroa, *Teórica de la prodigiosa imagen de la Virgen Santa María de Guadalupe de México*. México, Imprenta de Juan Ruiz, 1661.

Frente a semejante floración de talento americano que hizo de la Guadalupeana el estandarte más original del orgullo *patrio* de los criollos novohispanos, es comprensible que el autonombamiento de Boturini como el historiador destinado a fundar por siempre la veracidad del milagro fuera visto como poco menos que un insulto, algo que no hizo sino aumentar cuando el milanés tuvo la imprudente —y fallida— idea de iniciar una colecta de joyas y dinero en todo el reino para coronar la imagen de Guadalupe en una suntuosa ceremonia. Pero aún más que el sentimiento localista, lo que resultaba herido con los esfuerzos de don Lorenzo era una bien consolidada tradición historiográfica, caracterizada entre otras cosas por el desdén clasista con que los literatos criollos veían a los indios *vivos*, aquellos con los que convivían todos los días en la calle y en la plaza, y a los que catalogaban dentro de la masa informe e ignorante de la *plebe*. Hablando de la interpretación de los códices pictográficos sobrevivientes como fuentes históricas, Becerra Tanco, y tras él muchos, despreciaban el testimonio de los indios aduciendo el “haber faltado las personas de posición que había entre ellos”;¹¹ es decir, la desaparición de los antiguos linajes nobiliarios prehispánicos.

Debió entonces resultar desconcertante, para quienes así pensaban, el que Lorenzo Boturini principiara sus pesquisas precisamente entre los indígenas, y más aún el que sus andanzas entre los pueblos del centro de la Nueva España le hubieran puesto en posesión de una de las mayores y más importantes colecciones de documentos acerca de la historia prehispánica y colonial de México que hasta entonces, y aún después, hubieran sido reunidas. Cuando en 1743 Boturini fue arrestado y sus bienes y papeles confiscados debido a una acusación por parte de las autoridades coloniales que lo acusaron de haber viajado a las Indias sin autorización, su acervo incluía más de trescientas piezas manuscritas e impresas, entre los que había códices, pinturas, crónicas, anales, mapas, expedientes judiciales de tierras y de tributos, cartas, testamentos, vocabularios y catecismos en lenguas indígenas, entre otros.¹²

Como prueba de que su hipótesis original planteaba lo correcto, entre los hallazgos que el italiano podía exhibir se encontraba un testamento que según su interpretación probaba la existencia histórica del vidente Juan Diego, amén de otros documentos que testificaban la importancia del culto guadalupano desde el siglo *xvi*, en tiempos muy cercanos a la época en que la tradición ubicaba las apariciones.¹³ Tales logros, junto con el mérito del resto de su enorme colección, ganaron a Boturini el reconocimiento y el apoyo de muchos intelectuales novohispanos, aunque también provocaron envidias y cuestionamientos al derecho que asistía al *extranjero*, para poner en tela de juicio la autoridad de los principales historiadores guadalupanos, o para rescatar los mismos papeles que, salvo casos excepcionales, como el de Carlos de Sigüenza y Góngora, la desdeñosa negligencia criolla no había sabido o no había querido rescatar. No es imposible que esta animadversión haya influido en su desgracia y precipitado, como se mencionó antes, su prisión y su posterior y forzada remisión de vuelta a España por órdenes del virrey, conde de Fuenclara. Boturini

¹¹ Luis Becerra Tanco, *Felicidad de México*, f. 19r.

¹² El número y tipo de piezas que formaban la colección de Boturini ha sido objeto de polémica en más de una ocasión. Personalmente me atengo a un conteo aproximado (dada la imprecisión de la fuente) del inventario de los papeles que por orden de las autoridades coloniales se llevó a cabo en 1745: “Inventario de los documentos recogidos a don Lorenzo Boturini por orden del gobierno virreinal”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. iii, época 4ª, núm. 1. México, 1925, pp. 1-55.

fue separado de su colección, que quedó, a partir de su expulsión, almacenada en un armario en el palacio virreinal.

La búsqueda y conformación de su gran archivo o Museo Histórico Indiano, como él mismo le llamó, fueron también decisivas en el otro gran aporte de Lorenzo Boturini al conocimiento de la historia del Nuevo Mundo. Durante el siglo xvi los cronistas españoles que conocieron de cerca los últimos destellos de las culturas prehispánicas se habían referido, con aprobación casi unánime, a los sistemas de escritura o registro documental desarrollados en Mesoamérica y los Andes, y se habían servido en muchos casos del conocimiento preservado en antiguos códices y quipus para escribir sus propias obras. Sin embargo, el testimonio de estos autores fue desechado durante el siglo xvii, y sobre todo en el xviii, cuando los intelectuales europeos interesados en el estudio comparativo entre la propia cultura occidental y las de otros pueblos antiguos y contemporáneos comenzaron a clasificar a las civilizaciones de acuerdo con el desarrollo de sus sistemas de escritura. Como lo ha estudiado Jorge Cañizares-Esguerra,¹⁴ los escritores de la Ilustración despreciaron las antiguas pictografías americanas al considerarlas, lo mismo que a los jeroglíficos egipcios, distintivo de una sociedad más cercana al estado mental de la barbarie que al civilizado, y a los indios mexicanos y peruanos como incapaces de la verdadera memoria histórica. Para autores tan representativos como William Robertson, en su *The History of America* (1777), los códices indígenas no serían, en el mejor de los casos, más que compendios de supersticiones y de leyendas absurdas e irracionales, inútiles para cualquiera que deseara escribir sobre esos pueblos de manera *imparcial* y *objetiva*, según era el ideal historiográfico del siglo xviii.

Frente a esta absoluta incompreensión que convertía automáticamente, como por decreto, a los indígenas en pueblos sin historia, Lorenzo Boturini ofreció uno de los más originales acercamientos que hasta entonces se hubieran propuesto entre el examen intelectual de Occidente y las culturas originarias de América. Desde el inicio de sus recorridos por los pueblos de indios debió quedar tan sorprendido como sus propios críticos por la profusa documentación que aún se conservaba celosamente tanto en poder de los viejos de las comunidades indias y sus cabildos, o en los archivos de conventos y parroquias, como en manos particulares de indígenas y mestizos que los consideraban patrimonio heredado de generación en generación.

La naturaleza y cantidad de la información contenida en los papeles que consiguió en originales o copias debió en principio abrumar al erudito, quien se vio bien pronto forzado a posponer su propósito inicial de redactar una historia guadalupana si no contaba primero con un conocimiento profundo de los antiguos sistemas de escritura y de medición del tiempo empleados en los papeles que iban cayendo poco a poco en sus manos, y que se abocó enseguida a adquirir.

Aunque al igual que los historiadores criollos Boturini consideraba que los indios de su tiempo habían perdido en el transcurso de los siglos muchos de esos antiguos conocimientos, no resulta arriesgado suponer que la existencia de esos papeles le haya llevado, tarde o temprano, a

¹³ El original del testamento de 1559 de Juana Martín o Gregoria María, una supuesta parienta de Juan Diego, ha desaparecido y solo se conservan copias hechas a partir de la que Boturini realizó en el siglo xviii. Los otros documentos del siglo xvi eran fundamentalmente legados testamentarios, ninguno anterior a 1556, como el de Esteban Tomelín de 1572.

¹⁴ Cf. Jorge Cañizares-Esguerra, *How to write the History of the New World. Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*. Stanford, Stanford University Press, 2001, cap. 2.

ponderar la pertinencia, como ruta interpretativa, de la filosofía expuesta en cierta lectura que había hecho varios años atrás, antes de su viaje a las Indias. No daría de inmediato forma a estas reflexiones, tal vez debido a su prisión, pero el que el esquema existía ya en su mente se prueba por el hecho de que tan pronto como tuvo oportunidad para plasmarlo puso manos a la obra.

De vuelta en España, y acercado desde 1744 en Madrid, Lorenzo Boturini consiguió limpiar su nombre de los delitos que se le habían imputado en México, y obtuvo el patrocinio de la Corona para llevar a cabo, con el nombramiento de cronista de Indias, un innovador trabajo historiográfico en el que vertería los resultados de sus investigaciones y hallazgos.

En 1746 Boturini publicó su *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*,¹⁵ ensayo dividido en dos grandes secciones. La primera era el prospecto de la enorme obra que planeaba escribir sobre la historia, religión, lengua, costumbres y calendario de los indios de la Nueva España en tiempos de su gentilidad, una vez que consiguiese se le regresara su Museo Histórico. En cuanto al método que pretendía seguir en la interpretación y análisis de las crónicas, cantares y mitos de los indios, Boturini sorprendió a sus contemporáneos al proponer a un jurisperito de Nápoles, Giambattista Vico, quien para el estudio de la cultura grecolatina en sucesivas ediciones de sus *Principi di scienza nuova d'intorno alla comune natura delle nazioni* había desarrollado uno de los más originales ensayos sobre la historia de la cultura jamás escritos, obra que llegó a ser una de las más influyentes en el pensamiento moderno, a pesar de haber sido publicada con cierto retraso.¹⁶

El propósito original de Vico en su libro había sido contrarrestar el ascendiente que, desde la revolución galileana del siglo xvii, tuvo el paradigma explicativo de las ciencias naturales en detrimento del humanismo y la religión tradicionales.¹⁷ En el proceso, casi sin saberlo, construyó un sistema cuyo potencial innovador sería comprendido por filósofos e historiadores a partir del siglo xix. Como lo ha sintetizado de manera magistral Álvaro Matute en su estudio sobre Vico y Boturini, lo que el napolitano proponía era, en respuesta al método de las ciencias físico-matemáticas, una *ciencia nueva* de lo humano, que hubiera de ocuparse exclusivamente de la cultura en tanto que reflejo en el hombre del plan de la Providencia, con lo que se preservaba su papel de guía trascendental de la historia de todas las naciones. Como “resultado de la acción de la mente humana”, las naciones comparten en su respectivo origen, desarrollo y decadencia una serie de elementos constitutivos: “la lengua, los mitos, la religión, el derecho natural de gentes, las formas de gobierno y las costumbres en general”.¹⁸ Vico encontró ese fondo común a partir de la filología, al considerar que el lenguaje es la expresión del libre albedrío humano y, por ende, de la particularidad de cada nación, de la que surgen las instituciones peculiares de la vida social. De allí partió para elaborar

¹⁵ Lorenzo Boturini Benaduci, *Idea de una nueva historia general de la América septentrional, fundada sobre material copioso de figuras, símbolos, caracteres y jeroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos*. Madrid, Imprenta de Juan de Zúñiga, 1746.

¹⁶ La primera edición de la *Scienza nuova* es de 1725, y las posteriores, con cambios y adiciones por el propio autor, son de 1730 y 1744. Aparentemente Boturini solo conoció directamente las dos primeras.

¹⁷ Cf. a este respecto el interesante estudio de Mark Lilla, *G. B. Vico. The Making of an Anti-Modern*. Cambridge, Harvard University Press, 1994.

¹⁸ Á. Matute, *op. cit.*, p. 49.

su conocida división de la historia y el pensamiento clásicos en tres edades: la de los dioses, la de los héroes y la de los hombres.

Boturini, profundo lector de Vico, dedicó la primera sección de la *Idea...* a establecer una interesante analogía entre la cosmogonía y la mitología clásicas, y las de los antiguos nahuas. En ella, a la par que la erudición que había alcanzado en el conocimiento del mundo prehispánico, es posible percibir su vasta cultura literaria y jurídica, intereses que sin duda lo llevaron, en primer lugar, a la obra de Vico. Dado que Boturini, en palabras de Álvaro Matute, buscaba demostrar “la posibilidad de conocer la historia indiana a través de sus documentos”, complemento necesario de su ensayo es la segunda sección, en la que ofrece un catálogo notoriamente incompleto e inexacto, ya que en parte escribía de memoria, recordando las piezas documentales que contenía su Museo Histórico Indiano, ordenado por materias y comentado.

Más allá del interés documental que tiene para darnos a conocer la clasificación original del Museo y el valor que atribuía el coleccionista a cada una de sus piezas, el catálogo de 1746 refleja la convicción del sabio italiano en el sentido de que lejos de las ideas europeas al respecto, los pueblos americanos gozaron del conocimiento histórico y del cómputo del tiempo. Más aún: señaló que el uso de la escritura pictográfica no fue obstáculo para que su cultura literaria fuera rica y vasta, como lo probaban los cantares de antiguos poetas nahuas. Dando un paso adelante, su trabajo sobre una *nación* o cultura no europea sustentó la validez y la universalidad del pensamiento de Vico respecto a que las ciencias de lo humano no debían ser ajenas a ninguna de las manifestaciones o testimonios del espíritu, ya que revestían el mismo valor para el historiador que el conocimiento de las instituciones del derecho de una civilización, y la interpretación de sus creencias vertidas en mitos, o en su producción simbólica y literaria. Por si fuera poco, en su convicción quedaba bien fundada la existencia y validez de los testimonios de los propios indígenas acerca de su primer desvelo, el milagro de las apariciones guadalupanas, como bien lo da a entender su retrato grabado por el burilista fray Matías de Irala, colocado al frente de la primera edición de su *Idea...* En él, la imagen del Tepeyac, puesta en las manos de don Lorenzo, parece surgir tanto de su pluma como de la rueda calendárica de los nahuas.

El impacto de lo que alcanzó a publicar fue importante en su propio tiempo, aunque, como ocurre con frecuencia con las obras pioneras, su valor fue diluyéndose en los decenios posteriores, después de haber cumplido con su objeto de echar a andar el debate acerca de la mejor forma y de los medios disponibles para escribir la historia de los pueblos de América. En la propia Nueva España, después del rechazo original de los sectores más tradicionalistas, el valor de las investigaciones de Boturini fue apreciado a partir de la revelación impresionante que había supuesto el Museo Histórico Indiano. En los *Anteloquia* de la gran suma enciclopédica y defensa de la cultura novohispana que es la *Bibliotheca mexicana* de Juan José de Eguíara y Eguren (1755), quien trató personalmente a Boturini y conoció su colección, se reconocía sin ambages la importancia de su trabajo como demostración irrefutable de la antigüedad e importancia de la cultura literaria en el continente americano, que podía remontarse positivamente a los tiempos de la gentilidad.¹⁹ En la siguiente generación, un brillante grupo de estudiosos criollos que no comulgaban con las

¹⁹ Cf. Juan José de Eguíara y Eguren, *Prólogos a la Bibliotheca Mexicana*. Trad. y estudio introductorio de Agustín Millares Carlo. México, FCE, 1984, pp. 67, 81.

posturas metodológicas de Boturini, abandonó los argumentos de autoridad característicos de la historiografía barroca en favor del examen crítico de las fuentes sobrevivientes de la historia de Nueva España antes y después de su conquista, incluyendo las del prodigio guadalupano. En este sentido, las obras históricas y arqueológicas de Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, Francisco Javier Clavijero, Antonio de León y Gama, José Antonio de Alzate, José Ignacio Bartolache, José Patricio Fernández de Uribe, Ignacio Carrillo y Pérez, y aún las elucidaciones de Ignacio Borunda y del padre Servando Teresa de Mier, son muestra de la honda impronta de los afanes boturinianos en la Ilustración novohispana, y en la conformación de un discurso ideológico que posteriormente convertiría a la *patria grande* de los criollos en la nación mexicana independiente.²⁰

El mismo Boturini fue, en la historiografía decimonónica mexicana, una especie de mártir del nacionalismo, víctima del despotismo colonial debido a su afán de recuperar las fuentes del pasado prehispánico.

Fuera de México, en la metrópoli, tras una recepción favorable por parte de figuras señeras de la Ilustración española, como Gregorio Mayáns y Siscar, la obra de Boturini fue objeto de duras críticas que muy pronto la condenaron al olvido. No ocurrió lo mismo con su Museo Histórico. En momentos en que la monarquía borbónica de España se embarcaba en un ambicioso programa de reformas en sus dominios americanos con el fin de competir con éxito contra las demás potencias europeas, el conocimiento de la historia del Nuevo Mundo se volvió una prioridad estratégica para los administradores imperiales, y el control de sus fuentes fue el medio eficaz para escribirla de la manera más *conveniente*. La colección de Boturini, llevada desde su original depósito en la Secretaría de los Virreyes a la biblioteca de la Universidad de México, y tras la Independencia al Museo Nacional, comenzó a desaparecer a fuerza de los traslados, de los préstamos y de los saqueos bien o mal intencionados de quienes buscaban copias o los mismos originales de sus documentos. A diferencia de la *Idea...*, el Museo Histórico alcanzó una estatura casi legendaria, que contribuyó a que durante el siglo XIX coleccionistas mexicanos y extranjeros terminaran de dispersar los restos del archivo de Boturini, hoy esparcidos por una multitud de bibliotecas de Europa y América, cuando no perdidos para siempre.²¹



Pese a las iniciales simpatías y el interés despertados por su *Idea...* de 1746, la desafortunada participación de Boturini en la lucha de facciones políticas en la corte de Madrid obstaculizó muy pronto su propósito de dar a la luz una gran historia de la América septentrional sobre la base metodológica de la *scienza nuova* de Vico. Bloqueado en todos sus esfuerzos por poderosos enemigos, don Lorenzo murió en 1755 dejando inconclusa e inédita su obra sobre el mundo indígena,²²

²⁰ Cf. Iván Escamilla González, “‘Máquinas troyanas’: el guadalupanismo y la Ilustración novohispana”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXI, núm. 82. México, 2000.

²¹ A John B. Glass se deben los mejores trabajos hasta hoy sobre la dispersión de la colección Boturini. Cf. su *The Boturini Collection and the Council of the Indies, 1700-1800*. Massachusetts, Conemex Associates, 1976.

²² Dejó escrita solo la primera parte, dedicada a dilucidar el funcionamiento del calendario prehispánico. Permaneció inédita hasta 1949, y ha visto posteriores reimpresiones: *Historia general de la América septentrional*. Edición, estudio, notas y apéndices de Manuel Ballesteros Gaibrois. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990.

y sin haber visto nunca más uno solo de los papeles que con gran esfuerzo reunió en México, entre los que quedaron también los esbozos que llegó a redactar de su historia de las apariciones guadalupanas.²³ Pese a ello, el siglo que recién ha terminado vio la afortunada recuperación académica de la vida y obra del caballero italiano. Tanto su lectura y aplicación de la filosofía de la historia de Vico, como su apreciación del pasado prehispánico y su dedicación al coleccionismo de fuentes históricas, han sido reconocidos por importantes historiadores, y algunos de sus más importantes trabajos han sido publicados nuevamente o por primera vez.

Se trata sin duda de la merecida recompensa a un afán de búsqueda que —valga decirlo ahora— fue provocado no solamente por la reflexión erudita y libresca, y a cuyos motivos quisiera aludir a manera de conclusión de estas páginas.

Aún está por rescatarse un aspecto de la vida de Boturini que, en mi opinión, fue determinante en la ruta revolucionaria de sus trabajos sobre las antiguas culturas de Mesoamérica: su acercamiento, abierto y solidario, a los pueblos indios de su tiempo. En 1753, reclamando justicia ante el primer ministro de España por las intrigas que le impedían seguir adelante con su trabajo como cronista de Indias, don Lorenzo creyó necesario desvanecer la que consideraba una gran calumnia: se decía que los grandes avances logrados por los indios en las ciencias astronómicas y del cómputo del tiempo, elogiados por Boturini en su *Idea...*, resultaban poco creíbles cotejados “con la estupidéz que se experimenta en ellos el día de hoy”.

Un indignado Boturini contestó a esta acusación refiriendo, en primer lugar, la *fineza* y hospitalidad con la que siempre fue recibido por los indígenas, y que era la misma que cualquier viajero podía esperar de parte de ellos. A esas atenciones había correspondido siempre de acuerdo con la mejor cortesanía, y pagando escrupulosamente por todos los antiguos papeles que le fueron ofrecidos por sus dueños originales. Y de inmediato pasaba a responder a quien les caracterizaba de incapaces intelectuales:

Pretende [el acusador] aún sin haber visto ni conocido a los indios que se experimenta en ellos el día de hoy el idiotismo y la estupidéz. Pero yo que he corrido sus tierras, y tratado con innumerables caciques y tributarios, tengo averiguado lo contrario; pues he visto que tienen a su cargo el gran cuidado de la agricultura, y que si llegasen a faltar (lo que Dios no quiera) quedarían yermas las opulentas haciendas de los españoles. Sé que son arquitectos, pintores y escultores; que ejercen todas las artes mecánicas, y no hay cosa de comestibles, huertas y frutas que no pasen por sus manos. Viven arreglados en sus pueblos, y tienen abiertas las puertas de sus casas, porque creen que ninguno los ha de robar. Se contentan con una parca comida de tortillas de maíz rociadas con pimientos, y todo lo que ganan con su industria lo emplean gustosos en la fábrica de sus iglesias y en el culto divino [...]²⁴

Frente a la ignorancia europea, y en contra del prejuicio criollo —heredado por el México actual—, que disfrazaba con la admiración por el pasado glorioso su desprecio por los indígenas

²³ Quien escribe lleva a cabo en estos momentos en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM un proyecto para la recuperación, traducción y edición de los fragmentos de historia guadalupana de Boturini.

²⁴ Archivo General de Indias, sección Audiencia de México, leg. 398, Lorenzo Boturini al marqués de la Ensenada, Santa María del Valle, 28 de abril, 1753.

del presente, Lorenzo Boturini opone en este fragmento el retrato de pueblos en cuyo carácter y costumbres reconoció las virtudes y sabiduría descritas en los viejos códices y cantares. Su mirada supo levantarse de los papeles para entender la realidad viva, y encontró las vías de un entendimiento y un diálogo con los indios que dejaron huella entre los que le trataron.²⁵ En el celo con que durante dos siglos se conservaron los testimonios documentales del saber antiguo, el caballero sin duda debió percibir una muestra de la continuidad histórica y providencial que Vico halló en el desarrollo común de las naciones.

La forma en que Boturini desarrolló esta idea, el modo con que buscó las fuentes para sustentarla, y la defensa ante la más alta esfera de poder de los pueblos, cuya cultura conoció como pocos en su tiempo, nos ofrecen un ejemplo de cómo la conciencia viva del presente se halla en la base y el origen de toda producción histórica, en la relación entre el historiador, su obra y el tiempo en que le ha tocado vivir. Al mismo tiempo, nos brindan también una justa razón para continuar con el rescate de la obra de Lorenzo Boturini Benaduci.

²⁵ Cf. los importantes hallazgos sobre los ecos de la presencia de Boturini en Tlaxcala expuestos en el estudio de Jaime Cuadriello, *Las glorias de la República de Tlaxcala o la conciencia como imagen sublime*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas / Museo Nacional de Arte, 2004.

Emigración cultural en el siglo XIX: J. B. Debret y la misión francesa de 1816

Valquiria WEY FAGNANI

Hace algunos años la Biblioteca del Centro de Estudios Brasileños de la Embajada de Brasil en México recibió un valioso donativo de la familia de un diplomático mexicano recién fallecido, el embajador Armando Cantú, un incansable amigo de Brasil. La donación consiste en una invaluable edición facsimilar, en tres grandes portafolios, del *Voyage Pittoresque et Historique au Brésil ou Séjour d'un artiste français au Brésil* del grabador francés del siglo XIX Jean Baptiste Debret.¹ Los portafolios contienen los grabados que el mismo artista editó en París entre 1834 y 1839.

El conocimiento y estudio de esta obra disponible en México me llevó a retomar un tema que había tratado brevemente hace años, y referirla a Debret, con el propósito de retomar la reflexión sobre el papel de estos extraños accidentes históricos, frecuentes en América Latina: los exilios de intelectuales.

Quiero, por lo tanto, contarles la historia que narra por qué el artista francés que da título a este artículo llegó a Brasil, y también por qué él y sus compañeros de viaje, de exilio, de misión, representaron tanto para la cultura brasileña, mucho más que para la propia cultura francesa, aunque todos ellos fueron artistas destacados y de renombre en la Francia de Napoleón Bonaparte.

Como todas, esta historia lo es porque la organizo en forma de relato, y porque lo que es relato es histórico. En realidad no comienza en Francia, patria de los emigrados, sino en Portugal, en el año de 1808, con la invasión francesa a España y Portugal.

Debret, el artista

Jean Baptiste Debret nació en París el 18 de abril de 1768 y murió en la misma ciudad el 11 de junio de 1848. Con la simple vista de los años, sabemos que nace en pleno desarrollo de las ideas de la Ilustración y que fallece al principio de otro ciclo histórico y político, en el año del levantamiento de la Comuna, en París. Dentro del periodo que engloba su vida quedan la Revolución fran-

¹ Esta edición facsimilar es de 1965, en tres grandes cajas forradas en seda, impresa en Tokio, Japón, sobre papel especial, con marca de agua exclusiva para la edición. Fue donada al Centro de Estudios Brasileños de la Embajada de Brasil por la familia del embajador Armando Cantú, después de que este distinguido diplomático mexicano, que tanto amó al Brasil, falleciera en el año de 2001. La edición facsimilar a la que nos referimos fue encargada por el gobierno del Estado de Río de Janeiro para celebrar el IV Centenario de la Fundación de la Ciudad. La primera edición, a cargo del propio Debret, se imprimió con Firmin Didot Frères en París en los años mencionados.

cesa, el imperio de Napoleón, la restauración monárquica y la gestación de una nueva visión política y social.

Formalmente contrario al barroco, que encarna el *ancien regime*, Debret fue sensible, desde el punto de vista ideológico, a la valoración del trabajo y de las costumbres del pueblo. Gracias a las inevitables lecturas de Rousseau estaba preparado para la interpretación idealizada del *buen salvaje*, que lo esperaba en el Brasil del primer cuarto del siglo XIX.

Se formó bajo la tutela de J. Louis David, el pintor y dibujante de la Revolución francesa y, como tal, pertenecía a la corriente académica de la pintura de temas históricos y mitológicos, como puede apreciarse en el óleo "El general Mesenio Atistómeno liberado por una joven", con el que ganó el segundo premio del Salón de la Pintura en el París de 1798. De la Escuela de Bellas Artes pasa a la de Puentes y Carreteras, y finalmente a la Escuela Politécnica, también en París. Su formación apuntaba hacia una tendencia del arte de las academias, la del artista que cumple no sólo con darle forma a la inspiración de tema histórico, sino con una misión que va del registro histórico a lo útil, al conocimiento y a la aplicación del arte del dibujo en el terreno de la construcción, la arquitectura, de las obras públicas de ingeniería, una tendencia de la cual la Misión Francesa va a dejar huella en Brasil, tanto en la tradición de las escuelas de artes y oficios, como en las demás academias de bellas artes.

El viaje

Napoleón en su avance europeo tuvo interés en cortar a sus enemigos ingleses el tránsito por los puertos portugueses del Atlántico, y Portugal ha sido siempre un aliado de los ingleses. Inglaterra, a su vez, con visión estratégica, no podía permitir la expulsión y sustitución de los Braganza por algún pariente o general de Napoleón, ni arriesgarse a la pérdida de la legitimidad de la casa reinante y la influencia sobre su gobierno, pero, sobre todo, no podía quedarse sin comercio marítimo en el Atlántico. El consejo que se le da al príncipe regente don Juan es abandonar con toda su familia y su corte el país y refugiarse en Brasil, su colonia del otro lado del mar. Un enclave marítimo igualmente importante, fácil de defender ante los avances franceses en el Río de la Plata, y una colonia portuguesa para la cual los ingleses exigirían del príncipe portugués la apertura del comercio y de los puertos a las naciones amigas, es decir, a Inglaterra.

La encomienda no era fácil para el príncipe. Su madre, la reina doña María, era demente y estaba inhabilitada para reinar. Cuentan las crónicas que el día del embarque era lastimoso oír los gritos y lamentos de la enferma que se resistía a salir de su habitación. Su ambiciosa mujer, doña Carlota Joaquina, hermana del depuesto Fernando VII de España, abrigaba esperanzas de hacer valer sus derechos dinásticos. Finalmente, con el ejército francés cerca de Lisboa, la Corte portuguesa, en medio del alboroto del servicio, el abundante equipaje y la impaciencia de los oficiales ingleses, embarca en una flota que los deposita en Salvador, Bahía, en enero de 1808, y en Río de Janeiro en marzo del mismo año.

Se iniciaban catorce años en los que Brasil sería la sede del gobierno portugués, aún después de la derrota de Napoleón. Al final de esos años, Brasil sería un país independiente y Portugal dejaría de ser una monarquía absoluta.

En Francia, al fin de los Cien Días, en junio de 1815, la zozobra política toma cuenta de artistas e intelectuales bonapartistas. La Restauración trae el relevo de los cuadros de Napoleón en todas las esferas de la vida política y cultural francesa. El embajador de Portugal en Francia se dice que aconsejado por Alejandro de Humboldt, el ilustre viajero que residía en París, invita a los artistas desplazados a formar parte de una misión que debería llevar al nuevo Reino de Brasil, al territorio que el poderoso Metternich reconocería como el único enclave monárquico del Nuevo Continente, los valores más avanzados de la cultura europea. El mismo Humboldt pone en contacto al embajador portugués con Joaquín Lebreton, depuesto de la dirección de la Academia de Bellas Artes, para que lo ayude a invitar y reunir a aquellos artistas, escritores, artesanos como podían ser impresores, que querían encontrar otros horizontes, literalmente y en sentido figurado.

Todos ellos habían sido personas relevantes en la vida cultural de la Francia bonapartista y emigraban a Río decepcionados y desplazados por la Restauración. Los embajadores de don Juan VI, el rey portugués exiliado en Río, políticos ilustrados sobrevivientes del régimen de Pombal, propiciaron la expedición y convencieron al príncipe de apoyarlos. A cambio, llevarían al pequeño Río de Janeiro, provinciano y confundido con la llegada intempestiva de la Corte portuguesa, el beneficio de la enseñanza y de la práctica de las Bellas Artes. El jefe del grupo, Joaquín Lebreton, era, además de ex director de la Academia de Bellas Artes, miembro del Instituto de Francia. Los demás eran pintores, escultores y grabadores de renombre: Nicolás y Augusto Taunay, Jean Baptiste Debret, Charles Nicolas Pradier, hermano mayor del famoso escultor también ginebrino, James Pradier, el gran arquitecto y urbanista que había reformado la Villa Médici en Roma en 1803 y construido el Palacio de Bellevue en Kassel, Grandjean de Montigny, y un músico, Segismundo Neukomm, un austriaco alumno de Haydn. Con los años algunos murieron en Río, otros regresaron a su país y algunos se establecieron para siempre en Río de Janeiro.

El 16 de enero de 1816 partió del puerto de El Havre rumbo a Brasil un bergantín americano de sólo tres mástiles llamado Calpe. Llevaba a bordo a este grupo de artistas, de intelectuales y de artesanos con sus mujeres e hijos, ayudantes y criados, prensas y algún otro equipo, moderno, diríamos hoy. Llegaron los integrantes de la llamada Misión² a Río de Janeiro al principio del verano austral de 1816, cuando la reina doña María I acababa de morir, y la ciudad, que estaba de luto, era atravesada cada diez minutos por los truenos de las balas de los cañones y por el redoble a muertos de las campanas. Las cosas no les fueron fáciles ni a aquellos que se quedaron en Brasil, como sucedió con los hijos de Nicolás Taunay y los Ferrez, ni a los que regresaron a Europa, como Debret y Pradier, pues al ser ilustrados y liberales tuvieron que sobrellevar una lucha sorda con los artistas de la Corte portuguesa, celosos de su tradición barroco-lusitana. Taunay y Ferrez fueron escultores y llegaron después. Sus descendientes fueron los primeros fotógrafos brasileños. Una contradicción salía a la luz: la correspondencia del barroco con la monarquía absoluta portuguesa y la

² ¿Exilio o misión? El nombre que los propios artistas franceses eligieron fue “misión”, la Misión Francesa. Desde entonces así se les conoce, “los artistas de la misión francesa de 1816”, evitando la discusión sobre lo forzoso de la estancia. Todo indicaba un exilio: el hecho mismo de que el propio Debret, Pradier, los Taunay eligieran el fin de la Restauración para regresar indica el ánimo de los emigrados. Por otra parte, se quedaron unos cuantos, los hijos de los Taunay, integrados al estado independentista, y los hijos de los Ferrez. De los artistas de la expedición original sólo se quedó Grandjean de Montigny, que habitó hasta su muerte en 1850 el solar que construyó con una sobriedad más allá del neoclásico, en la Gavea, en Río de Janeiro.

infiltración de la racionalidad del neoclásico, cercana a la razón de las formas políticas modernas. El ya para entonces rey don Juan VI no podía ceder fácilmente al acuerdo con Lebreton para la fundación inmediata de la escuela de artes y oficios y la academia sin irritar a los artistas de su Corte, amenazados por la novedad y el desempeño brillante de los recién llegados.

En realidad, si hablamos de contradicciones la primera sería el amparo que un monarca absolutista como don Juan VI otorgó a los artistas franceses bonapartistas que integraba la Misión Francesa a Brasil. Derrotado el ejército de Bonaparte, los enemigos aprovecharon la desgracia política del emperador para incorporar a sus naciones la renovación producida en la cultura francesa durante ese periodo. Grandjean de Montigny y Debret escogieron entre la oferta portuguesa y la del zar de Rusia para prestar sus servicios, a su vez, a monarquías que Napoleón había combatido. Por lo tanto cualquier crítica desde la formación ilustrada se entibiaba ante el mecenazgo absolutista.

Los emigrados franceses fundaron y dirigieron a la larga la Academia de Bellas Artes. Fueron maestros de pintura, escultura y grabado, e incorporaron la educación artística moderna, de academia, sistemática, implantada en Francia. Grandjean proyectó en el papel reformas urbanas, plazas, fuentes y algunas casas que podrían haber puesto a la arquitectura de Río en el camino de la edificación del siglo XIX, de no haber sido la resistencia opuesta por artistas y cortesanos portugueses. Los hermanos Ferrez, escultores que se unieron a la Misión dos años después, fueron daguerrotipistas, y sus hijos, los fotógrafos que ya mencionamos, nos dejaron el más rico repertorio de imágenes de la ciudad de Río y sus habitantes de los veinte años anteriores al siglo XX. Para mediados de los años treinta, todos, a excepción de los hijos de Nicolás Taunay, de los Ferrez y de Grandjean de Montigny, habían regresado a Francia o fallecido, como Lebreton en 1819, acosado por su resentimiento de bonapartista y por el cónsul francés en Río, quien lo imaginaba mucho más peligroso de lo que en realidad era, y un poco cansado de dar la batalla cortesana y burocrática para que don Juan VI autorizara la fundación de la Academia de Bellas Artes. Nicolás Taunay, que tenía muchos hijos y fortuna personal, logró comprar terrenos inmensos en uno de los lugares más bellos del planeta: la floresta de la Tijuca, hoy un parque nacional; un escenario que sólo un lector de *Pablo y Virginia* podría aquilatar en lo que vale. Nicolás Taunay tenía probado buen gusto para elegir casa. En Francia era el propietario, en las afueras de París, de la famosa finca en Montmorency, donde Rousseau escribió sus principales obras y en donde él se había refugiado, en los negros días del terror, de su enemistad con David, su influyente colega y el maestro de Debret. La lección de Rousseau estuvo presente en la Tijuca, con las casas disimuladas en medio de la vegetación, los miradores, las caídas de agua. El propio Nicolás pintó la cascada, a sí mismo, y otras figuras familiares en un cuadro famoso en el que capta la luminosidad del trópico (“húmedo y fulgurante”, dice Candido), y en el que los personajes no son los colonos portugueses ni la familia real, sino su propia familia. La valoración de la naturaleza de Río es evidente, en una especie de aplicación del paisajismo neoclásico de la escuela francesa, a la que él pertenecía, a la creación de una iconografía del paisaje de Brasil.

³ A pesar de que la Misión Francesa fue descrita casi de primera mano por uno de los Taunay, Alfonso d' Escragnolle Taunay, es Antonio Candido en su *Formação da literatura brasileira. Momentos decisivos* quien aporta los datos fundamentales no sólo para completar sino para entender la relación que se establece en ese periodo entre Brasil y Francia, sobre todo en la literatura y en el modelo de la poesía y la novela indianistas del siglo XIX en Brasil. Tampoco hay que menospreciar el relato que Oliveira Lima dejó de los años de la Corte en Río.

Poco a poco se reunió en ese paraíso tropical, según nos ilustra Antonio Candido, un grupo significativo de emigrados y residentes franceses, ricos y con prestigio social: la baronesa de Rouan, el conde d'Escagnolle, el conde de Scey, el príncipe de Montbéliard, la condesa de Roquefeuil, su primo el conde de Gestas, pariente de Chateaubriand.³ Allí, dice el ensayista, profesan el culto a la moda de éste, el novelista, “a la belleza húmeda y fulgurante del paisaje carioca, y en ella se inspiran para poemas y cuadros en los que la masa de la vegetación, la niebla de las cascadas, el cielo rutilante, aparecen tratados con un nuevo movimiento”.⁴

Asentados los Taunay en la Tijuca, a lo lejos, bajando a la ciudad, hervía un mundo diferente al de esta isla prerromántica. El mundo de una pequeña ciudad colonial, con sus calles fangosas congestionadas por el tránsito de la burocracia portuguesa, el tráfico de esclavos, las conspiraciones políticas que desembocarán un día, no tan lejano, en la Independencia. Un mundo de calles angostas y sin empedrar, de casas y pequeñas iglesias, conventos y monasterios, muelles y depósitos de mercancía. Barrios alejados como El Flamengo y Santa Teresa, donde se construyen aprisa casas dignas de los príncipes y su Corte. Un mundo de esclavos, mestizos, libertos, artesanos, burócratas, la vistosa milicia y algunos señores. Río podría llegar a ser, imaginan sus habitantes prominentes, como París o, por lo menos, como Lisboa, pero no lo es. Las modas europeas mal encubren una realidad que no se deja vestir.

Debret dejó el registro iconográfico en el que aborda la duplicidad de los valores del Reino de Brasil con mucho sentido del humor y con ojo certero y revelador. Esa contradicción, que un ensayista de nuestros días llamó de comedia ideológica, consistía en una clase dominante, deseosa de ser identificada en su vida política, en su cultura y en sus modales con sus supuestos equivalentes metropolitanos, pero cuya riqueza dependía de la mano de obra esclava y determinaba, por lo tanto, otras condiciones de relación social y de producción.⁵

La estancia en Brasil

A su llegada a Brasil Debret comenzó por pintar un retrato de cuerpo entero del recién aclamado rey don Juan VI, y se encargó de decorar la ciudad y el teatro Sao Joao, hoy el Joao Caetano, con arcos triunfales y escenas alegóricas para la celebración de la aclamación del nuevo rey, que corregían de alguna forma el perfil barroco —encantador, por cierto— de la ciudad atlántica por uno más a la moda del neoclásico de la Ilustración.

La labor de decorador de los actos de la Corte que Debret y Grandjean desempeñaron fue extremadamente curiosa. La coronación de don Juan y los actos reales se colocan en escenarios relativamente modestos. Pero cuando don Pedro asume la regencia de Brasil y es proclamado emperador, la decoración, como la de la coronación o la de la boda de don Pedro con su segunda mujer, son calcas del estilo y del esplendor de las ceremonias imperiales de Napoleón. Es curioso constatar en el decorado el cambio de mentalidad política del rey don Juan VI, un monarca absolutista y

⁴ Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira*, 8ª ed., vol. (1759-1836). Río de Janeiro, Belo Horizonte / Itatiaia, 1997, p. 262. (Momentos Decisivos, 1)

⁵ Roberto Schwarz, “As idéias fora de lugar”, en *Ao vencedor as batatas*. San Paulo, Duas Cidades, 1981.

conservador, al deseo de monarquía *moderna* en el sentido de *napoleónica* de don Pedro I, que se consideraba a sí mismo un liberal. Curiosa también porque en el ánimo del príncipe debe haber intervenido el deseo de valorar su nuevo reino americano por encima de su reino de origen. Repito, curiosa no sólo la función, esta función de decorador que tuvo Debret, sino de intérprete histórico de acuerdo con su propia formación neoclásica e ilustrada. También, como lo implica el término, fue el escenógrafo de una representación política —un drama— en la que el escenario mostraba la conciencia de que la historia se puede modelar, si se le fija en imágenes que remiten a modelos conocidos.

Por las láminas dedicadas al paisaje y a las construcciones podemos seguir el registro topográfico que hizo el grabador parisino de la región de la Bahía de Guanabara, desde tierra y desde sus islas, sin faltar el Pan de Azúcar y el Corcovado, y del progreso y transformación del Solar de Sao Cristovao, la residencia de los reyes, de una mansión barroca a un palacio neoclásico. Conocemos el registro que hizo Debret, como antropólogo de la arquitectura, de la construcción de casas de estilo portugués a las cabañas más rústicas, de ataúdes, carros mortuorios, planos de casas, registros de detalles de la edificación portuguesa.

Debret no se ocupa sólo de pinturas relativas a la vida oficial del reino, como la de la aclamación de don Joao VI, la llegada de la princesa real doña Leopoldina de Habsburgo y Lorena, la consorte del príncipe don Pedro y futura emperatriz del Brasil. También se ocupa de registrar el vestuario del rey, del príncipe real, de la reina, y plasma a las damas de la corte, a los ministros, las banderas y las condecoraciones que consagraban la vida de un nuevo reino portugués del lado contrario del Atlántico europeo. Después de hojear los tres portafolios de la obra de Debret puede suponerse que el registro del paisaje, la construcción, incluso hasta los ataúdes, lo hacía por voracidad de catalogador visual y estudioso de los elementos geométricos de la edificación del barroco popular portugués. Pero después de leer *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso, quien llama la atención del lector hacia la obsesión de Maximiliano (un *insight* novelesco pero también una tarea documentada) por los uniformes militares y las condecoraciones, marca visual del poder monárquico, pienso que el registro de uniformes y condecoraciones pudo haber sido hecho para complacer a los príncipes creando una iconografía monárquica para un nuevo reino americano.

A medida que se desarrollan los acontecimientos históricos que llevan en 1822 al príncipe don Pedro a declarar la Independencia y ser aclamado emperador de Brasil, el compromiso de Debret se multiplica. Don Pedro I lo apoya aún más que su padre, y gracias a los buenos oficios del príncipe logra vencer las resistencias de la Corte y abrir su curso de pintura en 1820, al que se inscriben algunos de los primeros artistas plásticos brasileños del siglo XIX, como Araújo Porto Alegre, un excelente pintor que retomará la orientación histórica de su maestro a favor de fijar la iconografía de una historia nacional.

Debret se dedica a documentar los grandes episodios en los que la familia imperial tomaba parte, y a registrar en sus dibujos su curiosidad de viajero, que recorre el territorio de Brasil y se empapa de la vida cotidiana en la capital.

Por la relación con los emperadores es llamado a dibujar el primer pabellón del Brasil independiente —unos dicen que con don Pedro, otros que con doña Leopoldina, y unos más que con José Bonifacio de Andrada e Silva, crea la primera bandera de Brasil, que lleva los colores actuales, el verde y el amarillo, que simbolizan los elementos naturales dominantes en el país. Una explicación

republicana dice que el verde que supuestamente representa la vegetación, en realidad rememora las florestas de los Braganza, la familia a la que pertenecía don Pedro, y que el amarillo que muchos relacionan con el sol, en verdad es el dorado de los Habsburgo y Lorena que se fundían en una nueva dinastía americana.

Sus viajes en la parte atlántica del centro y sur del país lo llevaron a dibujar con asombro y admiración los rostros y cuerpos de diversas poblaciones indígenas, algunas costumbres, la pintura corporal, los complejos y los magníficos tocados de pluma, sin olvidar los instrumentos de música, la cestería, la cerámica o el entierro de un jefe indio. No recuerdo, por ejemplo, en el conocimiento del arte plumario de los tocados indígenas nada similar a lo que hizo Debret hasta la publicación, a mediados del siglo xx, del libro de Darcy y Berta Ribeiro *A arte plumária dos índios kaapor*.

Sobre los dibujos de la flora brasileña, el propio Debret comenta en el texto de *Voyage pittoresque* que los hizo por encargo y gentil súplica de la princesa real doña Leopoldina, para enviárselos a su hermana María Luisa, la ex emperatriz de los franceses, que le demandaba en las cartas cruzadas entre hermanas dibujos de la flora americana, desconocida y exótica. El encargo quizás explica la delicadeza de los dibujos del “rosal abanico”, del “cocotero barrigón”, de las semillas para hacer collares, de las plantas con las que se hacen cuerdas y del frutero, exuberante, del que anota minuciosamente el nombre de cada una de las frutas brasileñas que conoció.

En 1830 regresa a Francia con los centenares de dibujos que se transformarán en las litografías tan precisas que ilustran su monumental *Voyage pittoresque et historique au Brésil*, que se compone e imprime en Francia desde 1834 a 1839, en tres grandes volúmenes, a partir de exactos y obsesivos dibujos, por centenas, que forman la parte gráfica de la obra.

Además, Debret llevaba los textos que registran la historia de la gestación del Brasil independiente, la clasificación de la obra gráfica y cuidadosas crónicas y descripciones.

Los grabados costumbristas

La culminación de su experiencia de viajero está, sin lugar a duda, en la observación y en el registro de la vida urbana de Río de Janeiro. No resulta fácil calificar esta parte de su obra como el *reverso* de la obra histórica y cortesana. La mirada del artista en los grabados en los que muestra a los personajes oficiales está, a veces, tan llena de ironía como la que protagonizan los actores urbanos blancos, negros y mulatos. En “El emperador seguido de un chambelán y su valet saluda a un cortesano”, un cortesano se inclina con reverencia para besar la mano del emperador, mientras éste, de espaldas al espectador, lleva la mirada en dirección divergente hacia otro interlocutor que se le acerca también en actitud reverente. El contraste de la suprema elegancia y gallardía del emperador, con sus cortesanos o funcionarios, patente en la torpeza de gestos, más bajos de estatura, ropas civiles no tan bien entalladas, convive con la crítica, tampoco tan ácida, a la altanería del emperador, al contraste de su casaca militar impecable, de sus altas botas inglesas de montar, con la realidad un tanto pueblerina de su corte. No sabemos, después de ver el grabado, si Debret compuso una pieza de sutil adulonería o de sutil crítica. Lo más probable es que haya sido un poco de las dos, si situamos el punto focal de su obra costumbrista en un frágil equilibrio entre el compromiso con la familia real y sus creencias liberales. La ironía se prolonga en la risa, en el sarcasmo o en la crítica más que

cultural, política, en los grabados en los que blancos y negros se mezclan, por la condición inevitable que crea la relación entre señores y esclavos.

En el grabado “Burócrata va de paseo con su familia”, Debret nos muestra a una próspera familia que va a misa, a dar un paseo o quizá a una fiesta. El hábil uso de la perspectiva coloca al espectador en un punto que le permite observar de perfil las oscilaciones de estatura de la fila formada por señores y esclavos que va del jefe de familia al último esclavo. El jefe de familia, que exhibe un vientre enorme bajo un chaleco a punto de reventar, ocupa la posición más alta de la fila. Lo siguen dos inverosímiles pequeñas hijas, seguidas por la esposa, vestida a la penúltima moda europea. Es rolliza, menos alta que su marido, y usa peineta y mantón portugués; va seguida a su vez por la esclava principal, más alta que el burgués. Se trata de una mulata clara, vestida con lujo y calzada. La sigue una niñera esclava, que es un poco más baja pero corpulenta, vestida con falda, blusa de encaje y collar. Lleva en brazos a un recién nacido, agobiado por un inmenso ropón de batista blanca y encajes. Atrás le sigue otra esclava, menuda, vestida como la anterior y un curioso esclavo varón con pantalón, casaca, camisa de moño, sombrero de copa en forma de cono con pluma que carga en el brazo un inmenso paraguas cerrado que apunta hacia atrás, en posición paralela e inferior al fino bastón que el jefe de la familia lleva al hombro como un fusil. El paraguas es un objeto constante en los grabados urbanos de Debret, y cuando es llevado por los esclavos o esclavas es aprovechado como elemento cómicamente discordante del traje africano, creando, siempre que aparece, un emblema de la *desubicación* en la mezcla de razas y condición social. Con excepción de la esclava principal, los esclavos vestidos a la africana van todos descalzos, incluso el negro un poco carnavalesco que cierra la fila con el paraguas. En la puerta de la casa, al fondo, dos negritos flacos y harapientos, contrastan con la complexión robusta o fuerte de los otros esclavos, y dan la impresión de que no van a seguir a la procesión familiar, pues están detenidos, viendo a los demás. Las hijas, con las que guardan una simetría, también resultan inverosímiles en su pequeña talla. Los esclavos más a gusto, digamos, comparten con los señores la solemnidad del momento. Todos salen de una casa de hechura portuguesa por el portal, situada en un barrio alto, por el paisaje al fondo.

El grabado, interpretado a la luz de la forma adoptada por Debret, muestra la perplejidad del francés ante esta sociedad arcaica, esclavista y engañosamente benévola con los explotados. La altura oscilante de los personajes, pero bien marcada en línea descendiente por la perspectiva, nos muestra un recurso formal de enorme habilidad, y para que no quede duda de su intencionalidad, Debret lo usa con diversos sentidos en otros grabados como en “Una mulata va a pasar las fiestas de navidad al campo”, en el que se repite la fila india que marca la diferencia de estatus al interior de la fila, como la que encabeza el burócrata.

El efecto general descendiente que va del señor con bastón al hombro al esclavo, que es de su misma estatura si no es que más alto, contiene la observación principal: no hay engaño, la relación es de sometimiento. Sin embargo la vestimenta y las estaturas que bajan y suben marcan, al interior de la fila, otro mundo de complejas relaciones de subordinación que no son sólo de señores y esclavos. Las dos pequeñísimas niñas entre el padre y la madre anuncian su futuro de *filles bien gardées*, vigiladas y custodiadas. La esclava principal, vestida a la europea, es más alta que la señora, pero ésta es mucho más corpulenta y, además, lleva peineta y larga mantilla, adornos que no usan las esclavas. La riqueza del vestuario de las esclavas es variada: de la principal, calzada y con un



Burócrata va de paseo con su familia.

abrigo, que parece tener un ribete de piel, a las que están vestidas con riqueza, pero al modo africano. La niñera más alta y corpulenta que sigue a la esclava principal, presumiblemente es su ayudante. Tal vez sea el ama de leche del recién nacido. En estos seis personajes femeninos hay, por lo tanto, una red de relaciones internas de sometimiento y trabajo. Las niñas sometidas por la honra familiar, la esclava principal, promovida a usar ropas europeas, que lleva el bolso de las limosnas, y en quien la señora, quizá, delegue la vigilancia del trabajo doméstico, seguida por el ama de leche que lleva a su vez a la esclavita ayudante para que cuide al recién nacido. Los dos pequeños y flacos negritos que cierran la fila equilibran y contrastan con las dos pequeñas niñas. El máximo de cuidado para las niñas sometidas a las costumbres patriarcales y el abandono de los dos negritos desprotegidos es impactante. Hay sólo dos varones adultos en el grabado: el señor grotescamente acicalado, que carga al hombro un bastón de autoridad, y un esclavo burdamente adornado, que lleva un paraguas y cierra el desfile familiar.

Otros aspectos que quisiera mencionar son los siguientes. En primer lugar que la fila es también remedo de desfile militar, con el burgués obeso que lleva el bastón al hombro, y el esclavo que cierra la fila, cuyo atuendo también resulta cómico, ya que protege a la familia no con la autoridad del bastón o del fusil, sino con un utilitario y enorme paraguas, última humillación a su condición masculina. La línea descendiente de la fila de la familia del burócrata y las oscilaciones de las estaturas dentro de ella resultan en recursos formales muy finos que matizan y enriquecen la observación de la escena que, como a nosotros, a Debret le debe haber parecido entre cómica y trágica. En segundo lugar debo anotar que estas escenas cargadas de comicidad son lo que más se

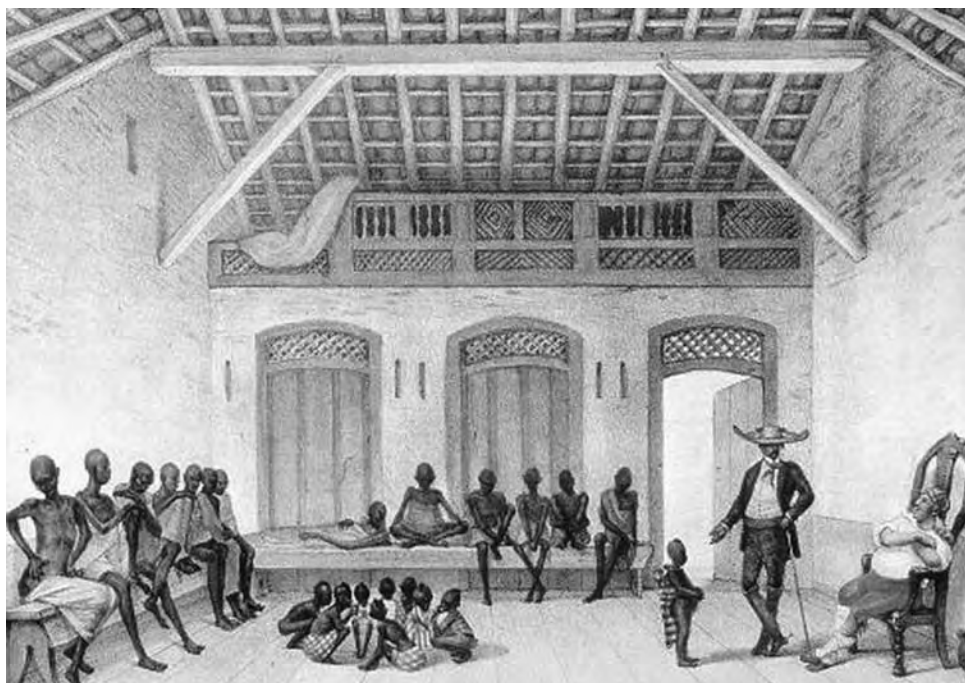
acerca a la caricatura, un género practicado antes por Hogarth en Inglaterra, tanto en el óleo como en el grabado, como por Daumier en Francia, muchos años más tarde, con total audacia crítica y formal. Hay una limitante para Debret que no tuvo Hogarth con su abierto sarcasmo por la sociedad adinerada y por la no adinerada de la Inglaterra del final del siglo XVIII, que tampoco tuvo Daumier a finales del XIX. El gordo burócrata y la *antigallardía* militar de su pose son matizadas por los esclavos *encumbrados* al interior de la familia, los cuales están bien vestidos y alimentados. Nada que llegue al descalabro de la sociedad inglesa retratada en su hipocresía como en Hogarth. Debret es un equilibrista entre su impulso caricatural y su disolución en crónica de costumbres. La imposibilidad de retratar al grupo portugués con un rigor que vaya más allá de la comicidad que un *burócrata burgués* provoca en la aristocracia portuguesa lo lleva, según creo, a valorar al africano como contrapeso, visto o con gracia y simpatía o con franca conmiseración. Lo que este grabado nos transmite es no sólo lo evidente para un francés de la Revolución, el horror del trabajo esclavo, sino la complejidad, la ambigüedad, de las relaciones creadas por la convivencia con el esclavo y el trabajo esclavo; los distintos niveles de sometimiento, el cultural de las hijas, el político de los esclavos, que se mezclan en esa sociedad. La conciencia del nivel poco heroico de la sociedad luso-brasileña colonial, la picaresca, en fin, que puede ser la clave para ver estos grabados costumbristas recuerda la habilidad de la forma narrativa de *Memorias de un sargento de milicias*, publicada en folletones entre 1852 y 1853, del escritor y periodista brasileño Manuel Antonio de Almeida. Par a par con las novelas del romanticismo, Almeida elige como forma narrativa para dar cuenta de la sociedad colonial la picaresca, en la que personajes, un poco más acomodados, un poco menos, un poco más corruptos, un poco menos, todos bajo la autoridad invisible e implícita de un régimen arcaico, se podrían acomodar en igual y desacompasada fila india.⁶

En todos sus grabados el francés hace una distinción entre los incorporados como esclavos o como libertos, ya aclimatados, digamos, que aparecen siempre robustos mostrando la plenitud de las formas de su raza, y exhibiendo, cuando las portan, sus vestimentas africanas en toda la plasticidad de sus hábitos culturales, y los recién llegados, que son esqueléticos. El garbo y la elegancia del príncipe descritos antes, por ejemplo, sólo son comparables a las dos negras, cabeza rapada al modo de su nación, amplias y hermosas faldas, blusas de encaje, curiosamente de espaldas una de ellas, tres cuartos la otra, también ellas majestuosas, enjoyadas con sus collares y pulseras de negras.

⁶ Vid. "Dialéctica del malandrínaje" de M.A. de Almeida, en el prólogo a la edición en español del libro de Antonio Candido, *Memorias de un sargento de milicias*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977. En este ensayo Candido no sólo propone para esta novela tenida como prerrealista la forma de la picaresca, sino que a partir del estudio de las relaciones entre los personajes populares y los burócratas del reciente Imperio plantea una importante tesis sobre las diferencias de las relaciones político-sociales que se establecen entre sociedades católicas como la luso-brasileña y las sociedades puritanas, como la estadounidense.



La marca de la conducta del esclavo ya *aclimatado* a la familia es la picardía del descontento solapado. Sin embargo, en los grabados de trabajos físicos registra la belleza exótica de la raza negra y el patetismo es el clima de los grabados sobre esclavos recién llegados o castigados. La misma actitud que tiene ante los negritos de la puerta que ven a los paseantes alejarse. Hay una sólida simpatía del ilustrado ante el esclavo africano, una inusual valoración, como ya dijimos, de sus vestimentas, de sus peinados, de sus cuerpos y gestos; de su fuerza física y laboriosidad. Comprende que la regla de convivencia en la sociedad esclavista es la necesaria sumisión, y que la lasitud de costumbres del colono portugués permite un mínimo espacio, no de tolerancia sino de vacío de autoridad, que da entrada a la picardía representada en una especie de coreografía urbana muy de acuerdo a lo que ocurre en la novela de Almeida que recién mencioné. Después de la Independencia el pudor conservador y también el liberal, que no admitía discrepancias con la vida europea, no consintió muchas otras imágenes como la que acabo de describir. *Memorias de un sargento de milicias* recupera, como en el caso de Debret, este mundo de esclavos, funcionarios, comerciantes, libertos, clérigos, barberos, celestinas, soldados y malandrines.



La boutique de la rue du Val Longo.

El siguiente grabado que expondré a la observación es un ejemplo de extraña sobriedad en la obra costumbrista de Debret. Se trata de “La boutique de la rue du Val Longo”, cuyo título en francés en el original establece una valiosa relación de intertextualidad con la representación plástica a la que da nombre. El grabado es la sala de exposición de una tienda de esclavos dispuesta como un rectángulo, casi un cuadrado, a nivel de los ojos del espectador. Se aprecian bancas alrededor de las paredes, que están a la vista del observador. La sala es en extremo limpia, de una asepsia trágica. En las bancas se sientan figuras delgadas como hebras: los esclavos en venta, cuya enjutez de figuras religiosas al estilo de El Greco contrasta con el vientre rotundo, el chaleco (nuevamente) y la silla del comerciante de esclavos y del capataz, que está de pie, viste ropa negra abotonada, clerical de no ser por las botas, y el extraño sombrero. Es delgado como los villanos ambiciosos de Dickens. Ambos conversan, así parece, y se divierten con un negrito barrigón. En medio y en contraste con el cuadrado de los esclavos como hebras, hay un círculo de niños negros, sentados en el piso, que juegan mientras esperan ser vendidos.

El sobrio espacio cuadrado del primer nivel de la tienda sufre una extraña transformación cuando levantamos los ojos hacia el tradicional techo alto de vigas y tejas, decorado con un precioso trabajo de celosías de madera. La habitación, sin ventanas, se ventila por la parte superior con un recamado sistema de celosías moriscas, de la arquitectura mediterránea, tratada con minucia de miniaturista como con los alargados rasgos mínimos que retratan a los esclavos en venta. El grabado no necesitaba, desde el punto de vista del impacto visual, otros elementos que aquellos que

describí: las formas escuálidas y los niños inocentes que juegan mientras esperan ser vendidos y separados quizá de sus padres. El espectador, agobiado por la imagen del plano de la tienda, sólo dirige los ojos hacia lo alto del grabado como para alejarse del horror implícito. Encuentra entonces, como Debret, un momento de distracción ante la complicada y soberbia arte de las celosías ¿Describe Debret su propia actitud? ¿La distracción del horror de la escena de la tienda de esclavos en la obsesión de ver, catalogar, entender las formas inéditas a las que está expuesto el artista? La ironía queda acotada a la relación de la *boutique* —entendida como tienda de artículos variados, y no como el actual concepto de comercio de lujo— con la sala despojada de objetos y sobriamente poblada de mártires que esperan por un comprador de sus vidas.

Aunque la Misión como tal se desintegra por 1830, fecha anterior a los primeros poemas románticos que son de tema indianista, los franceses han plantado en los alumnos de la Academia, en tertulias, la semilla de sus ideas, o más bien la idea misma de lo que debe ser el arte en un país joven que necesita una literatura propia, una pintura de tema original, lo que hoy llamaríamos de proyecto nacional para la literatura y las artes. Desarrollar este tema corresponde a otro momento.

Sergio Paulo Rouanet (Rouanet, 2006) recuerda en un ensayo reciente, escrito como homenaje a Sergio Buarque de Holanda, la frase inicial de “Raíces del Brasil”, epígrafe permanente e inagotable de la ensayística brasileña: “herederos de una cultura transplantada, somos todavía desterrados en nuestra propia tierra”. Enlazo esta pertinente y lapidaria aseveración a la *misión*, es decir, al exilio político de los artistas franceses. Misión fue el nombre que le dio a esta emigración Alfonso d’Escragnotle Taunay, hijo de Félix Taunay, que se quedó en Brasil; *misión* es un nombre eufemísticamente respetuoso que se les sustenta a los emigrados mientras las políticas cortesanas limitan su influencia. Para su *misión* Francia hubo de elegir y enviar a estos artistas que, si no perseguidos, vieron sus actividades interrumpidas por la Restauración y aceptaron una oferta de un gobierno extranjero y enemigo de Napoleón; artistas que encuentran a su vez una población portuguesa dos veces transplantada, inicialmente con la colonización y luego con la Corte, el meollo del régimen portugués que los recibe pretendidamente como misión redentora de la incultura local. La lucha con la *cultura* de la Corte portuguesa no permite el desarrollo de los exiliados que, al final de la Restauración, regresan casi todos a Francia. No es mi idea cambiar nomenclaturas sino pensar cómo las palabras elegidas por los propios artistas franceses delatan esta tensión creada —duplicada en este caso— entre culturas transplantadas.

Ocho años después de la proclamación de la Independencia, Debret regresa a Francia y se establece de nueva cuenta en París. De la práctica de su arte en la estancia en Brasil queda el repertorio costumbrista filtrado por su visión ilustrada, por su sentido crítico, por el reacomodo de su perspectiva como artista ante las sorpresas del Nuevo Mundo, particularmente la etnográfica —la de indios y negros—, la visión del trabajo y las costumbres urbanas, y, sobre todo, la sonrisa irónica sobre una sociedad en gestación, donde coexisten príncipes europeos de abolengo involucrados en la lucha de la Independencia, esclavos torturados y esclavos pícaros; burócratas, naturalistas europeos que coleccionan aves y plantas entre la timidez de la edificación colonial; la suntuosidad de la naturaleza tropical o los no menos suntuosos tocados indígenas.

El mundo atlántico a la hora de la revolución haitiana: la visión de Francisco de Arango y Parreño¹

Johanna VON GRAFENSTEIN

En este trabajo me propongo analizar el pensamiento económico y político del cubano Francisco de Arango y Parreño (1765-1837), empresario azucarero y hombre público influyente bajo la perspectiva atlántica.² La vida y obra de este destacado miembro de la oligarquía cubana han sido analizadas de manera pormenorizada en cuanto a sus ideas y acciones como promotor de la industria azucarera en Cuba,³ pero no han sido interrogadas para documentar una visión más amplia que en nuestra opinión marcó gran parte de su pensamiento y acción, y cuyo centro de atención era la constelación de las potencias internacionales en el ámbito del Atlántico, así como en la política colonial de éstas en el momento de la revolución de los esclavos del Santo Domingo francés.

¹ Con leves cambios, este trabajo ha sido publicado en inglés en Renate Pieper y Peer Schmidt, eds., *Latin America and the Atlantic World/ El mundo atlántico y América Latina (1500-1850), Essays in honor of Horst Pietschmann*. Colonia, Böhlau, 2005, pp. 351-366.

² Entre los principales cargos y distinciones que obtuvo Francisco de Arango y Parreño a lo largo de su vida destacan los siguientes: en 1788 fue nombrado apoderado de La Habana en la Corte de Madrid; en 1793 recibió los honores y el salario de la Real Audiencia de Santo Domingo; en 1794 fue nombrado síndico perpetuo del Consulado; desde 1804 por varios años fungió como superintendente de tabacos; desde 1810 era miembro honorario de la Real Audiencia de México; en 1811 recibió el cargo de ministro del Consejo de Indias; fue electo delegado a las Cortes extraordinarias en 1811 y en 1813 a las Cortes ordinarias; en 1820 era nombrado miembro del Consejo del Estado. De 1824 a 1825 era intendente de la isla de Cuba, y por resolución real recibió en 1834 el título de prócer del reino. Una relación completa, redactada por él mismo, constituye el resumen de sus méritos y servicios. Cf. Francisco de Arango y Parreño, *De la factoría a la colonia*. La Habana, 1936, pp. 157-168. Una reproducción sumaria de esta relación se encuentra en William Whatley Pierson, "Francisco de Arango y Parreño", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 16. México, 1936, pp. 458-459.

³ En las historias generales de Cuba le es atribuido un lugar destacado. Cf. especialmente las obras de Jacobo de la Pezuela, Levi Marrero, Guerra y Sánchez; también le dedican páginas importantes: José Luiciano Franco, *La batalla por el dominio del Caribe y el Golfo de México*, vol. 2, *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe 1789-1854*. La Habana, Academia de Ciencias e Instituto de Historia, 1965; Manuel Moreno Franginal, *El ingenio*, 3 vols. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1978; Jorge I. Domínguez, *Insurrection or Loyalty: The Breakdown of the Spanish American Empire*. Cambridge, Cambridge University Press, 1980; Allan J. Kuethe, *Cuba, 1753-1815, Crown, Military and Society*. Knoxville, University of Tennessee Press, 1986. Entre los trabajos específicos sobre Arango debemos mencionar el artículo de Pierson, Francisco J. Ponte Domínguez, *Arango Parreño, el estadista colonial*. La Habana, Editorial Trópico, 1937, así como los artículos María Dolores González-Ripoll Navarro, "Vínculos y redes de poder entre Madrid y La Habana: Francisco Arango y Parreño (1765-1837), ideología y mediador", en *Revista de Indias*, vol. LXXI, 2001, pp. 291-305; M. D. González-Ripoll Navarro, "Dos viajes, una intención: Francisco Arango y Alejandro Oliván en Europa y las Antillas azucareras (1794 y 1829)", en *Revista de Indias*, vol. LXXII, 2002, pp. 85-102.

El artículo hará especial énfasis en las ideas que Arango desarrolló de 1792 a 1803, cuando el desenlace de la insurrección de los esclavos de Saint-Domingue era abierto, y las ventajas surgidas para la producción del azúcar cubana parecían pasajeras. Se pondrán en relación tres variables: los intereses de las potencias europeas y de Estados Unidos en el comercio atlántico; la destrucción de la economía de exportación de Saint-Domingue y la figura de Arango como exponente ilustrativo de lo que se ha designado como *comunidad atlántica*.⁴ El trabajo se propone desarrollar las facetas que en nuestra opinión muestran la dimensión atlántica del pensamiento y acción del oligarca cubano: su percepción de los factores que determinaban el comercio atlántico a fines del siglo XVIII y principios del XIX; su identidad como americano español; la confluencia de ideas de la ilustración y de los liberalismos europeo y americano en su pensamiento; su radio de acción que abarcaba a Cuba y Madrid, donde construyó una amplia red de vínculos sociales y políticos;⁵ sus viajes de investigación que lo llevaron a conocer técnicas de procesamiento y comercialización de frutos tropicales, sobre todo del azúcar, en Francia, Inglaterra, Portugal, Barbados, Jamaica y el Santo Domingo francés. Tenía, además, conocimientos precisos de la situación económica, social, demográfica y política de las diferentes regiones de la isla de Cuba,⁶ cuyas problemáticas no concebía en forma aislada, sino en el contexto del mundo atlántico de las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX.

En opinión de Alejandro de Humboldt, esta mirada amplia era característica de los residentes ilustrados de ciudades puertos ribereños del mar de las Antillas, como La Habana y Caracas:

Me ha parecido que en México y Bogotá hay una tendencia decidida por el estudio profundo de las ciencias; en Quito y en Lima más gusto por las letras y por todo lo que pueda lisonjear una imaginación ardiente y viva; en la Habana y Caracas mayor conocimiento de las relaciones políticas de las naciones, y miras más extensas sobre el estado de las colonias y de las metrópolis. La multiplicación de las comunicaciones con el comercio de Europa, y aquel mar de las Antillas que hemos descrito como un *mediterráneo con muchas bocas*, han influido poderosamente en el progreso de la sociedad en la Isla de Cuba y en las hermosas provincias de Venezuela; en ninguna parte de la América española ha tomado la civilización un aspecto más europeo.⁷

Retomando la idea de J. H. Eliott, referida por Nicholas Canny, en el sentido de que “la población [del mundo atlántico colonial] era consciente de que estaba viviendo en una arena unida por

⁴ Sobre el desarrollo del concepto *comunidad atlántica* cf. John H. Eliott, “Introduction: Colonial Identity in the Atlantic World”, en Nicholas Canny y Anthony Panden, eds., *Colonial Identity in the Atlantic World, 1500-1800*. Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1987; Horst Pietschmann, “Introduction. Atlantic History. Histroy Between European History and Global History”, en H. Pietschmann, ed., *Atlantic History, History of the Atlantic System, 1530-1830*. Gotinga, Vendenhoeck y Ruprecht, 2002; Bernard Bailyn, *Atlantic History Concept and Contours*. Cambridge, Ma. / Londres, Harvard University Press, 2005.

⁵ Cf. M. D. González-Ripoll, “Vínculos y redes”, *op. cit.*

⁶ Las anotaciones de Arango y Parreño que contiene el *Ensayo político* de Humboldt son una muestra de la preocupación del cubano por el saber exhaustivo y preciso. Cf. Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. La Habana, Publicaciones del Archivo Nacionl de Cuba, 1960.

⁷ Carta de Humboldt a Wildenow del 21 de febrero de 1801, citada por Fernando Ortiz en su introducción a la edición del *Ensayo* de 1960, p. 31.

un vasto océano y en sociedades cuya diversidad cultural se encontraba más allá de la experiencia de alguien que se hubiese quedado en Europa”,⁸ queremos mostrar en este ensayo la percepción por parte de Arango y Parreño del impacto mutuo de procesos y acontecimientos políticos y económicos del espacio atlántico, de complejas interdependencias del mundo atlántico colonial. Al mismo tiempo Arango fungía como vocero de la elite cubana y defensor de sus ideas económicas. Su identificación con un grupo social y económico de la colonia era claro, aunque no cuestionaba la soberanía española sobre la isla.⁹

Varios de los escritos de Arango tienen el sello del impacto de la rebelión esclava que afectó a la colonia vecina desde agosto de 1791. La obra más importante y que también ha conocido mayor atención es el *Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla*, escrito en la segunda mitad de 1792.¹⁰ Arango subraya en su “Resumen de méritos y servicios” la estrecha vinculación entre la elaboración del *Discurso* y la revolución de los esclavos de Saint-Domingue.

Con motivo de la insurrección de los negros de Santo Domingo y la absoluta ruina de aquella floreciente colonia, recibió Arango, como Apoderado de esta Ciudad una orden de S. M. o de su Suprema Junta de Estado, fechada en 22 de junio de 1792, para que propusiese los medios de que nuestra Isla sacase, de semejante catástrofe, todas las ventajas posibles.¹¹

Resultados directos del *Discurso* y del *Proyecto* que lo acompaña, dice Arango, fueron el Real decreto y orden de 22 y 24 de noviembre de 1792, que dieron continuación al comercio libre de esclavos, y la aprobación del viaje de investigación que realizara con el conde de Casa Montalvo entre marzo de 1794 y febrero del año siguiente, por Inglaterra, Portugal, Barbados y Jamaica, con el fin de estudiar en estos países los métodos de producir azúcar. A su regreso Arango hizo una serie de propuestas de mejoras técnicas y agrícolas para la industria azucarera cubana, que debían apoyarse en la creación de instituciones científicas, como una cátedra de Física Natural, una escuela y laboratorio de química y un jardín botánico. Sin embargo, las constantes guerras impidieron que este último proyecto pudiera concretarse, por las dificultades de traer profesores e instrumentos.¹²

Un escrito en el que se hará especial hincapié en este artículo es el *Informe*, que Arango entregó al marqués de Someruelos, capitán general de la isla de Cuba, en julio de 1803. Este *Informe* da respuesta a dos cuestionarios, después de haber cumplido una misión de cuarenta días en la vecina colonia de Saint-Domingue.¹³ Dos eran las instrucciones que debía atender Arango y

⁸ N. Canny, “Atlantic History, 1492-100: Scope, Sources, and Methods”, en H. Pietschmann, ed., *op. cit.*, pp. 59-60.

⁹ Sus objetivos, al promover en 1808 el establecimiento de una Junta Superior de Gobierno en La Habana no han sido del todo aclarados. Al no contar con un apoyo amplio del sector militar, abandonó la iniciativa. A pesar de las acusaciones que se formularan en varios panfletos en su contra, en el sentido de que estaba buscando la independencia de la isla en 1808, su carrera pública no se vio afectada. Cf. W. W. Pierson, “Francisco de Arango y Parreño”, *op. cit.*, pp. 460-462 y A. J. Kuethe, *op. cit.*, pp. 155-156.

¹⁰ En F. Arango y Parreño, *De la factoría a la colonia*, pp. 21-94.

¹¹ *Ibidem*, *Resumen*, p. 157.

¹² Sobre el viaje de investigación de 1794-1795 y sus resultados, cf. M. D. González-Ripoll Navarro, “Dos viajes”, *op. cit.*, pp. 85-94.

¹³ “Informe de la Comisión de Francisco de Arango y Parreño en Santo Domingo. La Habana, 17 de julio de 1803”, en J. L. Franco, *Documentos para la historia de Haití en el Archivo Nacional de Cuba*. La Habana, Archivo Nacional de

Parreño durante su estancia en el Cabo Francés (el Guaricó) y Puerto Republicano (Puerto Príncipe): la primera contenía trece puntos, relativos a cuestiones financieras, comerciales y militares a resolver con el general Rochambeau,¹⁴ y la segunda, de carácter secreto, tenía catorce puntos relativos al verdadero estado de la guerra en la llamada colonia del Guaricó,¹⁵ y sus posibles repercusiones para la seguridad de la isla de Cuba. Una vez contestadas las preguntas, Arango ofrece en los últimos dos puntos del cuestionario una exposición amplia acerca de la degradación del comercio de España con sus Indias, que le sirve como contexto general para proponer un interesante convenio comercial con el Santo Domingo francés, que tomaría en cuenta los intereses de las potencias del momento, incluyendo a Estados Unidos como potencia emergente, además de las particularidades regionales de las Antillas.

Tomaremos en cuenta otros dos escritos que son el *Resumen de mis ideas* de 1808¹⁶ y los *Axiomas económico-políticos relativos al comercio colonial, presentados al Consejo de Indias en 1816*¹⁷ para mostrar la evolución del pensamiento económico en la década posterior a la independencia de la antigua colonia francesa, hoy Haití, convertida en 1804 en el segundo estado soberano del hemisferio.

Producción y comercio colonial en el pensamiento de Arango y Parreño

En los textos mencionados arriba, Arango desarrolla reflexiones amplias que constituyen un eco lejano de los juicios que se encuentran en los grandes tratadistas españoles del siglo XVIII, como Bernardo Ward, José del Campillo y Cossío, el conde de Campomanes y Gaspar de Jovellanos. Sin embargo, también hay pasajes que lo identifican como “hijo de Adam Smith”¹⁸ y como conocedor de los planteamientos en materia económica de Edmund Burke, Benjamín Franklin y Thomas Jefferson.¹⁹

Cuba, 1961. Las páginas indicadas en el texto se refieren a esta edición del informe. Este escrito ha sido poco comentado en la historiografía, a pesar de que en su momento el autor fuera condecorado con la cruz pensionada de Carlos III “en recompensa de su buen desempeño” en esta misión. F. Arango y Parreño, *Resumen de méritos*, p. 156. El mismo Franco subraya la importancia del *Informe* en la introducción a los *Documentos*, así como en Franco, *La batalla*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 59-62.

¹⁴ En ese momento comandante de las fuerzas militares francesas que desde el año anterior (1802) estaban empeñadas en *pacificar* la colonia; es decir en poner fin a la insurrección de los antiguos esclavos, que en 1791 habían tomado las armas, primero en defensa de su libertad personal, y desde otoño de 1802 para luchar también por la emancipación política de la isla. Para una visión general del proceso de independencia de Haití, cf. Johanna von Grafenstein, “La revolución haitiana, 1789-1804”, en Jaime Rodríguez O., *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*. Madrid, Mapfre / Tavera, 2005, pp. 41-60.

¹⁵ Guarico es el nombre español de Cabo Francés, el principal puerto del norte de la colonia por el que se exportaban el azúcar y otros frutos producidos en la inmensamente fértil planicie del norte.

¹⁶ En F. Arango y Parreño, *De la factoría a la colonia*, *op. cit.*, pp. 129-145.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 146-168.

¹⁸ A. J. Kuethe, *Cuba*, *op. cit.*, p. 159.

¹⁹ W. W. Pierson, “Francisco Arango y Parreño”, *op. cit.*, p. 453.

El *Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla* de 1792 se centra en el análisis de la situación particular de Cuba. A diferencia de los escritos de 1803, 1808 y 1816, el *Discurso* no sólo contiene críticas al sistema comercial español; hay pasajes de un gran optimismo en él y de elogios sobre los cambios introducidos por los Borbones de España, que liberaron a los españoles americanos de las peores manifestaciones del sistema comercial restrictivo (“nos han quitado de encima los galeones y las flotas”. (*Discurso*, p. 23) Arango hace un repaso de los cambios que conoció Cuba bajo la nueva dinastía, sobre todo durante el reinado de Carlos III. Hasta 1762 La Habana había adelantado muy poco, dice, “sólo servía para gastar el situado que le iba de la ciudad de México”, (p. 24) pero “el trágico suceso de la rendición [de La Habana] al inglés” le dio vida, “con sus negros y su libre comercio”. (p. 28) Posteriormente, la apertura comercial de 1765, la baja de aranceles y el fin de la *opresora* compañía exclusiva de La Habana dieron impulso a la agricultura en la isla y elevaron sus exportaciones de cera a Nueva España, así como de azúcar, tabaco, café y cueros a la península. La guerra de 1779²⁰ trajo inmensas riquezas para el sostenimiento del ejército de operaciones, pero era una riqueza efímera. Las haciendas que se habían expandido alrededor de La Habana para la producción de víveres se vinieron abajo con el retiro del ejército. (pp. 32-33) Después de unos años difíciles la Corte emitió la real cédula del 28 de febrero de 1789 mediante la cual instauró el comercio libre de esclavos.²¹ A este real favor, dice Arango, se añadió “la feliz situación por el funesto incremento que han tenido las desgracias del vecino”, (p. 35) que permite la venta a precios ventajosos del azúcar cubana.

Pero mañana, pregunta Arango, “¿qué habrá? [...] he aquí el verdadero cuidado que debe tener la isla de Cuba”. (p. 35) En su opinión, la exclusión del enemigo, del rival, era pasajera, por lo que se debía procurar elevar a la isla “a un grado de poder y de riqueza capaz de sostener la competencia aun cuando vuestro rival vuelva en sí”. (p. 58) Para ello, sostiene, se debe seguir la marcha política de las demás naciones: “igualar nuestra economía e industria a la de nuestros rivales”. (p. 37) Enumera enseguida los *inconvenientes* para la producción de azúcar, tabaco y otros cultivos en Cuba y propone los correspondientes *remedios*: alentar el comercio directo con África para aumentar, de manera considerable, la introducción de esclavos y abaratar su costo; aumentar la superficie de tierras cultivables mediante el desmonte, y a partir de nuevas técnicas, además de fomentar “los conocimientos que hoy faltan de física, química, botánica etc.”; (p. 67) y procurar una mejor organización del trabajo de los esclavos, aunque insiste en que la humanidad y religión prohíben hacerlos trabajar más y gastar menos en su sustento, como lo hacen los ingleses y franceses. Sugiere promover una política arancelaria favorable a la exportación de las cosechas cubanas y de sus derivados como el aguardiente, tanto hacia la península como hacia otras partes del imperio, especialmente Veracruz, y propone que se levante, además, la prohibición de introducir de este puerto moneda fuerte que tanto escasea en la isla y cuya carencia hace que el agricultor esté preso de las especulaciones del comerciante y del usurero. Con eso concluiría, prosigue Arango, si la “insurrección de los negros del Guaricó [no hubiese] agrandado el horizonte de mis ideas”. (p. 88) No había reparado, aclara, que “toda mi obra se sostenía en el aire; que nada había trabajado para darle subsistencia, que el sosiego y reposo de todos mis compatriotas, el goce de las felicidades que iban

²⁰ En este año España entra a la guerra en contra de Gran Bretaña y a favor de las trece colonias británicas en rebelión.

²¹ Como apoderado de La Habana su influencia en la Corte fue esencial para obtener dicho privilegio.

a conseguir estaba pendiente de un hilo: de la subordinación y paciencia de un enjambre de hombres bárbaros". (pp. 88-89) Era necesario prevenir que los hombres de color libres y los esclavos se uniesen en contra de los blancos. "Preveníamos este lance, ya que por nuestra desgracia no podemos excusarnos del servicio de estos hombres, los únicos a propósito para sufrir el trabajo en aquellos ardientes climas [...]" (p. 92) Le preocupa, sobre todo, la existencia de las milicias de negros y mulatos libres que había en La Habana y el reducido número de blancos en el campo.

Arango explica la puesta en práctica de sus propuestas en el *Proyecto* que acompaña su discurso, en el cual promueve, en primer lugar, el mencionado viaje de investigación con el fin de obtener del extranjero toda la información necesaria para poner en marcha las mejoras propuestas. Dice que los comisionados debían traer conocimientos detallados sobre técnicas de cultivo, procesamiento y almacenamiento de los frutos; empleo de máquinas, políticas arancelarias, organización de las tareas de los esclavos y manejo del comercio con África. Deberán verter todo su saber en una memoria que deberá guiar la actividad de una junta que tomará el título de Real Junta protectora de Agricultura.²²

El *Discurso* y el viaje de investigación realizado por Arango son valorados por Manuel Moreno Fraginals en los siguientes términos:

En esta actividad viajera y renovadora, como en toda acción azucarera, Arango y Parreño fue un precursor. Su discurso sobre el fomento de la agricultura en La Habana es, en relación con su época, la más acabada obra de pensamiento azucarero escrita en Cuba. Es indiferente el hecho de que sea breve y fuera redactada en unas noches: sus pocas páginas tienen una altura burguesa rara vez alcanzada entre nosotros. Es una lección de economía, seca, franca, sin más preocupaciones éticas que el dinero ni más objetivos, fundamentalmente, que la producción de azúcar a bajo costo. Por primera vez en la literatura americana aparece una obra que analiza de manera técnicamente perfecta las características de una empresa fabril. Como hoy lo hacen los más modernos manuales de organización industrial, Arango comienza por el flujo de producción y cierra con el estudio detenido de todo lo relativo a fuerza de trabajo, abastecimiento, costos, inversión, financiamiento, distribución y mercados.²³

El informe de la comisión de 1803 destaca por su carácter general y sintético. En las respuestas a los dos cuestionarios que tenía que contestar Arango y Parreño en su misión a la "colonia del Guaricó" encontramos algunas ideas clave de lo que podríamos llamar la visión de este cubano ilustrado acerca del papel de las colonias americanas para sus respectivas metrópolis y sus viabilidades propias. Importante me parece, en primer lugar, la comparación que el comisionado hace entre las diferentes concepciones colonialistas que habían guiado a las potencias europeas en su expansión por el Atlántico. Según Arango, todas las naciones con grandes colonias en América imitaron el ejemplo de España en cuanto al sistema proteccionista y excluyente de su comercio. Sin

²² Además del *Proyecto*, el *Discurso* está acompañado por las respuestas a 38 "reparos" que fueron formulados por *dictaminadores* anónimos de la Secretaría de Estado de Hacienda. En las extensas respuestas Arango despliega toda su capacidad de convencimiento para lograr la aprobación de sus ideas y propuestas, la que se concedió en el artículo 22 de la real cédula de erección del Consulado de Agricultura, Industria y Comercio.

²³ M. Moreno Fraginals, *El ingenio*, vol. 1, p. 73.

embargo, como los autores clásicos de la ilustración española —especialmente Campillo y Ward, y el conde de Campomanes—, el cubano critica el sistema comercial al que considera en extremo restrictivo que España impuso. Sólo un puerto y cierto número de buques se destinaban al comercio con las colonias, mientras que los extranjeros franquearon todos los puertos y toda la marina nacional para “fomentar sus pequeñísimos puntos”. Además, el “desprecio del fomento de la agricultura”, y su concomitante concentración exclusiva en la extracción de metales preciosos de sus colonias eran contrarios a la generación de prosperidad. A diferencia de los españoles, los ingleses y franceses, dice Arango, establecieron en sus posesiones americanas verdaderas “factorías de agricultura y comercio, en donde el europeo viene a trabajar algunos años para volver después a su país con la poca o mucha fortuna que adquiere”. (*Informe*, p. 253) Esta diferencia básica en el concepto de colonización es para Arango la causa de desarrollos muy disímiles de las sociedades coloniales de las Antillas inglesas y francesas con respecto a las de España. Los españoles, apunta, “piensan siempre en establecimientos perpetuos y así, todas nuestras poblaciones de América tienen hoy el aire de las ciudades o provincias de España, en donde sus vecinos se arraigan, se multiplican y viven con el mismo orden que los de la Península”. (*Idem*)

También en otros aspectos podemos observar en Arango una sorprendente continuación de las ideas de los proyectistas ilustrados del siglo XVIII. Como ellos, el funcionario cubano anhela la época en la que España se encontraba sola en América y la surtía con su propia producción manufacturera. Pero insiste en que las cosas han cambiado: a inicios del siglo XIX, la población de las Indias españolas es mayor que la de la península, por lo que su consumo no puede ser satisfecho con productos nacionales, ni la metrópoli puede absorber toda la producción de las colonias. Intervienen entonces los extranjeros en perjuicio de la industria y del consumidor nacional. Mediante el comercio legal, España vende a los pobladores de sus posesiones ultramarinas productos extranjeros recargados con altísimos impuestos y coloca en el mercado internacional la mayor parte de sus productos coloniales, que resultan menos competitivos por ciertas peculiaridades a las que se enfrenta el productor español. En este punto Arango tiene en mente especialmente al de azúcar, pero también se refiere al pago del diezmo, al gran número de días festivos y a la imposibilidad de comercializar subproductos, como las melazas.

Por otra parte, Arango llama la atención sobre un tema importante que es la circulación de la plata mexicana en las islas, estimulada por el contrabando, un mal que ha sido identificado desde el siglo XVII como la mayor fuerza destructora del Estado. En un acto de autocrítica Arango y Parreño anota: “Lloramos continuamente los males del contrabando; dirigimos nuestro encono contra los malos vasallos que por tan asquerosos caminos buscan su particular ventaja, pero mirando siempre con ciega veneración aquel sistema que lo produce y sostiene”. (Es decir, el sistema comercial restrictivo, *ibid.*, p. 254.) El peso mexicano, que llegaba a las islas vía el sistema de los situados, y que se usaba como medio de pago para la adquisición de toda clase de productos extranjeros, fomenta la industria de los rivales de España, y estimula su navegación, dice Arango, mientras que estas actividades disminuyen en la propia metrópoli, al mismo tiempo que no se ha podido sacar ventaja alguna al alto valor del metálico circulante, que debería “venderse” a los extranjeros a un precio mucho mayor.

El breve texto *Resumen de mis ideas*, escrito en 1808, corresponde a una coyuntura recesiva en las exportaciones cubanas y en los precios internacionales de azúcar. En cuanto a las exporta-

ciones, éstas descendieron de manera abrupta de cuarenta y un mil toneladas en los últimos meses de 1807 a veintinueve toneladas a fines de 1808.²⁴ Por otra parte, los precios del dulce habían caído en 1807 al nivel más bajo del periodo que va de 1790 a 1820, justo abajo del límite que se consideraba de altas ganancias para el productor cubano medio.²⁵ Estas dificultades momentáneas se reflejan en el texto de Arango, quien propone ajustes arancelarios para salir del “actual abatimiento de nuestros frutos”, (*Resumen*, p. 130) y aboga, como en todos sus escritos, por la apertura de los puertos cubanos al comercio extranjero. Sólo el levantamiento de la prohibición de algunos artículos extranjeros y la liberación de los excesivos recargos de otros, dice, pondrían fin al “azote del contrabando de Providencia y Jamaica”. (p. 132) Un punto que defiende con vehemencia es la introducción de víveres de Estados Unidos, de los que no vienen de la península, a cambio de la venta de azúcar y derivados. No sólo pide el libre comercio con extranjeros para los puertos principales de La Habana y Santiago de Cuba, sino para una serie de puertos secundarios, necesarios de mercados y de provisiones del exterior. También hace en este escrito un llamado hacia una mayor diversificación de la producción agrícola, sobre todo de frutos que se consideraban secundarios, pero que tienen buen mercado: cera, lino, algodón, arroz, café y, sobre todo, insta a restablecer “aquella hoja preciosa, ciudadana del universo”, que había sido “destruida” por el monopolio estatal. (p. 144)

Conocedor de los planteamientos de la economía clásica sobre la división internacional del trabajo, Arango defiende en el *Resumen* de 1808 la conveniencia de que Cuba importe todo lo que no produce la propia isla, pero que era necesario para su economía y que se conseguía más barato en el extranjero. “El hombre civilizado”, escribe, “de la América y de Europa no puede ni con la concurrencia de sus conciudadanos satisfacer todas las necesidades a las que se encuentra sujeto por la costumbre. Siempre ha de depender en algo o más bien en mucho de otros pueblos y naciones”. (p. 140) Los pueblos como el de Cuba, que son “simplemente agricultores”, “viven en consecuencia dependientes de los otros en todo lo que es industrial”. (p. 141)

En sus *Axiomas económico-políticos relativos al comercio colonial, presentados al Consejo de Indias en 1816*, Arango sigue defendiendo con vehemencia los principios del libre comercio. La coyuntura revolucionaria del Santo Domingo francés había sido sustituida para estas fechas por la “fermentación y desabrimiento de nuestras Américas”, (*Axiomas*, p. 147) por un desapego de la madre patria por esta parte de la nación que, en opinión del cubano, tenía su causa primordial en las continuas restricciones comerciales.

Como colmo de la superficialidad Arango juzga la voluntad de querer convencer a los americanos de las ventajas que pudiera tener el sistema mercantil vigente durante tres siglos. Dice: es tiempo de que “abramos los ojos, o confesemos todos que son quiméricas esas ofrecidas ventajas”. (p. 149) Como en sus escritos anteriores Arango se pronuncia en contra del monopolio. Admite la existencia justificada de toda clase de restricciones que ataban a las posesiones americanas a la metrópoli en los primeros años de la colonización, cuando “guardaban alguna proporción los recursos del proveedor con las necesidades del consumidor”, (p. 148) pero dice que estas primitivas leyes no se han adaptado a los cambios políticos y económicos de los siglos siguientes. “Las leyes

²⁴ M. Moreno Fragonals, *El ingenio*, vol. 2, gráfico p. 100.

²⁵ Que era de cuarenta chelines (Londres, CWT / CRT). *Vid.* gráfico en *ibid.*, p. 126.

de comercio", sostiene, "y con más particularidad las de comercio marítimo, son leyes reglamentarias que deben andar con el tiempo y situación de las cosas". (p. 146)

Arango defiende los intereses de los españoles americanos entendiendo a éstos como parte de la monarquía, con iguales derechos y obligaciones que los habitantes de la península. Los llama "gente de una misma sangre, vasallos de un mismo rey, [que] piden que, en el país que habitan, en el país que ellos han conquistado o poblado, en el país que ellos han fertilizado con su sangre o su sudor, se observen para el comercio las [mismas] reglas que en la Madre Patria". (p. 148) Arango no responsabiliza a ninguna institución en concreto de las incalculables "pérdidas que han sufrido la industria, población, navegación y riqueza de nuestras Américas por sostener un sistema con que no medró la metrópoli", (p. 149) pero su posición es diáfana en el sentido que concibe claramente intereses propios de los españoles americanos, tan válidos como los de los españoles peninsulares. Es decir, para Arango no existe una relación metrópoli-colonia, sino una relación entre partes iguales de una misma nación.

Y como la Madre Patria ha fallado en respetar los derechos de los españoles americanos, sobre todo en "el interior de los continentes, esto es, donde no llegaron extranjeros y eran más las restricciones", (p. 150) cundió el descontento. De la dependencia mercantil, afirma, resultan resentimiento y pobreza, y esos sentimientos pueden cuestionar la dependencia política. Las limitaciones han criado rebeldes en el interior del continente, en cambio, la libertad de comercio y las riquezas que venían con ella han hecho fiel a Cuba. (pp. 149-150)

La insurrección de los esclavos franceses: diagnóstico y propuesta de solución

En su viaje de 1803, Arango conoció las dos ciudades más importantes de la isla de Santo Domingo; obtuvo información sobre la situación militar, económica y social de la colonia francesa, así como de los comandantes militares franceses, pero también como testigo ocular. A partir de este conocimiento valora el desarrollo de la guerra, sus posibles impactos en las colonias vecinas; en la producción y en el mercado internacional del azúcar; en el comercio y la seguridad en la región; en el erario español, etcétera. Como una respuesta concreta a la situación de entonces, Arango elabora un proyecto de tratado comercial entre España y Francia para sus dos principales colonias en el Caribe que lo revela como estadista²⁶ y economista pragmático, conocedor de los planteamientos de los pensadores ilustrados y liberales del siglo XVIII. Al mismo tiempo demuestra suficiente energía e inventiva para proponer soluciones a los grandes problemas nacionales, en el marco de las relaciones internacionales del Atlántico de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

En sus escritos de 1792-1793, 1795 y 1796²⁷ los sucesos de Saint-Domingue aparecen como trasfondo, y explican muchos de sus planteamientos, pero las medidas a tomar se limitan a la isla

²⁶ Ponte Domínguez insiste en su biografía en el carácter de estadista que distinguía a Arango.

²⁷ Se trata del *Discurso sobre la agricultura...*, el *Proyecto* y las respuestas a los reparos formulados a ambos; el *Informe* que escribiera Arango a su regreso del viaje de investigación de 1794-1795 y el *Informe* que firmara conjuntamente con José Manuel Torrontégui sobre la reforma del *Reglamento y arancel de capturas de esclavos cimarrones*. La Habana, 1796. Los últimos dos escritos no se consideraron aquí por razones de espacio.

de Cuba y su comercio exterior, para aprovechar la demanda internacional del azúcar y del café que dejó de ser atendida por la colonia francesa. El objetivo del informe de 1803 es proponer una política más amplia frente a los desórdenes en la isla vecina, una política que garantice la seguridad en la región; una política activa que Arango juzgaba necesaria, dada la situación desesperada de las fuerzas francesas en su colonia.

Francisco de Arango y Parreño inicia su reporte analizando la parte francesa de la isla de Santo Domingo con las siguientes palabras: “La pluma se me cae de las manos cuando trato de comentar la triste pintura que en la actualidad puede hacerse de la que hace poco era la más floreciente y rica colonia del orbe”. (*Informe*, p. 239) Los datos del cuadro desolador son en resumen los siguientes: a pesar de que los franceses controlaban —en el momento en que el comisario se encontraba en la colonia— la mayor parte de los puertos de la isla, éstos sólo funcionaban como pequeños enclaves en los que se había refugiado la población blanca,²⁸ guarnecidos por la Guardia Nacional que ascendería a unos cinco mil hombres. Sólo en algunas pequeñas regiones había todavía haciendas en producción, pero como manifestó el propietario de una de ellas, los gastos de defensa y fortificación consumían mucho más de lo que todavía podía obtener por la poca azúcar que producía. (p. 240)

Arango concede al líder insurgente Toussaint Louverture, quien controlara la colonia en los años de 1794 a 1802, el mérito de haber reconstruido —con base en el trabajo semiservil de quienes fueran esclavos— una parte importante de la producción agrícola anterior a la gran sublevación de agosto de 1791, pero “las mismas manos que habían servido para reedificar aquel suntuoso edificio, fueron las que volvieron a destruirlo a la llegada de los franceses”. (p. 241)

Todo el interior del país, además de los pequeños puertos de Gonaïves, Petit Goâve y Arcaya, estaba en manos de los rebeldes, según reporta el comisionado. A la pregunta sobre el número de negros insurgentes y los pacíficos, contesta que esta distinción carecía de sentido en las actuales circunstancias, ya que toda la población negra estaba en estado de insurrección, con excepción de los pocos esclavos domésticos y algunos de plantación que todavía se encontraban bajo el control de los franceses. Después de unos interesantes cálculos sobre el número de la población negra que había en la colonia, Arango llega a la conclusión de que en las montañas se encontraban “no menos de trescientos mil enemigos” y quizá hasta cuatrocientos mil, siendo la tercera parte de ellos hombres adultos. Dos terceras partes se componían de niños, mujeres y ancianos. Arango sostiene, siempre con base en lo que le narraban sus informantes franceses, que la natalidad entre la población había aumentado mucho desde el inicio de la insurrección. Con respecto al número de rebeldes sobre las armas, calcula que éstos llegaban, quizá, a los treinta y cinco mil “guerreros de doce años que se hacen respetar y aun temer de los soldados de Bonaparte”. (p. 251) Contaban con armas y municiones que provenían de cuatro fuentes: los repuestos que habían hecho antes de la llegada del ejército expedicionario francés en febrero de 1802; el despojo a los mismos soldados franceses caídos o hechos prisioneros; el corso que practicaban en pequeñas embarcaciones cerca de las costas de la isla, a pesar de la vigilancia por la marina francesa, y, finalmente, las ventas por parte de comerciantes americanos. (p. 247)

²⁸ Unas dieciséis mil almas, la mayoría mujeres, de unos treinta a cuarenta mil blancos con los que contaba la colonia antes de la revolución.

A pesar de estos cálculos que demuestran la fuerza de los insurrectos, Arango condena los métodos de guerra empleados por los franceses en su contra. Se estremece frente a las brutalidades cometidas con los rebeldes que caían en manos de las tropas francesas. Desaprueba la afirmación del general Rochambeau de que su objetivo era acabar con todos los rebeldes y traer nuevos esclavos.

Arango muestra la imposibilidad de tal monstruosa empresa, al recordar la guerra que hicieron sólo ciento veinticinco negros cimarrones durante más de ochenta años a franceses y españoles en Mariel o Palenque de Barahu, hasta que obligaron “al más imperioso gobernador de Santo Domingo, eso es, al general Belle-Combe, a reconocer su libertad e independencia en 1785”. (p. 251) Arango condena la guerra de exterminio practicada por Rochambeau, por consideraciones de “humanidad”, pero también porque estaba convencido de que “si se quita a los rebeldes la esperanza de capitulación o perdón” no se iba a lograr nunca la pacificación.

Preguntado sobre las fuerzas armadas francesas, Arango ofrece los siguientes datos: de los cuarenta mil que habían llegado desde febrero de 1802, sólo trece mil estaban con vida en mayo del año siguiente, los demás habían perecido bajo las armas de los rebeldes o como víctimas de la fiebre amarilla. Muestra su incompreensión de que el gobierno francés estaba descuidando al ejército expedicionario, mandando muy poco dinero y recursos. Tan degradada veía Arango su situación, que juzgaba indispensable un préstamo anual de dos millones y medio de pesos por parte de España, mientras que durase la guerra, para hacer posible la victoria de los franceses.

Mirando hacia el futuro, Arango piensa que una vez recobrado el control sobre la colonia, Francia ya no lograría hacerla rentable. Los costos de su reconstrucción serían inmensos y sus rivales habrían adelantado demasiado en la producción de azúcar y café, y con base en esta perspectiva, y pensando en los intereses de la isla de Cuba, formula entonces un convenio comercial entre España y Francia cuya base sería el intercambio entre Cuba y el Santo Domingo francés reconquistado por su metrópoli.

El proyecto comercial que propone Arango y Parreño para contrarrestar los efectos de la revolución esclava revela un conocimiento penetrante acerca de los intereses económicos y las políticas internacionales en el espacio atlántico, incluyendo las metrópolis europeas, Estados Unidos, el mundo colonial americano y África occidental, integrada mediante la trata de esclavos. Arango lanza su propuesta, después de ofrecer las disculpas obligatorias por su atrevimiento de querer interferir en la política de los “gabinetes de España y Francia”.²⁹

En esencia, el tratado comercial consistiría en la venta de productos de Cuba a los franceses de Santo Domingo quienes, a cambio, surtirían a la isla de los efectos que tradicionalmente se importaban de Estados Unidos. Tal plan responde a varios grandes objetivos, como los de influir en el equilibrio internacional, asegurar una defensa adecuada de Cuba y lograr ventajas comerciales. Establecer con Francia “una reciprocidad de ventajas” significaría, en opinión de Arango, destruir las que Inglaterra sacaba del comercio con las islas, al mismo tiempo que la exportación de frutos cubanos exclusivamente en barcos españoles fortalecería la marina nacional, que él considera superior, en el momento, a la francesa.

²⁹ Acostumbrado a negociar con éxito en la Corte española los intereses de su clase, presenta sin embargo sus propuestas con la mayor soltura y convicción de su pertinencia.

Todos los planes y reflexiones que desarrolla el oligarca cubano lo revelan como un hombre público capaz y seguro de tener la autoridad para juzgar coyunturas económicas y políticas internacionales, en las que ubicaba lo local cubano y lo regional antillano. En cuanto a la marina francesa opina que ésta dependía de la española y esa inferioridad le parece deseable, aunque también considera importante que ambas armadas recuperaran la fuerza que habían tenido en 1779, cuando desafiaron con éxito “la soberbia anglicana”. (p. 255)

Atención especial recibe el oriente de Cuba en el plan de Arango. Distante sólo “catorce leguas del incendio” (de la revolución haitiana) había que convertir a dicha zona en “baluarte de toda la isla y de nuestro comercio en esta América”. Había que poner fin a su pobreza, fomentar sus puertos y ciudades de Baracoa, Holguín, Santiago y Bayamo y, sobre todo, terminar con el contrabando que practicaban los jamaicanos, extrayendo el numerario (el peso mexicano de plata) y no los frutos del país,³⁰ además de que proponía aranceles bajos de importación y “ningunas trabas” en la extracción.

Arango piensa, sobre todo, en ganado bovino. En su opinión, la principal riqueza del oriente serían los medios adecuados para erradicar el contrabando inglés, y en su lugar propone fomentar el comercio legal entre esta región de Cuba y la vecina Santo Domingo, de la que se podrían importar harinas, tablas, caballos, herramientas, utensilios para la agricultura, víveres de todas clases, drogas de medicina, muebles de casa, todos ellos productos que por lo común los hacendados cubanos importaban de Estados Unidos, e indirectamente de Inglaterra, que era su principal productora. Si se lograba romper esta dependencia con respecto a estas dos “temibles naciones”, y se beneficiaba a la Francia con la importación de la mayoría de los efectos mencionados por la vía de su colonia antillana en crisis, Arango cree que se lograría influir de manera positiva en el equilibrio de las fuerzas entre Europa y América. (p. 257)

Pagar un mayor precio por el ganado, lo que ve como una consecuencia inevitable de la creciente demanda, le parece un sacrificio que bien vale la pena pedir a los hacendados del occidente de la isla, que ya no serían los únicos compradores, junto con los ingleses de Jamaica, todo en aras de mayores beneficios de los ganaderos del oriente, de una mayor seguridad en esta parte (vía inmigración de blancos atraídos por la prosperidad ganadera y agrícola), y de crecientes beneficios para el erario real y para la Iglesia.

Para el occidente de Cuba, Arango prevé múltiples ventajas que daría el convenio comercial propuesto. Realiza un rápido repaso de los precios, que lleva a nuestro autor a los siguientes cálculos: en Cuba el azúcar purificada tenía en el momento un precio de siete pesos el quintal, mientras que en la colonia vecina un quintal de azúcar bruta costaba nueve pesos. Esta diferencia abría la posibilidad de aprovechar los precios más altos en territorio vecino y vender a los franceses el dulce a un precio más atractivo de lo que se podía conseguir en Cuba, al mismo tiempo que los comerciantes galos surtirían a las haciendas del occidente de todos los artículos mencionados arriba, lo que pondría fin a la dependencia que se tenía con respecto a los anglosajones, y, finalmente, lo más

³⁰ “El rey gasta en ella [la parte oriental] un situado considerable y, en vez de remediar sus miserias, las vemos que, siempre existentes, han excitado muchas veces la atención del soberano, que oficiosamente ha preguntado la causa de aquella pobreza y el modo de remediarla”. (*Informe*, p. 255).

importante: los franceses encontrarían en este comercio con Cuba nuevos estímulos para buscar recuperar su colonia.

Y eso, dice Arango, está más que nada en el interés de España, ya que el reconocimiento de la independencia de los esclavos insurrectos significaría que se repita “la catástrofe de Santo Domingo en Cuba”. Es decir, Arango está convencido de la necesidad de apoyar a toda costa a los franceses en sus esfuerzos por reprimir a los rebeldes, ya que “ellos son los únicos que pueden conseguirlo”. Apunta: “esforcémoslos, ayudémoslos, obliguémoslos a que no abandonen una empresa que, más que a ellos, nos interesa a nosotros”. (p. 258)

Conclusiones

En este ensayo nos interesó estudiar las facetas de los escritos de Francisco de Arango y Parreño que revelan su percepción de una comunidad atlántica caracterizada por una fuerte vinculación en la que participaban tanto los territorios americanos como sus metrópolis europeas. Esperamos haber evidenciado las ideas que tuviera este empresario y funcionario criollo con cargos tanto en la isla de Cuba como en la península, sobre esta estrecha e imbricada interdependencia entre las colonias y sus metrópolis, en campos diversos, como los de la producción, el comercio, la geopolítica y las finanzas. Buscamos mostrar que su punto de vista era el de un español americano, que expresara una nítida identidad de este grupo nacional.

En sus escritos encontramos, además, una clara idea de que las comunidades coloniales atlánticas compartían problemas, experiencias y prácticas comunes.

En segundo lugar nos interesó destacar la visión que Arango tenía sobre los sistemas comerciales europeos y su desarrollo desde el siglo xvi. Pensamos que practicaba el estudio comparativo de los imperios coloniales del Atlántico, en la mejor tradición del pensamiento económico-político del siglo xviii de las diferentes metrópolis, incluyendo a Adam Smith. El fin último de sus escritos era el adelanto y fomento de la agricultura y del comercio de Cuba. Para promover este objetivo tomó en consideración factores de dimensión atlántica, que determinaban la economía de la isla, así como la política de poder de las potencias atlánticas, que incluía ya la presencia de Estados Unidos en ese juego, y manejaba información que provenía de fuentes pertenecientes a tres sistemas coloniales: el español, el inglés y el francés.

En el contexto de la economía atlántica asignaba a la isla de Cuba el papel de producir sobre todo azúcar, aprovechando las condiciones naturales de la isla.

En cuanto a la coyuntura de la revolución de esclavos en la colonia francesa de Saint-Domingue, que influía en gran parte de los escritos analizados aquí, notamos los siguientes cambios en la percepción de Arango y Parreño. Una primera reacción del cubano fue la de aprovechar la coyuntura, de fortalecer el sistema productivo de Cuba, mientras que su rival estaba fuera de competencia. Hacia el final de la guerra, cuando la situación de las tropas francesas parecía ya muy debilitada, su visión cambia. Insiste en la necesidad de apoyar con sumas importantes a los franceses para que pudieran vencer a los insurrectos. Al mismo tiempo, y con miras a largo plazo, propone un convenio comercial entre España y Francia que implicaba un cambio radical en el papel de las dos posesiones antillanas participantes. El emporio productivo ahora sería Cuba, y la economía del

Santo Domingo francés se convertiría en subsidiaria de la primera, al suministrarle todo lo necesario para la producción de azúcar. Este audaz plan de Francisco de Arango y Parreño para lograr la conservación de la colonia vecina se quedó, sin embargo, en el papel. Quienes fueron esclavos franceses infligieron una derrota definitiva a las tropas metropolitanas y se constituyeron en Estado soberano e independiente, quedando Cuba como la principal heredera de la otrora floreciente colonia francesa.

La imagen del Circuncaribe desde la mirada imperial de la United Fruit Co.

Enrique CAMACHO NAVARRO

Dentro de las muchas y diversas ideas que demarcan lo que es el Circuncaribe, construcción imaginada que se extiende en una frontera móvil alrededor del mar Caribe, existen manifestaciones comunes que pueden situarse como uniformes en varios puntos de la zona. Allí coexisten expresiones que permiten explicar semejanzas históricas y culturales de diferente índole, que se descubren cuando se realiza un estudio de esta área. Ello puede apreciarse con la presencia del fenómeno de la esclavitud, por mencionar solo un ejemplo. Así sucede también con la penetración de intereses foráneos que históricamente se beneficiaron con las riquezas de la naturaleza regional, proceso que tiene continuidad hasta nuestros días.

En el siglo xx, tal movilidad de inversiones extranjeras quedó manifestada en el caso de la United Fruit Company (UFCo), la famosa *Mamita Yunai*¹ que el costarricense Carlos Luis Fallas, junto con muchos otros escritores, llevara al plano de la literatura para contribuir así a dar forma a la llamada novela bananera.



¹ Carlos Luis Fallas, *Mamita Yunai*. Santiago de Chile, Nascimento, 1941.

Las propias portadas de dicha novela aparecen como hipertextos que, de entrada, ubican el paradigma que criticaron grupos nacionalistas y sectores preocupados por las condiciones sociales que prevalecían en la región. Pero también son herramientas de trabajo para analizar una de las diferentes actitudes que se mantienen hacia la compañía bananera. Los mensajes icónicos que aparecen desde las primeras ediciones denotan una profunda denuncia del drama vivido por los trabajadores ligados a la producción de bananas. La mano sangrante o la espalda encorvada por el peso golpeador de los grandes racimos, que es la imagen que aparece en otra de las portadas existentes, son discursos visuales que se solidarizan con el trabajador que sufre el impacto de la presencia extranjera en el Circuncaribe.

Al acercarme a este último caso, el de la penetración de la UFCo en la realidad circuncaribeña, que es uno de los fenómenos sobresalientes en nuestro espacio estudiado, quiero presentar algunas reflexiones con el objetivo de estimular la reflexión y el debate que contribuyan a definir el Caribe.

Al igual que se promovió una manifestación contraria a la presencia de la *Yunai*, también existe una propuesta que difunde una presencia benefactora de la empresa.

Es preciso que en este punto de mi discurso haga una puntualización sobre el título de este trabajo. Debo aclarar que por imágenes del Circuncaribe entenderé aquel conjunto de objetos entre los que se encuentran pinturas, estatuas, estampas, monedas, grabados, tarjetas y timbres postales, amén de las fotografías. Todo este conjunto permite un acercamiento a las experiencias y a los conocimientos no verbales de la región situada dentro y en los alrededores de la zona bañada por el mar Caribe, y a partir de estos elementos es posible imaginar esa historia de una manera más viva.

Las imágenes de las distintas épocas, así como sus formas, constituyen un valioso testimonio del pasado. Y el objetivo de este trabajo será justamente analizar, de manera sucinta, la representación que de la región circuncaribeña realizó la United Fruit Company (UFCo) mediante las imágenes que patrocinó.

Por obvias limitaciones de espacio, el análisis que se hará en este artículo se sujetará a espacios muy reducidos. Las imágenes que se presentarán son apenas una pequeña muestra del gran mundo que hay sobre el tema.

Comencemos por anotar que la United Fruit Company inició sus actividades en 1899, luego de que se fusionaran varias empresas estadounidenses, dedicadas al comercio de productos agrícolas.

Como se sabe, esta conocida empresa marcó dentro de toda la región una de las presencias que se intentaron imponer como modelo del progreso que se suponía alcanzable para Centroamérica y el Caribe. Con base en este argumento se le permitió ser punta de lanza de la penetración de los capitales extranjeros que se invirtieron en la explotación de la riqueza natural de la zona.

La UFCo, durante la primera mitad del siglo xx, imprimió mucha propaganda, y anuncios periodísticos, tarjetas postales, libros y demás material impreso, con el fin de fomentar y promover los beneficios de la actividad turística y comercial que se desarrollaba en varios de los países circuncaribeños, además de Estados Unidos. En el fondo, se trataba de impulsar una estrategia iconográfica que influyera en la mirada que desde el imperio se tenía del área centroamericana y caribeña. Así, junto a un texto que ensalzaba la importancia que significa el rescate de ese tipo de vestigios culturales, se realizaba, en paralelo, una lectura iconológica en torno a la idea de que la *Mamita*

Yunai había construido la geografía en cuestión, y desde la distancia se pretendió imponer esa *realidad* hechiza de la región como si fuera verdadera.

La intención primaria de este artículo es ofrecer una propuesta iconológica en la cual la *Mamita Yunai* sea el punto de atención principal. Es importante mencionar aquí el concepto de iconología, entendido como la manifestación de una propuesta interpretativa que va mucho más allá de la simple descripción de una imagen, sin apegarse sólo a los elementos visuales contenidos estrictamente en ella. El planteamiento de ideas que rebasan las fronteras de lo visible se adopta como una práctica que contribuye a una formulación histórica más rica.

Mi objetivo es usar materiales visuales para reflexionar sobre su presencia en el ámbito académico, en su uso o desuso, así como en su abuso dentro del proceso de conocimiento histórico social.²

Coincido con la idea de Jaime Cuadriello en el sentido de que la iconología puede entenderse como la

labor de interpretación que compromete de fondo el pensamiento del historiador y que está representada en los resultados de ese ejercicio: el estudio de los modos de intención, representación, transmisión y recepción de las imágenes. Hay que poner énfasis, sobre todo, en dos momentos decisivos en la historia de las obras: el poder inferir la “intencionalidad” del autor intelectual y/o el artista, que se esconde deliberadamente tras las imágenes o los discursos ambiguos, y en su recepción pública, cuando la imagen queda activada y merced a su protagonismo elocuente.³

Como lo anoté antes, son los años que van de principios del siglo xx a la década de 1950 los que enmarcan mi estudio. Ese es el lapso que considero más destacado dentro de la producción de las imágenes con las que la UFCo reflejaba su visión circuncaribeña. Se trata de un periodo en el que la frutera inició y consolidó su presencia en la zona. Debo resaltar que la interpretación de las imágenes se realiza desde una óptica de historiador, respaldada en una consulta historiográfica⁴ y en algunas destacadas fuentes primarias.⁵ Pero además se hace posible gracias a una actividad de verdadero coleccionista. Las tarjetas postales, la propaganda comercial, los avisos periodísticos, la papelería de correo, así como otros objetos que a simple vista pueden parecer sin importancia y pasar desapercibidos se convierten en fuentes de primera mano si se utilizan como herramientas que lleven a la comprensión de un fenómeno económico y político de amplio impacto, como sucedió en las sociedades del Circuncaribe.

² Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona, Crítica, 2001.

³ Jaime Cuadriello, *Las glorias de la República de Tlaxcala o la conciencia como imagen sublime*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas / INBA, Museo Nacional de Arte, 2004, p. 29.

⁴ Aviva Chomsky, *West Indian Workers and the United Fruit Company in Costa Rica, 1870-1940*. Baton Rouge / Londres, Louisiana State University Press, 1995; Jeffrey Casey, *Limón: 1880-1940*. San José, 1979.

⁵ La propia compañía subvencionó la producción de obras sobre su “biografía”. Entre ellas están la obra de Frederick Upham Adams, *Conquest of the Tropics: The Story of the Creative Enterprises Conducted by the United Fruit Company*. Nueva York, Doubleday, Page & Company, 1914; B. C. Forbes, *Men Who are Making America*. Nueva York, Edit. B. C. Forbes Co., 1917; Samuel Crowther, *The Romance and Rise of the American Tropics*. Nueva York, Edit. Doubleday, Doran & Co., 1929; Charles Morrow Wilson, *Empire in Green and Gold: The Story of the American Banana Trade*. Nueva York, Edit. Henry Holt and Company, 1947 y Stacy May y Galo Plaza, *The United Fruit Company in Latin America*. Washington, National Planning Association Ed., 1958.

Este tipo de ejercicio adolece de algunas dificultades, pues siempre se tiene el problema de no contar con datos de total precisión. Por mencionar un par de ejemplos, puede decirse que no siempre se conocen las fechas precisas de elaboración o las épocas en las que se inicia la difusión de los vestigios. En lo que respecta a sus autores, es decir a los artesanos, artistas o creadores de los mismos, éstos por lo general permanecen en el anonimato. No obstante, para el caso que ahora nos ocupa puede anotarse que el hecho de que la propia UFCo fuera la que determinara la producción de los vestigios, en los que ella misma apareció como tema central, la lleva a aparecer como autora o responsable de su creación.

La promoción del proyecto económico por ella impulsado se entiende como el objetivo de tal realización.

Entre los vestigios prevalece el carácter comercial que se les impregnó. El uso comercial que la UFCo les otorgó a las imágenes fue muy distinto al uso que le dieron sus clientes, quienes, como sucede en los casos de las tarjetas postales, vertieron en estas producciones la necesidad de demostrar un sentimiento, ya fuese de amistad, amor, o las conservaron como simples recuerdos. Por supuesto, también respondieron, a veces, al espíritu del coleccionista amateur o profesional. No obstante, como se mostrará aquí, tales vestigios revelan también un discurso ideológico que en su interior justifica la penetración capitalista en la zona.

Desde sus inicios, la historia de la empresa ha sido abordada por la literatura especializada desde una óptica básica que hace que las miradas hacia ella tengan un cierto carácter bipolar. Me explico. Por un lado aparece aquella visión que dedica su interpretación y estudio para marcar a la United Fruit Company como el ejemplo de la posibilidad del progreso, de la apertura hacia la modernidad, de la materialización de que la riqueza latinoamericana y caribeña es un elemento que contribuye a la conformación de los avances materiales en lo que respecta a la formación de naciones. Por el lado opuesto, la frutera aparece representada como la respuesta al atraso, como ejemplo de la intromisión que detiene y desvirtúa toda posibilidad de un desarrollo autónomo, donde el nacionalismo pierde el camino hacia el desarrollo que garantice el mantenimiento de la soberanía en el marco internacional.

Cabe aclarar, por supuesto, que la primera visión es la que difunde la propia United Fruit, a partir de las obras que ella misma patrocina o estimula, y al respecto existe un conjunto de materiales, obras, revistas, artículos, mediante los cuales se construye esta propuesta en la que impera la intención de crear un imaginario en el que tanto ciudadanos estadounidenses como latinoamericanos adopten la idea de que la penetración de la UFCo es garantía de superar el atraso. Se moldea la representación de una realidad que se asume como posible, y que alienta prometedoramente al pensarse como futuro ineludible. Desde esta óptica, la idea de la penetración de la inversión extranjera que encabeza la *Yunai* es asumida como panacea de todos los males. Aquí vale la pena reseñar el libro de Willis J. Abbot, *Panama and the Canal*.⁶ En él la UFCo aparece como la empresa más grande que existe en los trópicos. El autor sostiene que la prosperidad de toda la región, no sólo de Panamá, que es el caso que aborda de manera particular, se incrementa notoriamente gracias a la participación de esta empresa como inversionista, pues se preocupa por imponer una administración, por ofrecer trabajo y sumar capital a las economías *ociosas*, como hace aparecer a las

⁶ Willis J. Abbot, *Panama and the Canal*. Nueva York, Syndicate Publishing Company, 1913.

pertenecientes a los países de la región circuncaribeña. En opinión de Abbot, “The United Fruit Company is by far the greatest agricultural enterprise the world has ever known”. Sus más de 1 332 millas cuadradas explican la existencia de extensas líneas férreas que atraviesan los territorios centroamericanos y caribeños. Se plantea que gracias a ella se ofrece trabajo a más de cuarenta mil de sus habitantes. En otras palabras, se considera que gracias a la UFCo nuestros países dejaron de ser regiones desconocidas.

Abbot explica que la presencia de la UFCo acabó con los pantanos y permitió que aparecieran jardines; que en las propiedades vírgenes y hostiles se construyeran puertos. La aparición de los servicios de telegrafía, las calles y escuelas públicas son apuntadas como cambios provocados y sostenidos por la frutera.

Willis J. Abbot diría que para el año de 1913, la United Fruit Company era el gran fenómeno del mundo caribeño de ese entonces. Sin embargo, como el autor se dedicará a tratar el asunto de Panamá y el canal interoceánico, únicamente hace referencia a nuestro tema de manera superficial, pero deja bien asentada una predicción que más parecería ser su sueño personal, al decir: “Algún día alguien con conocimiento escribirá un libro acerca de ello”, es decir del “gran fenómeno en el Caribe”. Y, en efecto, luego aparecerían aquellas obras que él vislumbró.⁷

Las obras escritas hacen evidente que la UFCo impactaba en la construcción de un mundo favorable, donde, según la propia compañía, no había mejor opción. Sus propietarios y funcionarios no veían, no deseaban ver, o incluso se oponían a que se viera una representación nociva de su presencia, por lo que intentaban bloquear toda aquella información, textual o visual, que dejara una visión de atraso provocado por su propia estructura.

Las imágenes en las que aparecen rasgos de atraso generalmente se insertan como resultado de circunstancias que nada tenían que ver con la *Yunai*.

Esta imagen de bonanza motivada por la bananera no solo se reflejaba en los escritos, sino también, por supuesto, en los vestigios visuales en los que se marcó el mismo deseo de difundir la existencia de una presencia benéfica en la zona. Corroborar tal situación se puede lograr al realizar una reflexión a partir de la lectura de algunas fuentes, en su mayoría icónicas. De esa manera podremos aproximarnos a una interpretación sobre la idea del Circuncaribe que construyó la empresa estadounidense.

Ahora bien, antes de iniciar el análisis de estas imágenes debo mencionar otro de los problemas que enfrenta el quehacer iconológico. Me refiero a los casos cuando se trabaja con series de imágenes que no siempre están completas, lo que impide lograr un valor interpretativo de mayor claridad. Una serie o colección completa permite contar con mayores elementos para explicar dónde se inserta la imagen en cuestión, y qué papel juega dentro del discurso visual enunciado.

Pero volviendo al caso de la UFCo, concretamente a la postal que lleva el título “Cutting Bananas”, debo decir que es la primera de una serie numerada de veinticinco tomas sobre el tópico, que por desgracia no tenemos completa. En ella, sin embargo, puede hacerse una lectura con los siguientes datos: la parte derecha de la imagen ocupa un lugar central, y en ella aparece una línea férrea. Aunque el hombre montado sobre el pequeño carro de hierro ocupa un lugar privilegiado en la imagen, es evidente que la intención del autor no fue darle mayor peso a esa figura. En cambio, el

⁷ Vid. nota 5.

hombre blanco que aparece a la izquierda, el que se aprecia pulcro en su vestuario y bien preparado para su contacto con la naturaleza *salvaje*, lo que se distingue por sus botas y su pistola a la cintura, es el que le da el balance al transporte. Ambos elementos, el hombre blanco y el transporte, son los que encuadran la intencionalidad de la postal: representar la garantía del desarrollo. Ambos, hombre blanco y transporte, son los que hacen posible que la banana pueda salir de aquella tierra y ofrecer sus grandes beneficios. El tendido ferroviario es expresión de la modernidad y de la entrada de aquellas regiones *salvajes* al contacto *civilizatorio*. En el caso concreto de la imagen se trata de Bocas del Toro, Panamá.

La contratación del Panama Studio Duckroll & V. Wedel, por parte de la UFCo, con el fin de capturar una imagen que hiciera patente esta actitud de *promoción del progreso*, prueba que se tenía plena conciencia de la importancia de justificar la penetración de capitales en las zonas de plantaciones.



La naturaleza agigantada, que da marco a los individuos, pareciera estar a la espera de la cosecha. Se sitúa como imagen que atestigua la necesidad del dólar para hacerla producir, para explotar los productos naturales mediante los cuales se supone se logrará la transformación regional. Los racimos de bananas pueden leerse como el pago que deberá realizarse por el progreso añorado.

La misma intención del discurso visual se encuentra en otros puntos geográficos de la región, como lo muestra la imagen jamaicana de la postal 66. Fruit on the platform, awaiting the receiver”.



La salida del banano parece justificar y ser garante de la modernidad representada por la vía del tren. La firma de los contratos entre la UFCo y los gobiernos del Caribe siempre incluían la promisoría presencia del ferrocarril, con la cual se consideraba asegurada la llegada del futuro ideal, expresado en la figura del liberalismo yanqui.

El Circuncaribe se representaba como una región dotada de un potencial que sólo podría ser explotado mediante el impacto de las propuestas de la transnacional estadounidense. Pero el ofrecimiento de progreso debía ser más que elocuente. Los nativos circuncaribeños debían sentir la seguridad ofrecida por el futuro promisorio. El orden, el crecimiento, los avances tecnológicos debían verse asentados en las nuevas tierras y, por lo mismo, era patente la necesidad de más imágenes impactantes e inobjektables. Así, en otras dos se aprecia el diálogo que existió entre la UFCo y sus receptores. Se trata de postales que captan escenas de Puerto Limón, en la costa atlántica “tica”.



En la primera aparece el comisariato de la UFCo. El encuadre de las construcciones de nueva cuenta destaca como eje de la toma. La urbanización marcada con la simetría en las calles es rasgo evidente. La electrificación de nuevo está allí, con dos hombres que trabajan en el tendido eléctrico, que se situará justo enfrente del comisariato. Pobladores de la ciudad, al parecer parte de esa oleada de inmigrantes jamaquinos que buscaron el cobijo de la *Mamita Yunai*, observan como mudos testigos la marcha modernizadora que se desarrolla, según el lenguaje de la corporación estadounidense, por influjo de su presencia. El hecho de que la toma capte justo el momento en que se trabaja en la instalación eléctrica al lado del comisariato y residencia de la UFCo no es inocente ni casual. Se intentaba reforzar la idea de que la presencia de la frutera llevaba, de manera paralela, el desarrollo de una infraestructura que las naciones del área tomaban como el inicio de la marcha ejemplificada por el despegue económico estadounidense.

La limpieza, la amplitud de la calle, la laboriosidad, son rasgos que se imponen en la imagen que el autor tomaba con toda una preparación anticipada, como lo muestra la pose que adoptan las personas que se aprecian en la imagen.

La otra imagen que se comentará lleva el título de “U. F Co Hospital Limón”.



En ella resalta la vegetación exuberante y la arquitectura adecuada para zonas cálidas, y con altos niveles de precipitación fluvial, lo que hace imprescindible la construcción con áreas de ventilación y con techos de dos aguas. Al centro se ubica una persona junto a un automóvil conducido por alguien, que no logra apreciarse del todo, pero de quien se ve su tenue silueta. El auto implica la presencia del transporte moderno que agiliza la llegada del paciente al hospital, beneficio social que se supone uno de los más importantes aspectos que garantizaría la presencia de los inversionistas estadounidenses en la zona. El orden nuevamente se representa de manera gráfica.

La distancia entre los árboles sembrados, la armoniosa construcción, así como el camino bien delimitado, hacen aparecer las semejanzas entre las imágenes anteriores. Un detalle que vale la pena resaltar es la presencia de un asta bandera solitario. La ausencia de algún icono que pendiera de él puede leerse como la intención de la UFCo de no lastimar los sentimientos nacionalistas al ver colgada de esa asta una bandera estadounidense, ya fuera la nacional o la de la UFCo, que al fin y al cabo sería una insignia foránea. En este caso no se aprecia ningún indicio de querer herir los principios de soberanía que algunos grupos intelectuales y políticos centroamericanos y caribeños denunciaban alterados. Pero lo cierto es que no siempre fue así, pues hubo ocasiones en que no había miramientos para enarbolar las insignias extranjeras, tal como se ha podido apreciar en imágenes de la UFCo en Panamá.



Es indudable que la existencia de una seguridad mayor alcanzada mediante el control que se ejercía en el istmo de Panamá explique esa diferencia en sus correspondientes imágenes.

Para concluir, deseo responder a una pregunta que se plantea al revisar esta presentación: ¿cuál es la trascendencia que pudo tener este tejido de imágenes? Y la respuesta es simple: su importancia fue brutal, ya que con base en ellas se hizo indiscutible la práctica de políticas internacionales en los ámbitos económicos y diplomáticos. Con base en ellas se justificaba casi cualquier medida que podía llegar al intervencionismo. ¿Qué mejor ejemplo que la Guatemala invadida en 1954? Con las imágenes progresistas se acallaba a la opinión pública que podría haberse manifestado en oposición a la existencia de un gobierno que solapaba acciones que atentaban contra la autonomía de otras naciones.

Definir al Caribe hace necesario acercarse a las distintas visiones que se han producido en torno a él, y en eso las imágenes ofrecen una contribución destacada, ya que como se ha visto las

imágenes permiten documentar, de manera peculiar, las formas en que se desarrolla un encuentro cultural y las apreciaciones que los miembros de determinadas culturas se forman sobre dicho encuentro.⁸

Las imágenes de la UFCo que aquí se han presentado no fueron hechas para la sociedad caribeña. Responden a una idea del Caribe que era *vendida* primordialmente a los visitantes occidentales. Son parte de una construcción imaginaria en la cual destaca la presencia de la alegoría, “representación simbólica de ideas abstractas por medio de figuras”.⁹

No es difícil sostener que las representaciones se explican como una respuesta a las necesidades de la política del expansionismo, pero también dan cuenta de la existencia de prejuicios raciales, ya que en ellas es notable la limitada presencia de pobladores regionales o de los trabajadores bananeros. Se trata, pues, de imágenes con evocaciones plenas de progreso y de modernidad. Quienes ordenaron su creación, así como sus productores, mantuvieron una intencionalidad al hacer las piezas, y es claro que poseen un objetivo definido: difundir registros de modernidad, “difundir una ilusión de progreso en beneficio del poder”.¹⁰ Se creía que con el impulso a las vías de comunicación se garantizaría el progreso y el desarrollo de la región, y este tipo de imágenes fueron utilizadas por los gobernantes y los políticos circuncaribeños como muestra de ese progreso en puerta. Eran ofrecidas como garantía al inversionista extranjero, al empresario liberal.

Los aspectos mencionados en este ejercicio no han sido atendidos de la manera que corresponde. Se deja de lado toda aquella riqueza contenida en los registros que en gran cantidad tienen relación con el Caribe. Es nueva la promoción de una lectura de íconos que contribuya al conocimiento histórico y, por desgracia, “Las imágenes, por pieza o por kilo, se agregan a las investigaciones [únicamente] como adorno o [bien como] una [fortuita] decisión editorial”.¹¹ En gran medida, la consulta y reproducción de materiales se hacen únicamente para ilustrar textos que se han escrito previamente, y en muchísimas ocasiones aún hasta sin que exista una conexión apropiada entre la palabra y la imagen.

Queda abierta la invitación a llevar una práctica de la lectura iconológica, y la respuesta manifestada mostrará el impacto que ella tiene en la redefinición de lo que entendemos como Circuncaribe.

⁸ P. Burke, *op cit.*, p. 175.

⁹ José Luis Juárez López, *Las litografías de Kart Nebel. Versión estética de la invasión norteamericana, 1846-1848*. México, Porrúa, 2004.

¹⁰ Cf. el interesante trabajo de Fernando Aguayo, dedicado al estudio de las imágenes sobre los ferrocarriles en México, en *Estampas ferrocarrileras*. México, Instituto José María Luis Mora, 2003, pp. 44-45.

¹¹ *Ibidem*, p. 16.

LITERATURA:

EL LENGUAJE LITERARIO Y SUS ALCANCES

Antonio Cornejo Polar: una política de la lectura

Françoise PERUS

En términos muy generales, se puede considerar que la labor intelectual de Antonio Cornejo Polar (1936-1997) acerca de la literatura latinoamericana se organiza en torno a dos ejes fundamentales, indisolublemente vinculados entre sí: en torno a una perspectiva teórica-crítica, que orienta la necesaria relectura de los textos; y en torno a una perspectiva historiográfica, que busca transformar nuestras relaciones con el legado de la tradición literaria hasta entonces establecida. Ambas perspectivas se inscriben a su vez en el marco de diversos proyectos —unos colectivos y otros no— que se gestaron alrededor de los años 70's, y que intentaban llevar a cabo una historia social de la literatura latinoamericana, con base en las particularidades de los procesos históricos de la región. En estos diversos proyectos, Cornejo Polar participó siempre de manera activa, aunque más bien colateral, por cuanto su atención y su propia labor de investigación se centraron primordialmente en la literatura del Perú.¹ Sin embargo, este empeño en centrar sus reflexiones en torno a la literatura, la cultura y la sociedad de su país le permitieron realizar una serie de aportes, conceptuales y concretos, que no sólo redundan en beneficio del conocimiento de la literatura de la nación andina, sino que sitúan estos mismos aportes en el centro de los debates actuales en torno a las literaturas y las culturas latinoamericanas.

Con esta observación acerca del ámbito predominantemente nacional de las investigaciones de Cornejo, no pretendo reactivar el debate —hasta cierto punto ocioso, o al menos bastante infructuoso— en torno a oposiciones supuestamente irreductibles entre lo nacional, lo regional y lo universal. En fin de cuentas, estas oposiciones remiten a perspectivas analíticas distintas, que definen lo que desde cada una de ellas se puede vislumbrar, aprehender y formalizar. Y, en el caso particular de Cornejo, estas oposiciones resultan tanto más improcedentes cuanto que su reflexión y sus formulaciones conceptuales nunca dejaron de inscribirse en las *encrucijadas* planteadas por estas diferentes perspectivas. Al recalcar el énfasis puesto por el crítico e historiador peruano en la literatura de su país —al que nunca concibió como encerrado en sí mismo sino como parte del mundo y abierto al mundo—, sólo quiero subrayar que esta deliberada ubicación del campo y el objeto de sus investigaciones en un espacio histórico-concreto favoreció la elaboración de una

¹ Respecto de la participación de Cornejo en todos estos proyectos, es preciso mencionar la fundación y publicación, por parte del crítico peruano, de la *Revista de crítica literaria latinoamericana*, que cumplió bajo su dirección —y sigue cumpliendo, ahora bajo la dirección de Raúl Bueno— un papel de primer orden en la gestación y la proyección de una crítica literaria propiamente latinoamericana (y latinoamericanista). De los proyectos colectivos emprendidos entonces, ha sido sin duda, y sigue siendo, uno de los más relevantes.

serie de propuestas sumamente rigurosas y complejas, aunque no por ello estáticas, ni desvinculadas de los horizontes más generales de la teoría y la crítica literaria contemporáneas. De hecho, las huellas de las principales corrientes teóricas y críticas vigentes, dentro y fuera de América Latina, durante la segunda mitad del siglo xx son muy numerosas en el pensamiento del crítico y teórico peruano. Formado en la tradición filológica y estilística, se abrió al examen de los planteamientos estructuralistas —en particular a los de Jacobson—, puso a prueba las teorías de la novela y el “realismo crítico” formuladas por Lukacs y Goldmann, se aproximó al dialogismo de Bajtín y sus proyecciones en el plano de la poética narrativa, y consideró también, en los últimos años de su vida, los caminos abiertos tanto por el pos-estructuralismo como por los “estudios culturales”. Sin embargo, todas las consideraciones de Cornejo respecto de estas diversas corrientes teóricas y conceptuales, y todas las apropiaciones que llevó a cabo, estuvieron siempre subordinadas al propósito central de releer y reorganizar el legado de la tradición literaria peruana a la luz del conflicto jamás resuelto, y muchas veces reelaborado o transfigurado, que confiere su sello particular a la sociedad y la cultura de la nación andina. No se trata tan sólo de las formas particulares que revistieron en esta área la Conquista y la Colonia, sino también de la supervivencia y el extraordinario vigor, hasta hoy, de la cultura quechua andina. Este sello particular —en mayor o menor grado compartido por otras naciones o regiones del área— es el que justifica las búsquedas y las investigaciones de Cornejo, y el que permite comprender su peculiar modo de concebir la labor historiográfica y el sistema de categorías analíticas que fue construyendo para la relectura de los textos literarios.

Una vez ubicada —en parte gracias a la lectura detenida de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de José Carlos Mariátegui—, la relación conflictiva entre las herencias española y quechua-andina como eje central de la problemática cultural y literaria por investigar, Cornejo definió su proyecto historiográfico, no con el afán de hacer un recuento exhaustivo de los textos que habrían de configurar la tradición literaria peruana, sino en función de la detección de las obras que mejor le permitieran poner de manifiesto las formas de elaboración literaria del conflicto mencionado. En realidad, la catalogación de los textos, su ordenamiento cronológico y su distribución por géneros, corrientes y movimientos —sobre el modelo de la historiografía positivista europea— ya había sido llevada a cabo, en particular por Luis Alberto Sánchez.² Y por otra parte, si bien *Las corrientes literarias en la América hispánica* de Pedro Henríquez Ureña³ representaba una forma de interpretación comprensiva de los procesos literarios latinoamericanos que no podía pasarse por alto, tenía el inconveniente de descansar en la hipótesis de la construcción progresiva de un “mestizaje” que pasaba por alto, o encubría, la manifiesta conflictividad del proceso y las muchas formas de su elaboración y transfiguración artísticas. Descartada la pretensión de exhaustividad y “objetividad” de la historiografía positivista, y puesta en duda la hipótesis de la confluencia más o menos lineal de los procesos de “mestizaje”, Cornejo emprendió una serie de búsquedas hasta cierto punto azarosas, cuyas orientaciones y movimientos pueden resultar desconcertantes, si es que no se consideran juntas sus condiciones y sus formas de trabajo. Las primeras guardan estrecha relación con la precariedad de las instituciones académicas en el Perú, que

² *La literatura peruana*, 5 vols. Ediciones de Ediventas, 1966.; *Nueva historia de la literatura americana*, Bs. Aires, Editorial Guaraní, 5ª. Ed. 1950; *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*, Madrid, Gredos, 1953.

³ México, Fondo de Cultura Económica, 1949.

llevaron a Cornejo a muchos exilios, temporales o definitivo: además de su propio país —en donde fue Rector de la Universidad de San Marcos— enseñó durante años en la Universidad Central de Venezuela, y en las universidades de Montpellier, Maryland, Pittsburg y Berkeley. A esta condición migrante, se sumaba también la “efervescencia teórica” de aquellos años, a la que Cornejo estuvo sin duda muy atento, y ante la cual fue también sumamente cauteloso y renuente a dejarse llevar por modas coyunturales. En este mismo marco, sus formas de trabajo eran las que rigen todo genuino proyecto de investigación: no la “aplicación” irreflexiva de marcos conceptuales preestablecidos, sino *la puesta a prueba meticulosa de instrumentos teóricos, considerados siempre en función de su mayor o menor adecuación al horizonte, los objetivos y los caminos inciertos de sus propias búsquedas*; y, por ende, una misma precaución con las nociones, conceptos y categorías que él mismo iba forjando y reformulando en el transcurso de sus investigaciones, a las que tampoco pretendió convertir en verdades acabadas.

Estas condiciones y formas de trabajo son las que se plasman en sus obras, cuyos constantes *movimientos de retorno* —hacia el pasado histórico y literario, por un lado, y sobre sus propios pasos analíticos y teórico-conceptuales, por el otro lado, aunque siempre de cara al presente— constituyen uno de los rasgos más sobresaliente. Partió del estudio y la edición crítica de un texto colonial del siglo XVI, el *Discurso en loor de la poesía*⁴, acerca del cual observa Juan Antonio Mazzotti:

... Cornejo desde entonces ya plantea un esbozo elemental de lo que más tarde constituiría un modelo de la sociedad peruana como totalidad contradictoria y como heterogeneidad básica de lenguas y culturas. Me refiero a la conciencia temprana de dos sistemas discursivos que corren paralelos a lo largo del periodo de dominación española: un sistema “culto”, epígono de los modelos metropolitanos más prestigiosos, y otro “popular”, que muchas veces penetra aquél aunque generalmente pasa desapercibido por la crítica literaria, la cual sólo admite como objeto de estudio el primero. Resulta falsa, así, la división entre una literatura popular y una culta concebida como una secuencia de momentos separados en el devenir discursivo. Si bien Cornejo Polar no se refiere en su *Estudio* a las formas populares indígenas, sino que siguiendo la tendencia general alude más bien a una literatura popular con raíces en el romancero, el chiste y la canción en español coloquial, es claro que su planteamiento apunta hacia la coexistencia de sistemas discursivos mayores.⁵

Este “esbozo elemental [...] de un modelo de la sociedad peruana como totalidad contradictoria y como heterogeneidad básica de lenguas y culturas” es sin duda el que vuelve a operar, ahora como hipótesis central, en la segunda gran investigación de Cornejo acerca de *Los universos narrativos de José María Arguedas*.⁶ En ésta —que coloca de pronto la reflexión del crítico en pleno siglo XX—, la heterogeneidad conflictiva de la sociedad y la cultura peruanas se precisa gracias a los esfuerzos —en más de un sentido sumamente desgarradores— del propio Arguedas por aprehender y formalizar la multiplicidad de tensiones y conflictos de todo orden, que caracterizan la sociedad

⁴ Premio Nacional “Manuel González Prada”, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1964.

⁵ José Antonio Mazzotti, “Heterogeneidad cultural y estudios coloniales: la prefiguración y la práctica de una ruptura epistémica”; en *Antonio Cornejo Polar y los Estudios Latinoamericanos*, Friedhelm Schmidt-Welle ed., Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Serie Críticas, Pittsburg, 2002; p. 40.

⁶ Editorial Losada, Bs. Aires, 1973.

peruana y moldean de muy diversa manera la conducta y la sicología de “serranos” y “costeños”, y las de quienes migran de una región a otra, y en particular de la sierra a la costa. Estos mismos esfuerzos contribuyen a su vez a destacar, para Cornejo, la presencia de las “formas indígenas”, que se revelan entonces como un “sistema cultural” activo y poderoso, acaso más relevante que el “sistema popular” antes vislumbrado. Con todo, los análisis de Cornejo en esta segunda obra siguen conjugando abordajes temáticos y estilísticos, que mirados superficialmente podrían pasar por más o menos “tradicionales”. Sin embargo, esta factura no ha de ocultar la importancia de estos mismos análisis para la comprensión de los posteriores derroteros de la reflexión y las elaboraciones teórico-conceptuales de su autor. En efecto, es *en* y *con* Arguedas, y a partir del estudio reflexivo de su obra, que las hipótesis y los conceptos básicos de Cornejo habrán de cobrar cuerpo y validez.

La noción de totalidad heterogénea y contradictoria —o “conflictiva” según las distintas formulaciones del crítico peruano— no constituye para él un *a priori* teórico: intuición primero, hipótesis de trabajo luego, esta categoría central traduce, de modo sin duda provisional, una *problemática compleja*, que atañe tanto a la realidad aprehendida como a los modos de su construcción, por Arguedas primero, y por Cornejo después. En esta formulación, la “totalidad” sintetiza, al menos en un primer momento de la reflexión, lo que apareció en el transcurso de la investigación acerca de la narrativa de Arguedas: en primer lugar, la paulatina ampliación de las indagaciones del narrador peruano acerca de aquella conflictividad ubicua y multiforme a ámbitos cada vez más vastos —desde la aldea serrana y su sistema de haciendas, hasta la costa y su inserción en una economía transnacionalizada—; y, luego, aparejado con este primer movimiento expansivo, el de la exploración en profundidad, cada vez más precisa y compleja, de las tensiones de toda índole que acompañan las violentas transformaciones de una sociedad en muchos sentidos escindida desde la Colonia, y escasamente sedimentada pese a sus casi dos siglos de vida republicana. La “totalidad” se refiere así, y en primera instancia, a la amplitud y profundidad de los análisis de Arguedas, para quien lo heterogéneo y conflictivo de los sistemas de referencias, no sólo lingüísticas o étnicas sino también de normas y valores socio-culturales, eran primordiales: abarcar en toda su extensión y profundidad esta conflictividad ubicua y multiforme constituía la materia misma de sus desvelos vitales y artísticos. Rastrearla y ponerla de manifiesto en sus muy diversos planos interrelacionados constituye a su vez el objeto de los análisis temáticos y estilísticos de Cornejo.

Sin embargo, y por sobre estas “descripciones” primeras, la “totalidad heterogénea y conflictiva”, que empieza a precisarse en la reflexión de Cornejo, expresa también el momento de la síntesis y la abstracción conceptual: la indisoluble unión de los elementos y los sistemas que la constituyen, *junto con* las múltiples formas de sus relaciones, *tanto objetivas como subjetivas*. Configura así un *núcleo problemático* que, antes que autorizar deducciones apriorísticas y abstractas, abre paso por nuevos derroteros y hacia otras investigaciones: hacia la exploración del movimiento indigenista peruano en su conjunto, y para una serie de vueltas sobre sus raíces históricas y culturales.⁷ Esta precisión acerca de la categoría central de Cornejo resulta tanto más relevante cuanto que, en la actualidad y en gran parte de los llamados estudios culturales, la heterogeneidad suele equipararse con una diversidad definida de manera laxa, y las más de las veces a partir de rasgos diferen-

⁷ *La novela peruana: siete estudios*, Lima, Horizonte, 1977; *Literatura y sociedad en el Perú: la novela indigenista*, Lima, Lasontay, 1980.

ciales entre elementos aislados y considerados de forma abstracta, al margen de los procesos histórico-concretos que los van significando —o no— como “heterogéneos” y “conflictivos” *en sus relaciones mutuas*. Ni la heterogeneidad de Cornejo es equiparable a la diversidad hoy en boga, ni la conflictividad se reduce para él a una mera cuestión de oposición formal entre elementos o rasgos distintivos.

Pero estas precisiones permiten también deslindar la totalidad cornejiana de la “totalidad social”, tal y como aparece en algunas versiones del marxismo de la época. Ciertamente, tanto Arguedas como Cornejo consideran los elementos y los sistemas en contienda en relación con su *materialidad concreta*; esto es, en relación con los espacios-tiempos y con los sectores sociales cuyas representaciones y comportamientos contribuyen a moldear. Pero, en esta aprehensión de la materialidad concreta —que comprende *juntos lo objetivo y lo subjetivo dentro de su formalización artística*, lo que la heterogeneidad y la conflictividad ponen de manifiesto es justamente el doble carácter de los elementos y los sistemas en contienda: por un lado, la fuerza del anclaje social de los sistemas, y su marcada resistencia al cambio; y, por el otro lado, la no menos marcada tendencia a la inestabilidad y la movilidad de muchos de los elementos, que circulan o migran de un espacio-tiempo a otro, y de un estrato social a otro, pese a las profundas escisiones y las múltiples trabas en los contactos sociales y verbales entre ellos. Este doble movimiento de movilidad de los elementos y de resistencia de los sistemas, y sus constantes reconfiguraciones en espacios-tiempos variables y prácticas diversas, obliga así a considerar unos y otros en sus discontinuidades y sus movimientos propios, y en función de las formas artísticas concretas en cuyo marco se van elaborando. Vale decir, apegándose a la *démarche* del propio Arguedas, y buscando traducirla en los muy diversos planos del análisis. La “totalidad” contempla así la necesidad de considerar la obra del autor en su conjunto y en sus muy diversos movimientos —los de retorno inclusive—, así como la de aprehender cada una de las obras en tanto *búsqueda de una solución artística* a la heterogeneidad y conflictividad de los elementos y los sistemas lingüísticos y socio-culturales que pugnan en su interior.⁸

A partir de esta experiencia de investigación, sin duda decisiva, se abren los dos caminos de reflexión emprendidos por Cornejo: el de la reflexión en torno de las formas artísticas, y el de las posibilidades de reconfiguración y transmisión de la tradición literaria. Aunque aparentemente divergentes entre sí, para el crítico peruano estos dos caminos son en realidad indisociables, como lo demuestra su último libro *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*.⁹ Por su forma y su contenido, este libro merecería sin duda un estudio aparte, imposible de llevar a cabo en el marco de este breve ensayo. Por lo mismo, me limitaré por ahora a señalar los principales derroteros de la reflexión de Cornejo, a partir de su lectura de Arguedas y de la narrativa indigenista.

⁸ Ver al respecto: “Para una interpretación de la novela indigenista”, *Casa de las Américas*, 18/ 100 (1977), pp.40-48; “El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural”, *Revista de Crítica Literaria latinoamericana* 4 / 7-8 (1978), pp. 7-21; “La literatura peruana: totalidad contradictoria”, *Revista de Crítica literaria latinoamericana* 9 / 18 (1983), pp. 37-50 “Los sistemas literarios como categorías históricas: elementos para una discusión latinoamericana”, *Revista de Crítica Literaria latinoamericana* 15 / 29 (1989), pp. 19-24; “Heterogeneidad y contradicción en la literatura andina (Tres incidentes en la contienda entre oralidad y escritura)”, *Nuevo Texto Crítico* 5 / 9-10 (1992) pp. 103-111.

⁹ Lima, Latinoamericana Editores / CELACP, 2ª. Ed. 2003.

El primero de estos derroteros atañe al problema de la forma artística, y más concretamente a las formas narrativas, que desemboca en lo que el crítico caracterizó como las “literaturas heterogéneas”. Más allá de lo que concibió inicialmente como sistematizaciones temáticas y estilísticas, la lectura de la obra de Arguedas le planteó a Cornejo una problemática hasta cierto punto inesperada: la de las relaciones que mantenía la narrativa del escritor peruano con el género novelesco. Y ello por cuanto el tránsito del cuento a la novela —ligado a la ampliación y la profundización del ámbito y la complejidad de los conflictos narrados—, por un lado, y las formas narrativas empleadas para tal efecto, por el otro lado, ponían de manifiesto una serie de pugnas con las formas del género novelesco heredadas de la tradición europea, y en particular con las del realismo psicológico y crítico, generalmente asociados con el carácter “urbano” y “moderno” del género novelesco: la construcción de las tramas, las formas de los personajes, la concepción de la estructura compositiva y el lugar y papel del narrador —aspectos todos éstos sumamente variados y cada vez más complejos a medida que se amplían y profundizan los análisis de Arguedas— ostentan, en las diversas obras de éste, marcadas diferencias respecto de las “propiedades” de aquel género, que con todo Arguedas mostraba tener en mente. Con el objeto de desentrañar y conceptualizar este conflicto de forma, Cornejo acudió conjuntamente a dos sistemas conceptuales: a la “teoría del género”, tal y como venía entonces elaborada por Hegel¹⁰, Lukacs¹¹ y Goldmann¹² quienes entendían la novela como desprendimiento y “degradación” de la épica; y al esquema comunicacional de Jakobson,¹³ en términos de correlación entre emisor, receptor, código, referente y mensaje. Mientras la “teoría de la novela” le permitió precisar los diversos aspectos de las formas narrativas arguedianas por contraste con sus homólogas europeas, el esquema jakobsoniano le proporcionó un marco para ubicar estas peculiaridades del “mensaje” arguediano en torno a la conflictividad de “códigos” y “referentes”. En efecto, el vigor y la complejidad del referente indígena, de su conjunción de formas líricas y narrativas propias, impiden considerarlo tan sólo como el ámbito denotado, y aprehendido o “reflejado” mediante códigos ajenos: por tratarse de un ámbito social y cultural activo y vigoroso, sus propios códigos culturales entran en pugna con los de la cultura interpretante, convirtiendo de esta manera al mensaje en el “lugar” de una multiplicidad de tensiones, en busca de la forma artística que pudiera organizarlas.

Inicialmente ubicada en el plano de la forma artística del mensaje, esta problemática llevó a Cornejo a una primera definición de las “literaturas heterogéneas” como aquellas en las que una al menos de las instancias de la comunicación artística es ajena al ámbito socio-cultural al que pertenecen las demás. Muestra de ellas sería la novela indigenista, cuyo sujeto emisor, generalmente urbano y heredero de la tradición literaria europea, busca desentrañar —para un lector de características semejantes— el referente indígena a la luz de formas artísticas y culturales que le son ajenas, y entran en conflicto con las de este mismo referente. En esto, observa Cornejo, la novela indigenista no procedería de manera distinta a las Crónicas del Descubrimiento y la Conquista, enfrentadas a

¹⁰ G. W. F. Hegel, *Estética*, Barcelona, Editorial Alfa Fulla, 1988. T. II, 3ª. Sección, “De las artes románticas”, p. 370-397.

¹¹ Georges Lukacs, *La teoría de la novela*, Barcelona, Grijalbo, 1970.

¹² Lucien Goldmann, *Para una sociología de la novela*, Madrid, Ciencia Nueva, 1967.

¹³ Roman Jakobson, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975, y *Questions de poétique*, Paris, Seuil, 1973.

la necesidad de “traducir”, para un destinatario metropolitano, realidades tanto naturales como socio-culturales totalmente desconocidas para él. Ciertamente, entre la novela indigenista y las Crónicas del siglo xvi, las diferencias ideológicas son muchas. Sin embargo, la semejanza detectada entre sus respectivas condiciones históricas y culturales de “producción”, le permitieron a Cornejo poner de relieve la permanencia, o la continuidad, de un mismo núcleo problemático, que estuviera atravesando gran parte de la narrativa peruana —si es que no también latinoamericana—, y que convertiría así a las Crónicas del xvi en el “género” o la “forma”, a partir de cuyas propiedades —y potencialidades— se estuviera desarrollando esta misma narrativa: en ésta, se hallaría inscrita, de manera implícita o no, una “matriz” consistente en el entrecruzamiento de culturas interpretantes y culturas interpretadas, cuya heterogeneidad y conflictividad podría entenderse también como la “memoria del género”, con base en la cual —según Bajtín— suelen descansar las búsquedas formales —ni lineales, ni homogéneas ni progresivas— de toda literatura. La presencia de esta matriz, muchas veces reelaborada y transfigurada, sería a su vez la que permitiría hablar de una “tradición”, peruana o latinoamericana. Pero lejos de entenderse como prescripción de normas preestablecidas o prestigiosas, dicha tradición —en buena medida aún por construir— remitiría a la exploración de las diversas búsquedas ligadas a las potencialidades de la matriz de base, de sus desplazamientos y sus múltiples transfiguraciones, aprehendidos históricamente y en sus relaciones textuales mutuas. En esta perspectiva, la “tradición” —que en este caso no es propiamente “nacional”, sino que consiste en la permanente recreación de los conflictos entre culturas interpretantes e interpretadas— deja de ser un lastre o un depósito muerto, para convertir la distancia que nos separa del pasado —de lo “otro” y de los “otros”— en un principio activo, y generador de sentidos siempre renovados. Las “vueltas” de Cornejo sobre el Inca Gracilaso, Guamán Poma de Ayala o el “Diálogo de Cajamarca”¹⁴ y el rastreo de sus prolongaciones y reinterpretaciones en la narrativa peruana del Siglo xx, plasmadas todas ellas en los diversos estudios que componen *Escribir en el aire*, dan buena cuenta de las posibilidades abiertas por esta otra manera de entender la tradición, y de imaginar a partir de ella otras formas de organización y transmisión de nuestros legados literarios.

La confluencia en las investigaciones de Cornejo de lo que concibió en su momento como “literaturas heterogéneas”, por un lado, y de sus vueltas sobre textos coloniales y su redefinición de la tradición, por el otro, lo llevaron a considerar que, en el esquema comunicacional de Jakobson, el mensaje y su forma no eran en realidad el único “lugar” de los conflictos entre códigos y referentes. Una mirada —y un oído— más atentos a los textos analizados, lo convencieron de que tanto el sujeto emisor y la imagen del destinatario que éste construye, como el lector real que busca penetrarse con textos formalmente heterogéneos y conflictivos, no podían concebirse como entes homogéneos y estables. En tanto sujetos de escritura y de lectura, ellos mismos tienden a configurarse como sujetos relativamente inestables y a traspasar, en un sentido y en otro, las fronteras trazadas por la heterogeneidad y la conflictividad de los elementos y los códigos en pugna dentro del mensaje que los organiza. En otras palabras, el carácter dinámico —y vivo— del proceso de comunicación artística no descansa en las solas “propiedades” del texto, sino en todas y cada una de las

¹⁴ “El comienzo de la heterogeneidad en las literaturas andinas: voz y letra en el ‘Diálogo de Cajamarca’”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 17 / 33 (1991), pp. 155-207; “El discurso de la armonía imposible. El Inca Gracilaso: discurso y recepción social”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 19 / 38 (1993), pp. 73-80.

instancias del proceso de “producción” y “recepción” de la obra. De esta reformulación, sin duda relevante, de lo que ha de entenderse por “literaturas heterogéneas”, Cornejo desprenderá más adelante otra noción compleja —la de “sujeto migrante”—, cuyos rasgos e implicaciones analíticas no podemos desarrollar ahora, por falta de espacio.¹⁵ Por su relación con el sujeto “descentrado” del pos-estructuralismo, por un lado, y con el “dialogismo” bajtiniano y las formas compositivas que de él se derivan, por el otro lado, esta nueva concepción del sujeto de enunciación como “sujeto migrante” se inscribe en una serie de debates actuales, demasiado amplios y complejos para ser tratados aquí.

Las investigaciones de Antonio Cornejo Polar y las formulaciones teórico-conceptuales a las que dieron lugar representan sin duda aportes relevantes para la comprensión y la explicación de los textos y los procesos literarios del Perú y del subcontinente americano, marcados hasta hoy por una indeleble herencia colonial. Plantea asimismo posibilidades sumamente novedosas de organizar y transmitir este legado, tanto más relevantes cuanto que los procesos de descolonización de la segunda mitad del siglo xx —a los que América Latina se adelantó por más de un siglo—, y las pugnas entre las potencias hegemónicas por atraer en su órbita cultural a las áreas recién independizadas, han reabierto la problemática inherente a estas herencias compartidas. Sin embargo, los estudios culturales, poscoloniales y subalternos actúan hoy en otro marco, caracterizado ante todo por una poderosa tendencia a la mercantilización de la cultura que, además de simplificar las oposiciones entre “Occidente” y las culturas vernáculos, suele también convertir a éstas en remanentes folklóricos, por más que se les revista de un valor de “autenticidad”. Con todo, la discusión y la oposición entre lo “universal” y lo “local” o lo “vernáculo” no son nuevas, y tienen más de un antecedente en la crítica literaria y cultural latinoamericana. Entre éstos, la propuesta de Cornejo, que *centra* la problemática en torno a las posibilidades e imposibilidades del diálogo —sin duda tenso y conflictivo, y constantemente retomado bajo formas renovadas— entre tradiciones propias y tradiciones “ajenas” (metropolitanas o no) desde la época colonial, abre a nuestro juicio la posibilidad de otras configuraciones y otras formas de transmisión de estos legados. Pero al concebir éstos como el lugar de un núcleo que no ha dejado de problematizar este doble diálogo con tradiciones propias y ajenas, abre también y sobre todo, perspectivas conceptuales destinadas a dejar atrás la supuesta condición “periférica” de la literatura latinoamericana y su llamado a “alcanzar” una “universalidad” no menos supuesta, y arbitrariamente colocada fuera de ella. Por esta vía, la crítica latinoamericana —no sin sus propios debates conceptuales internos, en gran medida por reconstruir— podría asumirse también, y con pleno derecho, como parte integrante de los debates internacionales que tienen lugar hoy en el seno de la teoría literaria y cultural.

¹⁵ “Sobre el sujeto heterogéneo: análisis de dos fragmentos de *Los ríos profundos* de José María Arguedas”; *Escritura* 18 / 35-36 (1993), pp. 5-18; “Condición migrante e intertextualidad multicultural: el caso de Arguedas”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 21 / 42 (1995); “Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno”, *Revista Iberoamericana* 52, 176-177 (1996); pp. 837-844.

El libro: un símbolo en José Martí

Ignacio DÍAZ RUIZ

La vocación intelectual y humanística de José Martí, documentada plenamente en un vastísimo conjunto de crónicas y artículos periodísticos, da cuenta de su atenta y crítica reflexión social. Desde su envidiable mirador neoyorkino observa a Estados Unidos, y escribe con ello un gran diorama finisecular:¹ una espectacular serie de vistas de aquel país. Ensayos de naturaleza heterogénea, miscelánea; consideraciones sobre la vida común y corriente, sobre los varios sucesos ocurridos en aquel espacio social.

Con singulares símiles explica sus tareas periodísticas: “Poner los acontecimientos de estos días en una correspondencia de periódico es como recoger la lava de un volcán en una taza de café”.² Este atento y sagaz cronista conforma así un testimonio singular y vario sobre el acontecer diario: Entre su inmensa diversidad, por ejemplo, aparece un artículo sorprendente aún en sus sorpresas: “El gimnasio en la casa”. En él Martí dice: “en estos tiempos de ansiedad de espíritu urge fortalecer el cuerpo”.³ En conjunto su actitud como cronista puede ser entendida con una doble y bien definida intención: informar sobre los espacios narrados —Nueva York y Estados Unidos— y, al mismo tiempo, hacerlo desde una estrategia imaginaria de los lugares propios y originarios: “*Las escenas norteamericanas* de Martí [...] Ese voluminoso conjunto de crónicas configura una notable reflexión, no sólo sobre múltiples aspectos de la vida diaria en una sociedad capitalista avanzada, sino también sobre el lugar del que escribe —el intelectual latinoamericano— ante la modernidad”.⁴

Ivan A. Schulman, uno de los más autorizados críticos de la obra martiana, a propósito de esta estadía, explica:

Martí fue el cronista hispanoamericano mejor informado sobre la vida y la cultura de los Estados Unidos de los últimos decenios del siglo XIX. [...] Entre 1880-1895 vivió y trabajó en la ciudad de Nueva York, viajó a otras ciudades de la costa este del país, sobre todo a las de la Florida; leía y

¹ Cf. Rubén Darío, “José Martí”, *Los raros*. Pres. de Christopher Domínguez. México, UAM, 1985.

² José Martí, *Nuevas cartas de Nueva Cork*. Invest., introd. e índice de Ernesto Mejía Sánchez. México, Siglo XXI, 1980, p. 30.

³ José Martí, *Diarios*. Pról. de Guillermo Cabrera Infante. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997, p. 12.

⁴ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México, FCE, 1989, p. 15.

escribía en inglés; y en los quince años de su residencia norteamericana adquirió un conocimiento envidiable de las costumbres, la idiosincrasia, la política, la tecnología, las artes plásticas, la música y la literatura de los Estados Unidos.⁵

El cronista informa de todo, nada le es ajeno. “Con notable intensidad intelectual, Martí escribía sobre prácticamente cualquier aspecto de la cotidianeidad capitalista en Estados Unidos”.⁶ En este sentido, su compatriota Cabrera Infante elabora un singular perfil que lo muestra en su plenitud de intelectual y periodista moderno:

Martí fue todo lo que puede ser un escritor profesional y mago: corresponsal y columnista sudamericano en USA y columnista americano, escribiendo su espléndido español y su pobre inglés, y aún cuando escribía en español, por apremio económico, tenía a veces que convertirse en *back* y hasta cometer ese pecado que es una virtud del periodista: hablar de lo que no sabe.⁷

Por otro lado, en estricta concordancia con su labor como intelectual, escritor y cronista finisecular, para quien las ideas, los juicios, el pensamiento, la reflexión, el conocimiento, la historia, la ciencia, y todo el saber del hombre tienen un valor hegemónico (“Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra”, afirma en “Nuestra América”), Martí expresa una notable identificación con las labores de la imprenta, una entrañable afinidad con el trabajo editorial y un alto reconocimiento a las varias versiones de lo publicado.

Mediante la letra expresa y comunica su percepción y comprensión del mundo. Reconoce un principio de autoridad y de prestigio en el escritor y en el documento impreso: periódico, revista o libro. En el uso de la palabra, precisamente de la expresión escrita, encuentra no solo su *modus vivendi*, sino también su *modus operandi*: su razón de ser. “Mis instrumentos —dice Martí— que son mi lengua y mi pluma”,⁸ definen y representan las herramientas y la esencia del hombre de letras e ideas que él encarna, cuya vocación intelectual se completa y complementa con su praxis política y con su militancia.

Paralela a esa vocación de escritor, de hombre letrado e intelectual moderno, manifiesta firmemente una inclinación y gusto por las labores editoriales. Sin duda, sobre el periódico y la revista, Martí reconoce en el libro la mejor y más alta expresión intelectual del siglo XIX. Idea, pensamiento, juicio, reflexión, escritura e impreso conforman para él la rigurosa secuencia del proceso y la elaboración intelectual que culmina en el libro como objeto y como la expresión más decantada y última del pensamiento.

Por ello, desde su perspectiva, el trabajo de edición es la forma más noble y digna de encomio del quehacer humano, la tarea de mayor mérito por su contribución al mejoramiento y bienestar de

⁵ Ivan A. Schulman, *El proyecto inconcluso: la vigencia del modernismo*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas / Siglo XXI, 2002, p. 53.

⁶ Julio Ramos, *op. cit.*, p. 113.

⁷ Guillermo Cabrera Infante, *op. cit.*, p. 14.

⁸ J. Martí, *Correspondencia a Manuel Mercado*. México, Centro de Estudios Martianos / DGE Ediciones, 2001, p. 163.

la humanidad: “De todos los oficios, prefiero el de la imprenta, porque es el que más ha ayudado a la dignidad del hombre”.⁹

En el horizonte martiano, el libro constituye un objeto de innegable valor y calidad. En este material deposita una extraordinaria y excepcional fe. Su formación, conocimiento y experiencia encuentran en la tarea del editor su más idónea plenitud y realización; la posibilidad de llevar a cabo una empresa de la naturaleza le causa un gran entusiasmo: “Pero ni aún viniendo a pensar en esto, puede dejar de serme la idea [de instituir una editorial de libros hispanoamericanos en Nueva York] gratísima. Para esto estoy hecho, ya que la acción en campos más vasta no me es dada. Para esto estoy preparado. En esto tengo fuerza, originalidad y práctica. Ese es mi camino. Tengo fe y gozo en eso”.¹⁰

Un proyecto central e ideal en las acciones de Martí justamente se relaciona con el establecimiento de una editorial: “me siento capaz de levantar en este hermoso ramo una empresa benéfica y productiva”.¹¹ Alrededor de estas nobles tareas, define su mejor realización como intelectual, escritor, educador y, en consecuencia, como hombre de bien y de provecho. De ahí, en parte, sus relaciones y vínculos con el mundo de las publicaciones, y su excepcional reconocimiento y culto al libro: “tengo el pensamiento de hacerme editor de libros baratos y útiles, de educación y materias que la ayuden, cuyos libros puedan hacerse aquí [en Nueva York] en armonía con la naturaleza y necesidades de nuestros pueblos, y economía de quien trabaja en lo propio, y venderse en México principalmente, con un margen escasísimo de provecho”.¹²

Otras expresiones de esa misma inquietud se revelan, por ejemplo, al fundar en Caracas la *Revista Venezolana*. En una nota incluida en el segundo número de la publicación comenta: “La edición es elegante y esmerada, y publica el mérito de las prensas que la han dado a luz”.¹³ En este mismo sentido, su otra gran empresa como editor es *La Edad de Oro. Publicación Mensual de Recreo e Instrucción dedicada a los Niños de América*, que apareció de julio a octubre de 1889. En una circular que “sirvió de heraldo a la publicación”, Martí —autor, traductor o adaptador responsable de todo lo incluido en este periódico— expone una serie de precisiones y referencias que revelan su notable aproximación al trabajo técnico editorial: “Y el número será impreso con gran cuidado y calidad, de modo que el periódico convide al niño a leerlo, y le dé ejemplo vivo de limpieza, orden y arte. [...] El número constará de 32 páginas de dos columnas, de fina tipografía y excelente papel, con numerosas láminas y viñetas [...]”.¹⁴ En efecto, estas publicaciones periódicas constituyen dos aventuras, ciertamente efímeras, la primera con dos números y la segunda con cuatro, que corroboran, en parte, su cumplida y decidida vocación por las tareas de edición.

Martí escribió en el periódico *La América* de Nueva York un singular y deslumbrante artículo: “Libros americanos” (Plática de libros. —Cómo se imprime un libro en los Estados Unidos),¹⁵

⁹ J. Martí, *Obra y vida. Poesía, Revista Ilustrada de Información Poética*, núm. 42. Madrid, Siruela, 1995, p. 118; cf. OC, XXII, 252.

¹⁰ J. Martí, *Correspondencia a Manuel Mercado*, op. cit., p. 162.

¹¹ *Ibidem*, p. 161.

¹² *Idem*.

¹³ *Revista Venezolana*. Caracas, 15 de julio, 1881.

¹⁴ J. Martí, *La edad de oro*. Ed. crítica de Roberto Fernández Retamar. México, FCE, 1992, p. 10.

¹⁵ J. Martí, “Libros americanos”, en *Obras completas*, vol. XIII, *En los Estados Unidos*. La Habana, Ciencias Sociales, 1975, pp. 419-425. Las referencias a esta crónica se indicarán únicamente con el número correspondiente a la página.

publicado en noviembre de 1883, donde describe minuciosamente el proceso para producir y elaborar el libro en esa nación.

Una forma complementaria para aquilatar esta crónica se logra al inquirir sobre su objetivo y al establecer su contexto. Parte de esa respuesta se encuentra en la calidad y orientación del periódico donde apareció, publicación de la que Julio Ramos, otro estudioso de Martí, afirma:

En función de las estrategias del intermediario-traductor también podemos leer el trabajo de Martí para el periódico *La América*, entre 1883 y 1884. *La América*, según confirma la variedad de las contribuciones martianas, se publica en Nueva York para la comunidad hispana, pero también constituía un proyecto comercial más amplio. Circulaba en varios países latinoamericanos, donde servía de vitrina de los adelantos más recientes de la tecnología norteamericana, y de *liason* general en una red de exportación/importación. Esto lo podemos comprobar, por ejemplo, en los anuncios más variados y a veces extraños artefactos que redactó Martí para el periódico. Era previsible que Martí no durara mucho en esas funciones: en 1884 tuvo conflictos con los editores y nuevamente se dedicó a buscar alternativas.¹⁶

En este comentario aparecen varias claves para interpretar la crónica en cuestión: la actividad de mediación de Martí, su papel de intérprete o traductor de aquella gran urbe para el lector hispanoamericano; el tipo y caracterización del público de ese periódico (la comunidad hispana de Nueva York, los posibles lectores de América Latina, y el aspecto esencialmente comercial que identificó a esta publicación. Dicho de otra manera, Martí escribe también para un periódico de carácter comercial destinado al mercado hispano. Esta crónica sobre los “Libros americanos”, constituye un elocuente ejemplo.

En consecuencia, el artículo mencionado sugiere y permite varios niveles de lectura. El más evidente y elemental es el de dar a conocer al mercado y al público la producción editorial de Estados Unidos, producción envidiable y de primer orden. Ahí, sin duda, de entrada, se constata su enfática y reconocida admiración por el trabajo, la diligencia, la visión, la enorme tenacidad de la nación estadounidense. En gran medida, sus crónicas revelan y exaltan fuertes contradicciones: su deslumbramiento y admiración por aquella nueva sociedad anglosajona:

Nunca sentí sorpresa en ningún país del mundo que visité. Aquí quedé sorprendido. A mi llegada, en uno de estos días de verano, cuando las caras de los apresurados hombres de negocios eran a la vez fuentes y volcanes: [...] ningún hombre estaba quieto, me detuve, miré respetuosamente a este pueblo, y dije adiós para siempre a aquella perezosa vida y poética inutilidad de nuestros países europeos. [...] ¿Qué más puedo decir a la primera mirada? [...] esta vida enfebrecida; este asombroso movimiento; este espléndido pueblo enfermo, de un lado maravillosamente extendido, del otro —el de los placeres intelectuales— pueril y pobre.¹⁷

Reconocimiento y aprecio, desdén y reprobación; en fin, ideas contrapuestas que aparecen a lo largo de sus escritos sobre Estados Unidos. Sin embargo, en esta crónica temprana y de orien-

¹⁶ Julio Ramos, *op. cit.*, p. 89.

¹⁷ J. Martí, *Obra y vida*, *op. cit.*, p. 103; cf. *op. cit.*, p. 109.

tación comercial, escrita quizás por encargo, sus disidencias no tienen lugar ni son motivo de mención alguna.

En ese sentido, el inicio del artículo confirma abiertamente la entrañable identificación de Martí con la tradición cultural anglosajona y la lengua inglesa. Sus ensayos sobre Whitman, Emerson, Edison, Wilde, Darwin, Longfellow, Byron, entre otros, conforman un fidedigno testimonio de esa relación con una modernidad cultural distinta a la francesa que, en términos generales, imperaba en la sociedad y la cultura de Hispanoamérica. Este ensayo sobre los libros constituye en efecto una muestra del asombro de un periodista por la hazaña editorial de ese país. Valiosas consideraciones y aprecio son los ingredientes que definen todo el tono del texto. Su autor, un cubano en el exilio, un intelectual con un enorme conocimiento y vocación por América Latina, exalta la producción del libro, reconocida y ponderada como una acción civilizadora que enaltece y dignifica a aquella promisoría nación.

El texto en cuestión se inicia con una entusiasta introducción sobre los libros en Estados Unidos: “nítidos, hermosos, convidadores”. Junto al elogio aparece una inmediata y muy sutil crítica: “escasos de márgenes”, a pesar de la cual Martí pasa a equiparlos y luego a asemejarlos al libro realizado en Barcelona, con lo que les otorga una valía universal. De tal suerte que en la consideración del cronista, ese desacierto se convierte en una virtud: libros que por tener poco margen, justifica Martí, “suelen parecer más cargados de letra, y como si pesasen más de lo ordinario por las ideas que llevan dentro”. (p. 419)

A pesar de la explicación y singular justificación, en esta misma crónica regresa al asunto del margen y destaca la importancia de una edición bien perfilada y atendida formalmente: “porque como ayuda a la natural hermosura de la mujer un adecuado aliño, y a un lienzo bueno de pintor un marco, así las verdades resaltan más, y la belleza de lo escrito cuando se le lee en páginas puras, nítidas y marginosas”. Y en una compendiada frase, consciente de su neologismo, incluye ahí mismo su oportuna definición: “marginosas, abundantes en margen”. (p. 424)

Mediante una estrategia de oposición y contrastes, hace referencia a dos ámbitos geográficos y culturales: Europa, con Barcelona y Bolonia como centros editoriales; en contraparte: América, con Estados Unidos y, en primer término, Nueva York, como productor de libro. Así, Martí confronta a los dos continentes. Destaca primero la superioridad de la producción italiana, y como ejemplo cita a Carducci, Daudet, Flaubert y Musset. De este conjunto europeo, además de mencionar las calidades y atributos estéticos de su literatura, pondera particularmente la belleza física de los ejemplares; la hermosura de su aspecto material; las ediciones en su expresión tangible y concreta: “joyas de librería”, resume el cubano.

En el polo opuesto, de nueva cuenta, del libro de Estados Unidos escribe: “no dan las prensas de país alguno tanto libro sólido, claro y perfecto”. (p. 419) En consecuencia, frente al excepcional buen aspecto, cuidado y refinamiento de las ediciones europeas, destaca la abundancia de los libros estadounidenses. El contraste se manifiesta, en principio, por la excepcionalidad del amplio número (“país alguno” y “tanto libro”) que, desde el punto de vista de Martí, puede ser aquilatado o traducido como una expresión de carácter democrático y popular; relacionado, en última instancia, con los principios de una educación general y amplia. (En cierto sentido, estas ideas prefiguran, con varios años de antelación, la cruzada educativa y cultural que con el libro como medio

llevó a cabo en México José Vasconcelos, y la enorme producción editorial de los inicios de la revolución cubana.)

Sin embargo, no se trata únicamente de reconocer la cantidad, a ésta se suman también cualidades como la solidez, la claridad y la perfección; valores formales, intrínsecos y morales que les reconoce y otorga el propio cronista. Por la prodigalidad y abundancia de su producción editorial, en el juicio martiano, Estados Unidos es superior a Europa, porque a través de ese caudal de libros, el cubano percibe una actitud liberal, de beneficio colectivo, de mejoramiento y grandeza social, propios de esa nación. Auge editorial que no observa en ninguna otra latitud.

Esta idea de la producción en cantidad, en efecto, estructura y conforma toda la crónica. Se insiste en esas propuestas del libro abundante, del libro como proyecto para la sociedad; masivo se afirmaría con un anacronismo. Como si de alguna manera, “la joya de librería” fuera una referencia para el libro europeo: refinado, elegante, individual, exclusivo, inaccesible; frente al concepto colectivo, democrático, popular, masivo, amplio, educativo, encarnado por el libro americano: “[...] los libros que por centenas cada día, en tal abundancia que no hay conocimiento humano que no esté en ellos ya especializado y diluido, brotan de las imprentas nunca desocupadas de Boston, Nueva York y Filadelfia”. (p. 420). En esta reiteración de la prodigalidad, de los muchos libros, Martí introduce el verbo brotar que, en primer término, remite al nacimiento de una planta, al surgimiento de retoños o al agua en un manantial. Así, la expresión “brotan de la imprenta” da una imagen que invoca y evoca las correspondencias naturales y culturales; ilustra la imaginación analógica del cubano.

Con la misma actitud de indicar la proliferación de los muchos libros que producen los impresores estadounidenses, destaca con un guiño y eco mitológicos el carácter grandioso de las imprentas y su respectiva producción, medida ya con modernos referentes de la producción en serie: “ni los tiempos, y lo que piden de los hombres, quieren menos que esas prensas colosales que en el espacio de una hora sacan de una tira de papel de cuatro millas de largo veinte mil periódicos; y libros, casi tantos”. (pp. 420-421). Con el símil bélico: “Es un ejército la imprenta”. Y las referencias numéricas: “Cuatrocientos, quinientos obreros tienen en Nueva York algunas imprentas”, vuelve por enésima vez a expresar estas ideas de gran abundancia y riqueza que Martí entiende generosas alrededor del libro de Estados Unidos, que tantos asombros y admiraciones le provocan.

En fin, una característica de esta crónica es mostrar la gran producción, en serie y en serio, como masiva, noble, amplia, ilimitada. ¿No es acaso, me pregunto, en cierta medida, esta crónica un doble discurso; una visión real, concreta, objetiva, genuina y auténtica, pero al mismo tiempo ideal y utópica, imaginaria y subjetiva, de la grandiosidad productiva de Estados Unidos, que Martí identifica y relaciona con la democracia, la educación y la cultura en aquel país?

Otra secuencia de esta crónica se inicia con una estilización sinecdótica: con recurrir a una parte para ilustrar el todo. En lugar del hombre, únicamente sus manos que mediante adjetivos son destacadas para caracterizar y exaltar el trabajo manual de los obreros de la imprenta: “Pero antes de que [al libro] lo lleve la fortuna a manos piadosas o brutales, ¡cuántas manos, y cuán diestras y beneméritas, ponen sus artes en el libro!”. (p. 419) Los receptores, los que reciben el libro, aparecen también definidos con dos expresiones diametralmente opuestas: “piadosas”, llenas de virtud y devoción por el aprecio y amor al libro; que lo tratan como un material venerable por su contenido, con lo que se destaca por su valor implícito; las otras: “brutales”, groseras, crueles, burdas son

las que revelan torpeza, animalidad, irracionalidad y barbarie constituyen otra forma de recibir al libro. ¿Resonancias acaso de la civilización y la barbarie en la recepción del libro?

En cambio, las manos de los editores, de los impresores, sólo reciben calificativos positivos, encomiables: “diestras”, como sinónimo de habilidad, excelencia y cuidado en la realización de un buen trabajo; y, además, como si fueran héroes que merecen reconocimientos y honores: manos “beneméritas”.

En un bien marcado contrapunto, prosigue Martí: la máquina, indiscutible expresión y símbolo del desarrollo y progreso industrial del siglo XIX, aparece frente al hombre. Por un lado, sin más: inventos, máquina, prensa, cilindro, prensa hidráulica, rodillos, acero y, por el otro, con aquilatamiento y exaltación, la presencia del hombre y sus participaciones en el ámbito editorial: “[...] que minuciosos y artísticos cuidados del formador, del preparador, del prensista, del obrero hombre, máquina por ninguna otra vencida”. (p. 420); referencia en la que confluyen armónicamente ambos: el hombre y la máquina, expresión que sintetiza el encuentro y la conciliación de la modernidad económica, industrial y productiva, con el dominio y predominio establecido por Martí del hombre sobre la máquina. El hombre como la más alta e insuperable creación: la mejor, la más alta, la invencible máquina humana.

En esta descripción de cómo se elabora un libro, Martí recurre también a la escritura metonímica: a mencionar el contenido por el continente. En consecuencia, procede a referirse a las ideas para designar al libro; procedimiento que le sirve para reiterar su sensible reconocimiento a estas esenciales tareas: “¡Se llena el pecho de amor viendo a tantos hombres trabajar en el pensamiento!”. (p. 420)

En otra secuencia hace una valoración del libro como un bien común, lo reconoce como parte de un patrimonio universal, como una construcción intelectual sin dueño, cuyo lector lo identifica como una parte de su propia pertenencia: “Un libro —anota—, aunque sea de mente ajena, parece cosa como nacida de uno mismo, y se siente uno como mejorado y agrandado con cada libro nuevo”. (p. 420) Estas ideas se explican y comprenden como una corroboración de los principios de universalidad y humanismo que sustentan al pensamiento martiano.

Desde la perspectiva de Martí, la historia, la ciencia, el conocimiento, todo contribuye a dar unidad, identidad y armonía a un hombre ideal; en consecuencia, se reconoce al libro como un bien de sabiduría, como un contenido *civilizatorio*, que resuelve y disuelve las diferencias; que mejora y beneficia al individuo. El libro como un medio para el engrandecimiento humano.

Con base en una visión analógica y de correspondencias, tan presente en la estética literaria de la época y en el modernismo hispanoamericano, Martí expone y señala parte de estos vínculos entre el mundo de la naturaleza y el de la creación humana, entre la naturaleza y el hombre. En este sentido, la influencia de Ralph Waldo Emerson está muy presente en Martí; el estadounidense en su ensayo *Nature* (1836) expuso parte de sus principios de la analogía:

Todo hecho natural es símbolo de algún hecho espiritual. Todo fenómeno de la naturaleza corresponde a algún estado de la mente, y este estado de la mente sólo puede ser explicado presentando aquel fenómeno natural como su retrato. Un hombre furioso es un león, un hombre astuto es un zorro, un hombre firme es una roca, un hombre docto es una antorcha. Un cordero es inocencia,

una sierpe es sutil encono, las flores nos manifiestan afectos delicados. La luz y la oscuridad son nuestras expresiones familiares para el conocimiento y la ignorancia, y el fuego, el amor.¹⁸

El mismo Martí, al escribir sobre Emerson, explica, retoma y expone algunas de estas ideas donde se precisa la inseparable relación, la firme correspondencia entre el ser humano y el espacio natural: “Él no ve más que analogía: él no halla contradicciones en la naturaleza: él ve que todo en ella es símbolo del hombre, y todo lo que hay en el hombre lo hay en ella”.¹⁹

En efecto, parte esencial de esta crónica periodística contiene y utiliza justamente esa concepción analógica. Los libros, los objetos inanimados, aparecen compartiendo características humanas y del reino animal: “Bien es que entre los libros, porque no hay serie de objetos inanimados que no refleje las leyes y órdenes de la naturaleza, hay insectos: y se conoce el libro león, el libro ardilla, el libro escorpión, el libro sierpe. Y hay libros de cabello rojo y lúgubre mirada [...]; y hay libros repugnantes como sapos”. (p. 420) Martí establece así un sugerente juego de analogías, al suprimir el nexo comparativo *como* (incluido únicamente en la última expresión), sitúa, sin mediación alguna, uno frente a otro, en estricta colindancia, los elementos para relacionar. Las peculiaridades del animal animan al libro. En suma, la cultura y la naturaleza aparecen perfectamente conciliadas, en armoniosa sintaxis. En consecuencia esta aposición construye una singular estilización: libro león, libro ardilla, libro insecto. El cronista hace con ello, de esta relación sustantiva y analógica, un principio poético.²⁰

Otra forma de caracterizar al libro se logra mediante la utilización de la prosopopeya, es decir personificando al objeto inanimado, dándole peculiaridades o rasgos humanos. En “Los libros de cabello rojo y lúgubre mirada” las ediciones aparecen con aspectos de seres humanos; la relación es ahora entre el libro y la naturaleza humana. En esta forma, la percepción y la mirada analógicas de Martí se orientan a formular una vívida imagen del carácter y personalidad del libro. Años más tarde, en una carta de 1886, Martí continuará recurriendo al sistema de analogía: “libros vivos”, “libros humanos y palpitantes”.²¹

Por otro lado, la librería —en su connotación de biblioteca— ocupa también la atención del cronista cubano. Por ello expone un singular contraste entre los espacios dedicados a la lectura: los del siglo XVIII frente a los del XIX: “Aquellas otras escuetas de ha cien años [...] y en cuyas tablas ponderosas reposaban, no sin haber sido leídos antes por toda la familia [...] frente a las bien pobladas librerías de hogaño en que campean [...] los versos hondos de Edgar Poe, los resplandecientes versículos de Emerson [...]”, (p. 420) construyendo una eficaz estrategia de contrapunto temporal. En el pasado: librerías magras, escasas, selectas, casi vacías, frente a las del presente: bibliotecas abundantes, óptimas que refieren de nueva cuenta el incremento deslumbrante y sustancial de la vasta producción antes descrita; del progreso, del engrandecimiento y mejoramiento

¹⁸ I.A. Schulman, *Símbolo y color en la obra de José Martí*, 2ª. ed. Madrid, Gredos, 1970, pp. 36; cf. Emerson, Ralph Waldo, *Essays*, vol. I. Boston / Nueva York, Houghton Mifflin, 1903, p. 26.

¹⁹ J. Martí, *Emerson, páginas escogidas*, vol. II Selección y pról. de Roberto Fernández Retamar. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972, p. 154.

²⁰ Cf. Octavio Paz, *Los hijos del limo*. Barcelona, Seix Barral, 1974, pp. 103; J. Martí, *Correspondencia a Manuel Mercado*, op. cit., p. 162.

²¹ *Idem*.

del hombre a partir del libro; particularmente en Estados Unidos, país del que está explicando la enorme y sustancial producción del libro.

En esta minuciosa y elaborada secuencia de contar el proceso de cómo se forma y se hace un libro explica también las tareas del cajista y del *componedor*, quienes conforman la galera para llevar a las pruebas, y entregarlas limpias y exentas de errores al escritor. En ese momento del proceso, Martí introduce, no sin vehemencia, un largo y enfático comentario para llamar la atención del autor, cuya responsabilidad o irresponsabilidad detiene o fortalece, ayuda o entorpece aquella continuidad. Ahí contra el desaliño y el descuido de éste, escribe irónico:

¡Oh autores, divinidades maltratadas, estatuas de sí mismos, Joves diminutos!, ¡Cuál de ellos no cree que no es pecado mayor, sino derecho propio y natural de su grandeza, tener al cajista encorvado luengas horas sobre sus galeras, acuñado, injertando, trasponiendo, rebanando, hinchando con las selvosas y enmarañadas correcciones de que el autor repleta las márgenes de la prueba. (p. 421)

Toda esta diatriba contra el escritor inconsciente e irrespetuoso tiene su evidente contrapeso en las consideraciones para el trabajo del otro: “Pues un cajista —dice— es un hermano; y como el brazo de los autores, que deben mimar y cuidar bien sus brazos”. (pp. 421-422)

De “Autores y autorcillos [...] pomposos, historiomanos y asiáticos”, califica Martí a los que sin consideración alguna modifican y corrigen las pruebas. Estos juicios constituyen además una crítica al estilo desmedido, abundante, a la poco cuidada calidad de la escritura. Y, en cierto sentido, por esas razones, una autocrítica: “de cuyos escritores, como el de estas líneas, a veces dicen cosas extrañas los cajistas”. (p. 422)

Otra singular característica de esta descriptiva crónica sobre el libro estadounidense es la inclusión de reflexiones y recursos martianos. Por ejemplo, en medio de la enumeración de los obreros de la imprenta incluye a “una delicada mujer” y a “un pequeñuelo de blusa tiznada que lleva en las manos una brazada de odas”; menciones que le permiten reconocer y configurar en esos espacios de alta producción la presencia y vigencia de la poesía: “Pues, ¿quién dice que la poesía ya se ha acabado? Está en las fundiciones y en las fábricas de máquinas de vapor; está en las nubes rojizas y dantescas de las modernas babilónicas fábricas: está en los talleres”. (p. 421)

Con estas ideas Martí plantea y resuelve textualmente los evidentes y enormes conflictos entre una modernidad productiva, generadora de ganancias, comercial, palpable en Nueva York, y las expresiones del arte, la literatura y la poesía, presencias constantes en su ideario personal. A partir de un ejercicio retórico, estilístico y estético une y armoniza el discurso económico, utilitario y moderno con el humanístico y cultural. En cierto sentido, la escritura poética y metonímica que realiza sobre la producción del libro estadounidense disminuye y oculta el referente comercial y productivo de este objeto, para convertirlo, por arte de la palabra, en un bien intangible, civilizador y educativo.

En esta crónica Martí describe puntualmente la producción y manufactura del libro en Estados Unidos. Da cuenta de su proceso de producción, pero, sin embargo, incluye también una amplia reflexión y varias consideraciones acerca de los valores implícitos, esenciales y subjetivos del libro. Por un lado, destaca el aspecto productivo, fabril y febril: el “ellos” de la nación estadounidense; por otro, el cronista y el interlocutor, el “nosotros” hispanoamericano, por quien está escrita

y el para quien está dirigida esta crónica. Este discurso martiano, como gran parte de su obra, tiene un lector en lengua española. Es dirigido a una comunidad ideal de lectores hispanoamericanos. Los valores y los beneficios del libro se escriben, se orientan, se anhelan, se proyectan finalmente para una América nuestra.

Martí, en uno de sus ya citados proyectos editoriales, se plantea editar el libro “barato y útil”, “en armonía con la naturaleza y necesidad de nuestros pueblos”.

Hacerlo en Nueva York y distribuirlo en México, propuesta que precisa: “yo ya sé los libros vivos que nuestras tierras necesitan”.²² En esta singular crónica, el libro es visto como resultado de un proceso de laboriosidad y de racionalidad, en cuyo trasfondo están la imprenta, los talleres, las fábricas, la industria editorial, y reconoce que, con el libro —abundante y generoso como el libro americano— se puede educar, civilizar y universalizar a los hispanoamericanos. El libro es así concebido como un vehículo de ideas, de principios y de conocimientos. El libro, en el decir del propio Martí, es “la esencia y flor de todo lo moderno”.²³

²² *Idem.*

²³ *Idem.*

Las lanzas coloradas. El doloroso nacimiento de la República

Begoña PULIDO HERRÁEZ

Entre la novela histórica del siglo xix y la llamada por la crítica *nueva novela histórica*, novela histórica contemporánea o novela histórica posmoderna parecería que se extiende un largo vacío en lo que al mencionado subgénero novelesco se refiere. Aun cuando por lo general se acepta que la historia está presente a lo largo del siglo xx como un tema fundamental en la novelística del continente, durante la primera mitad del siglo esta presencia no se dio bajo la forma de la llamada novela histórica, género que había gozado del favor de lectores y escritores en el siglo anterior. Sin embargo, este desierto aparente está poblado, entre otras, por al menos dos grandes figuras de la narrativa latinoamericana: Arturo Uslar Pietri y Alejo Carpentier. Voy a referirme en esta ocasión a la obra del escritor venezolano *Las lanzas coloradas* (1931), para intentar ubicar a esta novela en esta trayectoria de la novela histórica que nace en el siglo xix con unas intenciones fundamentalmente didácticas e ideológicas, y que desde las últimas décadas del siglo xx ha regresado con nuevos bríos y aparentemente bajo una *nueva* forma. Son estas formas nuevas de la novela histórica de finales del siglo xx las que hacen pertinente y necesario volver los ojos tanto a la novela histórica del xix, para descubrir en ella poéticas que la crítica había pasado por alto, como a la que se escribe entre las décadas de 1930 y 1950.

Las lanzas coloradas tiene como objeto de la representación el problema de la gestación de la nación venezolana, el drama de la creación de un nuevo orden para sustituir al de la colonia, y apunta a la violencia como su signo fundador. La novela se ambienta en los años que van de 1810 a 1814, especialmente en 1814, durante la llamada Guerra a Muerte entre José Tomás Boves y Simón Bolívar. La acción se concentra en la batalla de La Victoria, donde los godos encabezados por Boves son vencidos por los patriotas. Sin embargo, ninguna de estas figuras históricas es protagonista de la obra. Bolívar sólo aparece en la novela tres veces, dos mencionado solamente y la tercera, al final, cuando se está esperando su llegada tras la victoria de los insurgentes o patriotas. Boves sí llega a tener un papel activo, pero muy breve, aunque su presencia terrorífica, amenazante y sanguinaria se siente a la cabeza de los siete mil lanceros que atacan La Victoria. La presencia de Bolívar abre y cierra la novela; la abre inserto en el cuento del negro Espíritu Santo; la cierra como una presencia inminente y esperada: “¡Bolívar viene!”, “¡Viva el Libertador!” Más que una presencia viva, es un mito.¹

¹ En ese sentido conviene recordar que *Las lanzas coloradas* fue escrita con motivo de la conmemoración del centenario de la muerte del Libertador.

El aspecto que con mayor frecuencia resalta la crítica acerca de *Las lanzas coloradas* es la factura tradicional de la novela,² la cual parecería corresponder al modelo romántico acuñado por Walter Scott y codificado, un siglo después, por Georg Lukács, en su libro *La novela histórica*: personajes históricos que aparecen solamente en un segundo plano, como sucede con Simón Bolívar y en cierta forma con José Tomás Boves, y personajes protagonistas totalmente ficticios que se ven involucrados en los acontecimientos históricos que constituyen la acción novelesca. El otro aspecto que destaca Lukács es que la obra debe centrarse en los grandes momentos de crisis de la historia de una nación. El “novelista trata de recrear una situación, un ambiente histórico, por medio de personajes ficticios”.³ Para Karl Kohut “También en el aspecto formal, la novela [de Uslar Pietri] parece poco innovadora. La estructura es sencilla y lógica, sin rupturas o montajes; el tratamiento del tiempo es lineal. El autor hasta sigue el concepto horaciano de comenzar la narración *in media res*, la interrumpe para resumir los antecedentes, y la continúa sólo en el sexto capítulo. No hay metarreflexión, y el monólogo interior aparece tan sólo de manera fugaz. Es decir, que la novela carece de una serie de rasgos que nos hemos acostumbrado a buscar en la llamada nueva novela histórica”.⁴ El otro aspecto en el que la crítica ha puesto énfasis es en el estilo de la obra, fundamentalmente descriptivo y pleno de un lenguaje poético y vanguardista. De hecho, el lenguaje de *Las lanzas coloradas* recuerda en algunos momentos el estilo del primer capítulo de *El señor presidente*, ese lenguaje que parece proceder de la magia y el encantamiento, y a los que se llega por la repetición anafórica de ciertas cláusulas y cuyos efectos son deudores de descubrimientos estilísticos de las vanguardias. Se trata de provocar en el lector el acceso a una atmósfera de ensueño. Ambos aspectos parecerían ser contradictorios, aunque no lo son. Por un lado se defiende el carácter realista de la novela, pero por otro, y sin que sea contradictorio, se resalta su vanguardismo. Considero que si nos acercamos a la poética narrativa de *Las lanzas coloradas* se puede descubrir que no estamos propiamente frente a una novela histórica tradicional, de corte romántico o scottiano.

En primer lugar, llama la atención, en esta obra catalogada como lineal, el primer capítulo, pues difiere en mucho del resto de la novela. La voz narradora de un esclavo negro sirve de apertura a este relato de un episodio de las guerras de Independencia en Venezuela:

¡Noche oscura! Venía chorreando el agua, chorreando, chorreando, como si ordeñaran el cielo. La luz era de lechuzas y la gente del mentado Matías venía enchambada hasta el cogollo y temblando arriba de las bestias. Los caballos planeaban, ¡zuaj!, y se iban de boca por el pantanero. El frío puyaba la carne, y a cada rato se prendía un relámpago amarillo, como el pecho de un Cristofué. ¡Y tambor y tambor y el agua que chorreaba! El mentado Matías era un indio grande, mal encarado, godo, que

² Véase, entre otros, Karl Kohut, “Colonia y emancipación, paz y guerra, siervo y amo. Una relectura de *Las lanzas coloradas*”, en Arturo Uslar Pietri, *Las lanzas coloradas. Primera narrativa*. Barcelona, ALLCA XX, 2002, p. 248. (Colección Archivos); Domingo Miliani, “La sociedad venezolana en una novela de Arturo Uslar Pietri. Aproximación al análisis de *Las lanzas coloradas*”, en *Las lanzas coloradas ante la crítica*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1991, pp. 111-148; Emilio González López, “Uslar Pietri y la novela histórica venezolana”, en *ibid.*, pp. 95-104.

³ *Idem*.

⁴ *Idem*.

andaba alzado por los lados del Pao y tenía pacto con el Diablo, y por ese pacto nadie se la podía ganar. Mandinga le sujetaba la lanza. ¡Pacto con Mandinga!⁵

La novela no se abre con la voz del narrador sino con la del esclavo negro Espíritu Santo que está “echando el cuento” frente a ocho negros en cuclillas que lo escuchan con gran atención y curiosidad. El *cuento* del esclavo termina con la aparición de Bolívar (un hombre chiquito y flaco, con patillas y ojos duros) y la huida del indio Matías, todo espantando frente a la aparición del Libertador: “Persignársele al Diablo no fuera nada; echarle agua a la candela no fuera nada; ¡pero decirle a Matías: ‘Yo soy Bolívar’! Paró ese rabo y se fue como cotejo en mogote, ido de bola, con todo y pacto con Mandinga” (p. 8).

El lector se enfrenta desde el principio con la presencia de una voz viva que pertenece a una de las tres culturas que entran en la conformación de la nación venezolana: el mundo negro. La presencia india se nos da en la figura del protagonista del cuento, aliado a los godos o realistas, el indio Matías. Finalmente, la aparición de Bolívar introduce a la tercera cultura que entra en la configuración de la nación: la criolla.⁶ El comienzo de *Las lanzas coloradas* nos enfrenta con un pro-

⁵ Arturo Uslar Pietri, *Las lanzas coloradas. Primera narrativa*. Barcelona, ALICA, 2002. (Colección Archivos, 56) En adelante las citas de la novela se harán en el cuerpo del texto.

⁶ La convivencia de las tres culturas convierte a Uslar Pietri en uno de los defensores más constantes, desde la década de 1930, del concepto de mestizaje. Para el venezolano, la matriz de donde surgen los prodigios y maravillas de América es el mestizaje: “la fecunda y honda convivencia de las tres culturas originales en un proceso de mezcla sin término, que no podía ajustarse a ningún patrón recibido”. Uslar Pietri fue el primero en utilizar la expresión *realismo mágico* para referirse a expresiones literarias venezolanas. Y refiriéndose a la literatura latinoamericana del momento y a la convivencia de Carpentier, Asturias y Uslar Pietri en los años finales de la década de 1920 en París, dice Uslar Pietri en su ensayo “Realismo mágico”: “Era necesario levantar ese oscuro telón deformador que había descubierto aquella realidad mal conocida y no expresada, para hacer una verdadera literatura de la condición latinoamericana”. Para entonces, Miguel Ángel Asturias, que trabajaba en *El señor presidente*, publicó sus *Leyendas de Guatemala*, que produjeron un efecto deslumbrante. En ellas expresaba y resucitaba una realidad casi ignorada e increíble: resucitaba el lenguaje y los temas de *El Popol Vuh*, en una lengua tan antigua y tan nueva que no tenía edad ni parecido. Por el mismo tiempo, Alejo Carpentier escribió su novela negra *Ecue Yamba O*, obra llena de magia africana y de realidad sorprendente, y yo terminé y publiqué mi primera novela *Las lanzas coloradas*. En *Cuarenta ensayos*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1985, pp. 122-123 se lee lo siguiente:

Se trataba, evidentemente, de una reacción. Reacción contra la literatura descriptiva e imitativa que se hacía en la América hispana, y también reacción contra la sumisión tradicional a modas y escuelas europeas. [...]

Lo que se proponían aquellos escritores americanos era completamente distinto. No querían hacer juegos insólitos con los objetos y las palabras de la tribu, sino, por el contrario, revelar, descubrir, expresar, en toda su plenitud inusitada esa realidad casi desconocida y casi alucinatoria que era la de la América Latina para penetrar el gran misterio creador del mestizaje cultural. Una realidad, una sociedad, una situación peculiares que eran radicalmente distintas de las que reflejaba la narrativa europea [...]

Era como volver a comenzar el cuento, que se creía saber, con otros ojos y otro sentido. Lo que aparecía era la subyacente condición creadora del mestizaje cultural latinoamericano. Nada inventó, en el estricto sentido de la palabra, Asturias, nada Carpentier, nada Aguilera Malta, nada ninguno de los otros, que ya no estuviera allí desde tiempo inmemorial, pero que, por algún motivo, había sido desdeñado.

Era el hecho mismo de una situación cultural peculiar y única, creada por el vasto proceso del mestizaje de culturas y pasados, mentalidades y actitudes, que aparecía rica e inconfundiblemente en todas las manifestaciones de la vida colectiva y del carácter individual. En cierto sentido, era como haber descubierto de nuevo la América hispana, no la que habían creído formar los españoles, ni aquella a la que creían no poder renunciar los indigenistas, ni tampoco la fragmentaria África que trajeron los esclavos, sino aquella otra cosa que

blema de historia, pero asimismo, de forma simultánea, nos enfrenta a un problema de culturas heterogéneas que conviven en el mismo espacio. El cuento pone al lector en relación con creencias y mitos insertos en una situación histórica: la lucha entre godos e insurgentes en los años 1813 y 1814. Se trata de representar un hecho histórico pero imbricado con él, un problema cultural vivo. Historia y cultura se nos presentan como una unidad indisoluble. “En el fondo de nuestra mentalidad [dice Uslar Pietri años después en un ensayo titulado “El rescate del pasado”] hay una propensión a lo mágico, que acaso nos venga de los protagonistas oscuros de nuestro drama histórico, y que ha influido decisivamente en muchos grandes sucesos de nuestra vida política. Hay, por ejemplo, todo un capítulo por escribir sobre los elementos mágicos negros e indios como determinantes de la actitud popular en el poderoso proceso de la revolución federal”.⁷ *Las lanzas coloradas* explora esta presencia de la cultura africana en la sociedad venezolana y deja entrever la complejidad del mestizaje cultural que defiende Uslar Pietri. Los elementos mágicos indios aparecen representados en la novela en los ritos sangrientos que llevan a cabo los indios de Guayana en el momento de entrar a la lucha. El personaje Fernando Fonta observa con asombro y desconcierto cómo “A su lado, los indios han bebido todo el aguardiente, y ‘Cuatorreales’, excitado hasta la ferocidad, con una flecha se desgarró la lengua, y con la sangre que vierte se tiñe la cara como una máscara diabólica, y el otro se rasga la lengua y se tiñe la cara, y el otro, y el otro. Tienen un aspecto horrible y cómico” (p. 194). Los valores indígenas son percibidos con mayor distanciamiento que los relativos a los negros: Sin embargo contribuyen también a revelar la coexistencia perturbadora de tiempos y culturas disímiles en el seno de la sociedad venezolana.

La unidad entre historia y cultura se refuerza con el segundo capítulo de la novela, también diferente al resto de la obra y dedicado a presentar un breve resumen de la “historia de Venezuela” desde la conquista⁸ hasta las revoluciones de independencia a partir de la genealogía de los Fonta, los hacendados que sin ser protagonistas (especialmente Fernando) ocupan un lugar principal en la novela. Este capítulo es heredero de la tradición novelística decimonónica, donde la historia familiar corre paralela a la historia nacional.⁹ Mediante los destinos familiares y las alianzas matrimoniales se construye una metáfora de los destinos y trayectoria de la nación. Como la genealogía de los Arcedo-Fonta, el país es también una mezcla de herencias y razas contrarias: el mestizaje es su signo: “[...] los abuelos heroicos mezclados con los malos hombres, los religiosos con los locos, los que acometían grandes empresas junto con los borrachos y ladrones. Alguna sangre de Encomendero, algo de sangre de indio, algo de negro”. (p. 24) El narrador resume la vida de la colonia y de

había brotado espontánea y libremente de su larga convivencia y que era una condición distinta, propia, mal conocida, cubierta de prejuicios que era, sin embargo, el más poderoso hecho de identidad reconocible.

⁷ A. Uslar Pietri, “El rescate del pasado”, en *ibid.*, p. 103.

⁸ “Cuando la tierra de Venezuela era sólo selva intrincada y llanura árida, comenzaron a abrir el camino del hombre los Encomenderos. Eran duros, crueles, ásperos, ávidos de oro, y, sin embargo, también, como iluminados de una divina misión. De España llegaban en los galeones lentos que aran el mar y en la primera costa se dispersaban como un vuelo de pájaros altaneros. Fueron tiempos heroicos. Íbanse unos a Coro a establecer su solar, otros se quedaban en una sierra de la costa, otros llegaban a Cumaná, algunos penetraban hacia el centro, y todos adquirían su encomienda de indígenas, erigían una horca, fundaban una ciudad, y con los indios indolentes se daban a romper la tierra virgen para buscar oro o para sembrarla” (p. 16).

⁹ Cf. Doris Sommer, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá, FCE, 2004.

los Fonta en pocas líneas: “Ricos en esclavos, en tierras y en ocio, su vida fue la misma vida lenta de los otros señores de la colonia. Mucho chisme, escasa vida social, mucho orgullo, pocos viajes, alguna lectura religiosa”. (p. 23)

El narrador resalta, por un lado, la vida monótona y tranquila de la colonia, a la cual va a oponer el estallido violento de la Independencia, y por otro, el carácter mestizo de esa capa de hacendados ricos de apariencia criolla.¹⁰ Con este capítulo el narrador parece querer decir que la nación no surge propiamente en 1810 de la nada, sino que hay hondas raíces que explican la violencia de las fuerzas que luchan en los capítulos siguientes. Para propiciar un sentido de continuidad y rumbo a la nación es necesario comprender la cultura y la historia, y sobre todo el gran hecho central del mestizaje no sólo racial sino fundamentalmente cultural. Ese mestizaje cultural se expresa en la novela asimismo en la influencia que los “cuentos pavorosos” de la esclava negra puede haber dejado en el niño Fernando Fonta. Las ayas negras, dice Usar Pietri, que convivían con los niños de las clases privilegiadas, les transmitieron al menos durante dos siglos todo un rico y oscuro tesoro de nociones, refranes, leyendas y ritmos que entraron a formar parte indisoluble de la mente y la sensibilidad colectivas. El final del capítulo dos es un cuento que la vieja esclava negra relata a los niños en las horas de siesta. El relato es una versión, muy transformada y adaptada, pasada por la cultura negra, del nacimiento de Cristo y de la matanza de niños ordenada por Herodes. “No es a través de los libros, no de las novedades de pensamiento y de conocimiento que la transculturación se hace. Lo que se transmite es lo más tradicional y oral de la cultura popular. Supersticiones, trato, fórmulas, consejos, romances, danzas y cantos, usos y costumbres. No hay Corte, pero hay ‘Misía Carramajestá’ del fabulario infantil y los milagros y los aparecidos”.¹¹

El primer capítulo, aunando, como quería Miguel Ángel Asturias, “el canto y el cuento”, introduce en la novela una mayor complejidad de elementos de los que puede parecer en una primera ojeada, y extrae a *Las lanzas coloradas* de una concepción *tradicional* de novela histórica. El modo en que la obra nos confronta con la conformación heterogénea de la nación venezolana, que Usar Pietri ha teorizado en sus ensayos con la categoría de *mestizaje*, así como el modo en que nos ofrece, en dos capítulos, una perspectiva histórica de esa conformación, y la forma en que la voz popular *abre* y mueve los resortes de la historia que leemos, nos enfrenta con una poética diferente, con un modo distinto de pensar tanto la relación entre tradiciones y culturas populares como las tradiciones letradas, que no son propias de una novela histórica decimonónica. Al mismo tiempo, estos elementos desconocidos en una novela histórica tradicional son acompañados de un tratamiento muy especial del lenguaje, que la crítica ha señalado en repetidas ocasiones, el cual está lleno de metáforas y juegos de repeticiones más propios de la poesía que de la narración, y que resultan, evidentemente, una derivación de la experiencia vanguardista. Es decir que por el lado del estilo *Las lanzas coloradas* no se asemeja tampoco a una novela histórica decimonónica, la cual procura respetar y seguir, al menos en apariencia, los modelos de las poéticas del realismo. El trata-

¹⁰ En el artículo de Usar Pietri “La nación venezolana se hizo”, publicado en *La otra América*. Madrid, Alianza Editorial, 1974, p. 43, hay una gran semejanza entre las descripciones que ofrece en este libro acerca de la colonia en el siglo XVIII, “siglo de la larga espera silenciosa”, y la que da en *Las lanzas coloradas*. La primera frase de este ensayo es “La nación venezolana se hizo y cobró los rasgos fundamentales de su fisonomía y su carácter durante los trescientos años del régimen colonial”, con lo cual desconoce el carácter inaugural de las revoluciones de Independencia.

¹¹ A. Usar Pietri, “La nación venezolana se hizo”, *op. cit.*, p. 43.

miento que la novela ofrece de las voces, populares o no, y su manejo de las perspectivas (múltiples e internas, con abundancia de monólogos internos y estilo indirecto libre) se deduce de las búsquedas vanguardistas, y esas búsquedas, aun cuando nos quieren mostrar la *realidad*, ya no confían en la transparencia del lenguaje, como sucedía en el realismo.

Ese protagonismo de la voz popular sería impensable en la novela histórica del XIX, donde dominan las visiones letradas. El narrador de *Las lanzas coloradas* es un narrador omnisciente, en el sentido de que entra y sale de las conciencias y se mueve entre los diferentes personajes con total naturalidad (Presentación Campos, Fernando Fonta, Inés Fonta, la Carvajala, etcétera). Sin embargo, lo que distingue a este narrador es su perspectiva interna. No le interesan tanto los grandes acontecimientos que tienen lugar, la batalla de La Victoria, por ejemplo, sino la mirada interna de los personajes hacia esos acontecimientos o, de otro modo, su vivencia particular. Esa mirada se sirve con frecuencia del estilo indirecto libre, con lo cual acerca y conjunta a narrador y personaje (la voz es del narrador, pero la perspectiva, el foco, es del personaje). El narrador funciona como una cámara cinematográfica que se colocara sobre el personaje y transmite lo que éste ve. Así, cuando Presentación Campos cabalga hacia la lucha, las figuras y todo lo que ve se agrandan según va acercándose, mientras todo lo demás desaparece en ese primer plano:

Y sin más arrasó el caballo, vientre a tierra, en una carrera desaforada hacia el combate. Sus ojos veían crecer, con la proximidad progresiva, las figuras de los combatientes. Va acostado sobre el cuello del animal, las crines le foetean el rostro. Las figuras crecen. Vienen sobre él. Le entran por los ojos. Aquel lancero que se ha abierto solo, sale a su encuentro. Crece tanto que ya no puede verlo sino en detalles. Los ojos y la punta fina del hierro. Siente que se harán trizas en el choque. Ya se tocan. Aprieta la lanza hasta dolerle la mano, desvía el caballo rápidamente, y, haciéndolo tragar media arma, arranca al contrario de la montura y va a lanzarlo sobre otro jinete que ya llega detrás. (p. 200)

No se trata de un narrador que juegue a la objetividad o a una supuesta reconstrucción histórica, sino que quiere rescatar la mirada interna de los acontecimientos, más que los hechos, la vivencia humana. Podría decirse que centra la narración en el hombre, en los personajes. Otro ejemplo sería el siguiente, donde la voz y el foco son del narrador:

Por instantes se pierde la conciencia de las cosas, de la forma, del color; y entonces, ya los ojos encarnizados sólo ven terribles ojos duros y fríos cristalizados de furia, pálidas miradas mortales en el vuelo de las lanzas, entre el relampagueo de las lanzas, bajo el árbol frondoso de las lanzas. Ojos de vidrio de los muertos, ojos de aceite de los caballos, ojos punzantes del hombre que viene, que puede herir con la mirada o con el arma, ojos que no se cierran porque apagarían la batalla, ojos del seminarista borrachos de sangre y muerte, ojos claros de Boves. Resplandores siniestros, aguacero de resplandores, ojos, ojos, ojos y lanzas, sobre la caballería tempestuosa. (p. 198)

Las lanzas coloradas es un relato donde lo que domina es la mirada interna (múltiple) de los acontecimientos. Una mirada que *enraiza* en personajes de distintas razas, clases sociales e ideologías, para mostrar la incompatibilidad entre las nuevas ideas: igualdad, derechos del hombre,

libertad, y los viejos resentimientos. La colonia no desaparece con la independencia. La ideología, los ideales, no eliminan los problemas sociales y culturales.

A partir de 1814, se desata en Venezuela una verdadera insurrección popular, destructiva y sangrienta, que amenaza con borrar hasta los vestigios de la organización social. Los iniciadores de la revolución pertenecían en su mayoría a las clases altas y educadas que participaban fervorosamente de las nuevas ideas. La masa rural y, en particular, las hordas nómadas de llaneros se fueron detrás de un español consustanciado con el medio, aquel extraordinario personaje que se llamó Boves, y acabaron con la frágil fachada republicana [...] Boves, asturiano hecho llanero por el gusto y el tiempo, se pone a la cabeza de una numerosa tropa sin disciplina y sin ley, que a sangre y lanza entra en los poblados para matar y destruir en nombre del Rey.¹²

Esa violencia destructiva es la que quiere mostrar la novela y colocarla en el origen, el nacimiento, de la República venezolana. No hay ideales, y cuando éstos afloran no logran encarnar en personajes pusilánimes como Fernando Fonta, o mueren con el fusilamiento de sus amigos Bernardo y David antes, incluso, de que logren entrar a la lucha. Los personajes criollos (*clases altas y educadas*), que según Uslar Pietri son los iniciadores de la revolución, en la novela no logran trascender sus ideales; por el contrario, mueren de formas poco heroicas. En la guerra no hay héroes, sólo fuerzas destructoras. Todo lo humano parece desintegrarse. En ese sentido Presentación Campos es el emblema de esa fuerza violenta: “Los esclavos interrumpieron el trabajo, contemplando no sin admiración aquella fuerza desatada y avasalladora”, (p. 88) o “Ya no era un hombre: era una energía desatada y destructora”. (p. 92)

Se ha dicho que la guerra es el verdadero protagonista de *Las lanzas coloradas*, una guerra que deshace pueblos, dispersa a los hombres, mata a los amigos. “Parecía que después de la larga calma de la Colonia fuera el momento de un carnaval de locura”. (p. 67)

La forma de los personajes principales es asimismo particular en la novela, aun cuando parezca seguirse el modelo scottiano de no elegir a los grandes personajes históricos como protagonistas. En *Las lanzas coloradas* no hay propiamente un protagonista, un héroe. Para Uslar Pietri hay que llamar al prosenio a todos los actores invisibles de la historia a fin de comprender, en toda su amplitud, el proceso de la vida colectiva venezolana. Podríamos decir que Uslar Pietri quiere poner el acento en las *mentalidades*, en las *actitudes*, en los hechos de cultura más que en los grandes acontecimientos encabezados por los grandes personajes (lo que podríamos llamar una historia política). La reflexión del escritor venezolano no está alejada de las direcciones que por esas décadas de 1930, 1940 tomaba la *nueva historia* francesa.

Al acercarse al gran hecho de las revoluciones de independencia americanas mediante la representación de las fuerzas vivas (no protagonistas ni heroicas) que actuaron en esos acontecimientos, no hay grandes personajes de la historia en primer plano ni tampoco hay propiamente un protagonista. Si alguno de los personajes destaca es el mayordomo Presentación Campos, pero nunca llega a ocupar un lugar central en la historia. Además, y por otro lado, aun cuando el narrador destaca su fuerza y su “hermosa” (p. 62) presencia física, en ningún momento puede llegar a

¹² A. Uslar Pietri, *Godos, insurgentes y visionarios*. Barcelona, Seix Barral, 1986, pp. 259, 261, 262.

justificar sus acciones. Presentación Campos no se mueve por principios. No es un héroe, por más que él mismo diga: “Ahora van a ver cómo pelea un héroe”, (p. 209) ni de la Historia con mayúsculas, ni de la historia que leemos. Es uno más de esos actores invisibles de la historia que Uslar Pietri enfoca con su lente de narrador. Es más, si algo representa es una fuerza destructora sin ideología: la guerra por la guerra; la guerra por el enriquecimiento; la guerra como demostración de fuerza.

Fernando Fonta, el otro personaje que más veces ocupa la escena novelesca, es un espíritu indeciso, tímido, cobarde, que nunca podrá alcanzar la talla del héroe. Uno y otro, sin embargo, parecen representar, como diría Lukács, las fuerzas en conflicto. Sólo que estas fuerzas carecen de ideología y terminan pereciendo en la acción novelesca.

La obra termina de hecho con la muerte de Presentación Campos, quien, herido, se trepa a la ventana de su cárcel para intentar ver a Bolívar, el mito, “el hombre por quien se hacía la guerra, contra quien hacía la guerra”. (p. 207)

El acercamiento novelesco a la historia que nos ofrece Uslar Pietri se distancia mediante este tratamiento de las figuras históricas y de los protagonistas de ficción, del enfoque heroico que supondríamos predominante en la novela histórica. No hay épica. No hay orígenes gloriosos en los cuales reconocerse desde el presente. En todo caso, lo que hay en el origen de la Venezuela del tiempo de la escritura es la violencia, la fuerza armada, el poder del más fuerte. No hay ideales. Éstos son representados en la novela en el capítulo IV, en el marco de los antecedentes que conducen a Fernando Fonta a incorporarse a la lucha armada, pero estos ideales ilustrados son aplastados sin dificultad por la violencia de la guerra a muerte que arrastra y suma,¹³ incorporando en su seno a godos e insurgentes, y en general a toda la nación. Los personajes son arrastrados a un bando u otro no por convicción ideológica, sino por causas del azar, como sucede con Presentación Campos: “Los godos tienen una bandera colorada y gritan: ‘¡Viva el Rey!’. Los insurgentes tienen bandera amarilla y gritan ‘¡Viva la libertad! ¡Ah, Natividad! La patria es un puro suspiro. No hay que enamorarse, sino barajustarle a la mujer’”, (p. 208), o “Unos pelean por el Rey y otros por la Independencia. La patria es como las mujeres”. (p. 210)

La lectura de *Las lanzas coloradas* es clara en este sentido al querer mostrarnos la distancia entre las doctrinas y la realidad, entre los principios y los hombres. Distancia que se resolverá en sangre, guerra y destrucción.

Si hubiera que elegir un elemento que da unidad a la nación y a la idea de patria es la guerra. Los soldados vienen de todas las regiones de Venezuela, y pueden distinguirse entre ellos indios, negros y criollos: “Toda la tierra de Venezuela ardía en la guerra. En todas las sabanas los hombres cargaban a caballo con las lanzas cerradas, en todos los confines ardían los pueblos. Estaba en el suelo, herido. Desde el Orinoco, desde el mar, desde el llano. Toda la tierra, toda el agua, todo el aire. Los hombres batallaban” (pp. 208-209). “La tierra de Venezuela va a ser destruida y los hombres huyen, huyen con la obstinación de los locos, de los empavorecidos [...] Hay hombres flacos del

¹³ “En el fondo de las casas, los viejos, los que han vivido largos años y tienen las pupilas acostumbradas a la tierra, sienten que ya no podrá vivir nadie más nunca. Sienten con desesperación que los hombres ya no sabrán hacer otra cosa que destruirse mutuamente, y temen que sus vidas sean un pecado horrendo que castiga un dios impecable.

La tierra de Venezuela va a ser destruida y los hombres huyen, huyen con la obstinación de los locos, de los empavorecidos, temiendo que el esqueleto les vaya a escapar de la carne”. (p. 145)

Llano, corianos de cabeza redonda, orientales parlanchines, hombres de Guayana. Han venido de los cuatro confines, y la guerra los ha mezclado y confundido". (pp. 145-146)

En el capítulo IV Fernando Fonta asiste a una reunión clandestina de patriotas donde comienza a vislumbrar la idea de la *patria*, de la unidad territorial y de la comunidad de intereses:

Venezuela es su patria y por ella está obligado a dar su sangre. Todos los hombres que han nacido sobre este territorio son sus hermanos, y por el bienestar de ellos está obligado a batallar, y todos los hombres que han nacido fuera del territorio son extranjeros y no deben tener ni mando ni intervención sobre esta tierra que es nuestra.

Aquellas palabras lo arrancaban del círculo de sus pensamientos ordinarios. Sabía que la tierra de El Altar era suya, pero nunca llegó a pensar que entre él y toda la extensión que el nombre de Venezuela abarca pudiera existir un nexo, un nexo tan profundo como para obligarlo a dar su vida. Era un sentimiento un poco confuso pero en cierto modo agradable. Todos los hombres que en ese instante nacían sobre aquella tierra, que sólo conocía en escasa parte, estaban ligados a él y trabajaría gustoso por ellos, aun cuando no llegara a conocerlos nunca. Eso era la patria. La sangre de los hombres une y amasa la tierra vasta y dispersa. La une y la hace tierna como carne. (pp. 51-52)

Y enseguida da comienzo la lectura de los *Derechos del hombre y del ciudadano*: los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Fernando Fonta escucha, pero necesita hacer un esfuerzo extraordinario para entender, pues toda su cultura reposa sobre el principio de la desigualdad: "El Rey, el capitán general, su padre, los esclavos, los nobles, los plebeyos, los blancos, los pardos, todas las figuras jerarquizadas que poblaban su mundo negaban esa ideología". (p. 53) Finalmente son todas estas fuerzas producto de la desigualdad histórica (el problema social) las que vienen a chocar violentamente en las guerras de independencia.

Las lanzas coloradas no supone la recreación o la reconstrucción de un momento histórico. La novela construye un punto de vista concreto sobre esos acontecimientos y sobre el propio *momento histórico*; una interpretación que viene encarnada en la vivencia interna de los personajes. Más que acontecimientos que pertenecen al orden de lo político, hay vida, emociones, sentimientos, pensamientos. Junto a ello, la voz del narrador, plena de un estilo lleno de imágenes y metáforas ("El sol de la mañana presidía el cielo con sus barbas de vidrio rubio"; (p. 84) "Los hombres sentían los pulsos batiendo como campanas"; (p. 166) "La batalla se construye segundo a segundo como una sinfonía"; (p. 201) "Los tiros se ahogaban en el trueno de la caballería lanzada a la carrera furiosa. Ya no se veía la hondonada, ni los árboles, ni la sabana, sino aquella mancha oscura, aquella lluvia oscura sobre la que las lanzas ardían claras como llamas", (167)) es una voz que interpreta no de modo directo sino por la fuerza y el significado de las imágenes que elabora.¹⁴ En ese sentido el lenguaje poético de *Las lanzas coloradas* debe ser analizado más allá de los problemas de estilo, pues participa de la interpretación y visión de la historia que la obra ofrece. Ese estilo recoge una pretensión de Asturias, pero que compartían los tres amigos en el París de los años treintas del siglo pasado: Uslar Pietri, Carpentier y Asturias, la de que había que aunar eufonía

¹⁴ En 1928 dice Uslar Pietri en el manifiesto vanguardista *Válvula*: "Aspiramos a que una imagen supere o condense, al menos todo lo que un tratado denso pueda decir a un intelecto".

y magia, ser hechiceros, encantadores, brujos de la palabra: “El trabajo del novelista. Hacer visible lo invisible con palabras”.¹⁵

[...] novela con claves para la interpretación de nuestra realidad americana. Era, desde entonces, nuestra preocupación de novelistas: lo americano-nuestro. Andando y hablando. Así teníamos que hacerlo, de paso y con nuestras palabras. Fábula y epopeya. Descubrirnos nosotros, en medio de la más demoledora revolución literaria de los últimos tiempos —el *surrealismo*—, apresuradamente, para salvarnos con lo propio, con lo nuestro. Hablando y andando, por el temor de quedarnos en un sitio y volvernos árboles. [...] Y las posibles combinaciones con otras palabras, para producir nuevos campos sonoros. Eufonía y magia. Por la palabra al encantamiento. El embrujo verbal. Absorberles el seso a los que nos leen o escuchan. Novelistas, no; hechiceros. Eso querríamos ser: hechiceros.¹⁶

Las lanzas coloradas parece adoptar el modelo más o menos codificado de una novela histórica según el canon scottiano. Sin embargo, subvierte, aunque no de forma estruendosa, los valores en los que parece fundarse el modelo. Uslar Pietri ha negado en distintas ocasiones que lo que él hace sea *novela histórica*, prefiere la denominación de *novela en la historia*, en el sentido de que el campo de la novela es el tiempo,

[...] pero no la época, sino la acción del pasado en el presente y la transformación continua del presente en pasado a través del personaje, sus relaciones y sus fantasmas. Es en este sentido que toda la novela es histórica por naturaleza, porque es una tentativa de contener un tiempo y de mantenerlo vivo en términos de presente, aunque la acción que se relate haya ocurrido muchos siglos antes.¹⁷

Yo creo que, en efecto, lo que Uslar Pietri hace no es novela histórica al modelo scottiano, y por ello es perfectamente comprensible que prefiera llamar a sus obras de otro modo, y así evitar encasillamientos o lecturas simplistas. Es, sin embargo, novela histórica si consideramos que el subgénero no ha seguido un solo modelo, ni siquiera en el siglo XIX, y que ha hecho gala de una diversidad poética mayor de la que podríamos suponer en principio. Con frecuencia las novelas del XIX construyen la figura de un narrador testimonial (alguien que fue testigo de los acontecimientos o que vierte lo que un testigo directo le contó) o un narrador-editor-cronista (alguien que transcribe de forma directa un documento encontrado que se convierte de este modo en la historia que leemos). Son poéticas narrativas alentadas por la pretensión de hacernos creer que lo que leemos es *histórico* en el sentido de *verdadero*. El narrador es un mediador. Podría decirse que nos hace entrega del relato verdadero de ciertos hechos de la historia. *Las lanzas coloradas*, bajo su apariencia de linealidad, nos ofrece una poética diferente. No hay visión heroica ni épica, no hay tampoco intención de polemizar acerca del valor histórico, en el sentido de *verdadero*, de aquello que

¹⁵ Miguel Ángel Asturias, “Prólogo a *Las lanzas coloradas*”, en *Las lanzas coloradas ante la crítica*, op. cit., p. 160.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 160-161.

¹⁷ A. Uslar Pietri, “La novela en la historia”, en A. Uslar Pietri, *Nuevo mundo, mundo nuevo*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1998, p. 193.

se narra. Importa resaltar el drama en que se vio obligada a participar toda la nación, de ahí la focalización múltiple que despliega el narrador, al moverse de un personaje a otro para así ofrecer un mosaico de vivencias y de puntos de vista, así como de la fundamental heterogeneidad de tiempos y culturas perviviendo en la sociedad venezolana. La guerra, *barajustando* y descomponiendo el delicado equilibrio de clases, razas e intereses (culturas) que la *calma* de la Colonia se había empeñado en construir, es el espacio donde se puede apreciar la convivencia conflictiva, el enfrentamiento violento de historia y cultura(s), y donde se abre la gran interrogante del futuro de la nación. En ese conglomerado de culturas lo popular (negro) tiene voz y mirada propias, lo que es difícil o imposible encontrar en la novela histórica del XIX.

Asimismo el multiperspectivismo de Uslar Pietri, que impide la construcción de una figura protagónica o heroica, muestra las diversas caras de la heterogeneidad en el acontecimiento histórico de las guerras de independencia, y al hacerlo, más que valorar esquemáticamente a los personajes como civilizados unos, bárbaros otros; del lado de los buenos unos, y de los malos otros, penetra en su conciencia para vivir, desde dentro, los acontecimientos, con lo cual siempre se muestran más complejos de lo que las valoraciones dicotómicas permiten.

Esta mirada interior es el aporte mayor de *Las lanzas coloradas* al género de novela histórica.

Pedro Henríquez Ureña y el nuevo descubrimiento del Mediterráneo

Liliana WEINBERG

Muchas son las razones por las que recordamos hoy a Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), y entre esas muchas, consideraremos aquí una en particular: sus aportes para la fundación de una verdadera poética de la cultura latinoamericana.

Antes de ingresar en este tema, recordemos que Henríquez Ureña es reconocido como uno de nuestros más grandes maestros, en el sentido más cabal y fuerte del término. Para tomar las palabras con las que lo evoca nada menos que Jorge Luis Borges en el prólogo a su *Obra crítica*, “maestro no es quien enseña hechos aislados o quien se aplica a la tarea mnemónica de aprenderlos y repetirlos [...]. Maestro es quien enseña con el ejemplo una manera de tratar con las cosas, un estilo genérico de enfrentarse con el incesante y vario universo”.¹ Se trata entonces de un maestro en el sentido socrático del término, que enseña con la palabra pero también con el ejemplo cotidiano. Como ese caso que recuerda el propio Borges: aquel hombre que fue a buscar al maestro no sólo para escucharlo sino para ver de qué modo se ataba los zapatos. Pero se trata de un maestro que alcanzó a la vez las dimensiones de educador, en cuanto admirador de Sarmiento, Hostos y el krausismo. Creyó que la educación era el gran motor de formación de individuos y ciudadanos; el gran motor de cambio social, la revolución pacífica por excelencia.

Lo recordamos también como gran ensayista y gran editor: la cara íntima y la cara pública del amor por la lengua, la literatura y el libro. No sólo celebramos sus textos en sí mismos, sino que recordamos que Henríquez Ureña trazó con sus ensayos y estudios críticos una gran biblioteca imaginaria para que todos los americanos nos reconociéramos en ella. Nos dio su *Darío*, su *Hostos*, su *Rodó*, para que, con sus interpretaciones, siempre ponderadas e inteligentes, pudiéramos emprender nuestra propia lectura. Pero además, al hablar del editor, pienso que participó y prodigó su vida como colaborador de las grandes colecciones del Fondo de Cultura Económica, en México, o de casas editoras como Austral, Losada, Jackson en Argentina, pensando en función de colecciones, series, grandes obras de la literatura universal, los grandes textos de nuestra tradición que todos los hispanoamericanos debíamos leer y conocer para encontrar nuestra propia identidad cultural. En América la utopía se traduce en la construcción de bibliotecas.

Lo recordamos como crítico del positivismo y renovador de las inquietudes literarias y filosóficas; como introductor de una nueva interpretación de los clásicos y los modernos, como lo muestra su papel en El Ateneo de la Juventud y su amistad con Alfonso Reyes. Lo recordamos tam-

¹ Jorge Luis Borges, “Pedro Henríquez Ureña”, prólogo a Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*. México, FCE, 1960, p. VII.

bién como gran filólogo, lingüista y dialectólogo, agudo lector de poesía y conocedor, como pocos, de cuestiones de versificación, gramática, dialectología.

Se le recuerda también porque nos legó algunos de los libros de ensayo más importantes para América Latina: *La utopía de América* (1925), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), así como interpretaciones señeras sobre la obra de Juan Ruiz de Alarcón, Eugenio María de Hostos, Rubén Darío, que comienza a publicar desde sus tempranos *Estudios críticos* (1905) y *Horas de estudio* (1910). También lo recordamos como quien nos dejó una de las primeras y principales historias de la literatura latinoamericana, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, publicado en inglés en 1945 y en español en 1949, y de la cultura latinoamericana *Historia de la cultura en la América Hispánica*, publicada en 1947. Y quiero detenerme en este último aspecto. No sólo se mostró, desde muy joven, como un agudo y exquisito ensayista, cuyos primeros textos tienen un fuerte sabor modernista, sino que se preocupó por darnos una historia de la literatura y de la cultura, esto es, reitero, un sentido y un horizonte general para lograr ordenar y entender la producción artística y literaria hispanoamericana.

Siempre vemos a un Henríquez Ureña interesado por trazar cronologías, descubrir líneas, tendencias y procesos; por forjar historias comprensivas de los mismos. ¿Por qué le preocupó tanto pensar a Hispanoamérica en el tiempo largo de la historia y de la cultura? Porque nuestro homenajeado es autor de una verdadera poética de la cultura latinoamericana, a quien en alguna ocasión he considerado también como un nuevo descubridor de nuestro Mediterráneo.

En efecto, la lectura del admirable capítulo que Jacques Rancière dedica a la idea del Mediterráneo en Braudel² me condujo, por asociación de ideas, a ese otro gran descubridor americano del Mediterráneo que fue Pedro Henríquez Ureña. Y otra idea sugerente de Rancière respecto de una poética de la historia me llevó a conjeturar que en todo ensayo anima una poética del pensar. Para el caso del prominente historiador francés, perteneciente a la Escuela de los *Annales*, baste con recordar que revolucionó “la manera de concebir y de escribir la historia”. En efecto, si la historia tradicional, hasta principios de este siglo, se organizaba predominantemente en torno a sucesos y gestas de *grandes hombres*, Fernand Braudel propuso cambiar el enfoque de la historia y desplazar el eje de interés hacia la vasta historia de los grupos humanos, con la variedad de ritmos diferenciales de que daban cuenta además las nascentes ciencias sociales, centrando su interés en los pueblos y no en los personajes individuales. Esto es, enfatizando los vastos procesos anónimos y colectivos que hacen a una historia polifónica y global:

Frente a la rápida oscilación de los acontecimientos a escala humana, que el historiador compara a los pliegues de la superficie del océano, Braudel intenta navegar en alta mar para encontrar esa otra historia más lenta de los grupos humanos en relación con su medio y de las estructuras que modelan las sociedades, ya se trate de las grandes rutas del comercio y de las vías navegables o de las mentalidades.

² Jacques Rancière, *Los nombres de la historia: una poética del saber*. Trad. Viviana Claudia Ackerman. Buenos Aires, Nueva Visión, 1993. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* es de 1949.

De este modo, con Braudel “[...] la historia cambia de objeto porque cambia de temporalidad. Sustituye el tiempo rápido del acontecimiento, el soplo corto y dramático de la batalla, por el tiempo largo de los ritmos de la vida material. La perspectiva que adopta Braudel le lleva a contar una historia que ya no sólo recurre a los testimonios y a la psicología, sino a la geografía, a la economía política o a la sociología”.

En cuanto a Pedro Henríquez Ureña, nuestro homenajeado, su propio origen caribeño, su propio peregrinaje por distintas partes de América, su destino atlántico, con una vida signada por avatares que lo llevaron de Santo Domingo a Estados Unidos, de allí a Cuba, México, España y Argentina, donde murió, nunca se sintió extranjero ni exiliado, y siempre se consideró un ciudadano de América. Esto contribuyó a alimentar y a retroalimentar esa mirada generosa, comprensiva de la diversidad de tiempos y ritmos, abarcadora de culturas. Como Alfonso Reyes, su gran amigo, criticó el modelo positivista, por considerarlo erigido en ideología de respaldo del poder y por lo mismo excluyente y desmovilizador. Henríquez Ureña contribuye, desde su juventud, a releer la filosofía y la literatura clásicas, y a proponer una conciliación con el mundo griego. Enamorado del mar, los ríos, las corrientes, los caudales, supo reconocer tormentas e inundaciones, pero postuló para América una integración pacífica de las aguas, como esos ríos caudalosos que van a dar al mar.

Henríquez Ureña pertenece a esa generación que redescubre la herencia griega, y como tal la tradición civilizadora del Mediterráneo. No debemos olvidar que ya a fines del *xix* y principios del *xx* se estaba dando en varios autores latinoamericanos una recuperación del mundo griego y del horizonte mediterráneo, como lo harán los grandes modernistas: Darío, Rodó y Lugones, por ejemplo, y desde luego la generación ateneísta.

Por su parte, Henríquez Ureña dará un giro de gran interés a la cuestión, al vincularla con un enfoque generoso de la vida social, y como base de un nuevo humanismo. Cuando en 1914 pronunció un discurso en la inauguración de las clases de ese año en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, dedicó una larga reflexión a *la corriente helénica* y al largo esfuerzo por “renovar el secreto de la cultura griega”, y se propuso exaltar la cultura clásica, “no como adorno artístico sino como base de formación intelectual y moral”.

Paulatinamente su amor por la herencia griega se combinará con el ejemplo de la Romania como modelo para pensar toda América Latina. Por ello me interesa indagar el papel estructural y simbólicamente asignado al Mediterráneo, y en general al mar, por parte de nuestro autor, en cuya obra un mar es “transformado en su propia metáfora”. Y esto implica, agreguemos, encontrar un elemento proveniente del mundo natural, previo a lo cultural, capaz de fundar un orden cultural como es capaz de fundar su propia metáfora. De allí la posibilidad de pensar la obra ensayística de Pedro Henríquez Ureña como una posible poética de la cultura latinoamericana. Los ensayos críticos del dominicano permiten de este modo dotar de inteligibilidad al devenir de la cultura latinoamericana. Esto es, postular mediante la misma construcción interpretativa que hay ya una coherencia previa, un sentido subyacente en dicho devenir, y de allí que, por ejemplo, plantee que nuestra historia se mueve “entre el descontento y la promesa”. Y a la vez, de manera circular, la búsqueda de esa coherencia implícita es la que autoriza al ensayo a construirse como búsqueda a escala de esa coherencia previa, animado por aquello que Bloch denomina “principio esperanza”.

Tanto en sus ensayos puntuales como en sus visiones de conjunto de la lengua, la literatura y la cultura latinoamericanas, lo que hizo Henríquez Ureña fue otorgar una vida poética a las fuerzas

históricas, sociales y humanas, a la vez que participar de esta poética a sus lectores, para así confirmar, en este movimiento abierto, su pertenencia a una comunidad de experiencia y de sentido. De allí que proponga reemplazar la denominación del “Día de la Raza” por la de “Día de la cultura hispánica”, y en su discurso del 12 de octubre de 1933 declare: “Lo que une y unifica esta raza no real, sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma que lleva consigo su repertorio de tradiciones, de creencias, de actitudes ante la vida, que perduran, sobreponiéndose a cambios, revoluciones y trastornos”.

La admiración crece cuando descubrimos cómo su primer interés filológico e histórico por la cultura griega va dando lugar a una visión culturalista de amplios alcances. En distintas ocasiones se refiere a “los tesoros de la herencia secular que recibimos del Mediterráneo”. Y si la *Historia de la cultura en la América hispánica* es de 1947, el tema del Mediterráneo aparece ya en sus primeros ensayos. Así, en *La utopía de América* dirá: “No vacilaría yo en compararnos con los pueblos, políticamente disgregados pero espiritualmente unidos, de la Grecia clásica y la Italia del Renacimiento”. Y un poco más adelante, al referirse al rumbo de la utopía, anota:

¿Hacia la utopía? Sí: hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de cómo vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin descanso; no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Mira al pasado, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías.³

Un pasaje notablemente denso y rico en implicaciones. Revisemos sólo algunas de ellas. Para empezar, el compartido destino mediterráneo de América con las culturas griega y latina permite entrever la posibilidad de una unidad de los pueblos diferenciados en el presente a partir de un horizonte civilizador común: la tradición románica. Por otra parte, no se trata de cualquier herencia, sino de la que nos une con el salto civilizador de la cultura griega, que rompe con el mito y la leyenda a partir de la crítica y la razón, y nos brinda así una primera idea de la existencia del pasado, que a partir de Grecia se llamará historia, y del futuro, que a partir de la filosofía se llamará utopía.

La herencia de la razón, la crítica, el conocimiento, pero también la herencia de otros dos conceptos que nos asocian, nos comprenden, nos prohíjan: historia y utopía, madres del descontento y de la promesa. Descubrimos así que ese movimiento que va del descontento a la promesa, y que implica una dotación de sentido a potencialidades culturales ya existentes, es el gran movimiento que anima la poética de Henríquez Ureña. La comunidad románica lo era ya en potencia desde que sufrió la imposición del orden imperial, y esa virtualidad es la que autoriza a pensar en la consumación del sentido futuro. La utopía es vector, dirección, sentido: flecha de anhelo. En *La utopía de América* leemos:

³ Pedro Henríquez Ureña, *Plenitud de América. Ensayos escogidos*. Buenos Aires, Peña / Del Giudice, 1952, pp. 14 y 16-17.

Pero la palabra utopía, en vez de flecha destructora, debe ser nuestra flecha de anhelo. Si en América no han de fructificar las utopías, dónde encontrarán asilo. Creación de nuestros abuelos espirituales del Mediterráneo, invención helénica contraria a los ideales asiáticos que sólo prometen al hombre una vida mejor fuera de esta vida terrena, la utopía nunca dejó de ejercer atracción sobre los espíritus superiores de Europa; pero siempre tropezó allí con la maraña profusa de seculares complicaciones: todo intento para deshacerlas, para sanear siquiera con gotas de justicia a las sociedades enfermas, ha significado —significa todavía— convulsiones de largos años, dolores incalculables.⁴

El vínculo con una de las dos Europas, con una de las dos Españas, es evidente, y se refuerza a partir de la idea de parentesco sanguíneo, cercano: son esos “abuelos espirituales del Mediterráneo” quienes nos heredaron la razón, la democracia, la educación, el progreso y la posibilidad de justicia social, en contraste con la cerrazón del modelo asiático, calificado como autoritario, impersonal y orientado al mundo de los muertos en lugar de al mundo de los vivos.

Al pensar en el Mediterráneo grecolatino, que nos da una genealogía luminosa de razón y democracia, está, a la vez, pensando en América:

Debemos llegar a la unidad de la magna patria [...] Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre [...], si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple ‘la emancipación del brazo y de la inteligencia’.⁵

En este pasaje encontramos otro rasgo notable: el empleo de términos genéricos, que supone el desplazamiento de nombres propios y de la idea de la historia hecha por individuos: la historia la hacemos *nosotros*, el hombre, tierra de promisión, humanidad, climas todos, Nuestra América, humanidad, magna patria, naturaleza, trabajo, sociedad, brazo, inteligencia. La historia y la vida de los pueblos se asimilarán, en otros pasajes, a corrientes y mares.

En “El descontento y la promesa”, incluido en los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), se refiere a una posible independencia literaria, aunque siempre reforzado nuestro vínculo *civilizatorio* con el mundo europeo:

Nuestra literatura absorbió ávidamente agua de todos los ríos nativos: la naturaleza; la vida del campo, sedentaria o nómada; la tradición indígena; los recuerdos de la época colonial; las hazañas de los libertadores; la agnación política del momento [...]

Más adelante enriquecerá su interpretación con nuevas imágenes ligadas al ámbito del agua.⁶ El sistema metafórico, que en una primera aproximación puede parecer simple, encubre con el

⁴ *Ibidem*, p. 23.

⁵ *Ibid.*, pp. 24-25.

⁶ *Ibid.*, pp. 28-29.

estilo claro y distinto que caracteriza la prosa de Henríquez Ureña y que recubre ideas de enorme complejidad. El gran tema es, sin duda, el de nuestro posible vínculo con España y el mundo occidental: tradición en contrapunto con rebelión; americanismo en contrapunto con afán europeizante; descontento en contrapunto con promesa, etcétera. En cuanto a quienes en distintos momentos de nuestra vida intelectual fueron acusados de mostrar *desapego* a las raíces nacionales, dirá que el secreto radica en atenernos a la línea que nos une a Grecia, pero, cuidado, recordando que a su vez ni siquiera la propia Grecia, idealizada por muchos, es en sí original, sino que ella misma es también hija de otras culturas: el mundo griego “recogía vetustas herencias; porque ni los milagros vienen de la nada; Grecia, madre de tantas invenciones estupendas, aprovechó el trabajo ajeno”. Por otra parte, “todo aislamiento es ilusorio”. Esto es, toda protesta de pertenencia excluyente resulta fácilmente refutable. Y esto es particularmente notable en el caso de la lengua, convertida, para él, como para Alfonso Reyes, en metáfora y metonimia que remite a su vez a hondos procesos históricos, sociales y culturales:

Acceptemos francamente, como inevitable, la situación compleja: al expresarnos habrá en nosotros, junto a la porción sola, nuestra, hija de nuestra vida, a veces con herencia indígena, otra porción sustancial, aunque sólo fuere el marco, que recibimos de España. Voy más lejos; no sólo escribimos el idioma de Castilla, sino que pertenecemos a la Romania, la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad; pertenecemos —según la repetida frase de Sarmiento— al Imperio Romano.

No se trata de una *idea* importada y tal vez colocada *fuera de lugar* por parte de Henríquez Ureña, sino, muy por el contrario, de una anticipación que comprende tanto la idea del mar como protagonista de la historia, dado su carácter de *natura naturans* y su papel civilizador, como de esa revolución copernicana, que supone el desplazamiento de la historia de los reyes a la del mar. Esto es, “de los espacios de civilización, las largas duraciones de la vida de las masas y las dinámicas del desenvolvimiento económico”, ahondamiento de la distancia temporal y neutralización de la persona o el individuo, que convierten al relato en una objetividad no asumida (y en esto coincidía en ciertos puntos básicos con Braudel, pero la articulaba con otra noción, que en este caso es fundamental: el elemento colonial, el componente de conquista y asimetría entre pueblos que supone también el mar).

Esto lo lograba nuestro autor apelando a una poética, una poética del saber, a una poética del pensar —como me gusta llamar al ensayo. Al hacer del mar Mediterráneo parte de un complejo sistema metafórico que gira en torno a ríos, corrientes, caudales y océanos, logra una preeminencia de imágenes que pertenecen al campo del imaginario del agua y que le ayudan a nombrar la experiencia americana a la vez que le permiten establecer una analogía con la historicidad de los procesos, de manera que el mar se convierte en el gran integrador de todos los niveles, y con el carácter colectivo, social, de los mismos, una vez más, el mar, los caudales y las cuencas fluviales son el modelo de concurrencia virtuosa: una solución posible al grave problema de la unidad en la diferencia que preocupa a tantos intelectuales latinoamericanos.

¿Cuál es el propósito de incluir el mar en el ensayo y hacerlo clave de una poética de la cultura latinoamericana? Por una parte, o como dice acertadamente un estudioso del género, imáge-

nes y metáforas permiten “hacer la historia representable”, a la vez que dotar de “legibilidad el presente”⁷. Se da un efecto plástico al incluir una imagen visual (la cartografía en torno al descubrimiento de América, donde predomina el mar), que es a la vez cita y referencia de un universo marino realmente existente y reinterpretación metafórica de ese existente, al que se atribuye la propiedad de ser naturaleza generadora de cultura.

Para complicar aún más las cosas, la intuición original del mar en Henríquez Ureña va cediendo su sitio, en trabajos posteriores, a otra preocupación que lo representa: el idioma español, al que permanente e implícitamente intenta confrontar con el modelo de una *koiné*. Así, por ejemplo, ya en la primera página de su *Historia de la cultura en la América hispánica* (1947) aparecerá el idioma español como una nueva cartografía para pensar la América, superpuesta a los órdenes político y social:

El idioma español se ha conservado normal en toda la América hispánica, e igual cosa sucede con el portugués en el Brasil. Eso no significa que no haya diferencias, en el uso de los idiomas, entre la Península Ibérica y el hemisferio occidental... El español, derramado sobre territorios vastísimos y poco comunicados entre sí, presenta menos uniformidad.

Pedro Henríquez Ureña descubrió, a partir de su propia trayectoria intelectual, que es posible repensar la historia desde una idea de larga duración y una visión propia de la historia social, cuyo eje resulta la historia de un mar y de una civilización, en lugar de la historia de los personajes individuales, y lo hizo como una forma de afiliar su propia experiencia de viajero y exiliado a la vida americana. Al respecto es clave su sensibilidad para con el nuevo concepto antropológico de cultura, esto es, para el desplazamiento del viejo concepto elitista de cultura como patrimonio de pocos en favor de un concepto amplio y generoso de cultura como el quehacer de todos.

En segundo lugar, la intuición mediterránea de Henríquez Ureña tiene un fuerte componente ético y estético, que liga mediante la imagen utópica y poética, unidad continental y democracia participativa. Otro tanto sucede con su acercamiento a la vida latinoamericana con una perspectiva interpretativa en que confluyen y se imbrican las dimensiones cultural, social e histórica, puestas en movimiento por ese móvil, esa *flecha de anbelo* que se desplaza del descontento a la promesa, que permite el movimiento armonioso y la renovación optimista.

Este dialectólogo, filólogo, pensador, aprendió a partir de sus estudios que el amor por el Mediterráneo se reviste para un americano de una marca característica notable: Caribe y Atlántico son, como el Mediterráneo, mares de cultura. Caribe y Atlántico constituyen, a diferencia del Mediterráneo, testigos de un nuevo proceso colonial.

El Mediterráneo permite entonces a Henríquez Ureña colocar un mar en el origen de la historia americana, en el origen de la comunidad americana. El mar simboliza la llegada de los conquistadores, pero también la apertura de América al mundo; el comienzo de una relación colonial, extractiva y excluyente, pero también, como todo mito de origen, el doloroso nacimiento de una civilización, de una comunidad de cultura. Ya no hay vuelta atrás: el agua —indeterminada, funda-

⁷ Patricia Marot, «L'essai romantique», en Pierre Glaudes, ed., *L'essai, métamorphoses d'un genre*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, Press Universitaires du Mirail, 2002.

dora, engendradora, que vincula y separa— está antes de nuestra toma de conciencia histórica. El empleo del mar como símbolo que, lejos de ser esotérico, traduce procesos históricos y sociales concretos; el empleo del mar como metáfora y como metonimia perfila a su vez esa posible poética de la cultura labrada por Henríquez Ureña.

El gran intelectual que hoy recordamos es así descubridor del Mediterráneo, pero no en el sentido que le atribuye la expresión popular. Tampoco lo es estrictamente en el sentido de Braudel, quien está librando su propia batalla simbólica en el plano historiográfico, aunque sí existen, como vimos, coincidencias notables. El Mediterráneo le permite nombrar una configuración cultural, una experiencia social colectiva, y proponer una nueva interpretación, descolonizadora, aunque no de ruptura, con la herencia colonial.⁸

Concluamos, por nuestra parte, que en esta vasta tradición de mares sublimes, aguas profundas, corrientes vertiginosas, de inmensidades épicas y ríos de aventura, se inscribe la poética de la cultura de Pedro Henríquez Ureña. El manso, racional y contenido estilo apolíneo de nuestro intelectual se aplica —paradójica o tal vez no tan paradójicamente— a pensar con rigor la libertad creativa de la lengua, la literatura, el arte y la cultura. Un Pedro Henríquez Ureña que dota a su poética del pensar, desde la experiencia americana, de una articulación no prevista por Braudel, y descubre así otro Mediterráneo, el de la relación colonial. Un nuevo Mediterráneo, en este caso *atlantizado*.

⁸ Así, al hablar de Hostos, dice que “Piensa en el porvenir de España y en la libertad de las Antillas: las concibe autónomas dentro de una federación española”. (p. 675).

Romantismo, negatividade, modernidade

Antonio CANDIDO¹

Talvez não seja exagero dizer que o Romantismo foi uma das fontes principais da modernidade na literatura.

Nas literaturas do Ocidente houve duas grandes rupturas. Pensando sobretudo nas de língua latina, das quais provieram as nossas, digamos que a primeira ruptura se deu a partir do fim do século xv e gerou uma produção na qual a tradição greco-latina foi considerada modelo supremo. Na prática a variedade das soluções foi grande, mas é possível dizer que a linha mais característica dessa orientação foi a que procurou refazer certos gêneros antigos, como a tragédia em verso, cujo momento mais alto ocorreu no século xvii francês. Essa volta relativa à Antiguidade importava, de certo modo, em interpretar o presente por meio do passado.

A segunda ruptura se deu a partir do fim do século xviii e foi o Romantismo, que libertou a produção literária das normas preestabelecidas e impositivas, estimulando a experimentação ao romper a tirania das regras. Por isso, é costume dizer que o Romantismo estabeleceu a liberdade de criação literária, abolindo a servidão às tradições. Houve, portanto, uma inversão de concepções, porque os autores passaram a interpretar o presente por meio de recursos expressivos modernos, como foram a mescla de gêneros ou o romance em prosa de toque realista, que vinha de antes, mas só então se desenvolveu e adquiriu a dignidade de gênero de primeira plana.

O Romantismo foi, portanto, o começo de uma literatura aberta às mudanças, ao aderir ao presente, não ao passado, num momento de rápidas mudanças técnicas e sociais. Isso foi se acentuando até as vanguardas do século xx, que privilegiaram a mudança incessante, orientada por um inconformismo permanente que se manifestou pela negação de conceitos, valores e procedimentos. A partir dessa verificação procurarei mostrar que uma das grandes fontes da modernidade nas literaturas do Ocidente foi o que se pode chamar de *negatividade*, a meu ver um dos traços românticos mais interessantes.

Entendo aqui este termo em sentido amplo, abrangendo tanto os temas quanto as formas de expressão que manifestam aquilo que é o oposto, o avesso do que se espera. “Sou o espírito que nega” —é como o demônio se define no *Fausto*, de Goethe. No meu conceito há um pouco disso.

¹ Antonio Candido es el mayor crítico literario del Brasil y uno de los mayores de América Latina. A invitación de la Facultad de Filosofía y Letras, en ocasión de su visita a México para recibir el Premio Internacional Alfonso Reyes 2005, el profesor Candido dictó una conferencia magistral el 10 de octubre de ese año, en el Aula Magna Fray Alonso de la Veracruz. Resultado de esa conferencia es el presente ensayo, hasta ahora inédito, y que aquí se publica por vez primera con la autorización del autor.

Penso no gosto romântico pelo que está no outro lado, pelo modo ou a coisa que contrariam, pelo sentimento que se opõe, pelo ato que parece ir contra a corrente. Exemplos: o tûmulo que se opõe à casa; a ruína que se opõe à construção; a decadência que se opõe ao apogeu; a noite que se opõe ao dia; o sono que se opõe à vigília; a anormalidade que se opõe à normalidade; o mal que se opõe ao bem; o texto fragmentário que se opõe ao texto completo; o poema sem sentido que se opõe ao poema com sentido. No final, a morte que se opõe à vida. Estes são tipos de negatividade cultivados pelos românticos como opções preferenciais.

Não quero dizer que estes traços são próprios do Romantismo, mas que no Romantismo eles se concentraram e assumiram características especiais. Além disso, passaram a exercer uma função nova, de maneira a definir certo modo de conceber e praticar a literatura. Aquilo que em outros momentos aparece dissolvido em diversos contextos, se reúne no Romantismo para formar um massivo de negatividade, que influirá na literatura como indecisão expressional, recusa dos sentimentos convencionais, gosto pelo inacabado, sentimento de vazio e falta de significado, chegando à noção de absurdo e a um discurso cujo objeto parece ter sofrido uma espécie de corrosão que ameaça destruí-lo. A página preta ou a página pontilhada do *Tristram Shandy*, de Sterne, inicia no século XVIII uma caminhada expressional pelo avesso, que pode chegar no século XX à letra em liberdade, o “letrismo”, de Isidore Isou, ou, em pintura, às telas de Malevitch: “Quadrado preto sobre fundo branco”, de 1913, culminando no “Quadrado branco sobre fundo branco”, de 1919, que poderia ser uma glorificação do nada, isto é, a suprema negatividade.

Pensando nos tópicos que mencionei há pouco, lembremos que é um lugar comum na história da literatura dizer que entre os sinais precursores do Romantismo no século XVIII está o gosto pela noite, os cemitérios, as ruínas. E vêm as citações de Gray e sua “Elegia escrita num cemitério”, das “Noites”, de Young, das “Ruínas”, de Volney.

Uma constelação significativa sob este aspecto é a tríade noite-sonho-morte. No Romantismo, a noite é vista como momento privilegiado. Não é apenas ambiente favorável ao sobrenatural e ao insólito, mas é também correlativo dos estados da alma, equivalendo a um modo de ser ligado ao inconsciente, às raízes profundas da personalidade. Por sua vez, o sono aparece, na noite, não como alternativa da vigília, mas como fonte eventual de uma existência diferente, que se manifesta sobretudo no sonho, “uma segunda vida”, como diz o famoso texto de Gérard de Nerval.

Devido a esse contexto, entra na literatura a exploração cada vez mais profunda do inconsciente, o respeito pelas camadas ocultas da personalidade, que podem ser uma negação de tudo o que parecemos ser. Este é um dos filões mais ricos da modernidade, que se expandirá no século XX como elemento central de muitas obras, convergindo com a psicanálise, que marca todo o século, e chegando a predominar em tendências como o Surrealismo.

Se passarmos da esfera individual para a esfera dos povos e das civilizações, veremos que o sentimento das ruínas pode desempenhar função paralela à de certas formas de valorização da morte.

É o que vemos na introdução do livro *As ruínas*, de Volney, que é de 1791. Durante muito tempo este livro hoje esquecido foi uma espécie de breviário dos livre-pensadores, devido à análise da religião como superstição. Ele é também uma longa meditação sobre a fragilidade dos impérios, que deixam apenas vestígios arruinados da sua grandeza. Inspirado pelas ruínas de Palmira, na Síria, Volney desenvolve a sua meditação, que apesar de muito racionalista, e mesmo voltaireana, tem uma série de elementos que podem ser considerados pre-românticos. Na citada introdução, ele

passa da ruína ao túmulo e apresenta a morte como suprema liberdade. Túmulo e ruína se juntam assim para sugerir a força corrosiva do tempo, que é obsessão marcante dos românticos, conscientes de que a vida das sociedades é relativa a ele e se altera conforme ele. A partir daí, o sentimento da transitoriedade das civilizações desperta em Volney a reflexão sobre o destino e a morte.

Tudo isso influenciou na arte e nos costumes, suscitando, por exemplo, a moda da melancolia, ligada ao raio de luar, aos “noivados no sepulcro”, com reforço de afetividade mórbidamente exagerada. Nos jardins se manifestou a voga das ruínas artificiais, ruínas novas em folha simulando restos tristes de um passado morto. Entre as imagens familiares do Romantismo, que exprimem esta tendência, lembro a torre arruinada, com a lua, uma coruja piando lugubrememente e, dentro, algum mancebo desesperado desejando morrer de frustração amorosa. “O destino gerou ao mesmo tempo, como irmãos, o amor e a morte,” diz um poema famoso de Leopardi.



Pensando especificamente na literatura, vale a pena mencionar alguns temas e alguns procedimentos formais que podem ser considerados manifestações de negatividade romântica.

Entre os temas, poucos atingiram mais profundamente a sensibilidade média dos escritores e dos leitores do que os ligados ao satanismo, isto é, a negação revoltosa contra os padrões sociais, a vontade de afirmar o contrário do que é preconizado, o gosto pela vida irregular, fora da norma, chegando ao gosto pela crueldade. Tudo isso é conhecido, não sendo necessário lembrar a obra e a personalidade de Byron, cuja influência foi grande no Romantismo da América Latina. No Brasil, nutriu obras como a de Álvares de Azevedo, menino prodígio cuja novela *A noite na taverna* é verdadeiro compêndio do extremismo temático dos românticos, com homicídios por engano, incesto, necrofilia, canibalismo. O mesmo Álvares de Azevedo (morto aos vinte anos) é autor de um drama irregular, mas cheio de beleza, *Macário*, no qual a presença do demônio simboliza as regiões tenebrosas da personalidade como avesso da consciência clara.

No limite do satanismo encontramos o sadismo, traço típico de negatividade, pois subordina algo tão positivo quanto o prazer a algo extremamente negativo, como é a dor. Na literatura romântica o sadismo é frequente, seja descrito concretamente como prática, portanto se manifestando visivelmente no nível do comportamento, seja como componente obscuro, recessivo na alma de cada um. Sabemos que Baudelaire é uma ponte entre o Romantismo e a modernidade, e não há dúvida de que foi um dos mais notáveis incorporadores do sadismo à poesia do seu tempo.

Passando dos temas aos procedimentos formais, ou, por outras palavras, passando à negatividade na forma, depois de tê-la mencionado no conteúdo, pode ser destacada a tendência à composição fragmentária, que é mais interessante do ponto de vista crítico e é um traço de origem romântica. Como introdução ao que pretendo dizer, sugiro uma distinção esquemática, provavelmente arbitrária, mas que pode ser útil para fixar as idéias e é a seguinte:

Na literatura barroca a palavra parece vista como algo superior à natureza, sendo capaz de transfigurá-la e de se substituir a ela. Por assim dizer, é uma palavra *prepotente*. Na literatura clássica, ou melhor, neo-clássica, a palavra é vista como igual à natureza, por isso é capaz de representá-la com fidelidade, sendo, por tanto, uma palavra *equivalente*. Mas na literatura romântica a palavra

parece sentir-se inferior à natureza e aos sentimentos, incapaz de descrevê-los ou exprimi-los de maneira adequada, como se fosse *impotente*. Um lugar-comum do Romantismo é a afirmação que o essencial, o mais importante, não pode ser expresso, porque está sempre além da palavra. Daí uma espécie de fuga, de renúncia à expressão plena, que aparece nos protestos de incapacidade por parte do escritor, na preferência pela sugestão em lugar da designação, no gosto pela elipse e a interrupção, no uso das linhas pontilhadas para sugerir que o texto é truncado, por não ser capaz de alcançar a plenitude expressional.

Ao cabo desta tendência surge o fragmento, traço que se definiu no Romantismo e se tornou princípio estético importante nas tendências que vieram depois. Neste terreno convém distinguir o fragmento propriamente dito, que é um texto curto parecendo não ter começo nem fim, construído para se bastar a si mesmo e renunciar ao todo em favor da parte. Além disso, há o falso fragmento (como a falsa ruína), que é um texto completo, mas simulando interrupções por meio de espaços brancos, de linhas de pontos, de reticências, geralmente com o intuito de criar certo mistério ao sugerir que está faltando algo, que na verdade não falta.

Em ambos os casos estamos ante um traço romântico, isto é, a sugestão que o inacabado e o vago não apenas correspondem à impotência da palavra, mas parecem sinal de profundidade, mistério, sonho, como se o leitor fosse posto diante de ruínas sugestivas de um texto cujo caráter incompleto desperta a imaginação.

Estes procedimentos se desenvolveram em tendências posteriores ao Romantismo e são frequentes no Simbolismo, chegando a assumir posição por vezes dominadora nas vanguardas do século xx.

No século xx as vanguardas de certo modo entronisaram o fragmento, que seria na opinião de muitos a solução adequada para exprimir o mundo em que vivemos, graças à descontinuidade do discurso. O fragmento deixou de ser então na literatura um episódio mais ou menos importante de composição, para se tornar um procedimento privilegiado.

Giuseppe Ungaretti, que foi professor de literatura italiana na Universidade de São Paulo de 1937 a 1942, ensinou qual é a importância decisiva do fragmento, pois segundo ele a poesia contemporânea só pode ser fragmentária. No belo ensaio “Difficoltà della poesia” indicou raízes românticas deste procedimento, a partir da publicação dos poemas inacabados de André Chenier nos anos de 1820 e 1830. Foi essa circunstância ocasional que, segundo ele, “revelou aos românticos franceses a técnica do fragmento, resolvendo assim a sua crise da linguagem”. Diz ainda que na Itália Leopardi usou “fragmentos de suas poesias da adolescência, dando-lhes o efeito intensíssimo de fratura abissal na origem, de fratura abissal no fim”. A partir daí Ungaretti estabelece uma definição luminosa:

“Por fragmento se define [...] o pedaço de discurso que, para ser em seus efeitos poesia realizada, começa por uma ruptura e termina por uma ruptura. A partir daquele momento, a poesia mostrava que era toda ela angústia refreada, alarme incluído entre duas catástrofes”.

Portanto, o fato de um texto ser mínimo, como as “formas simples” estudadas por Joles, não quer dizer que seja fragmento. Este se configura quando o texto suprime voluntariamente segmentos que deveriam ser incorporados ao discurso para constituir uma expressão organicamente composta por começo, meio e fim.



Para compreender a inspirada definição de Ungaretti, lembremos que ele chegou a compor poemas de um só verso, como, no livro *Sentimento del tempo*:

Una colomba
D'altri diluvi una colomba ascolto.
(*Uma pomba*
De outros dilúvios uma pomba escuto).

A associação de duas palavras, “colomba” (pomba) e “diluvi” (dilúvios) sugere que se trata do dilúvio bíblico, desencadeado por Deus para punir a humanidade pecadora. Neste caso, os dois “abismos”, ou “as duas catástrofes” de Ungaretti são evidentes. De fato, antes do poema foram tragados pela elipse todas as noções que a Bíblia fornece sobre a ira de Deus, a escolha de Noé, a construção da arca, as amostras de animais, a inundação universal que cobre a terra de água durante quarenta dias. Tudo isso caiu num abismo virtual do discurso. Depois do poema monoverso vem a segunda catástrofe verbal, que suprimiu a parada da arca sobre o Monte Ararat, a pomba voando com o ramo de oliveira no bico, o arcoíris, símbolo da nova aliança de Deus com os homens. Entre abismo anterior e o abismo posterior sobra apenas o breve momento de poesia, o fragmento de discurso, suspenso entre duas anulações, que no entanto significa muito, pois vem carregado de possibilidades, de sentidos implícitos. Com efeito, este verso único parece dizer que o poeta vê o mundo como risco permanente de destruição por catástrofes, sempre sucedidas por restaurações anunciadas pela nossa teimosa esperança.



Por este exemplo vemos que o Romantismo, grande fonte da modernidade, não apenas explorou largamente o poema discursivo de mensagem completa, mas lançou no outro pólo a tentação do discurso fragmentário, que seria um importante modo de expressão, sobretudo para as vanguardas do século xx. Certos autores contemporâneos parecem só se exprimir bem por meio dele, como Oswald de Andrade no Brasil.

Para terminar, esclareço que não é meu intuito aderir à estética do fragmento, mas somente dizer que a escrita fragmentária me parece um caso de negatividade criadora, que é das marcas do espírito romântico legada aos nossos dias.

De la venganza, a propósito de un ensayo de Antonio Candido

Jorge RUEDAS DE LA SERNA

Éste es en parte el drama del Conde de Monte Cristo, hijo de su siglo, patriarca de los *self-made-men*, quien ignora la solidaridad y la igualdad, y que conoce tan sólo la subordinación y la dependencia requeridas también por su terrible sadismo.

ANTONIO CANDIDO

La reciente película *The Count of Monte Cristo* (2002), dirigida por Kevin Reynolds y estelarizada por James Caviezel, como Edmundo Dantés, y Dagmara Dominczyk, como la hermosa Mercedes, tiene un acierto iconográfico especial, a pesar de su anacronismo hollywoodense: el descenso del Conde de Monte Cristo en un enorme globo aerostático del tipo que en 1783 hizo volar en Versalles el inventor Jacques Montgolfier ante Luis XVI y su corte. El globo, de cuyas cuerdas doradas penden varios acróbatas, desciende lentamente sobre la terraza del impresionante palacio de Monte Cristo en el *quartier des Champs-Élysées*, ante la estupefacta mirada de la aristocracia parisense, y en medio de la cual se hallan sus más odiados enemigos: el fiscal Villefort, que arteramente lo condenó; sus perjuros delatores Danglars y Mondego, pero sobre todo Mercedes, a quien este último traidor desposó después de que Edmundo, su prometido, fuera encarcelado en el tenebroso Castillo de If, catorce años antes.

Cuando la cesta de mimbre descansa sobre la terraza, sale de ella Monte Cristo, y mira fríamente a esa multitud de hombres y mujeres que están a sus pies, una escalinata más abajo, donde él los ha colocado. Simbólicamente la venganza social se ha consumado. Ahora le resta sólo aplicar científica y puntualmente su venganza personal, que desde los tiempos de la prisión fue trazando con rigor matemático y empieza a ejecutar en la mejor parte del libro: el carnaval romano.

Pero, a partir de ese punto, el guión se aparta cada vez más de la historia original, y lleva al héroe por un sendero profiláctico que lo despoja de todas las pulsiones nefastas, repulsivas al espectador medio estadounidense actual, y que, no obstante, fascinaban a los lectores románticos. La novela queda de ese modo convertida en un relato típico del superhombre, al más puro estilo del *self-made-man* de la era de la globalización, con su forzado *happy end* que destruye por completo la imagen enigmática y sincrética del Conde: ángel y demonio. Para lograr esta metamorfosis, la producción británico-estadounidense hizo una cuidadosa cirugía de la historia original, amputando todo lo que pareciera disolvente, fluido, oscuro y, en fin, subversivo del personaje, empezando por

su orientalismo, su pacto satánico, su sadismo, su crueldad extrema y su descenso ulterior al infierno del calabozo para tranquilizar su conciencia, después de sus horribles y maquinados crímenes.

Y, de manera coherente con toda esta operación *suitable* (*disinfectant operation*) en la figura del Conde, se despoja a la historia de los temas igualmente inconvenientes a la moral dominante: el suicidio, la nauseabunda corrupción de la aristocracia, los crímenes intrafamiliares, como los envenenamientos y el infanticidio. En el otro extremo también se calla el desprendimiento final del Conde que cede a Morrel toda su inmensa fortuna. Y, en obediencia a esa necesidad de adaptación de la historia a un gusto mezquino y comercial, la trama es ridículamente alterada. De acuerdo al cliché de la lucha entre el bueno y el malo, Edmundo se bate con Fernando y le da muerte, y, como todo héroe convencional, se hace merecedor otra vez del amor de Mercedes y de su vástago Alberto, quien, para sorpresa del espectador, resulta ser hijo de Monte Cristo y no del marido de aquella, marido ruin, ciertamente, que ha pasado a mejor vida sin el menor escrúpulo de la viuda.

Nada de esto existe en la novela, en la que Fernando se suicida y Mercedes se retira a vivir con su hijo, envejecida por sus remordimientos, habiendo aceptado la caridad del Conde. En tanto que éste se une a la joven y bella esclava griega Haydée, que había comprado en Constantinopla, y que había servido a sus designios vengadores.

No habría mayor interés en esta trigésima versión filmica de la novela de Alexandre Dumas, a no ser como síntoma del cambio de las expectativas del público actual en relación con las del siglo XIX y gran parte del XX. Para entenderlo con claridad, debo referirme a uno de los más brillantes ensayos del crítico brasileño Antonio Candido: "Monte Cristo o de la venganza", no con el ánimo de glosarlo, sino más bien de describir lo que el excelente ensayo me ha inspirado como su simple lector. En todos sus ensayos Candido descubre en los textos que analiza aspectos claves de la realidad social, que difícilmente podemos ver a simple vista o, incluso, con el auxilio de otras disciplinas y objetos.

Y es que Antonio Candido considera que si no siempre una perspectiva sociológica es pertinente para comprender el sentido profundo de una obra literaria, en otros casos se puede decir que es indispensable, y el *Conde de Monte Cristo* es uno de ellos. Desde este punto de vista interesa —escribe en su libro *Literatura e sociedade*— concebir a la obra dentro de un sistema simbólico de comunicación interhumana, en cuyo proceso intervienen cuatro elementos: "un comunicante, en este caso el artista; un comunicado, o sea, la obra; un comunicando, que es el público al que se dirige; gracias a eso se define el cuarto elemento del proceso, esto es, su efecto".¹ En este sentido, la obra sólo podrá considerarse acabada "en el momento en que repercute y actúa". Por todo ello, advierte, no es conveniente separar la repercusión de la obra de su factura.

El crítico se impone la tarea de estudiar las influencias que la sociedad ejerce sobre la obra, vinculándola a la estructura social en la cual surge (por la posición social del escritor y la configuración de los grupos sociales a los que está dirigida), a los valores e ideologías (por la forma y contenido de la obra) y a las técnicas de comunicación (por la factura y transmisión). De estos hechos (socioculturales) se desprenden los cuatro momentos de la producción, traducidos de la siguiente manera: "a) el artista, bajo el impulso de una necesidad interior, orienta su creación

¹ Antonio Candido, *Literatura e sociedade. Estudos de teoria e história literária*. São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1965. p. 26. La traducción de las citas es mía.

según los patrones de su época, *b*) escoge ciertos temas, *c*) usa ciertas formas y *d*) la síntesis resultante actúa sobre el medio".² Por lo que el proceso de producción de la obra literaria es *bitransitivo*; no depende exclusivamente del arbitrio del escritor, aun cuando se trate de la expresión de sus más profundas *emociones*³ y sentimientos individuales. Pero es claro que la autonomía de la obra se da en grados diversos, tanto en la producción como en la recepción, con respecto a su tiempo y a la sociedad. Antonio Candido ve dos grandes grupos de obras, según su tendencia social: las de *agregación* y las de *segregación*. Las primeras se inspiran en la experiencia colectiva, y se sirven de medios comunicativos accesibles al someterse al sistema simbólico vigente, ya establecido. Las segundas buscan renovar el sistema simbólico, a partir de la creación de nuevas formas expresivas, y se dirigen a un público más restringido. Esta discriminación tiene su origen en dos fenómenos sociales básicos: la integración y la diferenciación.

La integración es el conjunto de factores que tienden a acentuar en el individuo o en el grupo la participación en los valores comunes de la sociedad. La diferenciación, al contrario, es el conjunto de los que tienden a acentuar las peculiaridades, las diferencias existentes en unos y otros.⁴

Ambos, añade Candido, son procesos complementarios, y de ellos depende la socialización del hombre. La literatura no escapa, en cuanto fenómeno social, a esta dialéctica, de modo que de su particular modo de equilibrar estas dos tendencias depende en mucho su supervivencia artística. Una obra que se orienta sólo en uno de estos dos sentidos compromete su perdurabilidad y por lo general sucumbe con su tiempo o frente a su tiempo. El caso de la novela de Dumas aquí tratada es un caso ejemplar. Fue confeccionada para ser publicada en folletín, por entregas, y sin duda se trata de una obra de *agregación*, pues por su factura y por su modo de transmisión se orientaba a alcanzar el mayor número posible de lectores. Su impacto y su éxito fueron inmensos. Se reeditó en infinitos periódicos durante un siglo, y se ha publicado en incontables ediciones en todo el mundo. Ha sido llevada al cine más de treinta veces, y se convirtió en una referencia obligada de críticos literarios, sociólogos, historiadores y filósofos. En el conde Nietzsche vio el arquetipo del superhombre moderno. Pero quizás no existe otro ensayo tan penetrante sobre la integridad de la obra como el que escribió Antonio Candido.

"Monte Cristo o de la venganza"⁵

El ensayo se divide en cinco partes, cada una de las cuales representa un ángulo de visión diferente, como si se tratara de un calidoscopio. Las cuatro primeras son inquisiciones sucesivas sobre

² *Ibidem*, p. 25.

³ Antonio Candido escribe *veleidades*, que en portugués significa también "quimeras, fantasías". En español no se entiende así, por eso prefiero llamarlas *emociones*, que para los psicólogos actuales "involucran un conjunto de cogniciones, actitudes y creencias sobre el mundo".

⁴ A. Candido, *Literatura e sociedade. Estudos de teoria e história literária*, op. cit., p. 27.

⁵ "Monte Cristo ou da vingança" apareció, en una primera versión, en la *Série Os Cadernos de Cultura*, núm. 10. Rio de Janeiro, Serviço de Documentação / Ministério da Educação e Saúde, 1952. Posteriormente fue publicado, en su forma definitiva, como capítulo del libro *Tese e antítese: ensaios*. São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1964. Me sirvo aquí de la traducción española de Mária Russoto, publicada en el volumen *Crítica radical*. Caracas, Ayacucho, 1991.

núcleos significativos que parten de una larga e intensa observación del texto. La quinta y última es la visión totalizadora en la que se han integrado todas las anteriores, y en ella se revela el sentido último de la obra. Pero en cada fase la observación no es sólo pasiva. El crítico no se satisface con la mera descripción de los fenómenos, sino que después de haber observado éstos con atención sostenida, pasa a lo que ya Balzac llamaba la *experimentación*,⁶ es decir los somete a una permanente confrontación con sus analogías o contradicciones internas y externas, en un movimiento dialéctico que va necesariamente del texto al contexto y viceversa. En este punto debe tomarse en cuenta que Candido, adelantándose con mucho a la moderna teoría de la recepción literaria, había postulado en su libro, ya citado, *Literatura y sociedad*, lo siguiente:

Hoy sabemos que la integridad de la obra no permite adoptar ninguna de esas visiones disociadas; y que sólo la podemos entender fundiendo texto y contexto en una interpretación dialécticamente íntegra, en que tanto el viejo punto de vista que explicaba por los factores externos, cuanto el otro, nortado por la convicción de que la estructura es virtualmente independiente, se combinan como momentos necesarios del proceso interpretativo. Sabemos, aún, que lo *externo* (en el caso, lo social) importa, no como causa, ni como significado, sino como elemento que desempeña un cierto papel en la constitución de la estructura, tornándose, por tanto, *interno*.⁷

En el caso de la novela de folletín, y específicamente en *El Conde de Monte Cristo*, esta concepción es prioritaria. Si lo *social* se ha tornado interno, es decir, si está dentro y no fuera del texto, entendemos que no sólo la posición social del escritor, la configuración de los grupos de receptores, los valores e ideologías, y las formas de transmisión son elementos estructurales internos; es decir repercuten en la factura de la obra, y también dentro del texto está el receptor, el lector. De tal forma que es el texto, siempre, el que debe regir la operación crítica. Ahora, esta operación crítica se orienta conforme a la naturaleza de lo que el texto literario comunica al lector, que no son sólo hechos históricos, conceptos o ideas, sino sobre todo la expresión de las más profundas emociones del autor y que apuntan a la subjetividad y a las intuiciones del lector. Por eso el crítico, en este caso Antonio Candido, después de una intensa y sostenida lectura que ha hecho abstracción de todo lo anteriormente dicho sobre la obra, selecciona un fragmento que, a su parecer, encarna un problema fundamental que irá desmenuzando a partir de esta fase del análisis,⁸ y que, en otro lado, él mismo ha denominado "la inicial sistematización de nuestras intuiciones".⁹ En el caso de esta obra, el fragmento seleccionado y transcrito al comienzo del ensayo es la escena que abre el capítulo primero de la segunda parte, en que Dantés está de pie sobre la roca

⁶ Emilio Zola, "La novela experimental", en *El naturalismo*. Tr. de Jaime Fuster. Barcelona, Eds. Península, 1989. pp. 31-71.

⁷ Candido, *Ibidem*, p. 4.

⁸ Me he referido a esta forma de análisis literario, defendida tanto por Erich Auerbach como por Candido, en mi artículo "El método crítico de Antonio Candido", aparecido en el libro Jorge Ruedas de la Serna, coord., *História e literatura. Homenagem a Antonio Candido*. Campinas, Universidade Estadual de Campinas, Imprensa Oficial do Estado de São Paulo / Memorial da América Latina, 2003. pp. 397-415.

⁹ En el "Prefacio" del libro *Estruendo y liberación. Ensayos críticos*, editado por Jorge Ruedas de la Serna y Antonio Arnoni Prado. México, Siglo XXI, 2000, p. 14, Antonio Candido escribe: "Personalmente, pienso que el punto de partida del crítico debe ser la sistematización de sus intuiciones, nacidas de una lectura perceptiva, en una especie de aventura men-

que esconde su tesoro, en la isla de Monte Cristo, en medio del océano, y del cual entresaco el siguiente párrafo:

[...] Llevando los ojos a las cosas que lo rodeaban más de cerca, se vio en el pico más alto de la isla cónica —frágil estatua de ese pedestal inmenso. Debajo de él, ningún hombre; a su alrededor, ningún barco: solamente el mar azulado, que venía a estrellarse al pie de la roca, ribeteado de una franja de plata por el choque sempiterno.¹⁰

Esta imagen es un icono central del Romanticismo: el personaje que ha escalado las alturas y desde ahí contempla triunfante el mundo a sus pies. El océano, como dice Candido, representa el mundo y en sus profundidades oculta los más recónditos e ignotos misterios. Oculta también grandes tesoros. Pero Edmundo se sitúa aún más arriba, en la punta de ese alto pináculo. Sólo esa elevación, la más alta sobre el mundo, satisface sus aspiraciones de grandeza. Ahí está erguido y triunfante, en la cima del poder y la riqueza, pero ahí también está solo, se siente aislado, *insularizado*, no ve a nadie en derredor. Ahora, que está a punto de dejar de ser Dantés para convertirse, en un instante, en el Conde de Monte Cristo, apenas descienda a las profundidades de la caverna que está debajo de él, y por tanto en el hombre más rico del mundo, presiente ya el vértigo de la soledad y el aislamiento. Por eso esta imagen, que como todas las imágenes verdaderas es plurisémica y contradictoria, resume toda la parábola del libro.

Ahí queda prefigurada también la naturaleza profundamente ambigua del héroe romántico: ángel y demonio, y con ella la revolución estética del romanticismo como la vio Victor Hugo, por vez primera, en el *Prefacio de Cromwell* (1827), cuando el artista descubre que la naturaleza no está hecha sólo de lo apolíneo, de lo angelical, sino también de lo dionisiaco, de todo lo que yace en las profundidades fecundantes de la tierra, de lo feo y lo grotesco también. Lo que está en las alturas, por más elevado que se encuentre, se esteriliza si no es fecundado por lo que está en lo subterráneo, oscuro y amenazante.

Por eso Monte Cristo cuando duda y siente que se debilita su voluntad, antes implacable, tiene que regresar y encerrarse por un momento en el oscuro calabozo del Castillo de If, en donde pasara durante catorce años su brutal ascesis y fuera iniciado en el conocimiento científico, para después practicar su terrible venganza redentora. De esa manera el Conde no se explica sólo por su vertiginoso ascenso a las alturas del poder, sino fundamentalmente por su pacto satánico con las deidades de las tinieblas subterráneas.

Y ahí, en la roca más alta de la isla, está establecido el vínculo irrompible entre esas dos dimensiones: la caverna y el pináculo, y está también vaticinado el destino de la infelicidad que acabará por regresar al Conde, que representó la fuerza romántica de la extralimitación y el desbordamiento de la voluntad individualista, a los cauces de la normalidad contenida por la conven-

tal que depende de la cultura y de la sensibilidad de cada uno. Confieso que incluso en mis trabajos más sistemáticos, siempre procuré mantener esa libertad de impresión, que empeña la opinión del crítico y despierta la resonancia del lector."

¹⁰ Entresaco sólo algunas de las frases más significativas del fragmento que transcribe Antonio Candido al inicio de su ensayo "Monte Cristo o de la venganza", *op. cit.*, p. 104, y que corresponde, como indico, al primer capítulo de la segunda parte de la novela.

ción. Así, el Conde, luego de cumplida su misión, lega a Morrel, su hijo adoptivo, toda su fortuna y emprende como Eneas, en un velero de enorme vela que se pierde en el horizonte, su viaje sin retorno en compañía de la angelical Haydée, como llevado por las alas de ese ángel maravilloso que él había comprado como esclava en Constantinopla, y que hace renacer en su alma endurecida, triste y fría, el suave calor de una nueva y postrera esperanza de amor.

Ese amor senil con una niña no representaba ya el amor que el joven Edmundo Dantés había soñado con Mercedes, y que le habría permitido fundar una familia. No. Ése era un proyecto irrepetible para el Conde, o un proyecto vedado. Él, desde el pacto que hizo con Lucifer, no podía aspirar a esa felicidad. Como a todos los ángeles de Lucifer, o a todos los agentes de la Providencia, le estaba vedado tener descendencia. Y el Conde, al convertirse en uno de ellos, no podía ser la excepción.

Según la creencia medieval, a esos ángeles caídos, que había subvertido Lucifer en el paraíso con la misma pregunta que otrora hizo a Cristo y luego al mismo Conde, la Providencia les había impuesto la imposibilidad de fecundar a las mujeres y consecuentemente la posibilidad de tener hijos.¹¹ Porque esos ángeles que dominaban los secretos del conocimiento científico representaban el gran riesgo de subvertir a la humanidad entera. Sin embargo, sí les enseñaron a las mujeres que tuvieron a su alcance algunos de sus secretos, razón por la cual existen las magas y las brujas que, delatadas, eran condenadas a la hoguera, por sus contactos con Satanás.¹²

Y una de esas mujeres, en la novela, había sido colocada muy estratégicamente como la perversa esposa del procurador del rey, el mismo que había sepultado a Dantés en la terrible mazmorra del castillo de If. Así, esa mujer envenenadora y satánica fue también puesta al servicio de los planes vengadores del Conde, y, como bruja, tuvo que morir llevándose con ella a su hijo, el niño inocente cuya injusta muerte escapaba a los planes de Monte Cristo, y le sembró la duda en el corazón, por vez primera, haciéndolo ir a su antiguo calabozo subterráneo para recuperar de nuevo la seguridad en su misión vengadora y providencial.

Toda esta dimensión de la historia fue mutilada de la lectura que de la obra hizo la película de Reynolds, y por eso el Conde representado por James Caviezel resulta un enano comparado con la figura gigantesca de Monte Cristo en la novela, que inspira la más incondicional admiración del resto de los personajes, de los más ricos y poderosos y de los más pequeños, como los bandidos que, a su paso, agachan la cabeza en actitud de obediencia y sometimiento, e inspira, al mismo tiempo, el más grande temor, como si se tratase de un ser de naturaleza a la vez divina y demoníaca. Y es lo que hasta el mismo adicto Morrel le pregunta: si es un hombre o un dios.

¹¹ Cf. Luis Sala-Molins, "El orden del universo: Dios y el diablo", en *Historia de las ideologías*, t. II. *De la Iglesia al Estado (del siglo IX al XVII)*. México, Premiá Ed., 1981, p. 127. (La Red de Jonás) Ahí, fundado en Santo Tomás de Aquino (*IV Sententia*, I, II, dist. VII y VIII), Sala-Molins escribe sobre la "demonología medieval" lo siguiente: "Resumiendo. Los demonios son infinitos, un tercio de las estrellas del cielo. Su poder es innegable, y su voluntad se obstina en el mal. Bien es verdad, *ex genere suo*, que son capaces de realizar buenas acciones; pero de forma deliberada sólo hacen el mal. Muchos de entre ellos no hacen todo el mal que quisieran. Toman un cuerpo humano que no puede engendrar. Un demonio sucesivamente incubo y súcubo no puede engendrar más. De hacerlo, engendraría a un hombre, ya que operaría *per semen viri*".

¹² *Ibid.*, pp. 125-126. "¿Y Tertulano? Rastreando viejos textos, proclama que los demonios son ángeles que se han precipitado de lo alto de los cielos sobre las hijas de los hombres. 'Para darles la belleza que no tenían, les revelaron los secretos de la naturaleza, el arte de adornarse, las otras artes, y la astrología. Abandonaron el cielo para contraer esa boda carnal'. A los secretos de la naturaleza. La astrología. Pero también las matemáticas. ¿No está prohibido el cielo, dice Tertuliano, tanto para los matemáticos como para sus ángeles?"

El mismo Monte Cristo, que se enorgullece no sin ególatra asombro de cada uno de sus bien calculados y realizados planes, no está plenamente convencido de lo que es. Cree, al fin, que sustituye a Dios en la tierra, y que sus acciones se justifican como mandato divino. Es como un poder desatado sobre el mundo para hacer justicia. Por eso, dice Candido, que en realidad el verdadero personaje de la novela es la Venganza, y en ese sentido la novela resulta ser el primer gran tratado de la venganza, que distingue y resalta al Conde de todos los otros vengadores representados en la literatura, que actúan siempre dominados por su precipitada pasión. La de Monte Cristo, en cambio, debe desarrollarse conforme a un plan demorado, con método y con espantadora paciencia. Todo es cerebral, frío, oportuno y, como se diría hoy, *ejecutado limpiamente* y con gran estilo. El Conde no se mancha las manos de sangre, sino que usa las armas que los otros han ido sembrando con sus propias iniquidades no sólo contra él, sino contra otros seres débiles e inocentes.

Nada escapa a sus conocimientos. El Conde es omnisciente; es como si conociera toda la vida de sus enemigos, como si los hubiese estudiado en cada una de sus miserables acciones, y ninguno de sus secretos le fuera ajeno. Los conoce por fuera y por dentro, conoce su psicología y por tanto se sirve también de sus debilidades. Por eso es siempre un observador atento, no es expansivo. En las grandes reuniones él se dedica, sobre todo, a observar a los personajes. De este modo nada se le escapa. Conoce a quien se oculta detrás de la máscara. Sabe muy bien que bajo la apariencia institucional, rígida e inflexible del procurador, se oculta un hombre aterrado por antiguos crímenes. Entiende claramente por qué, siendo el procurador del rey, y por lo mismo la autoridad más temida, no se atreve a denunciar él mismo los asesinatos que están ocurriendo en su propia casa y dentro de su propia familia, y calcula con pasmosa exactitud el momento *oportunísimo* en que debe asestarle el golpe para destruirlo definitivamente.

Todo ello revela al mismo tiempo el terrible sadismo del inclemente vengador. El castigo, pensaría, debe ser aplicado lenta y dosificadamente; debe ir preparando a la víctima, como si los catorce años que pasó en su espantosa mazmorra debieran traducirse no en una agonía equivalente a catorce horas, o a catorce días o a catorce meses, sino en una agonía equiparable al peso de toda la eternidad. Sus víctimas estaban condenadas a penas eternas, incluso la pobre Mercedes, a quien él había adorado, estaría condenada a sufrir todos los días que le quedaran de vida los atroces remordimientos de su conciencia, dentro de la modesta casa donde él la había amado de joven y donde habían dejado morir de hambre a su padre, mientras ella vivía en un palacio, casada con uno de sus mayores enemigos.

Ahí, sobre todo, se revela la finísima crueldad de la venganza del Conde. Ahí precisamente la lleva, como si se tratase de un acto de caridad, sometiéndola, además, a la humillación de aceptar una modesta suma para satisfacer sus mínimas necesidades. Ahí la quiere tener para siempre, para que vea desde la misma ventana el camino por el que él la veía venir de joven cuando amorosamente la esperaba. Y desde esa ventana verá Mercedes por última vez alejarse al Conde en un navío que se pierde en el horizonte.

El folletín

Uno de los mayores aciertos críticos del ensayo de Antonio Candido fue mostrar cómo esta necesidad de expandir al máximo el tiempo requerido para la ejecución de ese amplio y demorado pro-

yecto, que constituye la unidad de la trama, se vincula a la factura de la novela y a la forma de transmisión del folletín. De acuerdo a la convención clásica, el drama debería economizar al máximo las tensiones para asegurar la solución explosiva que conduciría al espectador a la catarsis. Aquí, en cambio, el relato, nutrido además por las peripecias sin fin de los personajes y el encadenamiento de múltiples episodios subordinados a la historia principal, prolonga la trama y demora el final hasta el límite de lo soportable. Esta expansión, tan *anticlásica*, se explica por los tres factores involucrados en la producción de la obra: el autor, el editor y el lector, los tres interesados en que la historia dure lo más posible, ya que de esto dependerá su éxito:

el primero, por la remuneración, el segundo, por la venta, el tercero, por la prolongación de la emoción. Las tendencias estéticas del Romanticismo, deseoso de movimiento, convergían en este caso con las condiciones económicas de la profesión literaria y con las necesidades psicológicas del nuevo público interesado en el sensacionalismo propiciador de emociones fuertes.¹³

Gramsci, por su parte, al estudiar las novelas italianas y francesas de folletín, considera también que, gracias a ellas el público proletario, que en esos países era ya alfabetizado, comenzó a reclamar productos culturales accesibles, y esta literatura folletinesca le ofrecía, particularmente a la mujer, la posibilidad de evadirse de su mediocre realidad cotidiana, al ver en esas ficciones la tan anhelada esperanza de ascensión social, que implícitamente iba construyendo el nuevo discurso burgués. La joven humilde y hermosa soñaría con que su belleza la transportase a ese mundo principesco que la novela representaba.¹⁴ Por eso, entre más durase la novela, más se prolongaría la ensoñación que la hacía vivir en medio de su muy modesta y oprimiente existencia. La mujer se convirtió por eso en el destinatario privilegiado de esa literatura. De ahí, dice Gramsci, que quien decidía qué periódico se compraba era la esposa y no el marido.

Conscientes de ese mercado antes inexplorado, los editores del periódico descubrieron en el folletín un eficaz gancho para aumentar la circulación del periódico, y ello abrió a los escritores, a su vez, un nuevo y competitivo mercado para vender sus productos. Walter Benjamin se refiere a cómo esa nueva demanda del periódico abarató su costo, y lo hizo así más accesible para el público, y cómo fue lucrativo para los escritores, entre los que hubo algunos que ganaron verdaderas fortunas, como fue el caso de Eugène Sue. La producción de estas obras también cambió, pues para poder atender la demanda algunos autores de éxito se vieron en la necesidad de contratar a otros que les servían de amanuenses. De este modo la producción empezó a convertirse en una pequeña industria.¹⁵ Ya *El Conde de Monte Cristo*, como explica Antonio Candido, nació de la colaboración entre Alexandre Dumas y Auguste Maquet, aunque de los tres núcleos a que obedece el plan general, Marsella, Roma y París, la parte de en medio, la de Roma, es la mejor, y se debió íntegramente a Dumas. La tercera parte, dice Candido, compromete bastante la calidad de la novela,

¹³ A. Candido, "Monte Cristo o de la venganza", *op. cit.*, p. 113.

¹⁴ Antonio Gramsci, *Literatura y vida nacional*. México, Juan Pablos Editor, 1976, pp. 142-143. (Obras de Gramsci, 4)

¹⁵ Walter Benjamin, en "La bohemia", en "El país del Segundo Imperio en Baudelaire", en *Poesía y capitalismo. Iluminaciones 2*. Madrid, Taurus Ed., 1993. p. 42, narra que autores famosos de folletines, como Alexandre Dumas, Eugène Sue y Alphonse de Lamartine llegaron a ganar sumas fabulosas, y cómo algunos tenían a su servicio escritores menores, que eran quienes en realidad escribían las novelas.

debido, sobre todo, a su prolijidad y a la flojedad y redundancia de diálogos, que demuestran la intención un tanto descarada de *hacer rendir la materia*.

No es impertinente suponer que ya después de la excelente segunda parte, y habiendo tenido gran éxito, los escritores hubieran empezado a sentir la exigencia del editor del periódico, y más allá, de los lectores, de que la novela durase muchos capítulos más. Podemos ver entonces que los factores sociales que se involucran en la producción literaria repercuten en la estructura de la obra, y cómo esos factores están dentro y no fuera del texto y podemos ver igualmente que de la adecuada correlación de esos factores, y del equilibrio entre las tendencias de agregación y segregación, a que está sociológicamente sometida la creación de la obra, depende no sólo su éxito sino también su calidad.

Es un lugar común decir que el escritor debe resistirse a la tiranía del mercado y no someterse dócilmente a su presión para asegurar la calidad de su producto, y esto rige para todas las producciones humanas que se someten a las normas del consumo y la demanda, de las que el arte y la literatura tampoco escapan.

El hombre providencial

Antonio Candido muestra también cómo al tema de la venganza está indisolublemente ligado el tema del providencialismo. En un trecho seleccionado por él, se pone de manifiesto que el deseo más codiciado por el conde era la potestad de “premiar y castigar”, y por poseerla estaba dispuesto a vender su alma a Lucifer. Quiere convertirse en la Providencia, porque —le dice— nunca la ha visto. Lucifer le responde que eso es lo único que no le puede dar, porque ella existe aunque es invisible, pero actúa mediante resortes ocultos y misteriosos. Pero a cambio puede convertirlo en uno de los agentes de esa Providencia, lo que el Conde acepta y dice que si tuviera que volver a empezar volvería a celebrar ese satánico trato.

Así es como nuestro héroe queda investido por ese gran poder que ejercerá fielmente en toda la historia. Se prefigura ahí la idea de la Providencia romántica, que habrá de manifestarse en mil formas como recurso privilegiado del escritor para estremecer al lector. Será la explicación última de la fatalidad que en el momento menos esperado hace nacer el drama y torcer el destino del personaje. Ya la Providencia no se sirve sólo de emisarios celestiales, sino que se aprovecha de todos los que puedan servir a sus proyectos, aunque sus agentes tengan que recurrir a los más siniestros actos y perderse en el camino.

Si esa Providencia romántica a fin de cuentas no se justificara por sus fines redentores sería una versión moderna de la caprichosa e injusta Fortuna, que era ciega. La nueva potestad no lo es. Sabe muy bien lo que pretende y va indefectiblemente a conseguir. Es una Providencia que domina todo el conocimiento científico y domina a la Naturaleza. Por eso puede servirse de quien con venga a sus propósitos, independientemente de que sea santo o perverso, o ateo, o un criminal irredento. Todo puede servir a sus planes, que sólo ella conoce. El Conde la imita a la perfección, y, como ella, se sirve también de todos, con especial predilección de bandoleros y criminales. Uno es el ladrón y asesino Cavalcanti, que le sirve a la perfección para destruir tanto al banquero Danglars, a cuya hija este miserable impostor, haciéndose pasar por príncipe italiano, quería desposar,

como también al procurador Villefort, para asestarle, sobre todo a este último, el golpe definitivo, al servirse, además, para hacer más terrible el escarmiento de la esposa de éste, la envenenadora señora de Villefort. De modo que aunque no de derecho, por el contrato que había celebrado con Lucifer, sí de facto actúa como la misma Providencia.

La figura del Conde viene de ese modo a llenar en la ficción el puesto que había dejado vacante el rey, con el derrumbe de la monarquía.

Agustín Yáñez escribió un ensayo fundamental, en el que dijo que ese vacío obsedió al hombre del Romanticismo, y por eso tantos hombres eran siempre seguidos y encumbrados fanáticamente, una y otra vez, a pesar de sus estrepitosos y reiterados fracasos.¹⁶ Esa necesidad y ese vacío pueden ayudar a explicar también la imponencia del Conde, cuya irrefutable superioridad todos los otros personajes aceptan, pero que además hasta llegan a endiosar porque es infalible. Se admira incondicionalmente al hombre superior cuando está en las alturas, pero cuando cae o fracasa de manera definitiva, no se le perdona. Se le cobra con grandes réditos y desalmadamente todo lo que tuvo, todo lo que fue su grandeza. Ésa es otra virtud que nace de la sabiduría del Conde. Sabe cuándo debe retirarse, en el momento oportuno, cuando está en la cima de su poder, y una vez que su misión ha sido concluida. Es entonces cuando se desprende de todo. Se retira triunfante y parte para siempre.

El Conde, con su omnipotencia, sustituye al monarca. El último gran monarca de Francia no fue Luis XVI, sino Napoleón Bonaparte, y el Conde aparece, es decir, baja de su alto pináculo o, como en el filme de Kevin Reynolds, desciende del cielo en su globo aerostático, cuando Napoleón está definitivamente recluso en Santa Helena. Es claro que su aparición no puede ser más oportuna, pues Napoleón ha dejado ese enorme vacío, que él, el Conde de Monte Cristo, viene a llenar. Pero sabe también lo que ignoró Napoleón: que su inmenso poder no le ha sido delegado por la divinidad; no le viene ya del cielo, sino del averno, de las profundidades de la tierra, del subsuelo de la prisión. Tiene claro, entonces, que su poder no es permanente, que es un préstamo obtenido en una transacción comercial. Por eso debe partir antes de que sea tarde. Y se va en paz, como él dice, sobre todo porque no ha dejado hijos a quienes se les cobre su pesadísima factura.

Él tiene muy en cuenta la frase evangélica que le recuerda a Mercedes cuando ella le suplica que salve a su hijo: "Las culpas de los padres las pagarán los hijos hasta la tercera o cuarta generación".

Si como bien dice Antonio Candido, en la frase que sirve de epígrafe a este artículo, el Conde de Monte Cristo es el "patriarca de los *self-made-men*" modernos, también es cierto que por su clarividencia se distingue de ellos, que no poseen ni la ciencia, ni la cultura ni la inteligencia de Monte Cristo. Ellos no saben que su grande o pequeño poder es transitorio, que les fue prestado por esa oculta y vengativa Providencia que, al final, habrá de cobrarles con saña su soberbia. Como dice Sala-Molins, siguiendo a santo Tomás, el verdadero pecado de Lucifer fue su soberbia.

Antonio Candido ve en "esa recuperación de la normalidad ética" del Conde, "después de un esfuerzo tan grande de excepción", una especie de salvoconducto para la tranquilidad del lector burgués, que puede así recetar a sus hijos "dosis masivas" de la lectura de la novela. Ésta habría pasado a representar el triunfo del individualismo preconizado por el nuevo discurso ideológico de

¹⁶ Agustín Yáñez, "El hombre providencial del Romanticismo", en *Cuadernos Americanos*, vol. 26, núm. 2. Marzo-abril, 1946, pp. 202-216.

esa clase social en ascenso, con su desenlace *estatizador* y reconfortante (“Aguardar y tener esperanza”, es la última frase del Conde); lo que ciertamente mediatiza la fuerza creadora del romanticismo. Aunque si comparamos la historia original con la versión profiláctica actual a la que me he referido, veremos hasta qué punto ese discurso se ha esterilizado, en su doble sentido: de asepsia y de infecundidad.

Los nuevos magnates apenas imitan a Monte Cristo cuando les aprieta la conciencia en su declive físico, y es cuando indefectiblemente tienden a ejercer la caridad, o a dar migajas de todo aquello que atesoraron en detrimento de los otros, y que no habrá, después, de servirles de nada. Como si con ello pudieran pagar la deuda que tienen con la Providencia, y que no acabarán de pagar sus hijos hasta la tercera o cuarta generación, como bien decía Edmundo Dantés. Arrepentimiento muy tardío y mezquino.

Es así como, a pesar de todo, es la inteligencia lo que más deberíamos admirar del viejo Conde, y que resplandece gracias al ensayo de Antonio Candido.

CIENCIAS SOCIALES:

SOCIEDAD Y ECONOMÍA DE AYER Y HOY

Ilustración y modernidad económica en espacios americanos del siglo XVIII

René AGUILAR PIÑA

Los motivos

Si bien la implantación de la modernidad proveniente del norte de Europa tuvo lugar en la incorporación inicial de los espacios americanos al esquema civilizatorio de la economía-mundo,¹ a partir de la segunda mitad del siglo XVIII surgió un fenómeno cultural de consecuencias y repercusiones de largo alcance para la región latinoamericana. Me refiero a las *ondas de impacto* que el movimiento eurocentrista, definido como *ilustrado*, generó en los territorios ocupados del otro lado del Atlántico. Este movimiento propició una redefinición de las relaciones entre ambos continentes y tuvo como consecuencia una sustancial modificación de las sociedades de la época.

Con distintos efectos sobre el continente y con ordenamientos consecuentes de diversa formación, para la segunda mitad del siglo XIX, América forjó cuando menos tres maneras generales de funcionar en el curso de la modernidad capitalista en proceso de consolidación: la primera, en consonancia con la realidad anglosajona de la época, se instaló en el norte y distribuyó sus energías en una versión mejorada de las potencialidades económicas y políticas de la Europa angloparlante; la segunda, de herencia proveniente del sur del viejo continente, estableció sus principios de independencia en una relación ambivalente y diferenciada,² generada por la preponderancia de sus dimensiones política y cultural, de aquella realidad con la que el norte estableció vínculos de continuidad en su vigencia histórica. La tercera propició un conjunto singular de la permanencia europea en América debido a que se trató de territorios cuyas dimensiones eran modestas, en comparación con las colonias iniciales, pero que sin embargo conformaron maneras heterodoxas de pretendida modernidad que podríamos definir como al margen de sus metrópolis. Todas ellas resultaron modalidades generales de incorporación a la dinámica incontenible y de larga permanencia de la forma capitalista del mercado mundial.

En las siguientes páginas se ofrecen algunas líneas de pensamiento relativas a elementos que contribuyen a reflexionar sobre estos aspectos, desde la perspectiva de la dimensión económica, y particularmente sobre los espacios americanos que podrían considerarse *rezagados* con res-

¹ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, t. I; *El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600-1750*, t. II; *La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista*, t. III. México, Siglo XXI, 1988.

² Al respecto, retomo las ideas sobre mestizaje y modernidad vertidas en los textos del doctor Bolívar Echeverría.

pecto a aquellos que encabezarían la realidad capitalista por venir. La visión retrospectiva es útil para circunscribir los términos en que pudo formarse la perspectiva *periférica* del mundo, como dispositivo de reciclamiento de la expectativa *progresista* de la modernidad capitalista, al modo de un horizonte unívoco y legítimo, además de global, para el pretendido y *correcto* funcionamiento de las sociedades contemporáneas en general.

La selección de esta perspectiva de la versión española de la Ilustración (que puede considerarse como formulación primigenia de la forma que asumió la modernidad capitalista en español) se explica debido a que se convirtió en el filtro que Europa se encargó de inocular en sus colonias americanas: *el determinismo económico*, el cual forzó la intervención comercial hegemónica del imperio inglés de la época.

Desde aquella versión hispánica es posible recrear en los espacios latinoamericanos algunas resonancias del pasado que hoy parecen fantasmas de su realidad contemporánea, justo cuando los recientes reajustes capitalistas del mercado mundial no han terminado de definir la composición de las regiones y la función de las mismas en la *globalización* económica de nuestros días.

Los elementos

Como resultado directo de la orientación que adquirió la versión española de las ideas económicas, influidas por la *Ilustración* sobre el diseño y la aplicación de aquéllas en el ámbito de los procedimientos prácticos, se enfrentó a una serie de dificultades que, por su naturaleza, obligaron a modificaciones sucesivas en los intentos correspondientes por ejecutar diversas disposiciones que se creían pertinentes, las cuales terminaron por parecerse a un proyecto menos identificado con la *Ilustración* española, así como más adherido al conjunto de intereses en conflicto que, aprovechando el transcurso de la Reforma, sometieron este proceso a una cadena de enmiendas que terminaron por arrojar un producto diferente al esperado.

En la voluntad de la Corona se encontraba la iniciativa de ensamblar la utilidad comercial de las colonias en el proyecto económico conjunto de la metrópoli española. Sin embargo, en lo que se refería a la compleja urdimbre social entretejida en el interior de la Nueva España y en los territorios americanos de la monarquía española, eso era un propósito que debió experimentar continuas *desviaciones*, en el sentido en que, por momentos, aparentaba la realización de objetivos bien definidos por la Corona, y que por lapsos parecía que todo el proceso poco o nada tenía que ver con dichas pretensiones.

La idea de describir las repercusiones que tuvieron las reformas administrativas españolas como una *revolución en el gobierno*³ (al aplicarlas en sus dominios americanos) es de lo más relevante, porque si bien la monarquía española perseguía instrumentar una serie de medidas que le permitieran reintegrarse a la lógica dominante del comercio mundial de la época, encabezado por Gran Bretaña, jerarquizando y distinguiendo claramente las funciones jurídicas y administrativas, y reforzando su estrategia tributaria y monopolista del comercio peninsular con sus vastas posesio-

³ David Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1713-1810)*. México, FCE, p. 48.

nes, lo cierto es que, por contrates, y hacia el interior de sus colonias americanas, se podía palpar la dinámica de un juego autónomo, independiente de la misma Corona.

Difícil y penoso fue el proceso de reinventar el vínculo *civilizatorio* después de la crisis minera.⁴ Debido al desinterés de la Corona durante el siglo xvii, los mestizajes resultantes en los espacios americanos⁵ forjaron necesariamente una visión de su existencia en el mundo y de su derecho a reclamarla para bien de su supervivencia, inclusive dentro de la acotación jurídica impuesta por la monarquía ibérica. No obstante, durante la segunda mitad del siglo xviii fueron sorprendentemente agitados. Conscientes, como eran, de los tiempos que corrían, tanto la aristocracia como los reyes españoles temían profundamente a los sucesos políticos de Francia, que amenazaban de muerte al dominio directo de la monarquía. Dentro de sus afanes reformistas, los reyes Borbones de España instruyeron a sus *projectistas*⁶ para que en sus razonamientos incluyeran un acotamiento tácito de las ideas *ilustradas* en sus propias propuestas económicas, con el fin de evitar cualquier *contagio*.⁷

Es probable que esta haya sido una medida estratégica eficaz dentro del contorno peninsular, colindante con el territorio francés. Sin embargo, al otro lado del Atlántico, las cosas adquirieron perspectiva, y a lo largo del proceso pudieron registrarse variaciones importantes del proyecto de Reforma.

Ahora bien, desde otro enfoque, el tema adquiere una significación particular debido a sus connotaciones epistemológicas, que si bien este no es el lugar para su tratamiento, sí es importante señalar. Por ejemplo, no obstante que el proceso reformador incluía proyectos incluso contrapuestos,⁸ es interesante observar que sus alcances inmediatos sirvieran, en forma simultánea, para establecer otro de más profundas consecuencias en el espacio americano hispánico; un proyecto tan vasto que introduciría al propio proyecto reformador en la lógica de una revolución mundial que había iniciado su camino en las naciones de la Europa occidental, y que se valió del comercio internacional para expandir su subversión del *estado de cosas* impuesto por el *ancien régime*, y dirigido por una novedosa forma de dominio de la riqueza como capital.

En este sentido, conviene observar que una de las ideas más relevantes dentro del pensamiento económico español, y en su propia versión sobre la reflexión económica ilustrada, fue la de reposicionar al Estado como ejecutor central en el diseño de las actitudes económicas adecuadas para el fortalecimiento financiero de la Corona española,⁹ y esto no sólo en cuanto a la cuestión fiscal se refiere, sino también en lo relativo a todo el diseño y aplicación de estrategias, tanto monetarias como comerciales, así como en las consideraciones de primer orden sobre el problema de la industrialización del reino,¹⁰ temática compleja en que se convirtió la reflexión económica del

⁴ *Ibidem*, pp. 28-32.

⁵ Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco*. México, Era, 1988, pp. 50-82.

⁶ Marcelo Bitar Letayf, *Los economistas españoles del siglo xviii y sus ideas sobre el comercio con las indias*. México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, p. 55.

⁷ *Ibidem*, p. 56.

⁸ B. Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*. México, UNAM / El Equilibrista, 1995, pp. 25-38.

⁹ Es importante señalar la manifiesta dicotomía de la Corona ante su intención expresa por seguir esta estrategia y su análoga declaración a favor del *libre comercio*.

¹⁰ Las observaciones en materia de industrialización de las colonias fue un tema que, dentro de la reflexión económica española, se definió en forma precisa como una acción que no debía impulsarse dentro de las mismas, en la medida en que se consideraba como un factor de alta peligrosidad para el impulso de la economía de la Corona.

Estado monárquico español de mediados del siglo XVIII, y que se empeñó en encabezar, con clara intención de posicionarse por delante de los acontecimientos adversos, frente a las iniciativas divergentes o paralelas, propias y extrañas, que se fueron oponiendo y provocando que se desvaneciera su dominio político anterior.

Así, la óptica *ilustrada* con que se intentó enriquecer la reflexión de los *projectistas* quedó acotada de manera permanente por una inclinación empírica de la Corona hacia el modelo del primer mercantilismo inglés,¹¹ que ejecutaba un predominio estatal sobre la acción económica de sus agentes y de sus súbditos en general, no obstante que, en efecto, fueron éstos los años en los que las inclinaciones de inspiración *liberal* se apoderaron de las preferencias de la reflexión económica inglesa,¹² y ocuparon un lugar preeminente en los argumentos de los pensadores de la economía de origen francés.

Sin embargo, en estos últimos es posible ubicar una función económica del Estado dentro de un contexto en el que el mercado interno no se encontraba ya dominado por el sentido monetario del intercambio mercantil como lo estaba el comercio internacional, que estaba encabezado por el dominio del Estado (en este caso, el inglés¹³). En cambio, la idea relevante consistió en postular el robustecimiento de la dinámica de las esferas productiva y de circulación de la economía, por el conjunto de la sociedad protegida, a su vez, por la dimensión cohesionante del sustrato político, bajo la forma moderna del Estado.

Fenómenos específicos como las oscilaciones bruscas de los precios, la depresión de la demanda, la caída de la inversión o la subrayada tendencia de aquella institución en dicho esquema, por subordinar el significado de la vida humana bajo la valorización del valor en que ya iba incurriendo, en forma sistemática, la forma capitalista del mercado (por sus efectos generales en la sociedad), llevarían después a remarcar la importancia del Estado¹⁴ como *regulador* o *planificador*, más allá de cumplir sólo una función *ideológica-jurídica* de la economía.

No obstante, el contexto histórico de la discusión anterior estuvo marcado por el conflicto de intereses, estimulado por las monarquías del occidente de Europa que cohesionaban su hegemonía

¹¹ El conjunto de inquietudes en torno al carácter natural de las leyes y la libertad política, además de comercial, ya influían en la estrategia del dominio económico global inglés, y esas ideas adquirieron una expresión muy acabada en la célebre obra de Adam Smith, *Sobre el origen y la naturaleza de la riqueza de las naciones*. México, FCE, 1958; y con ello, en la versión *clásica* de la economía política. Cf. Peggy Liss, *Los imperios trasatlánticos*, México, FCE, 1989, pp. 36-40.

¹² Cuestión que inclusive le sirve a P. Liss para sugerir un desprendimiento deliberado por parte de la Corona inglesa, para deshacerse de sus posesiones americanas, en la medida en que afirma que la idea colonial de Inglaterra consistía en ampliar el monopolio del comercio, en lugar de la posesión de los territorios. Una idea más precisa al respecto consiste en aquella que plantea Carlos Marichal. Él afirma que la ineficacia del sistema fiscal inglés y el de sus colonias americanas para generar un ingreso por recaudación fue la razón que justificó el que los ingleses se deshicieran de sus territorios en América.

¹³ Cuestión que es importante señalar debido a que no obstante que se trata de un estado monárquico, situaba la lógica de la competencia comercial, y con ello de la economía global, en ese nivel de la política moderna.

¹⁴ Circunstancias históricas específicas llevarían a concluir que, por su origen, el Estado moderno podía ser un agente cohesionante (concepción vulgarizada del sentido en que, en su discurso, Hegel definió el término) en medio de una crisis económica y material demasiado profunda que llevaba a un *estado de cosas* insostenible en las circunstancias de la modernidad económica capitalista.

y su dominio político en torno y a propósito de una *jerarquización* singular¹⁵ del uso de la *sociedad civil* (sintetizada en el Estado), que subordinaba la dinámica económica a la lógica empírica de la ganancia comercial, cuyo dispositivo era la guerra.¹⁶

En el caso del Estado que encabezaba la Corona española debía situarse, por su preponderancia, en el espacio geográfico de la península ibérica. La extensión de su preeminencia hacia América pudo ser lo que ofreció una de las principales dificultades en la modificación económica del gobierno novohispano. Sin embargo, en el seguimiento de aquella idea, la implementación de las reformas administrativas siguió la secuencia piramidal de arriba hacia abajo, que tuvo desde sus inicios en la península. De ese modo, se cuidaba, o al menos así se pretendía, que el proceso reformador cumpliera con las expectativas en beneficio de la Corona.

Puede afirmarse que ello se debía al intenso debate económico que existía en el interior del reino español, en el cual se confrontaban ideas más de tono *afrancesado* respecto de otras más cercanas al precepto *estatista*, de origen inglés. Sin embargo, todo ese recurso discursivo, influido a su vez por la parcialidad de los intereses de los que provenía tal variedad de reflexiones económicas, suscitaba un amplio margen de intención innovadora en la intervención española, no obstante sus limitaciones manifiestas al instrumentarse como acciones económicas de orden político, de mayor rasgo *mercantilista* que *liberal*.

Con todo, es importante señalar que, en efecto, en lo que toca a la estrategia en el área fiscal que el Estado español diseñó para elevar su capacidad recaudatoria, tuvo frutos muy relevantes, incluso frente a las estrategias que en el mismo rubro diseñaron otros imperios para sus propias colonias.¹⁷ En este sentido, una de las administraciones más eficaces fue la de la Nueva España, que tuvo la capacidad de financiar a los gobiernos militares y civiles de las posesiones españolas del Caribe.¹⁸

Otro de los fenómenos significativos en que se manifestó el impacto de esta estrategia, consistió en la naturaleza de los conflictos, que, en el caso de las colonias americanas, despertaron maniobras diseñadas para aplicar las reformas borbónicas en materia administrativa. Esto a fin de acondicionar los espacios coloniales a la lógica de la dinámica comercial pretendida por la Corona, y a la que debían adecuarse las mismas.

Los datos que apuntan en ese sentido son por demás reveladores; el número de españoles peninsulares con que fueron sustituidas las autoridades gobernantes entre 1769 y 1779 en la Nueva España¹⁹ fue un ejemplo que indicaba las profundas limitaciones de las iniciativas *ilustradas* de la Corona española en materia de libertad económica. Por lo menos en el nivel de la política indicaban que el proyecto reformador obedecía a las necesidades específicas de la monarquía, y, en todo

¹⁵ La naturaleza de esta contradicción es sumamente representativa de una inadecuación que de cualquier forma terminó por ajustarse, cuando se registró una posterior y consecuente subordinación de la monarquía, cuando no su absoluta desaparición, al carácter *civil* del Estado moderno.

¹⁶ O bien... "la política por otros medios".

¹⁷ Cuestión que ha permitido afirmar el fracaso de las medidas fiscales del Estado monárquico inglés en este mismo sentido. Cf. C. Marichal, *La bancarrota del virreinato. Nueva España y las finanzas del imperio Español, 1780-1810*. México, El Colegio de México / FCE, 1999, pp. 41-42.

¹⁸ *Ibidem*, p. 34.

¹⁹ Al respecto pueden consultarse los cuadros, elaborados por D. A. Brading, *op. cit.*, pp. 66-68.

caso, del clero, que constituían la clase dirigente y propietaria de los territorios americanos, bajo el poder de la Corona española (periodo de contradicciones que se conoce como “despotismo ilustrado” y al que, en términos económicos, se ha reconocido como el rasgo mercantilista regresivo del proceso reformador²⁰).

De ese modo, el resto de la población (mermada después de una prolongada indiferencia durante el siglo inmediato anterior²¹ por parte de la metrópoli, respecto a sus colonias) se convertía, de pronto, en el blanco de los objetivos de la Corona. Todo para poner en práctica un proyecto que obligaba a reformular el orden que los pobladores resultantes de ese prolongado estado de escasez tuvieron que reinventar sus propios códigos sociales, incluso, al margen de España, para permanecer dentro de los cánones imaginados de lo civilizado, y bajo la continua tensión de preservar códigos propios de la versión española de la cultura europea, como dominantes de una traducción que debía incluir, por fuerza, los elementos de aquella otra civilización vencida y subyacente de los espacios pre-americanos.²²

La intención reformadora —si se quiere, modernizadora— con la que España intentó introducirse en la dinámica del *progreso de la civilización*, marcada por el horizonte del Imperio inglés, llevó, necesariamente, a un forzamiento de los principios *universales* propuestos por el movimiento de la *Ilustración*, incluso donde parecía que todo podía favorecer a los propósitos modernizadores de la Corona española, presentes en la influencia del pensamiento económico de Europa.

Acotados por el marco de los rendimientos monetarios que reportaban las actividades ilícitas, como el contrabando y la piratería,²³ éstas lograron incorporarse a los procedimientos usuales de abasto de las colonias, de las que tanto la Iglesia como los gobernantes se beneficiaban en forma directa. Así, estos últimos alcanzaban una remuneración decorosa por su actividad en favor del rey, del mismo modo que lograban amasar fortunas requeridas para participar de la influencia de los intereses de la Corona en las colonias.

No obstante, como se sabe, esta fue una condición para que, en el interior de las posesiones españolas en América, se generaran intereses cuya naturaleza se definía de manera autónoma con respecto a los de la metrópoli ibérica. Además, las ideas reformadoras encontrarían una oposición espontánea, similar a los arrecifes de sotavento que fueron causa de innumerables naufragios como el que terminó siendo, para el Imperio español, el intento reformador de los Borbones en América.

²⁰ Antonio Miguel Bernal, *La financiación de la Carrera de Indias (1492-1824). Dinero y crédito en el comercio colonial español con América*. Sevilla, Edit. Fundación El Monte, 1992, p. 292. Sobre todo, y debido a los dos periodos generales en que se divide la aparición en los tiempos en que surgen estas ideas económicas.

²¹ D. Brading, *op. cit.*, p. 46.

²² B. Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*, *op. cit.*, pp. 23-27.

²³ Así, por ejemplo, se pueden registrar actos de evasión de impuestos entre las autoridades novohispanas, al decretarse alzas en la proporción de los impuestos por concepto de alcabalas por parte de la Corona. Cf. C. Marichal, *op. cit.*, p. 73; Marcelin Defourneaux, *La contrebande Roussillonnaise et les accords commerciaux Franc-espagnols après le pacte de Familia (1761-1786)*. París, Congrès National de Sociétés Savantes, 1971. Otro fenómeno registrable es el del contrabando en el Caribe, al que se recurre para abastecerse de lo necesario debido a las prohibiciones de la Corona de producir diversos artículos en la zona, con el fin de proteger a los productores peninsulares. Cf. P. Liss, *op. cit.*, p. 111.

Delimitado el esquema distributivo por la forma global de la política determinada históricamente por el poder de la guerra y el comercio (frente al que pudo poco o nada), la Corona terminó ejerciendo una influencia que estimuló las pretensiones liberadoras de las colonias de su estatuto recién adquirido como territorios de segundo orden, dentro del proyecto *progresista* español de la segunda mitad del siglo XVIII.

Lo anterior puede corroborarse en la energía que Revillagigedo imprimió a su versión reformadora de los poderes administrativos de las autoridades coloniales (virrey que “representó la culminación del iluminismo administrativo de los Borbones en la Nueva España”,²⁴ además de ser protegido del conde de Floridablanca y personaje que mostró su profunda influencia en las acciones reformadoras de tan dinámico gobernante). Cabe mencionar los diversos conflictos que su iniciativa *modernizadora* suscitó en el interior del sistema de encomiendas, y en la relación entre la Iglesia y el Estado, que quiso reformular, entre otros aspectos.²⁵

Todo este conjunto de fenómenos que generaba la intención de *progreso* que de todos modos se implementaba bajo la jerarquización monárquica, tuvo como consecuencia la gestación de condiciones que podían apuntar a una profunda regresión social en América. Entre los principales planteamientos económicos que tuvieron que ser enarbolados puede citarse, por un lado, el que pudo diseñarse la disposición de los espacios americanos al *libre comercio* español, y por otro el que se profundizara la capacidad recaudatoria de los impuestos coloniales, tanto de los ya existentes en materia de propiedades y cultivos de los indígenas, como de los que podían generarse por la vía de la legalización de la ampliación del comercio en todas las colonias americanas.

Sin embargo, este par de principios básicos no apuntaban hacia la consideración e implantación de condiciones económicas abiertas, que en verdad permitieran la participación libre en cualquier actividad económica de los individuos que eligieran involucrarse. Muy por el contrario, las medidas adoptadas restringieron esta libertad política, y llegaron al punto de manifestarse contrarias a la actividad comercial libre de las colonias, como sucedió con Campomanes,²⁶ así como a prohibir, *de facto*, actividades productivas diversas, con el argumento de que podían amenazar las acciones económicas de los españoles.²⁷ Incluso se llegó al extremo de plantear la inconveniencia de promover el desarrollo manufacturero de las colonias, por temor a su cualidad de suscitar el deseo de independencia económica y política. Es claro que dentro del pensamiento económico español ya se preveía que el componente económico comenzaba a constituirse en el factor determinante en el funcionamiento político moderno de la civilización occidental.²⁸

²⁴ D. Brading, *op. cit.*, p. 119.

²⁵ *Ibid.*, pp. 120-125.

²⁶ A. M. Bernal, *op. cit.*, p. 294.

²⁷ D. Brading, *op. cit.*, p. 51.

²⁸ Es también un hecho interesante en el pensamiento económico español, la consideración sobre la preponderancia del aspecto productivo como condición del comercial; aunque resulta igualmente revelador que la experiencia empírica que sobre-significaba la actividad comercial, en virtud de la velocidad y la magnitud con que proporcionaba ingresos al reino dominó finalmente, sobre el diseño de toda la estrategia económica de la Corona española, tanto para sus colonias, como para las provincias que componían la península.

Las señales

En la descripción de estos fenómenos de la segunda parte del siglo XVIII se asiste a la génesis de la institucionalización, en el espacio americano, de lo que se definió con el concepto de *libre comercio*. Esto, como la forma histórico-económica bajo la cual la dinámica capitalista pudo articular una idea global de libertad económica. En contraposición de esta superposición de las leyes de la dimensión circulatoria sobre la productiva, el *libre comercio* presentaba, al menos en el nivel empírico en esa parte del mundo, variantes que obligaban a reconsiderar los desbordamientos de su legalidad, como posibles síntomas de su temporalidad y de su limitación histórica. A su vez, llevaría a plantear los conflictos resultantes como antagonismos que actualizaban su inconsistencia, al modo de un dispositivo automático de larga duración, sobre el que se sostenía una libertad política más allá de la que podía lograrse respecto del *ancien régime*.

Fueron, sin duda, las posesiones hispanoamericanas (que durante el siglo XIX pudieron iniciar la construcción de sus propios cursos en el camino de su integración al mundo occidental) las que también continuaron ese proceso, incluso bajo la forma de colonias en lo que quedó de la Corona española, después de su disolución imperial.

Varios fueron los modos en los que este proceso impactó en los espacios americanos. En más de un sentido, el rezago y el abandono de esas colonias durante el siglo XVII obligaron a su población a llevar adelante ajustes en su organización. Esto, en alguna medida, las predisponía a una actitud de cambio que no dejó de constituir parte de su disposición para integrarse o distanciarse de la legalidad metropolitana, según la coyuntura fuera o no favorable.

Asimismo, la Corona española buscó con afán integrar en su legalidad prácticas que consideró ilegales durante buena parte de su hegemonía americana. No obstante que le reportaron grandes pérdidas, fueron el indicio de una estrategia que, desde otro punto de vista, podía, como en realidad ocurrió, reportarle grandes beneficios. En ese sentido, constituyeron adelantos de sus emplazamientos sociales americanos, que luego se convirtieron en prácticas integradas por completo al orden legal español; procedimientos comerciales y de negocios que se derivaron de la piratería y el contrabando, así como de los oficios lucrativos de las autoridades, que también estaban prohibidos, etcétera.

De ese modo, un elemento relevante de esa dinámica consistió en generar una función económica de la periferia respecto del centro metropolitano, en el sentido de incorporarse a su funcionalidad, como espacio de referencia de su propio dominio, hegemonía y preponderancia. Después, la generación de ganancia financiera subordinó los espacios marginales, que se constituyeron en lugares donde esta concreción adquirió una referencia *positiva*, al habilitar sus expectativas sociales en la búsqueda de ese objetivo que se convirtió en la motivación común de los individuos y de las naciones modernas como supuesta expectativa de *progreso civilizatorio*.

México y Chile en el tránsito de las políticas de desarrollo al neoliberalismo¹

Guillermo GUAJARDO SOTO

Introducción: desarrollo y neoliberalismo como prácticas internacionales

Desarrollar países es una práctica internacional de movilización y de localización de recursos, diseño de instituciones y dirección de estrategias, conducta que caracterizó hasta la década de 1980 a diversos países que trataron de copiar prácticas exitosas, muchas de las cuales fueron elaboradas por agencias internacionales.² En América Latina dicha tarea fue asumida por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), que desde su creación en 1948 generó diagnósticos, enfoques e instrumentos para políticas públicas de desarrollo de los gobiernos de la región. En estas prácticas también participaron organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el gobierno de Estados Unidos mediante la Agencia para el Desarrollo Internacional, y el Export-Import Bank, además de las fundaciones privadas Ford y Rockefeller, en asesoría y gestión, entre otros apoyos.³ Sin embargo, debido a sus erráticos resultados existe una fuerte crítica a la importación de modelos y estrategias económicas que, en general, han obedecido a un patrón histórico de adopción pasiva de influencias occidentales por parte de las elites gobernantes.⁴ En todo caso, dichas críticas no destacan el hecho de que esos modelos que alteraron los derechos de propiedad, la creación de instituciones y la movilización de recursos para el desarrollo se dieron en el marco de restricciones impuestas por la Guerra Fría, que con su polarización ideológica entre capitalismo y socialismo limitó el margen de maniobra de los gobiernos latinoamericanos, a la vez que los obligó a tomar posición frente a las ideas y políticas de Estados Unidos.

¹ Este trabajo fue parte del proyecto "Tecnología, innovación y política en América Latina" que el autor dirigió en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) del año 2003 al 2006.

² Charles Gore, "The Rise and Fall of the Washington Consensus as a Paradigm for Developing Countries", en *World Development*, vol. 28, p. 789.

³ William Becker y William M. McClenahan, *The Market, the State, and the Export-Import Bank of the United States, 1934-2000*. Nueva York, Universidad de Cambridge, 2002, pp. 41-76; Rosemary Thorp, *Progress, Poverty, and Exclusion: An Economic History of Latin America in the 20th Century*. Washington, Inter-American Development Bank, 1988, cap. 5.

⁴ C. Abel y C. M. Lewis, "General Introduction", en C. M. Lewis y Abel C., eds., *Latin America, Economic Imperialism and the State: The Political Economy of the External Connection from Independence to the Present*. Londres, Athlone / Universidad de Londres, 1985, p. 21; P. W. Drake, "La economía política de los asesores y prestamistas extranjeros en América Latina", en *Pensamiento Iberoamericano. Revista de economía política*, vol. 30. Madrid, 1997, p. 68.

A este respecto, en el presente ensayo me propongo analizar cómo México y Chile transitaron desde las políticas de desarrollo hacia las reformas de corte neoliberal en el marco de restricciones y oportunidades de la Guerra Fría. En particular interesa destacar tres fenómenos que se relacionan directamente con las decisiones y márgenes de maniobra para importar y asentar ideas, instituciones y recursos económicos desde Estados Unidos. El primero es que tanto Santiago de Chile como la ciudad de México, desde la década de 1940, fueron polos de debate y generadores de instrumentos para el desarrollismo. Santiago de Chile, desde 1948, como sede de la CEPAL, y México, desde 1952, como creador del Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA). El segundo fenómeno se refiere a cómo décadas más tarde ambos polos convergieron en políticas de reforma económica neoliberal, apertura externa, libre comercio e integración abierta, sin perder su liderazgo regional, tal como lo habían hecho durante el desarrollismo. Un tercer fenómeno es que a esto último arribaron mediante dos rutas político-institucionales divergentes, porque en el caso chileno las reformas se asumieron después del golpe militar en 1973, y en México desde mediados de la década de 1970, mediante una lenta mutación del sistema político, del Estado, de los economistas y del desplazamiento de posiciones en el gabinete económico.

Al respecto una posible hipótesis explicativa que se ofrece es que en el caso chileno la creciente polarización de los proyectos económicos y políticos, desde la década de 1940, entraron en sintonía con la polarización ideológica de la Guerra Fría, generando un efecto centrífugo del sistema político que culminó en el enfrentamiento de 1973 entre la vía chilena al socialismo y la contrarrevolución monetarista y liberal. Distinto ocurrió en México, en donde desde la década de 1920 se creó un aparato de economistas y funcionarios orientados hacia una gestión pública que buscaba moderar y balancear proyectos y posiciones mediante un sistema político cohesivo, una diversidad de instituciones y de actores cuya disciplina nacionalista impidió que los debates y proyectos adquirieran rasgos definitivos y radicales que derivaran en un enfrentamiento y entraran en plena sintonía con la Guerra Fría.

Las rutas de tránsito fueron producto de un sucesivo proceso de creación de instituciones que marcaron distintas trayectorias durante las cuatro décadas de desarrollo y Guerra Fría, perfilando las peculiaridades nacionales frente al desarrollo y el tránsito hacia las reformas económicas de corte neoliberal. En este trabajo analizo dos periodos, el primero es un antecedente necesario de explicar que va desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la década de 1940 y luego entre 1948, año de creación de la CEPAL en Santiago, y 1986, año de entrada de México al GATT, periodo de fenómenos fascinantes y complejos de los cuales sólo analizaremos algunas tendencias estilizadas.

Construcción del mercado y de las capacidades del Estado

Desde la década de 1940 en el proceso de reacomodo de la posguerra, conformación de iniciativas hemisféricas y políticas de desarrollo, México y Chile se ubicaron como destacados polos de pensamiento, gestión e iniciativas para el desarrollo. Santiago fue la sede de CEPAL y la ciudad de México, en 1951, sede subregional de la Comisión, a la vez que dos mexicanos presidieron este organismo: el economista Gustavo Martínez Cabañas, primer secretario (1948-1950) y, más tarde, el ingeniero Carlos Quintana (1967-1972), quien asumió el mismo cargo. Fueron polos solidarios

pero también con visiones y acciones distintas frente a la oposición de Estados Unidos a ese tipo de iniciativas, dando resultados intelectuales divergentes. Uno de esos resultados fue señalado por John Coatsworth a principios de la década de 1990, sobre la diferencia que presentaban los científicos sociales latinoamericanos, quienes se interesaban en modelos de cambio comparativos de largo plazo, distinto a los de investigadores mexicanos que “no han mostrado mucho interés por los modelos propuestos por las escuelas de la dependencia y del ‘sistema mundial’, o por la labor de teóricos estadounidenses y británicos”.⁵ A su vez, Rosemary Thorp indicó que los gobiernos mexicanos a fin de cuentas no siguieron las políticas económicas apegadas a las recomendaciones de la CEPAL,⁶ a diferencia de Chile en donde influyó fuertemente el pensamiento estructuralista de la Comisión, e incluso parte de su agenda fue adoptada por el gobierno de la Democracia Cristiana a partir de 1964.⁷

Si bien no es sorpresa que la mayoría de los países latinoamericanos reciban y apliquen escuelas económicas, los casos de México y Chile presentan ciertas peculiaridades que se reflejaron en los contenidos y en las trayectorias de sus políticas y tecnocracias.

Chile tempranamente presentó una fuerte tendencia a internacionalizar sus opciones de pensamiento y de política económica. Un hito importante al respecto se dio en 1855, cuando el gobierno contrató al reconocido economista liberal francés Jean Gustave Courcelle-Seneuil como asesor del ministerio de Hacienda y como profesor de la Universidad de Chile, quien impulsó leyes liberales de comercio. Su presencia y gestión abrió un debate local sobre el *laissez-faire* enfrentado a las posturas neomercantilistas que enfatizaban en la protección el apoyo de la industria doméstica y la intervención del Estado en la economía.⁸

Pero a fines del siglo XIX comenzó a experimentarse un desplazamiento, en parte, de la escuela liberal, debido al predominio de la escuela histórica alemana, fenómeno al que contribuyeron, en no menor medida, los efectos de la Guerra del Pacífico (1879-1883), que hizo crecer casi en un tercio el país por la anexión de territorios peruanos y bolivianos, abriéndose así un ciclo económico por la exportación del nitrato o *salitre*, que dio un amplio flujo de recursos, alteró el orden productivo, social y político, y posicionó al país como uno de los pocos casos exitosos de crecimiento expor-

⁵ John H. Coatsworth, *Los orígenes del atraso. Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*. México, Alianza, 1990, p. 18.

⁶ Se refiere al énfasis que dio México —al igual que Brasil— desde los años sesentas del siglo pasado, de tener una industria para el mercado interno y promover exportaciones de manufacturas y materias primas. R. Thorp, “A Reappraisal of the Origins of Import-Substituting Industrialisation, 1930-1950”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 24, 1992, p. 187. Dicha estrategia les permitió registrar, en ambos países, altas tasas de crecimiento hasta la década siguiente. Para esto último cf. Eliana Cardoso y Albert Fishlow, “Latin America Economic Development: 1950-1980”, en *Journal of American Studies*, vol. 24, *op. cit.*

⁷ El ambiente de los problemas económicos y de las explicaciones sociológicas existentes en Chile en la década de 1950 fueron el caldo de cultivo para la conformación tanto del pensamiento estructuralista de la CEPAL como también del movimiento de la dependencia. Sobre las influencias chilenas cf. Carolin Craven, “A Transformaion Problem: Monetarism to Structuralism in the Economic Commision for the Latin America”, en *History of Political Economy*, vol. 26, 1994, p. 1.

⁸ Sergio Villalobos, *Los comienzos de la historiografía económica de Chile, 1862-1940*. Santiago, Editorial Universitaria, 1981, pp. 28-29; Robert M. Will, “The Introduction of Classical Economics into Chile”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. XLIV, 1964, pp. 1, 20, 21.

tador en la región para 1914.⁹ La llegada de misiones pedagógicas y de técnicos alemanes contratados por el gobierno chileno a partir de la década de 1880 hizo que adquirieran una enorme influencia las ideas de Friedrich List, quien en su *Sistema nacional de economía política*, escrito en 1841, planteó que la adquisición de una capacidad de desarrollo de las fuerzas productivas debía darse mediante políticas de protección del Estado para acelerar o hacer posible la industrialización y el crecimiento económico, requisito básico de la unidad del país y del mercado nacional.¹⁰ Representante de esas ideas fue Daniel Martner, economista, ministro, profesor y rector de la Universidad de Chile, quien en obras como *Nuestros problemas económicos* (1918) planteó que el país, para salir de su condición atrasada, debía movilizar las fuerzas productivas, siguiendo las ideas de List.¹¹

El giro relevante en ese sentido se inició en 1920 con la elección del presidente Arturo Alessandri, quien impulsó una agenda social postergada, la cual se radicalizó desde 1924 y puso fin al Estado oligárquico mediante la Constitución de 1925, la separación de la Iglesia del Estado, el incremento del poder presidencial, y el avance de la participación del sector público en la economía.¹² De ello surgió una nueva generación de agencias públicas en 1925, con el Banco Central de Chile como única entidad emisora de moneda; el Servicio de Minas del Estado (1925), la Caja de Crédito Agrícola (1926), la Caja de Crédito Minero (1927), la Caja de Crédito Carbonero y el Instituto de Crédito Industrial, ambos en 1928.

En el decenio de 1940 marco de ascenso del papel del Estado, del nacionalismo económico y de las políticas de inspiración keynesiana, Chile fue la sede de la CEPAL en un ambiente que maduró rápidamente en los *años de Santiago*, durante los decenios de 1950 y 1960. En ese tiempo Santiago de Chile fue punto de reunión de una generación de sociólogos, politólogos, demógrafos y economistas latinoamericanos que trabajaron libremente con variables de todo tipo y diversidad de enfoques mediante cursos ofrecidos por la CEPAL, el Centro Latinoamericano de Demografía, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, la Escolatina (Escuela Latinoamericana de Economía) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Como señala Soares, la herencia común era interdisciplinaria, teórica y metodológicamente ecléctica, con ciertos énfasis en factores explicativos *infraestructurales*, económicos, pero de índole social, que buscaban una perspectiva histórica en un marco latinoamericano.¹³

México, si bien no tuvo la influencia destacada de la escuela histórica alemana ni contó con el catalizador de debates de la CEPAL, mostró en cambio tempranos perfiles nacionalistas y estatales

⁹ Patricio Meller, "Una perspectiva de largo plazo del desarrollo económico chileno, 1880-1990", en Magnus Blomström y Patricio Meller, coords., *Trayectorias divergentes. Comparación de un siglo de desarrollo económico latinoamericano y escandinavo*. Santiago, CIEPLAN / Hachette, 1990, p. 54; Victor Bulmer-Thomas, *The Economic History of Latin America since Independence*. Cambridge / Nueva York, Cambridge University Press, 1994, pp. 48-154; Luis Valenzuela, "The Cooper Smelting Company "Urmenta y Errázuriz of Chile: An Economic Profile, 1960-1880", en *The Americas*, vol. 53, p. 235.

¹⁰ F. List, *Sistema nacional de economía política*. México, FCE, 1997, pp. 240-241.

¹¹ Daniel Martner, *Nuestros problemas económicos*. Santiago, Sociedad Imprenta y Litografía Barcelona, 1918.

¹² José Pablo Arellano, *Políticas sociales y desarrollo. Chile 1924-1984*. Santiago, CIEPLAN, 1988.

¹³ Glaucio Soares, "Subdesarrollo económico y social y homicidios en el distrito federal, Brasil, 1995-1998", en Rolando Franco, coord., *Sociología del desarrollo, políticas sociales y democracia. Estudios en homenaje a Aldo E. Solari*. México, Siglo XXI Editores / Comisión Económica para América Latina, 2001, pp. 129-130.

con una mejor aceptación de los enfoques liberales y monetaristas. Los antecedentes se remontan al siglo XIX, cuando el neomercantilismo y el proteccionismo de los conservadores fue resistido y derrotado por los liberales a mediados de la década de 1850. Ello guió la política económica de los gobiernos posteriores y de la dictadura de Porfirio Díaz entre 1876 y 1911 de apertura a la inversión externa y exportaciones, constituyéndose México en un importante punto de inversiones estadounidenses, destacando para 1913 como exportador de minerales y de metales preciosos, al controlar 30 % de la producción mundial de plata.¹⁴

Entre 1910 y 1920 la Revolución mexicana no generó posturas industrialistas ni proteccionistas radicales, sino un conjunto de ideas dirigidas hacia la intervención estatal, sin desconocer la propiedad privada.¹⁵ Pero la larga guerra civil entre 1910 y 1920 tuvo consecuencias distintas a la Guerra del Pacífico de Chile porque, como señala Collier, las guerras civiles afectan mucho más que los conflictos internacionales, porque suelen extenderse por todo el territorio, afectan los derechos de propiedad y debilitan el aparato estatal.¹⁶ Su Revolución, sin embargo, no dio origen a un anticapitalismo abierto, ni a prácticas ni ideas radicales y totalitarias extremas; por el contrario, desde la década de 1920 los gobiernos fueron creando un consenso de ideas bastante moderadas en lo político y económico para levantar un nuevo Estado y una nueva intelectualidad, capaz de reproducir consensos oficiales con una plasticidad notable.¹⁷ La redefinición del Estado mexicano se trazó con la Constitución de 1917, y durante los gobiernos de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles se sentaron las bases del moderno Estado mexicano que se consolidaría bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940).

Pero para entonces el país carecía de cuadros profesionales calificados y de información económica básica para la acción pública, además de que el aparato estatal tenía escasas capacidades de control en lo administrativo, fiscal y hasta militar, que lo ubicaban, en la década de 1930, en una situación parecida a la de Brasil, y en inferioridad frente a Chile, Argentina o Uruguay.¹⁸ Hubo figuras

¹⁴ J. H. Coatsworth, *op. cit.*, p. 81; V. Bulmer-Thomas, *op. cit.*, pp. 58, 69.

¹⁵ Sobre esas ideas de bajo perfil industrialista cf. Guillermo Guajardo, “‘Hecho en México’: el eslabonamiento industrial ‘hacia adentro’ de los ferrocarriles, 1850-1950”, en Sandra Kuntz y P. Riguzzi, eds., *Ferrocarriles y vida económica en México, 1850-1950*. Zinacatepec, Estado de México, El Colegio Mexiquense / UAM Xochimilco / Ferrocarriles Nacionales de México, 1996. La sección dedicada a estudiar los proyectos frustrados en la década de 1920 para establecer industrias en torno a los ferrocarriles controlados por el gobierno mexicano.

¹⁶ P. Collier, “On the Economic Consequences of Civil War”, en *Oxford Economic Papers*, vol. 51. 1999, pp. 168-169.

¹⁷ G. Guajardo, “Los problemas de la estabilización económica: Estado y actores privados, 1920-1940”, en Jorge Javier Romero, coord., *La política interior y la estabilidad de la nación*, vol. III de la colección *Historia de la Secretaría de Gobernación*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2000, pp. 199-214.

¹⁸ Brasil, desde la presidencia de Getulio Vargas (1930-1945), creó el Departamento Administrativo del Servicio Público en 1937 y, más tarde, en la década de 1950, el Banco Nacional de Desarrollo Económico. Sobre los otros casos cf. L. Whitehead, “State organization in Latin America since 1930”, en Leslie Bethell, edit., *The Cambridge History in Latin America*, vol. VI. *Latin America since 1930. Economy, Society and Politics*, parte 2, *Politics and Society*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994; E. Willis, “Explaining Bureaucratic Independence in Brazil: The Experience of the national Economic Development Bank”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 27, p. 23 y Verónica Montecinos, “Introducción: ambigüedades y paradojas del poder tecnocrático en América Latina”, en *Pensamiento Iberoamericano. Revista de economía política*. Madrid, vol. 30. 1997.

claves para solucionar esos problemas. Destaca la tarea que desempeñó Jesús Silva Herzog, quien se consagró a crear organismos para recopilar información económica y reclutar personal. En 1926 Silva Herzog participó en la reorganización del Departamento de Estadística Nacional que dependía de la Presidencia de la República. Además, con motivo de la reorganización de los Ferrocarriles Nacionales de México (FNM), creó una oficina de estudios económicos para apoyar las decisiones sobre esa entidad. En 1928 formó el Departamento de Bibliotecas y Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda, y en ese mismo año ayudó a dar nacimiento al Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas. De 1929 a 1930, aprovechando su cargo diplomático en Europa, estudió las técnicas estadísticas del gobierno alemán, que implantó en la Oficina de Estudios Económicos de FNM, la primera oficina importante de estudios económicos en México, y en la que trabajaron junto a él dos destacados profesionales: Daniel Cosío Villegas y Gonzalo Robles.¹⁹ En la década de 1930, Cosío Villegas se incorporó como secretario general de la Universidad Nacional, donde impulsó la creación de la sección de Economía dentro de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, que fue el inicio de los estudios formales de economía en México.²⁰

En 1933 México formuló su primer *Plan Sexenal* que conjugó una política económica con amplia participación del Estado para reducir la dependencia externa, sin negar la propiedad privada, y facultó al Estado para orientar ciertas actividades hacia fines sociales. El capital extranjero disminuyó bastante en el campo y en el petróleo, pero continuó en los servicios públicos, manufacturas, finanzas y otras actividades. Al igual que en Chile, en 1925 se creó un banco central emisor, el Banco de México, y más tarde otras instituciones para apoyar el fomento industrial, como la Nacional Financiera. En educación se hizo un esfuerzo notable para salir del rezago con la creación, en 1921, de la Secretaría de Educación Pública. En 1923 se creó la Dirección de Enseñanza Técnica, Industrial y Comercial, que en 1935 se convirtió en Departamento para, en 1937, unificar el sistema con la creación del Instituto Politécnico Nacional. Finalmente, en 1937 y 1938 este proceso tuvo su corolario con las expropiaciones de los ferrocarriles y de la industria petrolera.²¹ Con todo ese esfuerzo, para los decenios de 1940 y 1950, México pudo inscribirse en el contexto regional por la formación de equipos de expertos surgidos al calor de la expansión del Estado, gracias a una burocracia que le entregaba capacidad de llevar a cabo las políticas de desarrollo.

Competencia y colaboración intelectual entre el Banco de México y la CEPAL

La creación en 1925 del Banco de México dio origen a una de las instituciones más consistentes y estables del aparato gubernativo mexicano, que logró una gran influencia sobre el comando de las políticas económicas. Los planes de industrialización fueron estrechamente monitoreados por el Banco de México, distinto a Chile, en donde el Banco Central no tuvo una tarea tan destacada en

¹⁹ James W. Wilkie y Edna Monzón, *Frente a la Revolución mexicana. 17 protagonistas de la etapa constructiva. Entrevistas de historia oral de...*, vol. 1. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, pp. 328-329, 332, 353, 354.

²⁰ Graciela Márquez, "Daniel Cosío Villegas, sus años como economista", en *El Trimestre Económico*, vol. LXXXI, p. 284.

²¹ Sergio Ortiz Hernán, *Los ferrocarriles en México. Una visión social y económica*, 2 tt. México, Ferrocarriles Nacionales de México, 1987-1988; Octavio Ianni, *El estado capitalista en la época de Cárdenas*. México, Era, 1987.

ese campo.²² Además, para la década de 1940, el Banco de México adquirió una importancia notable como polo intelectual, por sus iniciativas de alcance regional en el ámbito monetario. A diferencia de Chile, donde el economista argentino Raúl Prebisch, como secretario general de la CEPAL, empezó a difundir el enfoque sobre la existencia de un centro industrial y hegemónico que sostenía transacciones desiguales con una periferia agrícola y subordinada, cuyos antecedentes se encontraban en Werner Sombart y en el rumano Mihail Manoilescu, aunque había sido el chileno-alemán Ernst Wagemann quien durante las décadas de 1920 a 1930 acuñó los términos *ciclo céntrico* y *ciclo periférico* para describir los movimientos de capitales nacionales e internacionales.²³

Wagemann ha sido mencionado en forma discreta porque fue funcionario del régimen nazi y se refugió por unos años en Santiago de Chile, donde tuvo una modesta aunque influyente posición. Durante el régimen hitleriano estuvo a cargo del Instituto de Investigación del Ciclo Económico, destacado centro académico de planificación no socialista que colaboró con las agencias gubernamentales. Durante la guerra, Wagemann colaboró en la elaboración de sistemas de diagnóstico y de dirección de la economía alemana. Después de 1945 se refugió en Chile para trabajar en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, cuando en Santiago empezaban a trabajar los economistas de la CEPAL, por lo que no es extraño que en el informe de la Comisión de 1949 se indique que el estudio del ciclo económico debía ocupar un lugar *especialísimo* para el desarrollo de la periferia.²⁴

En 1944, Raúl Prebisch asistió a una reunión en México del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, y en el Banco de México ofreció un curso a funcionarios, economistas y personal de la banca y de las finanzas públicas. Además, en 1946, Prebisch fue invitado a la Primera Reunión de Técnicos de Banca Central del Continente Americano (incluidos Canadá y Estados Unidos) que organizó el Banco de México. Pero fue en la Segunda Reunión, celebrada en Santiago de Chile, en 1949, una vez creada la CEPAL, cuando empezó a marcarse una discrepancia por la iniciativa de la delegación del Banco de México que, con el apoyo de otros bancos centrales, planteó la idea de crear, en 1952, el Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA), basado en una propuesta de Javier Márquez que, a juicio del economista mexicano y alto funcionario de CEPAL en México, Víctor Urquidí, era una idea con la cual “nunca estuvo de acuerdo Raúl Prebisch, y que motivó, según me consta, un distanciamiento entre ellos”.²⁵

El CEMLA marcó distancia con la CEPAL porque orientó su apoyo hacia los bancos centrales latinoamericanos, tarea en la que colaboraron el FMI, la Agencia para el Desarrollo Internacional de

²² Enrique Cárdenas, *La Hacienda pública y la política económica, 1929-1958*. México, El Colegio de México, 1994; Antonio Ortiz Mena, *El desarrollo estabilizador. Reflexiones sobre una época*. México, FCE / El Colegio de México, 2000; Emilio Zebadúa, *Banqueros y revolucionarios: la soberanía financiera de México*. México, El Colegio de México / FCE, 1994.

²³ Joseph Hodara, “Reseña de libros”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 11. Israel, Universidad de Tel Aviv, 2000. [Versión electrónica.]

²⁴ J. Adam Tooze, *Statistics and the German State, 1900-1945. The Making of Modern Economic Knowledge*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 178-181, 234-235, 264; Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *Estudio económico de América Latina, 1949*. Nueva York, ONU, Departamento de Asuntos Económicos, 1951, p. 60. Incluso publicó en 1949 unos apuntes de clase: Ernesto Wagemann, “Teoría económica, la circulación, parte II redactada por Manfredo Tegtmeier B.”. Doc. inéd., 1949.

²⁵ Víctor L. Urquidí, “Incidentes de integración en Centroamérica y Panamá, 1952-1958”, en *Revista de la CEPAL*, núm. extraordinario CEPAL Cincuenta años, reflexiones sobre América Latina y el Caribe, 1998.

Estados Unidos, el BID y fundaciones estadounidenses.²⁶ Su área de influencia estuvo en los bancos centrales de América Central y el Caribe, área más propensa a las políticas ortodoxas desde la depresión de 1929, y en donde la acción estatal se volcaba hacia la modernización de los bancos centrales.²⁷ Fue de gran importancia el hecho de que el FMI y el gobierno de Estados Unidos fueran contrarios a la acción y pensamiento de la CEPAL,²⁸ en particular el Departamento de Estado de Estados Unidos era abiertamente contrario a la creación de un mercado común centroamericano con ayuda de CEPAL. Testimonio de ello dejó Urquidí, quien en febrero de 1959, como funcionario de CEPAL, se entrevistó en México con dos funcionarios del Departamento de Estado, Henry Turkel e Isaiah Frank, quienes por instrucciones del secretario adjunto de Estado para América Latina, Thomas Mann, promovían la idea de olvidarse de la CEPAL y de sus mecanismos de integración y proponer un tratado de comercio entre El Salvador y Honduras que, a juicio de Urquidí, “no les interesaba nada de lo que se había logrado con la CEPAL en materia institucional, de infraestructura y de negociaciones”.²⁹

No obstante, México cumplía en su agenda una tarea mediadora entre ideas y acciones regionales, gracias a una generación que estableció fuertes canales de colaboración. Así ocurrió cuando la ebullición intelectual rebasó los muros de la CEPAL y encontró sus límites en Santiago de Chile, fenómeno que analizaron Gabriel Palma y Mario Marcel con el caso del economista de Cambridge y reconocido postkeynesiano, Nicholas Kaldor, quien fue invitado en 1956 a CEPAL por Raúl Prebisch.

En su paso por Santiago, Kaldor elaboró un ensayo en el que cuestionó la distribución del ingreso en Chile y planteó la necesidad de aplicar a las rentas más altas impuestos al consumo para incrementar la tasa de ahorro del país y detener la propensión consumista. Su estudio, a pesar de la aparente liberalidad intelectual santiaguina, no pudo ser publicado por CEPAL por sus implicaciones políticas y por la posibilidad de ser atacado por la derecha que llevó a la presidencia a Jorge Alessandri (1958-1964). La solución planteada fue que dicho estudio se publicara en México, en *El Trimestre Económico*, revista que lo sacó a la luz en 1959.³⁰ Kaldor, cuando visitó México, fue acogido con entusiasmo en el CEMLA, en donde impartió un ciclo de conferencias en 1960 que versaron preferentemente sobre aspectos monetarios del desarrollo.³¹

²⁶ Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA), *Cuarenta años del Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, 1952-1995*. México, CEMLA, 1992, pp. 7-8.

²⁷ Edelberto Torres Rivas, “América Central desde 1930: perspectiva general”, en L. Bethell, ed., *Historia de América Latina*, vol. 14, *América Central desde 1930*. Barcelona, Crítica, 2001, pp. 18-19.

²⁸ David Pollock, Daniel Kerner y Joseph L. Love, “Entrevista inédita a Prebisch: logros y deficiencias de la CEPAL”, en *Revista de la CEPAL*, núm. 75. 2001.

²⁹ V. L. Urquidí, *op. cit.*

³⁰ Gabriel Palma y Mario Marcel, “Kaldor y el ‘discreto encanto’ de la burguesía chilena”, en *Colección de Estudios CEPLAN*, núm., 28. Santiago, 1990, pp. 87-90.

³¹ Nicholas Kaldor, *Ensayos sobre desarrollo económico*. México, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, 1961.

Los caminos a Chicago: desde fuera y desde dentro del Estado

Durante la década de 1950 el debate sobre los instrumentos de intervención estatal, el papel de Estados Unidos, la industrialización, la reforma fiscal y la integración regional empezaban a levantar en ciertos círculos académicos y en organismos internacionales una fuerte oposición a toda forma de intervención estatal que, con la Guerra Fría, adquirió tonalidades francamente militantes. La crítica más difundida había sido planteada en 1944 por Friedrich von Hayek en su libro *Camino de servidumbre*, que se legitimaría en 1974 cuando se le otorgó el premio Nobel de economía.

Hayek identificó la tiranía con las políticas socialistas y de planificación económica ya fueran occidentales o soviéticas, críticas que se unificaron con las de Adam Smith de un orden social espontáneo. Ofreció los fundamentos de lo que Deane llamó la *contrarrevolución monetaria*, que reflejó el “perenne conflicto entre las visiones intervencionista y del *laissez faire* del papel del Estado en los asuntos económicos”. Ésta arrancaría desde la Universidad de Chicago, institución en la que una vigorosa tradición de individualismo liberal creó un ambiente fértil para el desarrollo de teorías económicas que justificasen las soluciones del mercado a los problemas de política económica.³²

En Chile la alternativa comenzó a levantarse en la misma época en la que la derecha criticaba a Kaldor. En 1956 empezó a operar el programa de cooperación entre la Universidad Católica de Chile y la Universidad de Chicago,³³ que permitió formar una generación de economistas con un perfil distinto a los de la Universidad de Chile, generación en la cual influiría el economista estadounidense Tom Davis, quien desde 1960 prestó especial atención a las condiciones internas de acumulación de capital, como los salarios reales, las tasas tributarias y de interés y el impacto de las leyes de previsión social en la formación de capital, concluyendo, de manera distinta a Kaldor, en el sentido de que la seguridad social en Chile era un factor determinante para la deficiente acumulación del capital y generación de empleos, debido a la arraigada cultura de presión social y de clientela política que hacía inviable desaparecerla pacíficamente del escenario.³⁴ En esa perspectiva la solución se daría a partir del golpe militar de 1973, cuando los *Chicago Boys* empezaron a tomar el control de la economía.³⁵

Distinto ocurrió con la Universidad de Chile, que pasó a ser heredera de corrientes como las de la escuela histórica alemana, la revolución keynesiana, el estructuralismo, la planificación y, más

³² Phyllis Deane, *El Estado y el sistema económico*. Barcelona, Editorial Crítica, 1993, pp. 194, 197, 200; Friedrich Hayek, *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 33.

³³ Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economist: The Chicago School in Chile*. Nueva York / Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

³⁴ Gabriel Salazar, Arturo Mancilla y Carlos Durán, “Estado, legitimidad, ciudadanía”, en Gabriel Salazar y Julio Pinto, eds., *Historia contemporánea de Chile*, vol. 1. Santiago, LOM, 1999, p. 63.

³⁵ Carlos Huneeus, “Technocrats and Policymakers in an Authoritarian Regime. The ‘ODEPLAN Boys’ and the ‘Gremialist’? In Pinochet’s Chile”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 2. 2000, p. 2; Marcus J. Kurtz, “Chile’s Neo-Liberal Revolution: Incremental Decisions and Structural Transformation, 1973-1989”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 31, p. 2; Jhon Markoff y Verónica Montecinos, “El irresistible ascenso de los economistas”, en *Desarrollo Económico*, vol. 34, 1994, p. 133; Eduardo Silva, *The State and Capital in Chile. Business, Elites, Technocrats, and Market Economists*. Boulder Co, Westview Press, 1996.

tarde, de la teoría de la dependencia. A este respecto es interesante señalar que en 1956 el Instituto de Economía de la Universidad de Chile creó un programa de historia económica destinado a cuestionar la solidez científica de las políticas económicas para el desarrollo,³⁶ cuyos frutos se dieron en la docencia y en la investigación sobre los orígenes de la escasa tasa de crecimiento de la producción industrial. En ese instituto Ricardo Lagos Escobar, presidente de Chile del año 2000 al 2006, llevó a cabo su estudio sobre las bases industriales previas a la Depresión de 1929, que hicieron posible la sustitución de importaciones.³⁷ A su vez, en la Universidad de Chile se creó el Centro de Estudios Económico-Sociales (CESO), que bajo la dirección de Theotonio Dos Santos trabajó en el desarrollo de una *teoría marxista de la dependencia*. Después del golpe militar de 1973 el CESO fue eliminado y el Instituto de Economía sufrió una depuración de sus investigadores y se detuvo el trabajo de perspectiva histórica que venía desarrollando.

En México, durante la década de 1950, también se dio un giro en la misma dirección, pero con un más claro apoyo público, debido a que la formación de economistas y su empleo en la tecnocracia formaban parte de un proyecto político de mayor alcance. Esto se destacó a partir de la creación en 1946 del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y con la presidencia de Miguel Alemán (1946-1952), primer presidente civil después de la Revolución, quien integró un gabinete con profesionales egresados de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).³⁸ Con el gobierno de Ruiz Cortines (1952-1958) se consolidó la hegemonía del PRI y se configuraron los rasgos del sistema político mexicano, predominante hasta el año 2000, que se caracterizó por un presidente de la República como jefe de Estado, de gobierno, de partido y árbitro de última instancia en todos los conflictos.³⁹ Además, con el alineamiento de México con Estados Unidos durante la Segunda Guerra, se hicieron inaceptables las posturas cercanas a un socialismo de cuño local, lo que obligó a sectores sociales e intelectuales a optar y alinearse con la estrategia del PRI, ya fuera consolidando un sindicalismo corporativo leal o bien participando en un programa minimalista de transformaciones mediante la empresa pública.⁴⁰

Este giro también necesitó de nuevas capacidades, para lo cual se debió formar una nueva generación de economistas, cuyo proyecto fue apoyado por el Banco de México y liderado por Daniel Cosío Villegas. Iniciativa importante al respecto fue la reforma de la Licenciatura en Economía de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), que si bien se había creado en 1957 en su Facultad de Contaduría y Administración, carecía de profesores especializados, y el plan de estudios replicaba el de la UNAM, con sus aciertos y sus errores. Para reformarlo se nombró como directora a Consuelo Meyer (1958-1964), funcionaria del Banco de México, quien estuvo apoyada por Rodrigo Gómez, director del Banco, quien buscó el apoyo de otros destacados economistas para

³⁶ Claudio Véliz, "Las investigaciones del Instituto de Economía sobre la historia económica de Chile", en *Boletín de la Universidad de Chile*. Santiago, 1960, p. 37.

³⁷ Ricardo Lagos Escobar, *La industria en Chile: antecedentes estructurales*. Santiago, Universidad de Chile, Instituto de Economía, 1966.

³⁸ Elsa Gracida Romo, *El programa industrial de la Revolución*. México, UNAM, Facultad de Economía, 1994, pp. 53-75; Miguel González Compeán, "El conflicto y las instituciones: la Revolución con objetivos", en M. González Compeán y Leonardo Lomelí, coords., *El Partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999)*. México, FCE, 2000, pp. 206-207.

³⁹ L. Lomelí, *op. cit.*, p. 239

⁴⁰ Víctor Manuel Villaseñor, *Memorias de un hombre de izquierda*, 2 tt. México, Grijalbo, 1976.

asesorar el proyecto, entre ellos Cosío Villegas y Víctor L. Urquidí, quienes diseñaron el plan de estudios e integraron a estudiantes y profesores. Cosío Villegas fue nombrado director honorario.⁴¹ Durante los siguientes años, egresados y profesores de la UANL también empezaron a formarse en la Universidad de Chicago, mucho antes de que lo hicieran en las universidades privadas mexicanas, y casi al mismo tiempo que lo hicieron los economistas de la Universidad Católica de Chile.

Radicalización chilena y matización mexicana

Desde 1959 las presiones internacionales para ambos países se incrementaron debido a que la polarización de la Guerra Fría acentuó las discrepancias con Estados Unidos. En México ello se hizo explícito desde los primeros años de la década de 1960, con la nacionalización y estatización de la industria eléctrica poco después del triunfo de la Revolución cubana, lo que condujo a que se perfilara la necesidad de acelerar la tasa de crecimiento y crear un clima de confianza para la inversión nacional y extranjera, fortaleciendo la soberanía económica y la seguridad del país para reducir su vulnerabilidad externa. Dichos propósitos se hicieron explícitos en el programa de gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) para promover un equilibrio entre el sector público y privado a fin de alcanzar un crecimiento no menor de 6 % anual. En tal perspectiva se impulsó aún más la industrialización, se mejoró la eficiencia productiva para que la industria y los servicios absorbieran los excedentes de la población rural y el incremento de la fuerza de trabajo urbana, incrementando la exportación de manufacturas. Políticamente se buscó la colaboración de sectores cercanos a las ideas del nacionalismo económico establecidos durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas (1934-1940) para moderar el conflicto social y su posible radicalización, minimizar los efectos de la Revolución cubana y maniobrar frente a las tensiones internacionales.⁴²

Pero ese esquema se quebró en las postrimerías del gobierno de Díaz Ordaz y durante el gobierno de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976). Los grandes descubrimientos petroleros en el sureste en 1973 quebraron los consensos económicos al interior del gobierno. En particular las ideas antiexportadoras para el petróleo tenían un respaldo político fuerte encabezado por el ex director de Petróleos Mexicanos (PEMEX), Jesús Reyes Heróles, quien en 1972 asumió la presidencia del PRI y apoyó la planificación económica del Estado para que “redujera la dependencia del país de recursos externos y que canalizara las inversiones extranjeras a los sectores en que éstas pudieran contribuir al desarrollo económico independiente, por medio de la transferencia de tecnología de punta”. Dichos principios quería que fueran la doctrina del PRI mediante el “Plan Básico de Gobierno, 1976-1986”, en el cual la planeación sería “imperativa para el Estado y las empresas del Estado, e indicativa para el sector privado y social”.⁴³ Pero esos principios fueron cuestionados a partir de

⁴¹ G. Márquez, *op. cit.*

⁴² Lorenzo Meyer, “El auge petrolero y las experiencias mexicanas disponibles. Los problemas del pasado y la visión del futuro”, en *Las perspectivas del petróleo mexicano*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales, 1979; S. Ortiz Mena, *op. cit.*, pp. 74, 78, 99-100, 194-195; Rebeca de Gortari Rabiela, “El IMP, Pemex y las reservas en la definición de la política petrolera, 1976-1981”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 52, 1995, p. 59.

⁴³ Leonardo Lomelí, “La consolidación del sistema político mexicano: el periodo de Adolfo Ruiz Cortines”, en M. González Compeán y L. Lomelí, coords., *op. cit.*, pp. 430, 431, 438.

1976 por el aumento de la producción y las reservas petroleras en un momento crítico del panorama económico internacional, con lo cual el gobierno mexicano adquirió una herramienta poderosa en momentos en que Estados Unidos buscaba fuentes seguras de abastecimiento, lejos del turbulento Medio Oriente. A su vez Echeverría necesitaba asegurar una plataforma significativa de reservas de exportación o devaluar, última opción que tomó en agosto de 1976, que desplazó la posición antiexportadora frente a la importancia del petróleo como proveedor de divisas.⁴⁴

Para ese entonces la divergencia con Chile era notable.

En 1970 fue elegido con un poco más del tercio de los votos el gobierno socialista de Salvador Allende (1970-1973), cuyo programa planteó el objetivo de transformar la estructura económico social chilena orientándola hacia una economía socialista, mediante una masiva reasignación de factores económicos. La radicalidad y premura del programa, la falta de acuerdos y de consensos políticos con otras fuerzas, la división de los sectores populares, la deserción de la clase media y la activa oposición de Estados Unidos condujeron al derrocamiento de Allende en 1973. Tras el golpe militar de Pinochet se implantó una de las más tempranas experiencias de reforma neoliberal, que si bien compartía con los socialistas el diagnóstico de un cambio radical, se orientó a poner fin a las políticas que favorecían la industrialización, el proteccionismo y la movilidad social.⁴⁵ Los cambios fueron continuos, profundos e irreversibles, tal como lo reconoció en 2004 el sociólogo Tomás Moulián, en el sentido de que modificar esa situación sólo puede darse mediante una "lenta y conflictiva transformación de la sociedad chilena".⁴⁶

Para 1970 la polarización ideológica chilena había llegado a una plena sintonía con las corrientes internacionales de competencia entre sistemas que consideraban a la política pública como ingeniería social, presentándose cada posición como *superior* y *científica* por el uso racional de la política pública. Para el economista José Cademártori la asignación ministerial de bienes y servicios del gobierno de Allende seguía "leyes objetivas comunes a todas las revoluciones contemporáneas", lo que consideraba inevitable ya que de no hacerlo "equivale a renunciar a la dirección de la sociedad, significa reemplazar la ciencia por el voluntarismo".⁴⁷ Después, con el régimen militar, las políticas económicas según el economista Carlos Cáceres, ministro de la dictadura, se fundaron "en el conocimiento de la teoría económica y en el diagnóstico realista de las condiciones del país y sus habitantes".⁴⁸

⁴⁴ I. Morales, C. Escalante y R. Vargas, *La formación de la política petrolera en México, 1970-1986*. México, El Colegio de México, 1988, pp. 57, 69, 71.

⁴⁵ Alain Rouquié, "The Military in Latin American Politics since 1930", en L. Bethell, ed., *op. cit.*, pp. 256, 259; Paul E. Sigmund, "The Military in Chile", en Robert Wesson, ed., *New Military Politics in Latin America*. Nueva York, Praeger, 1982; Mary Helen Spooner, *Soldiers in Narrow Land: The Pinochet Regime in Chile*. Berkeley, University of California Press, 1994; P. Meller, *op. cit.*; Robert Barros, "Personalization and Institutional Constraints: Pinochet, the Military Junta and the 1980 Constitution", en *Latin American Politics and Society*, vol. 43, 2001, p. 1.

⁴⁶ "TLC consagra de un modo bastante definitivo la economía neoliberal", entrevista a Tomás Moulián, en *La Nación*. Santiago, viernes 2 de enero, 2004.

⁴⁷ José Cademártori, "Perspectivas y tareas revolucionarias en el frente económico", en *Revista de la Universidad Técnica del Estado*. Santiago, 1972-1973, p. 106.

⁴⁸ Carlos Francisco Cáceres, "La vía chilena a la economía de mercado", en *Ercilla Económico*, vol. 25, Santiago, 1982, p. 2.

México, en esa misma época, si bien tenía posiciones encontradas, éstas se daban dentro de una fuerte institucionalidad, hegemonía política e intelectual, y con una diferencia clave: el haber experimentado la violencia de una Revolución, así como mantener una permanente y directa negociación con Estados Unidos que le daba a su clase dirigente una perspectiva distinta de los riesgos y de los márgenes de maniobra para proyectos encontrados, algo poco considerado por Chile, lejos de cualquier potencia y carente de memoria sobre una guerra civil. De ahí que, a diferencia de la abierta polarización chilena, en México la arena relevante para colocar los proyectos en el poder estaba en el gabinete económico y en el juego de la sucesión presidencial, caracterizada por negociaciones, mediaciones y cambios de bando de quienes estarían a cargo del país en el siguiente sexenio. Por ello el tránsito en México hacia la reforma económica, a diferencia de lo que sucedía en Chile, se dio desde dentro del aparato del Estado, a partir de 1976. Y fue durante la presidencia de Miguel de la Madrid Hurtado (1982-1988) cuando se dio el giro hacia un programa abierto de reforma que después ejecutaría Carlos Salinas de Gortari (1988-1994). De la Madrid, en particular, como secretario de Programación y Presupuesto del presidente López Portillo (1976-1982), trazó políticas destinadas a lograr una mayor disciplina monetaria; a liberalizar la economía y a romper los amarres proteccionistas que culminaría durante su gobierno con la adhesión de México al GATT, para lo cual debió consolidar su posición dentro del gabinete. Al respecto, en sus palabras:

En materia económica siempre he sido ortodoxo y conservador, en el sentido tradicional del término. Pero sentía que para ser efectivo no tenía que irme al extremo, sino que tenía que ir logrando que mis ideas matizaran la política expansionista adoptada por el Presidente de la República. Tan fue así que logré que la meta de 10 % [...] la bajáramos en el Plan Global de Desarrollo a 8 % [...]. Además, creo que ningún miembro de ningún gabinete gubernamental puede tener una tesis totalmente contraria a la del jefe de gobierno, porque en esa medida o renuncia o lo renuncian.⁴⁹

Conclusiones

Desde una perspectiva comparada y de largo plazo es claro que el giro en las ideas y en la acción hacia las reformas económicas liberales en la década de 1970 fue muy violento en Chile, país que de acuerdo a una tradición de internacionalizar sus opciones de pensamiento y de política económica entró, durante la Guerra Fría, en un proceso de polarización, debilitamiento de sus capacidades de maniobra internacional y de enfrentamiento violento de proyectos que culminaría en el golpe militar de 1973. México, por su más tardía conformación estatal; por la integración de posiciones encontradas al interior del sistema político; por la memoria de la violencia vivida durante el periodo revolucionario y por la exclusiva situación del día a día de la relación con Estados Unidos, creó una gestión orientada a balancear posiciones mediante un amplio bloque de poder político, instituciones y actores que impidieron que los proyectos entraran en alta sintonía con la Guerra Fría, y que pudieran derivar en un enfrentamiento entre extremos. Para esto hubo una suce-

⁴⁹ Jorge G. Castañeda, *La berencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*. México, Punto de Lectura, 2001, p. 224.

siva formación de profesionales, en particular de economistas, que fueron avanzando desde la información hacia la decisión sobre recursos y estrategias mediante un proceso centrípeto. En Chile las cosas fueron distintas, dado que sus escuelas y generaciones se dieron en forma fragmentada, tanto en lo institucional como en lo teórico, con una creciente tendencia centrífuga de sus proyectos político-económicos que los llevaría, por la peculiar vía chilena, tanto al socialismo como a la contrarrevolución monetarista.

Viejos y nuevos retos para el desarrollo desde América Latina

Teresa AGUIRRE

En América Latina empezamos a sentir los vientos del cambio. El ascenso reciente de gobiernos de izquierda y centro izquierda es, en buena medida, la expresión de lo que Joseph Stiglitz ha llamado el *malestar de la globalización*. Estos gobiernos, precedidos e impulsados por importantes movimientos populares, de este modo han manifestado su inconformidad y frustración por la exclusión, marginación y empobrecimiento de que han sido objeto, tras veinticinco años de aplicación de políticas neoliberales. Ante las demandas populares y las iniciativas de los nuevos gobiernos, las élites políticas y académicas se interrogan sobre las alternativas viables para el futuro inmediato del subcontinente, y la *agenda ampliada del desarrollo* vuelve a estar en el centro de la discusión. ¿Cómo alcanzar el tan esquivo desarrollo económico y social en América Latina? ¿Cómo avanzar hacia soluciones estructurales que posibiliten el crecimiento sostenido y que ello se traduzca en bienestar para la mayoría de la población? ¿Cómo encarar a fondo las agudas carencias expresadas en altas tasas de pobreza que registra la región y al mismo tiempo preservar la posibilidad del crecimiento?

Una primera conclusión que arroja la experiencia latinoamericana es que deberíamos reexaminar, rehacer y ampliar los conocimientos acerca de la economía del desarrollo; volver a pensar los alcances y límites de la *monoeconomía*.¹ En este contexto se inscriben diversas publicaciones de distintas corrientes de pensamiento económico-social que retoman la discusión sobre la teoría del desarrollo.²

¹ La teoría económica ortodoxa afirma reglas de validez universal (*monoeconomía*). En oposición, la teoría del desarrollo plantea que los países atrasados presentan características específicas que los diferencian de los países industriales avanzados, por tanto no pueden seguir el mismo camino y comportamiento.

² De la múltiple bibliografía sobre el tema pueden citarse las obras representativas de diferentes corrientes publicadas en los últimos años: Amartya Sen, *Desarrollo y libertad*. México, Planeta, 2000; Gerald M. Meier y Joseph E. Stiglitz, eds., *Fronteras de la economía del desarrollo. El futuro en perspectiva*. México, Banco Mundial / Alfaomega, 2002; José Antonio Ocampo, *El desarrollo económico en los albores del siglo XXI*. Colombia, CEPAL / Alfaomega, 2004; el volumen del décimo aniversario de la revista *Pensamiento Iberoamericano Comercio, Apertura y Desarrollo. Las nuevas temáticas*. Madrid, Universidad Complutense, julio-diciembre, 1991; Jaime Ros, *La teoría del desarrollo y la economía del crecimiento*. México, FCE / CIDE, 2004; Banco Interamericano de Desarrollo (BID), *Ética y desarrollo*. Estados Unidos, BID, 2001, cuyo primer encuentro realizado en noviembre de 2001 dio lugar a la iniciativa interamericana de capital social, ética y desarrollo como parte de la *Agenda de desarrollo* publicada por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en el 2001, y el volumen de la CEPAL *Hacia una agenda del desarrollo ampliada*, 2001. < www.eclac.org >

Hacia un nuevo paradigma de desarrollo

En 1980, en su famoso artículo “Auge y decadencia de la economía del desarrollo”, Albert O’ Hirschman planteó que la economía del desarrollo surgió en oposición a la monoeconomía, y si bien tuvo auge y expansión en las décadas de 1950 y 1960, en los años setentas fue sometida a serias críticas tanto desde la economía ortodoxa, como desde las teorías neomarxistas, en especial a partir de la teoría de la dependencia, que dice que “se afilaron las armas para lanzar un asalto contra las políticas de desarrollo que habían impulsado la industrialización para el mercado interno”.³ La economía neoclásica puso el acento en la mala asignación de recursos por la amplia intervención estatal, en tanto que los neomarxistas criticaron el crecimiento distorsionado, carente de integración por la amplia participación de las transnacionales, nuevas formas de dependencia y explotación que daban origen a una desigual distribución del ingreso. En principio, dichas críticas debían originar una reformulación y fortalecimiento de la economía del desarrollo, pero no fue así. Según O’ Hirschman, ese fracaso se unió a los efectos devastadores de la crisis de la industrialización y a la exacerbación de tensiones y confrontaciones políticas que iban de las guerras civiles hasta el establecimiento de regímenes autoritarios criminales, que terminaron por marcar el declive de la economía del desarrollo. Algunos teóricos más activistas, “impotentes frente a la injusticia política y la tiranía, pero experimentando una vaga responsabilidad, trataban de lograr enmiendas al exponer la injusticia económica. Al actuar así prestaban escasa atención a John Rawls, quien sostenía por la misma época una Teoría de la Justicia” (1971).⁴

En la década de 1970 los estudios sobre el desarrollo pusieron énfasis en la desigual distribución del ingreso e hicieron esfuerzos importantes por medir mejor las necesidades básicas insatisfechas (en México Coplamar actualizó los contenidos de la canasta básica). Parecía que bastaba con un plan integrado de desarrollo adecuado a las características de cada país para estimular el crecimiento y combatir la pobreza, pero la realidad era más compleja: en Chile, Argentina y Uruguay las dictaduras militares imponían una política de terror y a la postre de escarmiento a los dirigentes y movimientos sociales, y en lo económico aplicaban políticas de ajuste y estabilización, que después de la crisis de la deuda externa en 1982 se generalizaron en toda la región.

En 1985, en el terreno del pensamiento económico, Amartya Sen difunde su artículo “¿Cuál es el camino del desarrollo?” como una respuesta al ya citado artículo de Albert O’ Hirschman, convertido ya en *obituario de la economía del desarrollo*. Sen se interrogaba sobre si la teoría del desarrollo cumplía algún papel en las economías subdesarrolladas, y qué tan acertados habían sido los temas centrales para analizar la realidad. Este economista argumentó que la economía del desarrollo sí había desempeñado un papel de importancia central, pero en relación con la segunda pregunta consideraba que en aspectos destacados no se había tenido una comprensión adecuada del desarrollo económico, y en consecuencia planteó la necesidad de avanzar en la construcción de un nuevo paradigma:

³ Albert O’ Hirschman, “Oro y ocaso de la economía del desarrollo”, en *El Trimestre Económico*, vol. XLVII, núm. 188, octubre-diciembre, 1980, pp.1055-1077.

⁴ *Idem*.

Creo que las limitaciones reales de la economía tradicional del desarrollo no provinieron de los medios escogidos para alcanzar el crecimiento,⁵ sino en un reconocimiento insuficiente de que dicho proceso no es más que un medio para lograr otros fines [...] el crecimiento económico es más un medio que un fin y para ciertos fines importantes no es medio muy eficiente [...] Acaso la deficiencia temática más importante de la economía tradicional del desarrollo sea su insistencia en el producto nacional, el ingreso agregado y la oferta total de bienes específicos en vez de centrarse en los “derechos”⁶ de la gente y en las “capacidades”⁷ que generan estos derechos. En última instancia el proceso de desarrollo económico debe preocuparse de lo que la gente puede o no ser y hacer, es decir, si pueden vivir más, escapar de la morbilidad evitable, estar bien alimentados, ser capaces de leer, escribir y comunicarse, de participar en tareas literarias y científicas, etc. En palabras de Marx, se trata de ‘sustituir el dominio de las circunstancias y el azar sobre los individuos por el dominio de los individuos sobre el azar y las circunstancias’ [...] El proceso de desarrollo económico puede verse como el proceso de aumentar las capacidades de la gente. Dada la relación funcional entre los derechos de las personas sobre los bienes y sus capacidades, una caracterización útil, aunque derivada, del desarrollo económico consiste en equipararla a la expansión de los derechos.⁸

En opinión de Sen, el desarrollo debía medirse por la ampliación de las libertades de las personas para construir y realizar un proyecto de vida considerado valioso. En el desarrollo de capacidades y oportunidades reales, es decir, para realizar el proyecto de vida, el ingreso es considerado, sin duda alguna, como un factor importante, pero existen muchos otros que determinan capacidades diversas. Tales son, entre otros: la edad, el sexo, las funciones sociales, la maternidad, las discapacidades, las enfermedades, las disparidades en el ambiente social y natural, las condiciones epidemiológicas, la contaminación, el binomio crimen/seguridad en las localidades, o la ubicación geográfica (dispersión, zonas urbanas o rurales), por lo que concentrarse sólo en la desigualdad de la distribución del ingreso no es adecuado para medir las desigualdades económicas.

Si el objeto es centrarse en la oportunidad real que tiene el individuo (o grupo), utilizando su capacidad de agencia⁹ para ir en pos de sus objetivos, no sólo se deberá tomarse en cuenta los bienes

⁵Entre los que se cuentan: la promoción de la Industrialización, intervención del Estado en la economía para fomentar la industrialización y una distribución más equitativa de la riqueza, combatir el desempleo rural y la pobreza, planeación de la política económica, fiscal y monetaria, etcétera.

⁶Los “derechos” son definidos como el grupo de bienes servicios a los que tiene acceso una persona cuando utiliza todas las opciones y oportunidades que tiene frente a sí.

⁷Las “capacidades” o “realizaciones” constituyen la categoría central para evaluar el nivel de vida de una persona y no depende sólo de un conjunto de bienes (o servicios) y sus características, sino de lo que la persona puede ser o hacer, al usar (consumir, utilizar) esos bienes; por ejemplo una persona enferma necesitará de un conjunto de bienes distinto al de una persona sana para conseguir el mismo nivel de bienestar. Por ello Sen difiere del enfoque de John Rawls, quien considera que la justicia debía basarse en el acceso de todos a un mínimo de bienestar “bienes primarios”. Cf. A. Sen y James Foster, “Espacio, capacidad y desigualdad”, en *Comercio Exterior*, vol. 53, núm. 5. México, mayo, 2003. A. Sen, *Sobre la desigualdad económica*. Barcelona, Crítica / Grijalvo, 1979 y A. Sen, *Nuevo examen de la desigualdad*. Madrid, Alianza editorial, 1995.

⁸A. Sen, “¿Cuál es el camino del desarrollo?”, en *Comercio Exterior*, vol. 35, núm. 10. México, octubre, 1985, pp. 944 y 945.

⁹Sen define la capacidad de *agencia* o *agente* en un sentido amplio y *elevado* como la capacidad de acción y participación de las personas y grupos para provocar cambios y cuyos logros pueden juzgarse en función de sus propios

que posee, sino también las características personales relevantes para convertir los bienes en habilidades, capacidades y realizaciones que permitan a las personas promover sus fines. De allí que la pobreza no sólo deba medirse por el nivel de ingreso, sino también por la privación de otras capacidades. En la opinión de Sen, el ingreso es sólo un elemento indicativo para medir el acceso a capacidades mínimas aceptables.

Si se coincide en que el enfoque de capacidades que propone Sen amplía la perspectiva del desarrollo, la pregunta siguiente debería ser ¿cómo se expanden las capacidades y oportunidades para las personas? Para Sen, el proceso de expansión de las capacidades está unido al proceso de expansión de las libertades, de allí que conciba “el desarrollo como un proceso de expansión de las libertades reales de que disfrutan los individuos”. Para él, la libertad no es sólo un fin, sino también un medio para expandir el bienestar. Parte de la premisa de que existe una conexión entre la libertad individual y el desarrollo social:

Lo que pueden conseguir positivamente los individuos depende de las oportunidades económicas, las libertades políticas, la correlación de fuerzas sociales, y las posibilidades que brindan la salud, la educación y el fomento y cultivo de las iniciativas. Los mecanismos institucionales para aprovechar esas oportunidades, a través de las decisiones sociales y en la elaboración de decisiones públicas que impulsen el progreso de esas oportunidades [...] la libertad individual [y sus contenidos] es esencialmente un producto social y existe una relación de doble sentido entre 1) los mecanismos sociales para expandir las libertades individuales y 2) el uso de las libertades individuales no sólo para mejorar las vidas respectivas sino también para conseguir que los mecanismos sociales sean mejores y más eficaces.¹⁰

Sen considera que existen cinco tipos de libertad *instrumental* relacionadas entre sí y que se refuerzan mutuamente para permitir la expansión de las capacidades y oportunidades de la gente: 1) libertades políticas,¹¹ 2) servicios económicos,¹² 3) oportunidades sociales,¹³ 4) garantías de transparencia¹⁴ y 5) seguridad protectora.¹⁵ Este tipo de enfoque reconoce el papel de las costumbres y de los valores sociales, así como su influencia en las libertades que gozan los individuos y que tienen razones para valorar. Las normas compartidas influyen en la equidad de los sexos, en las pautas de fecundidad y en el tratamiento al medio ambiente, pero también afectan en el grado de corrupción. De esta manera, los valores influyen en el ejercicio de la libertad, y ésta a su vez en los debates públicos, en las interrelaciones sociales, en la participación, al retroalimentar los valores públicos y privados. Como sostiene el autor:

valores y objetivos. Cf. A. Sen, *Libertad y desarrollo*, op. cit., p. 35 y A. Sen, *Bienestar, justicia y mercado*. Barcelona, Paidós, 1989.

¹⁰ A. Sen, *Libertad y desarrollo*, op. cit., pp. 21 y 49.

¹¹ Comprende libertad de expresión, elecciones libres y competidas, participación, respeto, dignidad, etc.

¹² Derecho al trabajo, participación en producción, comercio, en la generación de la riqueza, etc.

¹³ Incorpora el derecho a la educación, salud, vivienda, combate a la contaminación, delincuencia etc.

¹⁴ Ausencia de corrupción, participación en debates públicos y en la afirmación de valores sociales, etc.

¹⁵ Seguro de desempleo y ante desastres naturales y sociales que amenacen la vida digna de las personas.

Esta interpretación de la economía y del proceso de desarrollo basada en la libertad es una teoría que se apoya en gran medida en el concepto de agente. Con suficientes oportunidades sociales, los individuos pueden configurar en realidad su propio destino y ayudarse mutuamente. No tienen porque concebirse como receptores pasivos de las prestaciones de ingeniosos programas de desarrollo.¹⁶

¿Qué tanto impacto ha tenido el pensamiento de Sen en la orientación de las políticas de desarrollo? En la década de 1980, cuando se consolidó teóricamente este pensamiento, en el mundo se afirmaba como guía para las políticas públicas lo que hoy conocemos como *pensamiento único*.¹⁷ Y este concepto se aplicó a tal punto en América Latina que el Banco Mundial afirmaba en 1993 lo siguiente:

Los programas de estabilización y reforma constituyen un paso trascendente hacia la transformación económica de América Latina. Estas políticas reflejan con toda claridad el cambio de opinión con respecto a la estrategia de desarrollo —que se generalizaría por toda la región a fines de los años ochenta y principios de los noventa—, las políticas tradicionales se habían agotado y habían perdido su vigor, lo que llevó a los países de la región hacia la apertura de sus economías y la reforma orientada al mercado. Aunque en un principio este apartamiento del estructuralismo fue tímido, ha adquirido una enorme fuerza en toda la región [...] en los últimos diez años se ha observado una transformación extraordinaria del pensamiento económico en América Latina hacia un nuevo modelo basado en la orientación hacia el mercado. También existe un consenso creciente en la necesidad de redefinir el papel del Estado, y se está llevando a cabo un proceso de privatización masiva que tiene por objeto reducir drásticamente la presencia del Estado en la producción [...] líderes políticos que tradicionalmente habían sido partidarios de las políticas populistas empezaron a apoyar reformas radicales para modernizar el Estado, las cuales comprendían disciplina fiscal,

¹⁶ A. Sen, *Libertad y desarrollo*, op. cit., p. 28.

¹⁷ Concepto acuñado por Ignacio Ramonet para definir la: “doctrina viscosa e ideológica que insensiblemente envuelve cualquier razonamiento rebelde, lo inhibe, lo perturba, lo paraliza y acaba por ahogarlo [...] Esta doctrina es el pensamiento único, el único autorizado por una invisible y omnipresente policía de la opinión [...] traducción ideológica con pretensión universal de los intereses del capital internacional. Formulado y difundido por las grandes instituciones económicas y monetarias Banco Mundial, FMI, OCDE, GATT, OMC, Departamento del Tesoro norteamericano, órganos de información económica para inversores y bolsistas como: *The Wall Street Journal*, *Financial Times*, *The Economist*, *Reuter*, grandes medios de comunicación de masas, etc. Propiedad con frecuencia de grandes grupos industriales o financieros [...] El primer principio del pensamiento único es que la economía supera y debe estar por encima de la política.” Lo que se expresa simbólicamente en la autonomización de los bancos centrales. La economía desembarazada de lo social y de lo político afirma al mercado como la mejor institución para asignar recursos, incluyendo, por supuesto, los mercados financieros, cuyos signos orientan y determinan el movimiento general de los capitales y de las economías. El libre cambio sin limitaciones es concebido como factor de ampliación del comercio y por lo tanto de la mejoría de las sociedades; la competitividad como estímulo y la dinamización de las empresas, que las conduce a una permanente y benéfica modernización; la mundialización de la producción y los flujos financieros y la división internacional de trabajo como estímulo a la reducción de los costos y abaratamiento de las mercancías, la moneda fuerte como factor de estabilización; la desreglamentación, las privatizaciones y la liberación como factores de estímulo a la iniciativa privada y la competitividad. En síntesis: “menos Estado y un arbitraje constante a favor de las rentas del capital, en detrimento de las del trabajo, y la indiferencia respecto al costo ecológico” (Ignacio Ramonet, “Pensamiento crítico *versus* pensamiento único”, en *Le Monde Diplomatique*, ed. Madrid, Española, 1998).

apertura al comercio internacional, liberalización financiera y privatizaciones. También se reconoció que la estabilidad macroeconómica era un requisito indispensable al crecimiento.¹⁸

Es obvio que esta orientación de la política económica no tuvo en cuenta los planteamientos de Sen. En 1997 Joseph E. Stiglitz asume la Vicepresidencia del Banco Mundial por tres años. En su libro *El malestar de la globalización* confiesa:

Siempre me había interesado el desarrollo económico, pero lo que vi entonces cambió radicalmente mi visión tanto de la globalización como del desarrollo. Escribo este libro porque en el Banco Mundial comprobé de primera mano el efecto devastador que la globalización puede tener sobre los países en desarrollo y especialmente sobre los pobres en esos países [...] en el Banco Mundial a menudo se tomaban decisiones en función de criterios ideológicos y políticos. Como resultado se persistía en malas medidas, que no resolvían los problemas pero que encajaban con los intereses o creencias de las personas que mandaban [...] Las políticas del FMI, basadas en parte en el anticuado supuesto de que los mercados generaban por sí mismos resultados eficientes, bloqueaban las intervenciones deseables de los gobiernos con medidas que pueden guiar el crecimiento y mejorar la situación de *todos*.¹⁹

Desde los años noventas del siglo pasado, el sistema mundial se caracteriza por la gran volatilidad de las finanzas que ha conducido a sucesivas crisis financieras en los países emergentes. En 1995 la crisis mexicana propició un *contagio*²⁰ a otros países que fue conocido como *efecto tequila*. Le siguió, en 1997, la crisis de los países asiáticos (Japón, Tailandia, Singapur, Malasia, Corea); en 1998 tocó su turno a Rusia y en 1999 a Brasil. En 2000-2001 se sumaron Argentina, Uruguay y Turquía. Todas estas crisis actualizaron el debate sobre la necesidad de reestructurar el sistema financiero internacional que gobierna al sistema económico y financiero global. También se ha planteado la urgencia de promover una globalización más humana y se puso en tela de juicio la idea de *rece-*

¹⁸ En el mismo documento el Banco Mundial hace una periodización de las reformas impulsadas en América Latina. Ahí distingue el periodo de 1982 a 1987 como el de estabilización de emergencia para disminuir el déficit comercial, en la balanza de pagos, sobre todo en lo relativo al servicio de la deuda, y el déficit fiscal, por lo que la política se orientó a la renegociación de la deuda y al ajuste fiscal (más ingresos: aumento de los impuestos indirectos (IVA)) de los precios de bienes y servicios proporcionados por el Estado o por las empresas paraestatales. Comenzaron entonces las privatizaciones, la reducción de los gastos con recortes al gasto social y en infraestructura, así como los recortes de personal. Se redujo también el crédito interno, y con las devaluaciones se pretendía aumentar la competitividad internacional. De 1987 en adelante se indujeron reformas estructurales como la apertura de las economías, la liberalización financiera, las privatizaciones masivas, la flexibilización laboral y los programas de combate a la pobreza adoptaron un perfil focalizado. Cf. Banco Mundial, *América Latina y el Caribe. Diez años después de la crisis de la deuda*. Estados Unidos, Banco Mundial, 1993.

¹⁹ J. E. Stiglitz, *El malestar de la globalización*. México, Taurus, 2002, pp. 11 y 14.

²⁰ La crisis mexicana de 1995 fue la primera en mostrar la volatilidad del sistema financiero y se tradujo en un nuevo asalto contra el dólar (los flujos de capital se fueron hacia Estados Unidos). Esto condujo a la devaluación con respecto a otras monedas como el yen (el tipo de cambio llegó a la cifra record de 79 yenes por dólar, en abril de 1995), lo que amenazó con la quiebra a numerosas empresas japonesas y hubiera obligado a que Japón se deshiciera de activos estadounidenses, en especial de bonos del tesoro. A partir de 1995, Estados Unidos pactó con Japón y la CEE la revalorización paulatina del dólar frente al yen y el marco alemán (luego euro), gracias a lo cual las tasas de interés disminuyeron en Japón y aumentaron en Estados Unidos, pero generaron una burbuja especulativa.

tas únicas aplicables en todo el planeta. En ese sentido, destaca que ante la crisis argentina el FMI tuvo que aceptar un cambio en sus políticas para adecuarlas a las condiciones del país. Asimismo, hoy se llama la atención sobre la necesidad de fortalecer las sinergias positivas —*complementariedad*— entre el Estado y el mercado, y se advierte la necesidad de generar mayor justicia social, abatir la pobreza y crear capital social y capital humano, así como fortalecer las interacciones entre el desarrollo económico y el desarrollo social. Del pensamiento de Sen se retoma, aunque de manera fragmentada, la idea de la ampliación de las oportunidades y los derechos, así como la necesaria interacción entre educación y eficiencia económica; entre desarrollo y democracia, y entre participación real y toma de decisiones, ahora leída como corresponsabilidad.²¹

Desde los años noventas del siglo pasado, con la asesoría de Sen, el Programa de Naciones Unidas para Desarrollo (PNUD, por sus siglas en inglés) ha difundido el Índice de Desarrollo Humano (IDH) como un indicador alternativo al PIB *per capita* para evaluar el desarrollo.²² Aun cuando el IDH es sin duda un indicador burdo del desarrollo, se considera el resultado de un esfuerzo intelectual exitoso que ha logrado llamar la atención sobre la necesidad de colocar al desarrollo de las capacidades y a la ampliación de la libertad como los objetivos del desarrollo. En el informe del PNUD de 2006 sobre desarrollo humano —con información de 2004— se ubica a 63 países con alto desarrollo humano, pero de América Latina sólo entran ocho en este rango: Argentina en la posición 34; Chile en la 38; Uruguay en la 43; Costa Rica en el lugar 48; Cuba en el 50; México en el lugar 53; Trinidad y Tobago en el 57 y Panamá en el 58. El resto de los países de la región se ubican con un desarrollo humano medio, a excepción de Haití, integrante del grupo de los países con desarrollo bajo (ver cuadros 1 y 1b, al final del artículo).

El cambio, la concepción del desarrollo no es ajena a las movilizaciones sociales que alcanzan expresión internacional con las protestas en Seattle, cuando sesionaba una cumbre de la OMC, las cuales tuvieron su continuidad en Gotemburgo, Florencia, donde se registró el primer muerto de la alterglobalización, y en Québec, donde se militariza la forma de enfrentar estas manifestaciones. A su vez, en 2001, en Porto Alegre,²³ se avanza en la protesta a la ampliación de las formas de lucha y en la reflexión sobre las alternativas, a partir del surgimiento del llamado Foro Social Mundial, que se autodefine como:

Un espacio abierto de encuentro para: intensificar la reflexión, realizar un debate democrático de ideas, elaborar propuestas, establecer un libre intercambio de experiencias y articular acciones eficaces por parte de las entidades y los movimientos de la sociedad civil que se opongan al neo-

²¹ Cf. Irma Adelman, "Falacias en la teoría del desarrollo y sus implicaciones en política", en Gerald Meier y J. E. Stiglitz, eds., *Fronteras de la economía del desarrollo. El futuro en perspectiva*, op. cit.

²² El Índice de Desarrollo Humano (IDH) es un indicador compuesto que mide los avances promedio de un país en función de tres dimensiones básicas del desarrollo humano: una vida larga y saludable, medida según la esperanza de vida al nacer; la educación, medida por la tasa de alfabetización de adultos y la tasa bruta combinada de matriculación en educación primaria, secundaria y terciaria; y un nivel de vida digno medido por el PIB *per capita* (PPA en USD, paridad del poder de compra en dólares). Incluye a los 175 países miembros de la ONU. Por los resultados combinados de estos indicadores se dividen los países entre: alto, medio y bajo desarrollo humano.

²³ En enero de 2001, en Porto Alegre se convocó al Primer Foro Social Mundial. En ese momento gobernaba la ciudad el Partido del Trabajo, desde una década antes, y había creado un tipo de gobierno que asociaba a la población con la gestión de la ciudad, por lo que había puesto en práctica el presupuesto participativo.

liberalismo y al dominio del mundo por el capital o por cualquier forma de imperialismo y también empeñados en la construcción de una sociedad planetaria orientada hacia una relación fecunda entre los seres humanos y de éstos con la Tierra [...] basándose en la proclamación que surgió en Porto Alegre que “otro mundo es posible”, el Foro se convierte en un proceso permanente de búsqueda y construcción de alternativas.

Quizá la propuesta de Sen tiene mayor presencia en estos movimientos y procesos de reflexión alternativos, en la idea de incluir la participación de las personas en el proceso de ampliación de sus derechos y en el uso de la agencia razonada como vía del cambio.

Pero ¿en qué situación se encuentra América Latina?, ¿qué se ganó y qué se perdió en las últimas décadas de predominio neoliberal?

Los saldos del neoliberalismo

Los balances realizados hasta ahora tienden a matizar la grave situación en que han quedado los países latinoamericanos y caribeños. Se habla de *luces y sombras* para aludir a que las políticas neoliberales condujeron a la reducción del déficit público y al control de la inflación, aunque algunos autores advierten que incluso se tomó como dogma de estabilidad macroeconómica. Tal es el caso de Krugman, Stiglitz y Ocampo, entre otros. Pero la pregonada convergencia o tendencia a igualar los niveles de crecimiento y desarrollo con los países industrializados ha sido el déficit de la experiencia latinoamericana, con su secuela de rezago técnico y de pobreza, como lo han señalado Ros, Rodrik, Ocampo, Studart, Taylor y la propia United Nations Conference on Trade and Development (UNCTAD). De hecho, las asimetrías que caracterizan a la economía mundial han reforzado la concepción estructuralista del modelo centro-periferia de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y el carácter heterogéneo de la estructura productiva de los países de la región. Por ejemplo, el IDH de algunas entidades federativas de México es semejante al de Italia o España, pero en entidades como Chiapas, Oaxaca y Guerrero se aproximan a los valores estimados para los países africanos, que tienen el desarrollo humano más bajo del mundo.

Uno de los saldos del neoliberalismo es que el crecimiento ha sido pequeño e inestable. Además, las economías de la región son hoy día más heterogéneas y especializadas que en el pasado. La menor participación del sector industrial en la generación del PIB confirma el proceso de desindustrialización, en tanto que el aumento de las exportaciones consiste en manufacturas de baja tecnología y escaso valor agregado o basado, como en el pasado, en la explotación de recursos primarios, que además enfrentan en el mercado mundial las barreras no arancelarias (subsidios de los países desarrollados a la producción de bienes agrícolas), así como la fijación de cuotas de exportación. La liberalización o apertura comercial de bienes se generalizó en los países periféricos y se aplicó parcialmente en los desarrollados, y no incluyó la movilidad de mano obra, aunque ello no ha impedido que se aumenten los flujos migratorios mundiales.

Otra de las experiencias del capitalismo global que valida las tesis de la CEPAL es que el cambio técnico sigue originándose en los países centrales y se ha concentrado en las empresas multinacionales, las cuales, al definir las estrategias de propagación, se aseguran el monopolio de la

innovación como mecanismo dinámico de competitividad; de allí el énfasis que en el interior de la Organización Mundial de Comercio (OMC) se ha dado a la reglamentación sobre los derechos de propiedad. La difusión del progreso técnico a los países periféricos, y en particular hacia América Latina, ha sido lenta y desigual en extremo, razón por la cual la región está siendo excluida del mercado internacional de productos con alto contenido tecnológico.

Aun en el caso de México, país latinoamericano que reporta el mayor volumen de exportaciones de este tipo, las estadísticas ocultan que el país participa sólo en la fase de ensamble del producto final, lo que puede advertirse en bajo contenido nacional de los bienes exportados, que asciende a 20 % del valor total de este tipo de exportaciones *nacionales*. Como se comprenderá, en estas condiciones las exportaciones de manufacturas tienen escasísimos *encadenamientos hacia atrás* (producción de bienes de capital) y débiles *encadenamientos hacia delante* (consumo y elaboración de bienes finales e intermedios). La producción más dinámica y de mayor elasticidad ingreso²⁴ se sigue concentrando en las empresas transnacionales de las economías desarrolladas, mientras que se traslada a la periferia la elaboración de aquellos productos de baja elasticidad-ingreso²⁵ (materias primas, bienes de bajo valor agregado y ensamble).

Como puede verse, la mayor integración del sistema mundial en el último cuarto del siglo xx acentuó la vulnerabilidad de las economías latinoamericanas, pues la apertura comercial, la liberalización financiera y la falta de una estrategia de desarrollo de mediano plazo, redujeron las dimensiones cuantitativas y cualitativas del mercado interno.

Por otra parte, debe señalarse que la revolución científica y técnica de la informática ha generado un nuevo paradigma tecnológico²⁶ que tiende a redimensionar el papel de los países en la periferia del desarrollo, pues ha hecho posible la fragmentación y la segmentación del proceso productivo a lo largo y ancho del planeta, fenómeno que está en la base de la globalización, y permite la existencia de la empresa-red, interconectada a nivel mundial. Para Manuel Castells el nuevo paradigma tecnológico ha hecho posible la reestructuración del capitalismo:

La innovación tecnológica y el cambio organizativo, centrados en la flexibilidad y adaptabilidad, fueron absolutamente cruciales para determinar la velocidad y eficacia de la reestructuración [...] En las economías capitalistas empresas y gobiernos adoptaron diversas medidas y políticas que, en conjunto llevaron a una nueva forma de capitalismo. Esta se caracteriza por la globalización de las actividades económicas centrales, la flexibilidad organizativa y un mayor poder de la empresa en relación con los trabajadores. [...] La transformación es de tal profundidad que ha dado lugar a la sociedad red: la dinámica y organización de la actividad humana está inscrita en la lógica de las

²⁴ Cuyo consumo aumenta proporcionalmente con el crecimiento del ingreso.

²⁵ Su consumo crece más lentamente que el aumento del ingreso.

²⁶ Los paradigmas tecnológicos han sido definidos de varias maneras. Para Manuel Castells "la tecnología y las relaciones de producción técnicas se organizan en paradigmas originados en las esferas dominantes de la sociedad, se difunden por todo el conjunto de las relaciones y estructuras sociales y, de este modo, penetran en el poder y la experiencia y los modifican, así los modos de desarrollo conforman todo el ámbito de la conducta social, incluida por supuesto la comunicación simbólica [...] el factor histórico más decisivo para acelerar, canalizar y moldear el paradigma de la tecnología de la información e inducir sus formas sociales fue/es el proceso de reestructuración capitalista emprendido desde la década de 1980, así que resulta adecuado caracterizar al nuevo sistema tecnoeconómico de *capitalismo informacional*". Cf. Manuel Castells, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, t. 1. México, Siglo xxi, 1999, pp. 43-44.

redes, transformando todos los ámbitos de la vida social y económica. “Las redes de capital, trabajo, información y mercados enlazaron, mediante la tecnología las funciones, las personas y las localidades valiosas del mundo, a la vez que desconectaban de sus redes a aquellas poblaciones y territorios desprovistos de valor e interés para la dinámica del capitalismo global. Ello condujo a la exclusión social y la irrelevancia económica de segmentos de sociedades, áreas de ciudades, regiones y países enteros que constituyen lo que denomino el cuarto mundo”.²⁷

Debe señalarse que en América Latina, además de la apertura comercial y financiera, la integración competitiva se logró al abaratar la fuerza de trabajo, es decir que los salarios bajos fueron utilizados como mecanismo espurio de competitividad internacional, proceso que ha conducido a la reducción de los mercados internos. En efecto, la flexibilización laboral y el incremento del trabajo informal se han traducido en una disminución de los salarios reales, y con ello baja la capacidad de consumo de las personas y familias. Con la globalización, los mercados internos de los países de América Latina se volvieron estructuras segmentadas y fragmentadas, tanto por la pérdida de empleos formales y la flexibilización laboral como por la estructura del sistema económico (menos peso de la industria, mayor importancia de los servicios y un sector agrario polarizado en latifundio-minifundio, con segmentos modernos que producen para exportación y tradicionales que incluso vuelven al autoconsumo).

Esta estructura heterogénea de la producción y de los mercados de trabajo en América Latina y el Caribe está en la base de una desigual distribución del ingreso, más concentrada y con aumento de la pobreza. La marginación y exclusión de una parte de la población de la economía formal conculcó los derechos sociales (salud, vivienda, pensiones, etc.) de millones de trabajadores y sus familias, pues estaban asociados a una relación laboral contractual (formal).

En el capítulo de las “Sombras de las reformas neoliberales” destaca que la menor intervención directa del Estado en la economía no se tradujo en mayor eficacia y eficiencia en la asignación de recursos, y sí, en cambio, se perdieron capacidades productivas y activos tangibles e intangibles (empresariales, de los trabajadores y del propio Estado) constituidos con enormes esfuerzos durante varias décadas.

La vulnerabilidad de las economías latinoamericanas se ha visto agravada con la liberalización financiera. El aumento insospechado de los flujos financieros (liquidez mundial), su alta volatilidad y el comportamiento de *rebaño* que les es propio ha generado choques financieros que inducen una tendencia cíclica: auge-crisis, para la cual las economías latinoamericanas no están preparadas. De hecho, los gobiernos, mediante sus políticas monetarias, del tipo de cambio y fiscal, han jugado un rol pro-cíclico. Como dice Krugman, para salir de la crisis recomiendan políticas que conducen al estancamiento o a *la economía de la depresión*. Hoy día incluso el FMI y el Banco Mundial reconocen que se presionó a las economías periféricas a abrirse cuando carecían de un marco regulatorio e institucional que diera soporte sólido a la apertura.

Si en el ámbito productivo la asimetría entre los países desarrollados y los emergentes es acentuada, en el ámbito financiero es abismal, y con la liberalización financiera esa brecha se ha

²⁷ Chips y computadoras, telecomunicaciones ubicuas y móviles, ingeniería genética, mercados financieros globales, integrados electrónicamente y operando en tiempo real, la economía capitalista interconectada abarca todo el planeta, etc.

profundizado en beneficio de los países desarrollados. Buena parte del costo de recuperación de la economía estadounidense la hemos pagado los países periféricos a partir del manejo de los flujos financieros, y América Latina ha aportado su cuota.

Los flujos financieros están constituidos por monedas de los países desarrollados (divisas), lo que le ha permitido a Estados Unidos financiar sus déficits, con el alto monto de reservas que han tenido que mantener los países emergentes a fin de obtener credibilidad y calificar como países de bajo riesgo. Para estos países esto implica tener altos montos de capital inutilizado y con elevado costo financiero. Por otra parte, los flujos financieros han tenido un comportamiento volátil y cíclico. Se dirigieron a América Latina en las coyunturas de privatizaciones y liberalización financiera, y absorbieron grandes empresas públicas, privadas e instituciones bancarias y financieras nacionales, en lugar de crear nuevas empresas. También entraron muchos capitales especulativos siguiendo las altas tasas de interés que en ese momento se ofrecían en nuestros países. Pero conforme se acabaron las *empresas privatizables* y empezaron a bajar las tasas de interés se registró una fuga masiva de capitales, lo que generó crisis financieras con su huida, lo que produjo devaluaciones, quiebras, desempleo y aumento de las deudas.

Por otra parte, el costo de las crisis se ha repartido de manera desigual al privatizar los beneficios y socializar los costos, con lo que en cada crisis se pierde mucho más de lo que se gana en la época de bonanza. Por otra el papel compensatorio —ayuda de emergencia— de los préstamos concedidos por el FMI y el BM han reducido al mínimo los márgenes de maniobra de las políticas nacionales, pues se otorgan siempre y cuando el país receptor cumpla determinadas reglas: ajustes monetarios, crediticios, devaluación, etcétera, que terminan por hacer más costosa la crisis para la población. Como afirma Ocampo: “mientras los países desarrollados lograron liberarse, en gran medida de las reglas del juego del patrón oro, dichas reglas continúan determinando el comportamiento macroeconómico de los países en desarrollo, e incluso se han vuelto crecientemente relevantes”.²⁸

En resumen, en el último cuarto de siglo los países de América Latina han crecido menos y de manera más inestable, lo que los ha llevado a ser más vulnerables a los vaivenes de la economía mundial, incluyendo, en primer lugar, los desplazamientos de los flujos financieros (ver cuadros 2 y 2b, al final del artículo). En términos reales, *per capita*, en la región se ha mantenido prácticamente estancado el nivel de ingreso y crecimiento, lo que significa un retroceso ante el avance de otras economías. Una de las consecuencias de rezago es la participación en el mercado mundial con productos de menor contenido tecnológico, a excepción de Brasil y Costa Rica.²⁹

El proceso de desindustrialización y mayor heterogeneidad estructural de las economías se ha traducido en una distribución del ingreso más concentrada, al punto de que América Latina es la región más desigual del planeta. Asimismo, se impone la exclusión y marginación de una parte mayor de la población. Por ejemplo, sólo 38.7 % de la población tiene acceso a la seguridad social, como parte de las prestaciones sociales, pagando, por supuesto, una cotización. Estos rasgos de la

²⁸ José Antonio Ocampo, *Reconstruir el futuro. Globalización, desarrollo y democracia en América Latina*. México, CEPAL / Grupo Norma, 2004, p. 100.

²⁹ Aeronáutica, armamento, software, automotriz, entre los más importantes.

economía y de la sociedad latinoamericana explican la reducida importancia del mercado interno, que ahora se encuentra segmentado y fragmentado.

Los aprendizajes adquiridos (capital social, empresarial y de trabajo) se han desperdiciado e incluso pueden perderse ante la falta de incentivos para reactivar la producción de manera sostenida. También la región ha perdido peso en la atracción de flujos financieros, aunque depende más de ellos, lo que ha acentuado la volatilidad y la vulnerabilidad del crecimiento.

Hacia una nueva agenda del desarrollo latinoamericano

El panorama latinoamericano de este comienzo de siglo no es halagüeño. Son muchas las frustraciones que ha generado la forma en que la región se integró a la economía mundial globalizada, y las alternativas al neoliberalismo que se presentan si bien son difusas alcanzan a plantear retos por lo menos en dos frentes. Por una parte habrá que renegociar las reglas del juego internacionales, tanto para la producción y comercialización de bienes, como para las del sistema financiero internacional. Cada vez es más claro que sólo se podrá avanzar en el logro de los fines latinoamericanos en la medida en que los países de la periferia empiecen a actuar como bloque.

En ese sentido, sería sumamente recomendable que los gobiernos de América Latina establecieran una agenda común de negociación en la que se incluyan por lo menos los siguientes puntos:

1. Mecanismos concretos de transmisión del progreso científico-técnico *versus* derechos de propiedad rígidos, en particular sobre la propiedad intelectual; propiciar la transferencia tecnológica entre los países latinoamericanos, y facilitar los intercambios y programas de investigación conjunta para potenciar la innovación en la región.
2. Creación de instituciones financieras regionales y subregionales que otorguen mayor flexibilidad y autonomía a la política macroeconómica y a su uso anticíclico, lo que implicaría también la rediscusión de la arquitectura financiera internacional y el cumplimiento de la *cuota de ayuda* internacional.
3. Rediscusión de la liberalización comercial, en especial de las barreras no arancelarias (subsidios, cuotas, etcétera) y la protección y estímulo a nuevas industrias nacionales de los países en desarrollo, tanto las dirigidas al mercado interno como a la exportación, así como la diversificación de las exportaciones y el estímulo a las de mayor valor agregado nacional.
4. Fortalecimiento de las relaciones comerciales entre los países de América Latina, sobre todo en los bienes complementarios y en la generación de bienes conjuntos.
5. Reglamentación de la movilidad internacional de la fuerza de trabajo, bajo el reconocimiento de la necesidad y beneficio mutuo de esa movilidad, lo que implica crear redes de seguridad social.
6. Establecimiento y regulación de los bienes públicos nacionales y mundiales como el agua, el aire, los ecosistemas y el conocimiento.

En el ámbito nacional los retos no son menores. El imperativo de algunos cambios es por demás obvio. La política económica debe responder a la definición de una estrategia de desarrollo de mediano plazo, ausente hasta ahora en casi todos los países de América Latina. Es necesario trazar un horizonte de mediano y largo plazos, en el que a partir de las condiciones nacionales se detecten nichos competitivos y núcleos dinámicos, no sólo con base en la dotación de los recursos naturales, sino también tomando en cuenta la experiencia acumulada, el capital social y humano disponible y en vías de formación, y a las instituciones económicas y sociales que poseemos, sin dejar de lado a la población, todo como activos. En ese horizonte se debe prever y jerarquizar las políticas de Estado y la estrategia nacional de inversiones. Ello exige seleccionar ramas industriales a fortalecer, tanto para el mercado interno como para el mercado mundial, y procurar generar encadenamientos hacia atrás, es decir hasta la producción de bienes de capital e innovación científico-técnica, lo que implica la inversión en capital humano aprovechable según la estructura productiva y los recursos e instituciones de cada país. Los encadenamientos no sólo generan crecimiento, también contribuyen a la equidad y a la creación de sinergias positivas entre Estado y empresas privadas, pues al aumentar el nivel de empleo e ingreso real se fortalece el mercado interno y se reduce la vulnerabilidad económica que imprime la apertura y la dependencia de las exportaciones. Todo ello exige un aumento de la producción agraria orientada al mercado interno, lo que parece remoto si no se impulsa una reforma agraria integral.

Es necesario recuperar la universalidad de los derechos sociales y desligarlos de la relación laboral. La certidumbre en empleos bien remunerados que generen opciones para los jóvenes es quizá una de las demandas más apremiantes. El combate a la pobreza debe superar la perspectiva asistencial, y ésta debe estar focalizada a adoptar un sentido integral y universalista que redunde en opciones reales de incorporación a la vida económica productiva. No basta con aumentar el gasto social, se debe ampliar la base productiva como mecanismo de integración de la población y de generación de equidad.

En materia financiera parece que no basta con regular la cuenta de capital mediante penas a los flujos de corto plazo (impuesto Tobin)³⁰ ni tampoco reducir los pasivos de corto plazo y crear fondos de estabilización. Aun cuando dichas medidas formarían un dique a los flujos especulativos de capital financiero internacional, es necesario completar estas medidas relanzando la inversión productiva con fondos públicos y privados. El estímulo mediante créditos preferenciales debe ser regulado, estableciendo vínculos entre incentivos y la presentación de resultados sobre metas específicas (contenido de exportación, de innovación, creación de empleos, etcétera). En el pasado la banca de desarrollo estuvo sujeta y respondió a negociaciones políticas o a los nexos existentes entre los grupos políticos y empresariales, por lo que sería recomendable la supervisión por consejos consultivos *ciudadanos-especialistas* que respondan a reglas claras y transparentes, esto es, con la creación de mecanismos de control del Estado y del sector empresarial a fin de evitar la

³⁰ James Tobin, en polémica con Milton Friedman, demostró que los flujos de capital de corto plazo generan alta inestabilidad en las economías, y que es difícil predecir sus movimientos, por lo que recomendó su regulación con un impuesto a los flujos de capital de corto plazo (esencialmente especulativos), de allí que el impuesto haya adquirido su nombre y sea conocido como "impuesto Tobin". Hoy se ha convertido en una demanda de países y movimientos como el Foro Social Mundial.

mera captación de rentas. Al mismo tiempo, se debe estimular la profundización de los mercados financieros con una adecuada reglamentación, para estimular los mercados de mediano y largo plazos, así como los mercados secundarios con el respaldo y reglamentación correspondiente.

La definición de una estrategia de desarrollo también requiere revalorar y redefinir la *estabilidad macroeconómica*, ya que la disciplina fiscal y las bajas tasas de inflación no se han traducido en mayores niveles de crecimiento ni en mejores cuentas externas, y sí han empeorado las condiciones de vida de la población. La redefinición del papel de la *estabilidad macroeconómica* debería implicar el cambio de prioridades de la política monetaria a la economía real, colocando en el centro la valoración de los costos y beneficios sociales. La inestabilidad de la economía real ha tenido altísimos costos económicos y sociales debido a que el mecanismo básico de ajuste ha sido el desempleo y la baja de salarios, lo que se ha traducido en el desperdicio de capacidades y de activos tangibles e intangibles.

Como decía Hirschman, una estrategia de desarrollo debe buscar más que la combinación eficaz de recursos escasos, potenciar y utilizar las capacidades ocultas y diseminadas en la sociedad, en un esfuerzo colectivo encauzado hacia el desarrollo.

En el manejo de la política monetaria, la regulación prudente puede agregar grados de autonomía. En una estrategia de mediano plazo, la política monetaria tendría que subordinarse poco a poco a la economía real. Ello exige rearticular la política fiscal y la monetaria, incluyendo el tipo de cambio. En este terreno se ha sugerido en múltiples ocasiones gravar los flujos de capital (impuesto Tobin), pero también se hace necesaria una reforma fiscal progresiva y la generación de presupuestos multianuales en los que se otorgue mayor prioridad a la inversión, y ésta se oriente en función de una estrategia clara de mediano y largo plazos que propicie una transformación productiva dinámica, que potencie los núcleos endógenos dinámicos, la interacción entre empleo de calidad, productividad, mayores salarios y mejor distribución del ingreso. Es decir, una estrategia de crecimiento con equidad.

Algunas propuestas semejantes a las que aquí referimos están llevándose a la práctica por los nuevos gobiernos de izquierda y centro izquierda que han asumido el poder en los últimos años. Resulta alentador que en la Cumbre de la Comunidad Sudamericana, reunida en la ciudad boliviana de Cochabamba, el pasado 7 y 8 de diciembre, con la presencia de los presidentes Evo Morales, de Bolivia; Rafael Correa, de Ecuador; Hugo Chávez, de Venezuela; Luis Inacio Lula Da Silva, de Brasil; Alan García, de Perú; Michelle Bachelet, de Chile; Nicanor Duarte Frutos, de Paraguay y Tabaré Vázquez, de Uruguay, acompañados por el secretario general de la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), Didier Opertti; el secretario general de la Organización de los Estados Americanos (OEA), José Miguel Insulza; y el recién electo presidente de Nicaragua, Daniel Ortega, se hayan logrado acuerdos que parecen prometedores y por lo menos indican una real intención de estrechar las relaciones entre los países latinoamericanos.

Seguramente el camino no estará exento de dificultades, pero algunos de estos acuerdos muestran un cambio en la trayectoria seguida en el último cuarto de siglo. Por ejemplo, se propone la instalación, en el primer semestre de 2007, de una mesa de coordinación entre el Parlamento Andino y el Parlamento del Mercosur “con miras a la institución de un espacio parlamentario sudamericano”. También la instalación de comisiones interministeriales permanentes en las áreas de infraestructura, integración energética y políticas sociales, y la creación de una Secretaría Perma-

nente, además de un Foro Social de la Comunidad Sudamericana de Naciones. El texto preliminar precisa que los presidentes “pondrán todo el empeño a lo largo de 2007 para la profundización y ampliación de los Acuerdos de Complementación Económica (ACE) existentes entre los países sudamericanos”. Agrega que esos esfuerzos se realizarán para articular una “zona de libre comercio sudamericana con cobertura de por lo menos 90 % del universo tarifario de bienes”. Incluye también propuestas de complementación productiva en sectores “con potencial de sinergias y consorcios”, como las industrias naval, aeronáutica, militar y farmacéutica. Finalmente, el apartado sobre “Ciudadanía sudamericana” hace referencia a la exención del uso de pasaportes y visas para el tránsito de ciudadanos pertenecientes a los países miembros de la Comunidad, como un primer paso hacia el establecimiento de la libre circulación de ciudadanos en ese ámbito.

El desarrollo consiste y debe medirse por la capacidad de desarrollar el proyecto de vida que cada uno se ha elegido porque lo considera valioso, lo que depende del desarrollo de capacidades personales y de oportunidades públicas y privadas, ambas concebidas como complementarias y que se retroalimentan. Si bien ese planteamiento de Amartya Sen es un horizonte lejano, debemos interrogarnos sobre la forma en que podremos expandir nuestras capacidades y oportunidades, así como en su expresión en las titularidades o derechos sociales e individuales, y nuestra capacidad de agencia. Es decir, sobre los mecanismos con que contamos para incidir en la toma de decisiones que nos afectan, así como en la creación de instituciones que abran paso a la participación social y generen los vínculos entre ésta y los tomadores de decisiones. Porque como decía mi querida maestra Lucía Sala, “la historia nos muestra que nunca se ha conseguido un cambio sino a través de la presión social. Son los movimientos sociales los que van ampliando el proceso de democratización”.

Ello nos replantea la necesidad de recuperar el vínculo entre economía y política, entre democracia política, y sus contenidos económicos y sociales. Una política activa de desarrollo no sólo compete al Estado, nos debe incluir a todos. Seguramente de la confrontación de intereses surgirán las reglas e instituciones sancionadas estatalmente para encauzar la expresión y participación social, lo que esperamos redunde en una ampliación de la agenda para el desarrollo hacia programas de protección social universales y a la profundización de la democracia, entendida como la ampliación de los derechos sociales. De lo contrario, la irrupción de movimientos sociales desestabilizadores tenderá a ser más frecuente.

Anexo

Cuadros 1 y 1b. Índice de Desarrollo Humano (IDH)

Cuadro 2. Crecimiento del producto interno bruto

Cuadros 3 y 3b. Crecimiento de la industria manufacturera

Cuadro 4. América Latina y el Caribe. Cobertura de la seguridad social

Cuadro 1
Índice de Desarrollo Humano (IDH)

	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2004
DESARROLLO HUMANO ALTO							
36 Argentina	0,787	0,802	0,811	0,813	0,835	0,860	0,863
38 Chile	0,706	0,741	0,765	0,787	0,818	0,843	0,859
43 Uruguay	0,761	0,781	0,788	0,806	0,819	0,841	0,851
48 Costa Rica	0,745	0,772	0,776	0,793	0,812	0,832	0,841
50 Cuba	..	..	..	..	..	..	0,826
53 México	0,691	0,737	0,757	0,766	0,784	0,811	0,821
58 Panamá	0,712	0,739	0,750	0,751	0,774	0,797	0,809
DESARROLLO HUMANO MEDIO							
69 Brasil	0,647	0,684	0,699	0,720	0,749	0,785	0,792
70 Colombia	0,664	0,693	0,710	0,730	0,754	0,775	0,790
72 Venezuela, RB	0,719	0,734	0,742	0,760	0,768	0,774	0,784
82 Perú	0,645	0,675	0,699	0,708	0,735	0,760	0,767
83 Ecuador	0,632	0,676	0,700	0,716	0,732	..	0,765
91 Paraguay	0,671	0,705	0,712	0,721	0,740	0,754	0,757
94 R. Dominicana	0,622	0,652	0,674	0,682	0,703	0,733	0,751
101 El Salvador	0,593	0,589	0,610	0,651	0,690	0,715	0,729
112 Nicaragua	0,585	0,595	0,603	0,610	0,642	0,667	0,698
115 Bolivia	0,514	0,550	0,582	0,605	0,637	0,675	0,692
117 Honduras	0,519	0,570	0,602	0,625	0,642	0,654	0,683
118 Guatemala	0,511	0,546	0,561	0,586	0,617	0,656	0,673
DESARROLLO HUMANO BAJO							
154 Haití	..	0,451	0,458	0,446	0,451	..	0,482

Fuente: PNUD, *Informe desarrollo humano 2006*. PNUD, pp. 288-289.

Nota: los valores del IDH correspondientes a este cuadro se obtuvieron utilizando una metodología y una serie de datos estructuradas en forma consistente. No pueden compararse en rigor con los datos de los informes sobre desarrollo humano de años anteriores. Para obtener información más detallada, cf. *Guía para el lector* y las notas de los cuadros. El número de la izquierda corresponde al que ocupa el país de un total de 177 países listados de mayor a menor IDH.

Cuadro 1b
Índice de Desarrollo Humano (IDH)

	Valor del índice de desarrollo humano (IDH)	Esperanza de vida al nacer (años)	Tasa de alfabetización de adultos ^b (%)	Tasa bruta combin. de matriculación en enseñanza primaria de pers. de 15 años de edad y mayores (%)	PIB <i>per capita</i> (PPA en E.U.\$)	Índice de esperanza de vida	Índice de educación	Índice del PIB	Rango del PIB <i>per capita</i> (PPA en E.U.\$) menos el rango IDH ^d
	2004	2004	2004	2004	2004				
DESARROLLO HUMANO ALTO									
36 Argentina	0,863	74,6	97,2	89 ^h	13,298	0,83	0,95	0,82	10
38 Chile	0,859	78,1	95,7	81	10,874	0,89	0,91	0,78	18
43 Uruguay	0,851	75,6	.. ¹	89 ^{g,h}	9,421	0,84	0,95	0,76	19
48 Costa Rica	0,841	78,3	94,9	72	9,481 ^p	0,89	0,87	0,76	13
50 Cuba	0,826	77,6	99,8 ^c	80 ^h	.. ^s	0,88	0,93	0,67	43
53 México	0,821	75,3	91,0	75	0,803	0,84	0,86	0,77	7
58 Panamá	0,809	75,0	91,9	80	7,278	0,83	0,88	0,72	18
DESARROLLO HUMANO MEDIO									
69 Brasil	0,792	70,8	88,6	86 ^h	8,195	0,76	0,88	0,74	-5
70 Colombia	0,790	72,6	92,8	73	7,256 ^p	0,79	0,86	0,72	7
72 Venezuela, RB	0,784	73,0	93,0	74 ^{g,h}	6,043	0,80	0,87	0,68	17
82 Perú	0,767	70,2	87,7	86 ^g	5,678	0,75	0,87	0,67	12
83 Ecuador	0,765	74,5	91,0	.. ^y	3,963	0,82	0,86	0,61	30
91 Paraguay	0,757	71,2	.. ¹	70 ^{g,h}	4,813 ^p	0,77	0,86	0,65	9
94 R. Dominicana	0,751	67,5	87,0	74 ^g	7,449 ^p	0,71	0,83	0,72	-21
101 El Salvador	0,729	71,1	.. ¹	70 ^g	5,041 ^p	0,77	0,76	0,65	-3
112 Nicaragua	0,698	70,0	76,7	70 ^g	3,634 ^p	0,75	0,75	0,60	2
115 Bolivia	0,692	64,4	86,7	87 ^g	2,270	0,66	0,87	0,55	7
117 Honduras	0,683	68,1	80,0	71 ^g	2,876 ^p	0,72	0,77	0,56	2
118 Guatemala	0,673	67,6	69,1	66 ^g	4,313 ^p	0,71	0,68	0,63	-11
DESARROLLO HUMANO BAJO									
154 Haití	0,482	52,0	.. ¹	.. ^y	1,892 ^{h,p}	0,45	0,50	0,49	-11

Fuente: PNUD, *Informe desarrollo humano 2006*, PNUD, pp. 284-286.Fuentes: las columnas 1 a la 6 se calcularon con base en datos sobre esperanza de vida de la ONU 2005a; datos sobre las tasas de alfabetización de adultos del Instituto de Estadística de la UNESCO 2003, 2006a; datos correspondientes a las tasas brutas combinadas de matriculación del Instituto de Estadística de la UNESCO 1999, 2006c y datos sobre el PIB *per capita* (2000 PPA EUA) y el PIB *per capita* (PPA EIAS) del Banco Mundial 2006, la columna 7 corresponde a la columna 1 del cuadro de indicadores 1.

Cuadro 2
Crecimiento del Producto Interno Bruto
(Tasas anuales medias)
Precios constantes de 1990

País	1980-	1985-	1980-																
	1985	1990	1990	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990						
Argentina	-1.4	0.0	-0.7	-6.1	-2.3	5.8	2.9	-6.9	7.1	2.5	-1.8	-6.6	-0.5						
Bolivia	-1.9	2.3	0.2	0.9	-4.4	-4.5	-0.6	-1.0	-2.5	2.6	3.0	3.8	4.6						
Brasil	1.3	1.9	1.6	-4.3	0.8	-2.9	5.4	7.9	7.5	3.5	-0.1	3.2	-4.4						
Chile	-0.2	6.3	3.0	6.5	-12.1	-3.7	5.7	4.1	5.4	6.0	7.2	9.8	3.4						
Colombia	2.6	4.8	3.7	2.2	1.2	1.8	4.1	4.0	7.3	5.5	4.2	3.4	3.8						
Costa Rica	0.2	4.3	2.2	-2.4	-7.1	2.6	7.5	1.0	5.3	4.5	3.1	5.2	3.5						
Cuba	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...						
Ecuador	1.8	1.6	1.7	3.8	0.9	-3.3	3.5	4.1	2.3	-7.2	10.7	-0.1	3.2						
El Salvador	-2.8	2.1	-0.4	-10.5	-6.3	1.5	1.3	0.6	0.2	2.5	1.9	1.0	4.8						
Guatemala	-1.1	2.9	0.9	0.8	-3.4	-2.6	0.3	-0.7	0.1	3.6	3.9	4.0	3.0						
Haití	-1.0	-0.0	-0.5	-3.0	-3.6	1.1	0.1	0.6	-0.6	-0.9	0.1	1.2	-0.1						
Honduras	1.5	3.2	2.4	2.6	-0.9	-0.6	3.5	3.2	1.9	5.1	4.9	4.9	-0.8						
México	1.9	1.8	1.9	8.7	-0.7	-3.8	3.4	2.3	-3.3	1.8	1.3	4.2	5.2						
Nicaragua	0.6	-3.5	-1.5	5.9	-0.6	4.6	-2.3	-4.3	-1.8	-1.0	-12.9	-1.0	-0.1						
Panamá	3.6	-0.8	1.4	9.3	5.9	-3.9	2.4	4.9	3.2	-1.6	-13.3	1.3	7.7						
Paraguay	2.2	3.9	3.0	8.7	-1.2	-3.1	3.1	4.0	-0.1	4.3	6.4	5.8	3.0						
Perú	-0.5	-1.8	-1.2	4.8	-0.1	-12.5	4.5	1.9	11.1	9.8	-9.1	-12.9	-5.4						
R. Dominicana	2.1	2.7	2.4	4.2	1.4	4.9	1.5	-1.5	3.0	9.2	2.3	4.6	-4.9						
Uruguay	-3.5	3.7	0.0	1.9	-8.1	-10.4	-1.1	1.2	8.9	8.0	-0.1	1.4	0.6						
Venezuela	-4.0	2.6	-0.7	-2.5	-1.4	-11.5	-3.7	-0.2	6.5	3.6	5.7	-8.8	7.0						
Total	0.6	1.7	1.2	-0.2	-0.7	-2.6	3.7	2.9	4.5	3.3	0.3	0.9	-0.2						

Quadro 2b
Crecimiento del Producto Interno Bruto
(Tasas anuales medias)
Precios constantes de 1995

País	1990-										2001-							
	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2005
Argentina	-2.0	10.6	9.6	5.9	5.8	-2.9	5.5	8.0	3.8	-3.4	-0.8	3.7	-4.4	-10.9	8.8	9.0	9.2	2.3
Bolivia	4.4	5.4	1.7	4.3	4.8	4.7	4.5	4.9	5.0	0.3	2.3	3.8	1.3	2.4	2.8	3.6	4.1	2.8
Brasil	-4.6	1.0	-0.3	4.5	6.2	4.2	2.5	3.1	0.1	1.0	4.0	2.0	1.5	1.9	0.5	4.9	2.3	2.2
Chile	3.3	7.3	10.8	6.9	5.0	9.0	6.9	6.8	3.3	-0.7	4.4	5.7	2.8	2.2	3.9	6.2	6.3	4.3
Colombia	3.2	1.8	3.6	4.4	5.9	4.9	1.9	3.3	0.8	-3.8	2.2	2.6	1.4	1.9	3.9	4.8	5.1	3.4
Costa Rica	4.0	1.6	8.8	7.1	4.6	3.9	0.8	5.4	8.3	8.0	2.2	5.0	1.0	2.9	6.4	4.1	5.9	4.1
Cuba	-3.0	-12.1	-13.8	-16.0	2.0	3.4	8.7	3.3	1.3	6.8	5.3	-1.3	2.5	1.5	2.9	4.5	...	2.3
Ecuador	1.4	5.0	3.0	2.2	4.4	3.0	2.3	3.9	1.0	-7.9	2.3	1.9	6.0	4.2	3.6	7.6	3.9	5.1
El Salvador	4.8	2.8	7.3	6.4	6.0	6.2	1.8	4.2	3.8	3.4	2.1	4.4	1.9	2.3	2.3	1.8	2.8	2.2
Guatemala	3.0	3.7	4.9	4.0	4.1	5.0	3.0	4.4	5.1	3.9	3.4	4.1	2.4	2.3	2.1	2.7	3.2	2.5
Haití	0.4	0.2	-5.5	-8.0	-17.6	9.5	5.6	3.2	2.9	2.9	1.9	-0.4	-0.7	-0.3	0.4	-3.5	1.8	-0.5
Honduras	-0.1	2.7	5.8	7.1	-1.9	3.7	3.7	4.9	3.3	-1.5	4.8	3.0	2.7	2.7	3.5	5.0	4.1	3.6
México	5.1	4.2	3.7	1.8	4.5	-6.2	5.4	6.8	5.0	3.7	6.8	3.7	-0.4	0.8	1.4	4.2	3.0	1.8
Nicaragua	-0.0	-0.4	0.8	-0.4	4.0	4.4	5.1	5.4	4.1	7.4	6.4	3.4	3.0	0.8	2.5	5.1	4.0	3.1
Panamá	7.9	9.0	8.2	5.3	3.1	1.9	2.7	4.7	4.6	3.5	2.6	4.9	0.4	2.2	4.2	7.6	6.4	4.2
Paraguay	3.0	2.5	1.7	4.0	3.0	4.5	1.1	2.4	-0.6	-0.1	-0.6	1.9	2.4	3.8	4.1	2.9	2.6	
Perú	-5.4	2.7	-0.4	4.8	12.7	8.6	2.5	6.8	-0.5	0.9	3.0	3.2	0.2	5.2	3.9	5.2	6.5	4.2
R. Dominicana	-5.5	0.9	8.0	3.0	4.7	4.3	7.2	8.2	7.4	7.8	7.3	4.8	2.7	5.0	-0.4	2.7	9.2	3.8
Uruguay	0.4	3.7	8.3	3.5	7.0	-2.3	5.0	5.4	4.4	-3.4	-1.9	2.7	-3.4	-11.0	2.2	11.8	6.6	1.2
Venezuela	5.5	10.5	7.0	-0.4	-3.7	5.9	-0.4	7.4	0.7	-5.8	3.8	2.8	2.9	-8.9	-7.7	17.9	9.3	2.7
Total	-0.7	3.3	2.8	3.4	5.2	1.1	3.8	5.2	2.2	0.5	3.8	2.8	0.3	-0.8	2.0	5.9	4.5	2.4

Fuente: CEPAL, *Anuario estadístico 2002 y 2005*. Cifras preliminares.

Cuadro 3
Crecimiento de la industria manufacturera
(Tasas anuales medias)
Sobre la base de cifras precios constantes de 1990

País	1980-1985	1985-1990	1980-1990	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990
Argentina	-3.2	-0.6	-1.9	-12.0	-2.7	7.4	2.6	-9.9	11.4	1.0	-4.5	-7.6	-2.3
Bolivia	-5.6	4.5	-0.7	-7.8	-12.4	0.2	1.0	-8.3	1.9	2.5	5.4	5.0	7.8
Brasil	-0.6	0.2	-0.2	-10.4	-0.1	-5.9	6.2	8.3	11.3	0.9	-3.4	2.9	-9.5
Chile	-1.3	6.7	2.6	2.6	-21.0	3.1	8.9	2.7	7.6	5.3	8.8	11.0	1.0
Colombia	1.2	4.8	2.9	-2.6	-1.4	1.1	6.0	3.0	5.9	6.2	1.9	5.6	4.2
Costa Rica	0.2	4.2	2.2	-0.5	-11.4	1.8	10.4	2.0	7.3	5.5	2.2	3.4	2.6
Cuba	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Ecuador	1.5	-3.1	-0.8	11.1	0.4	1.5	-3.7	-1.1	-3.3	1.4	-0.5	-5.2	-7.7
El Salvador	-4.7	3.0	-0.9	-14.3	-6.7	0.1	-0.8	-1.0	1.3	3.0	3.4	2.6	4.9
Guatemala	-2.1	1.9	-0.1	-3.1	-5.2	-1.9	0.5	-0.8	0.7	2.0	2.2	2.3	2.2
Haití	-3.2	-0.6	-1.9	-12.4	-1.6	5.4	-5.8	-0.8	-1.7	-3.9	-0.9	1.3	2.5
Honduras	1.9	4.0	3.0	-0.6	-4.6	6.4	7.7	1.2	4.1	6.6	5.0	3.8	0.7
México	1.2	2.9	2.1	6.6	-2.8	-8.4	5.1	6.5	-5.6	2.6	3.5	7.9	6.8
Nicaragua	0.8	-7.1	-3.2	3.0	0.1	5.6	0.4	-4.7	2.1	-1.6	-28.8	-1.9	-1.5
Panamá	2.2	-0.8	0.7	-2.5	3.6	-2.1	6.8	5.6	0.7	6.9	-22.5	1.3	13.8
Paraguay	1.1	3.2	2.2	4.3	-3.7	-4.2	4.5	5.0	-1.4	3.5	5.8	5.9	2.5
Perú	-2.1	-1.7	-1.9	0.7	-1.2	-18.1	5.7	4.5	15.6	12.8	-11.2	-15.7	-5.8
R. Dominicana	0.1	4.1	2.1	2.9	3.2	1.1	-1.3	-5.2	9.1	12.7	-0.7	4.6	-4.3
Uruguay	-5.4	3.7	-1.0	-4.6	-16.9	-7.0	4.5	-1.6	11.7	9.9	-0.9	-0.2	-1.5
Venezuela	1.8	1.9	1.9	-2.5	4.1	-1.7	4.6	5.0	7.1	2.5	6.9	-11.8	6.1
Total	-0.8	1.0	0.1	-5.9	-1.9	-3.8	4.9	3.2	7.4	2.3	-1.9	0.5	-3.2

Fuente: CEPAL, *Anuario estadístico 2002 y 2005*.

Cuadro 3b
Crecimiento de la industria manufacturera
(Tasas anuales medias)
Sobre la base de cifras a precios constantes de 1995

País	1990-2004															
	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004	
Argentina	-3.7	10.2	11.6	4.6	4.5	-7.2	6.5	9.2	1.8	-7.9	-3.8	-7.4	1.5	-11.6	14.8	11.3
Bolivia	7.8	4.8	0.1	4.1	5.4	6.8	4.9	2.0	2.5	2.9	1.7	1.1	3.7	0.7	3.5	5.0
Brasil	-9.5	0.1	-4.2	8.4	7.3	2.1	2.1	3.2	-3.4	-2.6	5.4	0.6	0.8	3.2	0.6	7.4
Chile	1.0	5.3	11.4	7.3	4.1	7.5	3.2	4.7	-2.3	-1.3	4.0	-0.3	3.7	1.9	3.2	6.9
Colombia	4.2	0.8	4.5	1.8	1.4	5.9	-1.8	0.4	-0.3	-8.4	9.7	-1.4	1.4	2.6	4.4	6.7
Costa Rica	2.6	2.1	10.9	6.5	3.8	4.1	0.5	7.7	11.4	24.7	-4.3	-7.3	5.2	3.3	8.1	3.5
Cuba	-5.0	-8.6	-16.5	-11.5	7.6	6.4	7.9	8.3	3.3	7.1	4.3	0.5	0.3	0.2	-2.0	...
Ecuador	-7.7	6.3	1.3	6.9	6.9	6.9	2.7	6.1	1.2	-7.8	2.4	7.5	2.7	6.1	0.4	-2.3
El Salvador	4.9	5.9	9.9	-1.5	7.4	6.9	1.7	8.0	6.6	3.7	4.1	4.2	5.1	2.9	2.2	0.9
Guatemala	2.2	2.4	3.3	2.9	3.0	3.2	1.9	2.7	3.6	2.5	1.9	0.8	2.5	0.8	1.0	2.3
Haití	-5.7	-3.1	-8.8	-5.0	-35.9	4.3	5.6	0.3	0.3	-3.0	-0.2	0.2	-4.3	1.6	0.4	-2.5
Honduras	0.7	3.0	5.6	6.0	-1.0	4.4	5.8	6.0	3.4	2.6	5.5	5.2	3.9	3.7	3.6	4.0
México	6.8	3.4	4.2	-0.7	4.1	-4.9	10.8	9.9	7.4	4.2	6.9	-3.9	4.0	-0.7	-1.3	3.9
Nicaragua	-1.5	6.4	-5.1	0.0	0.8	2.8	2.4	3.8	2.1	3.7	2.8	2.6	1.7	2.1	2.4	8.2
Panamá	13.8	10.5	9.2	6.3	4.3	0.2	-1.3	6.4	3.9	-7.5	-5.3	-5.7	2.9	-2.7	-3.5	3.5
Paraguay	2.5	1.1	0.4	2.0	1.5	3.0	-2.2	-0.2	1.0	0.0	1.0	1.3	1.0	-1.4	0.7	3.2
Perú	-5.8	6.2	-3.3	3.4	16.6	5.5	1.5	5.3	-3.2	-0.5	6.7	-1.1	2.6	5.7	3.2	7.1
R. Dominicana	-4.3	3.9	12.3	1.2	3.5	1.3	3.1	7.5	5.7	6.0	7.5	-1.3	3.9	4.9	-0.4	1.9
Uruguay	-1.5	-0.5	1.5	-9.0	4.0	-2.8	4.0	5.9	2.3	-8.4	-2.1	-6.2	-1.1	-15.0	4.6	18.9
Venezuela	6.1	9.8	2.5	-1.0	-2.4	8.0	-3.0	5.1	-3.9	-6.4	2.1	-0.4	1.4	-14.8	-8.0	22.7
Total	-3.4	2.2	0.5	3.7	5.4	0.2	4.4	5.9	0.6	-1.2	4.3	-1.7	1.7	-1.0	1.7	7.5

Fuente: CEPAL, *Anuario estadístico 2002 y 2005*.

Cuadro 4
América Latina y el Caribe: cobertura de la seguridad social
(Porcentaje de los trabajadores ocupados que cotizan)

País	Total nacional	Total zonas urbanas	Total zonas rurales	Sector urbano formal a	Sector urbano informal asalariado b	Sector urbano informal no asalariado c	Total hombres	Total mujeres
Argentina (2002, z.u.)	...	56,0d	...	68,5d	22,7d	...	59,0d	52,5d
Bolivia (2002)	14,5	21,2	4,6	42,8	6,8	10,4	13,8	15,4
Brasil (2001)	47,8	54,3	17,4	78,3	34,4	17,1	48,4	47,0
Chile (2003)	64,9	67,0	48,8	81,6	50,8	20,7	66,6	62,1
Costa Rica (2002)	65,3	68,2	60,5	87,7	43,3	35,0	68,5	59,3
Ecuador (2002, z.u.)	...	32,3	...	57,4	12,8	10,9	32,4	32,0
El Salvador (2001)	32,9	43,4	14,5	78,5	10,9	11,0	30,9	35,9
Guatemala (2002)	17,8	31,1	8,5	63,6	10,0	0,3	18,4	16,7
México (2002)d	55,1d	64,8d	30,8d	81,9d	25,5d	...	52,9d	59,1d
Nicaragua (2001)	18,3	25,1	7,6	53,8	7,4	1,3	16,3	21,9
Panamá (2002)	53,8	66,6	29,3	88,4	36,5	26,4	48,6	63,4
Paraguay (2000)	13,5	20,2	5,0	48,9	4,1	0,8	13,1	14,2
Perú (2001)	13,0	18,7	2,6	43,8	3,8	3,2	15,0	10,4
R. Dominicana (2002)d	44,7d	48,0d	32,7d	52,6d	14,8d	...	43,4d	46,6d
Uruguay (2002, z.u.)	...	63,8	...	88,2	43,9	24,7	63,6	64,0
Venezuela (2002)d	61,5d	...	...	75,5d	19,9d	...	58,0d	67,1d
Promedio simple	38,7	45,4	21,9	68,2	21,7	13,5	40,6	41,7

Fuente: CIPAL, sobre la base de encuestas realizadas en los hogares de los respectivos países.

Notas: las variables utilizadas para la definición del aporte a la seguridad social varían en función de las encuestas de cada país: aporte o afiliación a un sistema de pensiones (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, México, Paraguay, Perú, Uruguay); a un sistema nacional de seguro social (Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Panamá); derecho a prestaciones sociales (Venezuela), y trabajo con contrato firmado (República Dominicana).

a: sector formal: asalariados del sector público y de empresas con más de cinco empleados, trabajadores por cuenta propia.

b: profesionales y técnicos, y dueños de empresas de cinco empleados o más. Sector informal asalariado: asalariados de empresas con menos de cinco empleados e integrantes del servicio doméstico.

c: sector informal no asalariado: trabajadores por cuenta propia no profesionales o técnicos, familiares no remunerados y dueños de empresas con menos de cinco empleados.

d: la tasa corresponde al aporte a la seguridad social de los asalariados, excluidos los trabajadores por cuenta propia, los familiares no remunerados y los dueños de empresas.

z.u.: zonas urbanas.

Dilemas de la globalidad: América Latina en la migración internacional

José Luis ÁVILA MARTÍNEZ

La migración internacional es un fenómeno fundacional y decisivo en el devenir de América Latina. Desde las primeras oleadas de inmigrantes europeos del siglo xvi hasta la actual diáspora latinoamericana y caribeña, las migraciones han moldeado la estructura económica y social de la región, su composición étnica, así como la vida política y cultural. La impronta de las migraciones es tan contundente como el color de nuestra piel y los idiomas que hablamos, y su importancia económica puede ponderarse, por ejemplo, en los cincuenta y cuatro mil millones de dólares que en 2006 ingresaron a la región por concepto de remesas familiares, los cuales aliviaron las infames condiciones de vida de millones de personas.

Tanto la acentuación de las migraciones internacionales que el mundo ha experimentado en el último medio siglo como el predominio de los flujos de países pobres hacia los industrializados podrían ser entendidos como signos favorables para América Latina. Sin embargo, la reciente decisión estadounidense de ampliar en mil doscientos kilómetros el muro de la frontera México-Estados Unidos, así como el endurecimiento de los controles migratorios en los países europeos, denuncian que los gobiernos de esas naciones rechazan la migración proveniente de países pobres, no obstante sus necesidades de mano de obra.

Por consiguiente, la globalidad del capitalismo del siglo xxi plantea serios dilemas para los países latinoamericanos y del Caribe: deberán permitir y hasta estimular la libre entrada y salida de mercancías y capitales de sus países, y al mismo tiempo aceptar el control policial y hasta militar de las fronteras de las naciones industrializadas para impedir la entrada y salida libres de sus trabajadores migratorios. Se trata de una desigualdad de trato que no sólo cuestiona la ideología de la libertad de los mercados, sino que amenaza la seguridad, la dignidad e incluso la integridad física de los migrantes que buscan allá las oportunidades de vida que aquí se les niegan.

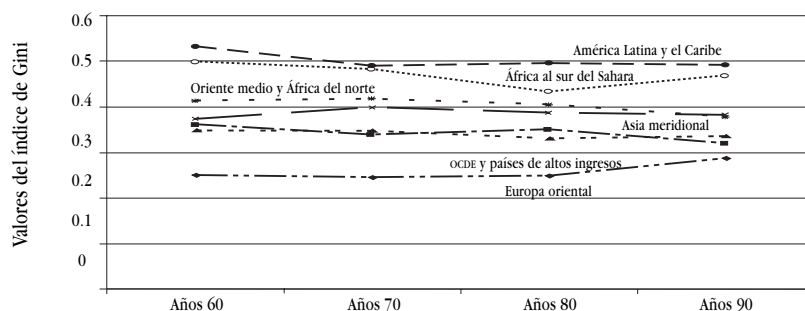
En este artículo se relacionan los cambios recientes de la migración internacional en América Latina con la crisis y la reorganización del capitalismo de las últimas tres décadas del siglo pasado. Asimismo, se analizan las tendencias recientes de la migración internacional, la vulnerabilidad de los migrantes y el impacto de las remesas en el proceso de crecimiento y el ingreso de los hogares. Por último, se presentan algunas propuestas para avanzar en el continente en la construcción de un régimen migratorio legal, ordenado, seguro y digno.

Reestructuración económica, empobrecimiento y migración internacional. El retroceso económico y social

La crisis del capitalismo en la década de 1970, así como el alto costo social de las reformas económicas aplicadas por los grupos neoliberales para crear las condiciones de operación del capitalismo global, entre otros factores, condujeron a un estancamiento productivo y a un dramático aumento de la pobreza en los países del llamado tercer mundo. Así, mientras que de 1950 a 1973 la economía mundial creció 5 % en un promedio anual, en las tres décadas siguientes lo hizo en 3 %. Por su parte, en América Latina el Producto Interno Bruto (PIB) creció en un promedio anual de 5.5 % en el primer periodo de referencia, y en la década de 1980 lo hizo en 1.6 %. Durante la moderada recuperación económica que se dio de 1990 a 2003, el PIB regional creció en menos de la mitad que en la llamada “edad dorada de la posguerra”.¹ La evaluación del desempeño económico en términos *per capita* revela la hondura del retroceso económico latinoamericano: en los años ochentas del siglo pasado, el PIB por habitante decreció 0.4 %, y de 1990 a 2003 sólo 1 %, cuando en la posguerra lo hizo en 3 %, como promedio anual.

El magro desempeño económico y las políticas neoliberales acentuaron las desigualdades sociales y disminuyeron el nivel de vida de la población, con signos preocupantes para América Latina. En la gráfica 1 puede verse que en los países desarrollados la desigualdad se mantuvo baja y estable a lo largo del periodo de observación, y en las demás regiones en desarrollo disminuyó de manera significativa. Sólo en América Latina la desigualdad permaneció en su nivel alto, lo que la convirtió en la zona del mundo con la distribución del ingreso más injusta. Así, en la década pasada, 5 % de las personas con el ingreso más elevado en América Latina recibió 25 % del ingreso nacional, mientras que 30 % con los menores recursos obtuvo sólo 7.5 %. Las cifras comparables para África son de 24 y 10 %, respectivamente, y de 13 % para ambos grupos en los países desarrollados.²

Gráfica 1. Coeficientes de Gini medianos, por región y decenios, 1960-2000



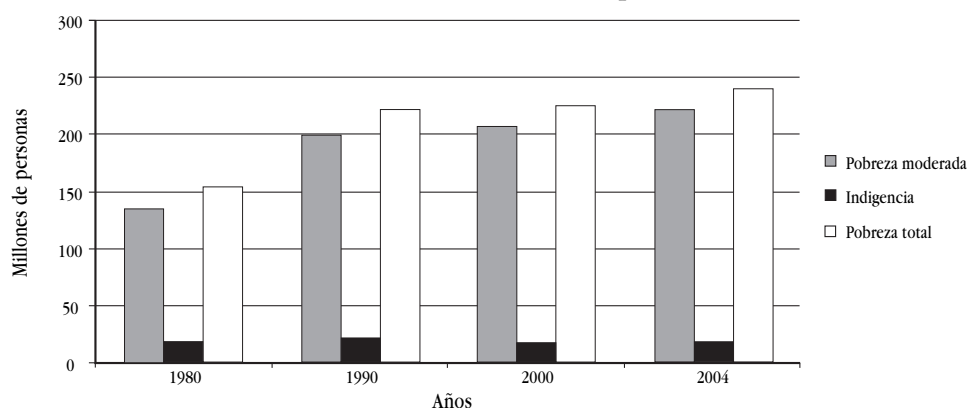
Fuente: Samuel Morley, *La distribución del ingreso en América Latina y el Caribe*. Chile, FCE / CEPAL, 2000.

¹ José Luis Ávila, “América Latina: el desafío de la desigualdad y la pobreza”, en De los Ríos, Norma e Irene Sánchez, coords., *América Latina: historia, realidad y desafíos*. México, UNAM, Posgrado de Estudios Latinoamericanos, 2006, pp. 354-355.

² Samuel Morley, *La distribución del ingreso en América Latina y el Caribe*. México / Chile, FCE / Comisión Económica para América Latina, 2000, p. 19.

El estancamiento productivo, la disminución del ingreso real y la elevada concentración del ingreso revirtieron la tendencia histórica a disminuir la pobreza que había prevalecido en América Latina hasta los años setentas del siglo pasado. El empobrecimiento fue particularmente dramático de 1980 a 1990, cuando el total de pobres aumentó de ciento treinta y seis millones a doscientos millones de personas.³ En la gráfica 2 también se advierte otra cuestión preocupante: durante la recuperación del crecimiento económico de la década pasada, el número de pobres continuó aumentando, aunque de manera paulatina, para ubicarse en 2003 en un total de doscientos veintidós millones de personas. Por último, cabe precisar que en el periodo de observación alrededor de veinte millones de personas carecieron de ingresos suficientes para alimentarse; es decir permanecieron en la indigencia.

Gráfica 2. América Latina, evolución de la pobreza 1980-2004



Fuente: Elaboración propia con base en CEPAL, *Panorama social de América Latina 2004*. Chile, CEPAL, 2004.

El crecimiento de la migración internacional

La migración internacional es un fenómeno secular, complejo y dinámico. Los factores que la sostienen e impulsan son múltiples e involucran tanto a los países de origen como a los de destino. En general, puede decirse que en el último medio siglo las brechas de desarrollo entre las naciones activaron las migraciones porque el avanzado proceso de envejecimiento de los países desarrollados conforma una demanda de trabajadores migrantes, que es estimulada por el pago de salarios más elevados y el acceso a oportunidades sociales. Por el lado de la oferta de trabajadores migrantes destaca la incapacidad de las economías en vías de desarrollo para sostener un crecimiento elevado y generar el número suficiente de empleos bien remunerados que define el alto crecimiento

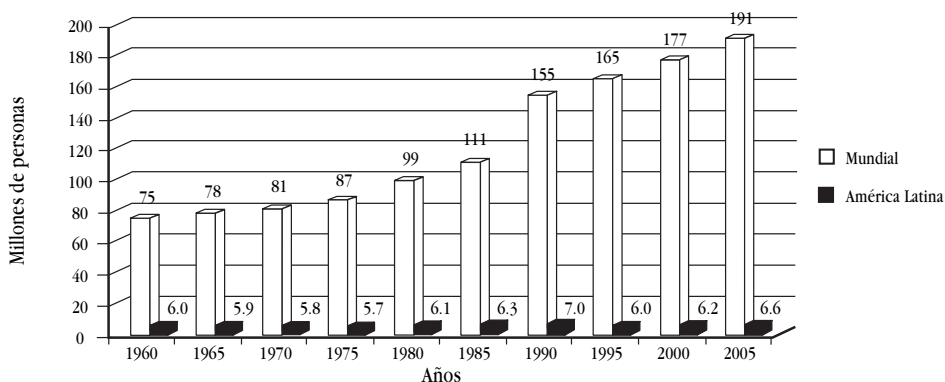
³ Una persona es pobre cuando su ingreso familiar *per capita* es insuficiente para alimentarse, vestirse y cubrir gastos básicos de educación, salud y vivienda.

De acuerdo a estimaciones preliminares de la Comisión Económica de América Latina, en 2005 y 2006 el total de población pobre disminuyó a doscientos nueve y doscientos cinco millones de personas, respectivamente. < <http://www.eclac.org>>. [Consulta: 10 de diciembre, 2006.]

de los grupos en edad laboral. Por último, cabe subrayar el poderoso factor de atracción que desempeñan las redes sociales que los migrantes han construido y contribuyen al efecto.⁴

Como resultado de la interacción de ese conjunto de factores, la migración internacional aumentó en forma significativa en el último medio siglo, al pasar de setenta y cinco millones en 1960 a ciento noventa y un millones de personas que vivían en un país distinto al de su nacimiento o de residencia habitual, como se aprecia en la gráfica 3.⁵ La inversión de situaciones respecto de los países de origen y destino de las migraciones se aprecia en el hecho de que mientras en los años sesenta del siglo pasado 42 % de los migrantes internacionales vivían en los países desarrollados, en el 2000 se estima que esa proporción aumentó hasta llegar a 63 %, mientras que en los países en desarrollo vivía 58 % de los migrantes internacionales en el primer año de referencia y en el segundo su participación se redujo 21 puntos porcentuales, al ubicarse en 37 %.⁶ Los datos de la gráfica 3 confirman que en América Latina la inmigración se mantuvo en un nivel bajo y estable en el medio siglo de observación.

Gráfica 3. Inmigrantes internacionales en el mundo, 1960-2005



Fuente: Organización Internacional para las Migraciones, Suiza, 2006. [Sitio Web: <http://www.oim.int>]

La diáspora poblacional de América Latina y del Caribe

La transformación de los orígenes y destinos de las migraciones internacionales ha terminado por crear una nueva geografía en la que América Latina y el Caribe dejan de ser una región de inmigrantes de ultramar y emergen como zona emisora de cuantiosas corrientes migratorias cuyo destino principal es Estados Unidos, seguido por algunos países europeos y asiáticos en menor medida, así

⁴ Rodolfo, Tuirán y José Luis Ávila, "Migración en las Américas". Ponencia presentada en el Foro Interparlamentario de las Migraciones. Doc. inéd. México, 2002, pp. 10-15; Centro Latinoamericano de Demografía (CLD), *La migración en América Latina*. Chile, CLD, 2005.

⁵ Datos tomados de Organización Internacional para las Migraciones (OIM), *La migración internacional en el mundo*. Ginebra, Suiza, OIM, 2003, p. 5.

⁶ Organización de las Naciones Unidas (ONU), *Migration Internacional Report*. Washington, ONU, 2002.

como por la diversificación de los desplazamientos intrarregionales, tanto de carácter temporal como definitivos.

La emigración de latinoamericanos y caribeños aumentó de manera significativa a partir de los años setentas del siglo pasado, cuando se vivieron los primeros impactos de la crisis económica internacional y la brega popular por construir el socialismo e instalar gobiernos populares, ambas opciones por la vía democrática-electoral, fue sabotada con sangrientos golpes de Estado en casi todos los países de Sudamérica. La implantación de dictaduras militares obligó al exilio en México, Venezuela, Cuba, Estados Unidos y algunos países europeos, de miles de personas perseguidas por sus ideas progresistas y su militancia en organizaciones políticas de izquierda e incluso demócrata cristianas. Si bien el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua y la instauración de la democracia y experimentos sociales en Haití, Granada y Jamaica alentaron un flujo migratorio de retorno, la aceleración de la guerra civil en Guatemala, El Salvador y Honduras, aunadas a los desastrosos efectos de fenómenos naturales, como huracanes y sismos, ocasionaron desplazamientos forzosos de miles de personas. La mayoría de los guatemaltecos se dirigieron a México y Canadá, en tanto que los oriundos de otros países optaron por Costa Rica y Estados Unidos, entre otras situaciones sociales y naturales relevantes que originaron la diáspora poblacional de América Latina.

La reconquista de la democracia política, o su instauración ahí donde el autoritarismo era de larga data, estimuló festivo flujo migratorio de retorno; incluso, se llevó a cabo un programa binacional de repatriación ordenada y segura de más de cuarenta y tres mil guatemaltecos refugiados en el sur de México, una vez que en *el país de la eterna primavera* se instauró la democracia política. Pero el prolongado exilio y las buenas opciones de integración en naciones de acogida como México, Estados Unidos, Canadá y algunos países europeos determinaron que familias enteras, o algunos de sus miembros, no regresaran al país de origen.

Los gobiernos democráticos de mediados de 1989 no tenían todas consigo y debieron aplicar políticas inaceptables para la mayoría. En medio de la fiesta de la democracia los nuevos gobiernos asumieron las restricciones financieras que impusieron los términos de las negociaciones sobre la deuda externa realizadas con el Fondo Monetario Internacional y el Comité Asesor de Bancos que los acreedores formaron por doquier para obligar a los gobiernos a reconocer la deuda y pagar puntualmente los intereses. El *menú de opciones* que los acreedores ofrecían a los gobiernos suponía la aplicación de políticas económicas restrictivas que liberaran recursos para pagar los intereses de la deuda externa, lo que daba tiempo a los bancos privados internacionales para acumular reservas y liberarse de la vulnerabilidad a que estaban sometidos debido a que parte importante de sus activos estaban comprometidos en valores de deuda externa de países del tercer mundo. Fue la “década perdida para el desarrollo”, como eufemísticamente llamó la Comisión Económica para Latina a la caída del empleo, del salario real y al pavoroso empobrecimiento de millones de latinoamericanos.

Ya en la década de 1990, el decálogo del Consenso de Washington iluminó el sendero de la reforma económica por el que debía transitar América Latina si quería ingresar al capitalismo global. La liberación de los mercados de bienes y servicios así como de capitales, la desregulación estatal de la economía, la privatización de empresas públicas estratégicas, el equilibrio fiscal y las políticas sociales focalizadas a pobres extremos para mitigar los efectos devastadores de las reformas, entre otras medidas, restablecieron el flujo de capital externo a la región e imprimieron un

cierto dinamismo que en algunas naciones hizo creer a los grupos gobernantes que se estaban en el camino correcto. Tal fue el caso de Chile, México y Argentina.

Con excepción de Chile, uno a uno fueron cayendo los milagros neoliberales. La crisis en la Argentina de Menen y en el México de Salinas evidenciaron la vulnerabilidad de las economías abiertas ante salidas de capital externo, que en días podían nulificar los esfuerzos exportadores del área y hacer trizas los tipos de cambio fijos, disparar las tasas de inflación, producir desplomes económicos más severos aún que los de la crisis de la deuda externa de la década de 1980. Las crisis de Uruguay y Argentina a comienzos del siglo XXI reiteraron la urgencia de explorar nuevas opciones de desarrollo y estrategia de integración regional para insertarse de manera competitiva a la región en el capitalismo global.⁷

La falla de las democracias para implantar un desarrollo sostenible, incluyente y equitativo obligó a los hogares latinoamericanos y caribeños a construir sus propias estrategias para allegarse desde otros países los recursos que les niega la economía nacional. Así, la migración internacional fue creciendo en las dos últimas décadas hasta situarse en alrededor de veinticinco millones de personas en 2005, la mitad de los cuales abandonó su país en la última década. Pero no hagamos de la migración un producto directo del empobrecimiento, pues debe considerarse que se trata de una estrategia al alcance sólo de quienes pueden disponer de recursos para cubrir gastos de viaje y poseen la capacidad de agencia para salir del país de origen e ingresar y encontrar empleo en otro, cuya lengua, tradición y costumbres con frecuencia desconoce. Migrar para trabajar en otro país no es una opción para los hogares más pobres y marginados de América Latina y el Caribe.

La decisión de migrar se relaciona con las tradiciones y la cultura nacionales antes que con el tamaño de la población, o incluso con la pauperización de las capas medias y los grupos de recursos bajos. Por ejemplo, si medimos la vocación migratoria de las sociedades con la proporción de migrantes respecto de la población nacional, resulta que Puerto Rico, Martinica y Argentina tienen los porcentajes más bajos de la región, en tanto que Granada, Las Antillas y Suriname reportan los índices más altos. En términos generales, puede decirse que en varias naciones caribeñas más del 20 % de su población reside en el exterior, y entre el 8 y el 15 % de la oriunda en Cuba, El Salvador, México, Nicaragua, República Dominicana y Uruguay.⁸

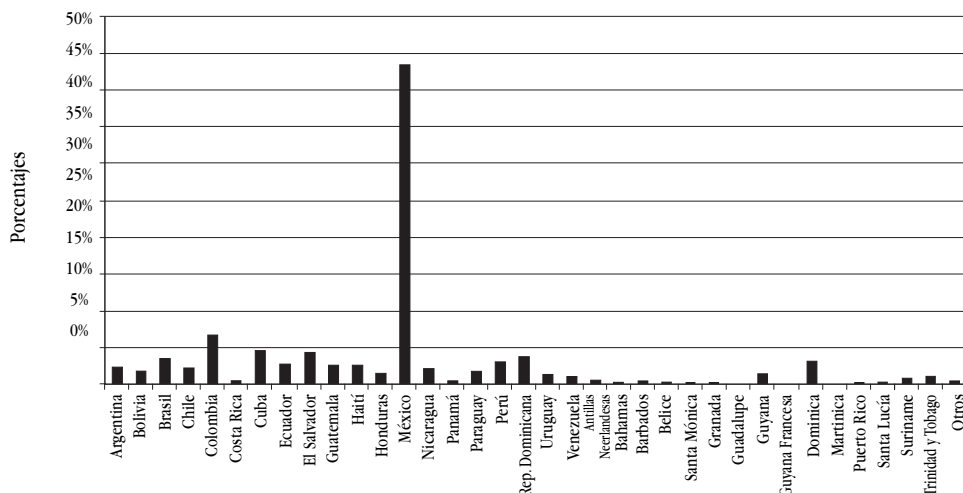
En cambio, si consideramos la contribución de cada una de las naciones al total de la emigración regional, como se advierte en la gráfica 4, México tiene la mayor contribución con 43 %, equivalente a más de nueve millones de personas, de las cuales 98 % reside en Estados Unidos. Le sigue a gran distancia la Comunidad del Caribe, con un total un millón ochocientas personas que residen en el extranjero, de los cuales más de un tercio (680 000) es oriundo de Jamaica. Colombia cuenta con alrededor de un millón cuatrocientos mil migrantes, mientras que Cuba y El Salvador tienen cerca de novecientos mil. Siete países superan el medio millón de emigrantes y el resto de las naciones latinoamericanas tienen entre cien mil y cuatrocientas setenta y siete mil personas residiendo en el exterior, excepto Costa Rica, que tiene poco más de ochenta y seis mil migrantes.⁹

⁷ Sobre el particular, léanse en este *Anuario* los artículos de Teresa Aguirre y Carlos Tur.

⁸ Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEALC), *Cuatro temas centrales en torno a la migración internacional, derechos humanos y desarrollo*. Chile, CEALC, 2006, p. 66.

⁹ *Idem*.

Gráfica 4. Migración latinoamericana y del Caribe por país, 2000
(porcentajes de participación respecto del total regional)



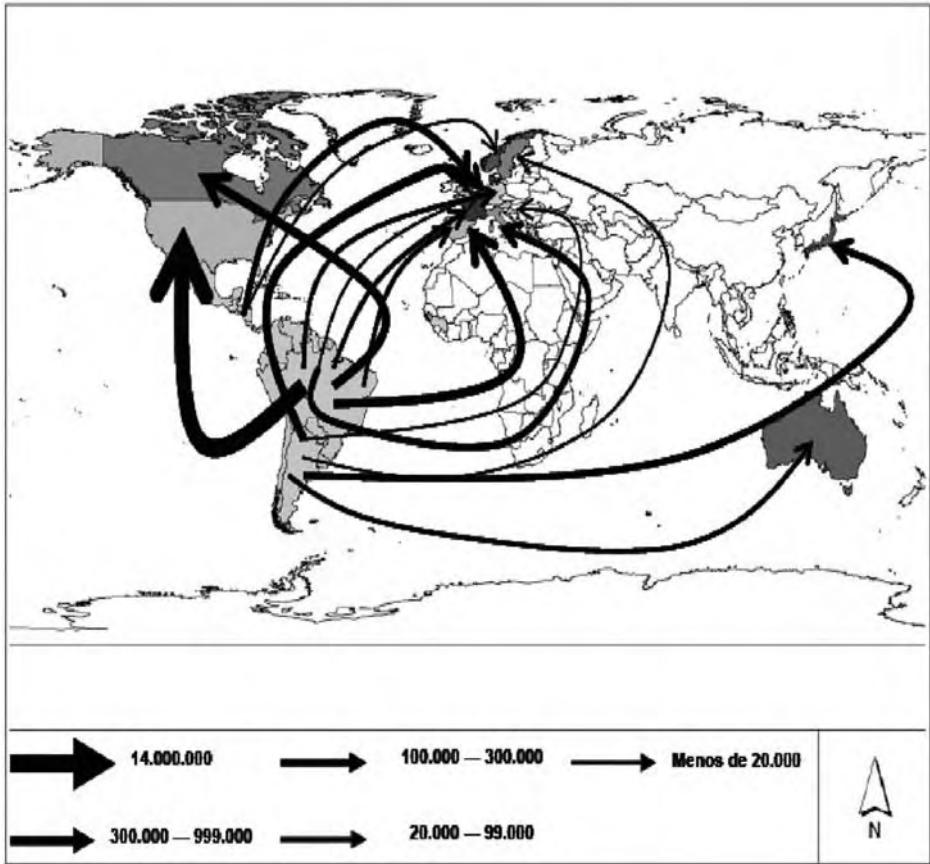
Fuente: CEPAL, *Cuatro temas centrales en torno a la migración, derechos humanos y desarrollo*. Chile, CEPAL, 2006.

En el mapa 1 puede apreciarse que de las rutas principales de los migrantes latinoamericanos y caribeños destaquen por su cuantía aquellas que se dirigen al norte de América, seguida de una diversidad de flujos de mucho menos cuantía que se dirigen a los países europeos, Japón, Australia e Israel, principalmente, y se originan desde el Cono Sur. La migración laboral a España refleja una situación diferente de la observada en Estados Unidos. Esta migración de ultramar ha crecido de manera significativa desde la década de 1990 e involucra sobre todo a naciones de Sudamérica. Según datos de 2005, la migración latinoamericana y caribeña a España asciende a 1.44 millones de personas, que representan 39 % del total de extranjeros residentes en ese país. De esta cifra, 20 % de los migrantes proviene del Cono (Argentina, Uruguay, Chile, Brasil y Paraguay), 66 % del área andina (Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia); 10 % de los países de la zona del Caribe, 1 % son centroamericanos y 1.6 % son mexicanos. Debe señalarse que Ecuador es el país con mayor población residiendo en España, con un total de cuatrocientos noventa y ocho mil personas. Colombia lo sigue a distancia con doscientos setenta y un mil migrantes; mientras que Argentina tiene un total de ciento cincuenta y tres mil nacionales residiendo en España. Por su parte, Bolivia tiene noventa y siete mil personas viviendo en España, aunque este país ha presentado un crecimiento impresionante en el último quinquenio. Por su parte Perú tiene ochenta y cinco mil migrantes en España.

Por otro lado, la migración intrarregional sigue teniendo como destinos principales a Argentina, Costa Rica y Venezuela, al tiempo que otros combinan la migración con la salida de connacionales, como es el caso de varias naciones caribeñas, de Centroamérica y Chile. Con todo, estudios diversos dejan ver que los desplazamientos dentro del área, estimados en la presente década en alrededor de tres millones de personas, tienen en lo fundamental un carácter fronterizo, y con frecuencia se trata de migraciones de carácter temporal o *pendulares*, es decir de personas que trabajan en un lado de la frontera y viven en el otro.

Uno de los temas más sensibles y delicados del aumento de la migración internacional radica en que uno de cada cinco migrantes viaja sin los documentos migratorios que le autoricen entrar, vivir o trabajar en el país de destino. Aun cuando existen diferencias importantes según el país de acogida, debe señalarse que por lo general los migrantes no autorizados sufren la violación de sus derechos humanos y laborales y carecen de personalidad jurídica para defenderse ante las autoridades. De los cuarenta millones de migrantes no autorizados que se estima existen en el mundo, alrededor de ocho millones residen en los países europeos. Estados Unidos, por su parte, tiene el contingente más cuantioso de migrantes no autorizados con 10.3 millones de personas; de ellos, al menos la mitad son mexicanos. Se estima que a este país ingresa cada año medio millón de migrantes indocumentados, la gran mayoría proveniente de América Latina y el Caribe.

Mapa 1
Latinoamericanos y caribeños en países seleccionados fuera de la región. Circa 2000



Fuente: Proyecto IMILA del CELADE.

México, laboratorio de las migraciones

Una revisión sintética de la experiencia mexicana permite captar algunas cuestiones esenciales de la migración internacional latinoamericana y caribeña, pues México no solo es el país con el flujo más cuantioso de migrantes internacionales, sino que también es lugar de destino y tránsito de importantes corrientes migratorias. Asimismo, la posición fronteriza de México con Estados Unidos le confiere un rol estratégico en las negociaciones internacionales sobre la materia.

Como se sabe, la migración de México a Estados Unidos es un fenómeno secular que como en el resto de América Latina en las últimas décadas ha experimentado profundas transformaciones, tanto en su cuantía como en sus modalidades y categorías. El aumento de la migración definitiva de mexicanos a Estados Unidos puede advertirse en que mientras en la década de 1960 se estima en veintinueve mil personas el promedio anual del flujo neto de migrantes, en 2000 se situó en trescientos noventa y ocho mil; es decir que en los últimos treinta años la pérdida poblacional de México debida a la migración a Estados Unidos aumentó casi catorce veces.

Según estimaciones de encuestas estadounidenses y mexicanas, del año 2000 al 2006 cuatro millones de mexicanos abandonaron el país para buscar mejores opciones de vida en Estados Unidos. Con ello, México aportó 25 % de los migrantes internacionales del mundo en ese quinquenio y el total de mexicanos que vive en el país vecino del norte ascendió a doce millones de personas. Los datos oficiales también revelan que durante el quinquenio de referencia aumentó 57 % la migración temporal a Estados Unidos, al pasar de doscientos cuarenta y ocho mil a cuatrocientos treinta y ocho mil los connacionales que se fueron a trabajar unos meses a Estados Unidos y regresaron a sus comunidades de origen.

Un perfil sociodemográfico y económico de los migrantes mexicanos ayuda a marcar las identidades y diferencias con la migración latinoamericana y caribeña. Así, la migración mexicana a Estados Unidos se acentuó en décadas recientes al punto que, como en el resto de la región, alrededor de 45 % de los mexicanos llegó a Estados Unidos después de 1995. Asimismo, y debido a que la cercanía territorial facilita la migración por familias, en la población migrante existe equilibrio entre hombres y mujeres, que tienden a formar hogares entre ellos.

Por lo demás, el carácter primordialmente laboral de la migración se manifiesta en que 76 % de los mexicanos en Estados Unidos tiene entre quince y cuarenta y nueve años de edad, seis de cada diez migrantes están unidos, y más de la mitad de sus hogares tiene entre cuatro y seis miembros. Por último, cabe resaltar que las y los migrantes tienen una escolaridad cada vez mayor, pues mientras que en 1990 28 % de la proporción tenía hasta cuatro grados aprobados y 24 % contaban con doce y más años de escolaridad,¹⁰ en el 2003 el primer porcentaje disminuyó a 12 % y el segundo aumentó hasta 39 %, sin que se observen diferencias estadísticamente significativas entre hombres y mujeres, según datos del Consejo Nacional de Población de México.¹¹

La gran mayoría de los migrantes que reside en Estados Unidos conserva la nacionalidad mexicana, y sólo uno de cada cinco se ha naturalizado. Sin embargo, debe subrayarse que alrededor de

¹⁰ Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) / Comisión on Immigration Reform, *Estudio binacional México-Estados Unidos sobre migración*. México, SRE, 1997.

¹¹ <<http://www.conapo.gob.mx>>. [Consulta: 5 de diciembre, 2006.]

cinco millones de connacionales carecen de la documentación exigida por la autoridad migratoria estadounidense para trabajar o permanecer en ese país. La cifra, en sí misma relevante, sugiere que en una década prácticamente se duplicó el número de migrantes no autorizados. En consecuencia, alrededor de 40 % de los mexicanos que vive en Estados Unidos carece de personalidad jurídica —y con ello de los medios— para exigir a sus empleadores y a las autoridades competentes el cumplimiento de sus derechos laborales.

El aumento de migrantes laborales sin experiencia ni documentos para cruzar, permanecer o trabajar temporalmente en Estados Unidos es el cambio más preocupante de los últimos años. Así, de 1993 a 2005 la proporción de migrantes primerizos se elevó de 28 a 72 %, y de 47 a 75 % la participación de quienes no poseen documentos para ingresar o trabajar en Estados Unidos. Debido a que el aumento de los migrantes no autorizados está ocurriendo en medio del endurecimiento de la política migratoria estadounidense, luego del ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 a la ciudad de Nueva York, consistente, entre otras cuestiones relevantes, en la construcción de un muro de mil doscientos kilómetros en la frontera y la multiplicación de los efectivos y la tecnología de la patrulla fronteriza para detectar cruces subrepticios, los migrantes están intentando cruzar por lugares donde presumiblemente la vigilancia es menos estricta.

El resultado de las decisiones de Estados Unidos en materia migratoria ha sido el aumento de mexicanos que viven en ese país sin documentos, y si bien trabajan y cumplen con sus obligaciones fiscales no pueden gozar de los derechos y de las prerrogativas a que en ese país tienen derechos los trabajadores. Asimismo, la vigilancia de la patrulla fronteriza no ha logrado contener el flujo migratorio no autorizado, pues la devolución de migrantes sin documentos a territorio mexicano se ha mantenido en niveles estables: en 2004 devolvieron quinientas catorce mil personas y en el 2005 a quinientas cuarenta y dos mil. El promedio de quienes sí logran ingresar a Estados Unidos también continúa con la misma tendencia.¹² En cambio, lo que sí logra la patrulla fronteriza es aumentar los costos y los riesgos de la migración: más de dos tercios de los migrantes sin documentos pagan (en algunos casos hasta tres mil dólares) a polleros o traficantes de migrantes para que los ayuden a cruzar la frontera, o bien lo intentan en grupos por lugares peligrosos que ponen en riesgo su integridad física o su vida. Cada año alrededor de cuatrocientos mexicanos mueren en su intento de cruzar la frontera a causa de deshidratación, hipotermia, picadura de animales venenosos, caídas u otros accidentes. Además, una proporción importante, pero difícil de precisar, de migrantes que la patrulla fronteriza devuelve a México sufre, por esta instancia, la violación de sus derechos humanos.¹³

En su frontera sur, México enfrenta un fenómeno especialmente singular que lo coloca con frecuencia en el mismo papel de Estados Unidos: el ingreso no autorizado de migrantes procedentes de Centro y Sudamérica. Aun cuando no se dispone de cifras confiables sobre el número de personas que ingresan a México con la intención de internarse en Estados Unidos, las autoridades mexicanas reportan que tan sólo en el 2004 y el 2005 aprehendieron a un total de doscientos quince mil y doscientos cuarenta y cuatro mil transmigrantes, respectivamente, la mayoría de

¹² <<http://www.inami.gob.mx>>. [Consulta: 12 de diciembre, 2006.]

¹³ Organización de las Naciones Unidas (ONU), *Informe de la relatora especial sobre los derechos humanos de los migrantes en la frontera norte de México*. México, E/CN.4/2003/85/Add.2, 2002.

los cuales provenía de Guatemala (44 %), Honduras (34 %) y El Salvador (16 %). La contención de este flujo de transmigrantes es una exigencia estadounidense al gobierno de México, y casi una condición para dialogar sobre un posible acuerdo bilateral en la materia.

Por su parte, las autoridades de México han sido denunciadas por violar en varias ocasiones los derechos humanos de los transmigrantes. Es decir, por realizar las mismas acciones que la patrulla fronteriza de Estados Unidos ejecuta contra los mexicanos en la frontera norte.¹⁴

Costos y beneficios de la migración

Para valorar los beneficios y los costos de la migración internacional es necesario tener una perspectiva amplia y no encandilarse con los cincuenta y cuatro mil millones de dólares que este año de 2006 se contabilizaron en la balanza de pagos de América Latina y el Caribe por concepto de remesas familiares. Diversos estudios han demostrado que en el mediano y largo plazos los ganadores con la migración son los países receptores, los cuales aprovechan el capital humano creado en el país de origen y pagan un salario bajo (de acuerdo a sus propias normas). Además, debe considerarse que la oferta de trabajo barato presiona a la baja el salario real general de los países de acogida de la migración y contribuye a sostener baja la tasa de inflación y, por ende, la tasa de interés. Por último, cabe precisar que cuando el migrante envejece suele regresar a su país de origen, con lo que transfiere a éste los costos de su envejecimiento. Por su parte, con la migración los países emisores pierden trabajadores con calificaciones casi siempre superiores a las de los promedios nacionales, por audaces y emprendedores, lo cual resta potencialidades al propio desarrollo nacional, sobre todo en aquellas naciones en las que la pérdida poblacional por migración es relevante.

Para los países emisores, los beneficios de la migración son diversos. En primer lugar, destaca que la salida de trabajadores al exterior es una válvula de escape para la presión de los mercados de trabajo, sobre todo en épocas de crisis o lento crecimiento económico. En segundo lugar, los países emisores de población encuentran beneficios de corto plazo con la recepción de remesas de dinero, que en varios países significan ingresos de divisas que en ocasiones llegan a ser superiores a los generados por el turismo, la exportación de productos agrícolas y la inversión extranjera, por no mencionar situaciones nacionales particulares, como la de El Salvador, donde las remesas representan una proporción significativa del PIB. En tercer lugar, las remesas alivian la situación económica de millones de hogares latinoamericanos y caribeños. Ese es el objetivo de los migrantes: ganar unos dólares y enviarlos a sus familiares que viven en sus países de origen.

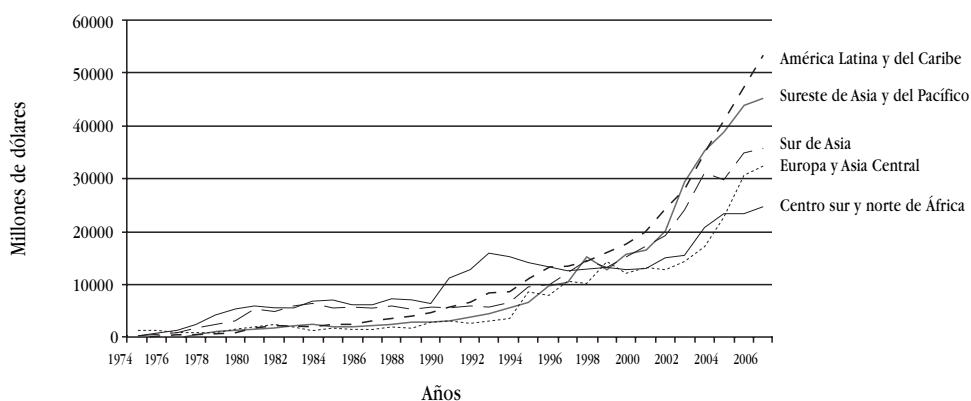
En ese sentido, las remesas constituyen la materialización de los fines de la migración y alienan a las comunidades y los hogares a continuar enviando a sus miembros a trabajar en el exterior. En años recientes ha crecido de manera exponencial el valor de las remesas de dinero que los migrantes internacionales envían a sus familiares, al punto que los gobiernos han considerado la per-

¹⁴ Organización de las Naciones Unidas (ONU), *Informe sobre la situación de los derechos humanos en México*. México, ONU, 2003; Organización de las Naciones Unidas (ONU), *Informe de la relatora especial sobre los derechos humanos de los migrantes en México*. México, E/CN.4/2003/85/Add.3, 2002.

tinencia de fomentar el uso productivo de esos recursos que son enviados para sostener el nivel de los familiares de los migrantes.

En la gráfica 4 puede verse que el flujo de remesas ha tenido un crecimiento espectacular a partir de 1990 en todas las regiones del mundo, cuya cantidad se estima en doscientos sesenta y ocho mil millones de dólares. La ubicación superior de la curva que corresponde a América Latina, así como la pronunciada pendiente, sobre todo a partir del año 2000, describe que nuestros países conforman la región que recibe más dinero y ha tenido el crecimiento más elevado en lo que va del siglo XXI. Para formarse una idea de lo que significan las cifras, tómese en cuenta que en 2006 los países latinoamericanos y caribeños recibieron un total de cincuenta y cuatro mil millones de dólares, lo que quiere decir que se destinó a la región uno de cada cinco dólares que remitieron los migrantes internacionales en el mundo.

Gráfica 5. Remesas de migrantes laborales en el mundo por región, 1974-2006



Fuente: Banco Mundial [sitio Web: <http://siteresources.worldbank.org>]

Existe otro flujo de remesas, irregular y de difícil cuantificación, que suele denominarse *remesas colectivas*. Se trata de las remesas que realizan grupos e incluso organizaciones sociales de migrantes en el exterior. Su finalidad es apoyar a sus comunidades de origen en gastos diversos, como pueden ser las fiestas religiosas o comunitarias, la construcción de lugares de esparcimiento, como plazas públicas o espacios para fiestas regionales, así como en situaciones de desastre ante fenómenos naturales. Los gobiernos han intentado orientar esos recursos hacia el financiamiento para crear equipamiento e infraestructura de las comunidades rurales de los migrantes, en particular en caminos, electrificación, edificación de escuelas y clínicas de salud.

Desarrollo, migración y derechos humanos

Las nuevas realidades económicas y sociales emergentes con los cuantiosos flujos migratorios internacionales ilustran la índole de las dificultades que plantea el fenómeno para el conjunto de

América Latina. En primer lugar destaca que a pesar del sensible aumento de la escala de la migración internacional, tras veinticinco años de aplicación de las políticas económicas neoliberales, no se ha alcanzado los objetivos de crecimiento económico sostenible ni la esperada mejoría de las condiciones de vida de la población. La persistente desigualdad de la distribución del ingreso, la falta de empleos bien remunerados y los elevados índices de pobreza están persuadiendo a los hogares de que las opciones de un mejor nivel de vida deberán buscarse afuera de los países de origen. Por su parte, los países industrializados también están enviando persuasivos mensajes de que necesitan migrantes, pues una vez que los trabajadores latinoamericanos y caribeños logran ingresar a sus países, encuentran empleo rápidamente y en semanas están en condiciones de remitir dinero a esos familiares. Los migrantes mexicanos, por ejemplo, tardan menos de un mes en conseguir empleo y realizar la primera remesa.

En consecuencia, la mejor opción para las naciones es arraigar el crecimiento económico, elevar la productividad del trabajo y el salario real, así como generar el número de empleos demandados por una población joven que todavía crecerá a tasas altas en las próximas dos décadas. Para reducir la presión emigratoria, los países de América Latina y el Caribe necesitan arraigar un modelo de desarrollo incluyente y equitativo, que reduzca la desigualdad y la pobreza y abra opciones reales de desarrollo sostenible.

El aumento sin precedente de la migración internacional elevada ha colocado en el centro de las discusiones las relaciones de este fenómeno con el proceso de desarrollo. La evidencia empírica de la segunda mitad del siglo xx confirma que las naciones con tasas de migración elevadas son aquellas que tienen un bajo nivel de desarrollo, así como el hecho de que conforme fortalecen su capacidad productiva, aumentan los salarios reales y las oportunidades sociales bajan los incentivos para migrar. Sin embargo, la propia evidencia confirma que la migración internacional puede ser y ha sido una aliada del crecimiento económico de las naciones, pues libera las presiones de los mercados de trabajo de los países emisores, contribuye a reducir la pobreza, y puede ser un mecanismo eficiente de transferencia de tecnología y otros activos productivos, como aprendizaje y la capacidad empresarial. Asimismo, la migración internacional representa un alivio para las naciones industrializadas, que enfrentan un avanzado proceso de envejecimiento y están urgidas de población joven que desempeñe funciones productivas y genere los ingresos fiscales y los flujos financieros que hagan sostenible los sistemas de pensiones, entre otras aportaciones económicas de los inmigrantes.¹⁵

Por esta y otras razones que el espacio de este artículo no permite examinar, debe subrayarse que la migración internacional no es un fenómeno pernicioso para el desarrollo económico, un resultado indeseado del subdesarrollo o una amenaza para la seguridad de las naciones o su integridad territorial. Por ejemplo, Estados Unidos, el principal destino de los migrantes latinoamericanos y caribeños, es una nación construida por migrantes. Sobre el particular, no puede pasar desapercibida la opinión antimigrante de Samuel P. Huntington, influyente intelectual estadounidense, para quien los inmigrantes mexicanos representan una amenaza para la unidad nacional e integridad territorial de su país, debido a que no comparten los valores estadounidenses, tiene un

¹⁵ J. Edgar Taylor, "International migration and economic development", ponencia dictada en el International Symposium on International Migration and Development. Turín, Italia, ONU, 28 al 30 de junio, 2006.

carácter endogámico, conservan su lengua española y mantienen fuertes vínculos culturales, sociales y familiares con México. De hecho, hace suyas las opiniones que denuncian que los mexicanos “sostienen que el suroeste les fue arrebatado tras una agresión militar en la década del 1840, y que ha llegado el momento de la reconquista (que demográfica, social y culturalmente está ya, sin duda, en marcha)”.¹⁶

El estímulo de sentimientos de xenofobia en la sociedad estadounidense es una peligrosa invitación a recrear situaciones de violencia colectiva, además de que se funda en interpretaciones simplistas y prejuicios sobre la población mexicana —y latinoamericana— residente en Estados Unidos. Al respecto, los datos de una encuesta realizada en 2003, representativa de los valores de los mexicanos que viven en ocho zonas metropolitanas de Estados Unidos, confirman lo equivocado de las apreciaciones de Huntington:

“Es evidente que los mexicanos que viven en estados Unidos” comparten ampliamente los valores centrales de la cultura anglosajona: valoran la democracia y la libertad, el individualismo económico, tienen un concepto sorprendentemente alto de la representación política y están convencidos de que los representantes populares son sujetos a la rendición de cuentas [...] En estas dimensiones valorativas es evidente que los mexicanos en Estados Unidos comparten con los angloestadounidenses, así como con los afroestadounidenses, los asiático-estadounidenses y los hispanos de origen no mexicano, un mismo credo definido por los valores centrales que han predominado en esa sociedad: la democracia, el mercado y el sentido de la representación política.¹⁷

La intensa actividad migratoria internacional en que están inmersos los países de América Latina y el Caribe constituye una realidad preocupante, tanto desde el punto de vista de la violencia colectiva e institucional que acompaña a la migración y a la transmigración no autorizada, como de quienes viven en los países de destino y enfrentan la violación de sus derechos humanos y laborales. Sin duda, la situación ha empeorado desde los actos terroristas del 11 de septiembre 2001 perpetrados contra Estados Unidos, el principal polo de atracción de nuestros migrantes, país que asumió como parte de su estrategia de seguridad nacional la construcción de *fronteras seguras e inteligentes*, para lo cual ha hecho más restrictivas sus políticas de inmigración.

La erradicación del terrorismo internacional es un propósito inobjetable y contribuye a generar condiciones de seguridad y paz en la vida de las naciones. Sin embargo, la aplicación de medidas preventivas y de inteligencia no debe atentar contra la integridad de las personas ni vulnerar los derechos de quienes se trasladan a otro país en búsqueda de mejores opciones de vida. La seguridad internacional tiene entre sus componentes básicos la implantación de regímenes migratorios legales, ordenados, seguros y dignos.

¹⁶ Samuel Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. México, Paidós, 2004.

¹⁷ Alejandro Moreno, “Valores de los mexicanos en Estados Unidos”, en revista *Foreign Affairs* en español. México, abril-junio, 2004.

Escenario sudamericano: el Mercosur, Washington y Brasilia

Carlos M. TUR DONATTI¹
Carlos A. AGUIRRE ÁLVAREZ

Sobre el actual panorama latinoamericano la prensa diaria y las revistas especializadas registran el despliegue de una oleada de movimientos de *centro-izquierda*, que ha llevado al poder a líderes de tan distintas trayectorias y características personales como Evo Morales, Hugo Chávez, Tabaré Vázquez, Néstor Kirchner, Inazio Lula da Silva y Michelle Bachelet. Esta tendencia se veía además confirmada por los recientes triunfos de Daniel Ortega en Nicaragua, Rafael Correa en Ecuador y la contundente reelección del venezolano Hugo Chávez.

Aparte de la falta de rigor que existe cuando se habla de *centro-izquierda* en esta época de anuncios publicitarios y confusión posmoderna, que lleva a agrupar con ligereza periodística a Evo Morales con Lula y Bachelet, lo que sí resulta indudable es el rechazo de las masas a conocidas consecuencias negativas de la aplicación, desde hace un cuarto de siglo, del modelo neoliberal-globalizador en nuestros países.

Otra cuestión hoy en debate son las políticas concretas que desde el poder aplican Lula o Bachelet, a las que algún analista, para aumentar la confusión, ha llamado *neoliberalismo de izquierda*.

Una segunda aseveración sobre el panorama latinoamericano generalmente aceptada por los analistas y expresada recientemente por Fernando Henrique Cardoso, el influyente expresidente de Brasil, es que América Latina no es prioritaria en la agenda del Departamento de Estado estadounidense.

A partir de estas percepciones —la marejada de *centro-izquierda* y la baja prioridad washingtoniana— se concluye que la propuesta del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) ha fracasado de manera rotunda, como es obvio en su primera versión, y al contrario, el Mercosur (Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay) se ha fortalecido con la incorporación de Venezuela y el acercamiento de Bolivia.

Más allá de editorialistas que intentan fortalecer sus preferencias políticas internas con sesgados y poco consistentes análisis sobre la coyuntura sudamericana, o de la caudalosa oratoria un tanto macondiana de Hugo Chávez, un intento de examen cuidadoso y reflexivo muestra a la administración Bush en plena ofensiva comercial y militar, a pesar de la resistencia de los gobiernos mencionados y de la oposición de nuevos movimientos sociales que surgen con ímpetu en medio de la crisis generalizada de los partidos tradicionales y de la democracia representativa.

¹ Agradezco la colaboración de Pavel E. Andrade Delgadillo.

Lo que sí resulta evidente es que Washington ha aceptado el fracaso de su estrategia original de imponer, en el 2005, el ALCA a todos nuestros países, para sustituirla con otra gradualista y bilateral que le está dando buenos resultados. Aparte de México, que con el Tratado de Libre Comercio de 1994 ha soldado cada vez más su economía a la de Estados Unidos en términos de subordinación y empobrecimiento, en la actualidad se han asociado o están negociando en las condiciones que fija el imperio América Central y República Dominicana, y en América del Sur Colombia, Perú y Chile.

En el eje geográfico pacífico-andino sólo resisten a la presión subordinadora Bolivia y ahora Ecuador. En los países volcados al Atlántico se encarnan las mayores resistencias y los proyectos de integración defensiva: Cuba, Venezuela, Brasil, Paraguay, Uruguay y Argentina.

El mayor de estos intentos de integración defensiva, el Mercosur, parece hoy fortalecido por la incorporación de Venezuela, pero el persistente malestar de sectores empresariales paraguayos y uruguayos ante el peso económico y político del eje Brasilia-Buenos Aires ha allanado el camino a la diplomacia estadounidense para ofrecer al gobierno de Tabaré Vázquez un Tratado de Libre Comercio que de llegar a concretarse arrastraría a Paraguay y fracturaría, de manera irremediable, al Mercosur. Esta maniobra de ruptura del Norte tiene una base objetiva que pesa particularmente en Montevideo: las exportaciones uruguayas en 2005 a Estados Unidos ascendieron a 22.7 % del total de sus ventas exteriores, a partir de sólo un 7.3 % del año 2000.

La prensa progresista tiende a resaltar los logros económicos (construcción venezolana-brasileña de una gran refinería para petróleo pesado en Pernambuco o el aumento de las ventas argentinas a Caracas), pero no a registrar las contradicciones de intereses que bloquean un mayor grado de integración en el Mercosur. Un ejemplo particularmente significativo es la denuncia pública hecha por Néstor Kirchner cuando revela la intención de sectores empresariales y políticos paulistas que pretenden monopolizar el crecimiento industrial y convertir al resto del Mercosur en países proveedores de materias primas y consumidores de manufacturas brasileñas. Una actitud defensiva del presidente argentino, consecuente con su política reindustrializadora, consiste en revertir la *primarización* de la economía argentina, resultado de la aplicación del modelo neoliberal que barrió con la mitad de la planta manufacturera a partir de 1976.

La magnitud de la población y la economía brasileñas, así como su desbordamiento sobre los países limítrofes menos poblados y pobres, con el apoyo de una multifacética estrategia de Brasilia, crean nuevos conflictos y mantienen persistentes tensiones. Dejando de lado fricciones menores entre Brasilia y La Paz por la defensa de los terratenientes brasileños en Santa Cruz o por la explotación del rico yacimiento de hierro y manganeso de El Mutún, el actual pleito entre el gobierno nacionalista de Evo Morales y la poderosa petrolera privado-estatal Petrobras por el control de las enormes reservas de gas bolivianas ilustran, de manera clara, las asimetrías de desarrollo y relaciones comerciales que se dan entre los países del espacio sudamericano.

En este conflicto habría que hacer notar que los intereses foráneos ya no son representados predominantemente por las petroleras anglosajonas y sí por Petrobras y por la empresa española Repsol-YPF, que de ser empresas nacionales medianas han dado el salto al mercado internacional y compiten hoy con las compañías derivadas de las mitológicas Siete Hermanas. La gran prensa brasileña y española está empeñada en convencer a propios y extraños que la nacionalización del

gobierno paceño fracasará y que los pobres bolivianos y los consumidores finales tienen que financiar su expansión mundial.

Estas contradicciones dentro del ámbito sudamericano son aprovechadas por Washington que desde 2005 ha acentuado su penetración militar. Es sabido que a partir de la administración del demócrata Bill Clinton las fuerzas armadas estadounidenses se han vuelto a desplegar por todo el planeta con el fin de reforzar militarmente su pretendido liderazgo unipolar. Este nuevo despliegue administrado desde cinco comandos —el que se ocupa de América Central, el Caribe y América del Sur tiene su sede en Miami— no sólo ha intervenido en Asia (en 2001 invadió Afganistán, y en el 2003 hizo otro tanto en Irak, además de que en 2006 apoyó la guerra israelí contra Hezbolá y el Líbano), sino que en América del Sur ha impulsado el Plan Colombia que tiene el objetivo declarado de detener el narcotráfico y, de manera primordial, intentar la derrota de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), incluidas en la amplia y nebulosa lista de las *organizaciones terroristas* de todo el mundo. Parece que dicho plan no está teniendo éxito ni en un objetivo ni en otro, pero el Pentágono y la DEA, aparte de contar con la base militar de Manta en la costa ecuatoriana y los enclaves *antinarcóuticos* asentados en la Ceja de selva peruana, han dado dos nuevos pasos para avanzar en el control de inteligencia y presión militar en el territorio paraguayo.

En agosto de 2005 Donald Rumsfeld, como titular del Pentágono, realizó una gira por América del Sur que según el propio *New York Times* dejó un fuerte aroma a una nueva versión de la Guerra Fría, reverdecida ahora contra los demonios del terrorismo, el tráfico de drogas y el lavado de dinero.

El surgimiento de sucesivos gobiernos democráticos en la región, su desconfianza con respecto a la política comercial estadounidense, y en particular la acción diplomática de Brasilia enfrentada a Estados Unidos con el apoyo del Mercosur en la Organización Mundial de Comercio (OMC) y en la elección para un representante latinoamericano en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, están detrás de este renacido interés geopolítico y militar de Washington.

El Paraguay, situado en el centro geográfico del Cono Sur, ya durante la presidencia de Ronald Reagan, en la década de 1980, había concedido al Pentágono la oportunidad de construir una base aérea en la región chaqueña, a unos doscientos kilómetros de la frontera con Bolivia. En fechas recientes ha sido reactivada y cabe entonces la pregunta de cómo puede ser útil en la campaña mundial de la Casa Blanca contra el *terrorismo*. Quizás la respuesta es más sencilla: los departamentos del oriente boliviano —los que tienen en sus territorios los mencionados yacimientos de gas y en la burguesía de Santa Cruz al núcleo duro de la oposición a Evo Morales— son los que limitan con el Chaco paraguayo y, de paso, el mensaje de Estados Unidos para Brasilia y Buenos Aires es claro: las mayores concentraciones demográficas, urbanas e industriales del Cono Sur quedan dentro del radio de acción de esta base aérea del comando de Miami.

No se trata de sugerir que Brasil o Argentina estén amenazados directa y abiertamente por Estados Unidos, como lo están Irán o Corea del Norte, sería irresponsable, pero sí se trata de recordar a gobiernos y movimientos contestatarios de un tipo u otro que el *Gran Hermano* no mirará con simpatía heterodoxias mayores, y que los vigila de cerca.

El segundo avance reciente del poder estadounidense en Paraguay resulta de la inauguración de una base *antinarcóuticos* en la población de Pedro Juan Caballero, ubicada en la frontera con el estado brasileño de Mato Grosso do Sul, a quinientos cincuenta kilómetros al norte de Asunción.

La base tiene personal paraguayo preparado y equipado por la CIA y la DEA, y su objetivo declarado es combatir el narcotráfico y el tráfico de armas.

Una zona cercana a esta base es la llamada Triple Frontera, que comparten Brasil, Paraguay y Argentina, la cual ha sido demonizada por Estados Unidos como fuente de financiamiento del *terrorismo* islámico y refugio de sus militantes. Un buen pretexto, sin duda, para justificar la presencia estadounidense en otro presunto escenario de la guerra mundial contra el terrorismo. No cabe duda que la Triple Frontera es un área tradicional de contrabando, tráfico de armas y drogas, pero el exagerado interés de Estados Unidos podría deberse, según algunos analistas, a la existencia del Acuífero Guaraní, una enorme reserva subterránea de agua dulce que se extiende por territorios de Brasil, Paraguay y Argentina, recurso natural cada día más valioso por su futura escasez, como lo hace notar el reciente informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).²

El vicepresidente paraguayo Luis Castiglione, futuro candidato a la presidencia por el oficialista Partido Colorado, ha defendido la instalación de la base en Pedro Juan Caballero y declarado, además, que propicia un acercamiento con Estados Unidos, más allá del Mercosur.

Óscar Raúl Cardoso, el brillante analista internacional del diario *El Clarín* de Buenos Aires, agrega otra dimensión a esta compleja trama: parecería un dislate hablar de guerra contra el terrorismo en el corazón geográfico del Cono Sur, “pero no por eso deja de ser un imán político difícil de resistir para grupos de poder local que ven detrás de aquella guerra la promesa de un orden social severamente controlado”.³

La fuerza del movimiento campesino paraguayo, enfrentada al sector ganadero-soyero que controla el poder en Asunción, y la decisión de Evo Morales de expropiar los latifundios improductivos en los departamentos del oriente boliviano, para lo cual contó con apoyo masivo de campesinos e indígenas, son motivos suficientes para que los grupos de poder locales, con centros en Santa Cruz y la capital guaraní, vean con beneplácito las intromisiones militares de Estados Unidos, y tiendan a identificar a los movimientos sociales contestatarios con el difuso *terrorismo*, que dice combatir la Casa Blanca en todo el mundo.

La reciente y dura derrota del Partido Republicano y el presidente Bush en las elecciones estadounidenses entierra la arrogante estrategia de unilateralismo militarizado del equipo neoconservador, pero ¿significará un cambio mayor de las políticas comercial y de *seguridad* hacia América Latina? Parece improbable que Washington modifique de manera sustancial su planteamiento de avanzar por la vía bilateral, aunque los demócratas quiten al presidente la facultad de *fast track* y la nueva mayoría legislativa introduzca algunas enmiendas proteccionistas, por ejemplo, en el tratado con Colombia firmado en fechas recientes, y que debe ratificar el Congreso.

Si el resultado de las elecciones en el país del norte significó entre otras cosas un alto grado de rechazo a la política guerrera del presidente, en América Latina los resultados electorales recientes en Brasil, Nicaragua, Ecuador y Venezuela tienden a deprimir aún más la influencia política estadounidense, y Brasilia aprovecha la coyuntura para proponer la creación de una fuerza militar sudamericana, una especie de OTAN del sur continental. El objetivo de esta fuerza internacional: “impedir una aventura militar o la presión de algún país sobre la región o sobre una nación sudame-

² Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Informe sobre desarrollo humano 2006*.

³ *El Clarín*. Buenos Aires, 26 de agosto, 2006.

ricana", demuestra que las posibles amenazas armadas y el grado de intervención militar estadounidense preocupan a las elites sudamericanas, al punto que Brasil asume la iniciativa como un paso decisivo en su designio estratégico de consolidarse como la potencia hegemónica en la región.

Este proyecto no es única ni prioritariamente brasileño. El reelecto presidente Hugo Chávez y el oficialista Partido Socialista chileno ya lo habían propuesto, pero es evidente que el peso económico y político de Brasil convierte a esta propuesta en altamente viable. Además, la respalda con su avanzada industria bélica que produce aviones de combate, submarinos y misiles, la cual es proveedora de casi todos los ejércitos sudamericanos. Raúl Zibechi, el talentoso e informado analista uruguayo, sostiene que ante el desplazamiento del poder político estadounidense ha llegado el tiempo de inversiones masivas en las fuerzas armadas con el fin de modernizar su equipamiento y enfrentar los retos del futuro.⁴

En esta perspectiva asoman nuevos escenarios y preguntas inéditas. En América del Sur ¿estamos presenciando un despliegue múltiple y un avance decisivo de Brasil como un subimperialismo regional al estilo de Sudáfrica o India?, ¿qué relaciones se irán forjando entre economías crecientemente globalizadas, democracia de baja intensidad y fuerzas armadas reforzadas? Los pueblos que han rechazado en las urnas una y otra vez el neoliberalismo globalizador ¿asistirán en forma pasiva a este gran juego de las elites políticas sudamericanas? Ningún gran movimiento social o de poder que apuntara en nuestros países al futuro tuvo éxito sin el apoyo convencido de la gente de a pie, de las mujeres y los hombres comunes. En este escenario ambiguo y apasionante que comienza a vislumbrarse, ¿cómo se ubicarán los nuevos movimientos sociales y qué propondrán las nuevas tendencias de izquierda? ¿Se atreverán de nueva cuenta a emprender la ardua y excitante empresa de tomar el cielo por asalto? El futuro se abalanza sobre nosotros y de nuevo nos desafía.

⁴ *La Jornada*. México, 4 de diciembre, 2006.

CULTURA POLÍTICA Y ANTROPOLOGÍA

Capital letrado y cultura política de la izquierda centroamericana, 1921-1933

Ricardo MELGAR BAO

La intelectualidad cominternista no ha suscitado mayores estudios en América Central, salvo de aquella que participó en los años del Frente Popular Antifascista y dio su adhesión militante a la causa republicana en la guerra civil española. Nos referimos a que el periodo más estudiado corresponde al de la segunda mitad de los años treinta del siglo pasado. Nosotros intentaremos aproximarnos a los años previos, de 1921 a 1933.

En el desarrollo de este trabajo le daremos centralidad a la conceptualización y caracterización del intelectual cominternista, para luego desplegar algunas entradas que le den visibilidad concreta, sin obviar los virajes políticos de la Internacional Comunista. Consideraremos también la importancia de las redes interclasistas y transfronterizas que los intelectuales cominternistas centroamericanos supieron tejer, no sin fisuras y tensiones, y presentaremos algunos de sus productos ideológicos y políticos.

En lo general, particularizaremos el papel que jugó la recepción, producción y circulación del capital letrado filocominternista asociado al procedente de tradiciones ideológicas convergentes, y lo reubicaremos en los marcos de la cultura política de la izquierda centroamericana. También rastreadremos algunas de las proyecciones de los intelectuales y del capital letrado en la educación popular, la vida sindical, las prácticas políticas cominternistas en la región, y algunas expresiones de su propia cotidianidad.

El intelectual cominternista

La intelectualidad para los cominternistas fue una categoría zigzagueante, más ligada al campo político que al propiamente intelectual. En el primero expresaba la vocación de poder bajo el arropamiento retórico de una no probada representación *proletaria*, que debería lograr la adhesión de los trabajadores del campo y la ciudad, el bloque obrero y campesino, aunque en los años veinte se le dio cierta cabida a la pequeña burguesía y aún a la denominada burguesía nacional. La lucha de Sandino fue el centro de esta lectura. En el segundo, el intelectual cominternista debía cumplir un papel beligerante del frente ideológico contra la burguesía, el imperialismo y sus aliados. Más propiamente la intelectualidad debía ser objeto de una doble traducción, considerando su función y su carácter de clase. Por lo anterior, nada más propio que el uso del concepto de trabajador intelectual, el cual expresaba la nueva concepción marxista y por ende materialista sobre su quehacer,

y lo despojaba de los artificios espiritualistas que anteriormente lo signaban. Gracias a ello podía romperse con dos mitos: el del genio que tenía una carga fuertemente individualista y metafísica, y el mito quietista de la torre de marfil, es decir, el del no compromiso social o político del intelectual.

Reivindicar la adscripción de trabajador hermanaba al intelectual a sus muchos pares, más allá de sus diferenciados antecedentes formativos o actividades profesionales o artísticas. Por añadidura, el trabajador intelectual cominternista debía sentirse obligado a tender un puente fraternal hacia las demás categorías de trabajadores de la ciudad y el campo, e insertarse en el curso de la lucha de clases del lado de las denominadas fuerzas motrices de la revolución. La lógica del frente único, aunque fue endureciéndose a lo largo de los años veintes, permitió una cierta y heterogénea presencia intelectual. En otras palabras, en los espacios públicos en los que el frente único logró cierta visibilidad, las mediaciones entre el campo político e intelectual fueron inevitables. También lo fueron los espacios liminares que configuraron los diarios y revistas cominternistas, así como los lugares donde se practicaba la educación de cuadros o de trabajadores. Contaron también con otras revistas, *Repertorio Americano de Costa Rica*, dirigida por Joaquín García Monge, y *Amauta* del Perú, dirigida por José Carlos Mariátegui. En tiempos de clandestinidad, el intelectual cominternista supo de lo puntos de fusión entre los dos campos.

En lo general, el concepto de trabajador intelectual, que había sido legado por las tradiciones anarquistas y socialistas, logró su *distintividad* cominternista gracias a las campañas de proletarización. El trabajador intelectual debía ser *sustantivado* ideológica y políticamente, lo que hizo posible una vieja sinonimia con la de intelectual, siempre y cuando fuese filiado como proletario, revolucionario o comunista.

Bajo el llamado *tercer periodo* se dieron algunos excesos en los modos de guiar la proletarización de los intelectuales cominternistas a la renuncia de los estándares de vida pequeño burgueses a favor de la vida estoica y la pobreza. Algo de religiosidad había en el proceso de proletarización intelectual, que negaba en su adhesión ideológica, en su práctica política y en su vida cotidiana su pecaminoso origen de clase pequeño burgués.

Las exigencias y directivas del Comintern hacia los intelectuales descartaron algunos proyectos autonomistas. Así quedó atrás el de la Internacional del Pensamiento, lanzado por Henri Barbusse (1873-1935) en las páginas de la revista *Clarté*, en París, el cual fue reemplazado por dos frentes: el magisterial y el de los escritores y artistas. El primero se afirmó con la constitución y expansión de la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza (ITE) y su ramal continental: la Internacional Magisterial Americana (IMA), a partir de 1928, que buscaba congregar a los partícipes y adherentes a los sindicatos magisteriales. El segundo correspondió a la creación de las sociedades o ligas de escritores y artistas revolucionarios, que no llegaron a formalizar una dirección internacional, aunque reconocían a sus pares soviéticos como polo de dirección. Desde 1925 en Moscú funcionaba el Buró Internacional de Literatura Revolucionaria, que años después se convertiría en la Organización Internacional de Escritores Revolucionarios, más conocida por las siglas MOPR.¹ La presencia intelectual cominternista en América Latina también tendió a concentrarse en las secciones nacionales de El Socorro Rojo y de la Liga Antiimperialista.

¹ Natalia Kharitonova, "La Internacional Comunista, La MOPR y el movimiento de artistas revolucionarios españoles (1931-1934)", en <www.uclouvain.be/cps/ucl/euro/documents/Kharitonova37.pdf> [Consulta: s/f, p. 2.]

Se sostenía que el intelectual cominternista debería servir a la revolución, a la Unión Soviética, a la lucha antiimperialista, al pueblo, a la clase obrera, al partido comunista. La preocupación general cominternista se orientaba hacia la intelectualidad emergida de la pequeña burguesía, en tiempos en que la Universidad ensanchaba sus puertas a este sector social, lo que no quiere decir que todos los intelectuales saliesen de sus aulas. En 1928 se fue afirmando una línea antiintelectualista en América Latina, que sostenía que la pertenencia de clase de los intelectuales a la pequeña burguesía determinaba su débil y vacilante liga con la revolución y la Internacional Comunista. Algo de esto hay en las tesis del cubano Julio Antonio Mella en su crítica a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), liderada por Haya de la Torre, que poseía un Comité Ejecutivo Centroamericano en Quetzaltenango. Al respecto, Mella sostuvo:

Afirmar que los “trabajadores intelectuales” son, en conjunto, una base para la revolución, es entregar el movimiento en manos de los charlatanes y políticos profesionales, maquiavelos de la traición revolucionaria. Sin embargo, los comunistas no están contra los verdaderos trabajadores intelectuales, a quienes se consideran, en su inmensa mayoría, unos explotados. Pero la historia de los partidos socialistas y comunistas, así como de la Revolución Rusa, indican que a los “trabajadores intelectuales” les gusta más una limosna de la burguesía capitalista que ir a las filas de los revolucionarios. Por cada miembro intelectual de un partido u organización proletaria, hay un enorme porcentaje de “obreros manuales”.²

El VI Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú del 17 de julio al 1 de septiembre de 1928, trazó con mayor firmeza las coordenadas sobre la proletarización intelectual, así como la de su *subalternidad* frente a la clase obrera. Bujarin, en su réplica general, tomó distancia frente a las corrientes *liquidacionistas* obreristas de la Liga Antiimperialista, porque casi no hay proletarios ni comunistas y dijo que en su lugar, “hay allí muchos intelectuales”. Bujarin criticó el hecho de que los partidos comunistas habían hecho poco por las ligas, y planteaba que era una labor que había que hacer. Decía que las importantes movilizaciones logradas por la Liga Antiimperialista en México seguían siendo una excepción a la regla.³ A partir de 1929 y hasta 1934 la crítica al bujarinismo osciló entre el rechazo y la desconfianza a los intelectuales, a los pequeños burgueses, a los artesanos y al propio campesinado.

La renovación del capital letrado

El panorama letrado puede ser explorado a partir de la información censal y educativa de la región. En el curso de las primeras décadas del siglo xx, Costa Rica destacó por su excepcionalidad educativa en la región, gracias a una reorientación del gasto público. Según el censo de 1927, la población alfabetizada representaba 85.7 % de la población en las principales ciudades, frente a los no desde-

² Julio Antonio Mella, *¿Qué es el ARPA? La lucha revolucionaria contra el imperialismo*. Lima, s.p.i., 1975, p. 28. (Colección Ciencias Histórico Sociales)

³ N. I. Bujarin, “Discurso de conclusión del camarada N. I. Bujarin sobre la situación internacional y las tareas de la I. C.”, en *VI Congreso de la Internacional Comunista*, segunda parte, “Informes y conclusiones”. México. Siglo xxi, 1978, p. 115.

ñables índices de 66.8 % en las ciudades menores y de 56.4 % en el campo. Al historiador Iván Molina no se le escapa el hecho de que esta nueva base letrada posibilitó “una expansión decidida de la cultura impresa, que se expresó en la creciente publicación de periódicos, revistas, libros y folletos”.⁴

La emergente intelectualidad cominternista centroamericana desarrolló una línea de fuerza contrapuesta principalmente a la intelectualidad oligárquica en el campo cultural. No obstante su pequeño número, su fuerza se afirmó en su capacidad de interlocución y ascendencia sobre sectores populares, principalmente urbanos. La intelectualidad cominternista se situó en un espacio ya hollado por algunos de sus pares anarquistas, socialistas y librepensadores en la perspectiva de erosionar los fundamentos y expresiones de la cultura oligárquica. La censura, la represión y el exilio formaron parte de sus accidentes de trabajo intelectual y político, siendo más fuerte en algunos países que en otros.

El capital letrado asumió diversos contornos en los países centroamericanos, asociados a sus niveles educativos y condiciones políticas restrictivas o no. En las repúblicas oligárquicas, la lectura, la escritura y los medios de impresión y circulación fueron controlados tanto por las entidades eclesiásticas como por las gubernamentales, encargadas de la censura, sea por razones religiosas, ideológicas y/o políticas. Comenzaban los tiempos en que el capital letrado se expresaba mediante la oralidad secundaria, vía la radio, y llegaba a sectores no letrados. Hubo, es cierto, mediaciones previas por las que el capital letrado irrumpió vía la oralidad en sectores no instruidos, gracias a los más diversos medios: las conferencias, ciertas piezas de oratoria en plaza pública, la lectura en voz alta y los temas traídos a las tertulias, cafés, e incluso cantinas. Sin lugar a dudas, el capital letrado incidió en los nuevos espacios y modos de la sociabilidad urbana, y tenuemente en los propios del mundo rural de las minas y bananeras.

Las revistas y diarios cominternistas devinieron en espacios de sociabilidad al mismo tiempo que en emprendimientos políticos y culturales de relativo y accidentado desarrollo.

Bajo este panorama cultural, los intelectuales cominternistas centroamericanos no fueron ajenos a una tensión crónica entre las diversas lecturas que fueron modelando su sensibilidad social y política. Lecturas propias del romanticismo social, del positivismo y de algunas corrientes *intuicionistas* y *voluntaristas* mediaron en la recepción del marxismo cominternista. El comunista salvadoreño Miguel Ángel Vásquez recuerda que desde niño se cultivó en la lectura gracias a la buena biblioteca que poseía su padre. Gustaba leer novelas, obras sobre liberalismo y algunos libros sobre cuestiones sociales. De sus lecturas destacó su pasión por los relatos de Víctor Hugo. No hubo obra de este exponente del romanticismo social que llegase a sus manos y dejase sin leer. Vásquez señaló que la lectura de *Los miserables*, sobre todas las obras de Hugo, fue la que dejó huella indeleble en su memoria. Y confiesa que hacia 1920, leyó un primer texto doctrinario, el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, gracias a un español, vendedor itinerante de libros.⁵ Este dato no es menor, ya que invita a rastrear además de las librerías y bibliotecas, la presencia relevante de los vendedores

⁴ Iván Molina, “Los primeros años de trabajo, el periódico del Partido Comunista de Costa Rica (1931-1935)”, en *Revue de civilisation contemporaine de l'Université de Bretagne Occidentale*, núm. 4. 2004. <<http://www.iniv-brest.fr/annis>> [Consulta: 7 de marzo, 2006.]

⁵ Ernesto Isunza Vera, “‘Todo esto me lo he buscado yo’. Historia de vida de Miguel Ángel Vásquez Eguizabal, comunista centroamericano de la vieja guardia”. Doc. mecanoscrito. Xalapa, Veracruz, noviembre, 1992, p. 28.

ambulantes de libros, que supieron hilvanar una red de clientes lectores, en la cual se negociaban las novedades y los pedidos especiales, algunos al margen de los cánones de censura política y religiosa.

A principios de los años treinta Costa Rica vivía ya diez años de la primera oleada migratoria que trajo al país a rumanos, húngaros, ucranianos, austriacos, rusos y polacos, muchos de ellos judíos. Y justamente los judíos se vieron muy afectados por una campaña hostil en los medios gráficos y políticos al ser acusados en aquellos años de ser vendedores ambulantes de libros comunistas, o de vender y distribuir propaganda roja tras la cortina.⁶

Vásquez era entonces un adolescente y conoció la capital de El Salvador y de Guatemala, donde realizó sus estudios de bachillerato e hizo sus primeras experiencias en el terreno político estudiantil. Formó parte de un colectivo juvenil que editaba la revista *Verbo Estudiantil*, al lado de algunos poetas como Juan Coto y Miguel Ángel Espino. Hicieron campaña a favor del liberal Tomás García Palomo, candidato opositor al promovido por el clan de los Meléndez. Vásquez resintió el acoso gubernamental e incluso recibió la presión policial para que cesasen los ataques que lanzaban desde *Verbo Estudiantil*. Luego, tras recibir una orden de arraigo en la capital y tras el inminente riesgo de ser detenido, optó por salir clandestinamente del país, embarcándose con destino a las costas de Guatemala.⁷ Más allá de la singularidad del caso debemos preguntarnos: ¿cuántos viajes intrarregionales hubo de por medio en las biografías de quienes más tarde serían conocidos cominternistas centroamericanos? No lo sabemos, pero seguramente seguían las rutas y los ritmos de un no desdeñable, aunque accidentado, corredor económico, educativo y político. Recordemos que en el imaginario de los intelectuales centroamericanos, más allá de sus filias de izquierda o de derecha, la experiencia del viaje poseía significativos anclajes y expectativas culturales, además de contar en su haber con dos viajeros emblemáticos del modernismo: el poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916) y el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927).

Los viajeros cominternistas se amoldaron a los itinerarios de las embarcaciones mercantes o de pasajeros que unían los puertos centroamericanos con los de otros países y continentes. El historiador Antonio García de León ha destacado el papel que también jugó el ferrocarril no solo como medio de transporte transfronterizo, sino como privilegiado vehículo de circulación y propaganda política y sindical. Vía ferrocarril llegaron a México activistas y desterrados procedentes de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, quienes lograron insertarse en las filas del sindicalismo, del agrarismo y en organizaciones comunistas.⁸

Vásquez, de diecinueve años, se exilió en Guatemala sin haber concluido sus estudios de bachillerato, mismos que culminó, con la ayuda de su padre, en aquel país que lo recibió. Elegir a Guatemala como destino se debió, más bien, a circunstancias de cercanía con su país y a sus limitados recursos económicos. Guatemala vivía entonces un clima de crisis política que llevaría pocos meses después a la caída del dictador Manuel Estrada Cabrera.

⁶ Samuel Guy Inman, *El destino de América Latina*. Pref. de Luis Alberto Sánchez. Santiago de Chile, Ercilla, 1941, p. 271.

⁷ E. Isunza Vera, *op. cit.*, pp. 14-15.

⁸ Antonio García de León, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profesías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*. México, Era, 2002, p. 373.

Fue en este país receptor donde nuestro joven exiliado se radicalizó al contacto con nuevas corrientes del pensamiento político: “se empezaba a hablar de la Revolución rusa y de Lenin. Conocí mediante pláticas en esos años a luchadores de México [...] conocí entonces el nombre de Herón Proal”.⁹

Vásquez se inscribió en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos, donde estudió de 1919 a 1920. Según su testimonio, cultivó en sus aulas relaciones con otros jóvenes con quienes no necesariamente compartió sus posturas ideológicas, pero sí creó un fuerte vínculo. Tal es el caso de Miguel Ángel Asturias, José Luis Balcárcel, Alfredo Valle Calvo, Antonio Cruz, Rafael Castellanos, Francisco Sarti, Clemente Marroquín Rojas. Cabe destacar que Valle Calvo indujo a Vásquez a afiliarse a la masonería en Guatemala.¹⁰

Vásquez narró haber participado en el emprendimiento de acciones contra la dictadura de Estrada Cabrera. Así, por ejemplo, participó en la toma de una comisaría y luego de la Penitenciaría al lado de Clemente Marroquín, bajo las banderas del Partido Unionista. Luego intervino en el ataque a La Palma, la casa presidencial, aunque se retiró tras ser herido.¹¹

Después de la caída de Estrada Cabrera la Universidad de San Carlos comenzó a vivir un clima de efervescencia estudiantil, y en 1921 se constituyó la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), que editó la revista *Studium*, en la cual colaboró como articulista.

Studium y *Claridad*, entre otras revistas de la juventud universitaria centroamericana, nos revelan por un lado el entusiasmo por el ideal unionista, así como cierta preocupación por la agenda social y política, y, por el otro, la recepción de la prédica barbussiana.¹² *Claridad* devino en réplica latinoamericana de la emblemática *Clarté* parisina, y circuló en casi todas las grandes ciudades del continente.

La figura del vendedor de libros reaparece un año después del encuentro con Vásquez. Farabundo Martí, quien se había inscrito en la Facultad de Derecho en la Universidad de San Carlos de Guatemala, consiguió, con el mismo vendedor de libros español, *El estado y la Revolución* de Lenin, y después de leerlo se lo prestó a Vásquez.¹³ Es probable que hayan sido muchos los jóvenes intelectuales que supieron apreciar los servicios de tan actualizado y oportuno vendedor de libros.

La relación entre Vásquez y Martí nos invita, en retrospectiva, a recuperar el periplo vital del segundo. La idea es iluminar dos trayectorias que corren por la misma época en paralelo, y que luego se cruzan para insertarse en una red compleja, intelectual y política. Farabundo Martí puede ser ubicado en las filas de los intelectuales cominternistas, independientemente de que no haya terminado una carrera profesional. La formación de Martí fue más de un autodidacta que la de un universitario, aunque pasó, durante espacios breves, por las aulas de la Universidad entre El Salvador y Guatemala.¹⁴ Además de las redes universitarias salvadoreñas y guatemaltecas cultivadas de 1919 a 1920, Martí sostuvo otra de manera directa con los intelectuales.

⁹ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 16.

¹⁰ *Ibidem*, p. 21.

¹¹ E. Isunza Vera, *op. cit.*, pp. 22-24.

¹² Epanimondas Quintana, *La Generación de 1920*. Guatemala, Tip. Nacional, 1971.

¹³ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 34.

¹⁴ Jelfets et al., *La Internacional Comunista y América Latina, 1931-1934. Diccionario biográfico*. S/p, Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias de Moscú / Institut pour l'Histoire du Communisme de Ginebra, 2004, p. 197.

El primero de ellos lo aproximó a los intelectuales de su país, entre quienes destacan Salvador Salazar Arrué (1898-1975), que escribía bajo el pseudónimo de Salarrue, y Joaquín Castro, más conocido por su pseudónimo de Quino Caso, entre otros. Este círculo literario, que gustaba de la tertulia y la bohemia, tenía como cuartel general un café situado a espaldas del Teatro Nacional. A Martí, por su tez morena, lo apodaban “El Negro”, en el círculo intelectual. El poeta Salarrue, que pertenecía a la red intelectual construida por el escritor Alberto Masferrer, mantuvo cercana amistad con Martí. A un año de la muerte de Farabundo, Salarrue le dedicó un sentido artículo necrológico titulado “El sembrador desconocido”, aparecido en las páginas del diario *Patria*, que circulaba a contracorriente de la censura gubernamental impuesta tras la masacre de 1932. El título restaura la imagen y memoria del caído, y le reconoce su condición de par intelectual y amigo:

Queremos dedicar a su memoria estas breves líneas; primero, porque fue nuestro amigo y varias veces estuvimos a solas conversando sobre las cosas del espíritu, cosas que han movido nuestras naves, cada una por su ruta; y segundo, porque Martí: por su calidad de hombre de ideal, de renunciador, de héroe, se merece la admiración de todo hombre sano, no por sus ideas sino por su entereza e inegoísmo para sostenerlas.¹⁵

Martí tuvo una breve estancia de un año por la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos, en Guatemala. Luego vendría el radicalismo estudiantil cruzado con el influjo unionista y los primeros atisbos de recepción del mensaje intelectual marxista. Los llamamientos en favor de construir una Internacional del Pensamiento lanzados por Henri Barbusse a través de la revista *Clarté* tuvieron ecos entre los jóvenes intelectuales que miraban con simpatía la nueva Rusia y la política educativa y cultural de Anatoli Lunatcharsky.

El interés de Vásquez y Martí por acceder y buscar textos marxistas expresaba su tendencia parecida a la vivida por otros jóvenes intelectuales en otros países. Es indicativo de esta atmósfera ideológica una de las conclusiones del Congreso Internacional de Estudiantes, celebrado en México en 1921, que fue votada por los delegados centroamericanos y que a la letra decía lo siguiente: “Estudiaremos y daremos forma a un proyecto de organización escolar, de tal suerte que podamos sacar de las escuelas oficiales a la juventud, que está educándose con todos los prejuicios de la sociedad actual y encauzarla por el ideal comunista”.¹⁶

Otra de las repercusiones de dicho congreso fue la fundación del Consejo Federal de Estudiantes Centroamericanos, desde las aulas de la Universidad de San Carlos. Entre sus integrantes se encontraba, por supuesto, Miguel Ángel Vásquez.¹⁷

¹⁵ Salarrue, “El sembrador desconocido”, publicado originalmente en mayo de 1933 en el diario *Patria* de El Salvador y reproducido en *Tres Mil*, suplemento cultural de *Diario Co Latino*, núm. 783. El Salvador, 15 de enero, 2005, p. 2. [Primera edición: 1933.]

¹⁶ “Los comunistas clausuran su Congreso de tres sesiones, después de tomar los más absurdos acuerdos” en *Excelsior*. México, 3 de agosto, 1921, 2ª sección, p. 5.

¹⁷ Arturo Taracena Arriola, “Miguel Ángel Asturias y la búsqueda del ‘alma nacional’ guatemalteca. Itinerario político, 1920-1933”, en Amos Segala, coord., *Miguel Ángel Asturias. París 1924-1933*. México, UNESCO, 1989, p. 681. (Colección Archivos)

Ir al pueblo

Para los intelectuales cominternistas que optaron por trabajar con los sectores obreros, artesanales y campesinos la Internacional Comunista tenía previstos lineamientos políticos, y quizás cierta sedimentación ideológica propia del romanticismo social, así como de las tradiciones anarquistas y socialistas. A fines de 1923 se reforzó la conciencia antiimperialista entre los estudiantes universitarios, cuando se hizo evidente el entreguismo del régimen de Orellana al capital estadounidense. En 1924, Orellana decidió clausurar la universidad para acallar la protesta universitaria.¹⁸

El capital letrado de las organizaciones cominternistas se concentró en la biblioteca y el archivo. La primera, aunque rala en libros, folletos y periódicos, nutría las lecturas y formación ideológica de los cuadros. El segundo, por concentrar la correspondencia, las actas de reuniones de dirección o de organismos, así como los planes y programas del trabajo conspirativo, abierto o legal, intentaba ser celosamente guardado para prevenir los operativos de allanamiento y desmantelamiento policial. También contaban para las organizaciones los medios de impresión, que podían ir de imprentas a mimeógrafos pasando por instrumentos propios de la xilografía. Los responsables o custodios del partido de estos recursos letrados y medios de difusión y propaganda gráfica tuvieron que pasar momentos difíciles, e incluso pusieron en peligro su salud, su libertad e incluso su propia vida.

Algunos jóvenes intelectuales cominternistas centroamericanos habían tenido experiencias previas con trabajadores urbanos, quizás animados por las ideas en boga de la extensión universitaria que ratificaron los congresos panamericanos de estudiantes desde principios de siglo. Por lo anterior, resulta excepcional que Miguel Ángel Vásquez, siendo estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos, haya tejido vínculos solidarios con ciertos líderes artesanales: “[...] había un maestro carpintero llamado Julio Alberto Pinal. Era un hombre muy rebelde, que estaba sordo como resultado de las palizas que le había propinado la policía, por lo que tenía cicatrices en la cabeza. Él me fue presentando a otros más entre los que vino un zapatero de apellido Cumes”.¹⁹

Vásquez, según sus propias evocaciones, andaba empeñado en acercarse a los trabajadores manuales urbanos. A los primeros los urgió para que convocaran a más compañeros, hasta que logró formar un grupo de ocho, que sirvió de base para la fundación del Partido Comunista de Guatemala, en 1923. El acto de fundación se realizó en un local situado en las afueras de la ciudad capital, y en el acto participaron, además de Julio Alberto Pinal, el zapatero Antonio Cumes, dirigente de la sociedad El Porvenir de los Obreros, e integrante de la Unificación Obrera Socialista; los carpinteros Luis Villagrán y Antonio Obando Sánchez; además del panadero Luis Chiguichón.²⁰ Eran años en que las elites de los artesanos urbanos tendieron a cultivarse en los campos de la cultura y la política. Así las cosas, la aproximación entre artesanos e intelectuales o políticos respondió a sus expectativas mutuas.

¹⁸ *Ibidem*, p. 689.

¹⁹ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 28.

²⁰ *Ibid.*, p. 29.

Convergentemente con lo anterior, los estudiantes universitarios adheridos a los lineamientos de la extensión universitaria promovieron, el 1 de marzo de 1923, la creación de la Universidad Popular en Guatemala, y en el curso de 1924 otra en El Salvador.²¹ La vanguardia estudiantil universitaria cultivaba un cierto mesianismo civilizador que muchas veces asumió tintes radicales y facilitó la recepción de las corrientes de izquierda, anarquismo, socialismo y comunismo. El vasconcelismo coadyuvó a la extensión de este proceso de circulación del capital letrado en los sectores obreros y artesanales.

Desde 1922, el mexicano Juan de Dios Bojórquez, embajador itinerante en América Central, daba cuenta de las donaciones de libros a bibliotecas obreras de Honduras y Nicaragua, editados bajo la gestión de José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública de su país.²² Bojórquez fue el principal animador de la fundación del Bloque de Obreros Intelectuales en México y sus redes latinoamericanas desde los inicios de la década de 1920.²³

El golpe de estado contra el presidente Carlos Herrera de Guatemala, ocurrido el 5 de diciembre de 1921, derivó en que asumiera el poder el ministro de guerra José María Orellana. La gestión de Orellana apuntó a restringir los espacios públicos para la expresión política y social. La clausura de la Universidad el 28 de abril de 1923 y la expulsión de los dirigentes universitarios tenía como meta poner fin a las protestas contra las concesiones a la Central American Power y los dolo- sos empréstitos contraídos con organismos financieros estadounidenses.

En tal contexto, los comunistas, recién constituidos en partido, resintieron la ofensiva gubernamental. De 1923 a 1925 les tocó vivir un primer ciclo de acciones represivas ejecutadas contra sus repositorios de textos y medios de impresión. Según el testimonio del militante Max Melgar fueron tres los hechos represivos que tuvieron un alto costo para el partido. El primero se dio en julio de 1923, cuando la biblioteca fue saqueada por las fuerzas del orden, dejando heridos al bibliotecario y a su hijo. Dos meses más tarde se dio el segundo, cuando el gobierno ordenó una requisa violenta de la biblioteca partidaria a la que se sumó la destrucción de la imprenta, el agravio a la bandera roja y la prisión, durante un mes, de Antonio Cumes y Antonio Avelar. El tercer suceso se dio el 3 de febrero de 1924, con una tercera requisa policial en la biblioteca que dejó herido al Adalberto del Pinal, responsable de la misma, quien además fue llevado preso por un lapso de tres meses. En dicho tiempo, se institucionalizó la aplicación de la tortura.²⁴

El panorama no mejoró. José María Orellana sostuvo el hostigamiento y represión contra sus opositores políticos, y se vivieron nuevas detenciones de militantes comunistas, y nuevos allanamientos y confiscaciones de sus recursos letrados y medios de imprenta. En 1924 en las cárceles guatemaltecas había 125 detenidos políticos, entre los que se encontraba una veintena de comunistas.

Luis Villagrán da su testimonio: "En 1925, después de realizado el acto en memoria de Lenin, la imprenta fue nuevamente saqueada. En esta ocasión fue bárbaramente torturado el compañero Del Pinal, que permaneció trece meses en la prisión".²⁵

²¹ *Ibid.*, p. 89.

²² Juan D. Bojórquez, "Donaciones a varias sociedades obreras de Centro América", en *El Libro y El Pueblo*, núm. 26. México, agosto, 1922.

²³ Humberto Musachio, *Diccionario enciclopédico de México*, t. I. México, Editorial Andrés León, 1989, p. 209.

²⁴ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 145.

²⁵ *Idem.*

Los comunistas salvadoreños, al igual que sus pares de la región, llevaron por vía oral e impresa, con fines de información y agitación, las noticias internacionales sobre diversas experiencias huelguísticas y revolucionarias.

La escasez de cuadros intelectuales concentraba con exceso ciertas funciones partidarias en algunas personas. Miguel Ángel Vásquez da cuenta de las limitaciones que tenía el Socorro Rojo en tiempos de dura represión, por la falta de intelectuales. Las direcciones cominternistas resintieron en los años duros la escasez de abogados defensores de presos y despedidos. Vásquez rememora que fue el único abogado rojo, así dice: “A mí me tocaron todas las huelgas, para atender lo que hiciera falta en mi calidad de abogado. ¡No había nadie más, todos eran unos collones! Contra mí, sólo hubo amenazas, ¡para qué exagerar!”²⁶

R. Gómez, en un informe del Buró del Caribe de la Internacional Comunista acerca del Socorro Rojo en los países centroamericanos, consigna que en sus secciones no había Departamentos Jurídicos debido a la falta de cuadros especializados y comprometidos en la defensa legal y de masas de los detenidos.²⁷

Jorge Fernández, enviado por el Buró del Caribe para apoyar a las secciones centroamericanas, al mismo tiempo que destacó la ausencia de instructores políticos de la Internacional Comunista para la región, subrayó la importancia del programa educativo para los cuadros:

Careciendo siempre de cuadros, se organizaba la preparación de éstos, claro, limitados por las necesidades materiales, pero se estimulaba a todos los compañeros, se impulsaba a todos en su desarrollo. Se hacían pequeños cursos, charlas, hasta lo que podríamos llamar conferencias, para poder satisfacer esas necesidades urgentes de cuadros que la situación demandaba de forma creciente.²⁸

Los conferencistas y profesores a veces eran cuadros itinerantes que iban de paso a su lugar de destino o expresamente eran enviados por la Internacional Comunista. Las conferencias o cursos podían ser abiertos a los trabajadores o cerrados a los cuadros partidarios. Cuando los disertantes eran centroamericanos, además de los alcances ideológicos y políticos de sus charlas, cumplían la función de tejer o reforzar sus ligas y solidaridades transfronterizas. Miguel Mármol recuerda cómo a fines de 1930, procedentes de Moscú, algunos delegados centroamericanos, entre los que se encontraba él, arribaron a Puerto Barrios y, según sus palabras, lograron:

[...] hacer unos trabajitos de divulgación comunista. Dimos charlas a los obreros bananeros y a grupos de amigos y simpatizantes de las ideas revolucionarias, pero luego los compañeros de la localidad nos dijeron que nos habíamos extralimitado y que de seguro la policía andaría ya buscándonos. De tal modo que arreglamos la forma de irnos lo más pronto posible a la capital.²⁹

²⁶ *Ibid.*, p. 209.

²⁷ *Ibid.*, p. 206.

²⁸ Jorge Fernández Anaya, “La fundación del Partido Comunista de El Salvador”, en *Memoria*, núm. 10. México, mayo-junio, 1985, p. 238.

²⁹ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 233.

Unionismo y juvenilia radical

En América Central, el periodo estudiado coincide con el de la fundación de la mayoría de las secciones cominternistas en la región, lo que evidencia un desencuentro con el legado frentista de los cuadros del Partido Comunista de América Central. Sin embargo, bajo el *tercer periodo* persistió el ideal revolucionario unionista del fallido Partido Comunista de América Central de mediados de los años veinte, cuyos cuadros sólo tuvieron presencia en tres países: Guatemala, El Salvador y Honduras.³⁰ La recepción del marxismo fue limitada y tardía, aunque por las exigencias partidarias devino en definitoria. El peso de los boletines, periódicos, circulares, informes, folletos y carteles comunistas fue más importante que los escasos libros a los que tuvieron acceso. El universo letrado del Partido Comunista en Guatemala es retratado en su precariedad y apropiación pragmática por Vásquez:

Al Partido le dimos una forma muy rígida que se basó en los informes que llegaban de Europa. Después de los primeros pasos, ya nos mandaban *La Internacional Roja* —léase *International Syndicale Rouge*, *RMB*—, un folleto que nos llegaba de París, una revista que venía en francés. Supimos claramente lo que decían las revistas hasta que se dio la oportunidad de traducirlos con compañeros que venían de otras partes, y que sabían el francés: eran ellos los que nos ayudaban [...] y, bueno, yo que también ayudaba un poquito.³¹

Bajo el clima conmemorativo del centenario de la Independencia, los cominternistas compartían dicho ideal unionista con otras redes intelectuales y políticas lideradas por Salvador Mendieta y Alberto Masferrer, más allá de sus reales disensos ideológicos y diferendos políticos. Al respecto, hubo un formal intento de actualizarlo en 1929, con motivo del viaje a México del comunista salvadoreño Miguel Ángel Vásquez, quien nos relata que tuvo un intercambio epistolar con el hondureño Manuel Cáliz Herrera sobre el relanzamiento del Partido Comunista Centroamericano, previo a su viaje a México, en 1929. Es presumible que dicho carteo se realizase antes de la detención del hondureño el 25 de agosto de dicho año, después de que fuera acusado por haber presuntamente participado en un atentado contra el vice-cónsul estadounidense. Cáliz, dirigente sindical, estaba abocado al trabajo de organización y lucha en los campos bananeros, y resentía desde el mes de julio, una oleada represiva.³²

Lo relevante es que Vásquez compartió con Cáliz la opinión de que, habiéndose extendido las secciones comunistas en la región, las condiciones eran propicias para darle viabilidad al Partido

³⁰ El enfoque clasista fue explicitado en su manifiesto del 1 de mayo de 1925, que consiga A. Tarracena Arriola, en “El Partido Comunista de Guatemala y el Partido Comunista de Centro América (1922-1932)”. Doc. mecanoscrito, s/f., p. 10: “El 1° de Mayo, lo repetimos una y mil veces, es un día de protesta. Los Obreros conscientes de su clase deben de declarar en este día de Huelga General en Talleres, Fábricas, Campos y celebrar reuniones, mítines, manifestaciones para deliberar como clase y como miembros de la familia humana sobre la táctica que deben emplear para acabar con este sistema inocuo y sobre sus escombros edificar la República Comunista del Trabajo y, por lo pronto, organizarse bajo el Pabellón Rojo del Partido Comunista de Centro América y luchar hasta alcanzar el derecho de Huelga, la libertad de imprenta, de asociación y la garantía de los hogares proletarios que son allanados tan brutalmente”.

³¹ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 31.

³² A. Taracena Arriola, doc. mecanoscrito, s/f., *op. cit.*, p. 18.

Comunista Centroamericano. Vásquez fue cuidadoso en mencionar que dicho proyecto era respaldado por Cáliz Herrera y por “algunos elementos de las direcciones de los Partidos de Honduras y de Guatemala”. Agrega Vásquez que fue el propio Cáliz Herrera quien tomó la iniciativa de redactar el manifiesto regional, y que él sólo hizo pocas correcciones, antes de llevarlo a México.³³

Esta iniciativa unionista revolucionaria se proyectó con poco éxito, bajo condiciones ideológicas adversas. Reinaba en los años de 1927 a 1929, entre Guatemala y Honduras, un clima de mutua animadversión nacionalista por el diferendo fronterizo, al punto que hubieron defecciones en las organizaciones filocominternistas. Así, por ejemplo, el profesor Ernesto Carrera, representante de la Liga Antiimperialista, se sumó a la campaña chauvinista de la Liga Patriótica de Defensa Nacional de Guatemala, lo cual motivó una seria crítica desde el vocero de la Liga Antiimperialista de las Américas.³⁴ A contracorriente de estos desbordes nacionalistas, G. Montero, el secretario general de la Liga Antiimperialista de Costa Rica, elaboró el primer balance de la penetración y lucha antiimperialista en América Central, y promovió algunas tareas conjuntas y solidarias contra la United y la Cuyamel. También contra el proyecto estadounidense de lograr la concesión de construir un canal alternativo al de Panamá.³⁵

Según el propio testimonio de Vásquez, el llamamiento del Partido Comunista de América Central se publicó en la imprenta El Machete, gracias a los apoyos de Hernán Laborde, Rafael Carrillo y Victorio Vidali. Las hojas impresas fueron distribuidas a su retorno por conducto de las redes cominternistas en la región.³⁶ Por su lado, Graciela García dice al respecto:

Si recuerdo muy bien que hubo intentos, no logrados, de crear un partido regional que aglutinara a los partidos centroamericanos, pues a pesar de las dificultades de comunicación de que habla el compañero Mármol, sí existió una relación muy estrecha entre los comunistas centroamericanos, especialmente entre los guatemaltecos, salvadoreños y hondureños, quienes se visitaban entre sí con el fin de intercambiar experiencias de lucha.³⁷

Todo parece indicar que el proyecto de reunificación cominternista en América Central estaba siendo cuestionado por el Buró del Caribe más que por el Partido Comunista Mexicano (PCM). Quizás ello explique la ambivalencia del mexicano Jorge Fernández Anaya durante su misión centroamericana. Debía impulsar, por orden del Buró del Caribe, la creación de la Juventud Comunista en El Salvador, entre otras tareas. Jorge Fernández Anaya relata que su misión fue acordada en una reunión del PCM, presidida por Hernán Laborde, el secretario general. Fue así cómo Fernández Anaya viajó a Guatemala investido de varias representaciones: la del Buró Político del PCM, la de secretario

³³ Miguel Ángel Vásquez, en doc. mecanoscrito de E. Isunza Vera, *op. cit.*, pp. 45-46.

³⁴ A. Taracena Arriola, doc. mecanoscrito, s/f., *op. cit.*, p. 25.

³⁵ Marco A. Montero, “La situación antiimperialista en Centro América (Informe del compañero Marco A. Montero, delegado de la Liga Antiimperialista de las Américas en C. América)”, en *El Libertador*, vol. II, núm. 20. México, mayo, 1929, pp. 6-7.

³⁶ E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 46.

³⁷ Rina Villars, *Porque quiero seguir viviendo..., habla Graciela Gracia*. Honduras, Editorial Guaymurás, 1991, pp. 147-148.

de la IJC y la del propio Buró del Caribe, representante del Bloque Obrero y Campesino de México, además de la de la Confederación Sindical Unitaria de México, con la tarea de “ayudar al Partido Comunista Centroamericano con sede en Guatemala y lo que en adelante se plantease”.³⁸ En realidad, su labor fue en otra dirección, como él mismo lo confiesa:

[...] había un partido que se llamaba Centroamericano pero que era en realidad de Guatemala y Honduras. Entonces propuse a los compañeros que de plano formaran un Partido Comunista de Guatemala. ¿Qué se podría hacer para formar los partidos comunistas de Centroamérica? [...] Entonces se discutió el problema. Miguel Ángel Vásquez intervino apoyando la idea de transformar el Partido Comunista Centroamericano en un Partido Comunista de Guatemala, formar un partido nacional que viera los problemas de Guatemala.³⁹

En 1932, desde otro horizonte ideológico-político, el salvadoreño Alberto Masferrer retomaría el ideal unionista mediante la Unión Vitalista Centroamericana,⁴⁰ a contracorriente de los vientos nacionalistas en boga. Masferrer, sin lugar a dudas, se había erigido en el principal abanderado unionista en las filas intelectuales y del reformismo social, y en la medida en que su proyecto se aproximaba a las concepciones de la socialdemocracia reformista, no podía ser considerado un compañero de viaje de los cominternistas del *tercer periodo*.

Por el contrario, al autor del *Mínimum Vital* se le consideraba un freno para los ideales revolucionarios cominternistas.

Cuadros itinerantes: viajes y exilios

Rearmar la memoria de los viajeros y exiliados centroamericanos fuera de sus países de origen o de la propia región permite recuperar no sólo sus presencias efímeras o relevantes, sino principalmente su inserción en la malla de redes intelectuales y políticas principalmente de izquierda.

Por otro lado, debe mencionarse que América Central operó como región refugio de los exiliados y perseguidos de otros países. Las redes antiimperialistas y cominternistas lograron una autonomía parcial frente a los lugares de residencia o tránsito de sus integrantes, ya que siempre había lugar para la triangulación mediante el mensaje por cable, carta o mensajero.

³⁸ J. Fernández Anaya, en *op. cit.*, p. 233.

³⁹ Carlos Figueroa, “El ‘bolchevique mexicano’ de la Centroamérica de los veinte: entrevista con Jorge Fernández Ayala”, en *Memoria*, núm. 31. México, septiembre-octubre, 1990, p. 216.

⁴⁰ Alberto Masferrer, “La misión e América”, en *Repertorio Americano*, núm. 4. San José de Costa Rica, 1932, p. 55. Por su parte, Marta Casaús señala en el artículo: “Las redes intelectuales centroamericanas y sus imaginarios de nación (1890-1945)”, en *Circunstancia*, núm. 9, año III. Madrid, enero, 2006. <<http://77www.ortegaygasset.edu/circunstancia/numero9/art7.htm>> [Consulta: 10 de mayo, 2006.], que en Guatemala Masferrer fundó la Unión Vitalista Americana cuyo objetivo era: “Desarrollar en todos los pueblos de la Unión la conciencia viva de un destino común, el cual habrá de cristalizar en la creación de una nueva cultura que traiga a los hombres una verdadera y más amplia justicia, y una más extensa e intensa cordialidad”. Asimismo añadía que iba a “Procurar a todos los habitantes de Hispanoamérica la satisfacción integral de sus necesidades primordiales, según la define la doctrina del *Mínimum Vital*”.

En primer lugar, consideramos que las redes antiimperialistas de los intelectuales centroamericanos de algún modo sirvieron de referencia o soporte de las más propiamente cominternistas. Nicaragua fue un eje articulador de la lucha de liberación liderada por Sandino, pero sin que fuera el único. En mayo de 1927, en la ciudad de Buenos Aires, dos desterrados centroamericanos se vincularon a los quehaceres políticos de la Liga Antiimperialista, nos referimos al abogado salvadoreño Castro Morales y al intelectual guatemalteco Jorge del Valle. Pero esta adhesión distó de ser formal; se insertó en el marco de una agitada lucha interna del Partido Comunista de la Argentina y de sus organizaciones periféricas como la Liga Antiimperialista.

Esta organización, encargada de la prédica y organización antiimperialista, así como de cultivar las redes con intelectuales, políticos y sindicalistas extranjeros, residentes o exiliados en la Argentina, había quedado en manos de la corriente denominada *Chispista*, en abierta oposición a la dirección de Codovilla y Ghioldi y, por ende, de la Internacinal Comunista. La Liga controlada por los *chispistas* tenía prácticamente el control de la campaña antiimperialista y de sus redes amplias. No fue casual que tuviesen de su lado al delegado obrero mexicano Carlos Gracidas, así como a los guatemaltecos ya mencionados, y fuera del país mantuvieron ligas con los peruanos Eudocio Rabines y Haya de la Torre, el primero radicado en París y el segundo en Londres.

En un mitin antiimperialista de corte muy latinoamericano, el guatemalteco Castro Morales se refirió en su discurso a la penetración del *capital yanqui* en las repúblicas centroamericanas, a las ataduras que implicaban los empréstitos y a las concesiones ferroviarias, y a cierto factor subjetivo que favorecía la penetración imperialista, que veía en ella síntomas de progreso en los "bienes materiales". Por su lado, Valle, el luchador guatemalteco, a nombre de la Liga Antiimperialista de su país, lanzó un llamado de solidaridad a los pueblos latinoamericanos contra el imperialismo estadounidense que asolaba la región centroamericana.⁴¹

Pocos días después, al lado del mexicano Gracidas Castro Morales, participó en un acto público en el local del Centro de Estudiantes de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, en solidaridad con la Revolución China, tras el viraje reaccionario y proimperialista cumplido por la dirección del Kuo Ming Tang.⁴² En la misma dirección, el guatemalteco Jorge del Valle, en otro evento antiimperialista, denunció el papel depredador del colonialismo en China, desde los navegantes portugueses del siglo XVI, pasando por la primera ocupación imperialista británica en Cantón, como resultado de la llamada guerra del opio, hasta el más reciente y cruento suceso de los mil quinientos trabajadores decapitados en Shangai. Jorge del Valle siguió la línea antiimperialista prevaleciente en las filas cominternistas más allá de sus reales fisuras, articulando la cuestión china con la cuestión latinoamericana:

Nosotros, debemos ayudar al pueblo chino en su justa lucha; no podemos hacer lo que Rusia: enviar a los revolucionarios armas, municiones y quince mil dólares semanales, pero podemos ayudarlos. ¿De qué manera? Luchando contra los imperialismos que tenemos en América; porque es una verdad ya indudable que no hay en el mundo sino pueblos explotados y castas explotadoras; de tal modo, todos los imperialismos son hermanos, así como lo son todos los oprimidos.⁴³

⁴¹ *Claridad*, núm. 132. Buenos Aires, 15 de abril, 1927, pp. 13-15.

⁴² *La Chispa*, núm. 29. Buenos Aires, 9 de abril, 1927, p. 1.

⁴³ *Ibidem*, p. 2.

Jorge del Valle caracterizó a Centro América como una “mera Colonia yanqui”, y prosiguió su discurso tratando de precisar los alcances de su visión y propuesta antiimperialista para América Latina. Fijó la meta de la lucha antiimperialista de nuestro continente en alcanzar “la emancipación económica”, aunque acotó que ella no implicaba la “exclusión absoluta del capital extranjero”, dada la división internacional del trabajo. Hay atisbos en esta argumentación de una lectura de la NEP formulada por Lenin y Bujarin en 1921 para rectificar el rumbo económico de la URSS, y que siguió vigente hasta el viraje estaliniano de 1929.

Para evitar equívocos, el orador marcó la diferencia y distancia entre el criterio de los gobiernos oligárquicos y el de un gobierno antiimperialista. El primero abría juego al expolio de recursos naturales y humanos, además de que favorecía la dominación política. El segundo, guiado por el criterio antiimperialista, manejaría selectivamente la atracción de capitales a fin de cumplir una “función social” de desarrollo, dado que: “Nuestra América Latina posee inmensas riquezas inexploradas, pero no el dinero para darle valor práctico”.⁴⁴

Por otro lado, también debemos recuperar las huellas señeras de los intelectuales en cada parada de su no siempre definido itinerario en el extranjero. Un testimonio relevante lo constituye el legado por el guatemalteco Juan José Arévalo acerca de la Internacional Magisterial Americana (IMA), rama continental de la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza (ITE), bajo el mandato indirecto de la Internacional Comunista. La IMA se constituyó en enero de 1928 en Buenos Aires, y Arévalo, en su calidad de delegado de Guatemala, fue promovido a integrante de su directiva. Aunque Arévalo blanquea parcialmente la imagen de la IMA, nos aporta datos relevantes. Nos dice que los delegados tenían un alto nivel de politización y que destacan en sus filas los adheridos al socialismo y al comunismo; que fue encargado de redactar un texto antiimperialista que condenaba a Estados Unidos por su intervención en Nicaragua, al mismo tiempo que defendía a Sandino; que estuvo presente León Vernochet, el dirigente magisterial comunista francés; que fue en El Salvador el primer país donde los maestros adherentes a la IMA reprodujeron sus acuerdos y directivas continentales; que a la Segunda Convención de la IMA, a celebrarse en Montevideo en 1930, concurrieron por Guatemala Miguel Morazán y él, y que había que sumar también a los delegados de Honduras y El Salvador; que la radicalización de la IMA se tradujo en el cambio de su vocero, es decir, al pasar del *Boletín* a la revista *Liberación*; que tras la represión de fines de 1930 la IMA dejó de operar por varios años.⁴⁵

En particular debemos rescatar su incidencia en los espacios de sociabilidad urbanos, entre las entidades políticas, sindicales, culturales y educativas, como las universidades populares, así como en los cafés y bares, propios de la tertulia o la conversación cerrada. Jorge del Valle, el exiliado guatemalteco en Buenos Aires, exaltó en 1927 el papel cumplido por las universidades populares en las luchas sociales y antiimperialistas llevadas a cabo “en las repúblicas de América Central y el Perú”.⁴⁶

En 1928 se constituyó la Universidad Popular Marco Aurelio Soto, en Tegucigalpa, Honduras. Participaron en su fundación la Sociedad Cultura Femenina liderada por Graciela García y el Gru-

⁴⁴ *Idem*.

⁴⁵ Juan José Arévalo, *La Argentina que yo viví (1927-1944)*. Ed. de Carlos Balleza. México, Costa-Amic Editor, 1974, pp. 72-84 y 184-191.

⁴⁶ *La Chispa*, op. cit., p. 2.

po Renovación, representado por el escritor Arturo Martínez Galindo. Entre los dirigentes de la recién fundada Universidad Popular destacó Gregoria Isabel López, y por sus espacios pasaron no pocos intelectuales extranjeros.

Mármol recuerda el papel cumplido por el Centro Cultural de Ilopango, muy próximo en su función al cumplido por la Universidad Popular de San Salvador. Fueron tribunales itinerantes que llegaban en ferrocarril y que eran recibidos bajo el decorado de lo que acostumbraban llamar *domingos alegres*, a modo de extender el radio de su público local.

Por la tribuna cultural de Ilopango pasaron Salvador Ricardo Merlos, el profesor Chico Morán, la intelectual Zoila Argentina Jovel, el escritor peruano Esteban Pavletich. El proyecto cultural en Ilopango, impulsado por la Sociedad de Obreros, Campesinos y Pescadores, apeló a diversos medios de cooptación popular, y muy particularmente juvenil. A la conferencia seguía la rifa, el paseo reflexivo o memorioso y la canción. La reorientación clasista de la Sociedad y el Centro Cultural no tardarían en librar batallas y resentir la represión gubernamental.⁴⁷

Hubo también un proyecto pionero de escuela comunista que se apoyaba en la disposición solidaria del intelectual Alfredo Díaz Nuila, que "tenía algunos conocimientos marxistas, fruto de sus estudios en el extranjero". Díaz Nuila dirigió durante un tiempo el círculo obrero a partir de la enseñanza y lectura de la obra de Nicolás Bujarin *El ABC del comunismo*, referente que no contrariaba los inicios del *tercer periodo* en América Latina, independientemente de que este dirigente ruso hubiese sido defenestrado de la dirección de la Internacional Comunista, y criticado duramente por Stalin por sus posturas frente a la NEP y el campesinado ruso.

En lo general, la formación cultural de los cuadros cominternistas salvadoreños no podía generar un cinturón sanitario frente a las lecturas y corrientes hegemónicas del pensamiento latinoamericano. No es casual que Mármol evoque que en dicha escuela de cuadros participaba también el poeta Francisco Luarca, vinculado a las tesis regeneracionistas y espiritualistas de Alberto Masferrer, José Vasconcelos y José Enrique Rodó, pero que aportaba un discurso defensor del asociacionismo obrero y de la fuerza que podía ser capaz de desplegar en la sociedad.⁴⁸

La conformación y accionar del Buró del Caribe entre las Antillas mayores, América Central, México y Venezuela configuró un nuevo corredor de cuadros y redes políticas. La sede del Buró del Caribe se turnó, en 1930, de México a Nueva York, por razones políticas más favorables. Desde este núcleo dirigente cominternista se orientó y fiscalizó el trabajo de las nacientes secciones centroamericanas. Sin embargo, se crearon otros vínculos de subalternidad política diferencial con respecto a Moscú, París, Montevideo y Buenos Aires. Por ello debe recordarse que a mediados de 1929 se hizo presente una delegación centroamericana en la fundación de la Confederación Sindical Latino Americana en Montevideo, y en los debates de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana en Buenos Aires. Uno y otro fueron hitos decisivos en el relanzamiento del proyecto cominternista para América Central, como también lo fueron los delegados enviados a Moscú.

El comunista guatemalteco Antonio Cumes fue una figura relevante en esta fase inicial que nos permite mostrar el tejido complejo de las redes cominternistas en que se fueron insertando

⁴⁷ Roque Dalton, *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*. México, Ediciones Cuicuilco, 1982, pp. 122-123 y 134-136.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 146.

y que no siempre se mostraron eficientes. Cumes llegó tarde al VI Congreso de la Internacional Comunista, que se llevó a cabo del 17 de julio al 1 de septiembre de 1928, debido a una inexplicable demora en la comunicación por parte del Partido Comunista de México, que afectó los alcances de las directivas del Buró del Caribe. Sin embargo, Cumes pudo asistir al Congreso de la Internacional Juvenil Comunista y contactarse con el Secretariado Latino de la Internacional Comunista. Al VI Congreso de la IC había asistido el delegado estadounidense Richard F. Phillips, quien usaba el pseudónimo de Manuel Gómez, y que estaba interesado en la cuestión centroamericana. No tenemos constancia de un posible encuentro entre Cumes y Phillips, aunque es posible que los cuadros afines encontrasen en Moscú espacios de encuentro. En 1929 Cumes participó tanto en la reunión sindical de Uruguay como en la comunista de Argentina. Fue comisionado para realizar una intensa gira organizativa en América Central, lo que le costó, poco tiempo después, una detención muy penosa y cruel en la Guatemala del dictador Ubico.⁴⁹

En ese nuevo contexto resulta comprensible que los cuadros itinerantes extranjeros anduviesen vinculados esporádicamente a los procesos de formación partidaria en uno o más países de la región: los venezolanos Gustavo Machado y Ricardo Martínez, el ruso Mineff, el cubano Jorge Vivó, el estadounidense Russel Blackwell, los mexicanos Carlos Ardón o Rendón y Jorge Fernández Anaya, el peruano Jacobo Hurtwitz, entre otros.⁵⁰ Al decir del salvadoreño Miguel Ángel Vásquez, los que más transitaban el área fueron los cuadros venezolanos seguidos de los mexicanos.⁵¹ Sin embargo, fueron los mexicanos lo que cumplieron un papel de primer orden en la construcción cominternista en la región.

Un tercer hito en el proyecto cominternista regional nos remite a la participación de los delegados centroamericanos en la Conferencia de Sindicatos de América Latina, celebrada tras concluir el V Congreso de la ISR en Moscú, en julio de 1930. Ellos recibieron de parte del dirigente cominternista Manuilsky orientaciones sobre las formas y métodos del trabajo legal e ilegal, así como sobre los métodos de lucha a aplicar en sus países.⁵² La receta no calzaba con las exigencias concretas de los escenarios centroamericanos, en donde la participación en las elecciones con fines de propaganda y acumulación de fuerzas corría paralela a la actividad conspirativa revolucionaria.

Dos años antes, Mineff, del cuadro ruso, bajo el pseudónimo de Pedro Moreno, había dejado significativa huella en América Central en la fase inicial de construcción del Bloque Obrero y Campesino, hasta que fue detenido en Guatemala y deportado después.⁵³

Ir al pueblo no era lo mismo que ser proletario

Los intelectuales cominternistas o filocominternistas resintieron en América Central su descentramiento, tras la implantación de las campañas de bolchevización impulsadas por la KOMINTERN, lo

⁴⁹ Mármol, en E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 180.

⁵⁰ R. Dalton, *op. cit.*, p. 145.

⁵¹ Vásquez, en E. Isunza Vera, *op. cit.*, p. 63.

⁵² Rodolfo Cerdas Cruz, *La boz y el machete*. Costa Rica, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1986, p. 277.

⁵³ A. Taracena Arriola, doc. meconstrito, s/f, *op. cit.*, p. 20.

mismo que había sucedido en el resto del continente y del mundo. El descentramiento entre capital letrado e intelectuales generó un campo de tensión política muy fuerte, que generó las más variadas respuestas: disensos, expulsiones, censuras, autodisciplinamiento. La intelectualidad fue estigmatizada por su adscripción clasista al campo de la pequeña burguesía, considerada *confusionista* o potencialmente traidora a la causa histórica del proletariado. Las relaciones entre los trabajadores e intelectuales o pequeño burgueses se tornaron conflictivas bajo el nuevo influjo cominternista.

La comunista Graciela García recuerda que en 1930, cuando el venezolano Ricardo Martínez, dirigente del Buró del Caribe, asumió la tarea de remodelar al naciente Partido Comunista de Honduras, los elogió por seguir *casi a la letra* los principios que rigen a la Internacional Comunista, los cuales permitían que dicho partido exhibiera como virtudes: “una disciplina de hierro —cuasi militar—, la lucha contra los líderes reformistas y la agitación y propaganda permanente entre las masas”.⁵⁴

En contraste con esos elogios, según los recuerdos de Graciela García, Martínez centró sus críticas en el escenario burgués, donde se reunían los dirigentes comunistas hondureños. Los convocó a precarizar los escenarios de reunión, modo en que entendía la formal proletarización. “Los comunistas tenemos que ser modestos, no podemos criticar a los burgueses desde la comodidad de un salón alfombrado”.⁵⁵

Esta crítica estaliniana al estilo de la formulada por Martínez fue muy extendida durante el *tercer periodo* y tuvo sus excesos y costos políticos. La idea de proletarizarse en las formas y en el modo de vida tenía un fondo de idealizado puritanismo proletario. El Partido Comunista de El Salvador tuvo en su dirección a dos profesores primarios, Víctor Manuel Ángulo y Juan Campos Bolaños, con funciones importantes que se desprendían de sus respectivas secretarías de organización y propaganda.⁵⁶ Estos maestros gozaron desde el mirador de la Internacional Comunista de un estatus especial entre todas las categorías intelectuales, respaldados por su adhesión a la Internacional Magisterial Americana, fundada en 1928 como rama continental de la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza (ITE), con sede en París y a cargo de Barbusse. Los profesores casi salían de las filas estigmatizadas de la pequeña burguesía.

El salvadoreño Miguel Mármol evocaba con desagrado las posturas “extremistas y pueriles” contra la pequeña burguesía, y todo lo que se asemejase a sus imágenes estereotipadas. Más puntualmente señaló su rechazo frente a lo que les tocó vivir en los siguientes términos:

[...] la ola de lo que yo llamo “proletarismo estúpido” nos hizo mucho daño entonces y después. Prácticamente era considerado como un crimen el uso de la corbata por parte de los comunistas. Yo tuve que botar mis camisas de cuello, porque solo en camiseta era uno bien recibido entre los compañeros. En caso contrario, caían sobre uno las burlas, las cuchufletas y en ocasiones hasta los insultos. En lugar de cinturón de cuero, llegué a usar una pita de cáñamo para sostener los pantalones. Desde luego que esto era incompresible para nuestras familias y para muchos compañeros. Hubo militantes abnegados que nos manifestaron sus dudas ante aquellas actitudes: —Por la

⁵⁴ R. Villars, *op. cit.*, pp. 148-149.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 149.

⁵⁶ R. Dalton, *op. cit.*, p. 156.

gran chucha, camaradas, ¿quiere decir que para ser comunistas tenemos que llegar a ser los más pobres y andar todos jodidos?⁵⁷

Estas directivas de formal proletarización que nos sorprenden en la actualidad, acaso nos revelan una carga cultural propia del barroco latinoamericano, asociada a ciertas imágenes cristianas que reivindicaban las virtudes de la austeridad y la pobreza. El testimonio del costarricense Cerdas Mora es elocuente:

Existía una mística extraordinaria. La gente se peleaba por hacer las tareas más duras y difíciles y se ofendían si les daban las fáciles. Eso sí, éramos muy sectarios. Al local del Partido no podía entrar nadie que viniera con corbata, lo devolvían. Resulta que los sastres siempre andaban con corbata y muy bien vestidos. Uno de ellos, que fue una gran persona y excelente militante, Ricardo Villalobos, llegó un día en camisa y pidió hablar con la Dirección. Nos dijo que nosotros estábamos llevando eso al extremo y explicó las condiciones en que vivían los sastres. Algo cambió, pero no demasiado. Todavía al que llegaba con corbata se le decía que venía de “orejas”, que era un espía, y a veces hasta había golpes.⁵⁸

Por otro lado, entre los sindicatos y organizaciones obreras se había construido un interesante patrimonio letrado. Las propias organizaciones sindicales fueron receptoras de materiales impresos fuera del país, principalmente periódicos de diversas tendencias ideológicas que sirvieron de polo de consulta y actualización, tanto de cuadros sindicales como intelectuales. Al respecto, el salvadoreño Mármol da cuenta de la función cumplida por la principal federación sindical de su país:

La Sede de la Federación Regional de Trabajadores en San Salvador era el centro donde nos llegaba la intensa propaganda internacional de aquella época. Recibíamos materiales de Holanda, Argentina, Francia, Italia, Estados Unidos, México, etc., en los cuales se reflejaban varias tendencias y posiciones que por entonces influenciaban al movimiento obrero mundial. Así llegaban a nuestro país las tendencias reformistas, anarco sindicalistas, anarquistas y comunistas que se disputaban la hegemonía en el movimiento obrero internacional.⁵⁹

El proceso de radicalización en las principales sociedades obreras centroamericanas fue facilitado por las secuelas de la crisis internacional de 1929 que se prolongaron durante casi un quinquenio. La huelga, a pesar de sus reveses, cobró centralidad en la nueva estrategia defensiva de los trabajadores del campo y de la ciudad frente al deterioro de sus condiciones de vida y de trabajo. La evidente parcialidad que los gobiernos autoritarios centroamericanos mantuvieron frente a las empresas estadounidenses, los empresarios y terratenientes nacionales se agudizó en tiempos de crisis. En ese contexto, las preferencias por el sindicalismo clasista o revolucionario y las ideas maximalistas lograron cierta visibilidad. Mármol da cuenta de las nuevas lecturas de los sindicalistas:

⁵⁷ *Ibid.*, p. 79.

⁵⁸ Jaime Cerdas Mora, *La otra vanguardia. Memorias*. Transcripción, selecc. y pról. de Marjorie Ross. San José de Costa Rica, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1993, p. 66.

⁵⁹ R. Dalton, *op. cit.*, pp. 143-144.

[...] nutriéndonos con los folletos de Losovsky, la propaganda que llegaba desde la URSS, el periódico *El Machete* del Partido Comunista Mexicano, el Boletín del Buró del Caribe de la Internacional Comunista, las primeras críticas del camarada Stalin a la colectivización, etc. Posteriormente comenzamos a leer al camarada Lenin, que fue quien verdaderamente nos abrió los ojos hacia las nuevas formas de organización y hacia las nuevas actitudes personales y colectivas que la Revolución y el movimiento obrero necesitaban en los nuevos tiempos. Leímos poco de Lenin, lo que pudimos conseguir. Pero por lo menos conocimos *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, etc.⁶⁰

El perfil social de los lectores de textos cominternistas en la región muy pocas veces salió de las fronteras de las organizaciones que le eran afines y que contaban con significativa base laboral. El lenguaje cominternista, a diferencia del usado por los anarquistas, demandó cierto refinamiento y cuidado en el uso de cadenas y campos semánticos y simbólicos. En palabras de la profesora y feminista Graciela García, de Honduras, hasta mediados de 1930 el Partido Comunista carecía de “una estructura orgánica definida”. Sobresalían en número los obreros y artesanos frente a una escasa presencia de intelectuales.⁶¹ La composición social del partido hondureño era principalmente proletaria, lo cual venía bien si se considera el ideal de la concepción estaliniana sobre el *tercer periodo*, y la táctica de *clase contra clase*. Pero el asunto no era tan sencillo, debido a que muchos de los miembros del partido eran también dirigentes sindicales, lo que complicaba las fronteras e identidades tanto del partido como del sindicato. La circunstancia que rodea el acto fundacional del partido, cumplido en la sede del sindicato La Fraternidad en la ciudad de San Pedro Sula resulta reveladora. Por ello tiene razón Graciela García cuando afirma:

[...] que es imposible hablar del Partido Comunista de Honduras sin hacer referencia a la Federación Sindical Hondureña. Organización sindical y organización partidaria estuvieron tan estrechamente ligadas, que hubo momentos en que los límites de ambas instancias se confundieron. Si bien nosotros entendimos la diferencia existente entre un partido y una federación sindical, en la práctica no pudimos establecer esa diferencia. Esta dificultad se vio acentuada por los efectos de la propaganda que nos llegaba de la III Internacional y de la Internacional Sindical Roja, en la cual se enfatizaba siempre en la relación orgánica e indisoluble que debía existir entre los sindicatos clasistas y los partidos comunistas.⁶²

En el terreno orgánico, como bien lo recuerda Graciela García, la equivalencia que se desprendía de las tareas de organización de los comunistas hondureños confundía los límites del círculo sindical y del círculo o comité rojo, y, a escala mayor, las fronteras de la federación sindical y el partido se volvían difusas. Pero el hondureño no fue un caso excepcional. El proceso de adoctrinamiento ideológico y político cumplido por los costarricenses no parece haber diferenciado entre las exigencias del partido y las del sindicalismo clasista. En el seno de los partidos comunistas centroamericanos se diluyeron las fronteras y jerarquías entre los cuadros sindicales e intelectuales.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 143-144.

⁶¹ R. Villars, *op. cit.*, p. 148.

⁶² *Ibid.*, p. 142.

Jaime Cerdas relata aspectos sobre sus reuniones de madrugada y nos indica cuáles eran las lecturas centrales sobre las que gravitaban las figuras de Engels y Lenin, más que la del propio Stalin:

Todas las noches celebrábamos reuniones, y en las madrugadas se daban cursos de marxismo, de economía política, etc. Ya para entonces nos llegaba más literatura marxista. El segundo libro que me leí fue *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels. Después *El anti-Dühring*, y más adelante estudiamos en conjunto ciertos capítulos de *El capital*, bajo la dirección de Manuel. Los obreros llegaban a las cuatro de la mañana a estudiar, y a las seis se iban yendo para sus trabajos. No teníamos revolucionarios profesionales, ni burocracia partidaria. Pero teníamos partido y masas. Y sobre todo, mística.⁶³

Propio del capital letrado del *tercer periodo* fue la recuperación de la obra de Engels.⁶⁴ En 1932, la editorial Cenit de Madrid tradujo y publicó *El anti-Dühring*, el cual circuló en los contextos de habla hispana, por lo que presumimos que esa debió ser la edición aludida por Jaime Cerdas. En 1932, el Buró del Caribe distribuía una serie de publicaciones, en su mayoría folletos, que incidieron en su formación, tanto como las lecturas de los periódicos y revistas regionales e internacionales. Las lecturas y la producción ideológica quedaron en cierto sentido fuera de las manos de los intelectuales, dado el peso creciente de los cuadros políticos y sindicales.

Entre los textos publicados de mayor demanda figuraban: *Principios del comunismo* de Engels; *El manifiesto comunista* de Marx y Engels; *El imperialismo, última etapa del capitalismo* y *El Estado y la revolución* de Lenin; *De la huelga general a la toma del poder* y *Crisis económicas y luchas obreras* de Losovsky; *Esclavitud capitalista y organización social del trabajo* de Radek; *Métodos y tácticas revolucionarias* (tesis del V Congreso de la ISR); *Las tareas de los sindicatos latinoamericanos* y *Los obreros agrícolas y los sindicatos revolucionarios*.⁶⁵ Puede observarse que los tópicos centrales giraron en torno al Estado, al imperialismo y a la lucha revolucionaria y antiimperialista. Revelan también un gran énfasis en tópicos de organización y lucha marcados por el tenor izquierdista del sindicalismo rojo. Nótese también que Stalin no aparecía entre los autores, aunque sí en cantidad discreta e intermitente en las publicaciones periódicas.

Hasta 1932 las directivas de la Internacional Comunista resultaron insuficientes para imponer un canon doctrinario faccioso, aunque encontramos atisbos confiables acerca de su construcción. Lo refrendan los textos de Lenin sobre el imperialismo, no así los de Bujarin, Radek, Trotsky o Stalin. Engels destaca más que Marx en el universo de las lecturas, aunque la primacía simbólica del segundo sea innegable. Tampoco en el campo literario logró imponerse el paradigma del realismo socialista. En cambio, en torno a las cuestiones sindicales los textos de Losovsky fueron indisputa-

⁶³ R. Cerdas Mora, *op. cit.*, p. 55.

⁶⁴ Es sintomático que el diario soviético *Pravda*, núm. 15, editado el 18 de enero de 1929, rescatara del olvido el texto inédito de Lenin, "Sobre el Estado", que recogía su disertación engelsista del 19 de julio de 1919 en la Universidad Sverdlov. Poco después devino en un texto de lectura de los cominternistas del *tercer periodo*, y aún del periodo del frente popular, como bien lo ha documentado Jorge Fuentes Morúa en "La impronta engelsiana en la formación de la intelectualidad comunista", inserta en este mismo volumen.

⁶⁵ Relación extraída de la "Lista del servicio de Libros de Mundo Obrero", *Mundo Obrero*, núm. 13. Nueva York, agosto, 1932.

bles, casi únicos. Con base en esta revisión consideramos que la canonización de los textos cominternistas resultó inconclusa para los años estudiados, más allá de la precaria familiaridad con algunos de ellos, traducidos o leídos en castellano.⁶⁶

Al decir de Graciela García, la formación de los círculos en Honduras respondió a una inquietud por aproximarse a las lecturas marxistas-leninistas, y a la construcción del socialismo en la URSS, influenciados por las repercusiones de la Revolución rusa. Sorprende la circulación de textos marxistas, vía el corredor centroamericano y las redes filo cominternistas, entre los cuadros de Honduras, El Salvador y Guatemala, aunque quizás se omita las no desdeñables ligas con los cuadros de Cuba y México:

Cada tres noches, un grupo de aproximadamente diez compañeros nos reuníamos en la casa de mi suegro, Miguel A. García, ubicada en el barrio La Moncada de Tegucigalpa, para discutir con pasión los libros básicos sobre el socialismo que llegaban a la librería del nicaragüense Rafael Ramírez Delgado, o a las manos de los compañeros que viajaban con fines políticos a El Salvador y Guatemala. Recuerdo que llegamos a conocer incluso *El capital* a través de las síntesis que sobre este libro nos hacía el compañero salvadoreño Víctor Manuel Angulo.⁶⁷

En el seno del círculo de Tegucigalpa se constituyó el Partido Comunista de Honduras, apoyándose principalmente en sus círculos urbanos, vía sus representantes: Progreso (Carlos Velásquez), puerto de Tela (Hermenegildo Briceño), San Pedro Sula (Fidel Miranda), puerto La Ceiba (Zoroastro Montes de Oca), puerto Castilla (Juan C. Barahona), San Juancito (Victoriano Salgado), para lo que en el acto de fundación en San Pedro de Sula se nombró una comisión encargada de redactar el programa y los estatutos. La redacción de estos documentos tuvo un carácter especial, y podemos suponer que los cuadros resintieron el peso simbólico y real de los mismos, al subordinar la mayor flexibilidad que emanaba de la tradición y la comunicación oral. Luego vendrían las invitaciones escritas de adhesión a trabajadores de distintas localidades del país.

A nivel de dirección, y en coordinación con la secretaría general, funcionaron tres secretarías: la de propaganda, la de finanzas y la de educación política, y se fundaron los comités regionales.⁶⁸ El testimonio de Graciela García al respecto es contundente, cuando afirma: “Lo que sí nunca tuvo el partido fueron células o unidades de base”.⁶⁹

La propaganda impresa permitió que el Partido Comunista de Honduras cobrase visibilidad política en la clandestinidad, y se dejase sentir en espacios públicos y privados donde se dejaban, de manera anónima, las hojas impresas. La maquinaria de propaganda requería de una imprenta, la cual fue armada por el dirigente Felipe Armando Amaya, con piezas sustraídas de la Tipografía Nacional por dos militantes que allí laboraban. La imprenta fue trasladada constantemente de lugar

⁶⁶ No encontramos en Wolfgang Iser, *Rutas de la interpretación*. México, FCE, 2005, p. 43. (Colección Popoluar, 545) ese “proceso de selección de textos que se convertirán en objeto de interpretación, lo que al mismo tiempo los eleva a una posición de censura respecto de otros textos cuyo estudio e interpretación incluso puede prohibirse, debido a que la cancelación de sus pretensiones de validez contribuye a estabilizar la autoridad de los textos que se eligieron”.

⁶⁷ R. Villars, *op. cit.*, p. 139.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 139-140.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 140.

para aminorar los riesgos de allanamiento y decomiso. Las reuniones políticas se realizaban en las afueras de Tegucigalpa, a donde se trasladaban los militantes en turnos diferentes y por parejas, para poder sortear los controles del gobierno de Carías. En la costa norte, los comunistas hondureños celebraban sus reuniones muy noche y a oscuras, en casas habitación.⁷⁰

De toda la prensa cominternista de esos años *Trabajo*, el órgano vocero del Partido Comunista de Costa Rica, es el único que ha podido ser rescatado y estudiado. El 14 de julio de 1931 salió su primer número, en edición de cuatro páginas. Un reporte de la embajada estadounidense, rescatado por el historiador Iván Molina, hace referencia a su perfil ideológico-político, así como a su circuito y modalidad de distribución. Dice:

Contiene un artículo central sobre Karl Marx, varios artículos consagrados a los trabajadores, artículos favorables a la Unión Soviética, y uno con énfasis especial en unir a los estudiantes de Costa Rica con el elemento trabajador [...] Trabajo aparece a intervalos irregulares; no está disponible en los puestos de revistas, y debe ser obtenido de amigos de las clases trabajadoras o de pregoneros que frecuentan los distritos en los cuales las clases trabajadoras viven y laboran.⁷¹

Molina detalla la política de capitalización para sostener la edición de *Trabajo*, apoyándose en suscripciones, actividades y premios dirigidos a los distribuidores y pregoneros, según sus ventas y pago puntual de las remesas.⁷²

La literatura partidaria de esos años fabricó fantasmas, lo que no quiere decir que algunos de ellos no tuvieran asidero real, ya que en efecto hubo infiltración policial y política de los gobiernos, así como germinales posiciones caras al trotskismo y al reformismo socialista. Las páginas de los diarios, así como las hojas volantes de los cominternistas centroamericanos, constituyen una radiografía de este fenómeno que se acentuó después del VI Congreso de la Internacional Comunista y la salida de Bujarin de su dirección.

A mediados de 1929, el delegado comunista de Guatemala ante la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana calificó al Partido Socialista de su país “tanto o más degenerado que los restantes partidos de la II Internacional”. Y agregó:

¿Debemos concurrir a las reuniones que nos citan o al contrario, debemos combatir a ese partido con ahínco? A mí me parece que nuestra posición frente a este asunto es de combate franco y desenmascarar a este partido ante las masas como colaboracionista y puntal directo del Estado burgués en general y, especialmente, del actual gobierno guatemalteco.⁷³

⁷⁰ *Ibid.*, p. 170.

⁷¹ I. Molina, *op. cit.*, p. 3.

⁷² *Ibid.*, pp. 4 y ss.

⁷³ Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista, “El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la primera conferencia comunista latinoamericana”, en *Revista La Correspondencia Sudamericana*. Buenos Aires, junio, 1929, pp. 180-181.

Al cierre

A lo largo de esta comunicación, que constituye un primer avance de investigación, sólo hemos pretendido abrir algunas ventanas a la problemática de una intelectualidad poco estudiada en el contexto centroamericano, la filiada como cominternista. La conceptualización del intelectual cominternista solventada por la revisión de la casuística centroamericana merece ser puesta a prueba en otros escenarios latinoamericanos, unos con mayor o menor tradición letrada y presencia del Comintern. La adhesión al marxismo-leninismo sólo permite ver una de las aristas más formales de la recepción cominternista, por lo que intentamos aproximarnos al proceso de construcción de su cultura política, que no terminó de romper con la tradición liberal, por los márgenes que algunas de sus figuras le daban a través de sus redes y sus espacios de sociabilidad.

No hemos podido atender con detalle, tal como lo hubiéramos deseado, la diferencialidad del quehacer intelectual en las filas cominternistas y en el seno de sus diversas instituciones vinculadas al capital letrado. Sin embargo, creemos haber cumplido el cometido de darle visibilidad en el marco de la confluencia y la contradicción de las diversas corrientes de pensamiento que modelaban la cultura de la izquierda.

A fines del *tercer periodo* (1934) el debate sobre la universidad popular enfrentó a la dirección del Partido Comunista de Costa Rica con el Secretariado de la Internacional Comunista que la caracterizaba como una “organización ecléctica”. La Universidad Popular en Costa Rica, fundada en 1932, constituía, para el partido de dicho país, un medio de difusión y enseñanza abierto del “marxismo-leninismo”.⁷⁴

En el caso de las redes de los intelectuales cominternistas algo hemos avanzado, aunque sin atender sus dos frentes: las tejidas más allá de sus organizaciones y adscripciones ideológicas políticas, y las propias. Cómo se habrá podido percatar el lector, nuestros intelectuales cominternistas auspiciaron y sostuvieron su quehacer intelectual en la perspectiva de ir al pueblo, más que en la de enclaustrarse en el campo intelectual en el que se situaban sus pares y adversarios. Y es probable que esta postura hiciera más ríspida su batalla, ya que tuvieron que asumir los riesgos inevitables de la censura, la represión, la requisa de sus bienes culturales (bibliotecas, obras propias editadas e inéditas), el exilio y la cárcel.

La tendencia general de construir la certeza cominternista sobre la justeza de su mutante línea política fue menor al alcance que logró el reconocimiento de que la fuerza de las ideas revolucionarias dependía de su capacidad de inserción en las masas.

⁷⁴ Partido Comunista de Costa Rica, “Congreso del Partido. 11 de marzo de 1935”, en *Revista de Historia*, núm. 37. San José, enero-junio, 1998, pp. 176-180.

La revolución cubana en los relatos de la militancia de la década de 1970 en México

Patricia PENSADO LEGLISE

Para Lucía Sala de Tournon

En el contexto de la actual preocupación intelectual que comienza a expresarse en algunos historiadores en torno a cómo debe escribirse la historia del siglo veinte, es importante hacer notar que el registro de la misma no puede ya limitarse a seguir con la jerarquía de *fuentes para su consulta*, dividiéndolas en primarias y secundarias, sino que éstas se han diversificado ahora gracias al desarrollo de la ciencia aplicada, el cual se expresa en los alcances tecnológicos, la informática o el potencial de los medios de comunicación masiva.

No se debe perder de vista tampoco que los distintos momentos políticos de suma intolerancia y represión ejercida por parte del autoritarismo que se vivió tanto en los regímenes democráticos como en las dictaduras que asolaron a nuestra región latinoamericana produjeron no sólo la destrucción en muchos casos del patrimonio histórico, sino también la imposibilidad de realizar un registro histórico de lo que ocurrió. A esto se agrega también el cuestionamiento del método positivista que planteaba la relación asimétrica entre sujeto y objeto de conocimiento, y bajo el cual el sujeto era determinado por el objeto,¹ situación que limitaba la aprehensión compleja de la realidad histórico-social de los países latinoamericanos.

Estos factores han inducido a quienes orientamos nuestro trabajo hacia la historia del pasado reciente a reconocer tanto en la metodología de la historia oral como en el uso de la fuente oral aportaciones importantes.

La historia social de nuestro país, durante la segunda mitad del siglo xx, encuentra su máxima expresión en el movimiento obrero de los sindicatos nacionales de industria de las ramas estratégicas de la economía; en el campesinado de aquellas comunidades que no habían sido beneficiadas por la Reforma agraria de finales de la década de 1930, y en aquellos que por el tipo de suelo que poseían y la producción a la que se dedicaban requerían de apoyos continuos por parte de los organismos financieros del Estado. Por otra parte, y en paralelo, se desarrollaba en ese entonces un movimiento urbano popular; y se daba la politización masiva en el medio estudiantil en casi

¹ Al respecto el historiador brasileño Antonio Torres Montenegro apunta: "Esta visión del conocimiento partía del presupuesto de que había un mundo listo y acabado delante de nosotros y que, para conocerlo, bastaba utilizar el método correctamente. En otros términos, conocer era aplicar el método científico que posibilitaba descubrir las leyes que gobernaban el mundo. La verdad estaba por ser descubierta".

todas las universidades del país, amén de la radicalización de grupos de izquierda, que hicieron uso de las armas en su intento por derrocar al gobierno.

Para realizar un análisis histórico-social sobre este complejo contexto histórico se ha decidido utilizar las historias de vida como herramienta que permita hacer inteligible la experiencia del militante, y a partir de ella interpretar la historia que de sí mismo percibe cada grupo; conocer cuáles fueron sus herramientas en su trayectoria de vida para llegar a las definiciones que constituyeron su vocación de militancia como una forma de asumir la vida, más allá de la filiación partidista o del activismo social.

La historia de vida puede definirse entonces como la narración que da cuenta, en primera persona, de las prácticas del sujeto que lo asocian como individuo y como miembro que se identifica con colectividades distintas.

El proyecto en el que participo toma las historias de vida como herramientas de investigación. Se parte de la realización de entrevistas a militantes que en la actualidad no ocupan ningún cargo de liderazgo,² y a partir de ellas se hacen planteamientos cuya meta es descifrar las siguientes preguntas: ¿cómo la militancia los constituyó como sujetos sociales que construyeron nuevos significados para los símbolos culturales?, ¿cuáles fueron las circunstancias que condujeron a hombres y mujeres a militar en la lucha social? y ¿cómo y cuáles son las distintas formas de relación individuo-movimiento?

Hay que indicar que estas interrogantes conducen a valorar el papel de la memoria en la disputa por la creación del pasado, confrontando y dando cuenta de otras versiones de él.

El texto que presento en este *Anuario* plantea el propósito de analizar uno de los aspectos que ha surgido en las entrevistas de manera común para esta generación que se ubica entre las décadas de 1940 y 1950, y que son los efectos ideológicos, políticos y culturales de la Revolución cubana en los relatos de historias de vida de militantes que participaron en movimientos políticos y sociales de nuestro país, en las últimas décadas del siglo veinte.

Son dos las razones que me llevaron a elegir, para este artículo, solo el testimonio de Adolfo Sánchez Rebolledo.³ La primera es porque considero que este testimonio de vida reúne los problemas que va a plantear la revolución, no sólo para la militancia política latinoamericana, sino también para quienes se dedicaron a historiarla después. La segunda reside en que al recrear el espíritu del tiempo en que se desarrolla la revolución mediante su rememoración, Sánchez Rebolledo logra evocar nítidamente las repercusiones que tuvo en su generación.

La Revolución cubana, en palabras de Octavio Ianni, puede resumirse en una serie de acontecimientos que “se revelan particularmente emblemáticos, por la originalidad y fecundidad de los problemas históricos y epistemológicos que se suscitan. Son acontecimientos que señalan una

² Este proyecto, aún en marcha, se realiza con Gerardo Necoechea Gracia y un grupo de jóvenes estudiantes, y tiene el propósito de evidenciar cómo la historia de vida hace inteligible la experiencia del sujeto inmerso siempre en un entramado social con el que está siempre en constante interacción.

³ Adolfo Sánchez Rebolledo es un intelectual destacado que ha dedicado su vida a la praxis política en diferentes agrupaciones de izquierda, y ha apoyado y se ha solidarizado con distintos movimientos sindicales, entre ellos el de los electricistas. Asimismo ha sido un prolífico editorialista y miembro de consejos editoriales de publicaciones y editoriales importantes.

transición más o menos fundamental del modo en que se diseñan el mapa del mundo y las formas del pensamiento”.⁴

En este sentido, para la mayoría de los historiadores latinoamericanistas, la Revolución cubana significó un parteaguas, un hito a partir del cual se explican los cambios que se sucedieron en la región, tanto en la militancia de izquierda como en la de derecha. Porque además de modificar la posición sumamente ortodoxa de los partidos comunistas latinoamericanos de la época con respecto al sujeto revolucionario, permitió visualizar otras estrategias y concepciones de la praxis política.

Al respecto, según los testimonios de esta investigación, la Revolución cubana surge en la memoria de los entrevistados como un suceso que ellos vinculan con la renovación de la práctica política y de la presencia de la izquierda, primero, en las universidades y después en el movimiento sindical, campesino y urbano popular.

Como afirma Sánchez Rebolledo en su prólogo a la compilación que realizó sobre *La Revolución cubana*, “Fidel Castro planteó, desde el primer día, todas las cuestiones esenciales desde el punto de vista de la historia de Cuba, y a partir de los intereses de las clases oprimidas”.⁵ De ahí el éxito de su empresa y el arraigo popular.

Además, esta revolución planteó la especificidad de la praxis latinoamericana que los entrevistados piensan cualitativamente diferente a la de otras latitudes, en donde la historia común de la conquista y la época colonial, la dependencia político económica y el desarrollo de la identidad cultural, son argumentos para sostener esta idea.

Por otra parte, esta revolución, nacida en la coyuntura de la Guerra Fría, se utilizó también como pretexto por parte de algunos gobiernos latinoamericanos para reprimir movimientos sociales y cualquier expresión de lo que ellos interpretaron como disidencia.

Con respecto a la posición que tomó el gobierno estadounidense, vale recordar que éste, desde que inició el conflicto, dirigió una política de ofensiva contra el gobierno cubano, mediante el bloqueo económico y el boicot comercial, además de que radicalizó su discurso anticomunista y trató de imponer la misma actitud al resto de los países.

Su máxima expresión de intolerancia fue la llamada *guerra de los cobetes o crisis de los misiles*, que trajo como consecuencia la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos, durante la VIII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, que se celebró en Punta del Este, Uruguay, en enero de 1962.

En el caso particular de nuestro país, el gobierno reconoció la Revolución cubana y mantuvo relaciones diplomáticas con el gobierno de la isla, además de que defendió, en los foros internacionales, los principios de no intervención y el respeto a la autodeterminación de Cuba.

Respecto a la posición que el gobierno mexicano asumió hacia Cuba, el entonces secretario particular del secretario de Relaciones Exteriores, ex embajador José Salvador Gallástegui, recuerda: “Al inicio de la Revolución cubana un gran número de países en América Latina, que estaban gobernados por dictaduras militares o no, pero dictaduras al fin y al cabo, reaccionaron críticamente hacia el movimiento y, lógicamente, hacia aquellos que, como México, mostraron respeto o simpatía hacia Cuba”.

⁴ Octavio Ianni, *Enigmas de la modernidad-mundo*. México, Siglo XXI, 2000, p. 33.

⁵ Adolfo Sánchez Rebolledo, *La revolución cubana*. Pról. de Fidel Castro. México, Era, 1972, p. 12.

También se debe mencionar que hubo *respuestas* de la prensa escrita estadounidense y de algunos países latinoamericanos, que resultaron sumamente críticas hacia México, pero todo ello debemos ubicarlo en el marco de la llamada Guerra Fría, que imperaba entonces en el mundo y que lo dividió en dos grandes bloques: el bloque de los países democráticos, civilizados, occidentales, etcétera, y el bloque soviético o de países en los que imperaban las dictaduras comunistas o marxistas leninistas, como los diarios las calificaban de manera indistinta.

Cada vez que se había preguntado al presidente López Mateos acerca de rumores o noticias de que en Cuba se estarían instalando artefactos para lanzar misiles y cargas, el presidente había señalado que México respetaría el derecho de Cuba para armarse en defensa de su territorio, pero que el armamento ofensivo podría considerarse bajo ya otro criterio [...] el gobierno de México exhortó tanto a Estados Unidos como a Cuba para que se buscara una solución y expresó su esperanza de que se lograra encontrar una forma concertada para preservar la paz [...] Finalmente se alcanzó el éxito en las gestiones para que la URSS retirara los artefactos de misiles, aunque la guerra continuó y la crisis y tensiones entre Estados Unidos y Cuba también continuaron, como podemos ver hasta nuestros días.⁶

Durante la primera etapa de desarrollo de la Revolución cubana, en México se vivía la plenitud del proceso de modernización económica basado en la industrialización, sustentada en la política de sustitución de importaciones.⁷ El Estado mexicano posrevolucionario se había consolidado, no obstante que para conseguirlo hubiese recurrido a prácticas represivas, autoritarias y clientelares que sobornaban a los líderes de las organizaciones sociales para ejercer un control sobre de ellas, privándolas del más mínimo atisbo de autonomía y democracia.

En contraste con esto, como antes se mencionó, se desarrollaba una política diplomática en la cual se mantenían los principios democráticos y pacifistas que rescataban lo mejor de la tradición del liberalismo mexicano, y actualizaban el discurso revolucionario, que perdía legitimidad, dada la represión ejercida por el Estado en contra de todos los movimientos de ese periodo, sobre todo contra el grupo de trabajadores de los grandes sindicatos nacionales.

De ahí que en este ámbito de la política, a pesar de las diferencias abismales y de las contradicciones en que caía, la izquierda aprobaba y apoyaba las iniciativas adoptadas por el gobierno, e incluso las aprovechaba para realizar actividades de solidaridad que refrendaban su posición anti-imperialista y la vocación internacionalista de defender *la lucha de los pobres del mundo*.

Sin lugar a dudas la Revolución cubana fue objeto de muchas interpretaciones. Para las corrientes de izquierda rompió con el papel hasta entonces fundamental de la concepción leninista de partido como vanguardia, a la vez que planteó nuevos retos, como la lucha contra el imperialismo estadounidense. Además, dotaba, sobre todo a las juventudes de esa época, de un nuevo ideario político impregnado de valores éticos que sugerían otra forma de ser y estar en el mundo, en

⁶ Entrevista a José Salvador Gallástegui realizada por Concepción Martínez y Patricia Pensado. Coyoacán, ciudad de México, 1 de agosto, 2006.

⁷ Al respecto, Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer registran los siguientes datos: "Entre 1940 y 1960 la producción nacional aumentó un 3.2 veces, y entre 1960 y 1978 2.7 veces; registraron esos años un crecimiento anual promedio de 6 %", en *A la sombra de la revolución mexicana*. México, Cal y Arena, 1989, p.193.

donde la existencia sólo adquiriría sentido en la obra colectiva de liberar al hombre de la explotación y la desigualdad. En suma, la posibilidad que cada revolucionario tenía, según Ernesto Guevara, de engendrar en sí mismo al hombre nuevo.

La Revolución cubana fue producto de un grupo de jóvenes, que al lograr derrocar la dictadura de Fulgencio Batista, tomaron el poder y plantearon la democratización de la vida política mediante la aplicación de reformas en todos los ámbitos de la vida del país, orientadas a eliminar todo tipo de desigualdades.

De ahí que para los entrevistados, la Revolución cubana fue una brisa fresca que replanteó la praxis política de una izquierda que no había sido capaz de crecer y tener éxito en los movimientos que había dirigido o en los que había participado. De ahí derivó, quizás, la tentación que significó no sólo participar en el movimiento de solidaridad, sino tratar de darle un seguimiento puntual a todos los acontecimientos, o adoptar el lenguaje de sus consignas y la iconografía que se iba generando por la admiración hacia los jóvenes revolucionarios que, siendo cubanos o no, ocupaban puestos de alta responsabilidad en el gobierno.

Otro aspecto importante fue el hecho de que algunos jóvenes pudieron asistir a los congresos que se celebraron durante los primeros años de la revolución, lo que significó para algunos ingresar al Partido Comunista Mexicano, o convertirse en activistas del movimiento de solidaridad con Cuba, que de ahí se desplazaba para apoyar u organizar otros movimientos.

En suma, la Revolución cubana creó la idea de que era posible construir el socialismo en América Latina, y en particular en México, no obstante los tres mil doscientos kilómetros de frontera compartida con la ya para entonces más poderosa nación del mundo.

Además, resulta interesante encontrar en los testimonios sobre la militancia social y política referencias sobre la Revolución cubana, aun cuando ésta para algunos está distante en su tiempo de vida. Es decir, aunque no formara parte de su experiencia de vida inmediata, sino como acontecimiento contemporáneo, la Revolución cubana se convirtió en un referente fundamental para definir y/o legitimar su praxis.

Si se retoma parte de la explicación que ofrece el filósofo francés Paul Ricoeur en su libro *La memoria, la historia, el olvido*, acerca de las relaciones entre memoria e historia y memoria e imaginación podremos entender cómo la memoria es el único recurso para ir al pasado. Escribe Ricoeur: “no tenemos nada mejor que la memoria para significar que algo tuvo lugar, sucedió, ocurrió antes de que declaremos que nos acordamos de ello”.⁸

De ahí que, como más adelante menciona este autor, “el testimonio constituye la estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia”,⁹ resulta una huella más, porque “Si recuerdo un acontecimiento de mi vida pasada, no lo imagino, me acuerdo de él; es decir, que no lo planteo como dado-ausente, sino como dado-presente en el pasado”.¹⁰

Sin embargo, hay otro tipo de acontecimientos que irrumpen en la rememoración del sujeto para explicar o justificar alguna acción y que pertenecen a otro tipo de experiencia que escapa a la suya propia. Ricoeur se vale de Jean Paul Sartre para explicarlo. El filósofo, también de origen

⁸ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*. México, FCE, 2004, p. 41.

⁹ *Idem*.

¹⁰ P. Ricoeur, *op. cit.*, p. 78, citando a Jean Paul Sartre, *L'Imaginaire*. París, Gallimard, 1940.

francés, lo nombra como la “seducción alucinadora del imaginario”. Cito: “El acto de imaginación [...] es un acto mágico. Es un encantamiento destinado a mostrar el objeto en el que se piensa, la cosa que se desea, de modo que uno puede tomar posesión de él”.¹¹

Así, en la historia de vida de estos militantes la Revolución cubana expresó distintos significados: unos la presenciaron, la siguieron desde su origen, su desarrollo y evolución; otros la estudiaron en aquellos remotos círculos de estudio y de discusión política mediante la cual trataban de legitimar su vía de acción con la victoria de la misma en el caso cubano; otros más reflexionaron sobre ella al interior de las aulas y fue objeto de la elaboración teórica, pero lo que sí se puede afirmar es que para todos fue lugar común como objeto sujeto del imaginario y del deseo.

Un hecho que sin duda contribuyó a sentir la cercanía o la pertenencia con este acontecimiento fueron los nexos que de muy diversa índole se dieron entre las dos naciones. De ahí que una fuente para conocer a la revolución fue la vía directa de los testimonios de funcionarios y revolucionarios cubanos que viajaban a nuestro país, o de aquellas familias mexicanas o del exilio español, radicadas en el país, que al comienzo de la revolución se trasladaron a la isla para colaborar con su trabajo en diversos proyectos laborales y de educación. Importante también es la presencia de ex presos políticos mexicanos o latinoamericanos que vivieron en Cuba hasta el momento en que les fue posible retornar a sus países.

Todas estas formas de presencia en Cuba contribuyeron a pensar la Revolución cubana en sus diferentes aristas: desde la complejidad de vivir la transición política sin poder eludir el contexto internacional, la mayoría de las veces adverso a ella, hasta los diferentes aspectos de la vida cotidiana que engranaban con la vida en Cuba.

A continuación expondré fragmentos de algunas entrevistas que he tenido con Adolfo Sánchez Rebolledo, que aluden a los temas referidos y que explican, en diferentes momentos, la importancia que la Revolución cubana adquiere en su desarrollo como intelectual que se suma al movimiento social.

Relevante fue para Sánchez Rebolledo, hijo de exiliados españoles, el carácter internacionalista con el que la Revolución cubana nació, y que personifica Ernesto Guevara, no sólo por su incorporación al movimiento, sino porque después fue reconocido y llamado a participar en el gobierno como ministro de Relaciones Exteriores.

Pero en cuanto a ese problema de la identidad es un problema que acompaña prácticamente a todos los hijos del exilio, yo lo viví intensamente, sobre todo en la adolescencia, cuando algunos amigos míos decidieron irse a vivir a España, llevados ya de una idea de la política, de la lucha antifranquista, y en esas estiras y aflojas, uno tenía que pensar seriamente qué significaban esos problemas de la identidad; hasta qué punto tenían sentido [...] Yo tomé la decisión ya hacia los 17 o 18 años de participar directamente en las organizaciones políticas mexicanas y no en las españolas. Me refiero a lo siguiente, cuando yo tengo edad de participar en algunas organizaciones políticas surge en el exilio un movimiento que se llama “Movimiento Español 59”, que reúne a la parte más joven de la inmigración con vistas a una posible reincorporación a las actividades antifranquistas. Desde luego yo me siento solidario, participo en muchas de sus actividades, pero a la hora de decidir dónde debía militar, elijo incorporarme al Partido Comunista Mexicano y no al Par-

¹¹ *Idem.*

tido Comunista Español. Y ahí, curiosamente en el Partido Comunista Mexicano, es donde me encuentro por primera vez con una actitud, no de todos, pero sí de algunos camaradas, una actitud de rechazo nacionalista, en vez de... Yo sentía que entrando a la organización internacionalista esos problemas de la identidad se desvanecían por sí mismos, pero no, había entre los viejos comunistas mexicanos un acendrado nacionalismo que los llevaba incluso, de una manera si se quiere no excluyente, pero a tipificarnos como los españoles, y a ponernos en una situación peculiar aparte del resto. Entonces formamos una célula que era la célula Quinto Regimiento, donde prácticamente todos éramos hijos de españoles.

[...] Entonces a mí me causó cierta tristeza, por decirlo así, ver que algunos de los camaradas comunistas eran los más chauvinistas, más chauvinistas que los chauvinistas que yo había conocido hasta ahora. Me reafirmó en la necesidad de superar ese problema.

Ese problema del nacionalismo y la identidad era un problema que tenía que ser dejado atrás y poner por delante las cuestiones de la lucha internacional, de la lucha social.

En esos años triunfa la Revolución cubana, y con la Revolución cubana triunfa una nueva visión de concebir la acción política en América Latina.

Para un joven como yo, con esta historia, pues el hecho de que un personaje como el Che Guevara fuera reconocido, incorporado a plenitud por los cubanos, me parecía que era la muestra, el ejemplo de que en los temas de la lucha social no se podían poner esos cartabones chauvinistas.

Entonces, para mí la Revolución cubana, como para muchos otros mexicanos, significó y otros muchos latinoamericanos significó un cambio importantísimo. Fue una sacudida enorme en la mentalidad, en los deseos del compromiso social, y así lo hice, en el lugar que yo creía que podía desarrollarme mejor, que era el Partido Comunista Mexicano que acababa de sufrir, de salir de una larga crisis de casi treinta años, y se incorporaba, digamos, junto con la Revolución cubana. De nuevo surgía a la luz pública, en medio de una política terriblemente sectaria, y dominado por el dogmatismo entre los intelectuales, y las reminiscencias del viejo partido stalinista que aún no se habían superado. En fin, seguía siendo un partido muy minoritario, pero ya la correlación de fuerzas internas había cambiado, y sus militantes con peso dentro de la organización eran jóvenes, y los jóvenes, por lo que acabo de comentar, tenían la visión causada, provocada por la Revolución cubana.

Entonces el gran cambio para mí, lo que me permitió vincular digamos mi formación republicana, antifascista, con una idea digamos de futuro, fue esta revelación que significó la Revolución cubana en todos los sentidos.

PPL: ¿En qué año ingresas al partido?

ASR: En 1960, después del Congreso Latinoamericano de Juventudes, al que asistí.

PPL: ¿Y ese, en dónde se celebró?

ASR: En La Habana, en 1960. Convocan los cubanos a una reunión internacional, a la que se presentan, pues, prácticamente de toda América Latina, incluyendo una delegación mexicana en la que estaban presentes seis o siete organizaciones estudiantiles: FEUS, sindicatos divididos, es decir, la delegación mexicana era la más numerosa y la más dividida. [...] Formamos un pequeño grupo, entonces estábamos todavía en preparatoria. Se llamaba Grupo Avance. La idea era difundir estas pequeñas verdades que se van descubriendo en la vida ¿no? Y que tienen que ver con la buena nueva de la lucha social: el socialismo. No tuvo mayor importancia, pero es el primer indicador de que teníamos interés por esas cosas, después, ya claro, causaba escándalo. Es verdad que el mundo

que vivimos es libre, pero en ese contexto, entonces..., pero mi primer acercamiento con la lucha social fue ser testigo de las manifestaciones de los trabajadores.¹²

En el siguiente fragmento de la primera entrevista que hice a Sánchez Rebolledo él subraya la importante participación de los jóvenes de esa época y la vinculación entre las actividades de solidaridad con Cuba y los movimientos de los trabajadores y del estudiantado que comenzaba a despuntar. También se refiere a la intolerancia del Estado, que ante cualquier movilización o manifestación pública reprimía.

A principios de los años sesentas, yo creo que se da una efervescencia. Se produce esta efervescencia política y social, sobre todo hablando de la juventud estudiantil [...] había una movilización que no dependía estrictamente de nadie, sino de iniciativas que iban surgiendo al calor de los acontecimientos, luego, ya más tarde, se fueron formando instituciones y comités de solidaridad con Cuba, pero fundamentalmente lo que se fortaleció fueron las organizaciones de la izquierda: el Partido Comunista, la Juventud y..., a partir del año 61, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN). En fin, una serie de figuras que serían inexplicables sin el impulso de la Revolución cubana [...] nos dieron bastantes palos, en los años sesentas, distintas marchas, manifestaciones donde se mezclaba todo. Hay que reconocerlo también: no eran movimientos de solidaridad solamente, eran movimientos donde se exigía la libertad de los presos políticos, se pedía la cabeza de no se quién. En fin, todos se metían a la misma canasta, pero el impulso era exactamente el mismo. No había un movimiento de solidaridad y un movimiento reivindicativo de los trabajadores, un comité por la defensa, aunque existían formalmente. Pero el movimiento, la gente, era la misma, y llegó a ser muy importante porque las manifestaciones de solidaridad con Cuba del año 61, una encabezada por el general Cárdenas, y la segunda reprimida brutalmente por el gobierno, pues asistieron por primera vez varias decenas de miles.¹³

En la segunda entrevista Sánchez Rebolledo apunta el carácter antiimperialista de la Revolución cubana, y reconoce su originalidad, al compararla con otras experiencias latinoamericanas que no prosperaron en sus propósitos nacionalistas. También expone las distintas interpretaciones que desde la perspectiva de las corrientes de izquierda se daban, y que derivan finalmente en la teoría del *foquismo*, y ofrece una explicación de la razón por la cual hubo grupos de izquierda que siguieron esa vía bajo argumentos de las similitudes en la historia de los países latinoamericanos.

Bueno, yo sobre la Revolución cubana, creo que ya dije algo en la primera sesión, pero me gustaría puntualizar algunas cosas. Hasta 1959, en América Latina dos corrientes se disputan, por así decirlo, la hegemonía del pensamiento antiimperialista. Una era la que proviene del antiimperialismo, más o menos clásico, en el continente, que tiene su expresión en los partidos tipo APRA y otros incluyendo al primitivo PNR, y que en América Latina tiene figuras muy destacadas como Arévalo, y como otros [...], pero que finalmente se rinden, de alguna manera ante los hechos. Entonces, cuando la Revolución cubana triunfa y se enfrenta por primera vez con Estados Unidos, lo

¹² Primera entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo realizada por Patricia Pensado Leglise. Jiutepec, Morelos, 7 de septiembre, 2005.

¹³ Primera entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo, *supra*.

que queda claro es que se trata de una revolución popular, que no está dispuesta a transigir por el reconocimiento de los norteamericanos. Entonces, en ese instante se recupera el antiimperialismo como una postura ideológica y política válida [...] Entonces, bueno, se hace la reflexión sobre Cuba. Lo primero que surge, que lo plantea el propio Che Guevara en su *Guerra de guerrillas* famosa, es que la Revolución cubana demuestra que es posible actuar contra esas dictaduras feroces que azotan al continente con las armas en la manos.

Hay que tomar en cuenta que América Latina ha pasado en esos años por la dictadura Somoza, la dictadura Trujillo, antes éste, Guatemala tiene una dictadura con Castillo Armas, eh. Hubo antes con Ubico, antes con Pérez Jiménez en Venezuela, que fue contemporánea a la Revolución cubana [...] Entonces, con el solo hecho de triunfar la Revolución cubana pone en tela de juicio muchas de las concepciones preexistentes, pero, además, pone en crisis a la otra corriente que es la corriente marxista, que había debatido durante muchas décadas la idea de hacer una revolución, digamos, directamente socialista, o la idea de hacer una revolución por etapas, un poco como sugerían los ideólogos tanto chinos como soviéticos en la revolución de liberación nacional, con una etapa democrática y una etapa socialista. Entonces, la Revolución cubana, como una revolución popular, demuestra que ese es un esquema que queda descalificado de alguna manera por la experiencia [...] Ese modelo revolucionario [se refiere al cubano] que se reduce después, se va simplificando poco a poco en el curso de los tiempos, hasta quedar en esa reflexión sobre el foco guerrillero, ¿qué significa esa concepción? Que las condiciones para la revolución en América Latina, las condiciones están dadas, lo único que hace falta es voluntad revolucionaria, es decir, disposición para cambiar las cosas, incluso con las armas en la mano. Entonces surgió una concepción de cómo el foco guerrillero puede generar alrededor suyo, pues la fuerza necesaria para provocar un cambio revolucionario [...] el hecho concreto de que se produzca la revolución introduce un elemento inusitado en el pensamiento revolucionario, que es que se trata de una revolución que termina siendo socialista, dirigida y realizada por un sector y por un partido que no es marxista, que no es socialista, y eso sí es un hecho insólito.

Entonces hace falta o no el partido clásico del que hablaban Lenin y otros marxistas, o es posible emprender un proceso revolucionario bajo determinadas condiciones, solamente apoyándose en ciertas ideas democráticas, antiimperialistas.

Y continúa:

Bueno ese es el debate que finalmente abre la Revolución cubana, y que se prolonga a lo largo de los años sesentas y buena parte de los setentas [...] Cuando el Che Guevara reflexiona sobre el foco guerrillero, en realidad está reflexionando sobre una revolución que no tiene objetivo socialista, que se propone un cambio democrático en lo fundamental, pero incluso el Che lo dice con todas sus letras: mientras exista, incluso una caricatura de régimen legal, la vía armada es imposible. Eso lo dice el Che en *Guerra de guerrillas*. Entonces, todas esas, digamos limitaciones que la propia realidad cubana impuso al desarrollo de su revolución, después fueron olvidadas, se olvidó incluso el hecho de que la Revolución cubana es de alguna manera, eh, una revolución nacional que continua, eh. Un proceso no resuelto de lucha por la independencia [...] De tal manera que allí se concentraron, digamos, en una sola demanda, las acciones o luchas populares comandadas, en su caso, por los trabajadores, por los sindicatos, por los partidos obreros, con las demandas antiimperialistas que habían arraigado en Cuba desde la época, desde el siglo XIX, desde las primeras luchas contra España, encabezadas por Gómez y Maceo, hasta las luchas, siguiendo por las luchas de

Martí, y luego por la de Guiteras, y finalmente la propia Revolución cubana. Es decir, hay una línea de continuidad en la Revolución cubana, que también de alguna manera se creyó ver en América Latina [...] Hay un cambio de paradigmas, dicen ahora pedantemente, y sí, en efecto, hay un énfasis en el papel del campesinado; hay una recuperación de las clases medias, que de hecho son los estudiantes en primer lugar. En fin, hay una idea que no casa con la idea estalinista o incluso leninista del partido, es decir, sí hay un viraje ideológico con la Revolución cubana, que repercute, a creer o no, en la izquierda no solo latinoamericana sino internacional.¹⁴

Con respecto a la forma en que la Revolución cubana marcó a su generación, Sánchez Rebolledo rememora:

[Era] una generación, digamos hasta cierto punto, voy a decir una palabra un poco tonta, hasta cierto punto virgen, desde el punto de vista político, que se encuentra con dos grandes realidades: los movimientos sociales en México y el triunfo de la Revolución cubana, que es una sacudida universal.

Entonces de esa inclusión, de esos mundos, es que surge la generación de los sesentas, que finalmente llegaría hasta el 68, con todos los sectarismos, los dogmatismos de la izquierda de la época, pero obviamente se estaba abriendo un mundo distinto al que estábamos viviendo con el stalinismo [...] Entonces eso aparte del ejemplo digamos moral que introduce una revolución de jóvenes, porque el más viejo era Fidel Castro, que tenía entonces 33 años, el Che tenía 26, Armando Hart era el ministro de Educación, y tenía 21 años; Raúl Castro tiene 21, 22 años, ésa era la dirección de la Revolución cubana. Entonces el sólo hecho de que sea un grupo de jóvenes dispuestos a dar la vida por cambiar, pues eso tiene un efecto ciclónico entre la juventud, y despierta un entusiasmo generalizado en muchas, en todas partes de América Latina.¹⁵

Las remembranzas de Sánchez rebolledo continúan:

[La Revolución cubana] influye entre los más jóvenes, que siempre, finalmente, siempre la izquierda era una minoría respecto de la totalidad de la sociedad. Bueno, influye eso creando una esperanza, una idea *utilista* de que es posible cambiar, eh. Reanima, como decía la vez anterior, las actitudes, el pensamiento antiimperialista, y lanza a la gente a descubrir otras cosas, a leer otras cosas. En fin, sí hay una influencia directa, incluso en sectores más sectarios.¹⁶

Para finalizar, es importante destacar, como lo hace el entrevistado, la influencia relevante para aquellos jóvenes militantes de los años cincuentas, que comienzan a percibir los cambios emanados de la Revolución cubana en la sociedad mexicana. Y entre todos estos cambios se da uno fundamental: el reconocimiento del papel de la Revolución cubana como hecho a partir del cual muchas cosas adquieren un nuevo significado.

¹⁴ Segunda entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo realizada por Patricia Pensado Leglise. Jiutepec, Morelos, 10 de noviembre, 2005.

¹⁵ Primera entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo, *supra*.

¹⁶ Segunda entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo, *supra*.

Como dice el Che, el primer mito que cae con la Revolución cubana es la idea de que no se puede hacer nada con Estados Unidos. Entonces ahí hay un resurgimiento casi instantáneo de una nueva voluntad de transformación, ligada a la búsqueda de una identidad latinoamericana frente a ese coloso, que es Estados Unidos [...] Se reabre el ciclo nacionalista, se reabre el gran ciclo del gran antiimperialismo, y al mismo tiempo la izquierda marxista, que era realmente muy pequeña y muy débil, pero importante, en algunos países se rompen los mitos de los partidos comunistas [...] Se advierte que en una revolución popular como la cubana no solo intervienen los elementos de violencia revolucionaria, la lucha armada, sino otros elementos, como la movilización del campesinado que había sido prácticamente olvidada por el pensamiento marxista tradicional, una idea de la propia revolución muy diferente, porque esta es una revolución que empieza destruyendo casi-nos, es decir, que empieza prácticamente por aspectos morales, y luego, poco a poco, va a avanzar en los temas económicos, sin proponerse la estatización como punto de partida, aunque llega inevitablemente a ella.¹⁷

¹⁷ Primera entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo, *supra*.

Intelectuales y política en América Latina. Aproximación a una ambivalencia fundamental

H. C. Felipe MANSILLA

De manera relativamente fácil podemos intuir qué es un intelectual, pero definirlo en forma conceptual y delimitarlo en algún grupo son tareas mucho más difíciles.¹ Ya antes de la independencia de los países hispanoamericanos a comienzos del siglo XIX existían grupos más o menos importantes de estudiosos vinculados a tareas de enseñanza, administración y evangelización, cuyas actividades se asemejaban a las que desempeñan los intelectuales de hoy: pensaban de modo sistemático, escribían bastante y en ocasiones creaban obras de reflexión y crítica sociales. Su erudición era, por lo general, digna de mención. Se trataba de personas que en su mayoría habían gozado de una cierta educación universitaria y que formaban un estamento de fronteras imprecisas y de roles inciertos en la sociedad colonial, lo que continuó en el primer siglo de las jóvenes repúblicas.

Estos grupos mantenían una relación ambivalente e inestable, pero a veces muy estrecha, con el poder político. Y quizá desde entonces reside aquí el rasgo que determina y preocupa de los intelectuales del Nuevo Mundo. Según Octavio Paz la característica distintiva de América Latina es la falta de una tradición crítica, moderna, abierta a la ciencia, al análisis y al cuestionamiento de las propias premisas,² y no hay duda de que los intelectuales poco han hecho por imponer una actitud fundamentalmente crítica en estas tierras. Por otra parte, los mismos intelectuales han tenido y tienen a menudo relaciones privilegiadas con el poder político, lo que no necesariamente fomenta la inclinación a los cuestionamientos profundos. Pero al mismo tiempo —y aquí reside la complejidad y la ambivalencia liminar del asunto— los intelectuales han sido los artífices de la notable cultura letrada del Nuevo Mundo, una cultura de excelente calidad intrínseca y no exenta de un espíritu indagador y hasta *cuestionador*. Ahora bien, desde el periodo de la Independencia, los intelectuales han jugado un rol descolante en la conformación de las identidades colectivas. Esta actividad como actores sociales y culturales se desarrolló con frecuencia a la sombra del Estado respectivo y, sobre todo, de sus gobiernos; por lo que puede decirse que fue de una manera subalterna, pero sin duda influyó sobre las capas privilegiadas de la población.³ Sin ese aporte esencial a la conformación de identidades nacionales la historia de América Latina habría sido diferente.

¹ Cf. Rosendo Bolívar Meza, "Un acercamiento a la definición de intelectual", en *Estudios Políticos*, núm. 30. México, mayo-agosto, 2002, pp. 123-141; Juan F. Marsal, "¿Qué es un intelectual en América Latina?", en Juan F. Marsal *et al.*, *Los intelectuales políticos*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, pp. 87 y ss.; Edward Shils, *Los intelectuales en los países en desarrollo*. México, DMELISA, 1976; Francisco J. Bobillo, "Intelectuales: pasado y presente", en *Debate Abierto. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 7. Madrid, primavera, 1992, pp. 25-48, y la obra de cierta influencia en América Latina de Maurice Blanchot, *Les intellectuels en question. Ébauche d'une réflexion*. París, Fourbis, 1996.

Aunque los intelectuales desde un comienzo han estado muy vinculados al Estado y al gobierno, en un campo mucho más amplio dejaron su huella en lo que podríamos llamar, de modo inexacto, las metas normativas de las sociedades latinoamericanas, como son los designios de modernización y democratización. Y justamente los modestos logros de una modernización periférica y una democratización precaria han sido temas preferidos de reflexión y crítica de los intelectuales hasta el día de hoy, por hallarse estos logros muy por debajo de las expectativas de los propios pensadores y ensayistas políticos. Muchos de ellos se han consagrado en señalar las carencias de una identidad nacional, considerada con persistencia como insatisfactoria.

Hoy día los intelectuales juegan en tierras latinoamericanas un rol social y político más reducido que hace unos treinta años, cuando se daba uno de sus periodos de más brillo y figuración. Pero no hay duda de que todavía exhiben un peso relativamente importante a la hora de formular políticas públicas, de enunciar alabanzas o críticas importantes a las acciones gubernamentales; al desarrollar temáticas relevantes en el seno de los medios masivos de comunicación y al esbozar fragmentos de una futura conciencia nacional. Es probable que este teorema tenga más validez en las naciones de corte mediano y pequeño del Nuevo Mundo, debido al desarrollo histórico de estos países, donde las elites son aún compactas, reducidas y sin mucha especialización interna. Pero de todas maneras se puede aseverar que la relevancia de los intelectuales, aunque de magnitud claramente decreciente en todos los países, sigue siendo mayor en América Latina que en las sociedades altamente industrializadas del norte, quizá porque en América Latina la especialización de roles y la diferenciación de funciones son menores que en las naciones más adelantadas.⁴ Hasta más o menos 1960-1970 se podía hablar de una función polivalente de los intelectuales latinoamericanos: fueron simultáneamente pensadores y políticos, escritores y diplomáticos, fundadores y líderes de partidos, inspiradores de ideologías y críticos de los sueños colectivos. Baste aquí recordar la notable influencia que en su día ejercieron Lucas Alamán, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, José Vasconcelos, Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri, Mario Vargas Llosa, y muchos otros más, en casi todos los países latinoamericanos.

Hasta hace pocas décadas era habitual, y hasta un motivo de orgullo para el país respectivo, tener a eminentes poetas y literatos en puestos consulares y diplomáticos: Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Alcides Arguedas, Octavio Paz, Carlos Fuentes y Jorge Edwards son algunos de los casos más conocidos. Hoy esto pertenece al pasado, pues los gobiernos pueden prescindir de este

² Octavio Paz, *Tiempo nublado*. Barcelona, Seix Barral, 1983, p. 152.

³ Cf. la gran obra de carácter comparativo de Nicola Miller, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*. Londres / Nueva York, Verso, 1999; Beatriz González Stephan, comp., *Cultura y Tercer Mundo*, vol. II, *Nuevas identidades y ciudadanías*. Caracas, Nueva Sociedad, 1996; Daniel Mato, comp., *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*. Caracas, Nueva Sociedad / UNESCO, 1994. Sobre la historia intelectual latinoamericana, en especial sobre el aspecto filosófico-político, cf. un valioso análisis temprano, que no ha perdido significación: Martin Stabb, *In Quest of Identity: Patterns in the Spanish American Essay of Ideas 1890-1960*. North California, Chapel Hill, 1967; para el caso concreto de Perú, cf. Hugo Neira, *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*. Lima, SIDEA, 1996.

⁴ Cf., por ejemplo, las reflexiones de José Joaquín Brummer, "Los cambios en la cultura y la civilización emergente", en *Universum. Revista de la Universidad de Talca*, vol. 2, 1997, pp. 23-32; Fernando Ainsa, "El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada", en *ibid.*, pp. 7-22.

tipo de intelectuales, ya que incluso los aspectos de prestigio y brillo sociales están vinculados con otros parámetros, mucho más materiales y menos espirituales.

Pero la importancia política y socio-cultural de los intelectuales, por ejemplo en la creación de nexos entre los partidos políticos y el campo de las ideas y programas, o recientemente en la contribución teórica a la construcción de una democracia moderna en el Nuevo Mundo sigue siendo una temática digna de renovados esfuerzos investigativos.⁵

En casi todos los campos donde quienes piensan y quienes escriben actúan se ha dado en poco tiempo una profunda transformación, y no sólo en aquel reducido ámbito donde los intelectuales más famosos mantenían nexos íntimos, aunque ciertamente difíciles, con el supremo poder político. Es muy posible que el clásico intelectual *generalista*, proclive al ensayo literario y nutrido por conocimientos históricos y teóricos de rasgos universalistas, se halle en estado de franca declinación, pero no de extinción, desplazado por el experto en tendencias *tecnocráticas*, y con una formación académica *especializada*, cuya praxis profesional está delimitada por las necesidades del mercado laboral.

Pese a los innegables procesos de modernización y globalización⁶ que experimentamos en la actualidad, esta transformación de los intelectuales, y la casi desaparición de sus funciones clásicas, conlleva también aspectos negativos. Trataré de *tematizar* este aspecto difícil de ser explicado en pocas palabras.

A comienzos del siglo *xxi*, y a pesar de los progresos democratizadores que se dan en el ámbito latinoamericano, se puede constatar una atmósfera general de desencanto y pesimismo, que es percibida con claridad en el ambiente socio-cultural. Se trata de una decepción que se debe, en última instancia, al desempeño nada promisorio de las variables económicas y político-institucionales. Existe otro motivo, aunque de menor significación, para este desencanto colectivo: una porción considerable de la intelectualidad latinoamericana ha dejado de lado su posición crítica y hasta contestataria para integrarse, con sorprendente facilidad, a las estructuras de poder de los regímenes neoliberales. Esto ha traído consigo una pérdida del potencial intelectual consagrado a la concepción de alternativas socio-políticas y a la corrección de malformaciones existentes.

Me parece importante insistir en esta problemática e ilustrarla con algunos ejemplos. Con respecto al caso específico de Bolivia escribe Omar Chávez Zamorano:

Los intelectuales son culpables de uno de los males más graves que sufre el país, que es la falta de visiones estratégicas. Bolivia no tiene rumbo por la ineptitud de la *intelligentzia* nacional que parece haber renunciado al oficio de crear ideas y dibujar horizontes. [...] Los partidos se han

⁵ Una de las obras más interesantes sobre esta temática sigue siendo el volumen compilado por María Susana Arrosa Soares, comp., *Os intelectuais nos processos políticos da América Latina*. Porto Alegre, Editora da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 1985, sobre todo los ensayos de Ángel Flisfisch, "Algunas hipótesis sobre la relación entre intelectuales y partidos políticos en Chile", en *ibid.*, pp. 12-21; Francisco C. Weffort, "A contribuição teórica dos intelectuais ao processo da construção de democracia", en *ibid.*, pp. 234-241, y la notable obra de Noam Chomsky, *La responsabilidad de los intelectuales*. Barcelona, Ariel, 1970.

⁶ Sobre este concepto de moda y en conexión con la temática aquí tratada, cf. Néstor García Canclini, *La globalización imaginada*. México, Pados, 1999; Manuel Antonio Garretón, *La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural*. Santiago de Chile, CESOC / LOM, 1999.

reducido a maquinarias electorales, y sus líderes no tienen vocación de gobernantes porque carecen de visiones de futuro. Pero no es justo responsabilizar a los políticos por esta ausencia de ideas que asola a la política nacional. Este vacío de ideas y visiones indica que uno de los engranajes de la maquinaria social o está funcionando mal o no funciona. Ese engranaje son los intelectuales.⁷

Como afirmé antes, el marco general de referencia y las relaciones de los intelectuales con las variadas instancias del poder político-institucional han cambiado de manera notable con respecto a la época anterior a 1980, cuando estaban vigentes el clima revolucionario, las ideas de la imprescindible reforma radical, y la fe en el progreso y la evolución histórica ascendente.

De la contraposición de dos proyectos civilizadores, fundamentalmente distintos —el anterior latinoamericano, basado en su mayoría en una imagen premoderna del mundo, y el estadounidense, que se fundamenta en un modernismo consumista—⁸ se ha pasado, en un lapso temporal muy breve, a la imitación indiscriminada, y a menudo con una justificación cínica, del llamado paradigma neoliberal y postmodernista.⁹ Y en esta empresa los intelectuales contemporáneos, como los catedráticos universitarios de ciencias sociales, han jugado un rol, aunque notable, no decisivo. Con frecuencia han estado y están desprovistos de un enfoque crítico, como era antes lo usual, aunque en forma muy parcial y dogmática, bajo la hegemonía del marxismo y de la Teoría Latinoamericana de la Dependencia.

Pero no hay duda que los intelectuales también han podido en fechas recientes influir positivamente en los procesos de cambio político, como sucedió en el caso chileno, cuando los intelectuales supieron construir centros de excelente reputación académica, con estabilidad institucional, y lograron actuar positiva y en forma permanente sobre la opinión pública¹⁰. Por desgracia, este año, la norma en el Nuevo Mundo no es la actitud chilena.

Admito que esta manera de criticar y hasta de censurar a los intelectuales adolece probablemente de precisión y base empírica. Curiosamente poco sabemos acerca de los acondicionamientos familiares, los prejuicios recurrentes y las ideas matrices que impresionan e inspiran a los intelectuales latinoamericanos, y nos quedamos, quizá, en meras presuposiciones. Una primera aproximación a la pregunta “¿De qué se nutren los intelectuales latinoamericanos?”, que sólo tiene

⁷ Omar Chávez Zamorano, “Los pensadores en huelga indefinida”, en *La Razón*, suplemento de *Ventana*. La Paz, 18 de marzo, 2001, p. 4.

⁸ Mariano Baptista Gumucio, *Latinoamericanos y norteamericanos. Cinco siglos de dos culturas*. La Paz, Artística, 1986; S. N. Eisenstadt, *Intellectuals and Tradition*. Nueva York, Humanities Press, 1973.

⁹ Para el caso chileno cf. Alfredo Jocelyn-Holt, *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*. Santiago de Chile, Planeta / Ariel, 1998, donde el autor, en tono pesimista, se hace la pregunta de qué han servido el análisis y la reflexión intelectuales a lo largo de las últimas décadas; cf., desde perspectivas distintas, Tomás Moulián, “Una reflexión sobre intelectuales y política”, en T. Moulián, *Democracia y socialismo en Chile*. Santiago, FLACSO, 1983, pp. 7-19; José Joaquín Brunner, *La función utópica de los intelectuales*, en M. S. Arrosa Soases, comp., *vid.* nota 5, pp. 22-31; J. J. Brunner, “Los intelectuales y la democracia”, en Ana M. Stiven, comp., *Democracia contemporánea*. Santiago, Universidad Católica de Chile, 1990, pp. 177-190.

¹⁰ Jeffrey M. Puryear, *Thinking Politics. Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*. Baltimore / Londres, Johns Hopkins U. P., 1994; Gastón García Cantú y Gabriel Careaga, *Los intelectuales y el poder*. México, Joaquín Mortiz, 1991. Faltan investigaciones de este tipo y esta calidad para la mayoría de los países latinoamericanos.

valor indicativo, nos informa que hoy día, en el terreno de la economía y de la política, los intelectuales leen sobre todo obras de origen estadounidense y, en un segundo lugar muy lejano escritos de proveniencia europea, antes que libros de la propia región. Las obras de temas puntuales y de corto alcance predominan claramente sobre los enfoques teóricos de gran aliento. Dietmar Dirmoser, el director de la revista *Nueva Sociedad*, aseveró tajante: “los paradigmas de la izquierda desaparecieron y no surgieron otros para reemplazarlos”.¹¹ También es interesante acotar que estas relaciones no son de doble vía: simbolizan más bien una nueva variante de la dependencia cultural del sur con respecto al norte, ya que en los países septentrionales poquísima gente lee obras de autores del sur en las áreas de las ciencias sociales y la filosofía.

Algunos factores primordiales parecen reproducirse en casi todos los grupos intelectuales a lo largo del tiempo, y en los más diversos ámbitos geográficos. Algo que siempre llamó la atención de los observadores extranjeros ha sido la inclinación de los intelectuales latinoamericanos a copiar las corrientes prevalecientes en los centros metropolitanos, y su horror a aparecer como anticuados. Esta tendencia, a veces de índole casi enfermiza, a adoptar la última moda de procedencia europea (o estadounidense, en la última generación) ha impedido quizá el florecimiento de creaciones intelectuales propias en el campo de la teoría y de la filosofía políticas. Y seguramente esta misma propensión es responsable también de la carencia de elementos originales en la praxis institucional-política de todos los países latinoamericanos. A ello ha contribuido de modo paradójico la creencia, nunca puesta en cuestión, de que los latinoamericanos han logrado casi siempre producir una adaptación innovadora, una reelaboración propia y una recreación original de los paradigmas metropolitanos. Esa curiosa seguridad en torno al carácter presuntamente autónomo del quehacer intelectual latinoamericano ha impedido percibir con más sobriedad y realismo aquella producción teórica latinoamericana que parecía encarar lo más avanzado del pensamiento en el área política e institucional. Esa misma certidumbre casi dogmática ha evitado analizar con más profundidad las mentalidades predominantes.

Todo esto ha engendrado una elemental ambigüedad ético-política en el seno de la intelectualidad consagrada a asuntos públicos, ambigüedad que incluye una deshonestidad existencial, que tiende a consolidar el espíritu imitativo en los campos del pensamiento teórico y la praxis política. Así como el marxismo y las corrientes afines (por ejemplo la Teoría Latinoamericana de la Dependencia) constituían el marco indubitable de referencia en décadas pasadas, hoy día el neoliberalismo y la filosofía postmoderna parecen configurar el paradigma obligatorio, el *main stream* del cual es necio, improductivo e innecesario distanciarse. Es plausible que la derrota del marxismo y del socialismo nunca fue bien digerida, porque el mismo espíritu acrítico ha sido el responsable de la fácil adscripción de los latinoamericanos al neoliberalismo o a la moda siguiente, al populismo, al indigenismo o a la ahora módica impugnación del neoliberalismo.

La mentalidad prevaleciente en numerosos ámbitos intelectuales y universitarios latinoamericanos parece ser mayormente una posición acomodaticia, de corto plazo y oportunista.¹² Las corrientes de izquierda han carecido, por ejemplo, de una visión diferenciada de fenómenos como el

¹¹ Dietmar Dirmoser, “Seguida página”, en *Nueva Sociedad*, núm. 170. Caracas, noviembre / diciembre, 2000, pp. 3 y ss.

¹² Cf. James F. Petras, “The Metamorphosis of Latin America’s Intellectuals”, en *Latin American Perspectives*, vol. 17, núm. 2, pp. 102-112.

mercado y la democracia representativa, y han pasado sintomáticamente de un rechazo dogmático a una aceptación oportunista, lo que conlleva la tácita renuncia —jamás lamentada— de la clásica dimensión progresista de igualdad y solidaridad.¹³ Se percibe también una carencia en la reflexión acerca de temas éticos, que debería ser una tarea permanente entre los intelectuales.¹⁴

Pero también es imprescindible consignar buenas noticias. La sociedad contemporánea del conocimiento y la información, por un lado, y el surgimiento de nuevas desigualdades, junto con identidades cambiantes y precarias, por otro, nos muestran la significación y el peso de profesiones, actitudes y valores que están íntimamente vinculados al área cognitiva y, por consiguiente, al ámbito intelectual, en el sentido más amplio. En los medios masivos de comunicación social parece darse una oportunidad nada despreciable para emplear a intelectuales *generalistas*, capaces de brindar análisis y comentarios destinados al gran público. Es evidente que esta función está ligada a una remarcable posibilidad de influir sobre la opinión pública y sobre el diseño de políticas gubernamentales, aunque estos puestos estén signados por la inseguridad. En el terreno del diseño institucional y de la ingeniería política parece existir una considerable demanda de intelectuales formados en ciencias sociales y politología. Este es el terreno donde los expertos comparten con los intelectuales clásicos algunas características como la discusión de alternativas y el aprovechamiento de experiencias externas. La decadencia de la universidad, el desplazamiento de casi todo esfuerzo investigativo a centros privados, y la aparición de un nuevo tipo de mecenazgo, financiado por la empresa privada, modifica también, por obvias razones, temas y modos de investigación, que no siempre coartan la libertad del investigador y no siempre imponen un modelo único de pensamiento.¹⁵

Por otro lado se advierte un claro incremento del ámbito *tecnocrático*. Esta *cultura de las asesorías y de los dictámenes expertos* es notoria sobre todo en la esfera económico-financiera.¹⁶ Se presenta a sí misma como la encarnación de la objetividad científica y la neutralidad ideológica, pero parte *a priori* de normas y presunciones que son consideradas como de obvia validez, cosa reñida con todo principio genuinamente científico. Por ello un análisis de las actuales modalidades de las interacciones entre intelectuales y poder, o entre expertos y formulación de políticas públicas, constituye todavía una problemática importante.

En este contexto hay que mencionar algunos terrenos poco estudiados en décadas pasadas y que ahora merecerían ser investigados dentro de nuestro tema. Tal es el caso de las causas profundas de la declinación de las izquierdas latinoamericanas y el debilitamiento concomitante del otrora fuerte vínculo entre intelectualidad y movimientos progresistas de muy distinto género y consistencia, que no han sido debatidos de manera exhaustiva.¹⁷ Otro caso interesante de estudio es la auto-

¹³ Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio, passim*. Madrid, Siglo XXI, 1989; Francois Bourricaud, *Los intelectuales y las pasiones democráticas*. México, UNAM, 1989.

¹⁴ Para el caso boliviano cf. Omar Chávez Zamorano, "La desorientación ética de los nuevos intelectuales", en *Pulso*, vol. 2, núm. 105, p. 6. La Paz, 27 de julio, 2001.

¹⁵ Fernando Mires, *Teoría política del nuevo capitalismo o el discurso de la globalización*. Caracas, Nueva Sociedad, 2000, pp. 97-103.

¹⁶ Cf. Miguel A. Centeno y Patricio Silva, comps., *The Politics of Expertise in Latin America*. Londres / Nueva York, Macmillan / St. Martin's Press, 1998.

¹⁷ Cf. Carlos M. Vilas, "La izquierda latinoamericana. Búsquedas y desafíos", en *Nueva Sociedad*, núm. 157. Septiembre / octubre, 1998, pp. 64-74; Roderic Ai Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*. México, FCE, 1988.

imagen y la auto-interpretación de algunos intelectuales de izquierda que han tenido un rol político protagonista, a pesar del cual se advierte en ellos su perplejidad ante la problemática actual.¹⁸ Atención particular merece también el rol de los intelectuales como manipuladores de valores en los partidos políticos, incluidos muy especialmente los progresistas. Un caso paradigmático ha sido el Partido Aprista Peruano (PAP), partido de tendencia socialdemócrata y consagrado a la modernización del Perú en todo sentido, pero que en su interior reproducía —o sigue reproduciendo— constante y de manera premeditada, por la acción de sus intelectuales, valores de orientación premodernos, pseudo-religiosos y hasta irracionales, como el *mito del refugio*, la veneración ciega de los líderes y la dicotomía amigos / enemigos para comprender la diversidad social.¹⁹ Este caso, obviamente, no es único.

Por otro lado hay que profundizar los estudios en torno al rol de los intelectuales en el seno de los medios contemporáneos de comunicación social, precisamente considerando su carácter masificado y tendencialmente apolítico,²⁰ así como su comportamiento frente a la creciente manipulación político-cultural de dilatados fenómenos de masas, como el deporte y el espectáculo.²¹

Es paradójico que falte una investigación acerca de los principales valores de orientación de los intelectuales, cuyo núcleo quizá no ha variado gran cosa en las últimas décadas. Una posible muestra de ello es el carácter persistentemente escolástico de las universidades latinoamericanas, públicas y privadas, que se asemejan más a las *altas escuelas* medievales que a instituciones de auténtica investigación científica, consagradas a divulgar la universalidad del pensamiento y no a practicar delimitados conocimientos técnicos.²² Es posible que los intelectuales encarnen curiosamente los valores más convencionales de la tradicional cultura política latinoamericana, incluyendo algunos elementos de autoritarismo.²³ En todo caso muchos intelectuales tienden a un invariable oportunismo, privilegian la astucia sobre la inteligencia y las modas culturales sobre el análisis científico serio.²⁴

Hay que repensar el cambio drástico de la imagen de Estados Unidos en la mentalidad prevalente entre los intelectuales latinoamericanos en los últimos quince a veinte años, así como la

¹⁸ Cf. Sergio Ramírez, *Adiós muchachos. Una memoria de la revolución sandinista*. México, Aguilar, 1999.

¹⁹ Cf. la gran obra de antropología social, basada en amplios materiales empíricos y documentales: Imelda Vega-Centeno, *Aprismo popular. Cultura, religión y política*. Lima, Tarea / CISEPA, 1991; cf. también Alberto Adrianzén, "Perú. Adiós a la izquierda", en *Nueva Sociedad*, núm. 157. Septiembre / octubre, 1998, pp. 75-86.

²⁰ Cf., entre otros, el número monográfico de *CONUUBUCIGNES*, vol. Km., núm. 2 = 50. Buenos Aires, abril / junio, 1996, dedicado al tema "Medios de comunicación en tiempos de cambio", especialmente los ensayos de José Joaquín Brunner, "Comunicación y política en la sociedad democrática", en *ibid.*, pp. 7-18; Eduardo Fernández, "Medios de comunicación: ¿sustitutos de la actividad política?", en *ibid.*, pp. 19-31; Patricia Leñero, "Tecnopolítica, cultura y mercado en la sociedad mediática", en *ibid.*, pp. 89-103.

²¹ Cf. Carlos Monsiváis, *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona, Anagrama, 2000; Fernando Escalante Gonzalbo, *El principito o el político del porvenir*. México, Cal y Arena, 1994.

²² Manfred Mols, *Demokratie in Lateinamerika (Democracia en América Latina)*. Stuttgart, Kohlhammer, 1985, p. 114.

²³ *Ibidem*, pp. 124-132. Cf. también Howard J. Wiada, *Democracy and Its Discontents. Development, Interdependence, and U.S. Policy in Latin America*. Londres, Rowman & Littlefield, 1995.

²⁴ Cf. un testimonio temprano, Pedro Demo, *Intelectuales e vivaldinos. Da crítica acrítica*. San Paulo, Ed. ALMED, 1982, pp. 89-123; Gabriel Zaid, "Intelectuales", en *Vuelta*, núm. 168. México, noviembre, 1990, pp. 21 y ss.

imagen concomitante que los latinoamericanos construyen de sí mismos frente a Europa y Estados Unidos. Las alteraciones a este respecto son sintomáticas para comprender los notables cambios de mentalidad colectiva que se han dado en las últimas décadas, y que afectan, en primer lugar, el imaginario de los intelectuales²⁵ y la paradójica facilidad con la cual destacados intelectuales progresistas fueron cooptados por regímenes neoliberales, ingresando a altos cargos de la administración pública y la diplomacia.

Esto tiene que ver también con un elemento que no ha sido estudiado a fondo: la fascinación que el ejercicio del poder ha ejercido siempre sobre los intelectuales, independientemente de su posición ideológica. Según Octavio Paz, “los intelectuales han estado obsesionados por el poder, antes que por la consecución de riqueza, y [añade], “naturalmente” antes que por la expansión del saber”.²⁶

Especial atención merece el rol de los intelectuales en los últimos años, cuando el paradigma neoliberal empieza a resquebrajarse y varios miembros de este grupo redescubren sus ideales críticos con respecto al capitalismo, y cuando la apatía y la despolitización que produjo el neoliberalismo se traducen en una nueva ola de liderazgos populistas, mesiánicos y autoritarios, ola reivindicada por no pocos intelectuales.²⁷

Será interesante averiguar las causas por las que los intelectuales han descuidado (casi sistemáticamente) a lo largo de las últimas décadas dilatadas áreas de la relación entre teoría y praxis, entre el saber especializado y el quehacer cotidiano, como son la estructura y las manifestaciones de la tradicional cultura política del autoritarismo (fenómeno estudiado casi de manera exclusiva por especialistas provenientes de otras áreas geográficas); la interrelación entre la religión y las creencias populares, por un lado, y la conformación de pautas recurrentes de comportamiento socio-político, por otro; la maraña de trámites y regulaciones burocráticas que dificultan la vida del ciudadano común; y se han consagrado a otras áreas (con un frenesí tardío, sintomático y sospechoso), cuando éstas han sido previamente declaradas como campos de estudio y acción por instituciones internacionales como el Banco Mundial. Entre estas temáticas se hallan, sobre todo, la problemática ecológica y del medio ambiente, la reforma del poder judicial, los alcances de la sociedad civil,²⁸ y el complejo y ubicuo fenómeno de la corrupción.

²⁵ Robert Russell, “The Image of the United States in Latin America”, en Wolfgang Reinhard y Peter Waldmann, comps., *Nord und Süd in Amerika. Gegensätze, Gemeinsamkeiten, europäischer Hintergrund* (Norte y sur en América. Cotradicciones similitudes, trasfondo europeo), vol. II. Freiburg, Rombach, 1992, pp. 977-985; Marga Graf, “Zivilisation und Barbarei. Zur Selbstdarstellung Lateinamerikas gegenüber Europa” (“Cilización y barbarie. Sobre la autorrepresentación de América Latina frente a Europa”), en *ibid.*, pp. 999-1010.

²⁶ Octavio Paz, *El ogro filantrópico*. Barcelona, Seix Barral, 1979, p. 324.

²⁷ Sobre esta compleja temática cf., entre otros, Luis E. Madueño, “Crisis y descomposición de la política en América Latina”, en *Revista Venezolana de Ciencia Política*, núm. 12. Mérida, 1997, pp. 31-56; César Cansino y Ángel Sermeño, “América Latina: una democracia toda por hacerse”, en *Metapolítica*, vol. I, núm. 4 (=10-12). México, 1997, pp. 557-571; Norbert Lechner, “A la búsqueda de la comunidad perdida. Los restos de la democracia en América Latina”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 9 (= 129), pp. 569-581; José Antonio Rivas Leone, “Repensar la democracia. Una lectura de Nortert Lecfner”, en *Nueva Sociedad*, núm. 170, noviembre / diciembre, 2000, pp. 6-12.

²⁸ Sobre los más diversos aspectos de la sociedad civil cf. la exhaustiva obra de Martín Lauga, *Demckratietheorie in Latienamerika. Die Debate in den Sozialwissenschaften* (La teoría de la democracia en América Latina. El debate en las ciencias sociales). Opladen, Leske + Budrich, 1999, pp. 265-296.

Para finalizar podemos retomar el resultado de la amplia investigación de Nicola Miller acerca de los intelectuales hispanoamericanos en el siglo xx. Una imagen sopesada de los mismos nos muestra que no son los únicos responsables por los defectos y las carencias de las identidades nacionales y de la cultura política, que su rol ha sido importante, sin ser decisivo, y que sus inclinaciones más íntimas estuvieron a menudo exentas de un espíritu crítico e independiente, pero también podemos concluir que hicieron un aporte sustancial a la creación de las identidades colectivas, y que a menudo supieron brindar una visión veraz y desapasionada de sociedades signadas por el atraso histórico y simultáneamente por la complejidad social.²⁹

²⁹ Nicola Miller, *op. cit.*, nota 3.

Anotaciones sobre el conocimiento antropológico en América Latina

Sergio Ricco

Sin lugar a dudas la antropología en América Latina ha logrado avances importantes en el conocimiento y explicación de sus poblaciones, sobre todo de aquellas de carácter originario. Sin embargo, al igual que el objeto propio de su reflexión, los pueblos originarios tienen distintos ritmos y formas diferentes de manifestarse, tanto en la acumulación de conocimientos y en los procesos de formación de cuadros profesionales, como en las instituciones destinadas a ser repositorios del patrimonio cultural en distintas naciones y en aquellas orientadas hacia el *desarrollo* de sus contingentes indígenas.

Sobre los orígenes de la disciplina

El estudio de los elementos particulares —exóticos— de las poblaciones no asimiladas en un principio, no incorporadas más tarde, o no integradas posteriormente, posee una larga tradición en los países latinoamericanos. Sin embargo, pese a esta circunstancia, hoy día no se cuenta con una historiografía precisa en la región¹, que dé cuenta de los estudios que sobre las poblaciones indias se han generado en distintos países.

Tentativamente, podemos señalar que en sus inicios hubo un largo periodo de trabajos no sistematizados sobre aspectos *extraños* de las poblaciones nativas, caracterizados más por el asombro o por la curiosidad que por el rigor disciplinario. Es quizá hasta el arribo del positivismo cuando comienza la formalización de la disciplina y comienzan a formularse distinciones conceptuales respecto a otras ramas del conocimiento científico. Comienza a realizarse una recopilación de las costumbres, de las formas organizativas y a efectuarse un intento de ubicación temporal de los hallazgos arqueológicos, muchas veces marcando grandezas de resabios de civilización que contribuyeron ideológicamente al nacimiento de los jóvenes Estados nacionales latinoamericanos.

¹ Hay esfuerzos importantes, por ejemplo, en Carlos García Mora, *La antropología en México. Panorama histórico*, 13 tt. México, INAH, 1988, y Manuel Marzal M., *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*. Barcelona, Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana, 1993. Hay una lista mayor de autores que desde la década de 1950 mantienen una preocupación por establecer la cronología en la disciplina, pero en mi opinión, de lo que aún carecemos es de un esfuerzo comparativo de las similitudes que acontecen en nuestra disciplina en distintos países y regiones y en el ámbito general latinoamericano. Esta labor debe contemplar una genealogía propia de los estudios, momentos coyunturales, adaptación de teorías dominantes y una evaluación del propio avance de la disciplina.

De manera muy rápida señalo la presencia del positivismo como el primer punto de inflexión hacia una sistematización del trabajo que hoy podríamos denominar antropológico, aunque a finales del siglo XVIII, inspirados en la Ilustración, algunos intelectuales se plantearon la independencia y la formación de una nación nueva, imbuidos por el asombro de las civilizaciones prehispánicas. Sin embargo, los pueblos y comunidades descendientes de estas grandes civilizaciones fueron vistos con recelo y hasta con desdén, entendidos como un obstáculo para la nueva empresa. La profesionalización fue tardía. Lo que podríamos llamar *conocimiento antropológico* estuvo en manos de sectores criollos nacionales, la mayoría de las veces como una actividad aledaña a otras profesiones, médicos, abogados, literatos, en una tradición de miscelánea, que poco hemos estudiado y que exige un detenimiento más preciso en los distintos países.

México es, quizá, el país en el que se presenta un mayor número de profesionales y de instituciones sobre la disciplina. Una hipótesis que puede servir para otras latitudes reside en los grandes movimientos sociales, como acicate para la definición de líneas. En el caso de México, el movimiento de 1910 crea una reformulación de los estudios de miscelánea y del tratamiento de las llamadas *antigüedades*,² que no dejan de ser objeto de estudio y de formación de núcleos de interés. Pero lo más importante es que coloca al indio en una nueva discusión teórica y política.

Indigenismo y antropología mexicana

De manera muy rápida se puede asegurar que la temática preeminente, en sentido etnológico y en toda América Latina, es la del indigenismo,³ y los postulados del indigenismo mexicano son materia de exportación. Este periodo podría situarse alrededor de 1920 a 1970.⁴ Posteriormente coincidieron los movimientos de corte popular, con la presencia estudiantil y, en algunas latitudes, sobre todo en el Cono Sur, con un ingrediente proletario. Y donde también se presenta una similitud es en la discusión del marxismo, en sus muy distintas tradiciones y variantes.

En América Latina, durante la década de 1960, se recuperan las adaptaciones que sobre el marxismo hicieron Franz Fannon⁵ y Alberto Nemmi,⁶ fundamentalmente por su crítica al colonialismo y al neocolonialismo en África y por la recuperación de marxistas latinoamericanos como Ruy Mauro Marini, Enrique Cardozo, René Zavaleta, Pablo González Casanova. Recordemos que este

² Este es el punto de partida de la historia oficial que señala el surgimiento de una disciplina dinámica como producto de un movimiento social. Al respecto, tengo mis dudas, pero no se puede dejar de lado que años después, el movimiento de 1910 es el pretexto para la creación de organismos como el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1939, casi en paralelo, la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Como propuesta del cardenismo se constituye el Instituto Indigenista Interamericano, en 1940 y, una década más tarde, del Instituto Nacional Indigenista, en 1948. Como se ve, no es automático que a un movimiento social corresponde la formación de un organismo público.

³ Por indigenismo se puede entender el discurso de los no indios sobre los indios para los no indios. Ha sido, sin duda, una prédica desde el poder y para el poder, con matices y con presencias en distintos aspectos de los que este discurso es emitido desde el criollismo.

⁴ Siguiendo la propuesta historiográfica de M. Marzal M., *op. cit.*, y a Henry Favre, *Indigenismo*. México, FCE, 1998.

⁵ Franz Fannon, *Los condenados de la tierra*. México, FCE, 1965.

⁶ Alberto Nemmi, *El retrato del colonizado*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1966.

último fue promotor de la idea del colonialismo interno, aún vigente. Se trata, en síntesis, de la discusión y explicación a partir de la teoría de la dependencia, que bien podría explicar la situación de los Estados nacionales con respecto a las poblaciones originarias, aunque estas formas de marxismo, adaptadas a explicar América Latina, coexistían —no sin pugnas— con las formas dogmáticas de entendimiento de la realidad social, establecidas en los manuales de la Academia de Ciencias de la URSS, o desde el más ramplón positivismo, ambas matrices áridas y estériles.

Pero también reprodujo una lectura directa de Marx⁷ en relación con los objetos teóricos que surgieron a finales de los años sesentas y que se privilegiaron hasta inicios de los ochentas, entrando actualmente en una especie de abandono.

Me parece que el movimiento campesino y la cuestión agraria, así como el movimiento obrero y su expresión en la cultura popular, tuvieron un fuerte acento en América Latina al coexistir con las llamadas escuelas nacionales de antropología, que tenían un carácter metropolitano. Tuvieron, pues, gran influencia entre ellas, aunque no sin conflicto. De este modo tenemos la escuela británica asociada al estructural funcionalismo; la escuela francesa identificada con el estructuralismo y más precisamente con Lévi-Straus, y la escuela estadounidense relacionada con el culturalismo. En algunas áreas de Sudamérica, como en Paraguay, Argentina y el oriente boliviano, la escuela alemana de la fenomenología tuvo vigencia.

En el caso mexicano se tenía la escuela mexicana de antropología, que era casi sinónimo de indigenismo, con figuras como Manuel Gamio, Alfonso Caso y Gonzalo Aguirre Beltrán.⁸ Quizá sea el indigenismo de Estado lo que deferencia a la antropología hecha en México de la del resto de las antropologías de América Latina. Incluso es posible afirmar que el desarrollo antropológico ha sido más vigoroso en el caso de México que en el de otras ciencias sociales, como la sociología, cosa que no sucedió en Brasil ni en Argentina.

La antropología en México se ha desarrollado dentro de un rico y variado patrimonio cultural de raíces prehispánicas. Por más que se ha intentado borrar este pasado continúa presente, y sigue existiendo una gran cantidad de comunidades lingüísticas indígenas con sus múltiples variantes dialectales; la presencia del contingente indígena atraviesa el país y presenta numerosos elementos de expresión en la cultura popular. La *materia prima* de la antropología está a flor de tierra, y es parte de la experiencia cotidiana de la población nacional. Esto sucede en otros países latinoamericanos que pertenecen al área mesoamericana, así como en los países del área andina, en los que, a diferencia de México, lo antropológico *a flor de tierra* no se ha acompañado de instituciones nacionales actualmente en declive.

Otra característica de distinción de la disciplina en México es que el Estado, desde el porfiriato, es el que ha organizado el discurso antropológico, con actividades académicas en el Museo Nacional, pasando por los *grandes problemas nacionales* de Andrés Molina Enríquez y las instituciones cardenistas, hasta la fundación de los diversos instrumentos indigenistas. Así, el Estado mexicano ha sido uno de los principales interlocutores de la actividad antropológica.

⁷ De Marx, aparte de los trabajos clásicos como *El capital*, se tuvo una lectura de importancia sobre las *formen* (formaciones económicas precapitalistas).

⁸ Andrés Fábregas Puig, *Los años estudiantiles (1965-1973)*. México, Universidad Intercultural de Chiapas / El Colegio de San Luis / Universidad de Guadalajara, 2005.

La segunda mitad de la década de 1960 marcó el fin de una etapa de más de un cuarto de siglo de relativa estabilidad en México. Un indicador significativo del inicio de la crisis, que parece permanente, fue el descenso en que se mantiene la producción agrícola, la cual está por debajo del incremento de población, y provoca la importación masiva de alimentos, incluso de aquellos de gran importancia cultural como el maíz, originario de estas tierras mesoamericanas. No está por demás señalar que la producción local de maíz no soportaría la demanda, en tanto que la población mexicana, incluida la rural, está consumiendo este grano de orígenes genéticos inciertos. En el mismo sentido se presenta un desbordado desarrollo de los centros urbanos, plenos de informalidad, en los que lo indígena está patente en el paisaje de los cinturones de miseria. Este fenómeno corresponde a una reconversión del sector primario en terciario, en un periodo muy corto de tiempo, lo cual, si bien ha llamado la atención de los antropólogos, no ha sido una línea constante y menos aún la dirección que el sector terciario tiene actualmente en América Latina.

En los años setentas aún se podía señalar la migración campo-ciudad; hoy, la migración es hacia la informalidad, en su muy amplia gama, en la medida en que no se ha constituido un sector secundario que garantice el mercado interno.

Contribución metropolitana

Una característica que se comparte con otras latitudes en América Latina es que el desarrollo de la antropología y su consolidación institucional responden a grandes proyectos de investigación dirigidos por instituciones académicas con universidades y organismos de países centrales. Tales son los casos del Proyecto Chiapas, de la década de 1960, realizado por la Universidad de Chicago y del Proyecto Michoacán, también de esos años, llevado a cabo por la Universidad de Harvard. Algo similar sucede en el área andina con el proyecto Perú-Cornell, con los quechuas de Vicos, que trabajó en Ecuador, Perú y Bolivia proyectos que contribuyeron a la formulación del Plan Nacional hacia la integración de la población aborigen.⁹

La antropología en México también ha estado ligada a megaproyectos de infraestructura. Al respecto, revítese la cuenca del Papaloapan, de los años cincuentas, y el proyecto de Tepalcatec, de los años sesentas. Este tipo de proyectos, además de ejemplificar instituciones creadas durante la postrevolución, se garantizó un trabajo remunerado y estable a un buen número de antropólogos, con lo que se logró constituir un gremio. La tradición se centró en los estudios de campo de micro-región y de comunidad, que tenían como eje los procesos de cambio social y cultural, ya sean los acontecidos o por inducir o dirigir.¹⁰ Con esta tendencia se puede decir que la antropología y los antropólogos tienen expresión concreta en prácticamente todas las regiones del país, en instituciones encargadas de la política social y en los debates de ciencias sociales. Pero en la actualidad no es posible hablar de una comunidad antropológica nacional, sino más bien de núcleos y contradicciones institucionales.

⁹ M. Marzal, M., *op. cit.*, p. 55.

¹⁰ Esteban Krotz, "Antropología y antropólogos en México. Elementos de balance para construir perspectiva", en Lourdes Arizpe y Carlos Serrano, *Balance de la antropología en América Latina y el Caribe*. México, UNAM, 1993, p. 364.

Paradójicamente la explosión de los estudios antropológicos y de formación de antropólogos ha creado, desde la década de 1980, un cambio y una amplísima diversificación en la orientación de los trabajos,¹¹ y un perfil difuso dentro de los propios profesionales.

El tema hegemónico de la antropología de los años veinte a los años setentas del siglo xx fue, sin duda, el de la población rural, en especial la indígena. Pero a partir de la década de 1980 los estudios sobre lo étnico, la expresión cultural de las etnias y el carácter del campesinado en la formación social han perdido centralidad por parte de las agencias del Estado nacional. La unidad doméstica, la organización económica, política y social de las comunidades, las relaciones con el mercado, fueron focos centrales de investigación y debate. El auge de los estudios sobre el campo y sus derivados, como la migración, la discusión entre *campesinistas* y *descampesinistas*, la *multilinealidad* en las estrategias campesinas e indígenas, e inclusive los estudios urbanos, se frenó en los años ochentas, coincidiendo con el gobierno de Miguel de la Madrid.¹²

A partir de la década de 1980 se presentó una asimetría entre la docencia y la investigación, como también entre la formación y el ejercicio profesional fuera de los recintos académicos. Paradójicamente se crearon varias escuelas de antropología e instituciones dedicadas al estudio del patrimonio cultural, pero no contaron con la infraestructura necesaria para realizar investigación, y no tuvieron un perfil académico aceptable dentro de sus cuadros profesionales. Durante esta década y la siguiente sería muy difícil precisar un debate científico y social en relación con los sectores populares.

Pese al sinnúmero de congresos, coloquios, *simposios*, y demás eventos académicos, no hay suficiente precisión de las temáticas y se percibe un retorno a los estudios de miscelánea. Ello coincide con una mayor presencia de las políticas de *modernización* en los espacios académicos.¹³

Problemáticas nuevas

Las décadas de 1960 y 1970 fueron muy ricas en la definición de nuevos problemas nacionales y en sus formas teóricas de abordaje. Se rompe con los modelos *economicistas*; se introducen temas nuevos dentro del marxismo, como el de la *multilinealidad*,¹⁴ y se trabaja en torno a la ecología cultural. Hay esfuerzos por una caracterización del modo de producción capitalista en situación

¹¹ Entre los colegas se señala que la diversidad de temáticas ha implicado un empobrecimiento de la calidad, lo cual sólo podrá demostrarse a partir de un análisis de contenido de los trabajos terminados. Lo que es cierto es que se han abandonado los grandes problemas nacionales como temática.

¹² Miguel de la Madrid, presidente de México (1982-1988), es el iniciador del modelo de política económica que tiene como eje el adelgazamiento del Estado, y en consecuencia deja morir por inanición financiera a las instituciones destinadas a la protección del patrimonio y a la investigación científica de la población.

¹³ Es en los años noventas que el CONACYT impulsa los estímulos en las universidades y centros de investigación, propiciando, a juicio de un buen número de profesionales, la fractura de equipos de trabajo, el individualismo en el quehacer profesional y generando cantidad sobre calidad, ya que es por el número de ponencias, artículos, participaciones en eventos es que se accede a los financiamientos. Este es un aspecto que sólo ha quedado en la denuncia y sobre el que poco se ha trabajado en lo relativo a los impactos sobre el desarrollo efectivo en las ciencias.

¹⁴ Se inscribe la discusión sobre el modo asiático de producción, que reorienta la teoría antropológica.

periférica y sobre la función económica y política del Estado nacional. Todo ello dentro de la crítica global al sistema de dominación. También se da un redescubrimiento de la diversidad nacional.

Sin duda alguna, la perspectiva antropológica se expande hacia otras disciplinas, y es así que entre los sociólogos politólogos, historiadores y economistas puede observarse un sesgo antropológico. Podría parecer exagerado, pero el antropólogo de esos años era capaz de establecer diálogo y debate con el resto de los científicos sociales, particularmente con agrónomos, ecólogos y geógrafos. Este tipo de estudios ha sufrido cierto abandono.

En la década de 1980 se presentó una explosión temática que se mantiene. Aparecen estudios sobre las iglesias y la religiosidad; sobre género, sobre el proceso salud-enfermedad; temáticas en torno a la educación formal e informal; sobre educación indígena, así como trabajos de historia cultural que intentan explicar los movimientos sociales y políticos. Incluso surgen trabajos en torno a partidos políticos y procesos electorales. En sentido antropológico, la identidad¹⁵ de minorías y sectores sociales cobra un nuevo impulso.

En los últimos veinte años se observa una descentralización de lo que podría llamarse la tradición teórica de la antropología mexicana, en la cual estaría en juego la identidad misma de la disciplina.

Esta gran diversificación de tópicos y temáticas no ha producido un debate propiamente antropológico ni se ha generado una discusión sobre el carácter de la investigación en las instituciones académicas. Tampoco se ha reflexionado sobre la definición y evaluación de los programas de desarrollo. Con esto no afirmo que el debate no se haya generado, pero no se trata de un debate sistemático que atraiga el interés del grueso de los profesionales.

Pese al carácter *institucional* de la antropología mexicana, desde la mitad de la década de 1980 a la fecha, la relación entre academia antropológica y programas de desarrollo gubernamentales ha estado divorciada.

Estudios antropológicos en Colombia y Perú

La década de 1970 marca una ruptura con las tradiciones antropológicas previas en cada país, y ello se debe, como hipótesis, a la irrupción del marxismo en los centros académicos de formación de científicos sociales, así como a los cambios ocurridos en el comportamiento político de los *objetos* de estudio y a la actitud crítica de los nuevos profesionales.

La antropología es vista como un instrumento colonial, y es en esta década cuando surgen movimientos populares, particularmente en el ámbito rural, que, como en el caso de Colombia, intentan recuperar los intereses campesinos e indígenas. En 1972 se creó la primera organización indígena de carácter reivindicativo: el Consejo Regional Indígena del Cauca. Los planteamientos de esta organización influyen en los jóvenes estudiantes de antropología, y el indio, durante este tiempo,

¹⁵ De manera sintética, por identidad, en sentido antropológico, se puede entender el complejo proceso histórico que en el tiempo y el espacio presenta a los individuos y a las comunidades frente a contextos sociales mayores con niveles de diferenciación de corte polivalente y consciente. En situaciones de asimetría, los procesos de construcción de la identidad, por regla, acarrear tensión.

deja de ser un objeto de estudio pasivo y lejano para convertirse en un sujeto activo, entendido en su propia historia y en la historia nacional.¹⁶

En el caso de México tenemos la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) y la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP); en Bolivia el katarismo, y así sucesivamente en los distintos países de América Latina se presentan movimientos sociales que reivindican su independencia de las organizaciones tradicionales del Estado, e incluso de los partidos políticos.

En Colombia, la influencia de Paul Rivet,¹⁷ el evolucionismo y el *difusionismo*, propios de las primeras décadas del siglo XX, sufrieron una ruptura ideológica y generacional. Los nuevos planteamientos, en efecto, intentaron plantear la problemática de las comunidades indígenas y campesinas dentro de la dinámica nacional, pero esta aspiración quedó trunca debido, sobre todo, a las dificultades de la correlación entre el quehacer antropológico académico y la rigidez de las agencias estatales, situación que ha provocado desajustes entre proyectos de conocimiento científico y reclamos de orden político.

Parece que en Colombia se tendrían dificultades serias para una sistematización del quehacer antropológico, y se presenta, al igual que en otros países de la región, una amplia dispersión en la disciplina.

Los padres fundadores del quehacer antropológico, y sobre todo del indigenismo en el Perú, fueron Hildebrando Castro Pozo, José Carlos Mariátegui y Luis Valcárcel, nombres conceptuales y puntos de referencia del indigenismo moderno, que tienen que ver con estrategias de Estado como la evolución sociopolítica de la población originaria, el problema de la tierra y la situación cultural y lingüística del país.

Hay un reconocimiento, sobre todo a partir de Mariátegui, de que el problema del indio más que pedagógico es económico y social. En específico se trata de un problema de tierra. Con Valcárcel es la necesidad de resolver una situación entre dos naciones, sublimando a la india. Lo indio es lo que puede salvar a la nación de los vicios, y se propone promover el resurgimiento indígena. Una vía es el fomento de la educación. Castro Pozo recupera la comunidad en su unidad económica y en el trabajo socializado, extirpando los vicios coloniales. El punto de partida es que el indio no debe ser incorporado a la vida civilizada, sino que es la civilización occidental la que debe incorporarse a la vida de este grupo humano que ha contribuido con brillo a la cultura universal.¹⁸ Sin embargo, en la práctica, el modelo a seguir, por ejemplo, en el programa de la Universidad de Cornell, en Vicos, fue el de estudiar las leyes y técnicas del cambio social dirigido. La real dirección estuvo a cargo de Allan R. Holmberg, profesor de Cornell.

Al igual que en otras latitudes de América Latina, el indigenismo integracionista peruano es acusado de etnocida. Se critican las instituciones y se destaca la necesidad del *poder indio*. Se propone la autogestión de los grupos, el derecho a su cultura y a su idioma.¹⁹ Renace la utopía del

¹⁶ Miriam Gimeno Santoyo, "La antropología en Colombia", en Lourdes Arizpe y Carlos Serrano, *op. cit.*, p. 387.

¹⁷ Etnólogo francés fundador del Museo del Hombre en París. Precursor del Instituto Etnológico Nacional (Colombia, 1941). Su perspectiva teórica fue una suerte de *difusionismo* y evolucionismo. Es conocido por su texto *Los orígenes del hombre americano*. México, FCE, 1960, donde demuestra migraciones de Oceanía a América.

¹⁸ José Tamayo Herrera, *Historia del indigenismo cusqueño. (Siglos XVI-XX)*. Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1980, citado por M. Marzal M., *op. cit.*

¹⁹ Cf. Stefano Várese, "Consideraciones de antropología utópica", en *Textual*. Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1971.

Tawantinsuyu, pero aparte de la idealización está el planteamiento de las clases sociales en los movimientos indígenas: ya no es necesario preparar a las poblaciones indígenas para aceptar las ventajas de la cultura occidental, sino organizarlas para que se liberen de la dominación, y puedan imponer sus propias condiciones.²⁰ Quizá sea en el Perú donde la crisis del indigenismo fue más aguda y logró derivar en la esperanza primero, y en el drama y desilusión posterior de movimientos como el de Sendero Luminoso. Las nuevas estrategias radican en espacios de reconocimiento jurídico y valoración de la lengua y la cultura. En el terreno jurídico, en el Perú se está avanzando en el establecimiento de regiones indígenas.

Población indígena y sociedad nacional

La dispersión y en ocasiones la falta de sustento de la disciplina antropológica en América Latina puede tener su explicación en lo siguiente: dentro de cada país y en toda la región, la esperanza puesta en una democracia que daría la oportunidad y la posibilidad de un campo significativo para los indios no ha sido conseguido. Son muy escasos los resultados positivos, pero en cambio las formas de explotación y despojo se han refinado, y aunque en teoría existe una igualdad en términos jurídicos, la situación real y concreta de las condiciones de vida y desarrollo de las sociedades y culturas indias es cada vez más desigual e injusta.²¹ En efecto, a las poblaciones indígenas, objeto de la antropología, bajo las políticas de asimilación primero e integración después, a partir del siglo XIX les ha ido muy mal. Se les ha despojado de su territorio, y se les han impuesto formas religiosas alternas, que rompen procesos de adaptación y alteran su cosmovisión. Además, la sociedad nacional ha sido no solo irrespetuosa, sino abusiva en la alteración de formas originarias o adaptadas de organización social y política, lo que ha provocado que el acceso a las esferas de la justicia sean asimétricas, los servicios que se ofertan a las poblaciones indígenas y populares marginadas están atravesados por un severo racismo que ha obstaculizado el acceso a la modernidad. En tal sentido, los resultados en educación y salud son elocuentes.

De tal suerte se presenta un sentimiento de desencanto por parte de las generaciones de antropólogos que hemos pretendido tener una explicación científica de la complejidad de nuestros países, y más aún cuando la rigidez de las instituciones ha resultado incapaz e intolerante por aceptar cambios en los modelos de interpretación de la realidad sociocultural. Pero lo más probable es que no sólo la tozudez de los grupos criollos sea la única explicación; también se presentan ingredientes subjetivos como la debilidad metodológica de las nuevas modas antropológicas que sostienen los *relatos y narraciones*²² como eje del quehacer disciplinario. Estas son tendencias que comienzan a diluirse y a dejar de tener relevancia en el debate científico.

²⁰ M. Marzal. M., *op. cit.*, p. 497.

²¹ Salomón Nahmad Sittón, "Reflexiones ineterétnicas en América Latina. Presente y Futuro", en Lourdes Arizpe y Carlos Serrano, *op. cit.*, p. 483.

²² La postmodernidad ha afectado a las ciencias sociales y de ello no escapa la antropología. La herramienta por excelencia: el trabajo de campo, y la etnografía ha sido empleada para descripciones sugerentes pero fuera del conflicto en el que se debaten los grupos originarios y los actores a los cuales se les pretenden *describir*. Los resultados han sido, por lo general, mala literatura y nula ciencia.

En los inicios del siglo *xxi*, ningún país ha llegado a cumplir siquiera un mínimo porcentaje de las recomendaciones que se establecieron en el Primer Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro, Michoacán, celebrado en México, en 1940, en el cual, en síntesis, se proponía la equidad ante la justicia, promover el uso de la lengua vernácula en el proceso de la enseñanza y aprendizaje, el respeto a la concepción del mundo, el ejercicio de la ciudadanía sin tutelajes, así como el respeto a la organización social y política, lo que implica formas de acceder a la modernidad. Lejos de las expectativas, en cerca de setenta años se nota el abismo que separa a los grupos indígenas de los diferentes países en relación con sus sociedades nacionales.

La situación en los distintos países ha sido muy semejante: a los indios se les ha visto como lastre. Las mejores intenciones han sido las de blanqueamiento de la población, o simplemente la negación de su existencia.²³ El pluralismo étnico originario existente ha planteado un malestar en las clases dominantes, pues su mayor deseo es que su país no tuviese estos remanentes, para estar al nivel de los países civilizados occidentales.

Común denominador de la política económica en América Latina es el exiguo presupuesto destinado al *combate* a la marginalidad.²⁴ Cuando éste se ejerce no tiende a fortalecer a la población indígena o a los sectores populares marginales, sino más bien la tendencia es que se robustezcan las estructuras caciquiles locales y regionales, y las burocracias que manejan y administran estos programas, las más de las veces, de carácter asistencial. Los resultados se diluyen en la cadena de instituciones y de burócratas que lo único que hacen es impedir la posibilidad de cambio social.²⁵ En todo esto hay más de un antropólogo involucrado.

La intelligentzia indígena

En los últimos setenta años de políticas públicas encaminadas a modernizar las relaciones entre las poblaciones originarias y la sociedad mayor, la situación inicial se ha mantenido e incluso reafirmado. Cada vez que se intenta llevar una inversión pública de real interés para la población, se queda en el camino. Cada vez que se quiere hacer más eficiente la organización de los grupos indígenas, éstos caen en los canales de la desorganización y de la manipulación. Cada vez que se desea estimular el desarrollo social éste se queda en la desorganización y la utopía. Como parte del romanticismo y fruto de una de las corrientes antropológicas, el etnicismo,²⁶ ha surgido una *intelli-*

²³ Por ejemplo, durante la dictadura de Augusto Pinochet no aparecían en los censos de población los mapuche. A la salida de Pinochet (1990) se contabilizaron cerca de dos millones de mapuches y aparecieron otros grupos étnicos a lo largo del territorio chileno.

²⁴ Valdría la pena establecer correlaciones entre el gasto público destinado a educación y salud, y el dirigido a procesos electorales y al pago del servicio de la deuda interna y externa.

²⁵ S. Nahmad Sittón, *op. cit.*, p. 490.

²⁶ Por etnicismo, de manera muy sintética, puede entenderse la relación de sujeto-objeto que se transforma para constituirse en sujeto-sujeto. Ha sido una línea de pensamiento muy rica y con resultados positivos, pero también pierde fuerza, a mi juicio, por soportar todo el peso epistémico en la identidad étnica y por negar la dimensión de clase. Guillermo Bonfil Batalla fue, sin duda, un promotor importante de esta línea teórica y práctica, quizá donde populariza su perspectiva es en el texto *México profundo, una civilización negada*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las

gentzia indígena, que ha comenzado, en los últimos treinta años, a participar en los debates y en los análisis de su propia situación, aunque lo cierto es que salvo en honrosas excepciones, la mayor parte de las veces su representatividad ha resultado ser clientelar.

Pese a la relación de asimetría con el exterior, continúa siendo notable el mantenimiento de cohesión y unidad de grupo, de los pueblos originarios, frente a las amenazas externas. No todos los grupos participan al mismo ritmo ni mantienen un control organizado sobre su propio territorio. Incluso puede decirse que existen grupos que logran ocupar un potencial económico muy importante por la riqueza de recursos naturales que aún no es aprovechada ni en su beneficio ni en el del país. Esto, en ocasiones, se constituye en estrategia que ha propiciado que se adopten actitudes defensivas y de auto afirmación.

La posibilidad de rentabilizar la riqueza de los recursos naturales de manera plena sólo se logrará cuando el Estado otorgue derechos a esta pluralidad de población en la estructura nacional. Sólo el reconocimiento jurídico legal y constitucional del uso de la lengua, de los sistemas de organización política y de los sistemas de gobierno, así como de una participación cada vez más amplia en el manejo de identidades autónomas y de identidades autogestivas podrá hacer que cambie la realidad social de cada país.²⁷ Ello compromete a una voluntad política que en la mayor parte de los países de América Latina no se tiene. Esto implica reconvertir la antropología teórica y aplicada que sirvió para la incorporación, asimilación, integración de la población indígena a modelos de explotación capitalista, y a que la disciplina se convierta en instrumento de liberación.

A nivel internacional, la *intelligentzia* indígena presenta un reconocimiento de la pérdida de referencia en los modelos metropolitanos, y de un crecimiento de las antropologías periféricas. Una pérdida de legitimidad del eurocentrismo que sólo tiene cierto sentido en el ejercicio del moderno sistema mundial colonial. Sin embargo, aunque la producción de conocimiento desde la periferia no ha logrado un nivel de aceptación metropolitano, lo que sí se está generando es una gran complejidad de interrelaciones con el conocimiento metropolitano, pero por la vía de las elites que se han mantenido estrechamente conectadas con el centro, y que, además, les permite mantener una comunicación entre ellas y sus paradigmas metropolitanos.

Veamos el siguiente ejemplo: John Murra estuvo muy interesado en el trabajo etnológico y en la obra literaria de Arguedas. Incluso se le puede considerar uno de sus principales interlocutores. En los años cincuentas del siglo xx Murra hizo trabajo de campo en Jamaica, bajo la dirección de Sidney Mintz, antropólogo de Estados Unidos que trabajó en Puerto Rico, a su vez, bajo la dirección de Julián Steward. De Jamaica, Murra viajó a Cuba y conoció a Fernando Ortiz, el famoso etnógrafo cubano, autor de *Contrapunto cubano: tabaco y azúcar*, prologado nada menos y nada más que por Branislav Malinowski. Hay que recordar que Ortiz acuña el término *transculturación*, que hace referencia al mestizaje. Pero desde la africanía de Cuba. Murra se embarca para Yucatán y de ahí hacia la ciudad de México, donde conoce a Ángel Palerm, antropólogo refugiado del franquismo. Ángel Palerm y Aguirre Beltrán mantuvieron una estrecha comunicación científica y de amistad, y

Artes, 1990. Comparte con autores brasileños como Roberto Cardoso de Oliveira la idea del etnodesarrollo, que significa la autogestión de los grupos étnicos, teniendo como eje su propia dimensión cultural y la defensa del entorno. De ahí, la idea de autosustentabilidad. Es un intento contemporáneo de construcción teórica en antropología desde América Latina.

²⁷ S. Nahmad Sittón, *op. cit.*, p. 493.

sin duda, Gonzalo Aguirre Beltrán fue uno de los más destacados teóricos del mestizaje indoamericano, quien a su vez se formó con Melville Herskovitz, de la Northwestern University, quien estuvo muy interesado en la obra de Ortiz. Este relato nos da la idea de una muy compleja interrelación entre Cuba, México y el área andina, y sobre todo una vía unidireccional de conocimiento del norte al sur. Sin embargo, si consideramos que estos personajes dirigieron megaproyectos y fueron asesores de agencias internacionales metropolitanas,²⁸ veremos que representan una vía de relación generacional que tiene sus líneas de reproducción orientadas a establecer distintos círculos de interés dentro de la disciplina.

Por una parte, se reconoce la ignorancia sobre la magnitud, complejidad, y diversidad de la producción antropológica en cada país y a nivel regional. En este sentido se vislumbra un reordenamiento en la definición de objetos de estudio, así como la reconversión de la propia disciplina, en un contexto heterodoxo y de *transnacionalización* del conocimiento. Hay una diversificación de antropologías en la medida en que se dan varias condiciones políticas, epistemológicas y sociales para la producción de lo que hasta ahora hemos llamado conocimiento antropológico. Las antropologías, sobre todo las de la periferia, reflejan estructuras de alteridad en el ámbito regional, nacional e internacional. Esto como producto de la crisis de las antropologías hegemónicas, posterior a la década de 1960, que se fracturan por la descolonización, las luchas antiimperialistas, los movimientos por derechos civiles y el nacimiento de los nacionalismos en el Tercer Mundo. Este fenómeno es bien conocido en antropología como la *edad de la inocencia*.²⁹ Para el desarrollo de la disciplina desde la periferia se ha requerido, no siempre con éxito, de la creación de nuevas estructuras en la producción, no subordinadas a un modelo único.

Paradójicamente, el indigenismo que se produce en América Latina conlleva una construcción nacional que combina lo precolombino y lo hispánico, para lograr de este modo intersecciones —el mestizaje—,³⁰ pero la forma teórica de lograr esta tarea estuvo regulada por el relativismo cultural estadounidense, cuyo eje conceptual central fue el de aculturación, que ha arribado a su límite. El contexto social e institucional bajo el cual esta antropología operó ha cambiado de manera significativa. Ahora el contexto es el de la *transnacionalización* y el de fuertes presiones neoliberales que han hecho variar los procesos de conocimiento encaminados hacia una cierta alteridad que se expresa en la multiplicidad de temáticas de estudio.

²⁸ Marisol de la Cadena, "The Production of Other Knowledges and its Tensions. From Indianist Anthropologist to Interculturalidad?", en *World Anthropologies*. Nueva York, Wenner / Gren Foundation, 2006.

²⁹ Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar, *World Anthropologies. Disciplinary Transformations in Systems of Power*. Nueva York, Wenner / Gren Foundation for Anthropological Research, 2006, p. 7.

³⁰ Mediante el mestizaje se intentó, en el siglo XIX, regular social y demográficamente *el problema del indio*, al intentar, en un principio, de manera biológica, promover el blanqueamiento del país. Cf. Francisco Pimentel, *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena en México y medios para remediarla*. México, s/edit., 1864. Posteriormente, el mestizaje se consideró en sentido cultural, partiendo de que la cultura con menor desarrollo técnico-económico absorbería los elementos de la cultura mayor, lo que provocaba la desaparición de usos y costumbres, la sustitución de la lengua materna por la lengua de prestigio, y todo ello mediante un fomento institucional. Cf. Gonzalo Aguirre Beltrán, *El proceso de aculturación*. México, UNAM, 1957. Hoy, el mestizaje como meta y como referencia conceptual resulta del todo irrelevante en la medida en que sobre todo el mestizaje cultural se producía al interior de un Estado monocultural y hegemónico. Hoy se mantiene el carácter hegemónico, pero ya no con las responsabilidades de un Estado nacional que atienda a su población.

La experiencia argentina

En América Latina es viable sostener que el desarrollo de las ciencias sociales, incluida la antropología, ha estado estrechamente vinculado a los procesos sociopolíticos de los países, y sus consecuencias repercuten muy especialmente en las instituciones en las que se forman los profesionales y se realiza la investigación. Argentina sirve de ejemplo para dar cuenta de las dificultades para el ejercicio disciplinario. Garbulsky señala que la dictadura de 1930 fue la primera en eliminar de sus cargos a los investigadores de las ciencias del hombre o de las ciencias afines. A partir de entonces no ha existido ninguna generación de estudiosos que haya escapado a la acción de movimientos pendulares en la política del país.³¹

La formación de antropólogos, en sentido estricto, se inicia en 1966, pero se da un golpe de estado en ese mismo año. Posteriormente viene el gobierno del Frente Justicialista en 1973 y, más tarde, en 1976, la dictadura militar. A partir de 1983 hay una continuidad de gobiernos constitucionales, que ha permitido cierta estabilidad en los centros académicos. Es en la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires, donde se imparte la primera cátedra formal en Antropología, a cargo de Ralph Velas,³² y ya en 1965 esta cátedra se incluye en la curricula del Departamento de Ciencias Antropológicas de la misma universidad.

Así, las influencias centrales en los inicios de la antropología en Argentina fueron el culturalismo estadounidense y el estructural funcionalismo británico. En la época de la Alianza para el Progreso y de las políticas desarrollistas, las hipótesis radicaban en la sociedad tradicional conservadora, con resistencia al cambio de los grupos dominantes, sobre todo en la pujante agricultura rioplatense. En este sentido, no se aleja de la perspectiva predominante en el resto de la región.

El pensamiento que podríamos llamar antropológico durante las primeras décadas del siglo xx se refugió en la fenomenología y en el análisis de elementos morfoculturales, pero estos modelos de origen alemán e italiano poco tenían que ver con los problemas de un país latinoamericano. Pese a que Argentina se autodeclaraba un país de inmigrantes, lo cierto es que contaba con un número grueso de población rural tradicional. La influencia de las teorías metropolitanas de Estados Unidos llegó de manera tardía a Argentina y al resto del Cono Sur. Al mismo tiempo, Argentina es un país que carece de una etnología sistemática con trabajos de campo intensivos y extendidos en el tiempo. Esta característica la comparte con Chile.

La carencia de una sistematización en el trabajo de campo, actividad imprescindible en el quehacer antropológico, en gran medida se debe a un pensamiento conservador e incluso racista. Ya a inicios del siglo xx se declaraba la práctica desaparición de los grupos originarios, y sólo se reconocían algunos islotes de población originaria en las regiones de El Chaco y La Puna. Sin embargo, durante el primer gobierno de Juan Domingo Perón se crearon instituciones como el Instituto Técnico Nacional. Su principal objetivo fue el de conocer, en concreto, qué clase de pueblos se tenía, y determinar su aspecto racial, social, cultural, entre otros.³³ Este instituto fue efímero.

³¹ Edgardo Garbulsky, "La antropología en Argentina", en L. Arizpe y C. Serrano, *op. cit.*, p. 456.

³² Influyente antropólogo de la Universidad de California, con trabajos en México, en la costa de Sinaloa y en Michoacán.

³³ E. Garbulsky, *op. cit.*, p. 461.

Por otro lado, no podemos negar el interés que entre los intelectuales argentinos despierta la antropología. Por ejemplo, vale la pena destacar el trabajo de traducción de Eliseo Verón de la obra de Lévi-Strauss. En el mismo sentido es en Argentina donde se traducen obras clásicas de autores de la antropología, como Morgan, Boas, Lévi-Brhul, Gordon Childe, Mauss, entre otros. Esta actividad tuvo fuerte resistencia en los grupos conservadores y en las universidades argentinas.

En los años sesentas del siglo xx, los antropólogos con cierto afán progresista se plantearon la tarea de proyectar la disciplina sobre grupos indígenas y otros grupos marginales, débilmente integrados tanto a las regiones como a la nación. El clima político e ideológico en Argentina ha sido propicio para consolidar tendencias extremadamente conservadoras en los centros de formación de antropólogos. El eje de pensamiento fue la antropología fenomenológica y el modelo histórico cultural que a inicios de la década de 1970 se enfrentaron con una generación de científicos sociales participantes en el proyecto de *reconstrucción y liberación nacional*. Se denuncia a esta antropología tradicional construida a espaldas del pueblo como incapaz de servir, incluso de manera instrumental, a las clases dominantes. De ahí una pregunta, casi universal en esos tiempos dentro de las escuelas de antropología: ¿al servicio de quiénes y para qué se hace antropología? Las nuevas generaciones buscan nuevas temáticas en el medio rural, teniendo bajo el brazo autores como Kautsky y Chayanov, lo cual, de entrada significa un abandono y una crítica al pensamiento dictado en los centros antropológicos nativos.

De 1974 a 1976 se desbarató la vida universitaria: intervinieron las universidades y se cerraron carreras de ciencias sociales. Todo ello en un marco de desapariciones, secuestros, torturas, muertos, que prefiguran el genocidio de 1976 a 1983. Y fue, al mismo tiempo, el periodo de reinstalación de la ultraderecha en antropología. Así se creó el Centro Argentino de Etnología Americana, bajo la dirección de Marcelo Bormida.³⁴ Con el inicio de los gobiernos constitucionales hubo una reorganización de la antropología y de los antropólogos, que sufrió un nuevo revés por la crisis económica. Las perspectivas laborales resultaron limitadas, además de que el gasto social en la administración pública se volvió raquítico. Por otro lado, se produjo un fenómeno tendencial típico en situaciones de escasez y de clientelismo en los centros académicos, que se tradujo en que el pensamiento postmoderno del tipo Clifford Geertz ha dominado el pensamiento antropológico. No se presenta una preocupación sobre la fundamentación teórica, ni tampoco existe la preocupación por definir estrategias sobre los problemas que enfrenta la sociedad argentina, lo que sí existe es una marcada oscilación hacia el subjetivismo que recrea con nuevas fórmulas los discursos conservadores y coloniales de la década de 1960.³⁵ Esta *alternativa* es posible que se extienda a otras antropologías nacionales en la región. Por otro lado, varios profesionales tienen la tentación de refugiarse en la teoría clásica, de manera dogmática, y esto es un reflejo de impotencia, y quizá también de conservadurismo.

He dedicado un espacio más o menos amplio en esta apretada síntesis para el caso argentino, debido a que ilustra bien cómo la ultraderecha académica puede normar, con violencia, los procesos científicos y de investigación.

³⁴ *Ibidem*, p. 472.

³⁵ *Ibid.*, pp. 478-479.

En este punto, debo aclarar que hay países que se han jactado de estabilidad y libertad en los procesos académicos, y que sin embargo en ocasiones se acercan peligrosamente a los dictados de los sectores más conservadores en la regulación de sus instituciones científicas. Esto lo anoto para llamar la atención sobre un futuro que quizá nos alcance.

Bolivia y lo andino

En otro sentido, nos encontramos con antropologías de poca tradición y continuidad, por una parte debido a la ausencia de un soporte institucional, y por otra, a causa de los constantes avatares de orden político que han evitado consolidar una tradición, pero que, sin embargo, poseen relevancia científica indudable, aunque está pendiente la vinculación de lo étnico con el contexto nacional.

Por la composición misma de su población, el quehacer antropológico en Bolivia no ha logrado diferenciar una temática fuera de lo étnico.

Bolivia forma parte de una gran área civilizadora y cultural, de ahí que su centralidad radica en lo andino; entendido como región poblada por los diversos grupos socioculturales, cuya identidad hace referencia a un origen ancestral precolombino, por mucho que sus rasgos culturales sean ya producto de la sociedad colonial y moderna. Entran aquí, tanto comunidades rurales como grupos urbanos, contingentes que expresan su identidad mediante una referencia directa a su origen y otros que la rechazan, pero que mantienen, de manera objetiva, rasgos culturales que remiten a su origen étnico histórico, y que los siguen haciendo distintos de los grupos hegemónicos de la sociedad *englobante*.³⁶

En el área andina, y en particular en Bolivia,³⁷ la antropología con apoyos institucionales de carácter nacional es raquítica. Por ejemplo, es a partir de mediados de la década de 1980 cuando se puede estudiar la carrera de Antropología en las universidades bolivianas, pero esto con serias deficiencias. Los perfiles de los docentes no son los adecuados, y hay una carencia importante de material bibliográfico, amén de una falta de prospectiva para la investigación que contribuye a la formación de generaciones de antropólogos. En síntesis, hay verdaderas condiciones adversas para lograr una formación sólida.

Con respecto a los centros de investigación, éstos son pocos y con asimetrías notorias. La institución más seria es el Museo Nacional de Etnografía y Folklore y el resto son esfuerzos no institucionales promovidos por intelectuales interesados en el problema nacional, que están en relación

³⁶ Xavier Albo, "La antropología en Bolivia, balance y prioridades", en L. Arizpe y C. Serrano, *op. cit.*,

³⁷ Es amplia la bibliografía de los últimos treinta años, tanto en relación de autores como en documentos producidos por las organizaciones políticas. Sin embargo, anotaré una muy sucinta y arbitraria selección: Xavier Albo y Joseph Barnadas, *La cara india y campesina de nuestra historia*. La Paz, CIPCA-UNITAS, 1990; Rossana Barragán, *Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el siglo XIX*. La Paz, Hisbol, 1990; T. Bouysse-Cassagne *et al.*, *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*. La Paz, Hisbol, 1987; William Cáster y Mauricio Mamani, *Uso tradicional de la coca en Bolivia. Estudio multidisciplinario. Informe final*. La Paz, USAID-MUSEF, 1988; Mario Miranda Pacheco, coord., *Bolivia en la bora de su modernidad*. México, UNAM, 1993; John Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1975; Silvia Rivera Cusicanqui, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesino aymara-gbesbwa, 1900- 1980*. La Paz, Hisbol, 1984. Vale la pena también incluir los documentos de la Central Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), de la Central India del Oriente Boliviano (CIDOB), e incluso de la Central Obrera Boliviana (COB).

directa con los grupos originarios. Vale destacar que gran parte de la investigación antropológica ha recaído en la Iglesia católica, con sus agencias de promoción social y pastoral, que es punto de referencia para conocer el estado de la disciplina.

Paradójicamente, pese a la carencia de recursos para la producción y vinculación de la antropología, Bolivia cuenta con un buen número de revistas que mantienen continuidad, y su producción editorial resulta elevada si se le compara con la de otros países latinoamericanos que cuentan con más recursos. Esto puede ser indicador de que el trabajo científico no necesariamente está en relación con los montos financieros.

Una de las líneas de investigación con mayor tradición y solidez en Bolivia ha sido la etnohistoria de los grupos étnicos locales, en los que se diferencian las formas de acercamiento a las ideologías andinas, las cuales mantienen una profundidad histórica. Esta es una de las razones por las cuales la Iglesia católica ha tenido intereses específicos. Estos trabajos resultan importantes y fundamentales para entender mejor los movimientos autóctonos en proyectos andinos alternativos. Otra línea de trabajo central la conforman los estudios cuya meta es entender la existencia y persistencia de las comunidades, pese a los intentos continuos en la historia del país por suprimirlas. Llama la atención las continuas propuestas campesinas por fortalecer sus propias comunidades y descentralizarlas dentro de un Estado plurinacional. En este sentido, Bolivia cuenta con una referencia de etnohistoria importante.

Otras líneas de preocupación giran alrededor de la recuperación de lo andino, desde su lógica económica, la cosmovisión, la estructura y organización política. Y esta visión logra trasladarse a otros espacios; al mundo minero, en el cual la cultura originaria se encuentra presente y en tránsito, en un medio ambiente de dependencia y explotación, pero también de acción política muy activa. En torno a las estructuras políticas originarias y su correlato con formas de expresión moderna, como el sindicalismo, también se ha establecido una importante línea de trabajo. En este sentido, una temática de relevancia es la colonización de nuevos asentamientos en la frontera agrícola, que muchas veces significa una ruptura con el mundo tradicional, pero que en otros contextos, como en el de los cocaleros, representa un fortalecimiento de la identidad andina. Este tipo de fenómenos no sólo llama la atención a los antropólogos y científicos sociales, sino también a las agencias de seguridad metropolitanas, sin descontar a la Drug Enforcement Administration (DEA).

La crisis social y económica también es una crisis de sentimientos y emociones que afecta al mundo simbólico, sobre todo en un aspecto: su religiosidad, y esta crisis que comienza también a constituirse una línea de trabajo en el país. Sobre todo por la irrupción en todo el mundo indígena latinoamericano de un sinnúmero de iglesias, incluidas algunas aparentemente de origen asiático, como la fe *babá'i*, además de las formas de religiosidad instauradas, desde la década de 1940, por agencias como el Instituto Lingüístico de Verano, que trabaja en Bolivia, y sus secuelas, como la Iglesia Nuevas Tribus y la Misión Suiza Alemana, que abordaron, sobre todo, el oriente. Si reconocemos que prominentes antropólogos metropolitanos han sancionado el quehacer de la disciplina en países periféricos; Boas en México; Rivet en Ecuador y Colombia; Beals en Argentina, quizá la figura señera sea la del rumano-estadounidense John Murra,³⁸ quien fundamenta el quehacer

³⁸ Destacado etnohistoriador de la Universidad de Cornell y Princeton, promotor de la ecología cultural de corte *multilineal*. La tesis central reside en el control vertical de los pisos ecológicos, es decir, la posibilidad de disponer de

antropológico en el mundo andino, Perú y Bolivia, con su teoría del control vertical de los pisos ecológicos.

Un elemento que se presenta en otras latitudes de América Latina, pero que en el caso de Bolivia es y ha resultado notable, es la formación de una intelectualidad indígena que en sí misma requiere espacio propio para la investigación. La antropología boliviana ha estado prácticamente en manos de antropólogos metropolitanos, y en este sentido, antropólogos franceses y británicos son los que han proporcionado mayores aportes en las últimas décadas para la disciplina en Bolivia.

Cabe destacar, sin embargo, que esta pléyade de científicos nativos parece que no ha repercutido en la formación de las generaciones de profesionales locales, y que aún está por construirse una antropología relacionada directamente con los problemas nacionales.

Otra veta es la antropología que se desarrolla en el mundo amazónico de Bolivia, pero que aún no logra la repercusión ni la atención que ha tenido la del mundo andino.

Los temas andinos son los que han llamado más la atención, tanto en el interior del país, como a nivel internacional, e incluso se han desarrollado estudios en las tierras bajas que han mantenido lo andino como eje, y se han basado en la teoría del control vertical de los pisos ecológicos, que supone que el hombre andino ha tenido históricamente la capacidad de manejar distintos medios. Planteamientos de este tipo repercuten, por un lado, en reivindicaciones sobre la propia estructura agraria del país, y el derecho al doble domicilio que el indígena boliviano mantuvo, y por otro, al hecho de que existe un buen número de etnografías de los grupos amazónicos, hasta ahora poco conocidos, que exigen establecer una política de promoción, investigación y formación de profesionales que comprendan la multiplicidad étnica y lingüística en sentido nacional.

Anotaciones finales

La identidad de la disciplina y de los antropólogos, en consecuencia, ha estado definida por una matriz disciplinaria, es decir, por un conjunto de paradigmas que conforman un sistema de relaciones tensas que es lo que ha caracterizado el desarrollo de la antropología en el último siglo.

La utilización del concepto de periferia en la forma de lograr conocimiento se relaciona, de manera directa, con las formas de aprehender las singularidades en nuestras formaciones sociales. En tanto las antropologías centrales pretenden una universalidad, lo periférico está en relación, vía construcción de nuevos paradigmas que no necesariamente pretenden ser hegemónicos, con el estilo de las antropologías centrales, como las de Estados Unidos, Francia, Inglaterra o Alemania. En otras palabras, lo periférico, desde este punto de vista, es una categoría histórica.

Los antropólogos latinoamericanos podemos trabajar desde una disciplina *occidental* hacia un horizonte familiar, el de las relaciones entre culturas, o, más precisamente, entre *idiomas culturales*. En tal sentido, las antropologías metropolitanas en su universalidad se singularizan al actuar en espacios que no les son propios. La antropología en su ejercicio en la periferia descubre las singularidades de sus contextos socioculturales. El *otro*, desde la periferia, forma parte del entorno, lo

varios productos de acuerdo al nicho que los Andes proporcionan, desde la papa y cereales como la *kinua*, hasta la coca y la yuca.

que no implica una observación entre iguales. Se da en el interior de un conflicto social y étnico que no ha sido fácil reconocer. El *otro*, desde la metrópoli, es un objeto construido a distancia, transoceánico.³⁹

Por el momento podemos afirmar que la antropología en América Latina mantiene una constante dependencia respecto a las posturas teóricas y políticas de los países centrales. Ello no implica que se niegue una tradición propia y que ha logrado adaptar concepciones centrales que exige un gran esfuerzo teórico, metodológico y político, en ocasiones mayor al de la emisión original, pero que en la actualidad queda diluida por varias circunstancias: la cada vez mayor debilidad de las instituciones encargadas de la conservación del patrimonio, su custodia e investigación.

En el ámbito universitario las políticas de intervención del Estado en materia de investigación y docencia han fracturado los equipos, al individualizar el quehacer y fomentar la cantidad sobre la calidad, lo cual evita ubicar con precisión los problemas nacionales.

Las agencias de desarrollo sufren de constantes y variables cambios en su definición, lo que ha interrumpido una continuidad e incluso ha propiciado el *olvido* de una tradición medianamente exitosa de programas de desarrollo, ciñéndose a indicaciones de agencias externas de financiamiento, como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, la Ford Foundation, entre otras, lo cual ha generado un divorcio entre el desarrollo académico y científico, y las acciones de los organismos encargados de administrar el gasto social en las comunidades y sectores marginales y deprimidos en lo económico.

Por otro lado, los egresados de las escuelas de antropología y ciencias sociales se enfrentan a un panorama muy gris en lo que se refiere al mercado laboral, y las instituciones no han sido capaces de absorberlos, lo cual rompe una posible continuidad en la reproducción de profesionales y de temáticas relevantes para los contextos nacionales.⁴⁰

Sin embargo, la coyuntura, entendida como una suma de situaciones, también ofrece la posibilidad de revitalización de los estudios antropológicos en la relación de las sociedades con la naturaleza. En este sentido, la antropología cuenta con aportes suficientes para contribuir, de manera interdisciplinaria, en estudios sobre diversidad cultural y diversidad biótica, promoviendo los conocimientos locales y étnicos sobre agronomía, ecología, farmacopea, terapéuticas alternativas. Y, también, de manera fundamental, propiciar con base en los conocimientos sobre organización social y política los derechos de los pueblos, a efecto de disminuir y zanjar las desigualdades económicas y sociales para acceder a un mundo diverso, pero justo.

En suma, la antropología, como ciencia, tiene la posibilidad de transformar los objetos con los cuales trabaja. Las últimas décadas han mostrado que la disciplina mantiene un diálogo con sus *objetos*. En efecto, se reconoce que existe una crisis en la que participan los distintos involucrados en la disciplina; sin embargo no todos los sectores responden al mismo paso, y es cierto que se pre-

³⁹ Roberto Cardoso de Oliveira, "El movimiento de los conceptos en la antropología", en Alejandro Grimson, Gustavo Eins Ribeiro y Pablo Semán, comps., *La antropología brasileña contemporánea. Contribuciones para un diálogo latinoamericano*. Buenos Aires, Asociación Brasileña de Antropología / Universidad Nacional de San Martín / Prometeo, 2004.

⁴⁰ Por ejemplo, es muy difícil encontrar un profesional novel en el tratamiento de las lenguas vernáculas, pero hay una cierta abundancia de especialistas en el análisis del discurso, que si bien es importante, no está en relación con las necesidades de países plurilingües, o bien, resulta casi imposible encontrar jóvenes que tengan interés por formas culturales de conservación del medio ambiente.

sentan fuertes resistencias a los cambios, y se muestra una tendencia a la ortodoxia, que busca, finalmente, mantener el conservadurismo. En tal sentido se imprimen fuertes dictados de la administración de la ciencia que han logrado paralizar, aunque se simule productividad. Por fortuna, también se presenta una vocación por construir conceptos y metodologías que recuperan en la discusión en torno a los grandes problemas nacionales, que algunos mantienen ya una larga historia, y otros nuevos han surgido. Para que esta vocación pueda avanzar se exige la desaparición de las burocracias clientelares, la anulación de políticas asistenciales y de simulación, y que, en efecto, el Estado acepte su responsabilidad social.

FILOSOFÍA:

REFLEXIÓN SIN TÉRMINO

De la razón y la modernidad: discontinuidades conceptuales

Mario MAGALLÓN ANAYA

Para entrar en materia

La Edad Media, seguida del Renacimiento, fue la puerta de entrada a la modernidad. Es en el Renacimiento donde se gestan actitudes y doctrinas que van a caracterizar a la Época Moderna, al pensamiento moderno, visto en la perspectiva de la estructura discontinua de la filosofía. En la edad moderna, la razón se afirma al relacionar al hombre con la naturaleza, relación en la cual se constituye la ciencia moderna (las ciencias naturales y formales) y también la política, es decir, la relación de los hombres entre sí, y es en nombre de la razón que se destruyen poderes e instituciones. Empieza el dominio de una clase social en el terreno económico, la burguesía, que se sirve de la razón para emanciparse políticamente. La razón adquiere un valor revolucionario y de emancipación.

En los últimos años, este racionalismo, pese a todo, se manifiesta también de manera negativa. Por ejemplo, la elección de la posmodernidad por parte de los europeos significa reducir la cultura y la filosofía a una condición de *museo*, “en lo sído”, “en lo inerte”, en lo que ya no fue ni será más, lo cual generó una peculiar tensión y una larga guerra entre lo moderno, lo premoderno y lo posmoderno. Su fin es la unificación racionalista de actividades extremadamente heterogéneas y su inclusión en una categoría común: la unidad de lo diverso.

El proyecto cultural europeo requiere de un análisis hermenéutico e interpretativo, que llegue hasta el límite expansivo e intencionadamente universalista.

Los europeos no sólo han creído que su cultura era superior, sino que han creído que la “verdad” de la cultura europea es en la misma medida la verdad-todavía-oculta [y el *thelos*] de otras culturas, pero que a estas últimas aún no les ha llegado la hora de descubrirla. Por otro lado, los europeos han sometido regularmente su cultura a cuestionamientos de la universalidad o no de sus universales, para presentarlos como tantas particularidades que tienen la falsa pretensión de universalidad... En cierto momento llegó la hora en que los europeos se vieron obligados a cuestionarse el proyecto de Europa en conjunto, cuando tuvieron que sacar a la luz la falsa pretensión de universalidad inherente en el *particular europeo*. La campaña contra la etnocentricidad ha sido una importante campaña para las postmodernidad. Los que se califican de postmodernos se hallan ahora confortablemente asentados en el proyecto europeo, la única tradición afín a la *postmodernidad* y abierta a ella, aunque experimentan, sin embargo, el desenmascaramiento de su propio universal europeo como mero particular.¹

¹ P. O. Kristeller, *Ocho filósofos del renacimiento italiano*. México, FCE, 1985, p. 11. (Las cursivas son nuestras.)

La filosofía moderna en el siglo XVII se constituye en una estructura discontinua de la historia de la filosofía; en una serie de etapas que se suceden o aparecen de forma paralela: el racionalismo de Descartes² a Leibniz³ y el empirismo que va de Bacon a Hume. El racionalismo y el empirismo son dos facetas de la modernidad que van a dar paso a la ilustración, el romanticismo, el criticismo sistemático alemán, en los que destacan las figuras de Kant y Hegel.

En Kant se da la confluencia del racionalismo y el empirismo, y en Hegel adquiere mayor magnitud y se sintetiza en escuchar la ascensión del *espíritu objetivo*; la ascensión de una sociedad primitiva natural a una espiritual, es decir, histórica, pero que no toca lo terreno. En esta ascensión a la espiritualidad se escucha el rumor tremolante y espectral de la historia. Para Hegel "La razón rige el mundo y que, por tanto, también la historia universal ha transcurrido racionalmente".⁴ Es decir, es lo universal lo que sacrifica lo particular, lo contingente y lo individual.

El historicismo es, junto con el naturalismo, la pieza clave del eurocentrismo, y el resultado de esto, para nuestro continente americano, se convierte en instrumento con el cual se flagela el pasado.

Así, Europa, al hacer de su propiedad el pasado, va a esgrimir el historicismo como su arma. Una vez lograda la sujeción de los pueblos a su visión histórica, el historicismo, en última instancia, termina por convertirse en espejo en el que se contemplaba Europa.

El historicismo es el búho de Minerva que se metamorfosea en filosofía de la historia. Esta es la forma que entraña el eurocentrismo. Por eso Hegel se encierra en el castillo gótico de su sistema, y se apresta en contra de los embates humboldtianos.

El historiador Antonello Gerbi considera que América fue el meteoro que averió la mayestática armonía de los engranajes del sistema hegeliano

Para admitir a América en su sistema Hegel hubiera tenido que hacer pedazos la construcción histórico-dialéctica y revelar así su fragilidad, su artificiosidad, su rigidez e incapacidad de adaptarse a las nuevas realidades y de comprenderlas. América, con su enorme e innegable presencia, *naïve péremptorie*, hubiera descubierto y traicionado uno de los puntos flacos del sistema [...] Así, pues, Hegel debe haber sentido verdadera satisfacción intelectual al toparse con la tesis de la debilidad de América. Con un gusto casi de represalia debe haber adoptado una teoría que tan limpiamente le permitía deshacerse del incómodo obstáculo, más aún, que arrojaba ese obstáculo fuera de la realidad, fuera de la historia, a la miserable condición de un gigantesco aborto.⁵

José Ortega y Gasset, en sus estudios sobre Hegel, considera que la marcha tremolante del espíritu en el desarrollo de espiritualización produce el rumor espectral de la historia. A esta *espectralización* Ortega la interpretó como una serie pura de la lógica de las ideas.

² René Descartes, *Discurso del método. Meditaciones metafísicas*. México, Espasa Calpe, 1978.

³ G. W. Leibniz, *Teodicea*. Madrid, Aguilar, s/f; G. W. Leibniz, *La profesión del filósofo*. Buenos Aires, Aguilar, 1978; G. W. Leibniz, *Tratados fundamentales*. Buenos Aires, Losada, 1939; *Discurso de metafísica. Sistema de la naturaleza. Nuevo tratado sobre el entendimiento humano. Monadología. Principios sobre la naturaleza y la gracia*. México, Porrúa, 1977.

⁴ Georg Wilhelm Friedrich, Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid, Revista de Occidente, 1974, p. 42; G. W. F. Hegel, *Introducción a la filosofía de la historia*. España, Sarpe, 1983.

⁵ Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*. México, FCE, 1982, p. 555.

Resulta, pues, que para Hegel la última realidad del universo es por sí evolución y progreso, consecuentemente, que lo cósmico es, desde luego, histórico. Sólo que la expresión propia de aquella evolución absoluta es la cadena de la lógica, la cual es una historia sin tiempo. La historia efectiva es la proyección en el tiempo de esa pura serie de ideas, de ese proceso lógico.⁶

Desde esta perspectiva, la *Idea* mueve los hilos de la historia al intervenir en ésta, a la vez que la determina, por lo tanto es el progresivo desenvolvimiento de la razón. El espíritu objetivo se realiza a partir de los cambios de la historia mediante el Estado.

Es en el Estado hegeliano donde el Espíritu se hace consciente de sí, y hacia éste los seres humanos declinan la libertad individual para entregarla a la objetivación de la razón. El espíritu objetivo y el subjetivo se sintetizan en el *Espíritu absoluto*. Y éste último es la autorreflexión de la realidad. Es la libertad que llega a conocerse a sí misma, y lo hace en y a través del espíritu humano. Para llegar a este momento fueron absolutamente necesarios todos los pueblos anteriores, que una vez que fueron instrumento en la realización del Espíritu, han sido desechados como agentes activos. Sin embargo, prevalece la continuidad histórica, porque: "Quien carece de pasado no puede esperar un futuro".⁷

Juego dialéctico entre modernidad y posmodernidad

En contra de este racionalismo universal que ahoga al hombre concreto y a la historia real se levantan dos posiciones cuyas prolongaciones se extendieron hasta el siglo xx: la primera es aquella que tiende a rescatar al individuo disuelto en ese movimiento de la razón universal. Es la tendencia de Kierkegaard⁸ a Sartre⁹ y, en el plano político-social va del liberalismo al anarquismo. Pretende rescatar al individuo concreto del universal abstracto hegeliano, empero es un intento fallido, porque este individuo separado de su fundamento y naturaleza social se vuelve también una abstracción. La segunda tiende a dar a la razón un contenido histórico, concreto y práctico. Es la posición que asumen Marx y Engels frente a la razón universal que teorizan Kant y Hegel, y que resulta ser una razón histórica que explica que ésta, desde el siglo xviii, se transformó en ciencia y técnica como logos de la dominación.

En cambio, la historia hegeliana es para el filósofo español José Ortega y Gasset una serie lógica de ideas sin tiempo, porque es la dialéctica del *Espíritu absoluto* en un eterno universal presente. Resulta, pues, que para Hegel la última realidad del universo es, por sí misma, evolución y progreso dentro de la realización del Todo; y desde esta perspectiva hegeliana, en consecuencia, lo

⁶ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del pueblo joven y otros ensayos sobre América*. Madrid, Revista de Occidente / Alianza Editorial, 1981, p. 77.

⁷ Jacques D'Hont, *Hegel, filósofo de la historia viviente*. Buenos Aires, Amorrortu, 1971, p. 352.

⁸ Cf. Sören Kierkegaard, *El concepto de la angustia*. Madrid, Espasa Calpe, 1967; S. Kierkegaard, *El amor y la religión*. Buenos Aires, Santiago Rueda, 1960.

⁹ Jean Paul Sartre, *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*. Buenos Aires, Losada, 1976; Jean Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, 2 vols. Buenos Aires, Losada, 1979.

cósmico es histórico pero eterno. Sólo que la expresión propia de aquella evolución absoluta es la cadena de la lógica, la cual es una historia sin tiempo. La historia efectiva es la proyección en el tiempo de esa pura serie de ideas, de ese proceso lógico.¹⁰

La idea hegeliana de la razón interviene. En la filosofía hegeliana, la *Idea absoluta* baja a la realidad histórica y determina, a la vez que mueve, los hilos de la historia, por lo que ésta, la *Idea absoluta*, es el progresivo desenvolvimiento material a través del *Espíritu objetivo*, que se concretiza mediante los avatares de la historia en el Estado. Así, el *Espíritu subjetivo* y el *Espíritu objetivo* se sintetizan en el *Espíritu absoluto*. Este último es la autorreflexión de la realidad, es la libertad que llega a conocerse a sí misma, y lo hace en y mediante el *Espíritu humano*, la autoconciencia como conciencia en la historia y como realidad racional de lo Real, de la *verdad absoluta*.

Hegel apunta que en la verdad de los acontecimientos domina la razón:

Damos por supuesto, como verdad, que en los acontecimientos de los pueblos domina un fin último, que en la historia universal hay una razón —no la razón del sujeto particular, sino la razón divina y absoluta. La demostración de esta verdad es el tratado de la historia universal, imagen y acto de la razón. Pero la verdadera demostración se halla más bien en el conocimiento de la razón misma. Ésta se revela en la historia universal. La historia universal es sólo la manifestación de esta única razón; es una de las figuras particulares que en la razón se revela; es una copia de ese modelo que se ofrece en un elemento especial, en los pueblos.¹¹

La modernidad vista desde Hispanoamérica

Durante los últimos cuatro siglos de la historia de la humanidad se impuso y dominó una forma de pensar y de actuar regida por conceptos, categorías y teorías filosóficas de la razón y del desarrollo progresivo, en un proceso no precisamente continuo, sino con retrocesos y avances, de marchas y contramarchas. Esta es una de las formas que caracterizan a la modernidad.

José Ortega y Gasset apunta que Hegel, al referirse a América, considera que el futuro de ésta es sólo posibilidad, por lo mismo la aloja en la prehistoria.

En el capítulo geográfico de sus "Lecciones sobre filosofía de la historia universal" es donde paradójicamente hallamos instalada a América. Después de todo, no es sorprendente. Si decimos de ella que es un futuro, decimos que aún no es lo que va a ser y puede ser. Ahora bien: esto es precisamente la Naturaleza. Como para Hegel sólo es verdaderamente el Espíritu, la realidad de la Naturaleza consiste en algo que va a ser Espíritu, pero que aún no lo es. Así se explica que hallemos alojado el futuro en el absoluto pretérito que es la prehistoria natural, la Geografía.¹²

¹⁰ J. Ortega y Gasset, "Hegel y América", en *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*. Madrid, Revista de Occidente / Alianza Editorial, 1981, p. 77.

¹¹ G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*. Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 44.

¹² J. Ortega y Gasset, *op. cit.*, p. 83.

Sin embargo, Hegel y Ortega son filósofos de la historia viviente. La lección que nos dan es que no basta la razón para acceder a la historia, también se requiere de la pasión y del sentimiento. De tal forma, la razón hegeliana ha triturado a los pueblos que se encuentran fuera del esquema racional. La filosofía de la historia hegeliana muestra una profunda dimensión: la vida en sentido ontológico y epistemológico. Por eso el horizonte histórico se dilata de golpe dejando entrar a raudales la vida.

Un factor de especial relevancia en la modernidad es el surgimiento del sujeto racional. Es la vieja idea renacentista, en la que el hombre es el centro, punto de partida y la medida de todo lo que existe. Es la expresión del individuo social capaz de enfrentarse, con su razón, a la realidad circundante, por encima de toda autoridad religiosa, social o política, que busca encontrar certezas, principios de razón suficiente, que le permitan comprender la realidad. La autonomía del sujeto —del individuo— es la expresión de lo que éste puede hacer por sí mismo, lo cual no es otra cosa que la afirmación del racionalismo. En relación con esto se da la búsqueda de riqueza y el afán de lucro, lo cual no sólo se va a constituir en un fin perseguido por sí mismo, sino que, además, va a ser excluyente de los otros. La búsqueda de la riqueza va a ser la aspiración de la mentalidad mercantilista que se impone poco a poco hasta dominar el mercado en todo el mundo.

En este horizonte de reflexión se puede ver una doble vertiente de la modernidad: la filosófica y la socioeconómica.

Lo anterior se traduce en las ideas de crecimiento y progreso, consecuencia del desarrollo de la ciencia y de la tecnología. A los padres de la ciencia moderna ya no les interesa rescatar los contenidos de la ciencia clásica, pues ésta tiene un carácter finalista, es decir, teleológico. En cambio, en la ciencia moderna se busca superar el proceso de investigación y de dilucidación de la estructura causal del mundo, y se intenta desalojar cualquier idea finalista. Descartes señala que “es posible llegar a conocimientos muy útiles para la vida” y, en consecuencia, en lugar de *filosofía especulativa* es lícito llegar a una práctica mediante la cual “conociendo las fuerzas y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean tan distintamente como conocemos los oficios varios de nuestros artesanos”. Todo esto se debe aprovechar en todos los usos adecuados, lo cual nos convierte en dueños y poseedores de la naturaleza.¹³

Es decir, la ciencia moderna no es concebida como una simple actividad contemplativa, sino más bien explicativa para facilitar el dominio de la naturaleza. El filósofo-científico Francis Bacon profundiza en la versión racionalista de Descartes, al escribir que “ciencia y poder humano coinciden en una misma cosa, puesto que la ignorancia de la causa defrauda al efecto”.¹⁴

La racionalidad científica consiste en saber las causas en que técnicamente opera el mundo. Por consiguiente, se opone a la *irracionalidad*, mítica por su falta de precisión empírica. El nuevo imperio de la modernidad, mediante la razón, es resignificado en la razón del cálculo y de la cantidad, a partir de los cuales se estudian los alcances de la razón humana. Es decir, se indaga hasta dónde el hombre puede conocer de forma rigurosa y racional cierta, hasta llegar a su fundamento mediante la metafísica, que había sido muy desprestigiada por los enciclopedistas del siglo XVIII.

¹³ Cf. René Descartes, *Discurso del método*. Madrid, Alianza Editorial, 1979.

¹⁴ Cf. Francis Bacon, *Novum Organum*. Madrid, Sarpe, 1984.

La pretensión de Kant es fundar una metafísica fuerte con la misma seriedad y rigor que en el tratamiento de los problemas metafísicos que los que posee la ciencia.

Ágnes Heller y Ferenc Fehér en *Políticas de la posmodernidad. Ensayos de crítica cultural* apuntan que

La nueva filosofía occidental, tal como se conformó en el siglo XVII, deducía los hechos morales [normas, ideas, obligaciones, imágenes del bien y el mal] a partir de unas pocas premisas antropológicas, esto es, a partir de ciertos atributos “eternos” de la naturaleza humana en general. Un universalismo antropológico, abstracto, ahistórico, garantizaba la explicación génesis. Por lo que hacía referencia a esta génesis, las propensiones de todos y cada uno de los hombres eran las Propensiones del Hombre [de todos los hombres], y era sólo el contrato social lo que se creía que engendraba deberes morales y obligaciones dignas [y concretas]. El ciudadano, como singular que pertenece a lo general, “el Estado”, estaba éticamente relacionado con el Estado. Sin embargo, el ser humano individual, como ser humano, no podía relacionarse con todos los seres humanos, su propio universal mediante ninguna forma de vinculación ética, puesto que “todos los seres humanos” no constituían, y no constituyen, integración alguna. Como resultado, no existían deberes u obligaciones de los “singulares” que se vieran forzados a seguir debido a su pertenencia a la raza humana. En vez de estar adecuadamente relacionado con su propio universal, el singular denominado “hombre” o “ser humano” estaba relacionado con la sociedad civil y la familia. Estas integraciones eran consideradas más particularistas que el Estado, no sólo por Hegel, sino también por Hobbes, Locke y Rousseau.¹⁵

Por otro lado, la modernidad se puede estudiar en los términos del maquinismo y de la revolución industrial. Esta concepción de la modernidad se ha popularizado con los trabajos de Marshall Berman, que son una discusión iniciada en el seno del marxismo. La modernidad es aquello que Marx y Engels ya habían dicho en el *Manifiesto del partido comunista*: “Todo lo sólido se desvanece en el aire”. Es decir, la modificación radical de las formas tradicionales de la existencia humana hacia la *multivocidad* de oportunidades que ofrecen las grandes ciudades. Significa la modificación de los ritmos de la temporalidad cotidiana, de las limitaciones del espacio y el conocimiento de los otros y del mundo, de las multitudes urbanas y la utilización de los medios de comunicación donde en la historia todas las naciones están incluidos.

Especialmente para cierto marxismo no siempre se realiza el deslinde de esta racionalidad universal de la cual se alimentaba el eurocentrismo, y que deja a pueblos no occidentales fuera de la historia. Sin embargo, en la obra de Marx se encuentran también otros elementos que aminoran esta interpretación. Como aquella que se enfrenta a cierta teleología o que marcha hacia un fin de la historia. De allí su dilema entre socialismo o barbarie; sus puntualizaciones sobre el significado del capital para el capitalismo occidental; su oposición a que en su teoría se interprete a la historia como una concepción filosófica y universal que sería algo así como metahistoria. Éste es el alcance de la *razón histórica* y de la *razón de la historia* en Marx.

¹⁵ Ágnes Heller y Ferenc Fehér, *Políticas de la posmodernidad. Ensayos de crítica cultural*. Barcelona, Península, 1994, p. 37.

Posmodernidad y caída de los paradigmas unitarios

En esta modernidad de las nacientes metrópolis en los siglos XIX y XX es importante señalar que existen otras formas de modernidad, que tuvieron su inicio en el siglo XV y XVI con el descubrimiento de América y los viajes de circunnavegación mundial. Según la clásica concepción de la tradición occidental, lo moderno es lo que sigue a la Época Medieval. Sin embargo, *modernus* es un término que se acuñó en el siglo IV de nuestra era, que significa lo más reciente, lo más nuevo. Si nos movemos en la primera acepción, lo moderno es el final de la legitimación teológica del poder político; la aparición de la vida urbana como el centro de las actividades sociales y comerciales; el proceso paulatino de la desaparición de las formas corporativas hacia la apropiación privada de la riqueza, y la individualización de lo económico e ideológico.

Se despliega la noción de Razón en los diversos campos de la existencia social, consecuencia de la racionalización creciente y de los procesos de producción y de acumulación del capital se llega al surgimiento de la ciencia empírica moderna y a la tantas veces aludida revolución copernicana; al consecuente cambio de parámetros filosóficos con la aparición de la teoría del conocimiento y al racionalismo cartesiano como paradigma, pero éste no entendido en el sentido kuhniano de la *Estructura de las revoluciones científicas de la problematización* y la respuesta empirista de la búsqueda que sintetiza a la filosofía como la ciencia de la época, como sería el caso en la filosofía de Kant.

En el campo del mundo social e histórico, la modernidad adquiere una concepción de progreso ilimitado y de desarrollo infinito. Pero el gran cambio llega cuando el infinito penetra a este mundo. Es lo que separa al mundo cerrado medieval del universo infinito y de la modernidad. Se empieza a crear una idea de progreso indefinido de conocimientos a partir del uso de la razón, porque no hay nada que limite los poderes de la razón humana. Y la razón, por antonomasia, se expresa en la ciencia matemática. Como bien escribe Leibniz, es “la medida que Dios calcula y se hace el mundo”. De este modo, la finalidad de la vida humana es un crecimiento ilimitado de la producción y de las fuerzas productivas, lo que se expresa en la idea de progreso.

Sin embargo, esta idea de modernidad va a ser disuelta en el siglo XX por personalidades como Heidegger, quien declara el “fin de la razón” y de la filosofía, en un texto relevante: “La época de la imagen del mundo”, publicado en *Sendas perdidas*.¹⁶ En Heidegger es central la discusión sobre lo posmoderno y sobre el tema del “fin de la metafísica”. En un texto posterior a *El ser y el tiempo* señala que la técnica es la consumación de la metafísica. Por lo mismo, se puede decir que lo moderno es el tiempo máximo de la *entificación* del ser, facilitado por la separación de sujeto / objeto, característica de la problemática filosófica e histórica moderna. Según Heidegger, el “olvido del ser” no es una situación accidental ni un problema de conocimiento que tendría el “mundo ante los ojos”, según el lenguaje de *El ser y el tiempo*.¹⁷ Ello implica la reducción significativa de las cosas a meros instrumentos de la técnica y su reducción al uso utilitario.

Ubicar el mundo como imagen es darle un sentido antropológico; es poner al mundo al servicio de la mirada que sólo lo limita a espejo de su uso por el hombre mediante la voluntad científico-

¹⁶ Martin Heidegger, *Sendas perdidas*. Buenos Aires, Losada, 1979.

¹⁷ M. Heidegger, *El ser y el tiempo*. México, FCE, 1971.

tecnológica. Es decir, el mundo no se *objetiviza*, sino que se *objetiva* y se pone enfrente para ser objeto de dominación pragmática. Este reino del cálculo y de la cuantificación hará de la modernidad no precisamente la imagen de una época de un mundo determinada, sino aquella en la cual el mundo es asumido y pensado como imagen. Esta época concluye en una monstruosidad que crece de manera desmesurada, y esto genera su *propia sombra*, algo nunca alcanzable y sólo aprehensible con la razón.

Así, los logros de lo calculable determinan lo incalculable, y la disolución de su propia base: la Razón. En la misma modernidad europea se irá prefigurando el fin del ente, del sujeto individual, de Dios, de la Metafísica, pero no en todos sus miembros. Así lo muestran las críticas a esa modernidad unidimensional y excluyente.

Sin embargo, más allá de la posmodernidad, de la poscolonialidad y de la disolución de los paradigmas filosóficos, sociales, políticos, económicos y científicos en el inicio del siglo XXI, el filósofo Slavoj Žizek señala, de manera sugerente, la continuidad racionalista. Considera que “un espectro ronda la academia occidental [...] el espectro del sujeto cartesiano”.

Todos los poderes académicos han entrado en una santa alianza para exorcizarlo: la New Age oscurantista [que quiere remplazar el *paradigma cartesiano* por un nuevo enfoque holístico] y el deconstruccionismo posmoderno [para el cual el sujeto cartesiano es una ficción discursiva, un efecto de mecanismos textuales descentrados]; los teóricos habermasianos de la comunicación [que insisten en pasar de la subjetividad fonológica cartesiana a una intersubjetividad discursiva] y los defensores heideggerianos del pensamiento del ser [quienes subrayan la necesidad de *atravesar* el horizonte de la subjetividad moderna que ha culminado en el actual nihilismo devastador]; los científicos cognitivos [quienes se empeñan en demostrar empíricamente que no hay una única escena del sí-mismo, sino un pandemónium de fuerzas competitivas] y los “ecólogos profundos” [quienes acusan al materialismo mecanicista cartesiano de proporcionar el fundamento filosófico para la exploración implacable de la naturaleza]; los (pos)marxistas críticos [quienes sostienen que la libertad ilusoria del sujeto pensante burgués arraiga en la división de clases] y las feministas [quienes observan que el *cogito* supuestamente asexuado es en realidad una formación patriarcal masculina].¹⁸

Por lo mismo, la subjetividad cartesiana sigue siendo reconocida por grupos académicos más fuertes y aún activos en Europa y en Estados Unidos, lo que pone en cuestión a la posmodernidad y obliga a replantear los significados de los principios de la modernidad misma. La lógica intrínseca e implícita dentro de un proyecto filosófico obliga a articular un cierto margen de subjetividad moderna inherente al *cogito*, lo que no está cubierto por filósofos como Heidegger, quien al poner su ojo sólo en el foco de la imaginación trascendental kantiana pasa por alto la dimensión clave de la imaginación y su aspecto antisintético, lo cual no es otra cosa que el nombre de la libertad y la autonomía del sujeto.

Desde finales del siglo XIX, y en la primera década del siglo XX, la cuestión del sujeto individual e histórico va a ser compartida por otras líneas teóricas, como el historicismo de Dilthey, el pers-

¹⁸ Slavoj Žizek, *El sujeto espinoso. El centro ausente de la ontología política*. Argentina, Piados / ASICF, 2001, p. 9.

pectivismo de Ortega y Gasset, la filosofía de García Morente, de García Bacca, José Gaos, Xavier Zubiri, y por algunos filósofos de la Escuela de Frankfurt, como Adorno, Horkheimer y Benjamin.

Horkheimer apunta que se trata de desenmascarar lo que se ha llamado ciencia positiva, resultado de la independencia de su génesis histórico-fáctica y de los resultados obtenidos de la ciencia moderna, lo que excluye la inferencia de cualquier contexto de investigación, donde cualquier ley científicamente enunciada es por definición verdadera.

En la actualidad se está dando el regreso a los grandes discursos, a la ontología, a la Totalidad, a la recuperación del sujeto, al estudio del Ser y del ente, a la fenomenología, a la filosofía de la existencia y al humanismo. Es la recuperación del sujeto ético como valioso, donde la *sujetividad* juega un papel importante en el diálogo interpersonal de corresponsabilidad y solidaridad con los otros. Esto requiere del filosofar comprometido y responsable, donde la objetividad y la subjetividad se combinen en el ejercicio de la razón. En él estará siempre presente la racionalidad de ideas claras y distintas combinadas con la opacidad y la transparencia, por la luz y la oscuridad.

En el filosofar y la filosofía deberá tenerse presente que es imposible pensar en el sujeto sin el mundo o pensar el mundo sin el sujeto. Por lo tanto, esta relación biunívoca se implica en el *encuentro* dentro de la Totalidad de los sujetos interpersonales, del sujeto y el objeto. La unidad del sujeto y el mundo, y entre individuos es dialéctica. Es decir, es una unidad de diálogo. Es aquí donde se encuentra la fuente primordial en donde tienen su origen todos los demás juicios filosóficos.

Nuestro voto es por la modernidad múltiple y plural. La modernidad no es unitaria históricamente como tampoco el sujeto dialógico. Se es sujeto, individuo, sólo con los otros. Es un ejercicio de *encuentros* y *desencuentros*, donde el *logos* es un atributo exclusivamente humano, de todo ser humano. La posmodernidad no es sino la continuidad histórica y procesal de la modernidad y de la razón misma.

Elementos y sugerencias para una historia de las ideas estéticas en nuestra América¹

Horacio CERUTTI GULDBERG

Sorteando objeciones en manojo

“... nada tan burdamente pérfido como estetizar —o literarizar— una realidad minuciosa y radicalmente inhumana”.

ANTONIO CORNEJO POLAR, en *Escribir en el aire*.

Antes que nada, convendría encarar decididamente una reiterada objeción, que afecta a campos colindantes del quehacer intelectual de modo esterilizador, y que se podría enunciar de manera resumida de la siguiente manera. La disciplina historia de las ideas tiene una impostación idealista que impide aprehender las inserciones —¿u orígenes?— institucionales y colectivos de unos productos socio-culturales llamados ideas. Su condición de relato totalizador, teleológico y progresivo es incapaz *per se* de dar cuenta de un proceso tortuoso, complejo y sin fines explícitos, salvo que sean preconcebidos y, por lo tanto, atribuidos en forma arbitraria. Nuestra América, o cualquier otra de las expresiones insuficientes que históricamente han servido para medio identificarnos —(¿autoidentificarnos?)— es una denominación que alude impropriamente a una ilusión, a una realidad inexistente. Con énfasis mayores o menores, esta objeción, que quizá cabría más bien denominarla como manojo de objeciones ensambladas burdamente, tiene un efecto esterilizador fácil de constatar. En vez de afrontar con decisión la tarea, todo se queda en dispersión de esfuerzos individuales e institucionales y en trabajos pretendidamente monográficos, la mayoría de los cuales no van más allá de la glosa, algunas veces inteligente y sugestiva, de bibliografía secundaria, por muy importante que ésta sea, y cuya repercusión, hasta internacional, no se puede desestimar. Así, el suelo no sólo se mueve, sino que desaparece bajo los pies, y la presuntuosamente presentada como investigación en el área opera como una máquina, que añade perplejidad a la que *ad nauseam* ahoga nuestro mundo.

¹ La base del presente trabajo fue una conferencia magistral pronunciada en el ciclo “Ideas Estéticas en América Latina. Entre la lupa y el caleidoscopio”. Jornadas de ensayo y diálogo hacia una historización, celebradas en el Aula Magna José Vasconcelos del Centro Nacional de las Artes, el 17 de mayo del 2000. Posteriormente apareció con el título “Elementos para una historia de las ideas estéticas en nuestra América”, en *Configuraciones de un filosofar sureador*. Orizaba, Veracruz, Ediciones del Ayuntamiento de Orizaba, 2006, pp. 77-97. [1ª. reimp. corregida.] Esta es una versión reelaborada. Agradezco a Mario Miranda Pacheco sus valiosas sugerencias.

Con esto no pretendo eludir lo que de objeción fuerte pueda contener este manojo. Sin embargo, cuando se examina el asunto más de cerca y con cuidado se advierte que la fuerza de la objeción proviene de la superposición no justificada —ni justificable, según me parece— de diversos niveles de reflexión y lenguaje. Por no advertirlo fracasan también los intentos de superar el manojo en un solo plano.

En lo que sigue pretendo avanzar, siguiendo la estrategia de desactivarlo. Aunque conviene no postergar algunas observaciones preliminares. La disciplina se ha reconocido y ha echado raíces entre nosotros con ese nombre, sin eludir la objeción de idealismo, sino procesándola en su mismo seno. Quizá este sea uno de sus más señalados aportes. El esfuerzo por desarrollar el conocimiento a partir de la disciplina no es equiparable al funcionamiento de una máquina, donde los *in puts* determinan en un automatismo de caja negra sus correspondientes *out puts*. Si Nuestra América no es una realidad completa y acabada en sus perfiles, no deja de aparecer y reaparecer en la materialidad misma de aquello que se pretende historiar, aunque más no sea —¡y no es poca cosa!— como proyección deseable. Pero, y éste es un matiz decisivo, esa misma entidad *proyectual* no puede empañar la aprehensión de las ocasiones en que su efectividad es comprobable y hasta evidente.

Se trata, en suma, de dar un impulso —ojalá cualitativo— renovado a una tarea nunca abandonada y nunca del todo cuajada. De modo directo: poniendo manos a la obra sin más dilaciones. Indirecto u oblicuo, proponiendo sobre la marcha respuestas más adecuadas al manojo que obstaculiza las objeciones. Ni más ni menos.

¿Para qué historia de las ideas estéticas?

“Nuestra evolución hacia la autodeterminación estética no depende de nuestra sensibilidad exclusivamente, sino de nuestra mentalidad estética en especial; es decir, advertiremos que los conocimientos científicos del arte resultan hoy indispensables para nuestra autodeterminación estética. Si ejercemos la soberanía conceptual respecto a nuestra cultura estética, lograremos el desarrollo estético que nos conviene. Nuestra dependencia también fue y es estética”.

JUAN ACHA

La desarticulación de la memoria colectiva ha sido un instrumento eficaz en el ejercicio de extendidas formas de dominación con objetivos de explotación y expolio económico en la historia mundial. A veces se nos pierde de vista que hemos atravesado también situaciones coloniales, muchos de cuyos rasgos todavía perviven en el lenguaje y en hábitos culturales. Para aprehender lo que vino después de esas situaciones coloniales, todo lo *sui generis* que sea menester caracterizarlas, sólo contamos con la terminología de situaciones de dependencia. Y esta terminología es sugestiva, aún cuando las elaboraciones teóricas contrastantes en que se consolidó y adquirió repercusión importante en el debate institucional hayan sido insuficientes. Es más, lejos de todo fácil anacronismo, su (re)uso no sólo reclama esfuerzo teórico renovado, sino que quiere expresar, al menos en

mi caso, la agudización de fenómenos incipientes en su momento, y que ahora se presentan con vigor abrumador. Cabe mencionar, por ejemplo, un aspecto no marginal del *corpus* de ideas referido, el que las decisiones que afectan a quienes habitan en esta región del globo se tomen de manera sistemática en otra parte y por quienes responden a otros intereses, que no son los de los afectados.² En todo caso, esas situaciones posteriores (post) a las coloniales requieren de una recuperación de la memoria para poder otorgar algún sentido a la existencia y al quehacer individual y colectivo.

Por supuesto, memoria quiere decir articulación explícita de la relación entre recuerdo y olvido en los procesos de selección y exclusión que les son inherentes. Reorganizar una memoria en estas situaciones sólo puede consistir en una tarea rebelde e insumisa que tiene el objetivo expresamente asumido de quedar en mejores condiciones para ejercer hoy una reflexión estética con rigor y fecundidad. Rigor para dar cuenta cabal de aquellas manifestaciones artísticas a que se refieren, y fecundidad para estimular la producción y hasta la proliferación de unas y otras, obras e interpretaciones. A sabiendas de que esta manera de hablar (obras e interpretaciones o ideas estéticas) no es más que una aproximación preliminar y provisoria a una relación entrañable y mutuamente constituyente, lo que quiero apuntar es que contar con memoria posibilita una reflexión con enjundia por enraizada, y que esa relación entre memoria y ejercicio actual de la reflexión es necesaria en nuestra situación, so pena de realizar un esfuerzo sin sentido.³

¿Cómo realizar esa ansiada historia (historiografía)?

“Hay que continuar esforzándose por alcanzar un lenguaje que sea capaz de hacer frente a la confusión”.

ARNOLD HAUSER

La respuesta a la pregunta que plantea el título de este apartado sería algo así como: “para realizar esa ansiada historia se debe realizar algo así como caminar sobre una cornisa con equilibrio inestable para intentar proferir una interpretación integradora que incluya dimensiones analíticas en lo que los fenómenos mismos requieran en su reconstrucción”. Por supuesto, pretendiendo articular, con la provisionalidad urgente, a estos menesteres, totalizaciones y fragmentos.

Más adelante examinaré una manifestación de la actitud que parece posibilitar lo que propongo, y que ejemplifica, de maneja magistral y paradigmática, aquella orientación, aquel *surearse*

² Cf. Roberta Traspadini, *A teoria da (Inter)dependência de Fernando Henrique Cardoso*. Río de Janeiro, Topbooks, 1999, 174 pp.; Roberto Hernández, *Cardoso-Marini: un debate inconcluso. Desarrollo, dependencia y democracia en América Latina*. Tesis. México, UNAM, 2004, y Roberto Hernández, “La dependencia a debate” en *Latinoamérica*, vol. 1, núm. 40. México, UNAM, CCYDEL, 2005, pp. 11-54.

³ Remito a mis trabajos “Identidad y dependencia culturales”, en *Enciclopedia Iberoamericana de la Filosofía*. David Sobrevilla, edit., *Filosofía de la cultura*, vol. 15. Valladolid, Trotta / CSIC, 1998, pp. 131-144; Horacio Cerutti Guldberg, *Filosofar desde Nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*. México, Miguel Ángel Porrúa, 2000, 203 pp.

inestimable que encontrará con gran perspicacia Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005) en las obras de Pedro Henríquez Ureña: la edad de oro está por delante...⁴

La voluntad de incluirse decididamente, de adscribirse a una tradición intelectual comporta ventajas y desventajas, ampliación de miras y zonas de poca visibilidad. Trabajar en historia de las ideas hoy en Nuestra América implica advertir los riesgos de pérdida de historicidad, de evasión de lo histórico, que se presenta en lo que Arturo Roig ha caracterizado como ontologismos y esteticismos. Para lo que nos incumbe, esteticismos que han terminado por vaciar de sentido a una realidad histórica compleja, y, sobre todo, conflictiva que queda edulcorada así por un tratamiento de belleza que enmascara.⁵

Sólo si nos hacemos cargo de la tradición de la historia de las ideas estaríamos en condiciones de desecharla, lo que no es nuestro caso, continuarla o recrearla. En estos dos últimos énfasis “la cuestión crucial es la del sentido de su práctica”. Y así lo ha puesto en evidencia en un sugerente artículo Yamandú Acosta, cuando pasa revista “en forma abierta [a] cinco órdenes de cuestiones para motivar la reflexión y el debate”,⁶ los cuales pueden enunciarse como sigue: objeto de la disciplina, ideas y/o ideologías, interna o externa, historiografía (relatos), categorías. Yamandú Acosta efectúa un repaso de los avances de la disciplina en América Latina desde las décadas de 1940, 1950 y hasta la de 1990, para afirmar la necesidad de re TRABAJARLA asimilando la discusión que se propone desde la narrativa de la *globalización* y la sensibilidad posmoderna. Antes, en artículos y en un texto editado de manera póstuma, el colega Javier Sasso (1943-1997), también uruguayo, había planteado críticas a la historiografía de la filosofía latinoamericana, y había reclamado la posibilidad de abrir otras vías de interpretación a partir de la base documental puesta a disposición por los historiadores de las ideas de generaciones anteriores.

Esta pretensión parecería del todo justificada, aunque requiere de una doble condición, al menos para efectivizarse plenamente. Primero había que interpretar en forma pertinente lo que plantean los investigadores a que se hace referencia, y, segundo habría de internarse, con todo rigor, en las fuentes y dejar abiertas las puertas para una posible ampliación de la base documental.

⁴ Rafael Gutiérrez Girardot, *Aproximaciones*. Bogotá, Procultura, 1986, 157 pp., y también *Pensamiento hispanoamericano*. Prólogo de R. H. Moreno Durán. México, UNAM, 2006, 441 pp. Remito también a mi estudio “Pensador generoso”, en Jorge Tena Reyes, edit., *Ponencias de la Semana Internacional de Homenaje a Pedro Henríquez Ureña en el cincuentenario de su muerte 1946-1996*. Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación / Bellas Artes / Cultos, 1996, pp. 148-178, reproducido en Mario Magallón Anaya y Horacio Cerutti Guldberg, *Historia de las ideas latinoamericanas. ¿Disciplina fenecida?* México, Casa Juan Pablos / Universidad de la Ciudad de México, 2003, pp. 153-170.

⁵ Cf. sobre la obra de Arturo Roig los trabajos de Carlos Pérez Zavala, *Arturo Andrés Roig, La filosofía como compromiso*. Río Cuarto, Argentina, Universidad Nacional de Río Cuarto / ICALA, [s.f.], 197 pp. Hay una segunda edición corregida y aumentada, 2005, 265 pp., y Sonia Mirna Lenina Carreto Blanco, “La filosofía de los calibanes y la teoría poscolonial”, en *Revista de Filosofía*, vol. 1, núm. 28. Maracaibo, Universidad del Zulia, 1998, pp. 9-34. Un enfoque semejante también en Juan Acha, (1916-1995): *Aproximaciones a la identidad latinoamericana*. Toluca, UAEM / UNAM, 1996, p. 128. La propuesta estética de Roig ha cuajado recientemente en un valioso trabajo: “Arte impuro y lenguaje. Bases teóricas e históricas para una estética motivacional”, en *Pensares y Quebaceres. Revista de Políticas de la Filosofía*. México, núm. 0, año 1, mayo-octubre, 2004, pp. 9-24.

⁶ “Consideraciones sobre la historiografía de la historia de las ideas en América Latina”, en *Cuadernos del CLAEH*, 2ª serie, núm. 83-84, año 24. Montevideo, 1999, p. 274.

Por desgracia, creo que ninguna de las dos condiciones se cumplió en el esfuerzo de Javier. Por un lado, porque en contra de su propia propuesta, globaliza esfuerzos intelectuales inconmensurables, aunque ligados, como los de Zea y los de Roig. En segundo, porque el acceso a las fuentes que refiere es incompleto o falto de la precisión indispensable. Con todo, su propuesta de revisar la *escena*, o lo que yo preferiría denominar la *puesta en escena* de la historia de las ideas por parte de la historiografía, parece sugerente, y ayuda a evitar apresuradas y hasta excluyentes totalizaciones.

Por otra parte, la extensión —a mi juicio incorrecta— de la categoría de normalización a ámbitos que no le son propios confunde más que aclara no sólo la propuesta de Francisco Romero, sino la canonización ulterior de la misma.⁷

Esto quiere decir, me parece, que un ejercicio fecundo de la disciplina requiere satisfacer ciertas cotas mínimas de información, erudición, rigor y entrenamiento para los cuales no existen —es verdad— condiciones institucionales adecuadas, ni órganos de debate específicos. Esta es una tarea aún pendiente. Por eso, quizás y para colmo, surgen esbozos con buenas intenciones, pero sumamente inconsistentes en el ámbito mismo de lo que nos ocupa: la historia de las ideas estéticas. Lo parecido no es sin más igual y el procedimiento de asemejar todo en el plano intelectual, mientras se predica el respeto a las diferencias culturales no produce más que frustración.⁸ Porque, y esto es decisivo, la labor disciplinaria no se puede quedar en un gesto, y el retorno a las fuentes es una exigencia seria, que incluye explicitar qué se entiende por tales, y cuáles son los límites de su *corpus*, siempre provisionales, por supuesto.

No alcanza con un gesto que deja permanentemente en el aire la cuestión del sentido y que elude una y otra vez la consideración rigurosa y pertinente de los contextos de producción y recepción.⁹

⁷ Javier Sasso, *La filosofía latinoamericana y las construcciones de su historia*. Caracas, Monte Ávila / Cátedra / UNESCO/Embajada de España, 1998, 228 pp. Sobre Romero remito a mis trabajos: *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, 2ª ed. México, Miguel Ángel Porrúa / UNAM, 1997, pp. 122-137 y *Experiencias en el tiempo*. Morelia, Jitanjáfora, 2001, pp. 37-66.

⁸ Una ejemplo de estas frustraciones es la que produce la lectura del trabajo de Gabriel Castillo: "América Latina como aporía: las estéticas nocturnas", en *Aisthesis. Revista chilena de investigaciones estéticas*, núm. 31. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1998, pp. 30-51.

⁹ A propósito, es interesante anotar lo que se consigna bajo la entrada correspondiente de *Semiótica; Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid, Gredos, 1980. [1ª reimp. 1980.]. En principio el "sentido es indefinible" y se manifiesta como "significación articulada". Más allá de estas consideraciones se cae en un ámbito de imprecisión "a menos que se hicieran intervenir presupuestos metafísicos de graves consecuencias" (p. 373). Por su parte, José Ferrater Mora, en su *Diccionario de filosofía*, encuentra "El pleno sentido equiparado a la perfección de la realidad", y afirma que "es el nombre de un concepto límite".

Un ejemplo en busca de una actitud fecundante

“El arte ha sido tolerado como las bellas cortesanas, por el placer que daba a los sentidos, pagado para ataviarse a pleno lujo y lujuria, mas siempre que su carne y su alma se subordinaran a los poderes constituidos, religiosos, económicos y últimamente políticos y sociales”.

JUAN LARREA

Un modo de introducirnos al tema de las vanguardias sería empezar citando algunas de las palabras conclusivas, demoledoras en su constatación, de Eric Hobsbawm, en su conferencia “Behind the Times”, impartida en las Walter Neurath Memorial Lectures de 1998. “Sin embargo, como incluso la Bauhaus descubrió, cambiar la sociedad es algo más de lo que pueden conseguir las escuelas de arte y de diseño por sí solas. Y eso no se ha conseguido”.¹⁰

Y, en consonancia, según Hobsbawm, las vanguardias no consiguieron tampoco expresar su tiempo en formas artísticas. Ni expresarlo, ni cambiarlo. No pudieron expresar la modernidad (“La modernidad reside en los tiempos cambiantes no en las artes que tratan de expresarlos”.¹¹) y no lograron ganar la batalla contra *la obsolescencia tecnológica*.

El diagnóstico, de este modo, se vuelve implacable:

La cara de la pintura de vanguardia es que se convirtió en el único arte viviente que quedaba, pero la cruz es que al público no le gustaba. La pintura abstracta no empezó a cotizarse a precios elevados hasta la guerra fría cuando, por cierto, se benefició de la hostilidad que Hitler y Stalin habían mostrado hacia ella. Y así se convirtió en una suerte de arte oficial del “mundo libre” contra el “totalitarismo”: curioso destino para los enemigos de los convencionalismos burgueses.¹²

Y las preguntas se suceden sin respuestas a la vista:

No sabría responder adecuadamente por qué entre 1905 y 1914 la vanguardia rompió deliberadamente esa continuidad con el pasado, pero lo que está claro es que, una vez lo hubo hecho, emprendió sin remedio su viaje a ninguna parte. ¿Qué podía hacer la pintura una vez que había abandonado el lenguaje tradicional de la reproducción o se había apartado de su lenguaje convencional lo suficiente como para hacerlo incomprensible? ¿Qué podía comunicar? ¿Hacia dónde iba el nuevo arte?¹³

Para culminar en una constatación inapelable: “Lo que hay que tener en cuenta de las artes verdaderamente revolucionarias es que fueron aceptadas por las masas porque tenían algo que

¹⁰ *A la zaga. Decadencia y fracaso de las vanguardias del siglo xx*. Barcelona, Crítica, 1999, p. 47.

¹¹ *Ibidem*, p. 14.

¹² *Ibid.*, p. 23.

¹³ *Ibid.*, p. 27.

comunicarles. Sólo en el arte de vanguardia el medio es el mensaje. En la vida real, el medio experimentó una revolución a favor del mensaje”.¹⁴ Y continúa:

En resumen, es imposible negar que la verdadera revolución en el arte del siglo xx no la llevaron a cabo las vanguardias del modernismo, sino que se dio fuera del ámbito de lo que se reconoce formalmente como “arte”. Esa revolución fue obra de la lógica combinada de la tecnología y el mercado de masas, lo que equivale a decir de la democratización del consumo estético. Y en primer lugar, sin duda, fue obra del cine, hijo de la fotografía y arte capital del siglo xx. El *Guernica* de Picasso es, como obra de arte, incomparablemente más impresionante que *Lo que el viento se llevó*, de Selznick, pero desde un punto de vista técnico ésta es una obra más revolucionaria.¹⁵

Aquí es donde viene a cuento nuestro Juan Larrea (1895-1980), nuestro por muchos motivos, el más entrañable: por su propia decisión epistémico-poética, como tendremos ocasión de apreciar.

En 1944 la revista-editorial *Cuadernos Americanos*, que había ayudado a fundar, y a cuyas legendarias secciones había dado nombre con su verba poética *sugerentísima*: “Nuestro Tiempo”, “Aventura del Pensamiento”, “Presencia del Pasado”, “Dimensión Imaginaria”, le publica su *El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*. Para apreciar cabalmente las raíces de la matriz simbólico-poética, desde la cual se elabora su reflexión crítica es menester hacer referencia a otra obra suya capital, publicada en dos volúmenes el año anterior, por la misma editorial. En *Rendición de espíritu. Introducción a un mundo nuevo* había señalado: “menester es concluir que tal diferencia [la esencial que existe entre los términos *dormido* y *despierto*] procede exclusivamente del embraque o desembrague, de la conexión o desconexión del estado de conciencia con la realidad del mundo objetivo”.¹⁶

El sueño es, en definitiva, el elemento constituyente del impulso creador, poético, en su sentido más pleno. “Sucede, pues, que cuando se emplean en estas condiciones los términos *dormido* y *despierto* se distinguen dos estados de conciencia diferentes, mas ambos propios del sueño, uno del sueño imaginado o ensueño, y el otro de su antítesis, el sueño racionalista”.¹⁷

El tiempo del surrealismo había estado enmarcado entre los años 1918 y 1939, y en este movimiento —mucho más que un intrascendente estilo, en sus palabras— se darían cita diversos afluentes: Nerval, Freud, romanticismo, superrealismo de Apollinaire, la videncia de Rimbaud, Novalis de modo eminente, la supervisión de Rubén Darío, cubismo, Dadá, humor negro, unanimismo de grupo de Walt Whitman. En paralelismo con Nerval, los surrealistas buscarán el acoplamiento entre sueño y realidad. Breton, en sus dos manifiestos de 1924 y 1930, mostrará el itinerario desde la búsqueda de la superrealidad, echando mano del hipnotismo, la *mediumnidad* y la escritura

¹⁴ *Ibid.*, p. 36.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 34-36. Sobre las vanguardias en nuestra América cf. Arturo Roig, *Caminos de la filosofía latinoamericana*. Maracaibo, Universidad del Zulia, 2001, pp. 103-113. La posición de Larrea sobre Picasso aparece sugerentemente delineada en: “Toma del *Guernica* y liberación del arte de la pintura”, aparecido inicialmente en *Cuadernos Americanos*, marzo-abril, 1948, pp. 235-257 y reproducido en la interesante antología elaborada por Teresa Waisman: *Juan Larrea. Apogeo del mito*. México, CEESTEM / Nueva Imagen, 1983, pp. 291-313.

¹⁶ México, *Cuadernos Americanos*, vol. I. 1943, p. 225. Agradezco a Jaime Vilchis el haberme llamado la atención de nueva cuenta sobre la sugerente obra de Larrea.

¹⁷ *Ibidem*, p. 229.

automática, hasta la conversión en iglesia para negar en la práctica sus teorías. Según Larrea no tuvieron los surrealistas capacidad para experimentar a fondo la religiosidad como la Teología Mística lo permite. Se quedaron más acá. Sólo en “ciertos pequeños juegos sin trascendencia ni significación”.¹⁸

De lo que estéticamente se trataba, según él, era de dar el paso del surrealismo a la realidad. Y este tránsito sólo se haría posible con el reconocimiento apocalíptico del fin de Occidente, suficientemente visible en diversos sueños premonitorios, pero estos aspectos radicales, con presencia virtual en la propia tendencialidad del movimiento, quedaron ocultos a los ojos de sus protagonistas, en una especie de censura psíquica colectiva, particularmente evidente en el “caso Brauner”. Hasta aquí llegarían los surrealistas incluso en la diáspora. “En los cuatro años de su dispersión nada han producido que signifique el menor adelanto. Su mensaje decisivo era, a lo que parece, el “caso Brauner”.¹⁹

Con todo, al formar un *egrégores*, en terminología de Pierre Mabille,²⁰ alientan la convicción de que estado de conciencia es equivalente a estado de videncia, y permiten avanzar en la aclaración de las combinatorias innumerables de complejas simbologías, para atisbar (ojo en vagina —ser conocido—, ojo cuerno —ser conocedor—) jeroglíficamente una concepción de la historia. “La Historia se define así como un sueño donde se realizan los deseos de la Humanidad”.²¹

El poeta bilbaíno empuña la dialéctica como un arma, y ejercerla le permite afirmar taxativamente que el mundo de la Realidad (con mayúscula) es el Nuevo Mundo.²²

Dejémosle la palabra y leámoslo en su impecable expresión:

Haciendo funcionar sobre estos datos la calculadora imaginativa, se obtiene el siguiente resultado: el surrealismo, último producto poético del mundo occidental en su tendencia a su superación futura, indica y revela que el reino de la Realidad se ubica en el Nuevo Mundo y se relaciona con el contenido de los sucesos españoles, con su “mito inmenso”.²³

Y continúa:

En este nuevo continente se ubica el solar de la Realidad. En él, el Occidente se sublima en la Universalidad rindiendo su profecía y su legado. [...] se vislumbra aquí una copulación inminente entre dos series de términos disociados: objetivo y subjetivo; intuición y razón, realidad geográfica

¹⁸ Juan Larrea, *El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*. México, Cuadernos Americanos, 1944, p. 23.

¹⁹ *Ibidem*, p. 60. Así pude constatarlo en una magnífica exposición sobre “Los surrealistas en el exilio”. Madrid, Museo Reina Sofía, 2000.

²⁰ Mabille, citado por Larrea, en *ibid*, p. 44, dice: “llamo *egrégores*, palabra empleada antaño por los hermetistas, al grupo humano dotado de una personalidad distinta a la de los individuos que lo forman”.

²¹ *Ibid.*, p. 50.

²² Con sutileza, no exenta de ironía, añade en contra de cierto materialismo mecanicista de cortas miras: “No puede ser otro el destino que le está reservado a cierto materialismo histórico que hoy, cuando se halla en vigor el diseño planetario de constituir un preciso ámbito muscular y producir un esfuerzo de ruptura, consigue plenitud de evidencia en tantas mentes como niegan, en su absoluta relatividad de antítesis, cualquier otra superior dimensión. También aquí funciona y funcionará ineludiblemente la dialéctica”, en *ibid.*, pp. 58-59.

²³ *Ibid.*, p. 64.

concreta y representación ideológica abstracta; [...] hasta en cierto modo, entre los dos pretendidos sexos complementarios sueño y realidad.²⁴ [...] supone la creación en América de una cultura nueva y universal basada en la utilización técnica de los valores socialistas, al modo como se han de dominar las máquinas, para alcanzar el esplendor sin restricciones en lo individual y en lo comunal de lo humano, la consecuencia de cuanto los hombres han creado hasta hoy y padecido: de cuanto se ha gestado a través de la complejísima experiencia genérica.²⁵ [...] Cree saber quien esto escribe que [...] ese supermito o sistema poético de creación del Mundo Nuevo ha empezado a devanar su maravilloso ovillo.²⁶ [...] aquí en América tenemos ya hoy día siquiera un pie en el mundo poético de la Realidad.²⁷

Y todo esto aprehensible a conciencia “Por el tumulto del Amor”.²⁸ En palabras de Vallejo en “Los heraldos negros”:

“¡Amor contra el espacio y
contra el tiempo!”²⁹

Este andamiaje conceptual, aquí apenas sugerido con el recurso de estas citas, fraguado como consecuencia del conflicto español, su exilio y durante la Segunda Guerra le dejará en inmejorables condiciones para parir en pocas semanas (el 21 de septiembre a fines de noviembre de 1945) su deslumbrante *Videncia del Guernica. Avant la lettre*, en el que quedaba perfectamente establecido lo que Hobsbawm medio siglo después asentaría en su conferencia: “lo que los nuevos lenguajes necesitaban de verdad eran subtítulos y comentaristas; es decir, necesitaban palabras que aún tenían significados convencionales”.³⁰ Y es que sin el *Guernica* de Larrea, el de Picasso queda clauso y en buena medida inaccesible, como parece que le sucedió a Hobsbawm.

El texto de Larrea se editó en inglés, en 1947, en la ciudad de Nueva York, y habrá que esperar hasta 1977 para contar con una edición en castellano que editó la revista y editorial *Cuadernos para el Diálogo*.³¹ El libro casi no ha circulado y es poco conocido.

²⁴ *Ibid.*, p. 75.

²⁵ *Ibid.*, p. 94.

²⁶ *Ibid.*, p. 104.

²⁷ *Idem.*

²⁸ *Ibid.*, p. 94.

²⁹ *Ibid.*, p. 95.

³⁰ *Ibid.*, p. 31. Aquí es imposible recordar lo señalado con agudeza por Roland Barthes en su comparación entre escritura clásica y moderna. Cf. *El grado cero de la escritura*, seguido de *Nuevos ensayos críticos*, 18ª ed. Trad. de Nicolás Rosa. México, Siglo XXI, 2006, pp. 46-57.

³¹ A excepción del artículo de 1948, que ya hemos citado en la nota 16, tengo la impresión de que los siguientes párrafos pueden sugerir por qué el texto se editó allí. “En este sentido es también significativa la evolución de *Cuadernos para el Diálogo*, la revista fundada por Joaquín Ruiz-Giménez en 1963, cuyo nacimiento Giménez Fernández consideró con suspicacia, temeroso de que evolucionara hacia alguna forma de colaboracionismo con el régimen. Sin embargo, *Cuadernos* se afirmó como un centro de atracción en torno al cual giraban personas de muy distinta significación política democrática, y que fue derivando cada vez más claramente hacia la izquierda, de lo cual surgió algún conflicto interno. En septiembre de 1973, por ejemplo, al producirse el golpe de Estado contra el gobierno de Unidad Popular en Chile, la revista no ahorró sus críticas a la posición abiertamente favorable a la intervención militar del sector de la Democracia

Larrea escribe este texto por encargo, y en él deja volar su pluma, molesto por la actitud del pintor malagueño al permitir que su obra degenerara de arma contra el franquismo en gesto espectacular de horror. “Sobrevinieron las apreciaciones estéticas tendientes a prescindir del significado de sus símbolos vitales [...] comenzó a ser moralmente más distinguido [...] ignorar la extrema belicosidad del *Guernica*”.³²

En realidad, para Larrea todo se concentra en la interpretación de ciertos puntos clave de la obra: el significado del toro y del caballo. Indignación no velada le causa el que califica de *taimado* proceder de Picasso, quien “Si tanto le temía a la ‘paloma’ [que llegó burdamente a calificar de pollo] ha de ser porque la obra no era suya, sino del Espíritu de su pueblo”.³³ Su admiración por la pintura es grande y se expresa en frases autocorrectivas para enfatizar su contradictoriedad: “se caracteriza por no ser una pintura”³⁴ y “la pintura más pintura de cuantas conocemos”.³⁵ Partiendo de la idea decisiva de Leonardo en cuanto a que “la pintura es cosa mental”, Larrea puede mostrar al *Guernica*, más allá de cualquier opinión de Picasso, como una obra culminante de la experiencia pictórica, estética, simbólica y política de este siglo. Lo que hace Picasso, en su opinión, es llevar adelante el proceso de desactivación y reactivación de la pintura misma. Dice: “Salvo él [el toro], todo en este lienzo se encuentra fuera de sí, empezando por el autor, siguiendo por el escenario y acabando por el arte de la pintura”.³⁶

La simbología que trabaja en la obra alude a la tradición cristiana con todo detalle. Una trinidad que se hace cuaternidad mediante la incorporación de la madre-virgen, etcétera. Este punto es decisivo para Larrea, en la medida en que la fuerza de combate de la pintura descalificaría al franquismo, “calificando al mismo tiempo de anticristiano al catolicismo franquista”.³⁷ La obra, para quienes la sepan leer, está llena de insinuaciones, y Larrea lo sabe hacer como nadie. Con gran maestría se le aparece la dimensión claramente teológica implícita, y no duda en caracterizarla con toda precisión: se trata del “espantoso trance descrito por el teologuema tope de la metafísica occidental: el fin del mundo”.³⁸ Claro que no fin de todo el mundo, sino de un mundo muy específico. Y quizá sea éste el paso más audaz de Larrea. Con plena conciencia enuncia su apuesta:

Cristiana chilena encabezado por el ex presidente Eduardo Frei, lo que provocó que unos cuantos disidentes abandonaran su consejo de redacción, en desacuerdo con lo que consideraban una peligrosa desviación izquierdista.

Desde hacía tiempo era perceptible en *Cuadernos* la influencia de un grupo de católicos descontentos por las indecisiones de la Democracia Cristiana y por sus dudas a la hora de romper puentes con la dictadura y alinearse definitivamente con la oposición, sin exclusiones. Varios de esos descontentos terminaron ingresando en el PSOE, y desempeñaron un papel relevante en ese partido durante la transición y en la instauración de la democracia. El estrepitoso fracaso de la Democracia Cristiana encabezada por Ruiz-Giménez y Gil-Robles en las elecciones de junio de 1977 significó la liquidación de ésta como “fuerza política”. Cf. Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, 3ª ed. Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 162-163.

³² *Textos de Juan Larrea; Guernica; Pablo Picasso*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo / Alejandro Finisterre, 1977, p. 18.

³³ *Ibidem*, p. 23.

³⁴ *Ibid.*, p. 29.

³⁵ *Ibid.*, p. 33.

³⁶ *Ibid.*, p. 30.

³⁷ *Ibid.*, p. 53.

³⁸ *Ibid.*, p. 71.

Por mi parte me veo inclinado a admitir que el trance histórico descrito por el *Guernica* no es ni más ni menos que el decisivo del llamado “fin del mundo”. Del fin del mundo tal como fue prescrito por la escatología metafísica de la cultura occidental que, por tratarse del fin de su mundo, lo definió de un modo natural y subjetivo, tomando su parte por el todo, como el fin del mundo.³⁹

A pesar de las reticencias de Picasso a brindar pistas para interpretar la obra e, incluso, al alienarlo que brindó a burdas apreciaciones cuyo fin era despistar, Larrea localiza una perla, una declaración de Picasso que ratifica la validez del camino genético seguido por el crítico para reconstruir el proceso de elaboración del cuadro: “Se percibiría quizá por qué camino se dirige un cerebro hacia la materialización de su sueño”.⁴⁰

Lo acertado de esta interpretación, la propia gestación de la misma, sólo se hace posible a quienes, como Larrea, han podido estar cerca del proceso creador. Según esta interpretación, si estamos frente a una alegoría del fin del mundo occidental, el exilio republicano tendría que haberse reconocido como dotado de una posición especial, incluso estratégica en ese proceso. Y lo afirmaba con palabras sugestivas: “como una eyaculación del Verbo espermático, la emigración española”⁴¹ está llamada a identificar ese tránsito y a ejercerlo a plenitud.

Es un exilio que merecería en toda la línea la rectificación terminológica propuesta por Gaos, un transtierro pero no para continuar en lo que se estaba, sino “para dar ocasión a que se instaure el universalismo cósmico a que corresponde la personalidad *neomúndica* de América”.⁴²

Aquí es menester subrayar la apreciación integral del arte que ejerce Larrea. Nada más lejos de su experiencia que una captación reductiva y sensiblera, como si la fuerza del *logos* nada tuviera que hacer en un ámbito inefable, irracional y puramente evasivo. Por el contrario, enfatiza que “cada vez va siendo más arduo poner en duda la existencia de una verdadera y orgánica universalidad, llevando hasta sus últimas consecuencias el postulado de que tanto la materia física como el arte son cosa psíquica o mental”.⁴³ Y si son cosa mental, también un esfuerzo mental puede ayudar a recuperar su sentido, siempre y cuando se evite el conformismo fácil de lo que permanece confuso en la apreciación inicial. Así, no se valen las generalizaciones imprecisas, y es menester establecer con claridad quién es quién y qué papel juegan los símbolos articulados en la obra. El punto decisivo es la aclaración del significado del caballo. Éste fue uno de los elementos más elaborados y reelaborados por Picasso en su proceso creativo, como atestiguan las series de fotografías de Dora Maar, quien fuera su esposa durante esos años. Y para Larrea no caben dudas. El caballo representa al “franquismo eclesiástico-militar-capitalismo”; al “nazi-fascismo”. Constituye, en esta alegoría apocalíptica, la encarnación del Anticristo. Queda así liberado el toro de la carga semántica anglosajona, y aparece como padre protector, además de otras significaciones complementarias y articuladas.

El poeta bilbaíno sabe muy bien de las dificultades y resistencias que puede despertar en sus lectores la interpretación que propone. Y no las elude, sino que les sale al paso con toda la fuerza

³⁹ *Ibid.*, p. 73.

⁴⁰ Citado en *ibid.*, p. 81.

⁴¹ *Ibid.*, p. 81.

⁴² *Ibid.*, p. 84.

⁴³ *Ibid.*, p. 86.

de su palabra y de sus argumentos. Solicita que se aprecie cómo “todos estos [fenómenos distantes e inconexos] se refieren a la gran transformación del psiquismo occidental en su tránsito a lo universal”.⁴⁴ Que se cate, con las precauciones que el caso exige, el “fin del occidentalismo y el principio de la Universalidad”.⁴⁵

En su colofón surrealista, añadido para esta edición en castellano del texto, no le tiembla el pulso para remachar con clara convicción el peso demoledor de su ejercicio hermenéutico. “El *Guernica* no es una obra de taller. Procede de la gran intemperie creadora de la Historia”.⁴⁶

No lo dice así, pero podría decirlo con las alusiones bíblicas instaladas a cada paso en su reflexión: los que puedan oír esta interpretación que lo hagan. Porque “puede antojarse absurdísima para una concepción estrechamente racional de la realidad humana; ignorante de las sobrenaturalidades del logos de la cultura”.⁴⁷

Con este esfuerzo intelectual exquisito, no sólo abría para la posteridad la posibilidad efectiva de apreciar la potencia de combate del *Guernica*, sin subterfugios, sino que —en mi opinión— nos muestra nítidamente un camino a seguir en el siempre difuso y evasivo ejercicio de la crítica creativa.

Curiosos y estimulantes paralelismos

“La interpretación adecuada del arte
es lo que lo convierte en arte”.

PETER CHRISTIAN LUDZ

Alienta, por otra parte, encontrar en un autor ahora ya muy poco leído y explícitamente preocupado por el estilo, en contraposición a Larrea, similitudes confirmatorias de algunas facetas del proceder de este último.

Arnold Hauser (1892-1978), ilustre y nunca desmentido discípulo de Lukács (1885-1971), llegó a proponer tipos de estilo a partir de las sugerencias de Max Weber. En un texto que recoge con primor algunas de sus últimas conversaciones con su maestro, y en entrevistas en las que rememora sus años de formación y las tertulias del Círculo Dominical organizado alrededor de Lukács, y al que asistía también, entre otros, Karl Mannheim, en el Budapest de 1916, Hauser desarrolla puntos de vista muy propios que conviene recordar.

Es taxativo al aceptar la necesidad de incorporar el aporte del psicoanálisis clásico a la interpretación de la producción surrealista. “Sin la teoría freudiana es imposible hablar de orden en un cuadro surrealista”.⁴⁸

⁴⁴ *Ibid.*, p. 88.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 94.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 81.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 82.

⁴⁸ “Entrevista para la televisión húngara”. Londres, 1975, en *Conversaciones con Lukács*. Madrid, Guadarrama / Punto Omega, 1979, p. 67.

Aporta un trabajo pletórico de sugerencias dedicado a un aspecto crucial de los empeños de su maestro: el ejercicio dialéctico. Según Hauser habría que distinguir una dialéctica en bifurcación de una en ramificación. Esta última es la que opera en la obra de Lukács, a partir del esfuerzo precursor de Wilhelm Dilthey, justificada, porque “la dialéctica admite la elección no sólo entre dos posturas”.⁴⁹

Y es que no puede evadir la constatación de que “El dualismo dialéctico se revela demasiado estrecho donde está cuestionada la vida como todo”.⁵⁰

Cargadas de la experiencia intelectual y política de sus 85 años, aparecen estas líneas maestras sobre el ensayo, las cuales sólo cabe reproducir *in extenso* para rumiarlas en toda su potencia evocadora.

El ensayo es, junto con el ejemplo anterior [la dramaturgia], una de las primeras variaciones del *tertium datur* [...] da la impresión de un provisional e incompleto caleidoscopio [...] es una disquisición libremente divisible en la que se pueden tratar diversas y hasta contradictorias observaciones, vivencias e impresiones referentes al objeto, a las que el autor siempre puede añadir posteriormente facetas de compromiso que, entonces, más que decidir el conjunto significan una evasiva. La meta no es describir el tema en aproximaciones sucesivas, sino circunscribirlo desde diversas perspectivas. El ensayo es esencialmente un pretexto para captar y considerar todo sin distinción, todo lo problemático, lo aventurado, enigmático o anecdótico que tenga alguna relación con un tema determinado [...] no sólo se brinda una concepción total del mundo sino también la imagen existencial del ensayista. A menudo el ensayista apenas atiende a la orientación específica de la investigación o las reglas propias del género, preocupándose escasamente de cuál es el objeto a debatir y cuál no; por el contrario, suele proponer lo que sirva de esclarecimiento aparente o paralelo de todo lo que se le ocurra. El criterio de validez [...] consiste [...] en la posibilidad de experimentar con hipótesis [...] Como decía Walter Benjamin “la crítica viene a ser un experimento con la obra de arte” [...] el crítico no se halla muy alejado del ensayista [...] Cualquiera que sea el asunto a tratar, habrá siempre oportunidad de hablar también de cosas diferentes [válida] la teoría surgida con el Romanticismo, según la cual el verdadero artista es crítico o ensayista [...] la función estética originaria consiste en la recepción y estimación de la obra [...] Concepción y recepción son inseparables el uno del otro; el signo de unión es la cúpula que las transforma en el *tertium datur* de un fenómeno estético.⁵¹

Por supuesto, todas estas reflexiones de Hauser tienen como base un distanciamiento explícito de la creencia de su amigo Mannheim y de Alfred, el hermano de Max Weber, en una *intelligenza* supuestamente separada de toda contaminación ideológica (*freischwebende Intelligenz*) o inteligencia flotante.

⁴⁹ “Variaciones sobre el *tertium datur*, en Georg Lukács”, en *ibid.*, p. 76.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 82.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 82-83, 84, 85 y 86. Otro contemporáneo, Erwin Panofsky, coincide también por otros caminos en el peso que debe concedérsele a la conciliación de contrarios en la interpretación de fenómenos estéticos. En su clásico de 1957, *Arquitectura gótica y pensamiento escolástico*, dedica todo un capítulo a mostrar cómo “las ‘soluciones finales’ se consiguieron al precio de la aceptación y de la reconciliación de posibilidades contradictorias”. Madrid, La Piqueta, 1986, p. 63.

Por otra parte, en su magno estudio sobre el manierismo hace dos afirmaciones complementarias. La primera es ampliamente ratificatoria de la interpretación de Larrea, porque según Hauser “de Picasso podría afirmarse que pinta cada uno de sus cuadros como si quisiera descubrir de nuevo el arte de la pintura”.⁵² La segunda reconoce en Kant uno de los maestros de la crítica de la ideología en su esfuerzo copernicano por incorporar la subjetividad en la teoría gnoseológica.⁵³

Provisorias sugerencias

De los materiales traídos a colación, y del modo en que he intentado articularlos, me surgen las siguientes conclusiones a modo de sugerencias teórico *procedimentales*, para futuras tareas compartibles.

Una vez más, me parece que debo insistir en la imprescindible recuperación y hasta reivindicación de los aportes *procedimentales* e, incluso, instrumentales de la historia de las ideas nuestras, americanas, y, consecuentemente, en lo valioso de su muy particular historicismo, que no consiste en un relativismo trivial, sino en una demanda reiterada por no evadir o fugarse de la historicidad; un esfuerzo obstinado por contextualizar la producción simbólica para hacer aprehensible la plenitud de sus sentidos.

No cabe duda, entonces, de que la memoria se ejerce como insumisa en los marcos delineados por las y los mejores exponentes de esta tradición.

Una vez más, también, se me evidencia el constitutivo *ya, pero todavía no* de Nuestra América. Es nuestra, pero todavía no del todo... Y es que las dependencias estructurales, con sus antecedentes colonialistas, siguen haciendo sus estragos, los cuales padecemos, dolorosamente, más que nunca. Por ello advierto que cobran renovada urgencia las propuestas de Juan Acha, cuando exigía enfrentar complementaria y decisivamente también la dependencia estética en pro de nuestra soberanía conceptual.

Considero que deberíamos (re)trabajar, por ello, con entusiasmo, en la historia de las ideas estéticas *nuestroamericanas*, enfrentado con decisión el manojo de obstáculos que suelen esgrimirse para intentar desacreditarla como disciplina, pretendiendo olvidar nuestra tradición en la materia.

Me reitero en la convicción de que el objetivo deseable es lograr una autoconciencia estética a partir de la reconstrucción de nuestras culturas estéticas, de nuestras teorizaciones, interpretaciones o ideas, y de nuestra producción estética más propia.

Y no puedo dejar de constatar un evidente desequilibrio entre una creatividad (artística), frondosa en todos los órdenes, y una reflexión (textual) más bien magra. El filosofar *nuestroamericano* tiene aquí una vertiente estética por cubrir a cabalidad.

⁵² *El Manierismo. Las crisis del renacimiento y los orígenes del arte moderno*. Madrid, Guadarrama, 1965, p. 394.

⁵³ Aquí debo señalar la importancia de algunos trabajos de Alberto Híjar Serrano, cuando sugiere la fecundidad de partir de Kant para potenciar la reflexión estética. Cf., por ejemplo, “La estética de Kant hoy y para México (apunte)”, en *Thesis*, año IV, núm. 13. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, abril, 1982, pp. 34-36, y “Sobre la cientificidad de la estética”, en *Revista de la Universidad Cristóbal Colón*, núm. 1, enero-abril 1990, pp. 19-22. Plenamente complementarios de estos esfuerzos de Larrea me aparecen también las exigencias de estudiar nuestras culturas estéticas por parte de Juan Acha, desplegadas a lo largo de su magisterio ejemplar. Cf. *Aproximaciones a la identidad latinoamericana*, op. cit.

Considero que el paralelismo con la historia de las ideas filosóficas no surge tanto de la estética en cuanto disciplina, sino que viene impulsado por la tradición misma de la historia de las ideas en nuestra América.

La actitud de *nuestro* ¿no merece, acaso, cuando menos, ese reconocimiento como *transferido* plenamente asumido? Juan Larrea (1895-1980) ejemplifica paradigmáticamente la independencia de espíritu con que se puede y se debe apreciar las manifestaciones estéticas, con toda la fuerza de la inteligencia y con toda la pasión de las causas asumidas a plenitud, potenciándose de manera mutua, sin rubores. Se trata de ejercer la crítica y la creatividad en el ámbito mismo de América, particularmente en la *nuestra*. Y es que el mundo de la realidad, en la visión larreana, constituye un Nuevo Mundo, previo fin (apocalíptico, sin duda) de un *no del mundo*, tal como el *Guernica* —en su interpretación— lo atestigua y prefigura. Apocalipsis circunscrito, si cabe. Y ello me sugiere una conexión con lo que anoto a continuación.

El énfasis *nuestroamericanista* reclama, para evitar los aldeanisms contra los que tronara Martí, recoger los aportes de autores como el ya medio olvidado Arnold Hauser y sus reivindicaciones de la dialéctica, tema que espera estudios más detallados, y del ensayo, por demás característico de nuestra producción intelectual, con su función circunscriptora de temas que acoten perspectivas múltiples.

La invitación es a una renovada —y hasta refrescada— remisión a las fuentes, para profundizar en la relación con sus contextos sociales, lo cual permitirá acceder a los sentidos más insospechados y plenos.

Me parece importante destacar que la contextualización debe ir a fondo, por así decirlo, y no quedarse en meras referencias anecdóticas insustanciales.

Me siento, así, en mejores condiciones para interrumpir, de momento, estas reflexiones. Huelga consignar que estas conclusiones, en que he procurado explicitar y recoger aspectos dados por supuestos a lo largo de este texto, tienen la modesta pretensión de convocatoria al trabajo colectivo, y constituyan, quizá, la introducción o el prólogo a estudios por venir. Más que cierre, ojalá signifique apertura hacia ansiados esfuerzos convergentes esperables.

Humanismo, identidad y mestizaje en América Latina

Roberto MORA MARTÍNEZ

Para entender el humanismo en América Latina y comprender las relaciones de su sociedad con otras del mundo es necesario partir de la experiencia histórica. En la obra de Leopoldo Zea el año de 1492 es un año crucial, pues destaca como el inicio de una yuxtaposición cultural, la más cruenta que se ha experimentado en el mundo moderno. Asimismo, es la que ha involucrado al mayor número de grupos étnicos, que a pesar de todo lo que se ha dicho sobre el valioso proceso de mestizaje, aún no aprendemos a aceptarnos.

A manera de explicación puede señalarse que en México, como en otros países latinoamericanos, la venta de cremas que aclaran la tez es un negocio que ha proliferado de manera notoria. Sin embargo, quienes adquieren esos productos no han reparado en un hecho: que en Estados Unidos, el ejemplo que tenemos más cerca, la población blanca emplea cremas y cámaras bronceadoras para darle un tono más oscuro a su piel.

Es posible cuestionar que el cambio de color de la epidermis, y el no sentirse a gusto con las propias características físicas es una constante humana. Sin embargo, en nuestra América es producto de una experiencia histórica que ha impedido comprender, de manera positiva, el factor de la diferencia de todos los seres humanos, no sólo la de los grupos indígenas.

Para explicar históricamente el problema, considero conveniente citar a Edgar Montiel, quien en su libro *El humanismo americano*, señala la gravedad de lo que hubiese ocurrido si fray Bartolomé de las Casas hubiese perdido la polémica de Valladolid.¹ Así, para Montiel, el mayor logro de la modernidad fue el triunfo de la “posición que apostaba al porvenir, a un destino mejor para la condición *humana toda*”.² Este hecho abrió la posibilidad de una convivencia fraterna y en igualdad, aceptando las diferencias de origen y cultura que, en su opinión, es: “[...] la prueba de cargo decisiva para que se admitiera la alteridad, la diversidad, como algo inherente a la condición humana”,³ principio que también permitió luchar contra la esclavitud de los africanos traídos a esta parte del continente.

¹ De hecho, algunos historiadores como Silvio Zavala consideran que sólo triunfó en el papel, ya que los hechos, es decir, el trato de vasallos que recibieron los indígenas así lo muestra. Sin embargo, coincido con Montiel, pues seguramente el maltrato hubiese sido mucho mayor si hubiera triunfado Sepúlveda.

² Edgar Montiel, *El humanismo americano. Filosofía de una comunidad de naciones*. Perú, FCE, 2000. p. 12. Las cursivas son mías.

³ *Idem*.

Es conveniente señalar el espíritu optimista que Montiel mantiene a lo largo del libro, combinado con diversos estudios de la historia latinoamericana. Sin embargo, es oportuno señalar también que hoy día el derecho a la diferencia es el reclamo de los movimientos indígenas actuales, lo cual significa que las ideas que acompañaron al proceso social de América Latina fueron de asimilación a un estilo de vida que alejaba a los indígenas del propio.

Así, la incorporación del indígena a la vida occidental en la etapa post-independentista resultó en un proceso de negación y de alejamiento de grandes grupos humanos de sus prácticas culturales y creencias. Para citar un ejemplo, es oportuno mencionar a Gloria Alicia Caudillo Félix, que en su trabajo *Los movimientos indígenas y la democracia (Un diálogo intercultural)* señala: “A fines de los años sesenta, los gobiernos latinoamericanos comenzaron a ser cuestionados por la emergencia de movimientos indígenas que evidenciaron la existencia de la pluralidad étnica, en contraste con la homogeneidad cultural pregonada por la política indigenista, que pretendía la integración de las culturas indias a la cultura dominante.”⁴

Por lo tanto, también hubo un buen número de etnias que resistieron y continuaron cultivando el pensamiento ancestral en contra de:

La ideología del mestizaje —que encontró su punto culminante en ensayos como el de La Raza Cósmica de José Vasconcelos— pretendía asimilar al indio hasta hacerlo desaparecer, pero la terca permanencia de más de cuatrocientos pueblos indios que hablan su propia lengua y constituyen la mitad de la población en países como Bolivia, Perú, Ecuador y Guatemala, o que persisten a través de 56 etnias como en México, expresan su resistencia y su continuidad cultural.⁵

Desafortunadamente esta lucha contra la homogeneización, que reivindicaba la pluriculturalidad, se convirtió en algo parecido a un ariete de ideas en contra del multiculturalismo y del mestizaje, que representan a otros sectores de nuestra América; a otras personas que padecen la embestida del capitalismo, en diferente nivel, es cierto, pero que a final de cuentas también forman parte de los oprimidos.

En este punto, es importante desarrollar algunos aspectos básicos para comprender el pluriculturalismo, su diferencia con el multiculturalismo y la importancia del mestizaje.

Si bien es cierto que los elementos de composición: *multi* y *pluri* son semejantes, no es menos cierto que también hay diferencias cualitativas. Por ejemplo, *multi* significa muchos, lo que refiere a cantidades en las que no se detallan diferencias específicas. Como ejemplos están las palabras: multimillonario, multicolor, multiusos, etc.

Por otra parte, *pluri*, implica pluralidad, esto es, abundancia de algunas cosas, pero estableciéndose una diferencia entre la variedad de elementos distintos. Como ejemplos es posible citar: plurilingüe, pluridimensional, pluricelular, pluripartidismo, palabras que no permiten la confusión de elementos. Así, cuando nos referimos a seres humanos de distintos grupos étnicos resulta más conveniente emplear la acepción que alude a la “calidad de ser de más de uno”.⁶

⁴ <www.ufg.edu.sv/ufg/red/democult.html>

⁵ *Idem*.

⁶ Cf. *El diccionario de uso del español actual*, 2ª ed. Madrid, S M, 1997.

Al aludir a los indígenas en México, cuyas culturas, lenguas y tradiciones son diferentes, a pesar de que haya ciertas semejanzas, es más conveniente utilizar la noción de pluriculturalidad. Tal es el caso del Distrito Federal y de otras ciudades o incluso centros turísticos en los que hay influencias culturales de un gran número de países, debido al fenómeno migratorio. Los recién llegados a un territorio, a pesar de mantener algunas de sus tradiciones, hablando en términos relativos, se asimilan rápidamente a la cultura del lugar y la enriquecen, sobre todo a la descendencia. En términos históricos las grandes migraciones han dado espacio a la conformación de mosaicos culturales. Los ejemplos están a la vista en las grandes ciudades de América Latina, por lo que en estos lugares puede hablarse de un multiculturalismo.

Con respecto al mestizaje es oportuno señalar que en México el derecho a la diferencia cultural se desarrolla con base en intercambios culturales. Además, difícilmente se encontrará algún pueblo que no sea cristiano (ya sea evangélico o protestante), con lo que ya se enmarcan dentro del proceso de mestizaje cultural.

Los estudiosos de la filosofía latinoamericana tuvieron que aclarar la confusión de algunos defensores del derecho a la diferencia de los grupos indígenas, pues en los ataques contra el mestizaje se denunciaba un proceso intencional que negaba la peculiar humanidad de los diversos grupos indígenas. Ahora bien, este es un problema que merece ser analizado, pues es necesario señalar que las actitudes de políticos y educadores que en los siglos XIX y XX buscaron cambiar y negar el modo de vida de los grupos indígenas son diferentes a las actividades desarrolladas por los filósofos, quienes buscaron exponer la riqueza cultural generada a partir de la convergencia de diferentes raíces culturales que en nuestra América se dieron cita.

Para señalar un ejemplo de las confusiones existentes, así como de las ideas que señalan los errores mencionados, es oportuno citar el trabajo de Gloria Alicia Caudillo:

El enfrentamiento abierto con Occidente comienza a transformarse en una mayor comprensión del Otro cultural y en la necesidad de apropiarse selectivamente de los elementos occidentales que viabilicen y potencien las culturas indias y les permitan competir y aportar en los espacios nacionales para lograr una verdadera democracia pluricultural. Este proceso no es homogéneo, pues hay desfases en las posturas indígenas, que se llegan a manifestar en enfrentamientos ideológicos a la hora de los congresos continentales.⁷

Del tesoro humano generado por el mestizaje, Edgar Montiel escribe “[...] hay una dimensión humana que nos concierne a todos y que significa una expresión inequívoca de modernidad: el poderoso proceso de mestizaje que se produce a tan vasta escala, que constituye una novedad en el mundo, el surgimiento de una nueva realidad humana”.⁸ En este trabajo sólo se destaca una pequeña parte: el humanismo.

Es oportuno señalar que precisamente la filosofía latinoamericana ha defendido el derecho a la diferencia y el reconocimiento de la importancia de las culturas autóctonas, para la comprensión de nuestra visión del mundo y de la propia humanidad. Ahora bien, es cierto que no se han

⁷ *Idem.*

⁸ E. Montiel, *op. cit.*, p. 14.

utilizado las filosofías indígenas, es decir, casi no se citan las obras de estos filósofos. Esta falta obedece al hecho de que sólo se han preocupado por debatir con los europeos el derecho a la diferencia y lo valioso de este pensamiento, sin profundizar en el mismo. Esta es pues una de las posturas humanistas que actualmente se están desarrollando. En otras palabras, es posible afirmar que hoy día ya es posible consultar las obras de filósofos indios, así como de algunos pensadores que han vivido entre ellos y, por lo tanto, sus obras se han convertido en textos de transmisión fidedigna del filosofar indígena.⁹ Así las cosas, ya no es posible olvidar los esfuerzos realizados por nuestros antecesores intelectuales, entre quienes destacan aquellos que filosofaron a partir de su negritud.

En este sentido, el humanismo latinoamericano en el siglo xx se ha desarrollado con base en la dignificación de todo ser humano, con el reconocimiento de la importancia que adquiere toda creación cultural para la comprensión de las posibilidades humanas. Así es posible citar a Frantz Fanon, a José Carlos Mariátegui, a Aimé Césaire, a Pedro Henríquez Ureña, a Germán Arciniegas, a Arturo Ardao, a Ricaurte Soler, a Darcy Ribeiro, a Leopoldo Zea, a Arturo Andrés Roig, a Roberto Fernández Retamar, a Mario Magallón y a Horacio Cerutti, entre otros, quienes han abordado temáticas sobre indigenismo, negritud y mestizaje, así como los problemas de liberación.

Con la reflexión sobre las peculiaridades de nuestro humanismo se ha hecho evidente la necesidad de ampliar nuestro conocimiento hasta abarcar otras expresiones filosóficas, como las que se han gestado en África, Asia y, por qué no, incluso en Oceanía. Para demostrar lo valioso de complementar nuestras ideas con las provenientes de otras partes del mundo es importante citar a John Murungi, quien ha expresado que “Por siglos, los africanos han visto a los latinoamericanos a través de los ojos de los europeos y han entendido a los latinoamericanos a través del discernimiento europeo”.¹⁰

Por nuestra parte, los latinoamericanos tenemos exactamente la misma experiencia, por ese motivo nos es posible asumir las ideas expresadas por este filósofo, cuando expresa que en su tierra se sentía como un extranjero, sentimiento que se debía a una educación *occidentalizante* en la que se le enseñaba que hablar de civilización y cultura hacía referencia inmediata a Europa y Estados Unidos, lugares distantes, mientras que cuando se hablaba de barbarie y atraso se hacía referencia a África. Por ese motivo se propuso reconstruir su visión filosófica, para edificar “[...] una configuración espacial alternativa donde filosofar pueda ser un hogar por venir y un hogar en creación”.¹¹

⁹ En este aspecto es recomendable citar algunos de los textos filosóficos indígenas. Por ejemplo, “Una reflexión sobre el pensamiento andino desde Heidegger” de Susa Pacari Vacacela y “¿Tengo identidad cultural? Tawantinsuyo o cultura inka” de Lanka Willka, que se pueden consultar en la página <www.losandesdepie.com> y, en el caso de México, es posible citar la tesis de Miguel Hernández Díaz, *El pensamiento maya actual en Chiapas. Un grito desesperado por la aflicción*. México, UNAM, 2005. Con respecto a este último trabajo, considero que es importante señalar que no se le permitió emplear el concepto de filosofía, por lo cual lo cambió por pensamiento. Sin embargo, lo temas allí tratados son de la filosofía de los tzotziles. Además, es posible citar los trabajos de pensadores de otras partes del mundo quienes también se han dedicado a defender el filosofar de los grupos originarios de Latinoamérica. Tal es el caso de Carlos Lenkersdorf, *Filosofar en clave tojolabal*. México, M.A. Porrúa, 2002, así como Josef Estermann, *Filosofía andina. Estudio intercultural de la sabiduría andina*. Quito, Abya-Yala, 1998.

¹⁰ John Murungi, “La filosofía como un hogar por venir”, en Carlos Mondragón y Alfredo Echegollen, coords., *Democracia, cultura y desarrollo*. México, UNAM / Editorial Praxis, 1998, p. 240.

¹¹ *Ibidem*, p. 244.

Filosofar debe ser una actividad que nos permita sentirnos en casa, con la familia humana. Por este motivo Murungi apuntó que no quería que hubiese un centro en Europa que *marginalizara* a los demás, pero que tampoco quería crear otro centro para *marginalizar* a Europa y a Estados Unidos. Proponía que la idea de crear un centro debía desaparecer para dar lugar a una multitud de centros, ya que lo importante de la reflexión es el contenido humano que puede expresar.

Para finalizar, es importante señalar que si de algunas breves citas de un filósofo africano se han extraído reflexiones interesantes, cuánto se aprenderá de citar otras filosofías que, colocadas junto al filosofar europeo, así como al de Estados Unidos, permitirá comprender de una manera más profunda las peculiaridades de la humanidad.

Es prioritario avanzar sobre la marginalización de las filosofías no eurocéntricas, así como de la exterioridad de los problemas filosóficos. Por ese motivo es importante dignificar a todo ser humano, como lo señala Armando Bartra:

No creo que el *yuppie* de Harvard sea más actual que el *tzotzil* de Los Altos de Chiapas —ni tampoco, por cierto, que el segundo sea más “auténtico” que el primero. Para mí no hay privilegiados que sí están al día y anacrónicos que representan el pasado, como no hay, en verdad, centrales y marginales; todos ocupamos un mismo globo y habitamos un solo y abigarrado presente histórico.¹²

Esta idea es de suma importancia, pues si se llegase a aceptar la superioridad de algún grupo humano, aunque fuese indígena, se estaría aceptando un derecho natural a gobernar, mandar o aniquilar a otros seres humanos. Por ello, el humanismo latinoamericano debe permitir la identificación, en unidad con el conjunto de la humanidad. Estas son, en suma, las enseñanzas de nuestra historia.

¹² Armando Bartra, “Imágenes encontradas”, en *La Jornada*. <<http://serpiente.dgsca.unam.mx/jornada/1999/mar99/990309/oja-imagenes.html>>

El lenguaje religioso, su impacto social y la teología de la liberación

Luis Gerardo Díaz Núñez

“No estamos preocupados por el otro mundo, sino por este. Aquello que está por encima del mundo en el evangelio tiene el propósito de existir para este mundo. Es solamente cuando amamos la vida y el mundo con tal intensidad, que sin ellos todo estaría perdido, que podemos creer en la resurrección y en un mundo nuevo. No debemos tratar de ser más religiosos que el propio Dios”.

DIETRICH BONHÖFFER

Introducción

En este ensayo me propongo trazar algunas líneas generales para la reflexión y análisis del lenguaje religioso, considerando la relevancia que el fenómeno religioso tiene a lo largo de la historia humana, y que tras un aparente silenciamiento, ocultamiento, descrédito y superación, entre otras causas, por el triunfo de la razón ilustrada y sus procesos de secularización, retorna con fuerza mostrando el hecho de que la religión constituye un componente fundamental de la cultura y el desarrollo social.

El creciente interés por lo religioso, notorio desde la segunda mitad del siglo xx y hasta nuestros días, nos hace ver la importancia de lo sagrado y su simbolismo, así como el impacto que tiene en la vida social, no sólo en aspectos de índole subjetiva, sino en cuestiones objetivas, concretas, referidas a su capacidad de movilización no sólo de corazones y conciencias, sino de cuerpos. Esto es posible mediante el lenguaje religioso, el cual logra, a partir de su discurso, normar y orientar la vida de los seres humanos en lo espiritual y en lo material. De ahí nuestro interés por trazar algunas líneas de reflexión y análisis de un fenómeno tan importante en la vida social.

Cabe agregar que me orientaré concretamente hacia el lenguaje religioso cristiano y particularmente al del catolicismo, para identificar el impacto social que produce y las tendencias que se manifiestan en el interior de dicho lenguaje. En esta perspectiva me propongo establecer el enfoque y los aportes de la teología de la liberación latinoamericana, en su línea católica.

Aclaro que como aproximación reviso una serie de cuestiones que requieren un análisis y discusión más extensos y profundos. Por tanto, de ninguna manera considero concluido el tema, sino que aporto un mero acercamiento.

El lenguaje religioso. Consideraciones generales

La reflexión sobre el fenómeno religioso no puede dejar de tomar en cuenta la importancia del lenguaje y concretamente la del lenguaje religioso, ya que la experiencia y la expresión religiosa se transmiten mediante éste, lo cual hace al fenómeno religioso algo comunicable, compartido y estrechamente relacionado con un contexto natural, histórico y social, concreto.

Se trata de un lenguaje que nos transmite y comunica algo sagrado (*bierofanía*):

Lo sagrado es visto, desde esta perspectiva, como un modo de ordenar el espacio, el tiempo, la ciudad, el cosmos, el trabajo y el ocio, etcétera. Es decir, es un modo de ordenar y dar sentido a la vida humana en todos sus aspectos fundamentales. De ahí que lo sagrado y lo profano constituyan dos modalidades de estar en el mundo, dos situaciones existenciales asumidas por el hombre a lo largo de la historia.

Al ser lo sagrado algo que trasciende este mundo, pero que se manifiesta en él, habrá que estar muy atentos a estas manifestaciones de lo sagrado. Eliade ha propuesto el término *bierofanía* para denominar al acto de esta manifestación.¹

Así, la *bierofanía* da *sentido* y *salvación* a la vida, al orientar a los individuos y a los grupos en medio de ese misterio sagrado que, dicho sea de paso, tiene un impacto, una repercusión en la vida de los individuos y de los grupos, como lo veremos más adelante.

Hemos de considerar que el lenguaje religioso, el que sea, posee un fuerte carácter simbólico el cual es un recurso expresivo de lo sagrado, y que permite representar, ritualizar e institucionalizar experiencias y expresiones. De una manera u otra el lenguaje religioso va condicionando el comportamiento humano manifestado en gestos rituales y expresiones sociales que tienden a reproducirse, y en donde la palabra, quién la dice, cómo la dice, sobre qué se dice, desde dónde se dice y a quién se le dice tiene una función importante, por los efectos sociales que produce.

Visto de esta forma, el lenguaje religioso se asocia, en principio, con una actividad ritualista que da sentido a gestos, movimientos, posiciones corporales, relatos, oraciones, invocaciones, que en definitiva se orientan hacia el comportamiento social. Allí el lenguaje religioso se presentará como normas éticas y morales (prescriptivas y prohibitivas), vinculadas a relatos míticos o históricos, argumentaciones sapienciales o metafísicas, realidades naturales o sociales.²

El lenguaje religioso, en tanto experiencia y expresión del hacer, pensar y sentir humanos en relación con lo sagrado, simboliza y expresa concepciones fundamentales de la comunidad humana, orientadas a la búsqueda de la verdad como un desvelamiento de la realidad en lo más profundo de esta. Por tanto, lo simbólico, traducido en actitudes y en acciones concretas, da al lenguaje religioso y al discurso emanado de éste un valor existencial para confirmar o transformar la realidad en que vivimos.

¹ José María Mardones, *Para entender las nuevas formas de la religión*. Navarra, Verbo Divino, 1994, p. 20, y Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*. Madrid, Cristiandad, 1974, pp. 25 y ss. Las cursivas en la nota son mías.

² Cf. José Gómez Caffarena, "Lenguaje religioso", en Casiano Floristan y Juan José Tamayo, eds., *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Madrid, Trotta, 1993, p. 684.

Más aún, el lenguaje religioso, al anunciar experiencias al contacto con las experiencias y creencias de los adeptos, genera nuevas experiencias adaptadas a un nuevo contexto. En esto podemos detectar parte de la relevancia y vigencia del fenómeno religioso a lo largo del tiempo. Ahora bien, lo anterior constituye un proceso del pasado personal y colectivo que se acumula y conforma una tradición cuya base es la experiencia, que extiende sus lazos hacia el presente y el futuro. Esa experiencia convierte la realidad en lenguaje al expresar y transmitir algo que se experimenta e interpreta para dar sentido a la realidad en un contexto cultural y socio-histórico concreto.

Esta expresión de la realidad acontece en el lenguaje basado en imágenes y conceptos, connotaciones y emociones que han atravesado una larga historia y, así, están previamente ya dados en el grupo cultural socio-histórico en el que vivimos. El lenguaje tiene también implicaciones sociales y económicas, para no hablar de los códigos no conscientes (pero analizables) que lo dominan. En cada lenguaje concreto subyacen ya almacenadas, determinadas, concepciones e imágenes del mundo y del hombre [...] Vamos a la realidad por el lenguaje que aprendemos [...], y éste depende de las experiencias efectuadas históricamente, que tienen que ver con situaciones personales y con contextos vitales, colectivos, socioculturales y socio-emotivos en una cultura determinada.³

En este contexto en el que las experiencias se encuentran mediadas cultural, social y políticamente se necesita un análisis crítico, razonado, preciso, para evitar las serias y profundas distorsiones en las que el lenguaje religioso puede incurrir al comprometerse con la legitimación de un sistema injusto y autoritario, como ha ocurrido en diversas religiones a lo largo de la historia. Es por esta razón que siempre es necesario asumir las experiencias y expresiones del fenómeno religioso y su lenguaje desde una racionalidad crítica y no sólo desde meras sensaciones y emociones, ya que la racionalidad es la que permite que la experiencia religiosa sea fecunda y se convierta en pensamientos y acciones que produzcan una visión crítica del pasado, del presente y del futuro.⁴

Por tanto, las experiencias y las expresiones religiosas deben darse en un contexto de libertad; de lo contrario, en lugar de convertirse en un lenguaje, en un discurso que genere espacios de comunión con lo sagrado, genera espacios de control y de dominio.

Cabe agregar que en todas las religiones hallamos la palabra o el mito, que ofrece al ser humano un lugar en la historia y un sentido en el conjunto de la vida. “Por eso la religión ha de entenderse como la experiencia del poder de la palabra al servicio del despliegue humano. No vivimos por necesidad [como plantas o animales] ni por fatalidad [como de algún modo han pensado las religiones de la interioridad], sino por la palabra compartida y celebrada”.⁵

Lo anterior, en mi opinión, en un contexto de comunión y de libertad, es darle un auténtico sentido a lo sagrado.

³ Cf. Edward Schillebeeckx, *Los hombres, relato de Dios*. Salamanca, Sígueme, 1994, p. 46.

⁴ *Ibidem*, pp. 47 y ss.

⁵ Xabier Pikaza, *El fenómeno religioso*. Madrid, Trotta, 1999, p. 266.

El lenguaje religioso cristiano y su impacto social (el caso del catolicismo)

En el caso del cristianismo estamos frente a una de las religiones consideradas o denominadas como proféticas y, por lo tanto, su lenguaje tiene la misma orientación. De este modo, en la expresión religiosa cristiana, el nivel ilocutivo posee gran relevancia. Es por eso que vale la pena considerar que el anuncio profético, o de la fe, llama en el cristianismo a la acción, asumiendo una actitud ante la vida y dotándola de un sentido personal y social. El mensaje del Jesús histórico, el Cristo de la fe, no es sólo para guardarse en el corazón, sino para vivirlo y transmitirlo, y el cómo se interpreta este mensaje va a ser determinante en la forma de vivirlo individual y colectivamente, sea como un anuncio que llama a la vida, a la acción, al compromiso y a la liberación, como un culto vivo y eficaz o como una actitud privada, egoísta, pasiva, que promueve el conformismo y los ritos vacíos, legitimadores de un orden injusto.

Esto, en otros términos, provoca una inobjetable tensión entre la vocación universal del cristianismo y su concreción cultural e histórica; una tensión que, en opinión de los expertos, es constitutiva, pues se halla presente en el lenguaje del mismo Jesús y de las primeras comunidades eclesiales, hasta nuestros días, apremiadas por los procesos de *inculturación* de la Iglesia, como institución a nivel mundial.⁶

Si nos situamos en la perspectiva del lenguaje cristiano, cuando el cristiano narra la vida de Jesús con su vida y testimonio, proclama una verdad liberadora, crítica, esperanzadora; una utopía posible, y por ello el lenguaje religioso cristiano debe ser testimonial. Mediante él deben compararse experiencias y expresiones, gesto de comunicación transparente e igualitaria.⁷

De esta forma podemos señalar que el lenguaje religioso en lo general, y en particular el lenguaje cristiano, plantea, por su influencia en nuestra sociedad, un modelo de comprensión de la realidad, que puede alcanzar un grado tan complejo que logra suplantar a la propia realidad en términos racionales. Debido a ello, la cultura cristiana, emanada de dicho lenguaje, contribuye a la formación de un sistema de ordenamiento de vida con respecto a las estructuras sociales. Esto ha quedado demostrado a lo largo de la historia del cristianismo y su inserción en la vida social.

En este sentido, el lenguaje religioso del catolicismo ha tenido, por un lado, la capacidad de adaptarse al discurso de las distintas clases dominantes de nuestra historia social, y por el otro ha constituido un refugio, un foco de resistencia y de conflicto ante este mismo orden, en la medida en que ha rechazado el discurso de las clases dominantes. Ello ha propiciado diversas formas de captar e interpretar el lenguaje religioso.

El lenguaje religioso católico constituye, por tanto, un conjunto de nociones más o menos definidas que conforman un discurso específico irreductible, que se articula en función de un ser supremo (ideal), pero que mantiene una presencia y una influencia real en la vida de los individuos y de la sociedad.

De este modo se puede señalar que la literalidad del discurso religioso o las variaciones de significación en éste están profundamente ancladas en las condiciones de vida de un grupo o sociedad. Es por ello que el lenguaje religioso se genera con base en imágenes, las cuales dan

⁶ J. Gomez Caffarena, *op. cit.*, p. 689.

⁷ X. Pikaza, *op. cit.*, p. 267.

expresión y sentido que permiten transmitir ciertas pautas o modelos de acción y comportamiento, lo cual puede experimentarse de manera individual o colectiva. Así, el lenguaje religioso va más allá de una mera descripción. Expresa acciones concretas que el individuo o grupo actúa e interpreta, a lo cual podríamos denominar praxis religiosa.⁸

Lo anterior nos permite ver cómo el lenguaje religioso posibilita una conexión entre los pensamientos e ideas y la práctica religiosa. Es este discurso el que permite que el fenómeno religioso trascienda lo ideal y constituya, mediante signos y significados, un simbolismo cargado de experiencias colectivas que intentan dar dirección y sentido, esencia y contenido, a la vida individual y social, creando con ello un sistema de significación última que al mismo tiempo nutren y orientan las acciones cotidianas de la vida.⁹

Ahora bien, en la vida social los hombres mantienen el vínculo de lo social, ya sea por la fuerza, el poder, la coacción, o bien por un orden o sistema de disposiciones que los obliga a convivir como en una comunidad ideal, donde se respetan ciertas reglas de comportamiento consuetudinario que se traducen en un código moral que justifica e intenta arraigar un sistema de valores. En este contexto el lenguaje religioso se ha ocupado de establecer o rescatar los valores supremos de la humanidad, lo cual permite materializar ciertos esquemas de convivencia y orden social, pero ello encierra un riesgo, al menos en el caso del catolicismo, que es el que nos interesa, ya que en un afán de establecer un sistema de valores así como relaciones de convivencia y orden social, el lenguaje religioso ha sido deformado justificando, con una lectura amañada de la escritura, el abuso de poder, la coacción, y presentándonos como castigo divino, voluntad divina o una prueba de resistencia y amor, la injusticia, la explotación y la muerte de muchos seres humanos. Es un hecho que en aras de imponer un cristianismo y, más específicamente, un catolicismo, se ha derramado mucha sangre y se han tolerado situaciones inhumanas. Es, pues, un lenguaje religioso distorsionado, el causante del carácter enajenante que muchas veces presenta el fenómeno religioso.

Así, valores como el bien, la fraternidad, la solidaridad, la verdad, la honestidad, la justicia, la libertad, el amor, por mencionar sólo unos cuantos, y que constituyen la base del discurso religioso cristiano-católico en la vida cotidiana, han sido deformados, mutilados y adaptados a circunstancias de vida que están en obvia contradicción con ellos mismos y con su fundamento en la divinidad, a tal grado que podemos hablar de una divinidad fragmentada a favor de la satisfacción de los intereses materiales de sus devotos.

Este fenómeno ha propiciado un desgaste del lenguaje religioso católico, el cual ha perdido paulatinamente su poder de convocatoria y aglutinamiento. Se ha empantanado en un cúmulo de buenos deseos y realidades nefastas, en donde la ruptura entre pensamiento y praxis es cada vez más amplia.

El papel que en lo general han desarrollado la religión y el lenguaje religioso en nuestras sociedades latinoamericanas ha sido restrictivo; esto es, de opresión y sumisión material y espiritual, por lo que su inserción en la transformación de la vida social para muchos es algo muy lejano, ya que está inmerso en una posición conservadora con una inmovilidad paralizante que la ha desplazado en muchos ámbitos de la vida, y su discurso, por un lado, se ve atrapado por una espi-

⁸ Cf. Alejandro Tomasini Bassols, "El lenguaje religioso", en José Gómez Caffarena, comp., *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, vol. 3. *Religión*. Madrid, Trotta, 1993, pp. 145 y ss.

⁹ Cf. Thomas Luckman, *La religión invisible*. Salamanca, Sígueme, 1973, 130 pp.

ritualidad elevada con raptos místicos, y por otro sólo avala, justifica y promueve el orden social existente, con toda la secuela de injusticias que implica.

Aunado a lo anterior, la religión y el discurso religioso que de ella emana han caído en un proceso de secularización; es decir en una reducción de autoridad y de ámbitos de control, y caído también en el campo de la esfera privada. El ser humano y su sociedad buscan cada vez más su respuesta fuera de la esfera religiosa. A pesar de lo anterior, en algunas sociedades, como las latinoamericanas, se percibe una fuerte presencia de la religión, y en otras incluso se ha presentado un fuerte resurgimiento. Ello implica que el lenguaje tiene que actualizarse y aprender a convivir en una nueva relación con las distintas visiones del mundo, pero sobre todo, incidir de forma directa y positiva en la vida de los individuos propiciando alternativas concretas de vida más allá de ritos y formalidades.¹⁰ Lo anterior propiciaría una desaparición de las funciones socio-políticas e ideológicas de legitimación de instituciones que desempeña el lenguaje religioso católico, para concentrarse en un cambio de relación que recupere la esencia del cristianismo primitivo y su carácter comunitario, preocupado por el pueblo y no por un protagonismo institucional.

En este sentido si algo resulta limitante en el actual lenguaje religioso del catolicismo es la violencia institucional y unidireccional de la jerarquía eclesiástica que no da libertad a nuevas experiencias y expresiones, y que conduce al discurso de forma unidireccional, y convierte a los fieles en individuos pobres en experiencia y en expresión, fácilmente manipulables.

Una última reflexión en este sentido es la que detecta que el lenguaje religioso, en tanto comunica e influye sobre el comportamiento y movilización social de los individuos, se constituye como un acto de habla que expresa la intención con la que el hablante se dirige a su interlocutor (nivel ilocutivo). La especificidad y el carácter de este nivel nos dice mucho del mensaje que transmite una religión, en este caso la cristiana-católica, y por tanto nos revela su dimensión histórica, social y personal, así como su oferta de salvación y trascendencia, lo cual influye de manera determinante en la respuesta de sus adeptos y creyentes (nivel perlocutivo)

En síntesis, el lenguaje religioso, concretado en experiencias, expresiones y acciones, tiene en la vida de los creyentes un impacto social por el desarrollo y aplicación de lineamientos, orientaciones, enseñanzas que intentan normar su vida.

Los retos actuales del lenguaje religioso católico y los aportes de la teología de la liberación latinoamericana

Desde hace algunas décadas se afirma que la religión ha perdido poder social en el mundo secularizado, ya que ha dejado de operar como lo hacía en la sociedad tradicional como instrumento para disciplinar a los individuos y someterlos a normas institucionales, como manifestación del control social. La religión, pues, ha perdido mucho con estas funciones: el desprestigio, la cáscara institucional, acabaron por convertirla, en muchos casos, en un instrumento de legitimación de regímenes autoritarios y, consecuentemente, su lenguaje, como producto de experiencias donde los hombres y mujeres concretos, el llamado *pueblo de Dios*, era excluido, disfrazado, dándole un sentido de vida y trascendencia completamente amañado. De esta forma, la religión y el lenguaje

¹⁰ Cf. J. M. Mardones, "La sociedad secular", en *Para entender las nuevas formas de la religión*, op. cit., pp. 31-42.

religioso utilizado así contribuyó al *desencantamiento del mundo*, como afirmaba Weber. En tal situación la pregunta es: ¿puede la religión, y concretamente el lenguaje religioso del catolicismo, contribuir a un reencantamiento del mundo en las actuales condiciones? La respuesta es afirmativa, siempre y cuando esta Iglesia y su lenguaje asuman un carácter liberador, dando pleno sentido al mensaje cristiano en la perspectiva de una liberación integral, lo cual implica un cambio en el imaginario religioso católico. Pero analicemos esto más detenidamente.

El fenómeno religioso regresa al centro del debate en el mundo de hoy. Creyentes y no creyentes, académicos y gente común pueden percatarse de este retorno, y esto es consecuencia de un resurgimiento mundial de las religiones, tanto de las religiones tradicionales como de las nuevas formas de ésta como el *new age*, e incluso el rescate de religiones y ritos ancestrales. Quizá porque como lo señaló Durkheim:

Hay, pues, algo eterno en la religión que está destinado a sobrevivir a todos los símbolos particulares con los que sucesivamente se ha recubierto el pensamiento religioso. No puede haber sociedad que no sienta la necesidad de conservar y reafirmar, a intervalos regulares, los sentimientos e ideas colectivas que le proporcionan su unidad y personalidad.¹¹

Y esto es lo que la religión aporta a la vida social y cultural. Dicho resurgimiento de las religiones tiene importancia porque es precisamente en el siglo xx, un siglo *pródigo en inhumanidades y barbarie*, desde donde se deja sentir el regreso de lo religioso.

En este sentido, y ocupándonos en concreto del cristianismo y del catolicismo en particular, este retorno encierra, en mi opinión, dos proyectos que se han ido concretando a lo largo de las últimas décadas del siglo xx y los primeros años del siglo xxi. Son proyectos tan opuestos como el día y la noche. Me refiero, por un lado, al fortalecimiento de una religión neoconservadora aliada a la legitimación del sistema capitalista con su carácter neoliberal y excluyente, postura dominante entre la jerarquía y el grueso de la Iglesia católica, empezando por la propia sede apostólica (el Vaticano); por otro lado la concepción de un cristianismo, de una religión liberadora, capaz de dar una vida a una Iglesia de los pobres, comprometida con el rescate de la más pura tradición cristiana, asociada a la denuncia de la injusticia, la miseria, la exclusión, la muerte de miles de inocentes por la pobreza y el hambre, en una perspectiva esperanzadora y liberadora *desde y con* los pobres de la tierra. Me refiero a la teología de la liberación latinoamericana, cuyo origen es nuestra América Latina, la cual se ha convertido en un motor de análisis, reflexión y práctica para otras regiones como África, Asia, e incluso ha tenido eco en la misma Europa.

¿Qué propone la teología de la liberación? Un cristianismo, un catolicismo en diálogo franco y abierto con los retos y realidades del pueblo pobre en Latinoamérica y en cualquier parte del mundo en donde la palabra, el mensaje cristiano se actualice y se encarne en cada momento histórico, como una práctica liberadora integral, y no se paralice a causa de normas e intereses ajenos a la novedad cristiana y evangélica.

Frente a estos dos proyectos, el lenguaje cristiano católico, por el impacto social que produce, tiene sobre sí el reto de contribuir a la liberación y movilización de sus creyentes y adeptos en aras de una sociedad más justa e igualitaria, auténticamente cristiana.

¹¹ Cf. Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid, Akal, 1982, p. 397.

Visto de esta forma, el lenguaje cristiano-católico, por la influencia que tiene en la vida individual y social, no debe orientarse a legitimar a la religión y a la Iglesia como institución, sino llamar a la vida y a la justicia. No se trata de secuestrar a Dios, sino de reconocer que él no se queda en el más allá, sino que ha venido al más acá para ser real y cercano en un diálogo profundo y comprometido con el mundo.

Al respecto Martin Buber señala: “Tenemos que buscar a Dios pero estamos condenados a la religión. Y ésta no siempre es una ayuda para encontrar a Dios. A veces es su contrincante y suplantador del misterio. La religión auténtica es una expresión de esta búsqueda de Dios y una ayuda para ir a su encuentro”.¹²

Así, el lenguaje religioso católico no debe estar comprometido, preocupado por el otro mundo, sino por éste, para recuperar así la irradiación original del mensaje cristiano, y restaurar no las normas institucionales, sino el sentido apostólico, colegial, comunitario de “anuncio de la buena nueva a los pobres”; para cambiar el lenguaje decimonónico, asentado, instituido, por una postura de testimonio y denuncia, y confrontar al mundo con sus ideologías. Debe promover utopías posibles mediante una transformación histórica y social, tal y como ha sido el aporte de la teología de la liberación latinoamericana, y la llamada Iglesia de los pobres.

El lenguaje religioso del catolicismo y su praxis debe rescatar y dignificar al pobre mediante la denuncia de las injusticias de un sistema excluyente, y dar cuenta de que la pobreza es producto de un sistema capitalista inhumano, que apuesta todo a las reglas del mercado y sacrifica a miles de hombres y mujeres a una muerte en vida. Lo anterior significa entrar en tensión y conflicto con los poderosos y al interior de la propia Iglesia católica, sobre todo cuando el lenguaje religioso se transforma de un discurso en una acción concreta como testimonio, experiencia y expresión de su compromiso con estos excluidos del sistema y como consecuencia lógica y coherente de una cabal comprensión del mensaje cristiano.

La teología de la liberación latinoamericana, a treinta años de su surgimiento, y a pesar de los ataques, del aparente descrédito y del desgaste lógico tras una feroz persecución por parte de la Iglesia institucional, es una propuesta novedosa, alternativa, vigente y sobre todo evangélica para nuestros pueblos latinoamericanos, *pueblos crucificados*, como los nombraba Ignacio Ellacuría, jesuita que fue sacrificado por anunciar un lenguaje cristiano liberador, crítico, movilizador de conciencias y cuerpos, como tantos otros y otras a lo largo de estos treinta años.

La teología de la liberación es la presencia del mensaje y del lenguaje cristiano desde el mundo de los pobres y de los oprimidos. Y es que la opción por los pobres ya no puede ser asistencial o interpersonal, sino socio-política y estructural, por lo que un lenguaje cristiano-católico no debe limitarse a salvar mediante cultos o ritos únicamente, sino sobre todo por el testimonio, la experiencia y la expresión del amor, la libertad y la justicia. Por ello, liberar el lenguaje religioso es: “liberarnos del peso de la religión institucionalizada y de la ambigüedad de lo sagrado con todos los terrores que esto implicaba y todas las servidumbres que suponía”.¹³

Lo anterior obliga al lenguaje cristiano-católico, tanto a nivel ilocutivo como a nivel perlocutivo, a dismantelar los mecanismos que tienden a la ocultación de los procesos de indiferencia e

¹² Martin Buber, citado por J. M. Mardones, *Para un cristianismo de frontera*. Santander, Sal Terrae, 2000, p. 38.

¹³ Cf. J. M. Mardones, *Para un cristianismo de frontera*, op. cit., p. 23.

injusticia, productores de grandes cantidades de miseria y dolor. Transformar el lenguaje cristiano en lo que Metz denomina *mística de los ojos abiertos*, mística de responsabilidad incondicional frente al otro, que desemboca en una mística política. Es decir, un acompañamiento solidario, un compromiso persistente ante la dureza de las situaciones y nunca más un lenguaje mal llamado cristiano, comprometido con la seguridad de una doctrina distorsionada, amañada e institucionalizada, que tanto daño ha hecho al catolicismo a lo largo de la historia.

Hoy no se pueden aceptar afirmaciones religiosas sin más. Se debe someterlas a una interpretación del lenguaje simbólico y a la sospecha del espíritu crítico, del análisis y las mediaciones que aportan las variadas disciplinas del conocimiento, para, como dice Panikkar, a propósito de la espiritualidad para el nuevo milenio, superar:

[...] tres dualismos, seis dicotomías y tres reduccionismos. Los dualismos son Dios y hombre / Hombre y naturaleza / Naturaleza y Dios. No son dos ni uno no son deísmos ni panteísmos.

Las seis dicotomías son: alma y cuerpo / masculino y femenino / individuo y sociedad / teoría y praxis / conocimiento y amor / tiempo y eternidad.

No se trata de decir que todo es lo mismo. Es cuestión de no romper su intrínseca relación y darse cuenta de que no hay el uno sin el otro.

Los tres reduccionismos son: el antropológico que reduce al hombre a un animal racional, el cosmológico, que reduce el cosmos a un cuerpo inerte; el teológico que reduce la divinidad a un ser trascendente.¹⁴

Contra el tradicional abismo en el lenguaje es que la teología de la liberación rescata un discurso accesible, sencillo, que promueve un mensaje cristiano claro y concreto entre las comunidades; que realmente se comprenda y no sólo se escuche o memorice; que permita luchar por la transformación de las actuales estructuras sociales, y que sea capaz de vencer la desconfianza del pueblo pobre hacia un lenguaje clerical que desilusiona y desanima al ver y oír a una Iglesia que no tiene nada que decirles que los interpele y los mueva. Solo ambigüedades y vaguedades que pretenden decir todo y no dicen nada. Ritos y obras vacías; actitudes asistenciales y paternalistas que muchas veces sólo sirven para generar un monólogo evasivo que no asume el reto de una realidad lacerante; perdiendo con ello el efecto perlocutivo entre la comunidad de creyentes.

Por tanto, el lenguaje religioso dentro del catolicismo, si quiere ser efectivo y eficiente, y sobre todo fiel al mensaje cristiano, debe ser liberador, generar una conciencia crítica, responsable frente a un mundo injusto, que cree redes de solidaridad y justicia; pequeñas y concretas liberaciones que denuncien la opresión de estas estructuras socio-políticas y económicas, culturales e incluso religiosas; un lenguaje promotor de nuevas y variadas experiencias y expresiones, que transmitan un mensaje claro, sencillo, accesible al pueblo pobre. Este es el aporte original de la teología de la liberación latinoamericana: una teología y un discurso que nace del pueblo y que por lo mismo contribuye a un lenguaje religioso abierto, plural, sensible, crítico, que toma conciencia y moviliza al pueblo pobre latinoamericano.

¹⁴ Cf. R. Panikkar, *El mundanal silencio*. Barcelona, Martínez Roca, 1999, pp. 129-130.

Conclusión

Si el lenguaje religioso cristiano-católico del nuevo milenio quiere ser eficaz debe aceptar la irrupción de lo nuevo y lo desconocido; promover la denuncia ante una realidad injusta y que lacera; liberar el mensaje cristiano de actitudes institucionales. Debe ser un lenguaje capaz de anteponer lo ético-profético a lo ontológico-cúltico, con una clara intención: recuperar la vigencia original del mensaje cristiano como entrega y servicio en favor de los pobres, hoy excluidos y por tanto considerados *descartables* o *desechables*.

El catolicismo y su lenguaje oficial olvidan que la espiritualidad cristiana no está hecha sólo de oración, sino de compromiso con el prójimo y de entre éstos, con los más pobres. De lo contrario el discurso estará seco, estéril. El verdadero impacto social del lenguaje religioso debe ser de acción, de práctica, de conversión, de vida y misión, de acompañamiento con los pobres por la liberación y no de *evasionismo* místico para los creyentes. El lenguaje religioso no puede ser sino la voz del espíritu que clama por la justicia, por la salvación y por la liberación para los pobres, transformado en experiencias, compromisos y expresiones efectivas, solidarias, de libertad y de justicia. De lo contrario, el lenguaje religioso está condenado al vacío y al sinsentido.

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

MIRANDA PACHECO, Mario, *Signos y figuraciones de una época. Antología de ensayos heterogéneos*. Bolivia, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras / Plural Editores, 2004, 354 pp.

Pensar para el siglo XXI desde Latinoamérica

Comentar una antología, aunque ésta pertenezca a un solo autor, presenta el riesgo de dispersarse en aspectos particulares debido a la diversidad de temas, a la simpatía de la autora de la reseña por algunos ensayos, y a la escasa motivación de otros. Además, las varias posibilidades formales del género ensayo y su carácter no ficticio inducen a leerlo como un diálogo casi directo con el escritor; es decir, la lectura del ensayo no nos exige establecer una diferencia entre el autor, por un lado, y la instancia narradora o voz poética por el otro, sino que percibimos lo escrito como una toma de posición del escritor. Las expectativas que el ensayo despierta en los lectores no son el suspenso ni el talento para figurar los personajes, y el espacio, el ritmo temporal u otras técnicas narrativas que propician mayor indulgencia de los lectores hacia los géneros en los que domina la ficción. Tampoco tiene el ensayo la amplia apertura de sentido que permite el simbolismo de la poesía. No obstante que el género ha conservado su carácter literario gracias a la elocuencia brillante de quienes lo cultivan, su contenido reflexivo de índole intelectual no es secundario y determina, a fin de cuentas, la empatía entre cada texto concreto y el lector. Dicho de modo simple, difícilmente podría despertar nuestro interés un ensayo con el que no compartamos ideas y pensamiento, lo que sí puede suceder con la novela, el cuento, la crónica o la poesía, por mencionar tan sólo géneros que han privilegiado la letra impresa como su canal principal.

En el caso de la antología que aquí nos ocupa, referida a “ensayos heterogéneos”, del académico de origen boliviano Mario Miranda Pacheco, *Signos y figuraciones de una época*, hallamos una diversidad de temas (el exilio como experiencia emotiva y detonante existencial, la educación superior, el latinoamericanismo, la posmodernidad y su aliada la globalización, dos narradores andinos apellidados Arguedas —Alcides y José María— y la historia de Bolivia) con un denominador común: el cuidado estilístico, la exposición con fundamentación rigurosa, la precisión en la emisión de juicios y, por lo mismo, tomas de posición claras y sin ambigüedades, que no dejan dudas acerca de la identidad política del ensayista.

Su discurso es un despliegue de elocuencia humanista que no se reduce a opiniones superficiales y ligeras, pues sus argumentos emanan de una visión transdisciplinaria e histórica. Su escritura condensa rigor epistemológico, un acervo cultural rico, y juicios y calificativos medidos, pero necesarios para precisar la posición crítica.

Puesto que desde 1971 llegó a México, a raíz del golpe de Estado de Hugo Bánzer, y se quedó a trabajar como profesor universitario, la mayor parte de la obra publicada por Miranda Pacheco, después de ese año, se vincula sustancialmente con la problemática de su ejercicio académico en el ámbito de los estudios latinoamericanos en la UNAM, el cual abarca tanto las cuestiones de la educación superior y la interdisciplinariedad, como los debates epistemológicos que vienen dándose desde finales del siglo pasado. Ello se percibe en los títulos de sus libros editados (*La educación como proceso conectivo de la sociedad, la ciencia, la tecnología y la política, Bolivia en la hora de su modernización y Crisis de poder en Bolivia. Escritos histórico-políticos*), así como en sus numerosos ensayos aparecidos en revistas académicas. De ahí que la antología *Signos y figuraciones de una época* sea una muestra de su vasta experiencia académica y reflexiva, que reivindica la vocación de pensar, desde Latinoamérica, las ideas generadas en las metrópolis, y adoptadas —a veces mecánicamente o inercialmente— en nuestra región.

El ánimo general de los ensayos de Mario Miranda Pacheco es pensar desde Latinoamérica y en función de nuestros intereses epistémicos, reconociendo nuestra configuración marcada por las colonizaciones, y valorando, a la vez, la singularidad de los retos que tuvimos que afrontar para ser dueños de nuestra historia, incluyendo en ella el pensar y el comprender el mundo. Esta caracterización resulta muy oportuna para el siglo XXI, por cuanto día con día escuchamos, inclusive en el seno de la academia: apologías disimuladas o veladas de la *globalización* y de la posmodernidad; apologías que se translucen en la ansiedad de pescar las últimas novedades teóricas y aplicar sus categorías a dominios de la realidad latinoamericana *desbistorizándolos*, o bien en la adopción acrítica de las metas del sistema imperante a partir de parámetros del éxito macroeconómico, con una visión inmediatista que ignora (o desdeña) las lecciones de la historia, manifiestas en tendencias (o variables) que para la macroeconomía carecen de importancia, y sólo concibe el futuro como sujeción resignada a las leyes del mercado mundial.

Esta digresión vino al caso porque uno de los capítulos del libro reseñado agrupa cinco ensayos bajo el título de “Modernidad, posthistoria y globalización”, en el que Miranda Pacheco cuestiona las concepciones de modernidad y posmodernidad que se aplican en Latinoamérica, con la pretensión de que el sentido de esos términos sea semejante al que tuvieron en Europa. Sin minusvaluar la importancia de la modernidad para el desarrollo del pensamiento en Latinoamérica, el autor considera que por la condición colonizada de esta zona del mundo, la mayor parte de sus manifestaciones intelectuales y estéticas han sido resultado del trasplante de modelos, no de una génesis cuyas raíces se nutran de la cultura local. Por ende, si hasta el siglo XX en Latinoamérica la modernidad (confundida con modernización) fue un paradigma permanentemente idealizado y anhelado, para alcanzar o acercarse al pensamiento y el arte occidentales, tan pronto se difundió su negación, la posmodernidad, ésta se convirtió en el ideal por alcanzar... de nueva cuenta la modernidad occidental.

El problema de fondo, subraya Miranda Pacheco, es que quienes denuestan del término *modernidad* a secas, y se apresuran a reivindicar el que lleva el prefijo *post*, no explicitan de qué modernidad están hablando, cuál es la que ya caducó.

Y es en este punto donde nuestro autor diferencia la modernidad reducida a racionalización instrumental de otro valor que la modernidad adquirió en Latinoamérica: la de praxis histórica manifiesta a partir de utopías racionalizadas. En esta distinción fundamenta su crítica a la tesis de Francis Fukuyama sobre el “fin de la historia”, es decir, el final de la evolución ideológica de la humanidad bajo el imperio de la “democracia liberal de Occidente”, que no es sino el *disciplinamiento* mundial, como lo llama Miranda Pacheco, necesario para la imposición hegemónica de los países centrales.

A fin de replicar coherentemente la jerga puesta de moda por los predicadores de esa finitud, él amplía la terminología asociada a la postmodernidad, agregando las palabras: globalización, posthistoria, postindustrial y postcapitalismo, pues todas confluyen en la ideología del *globalismo*, caracterizada por su cerrazón conceptual para ver la conexión de los hechos sociales, y por reducir la sociedad a la dimensión económica y a la oferta y la demanda. El autor nota, además, que inclusive en países subdesarrollados la globalización y su retórica tienen sus voceros, quienes predicando lo imprescindible de la modernización inducida desde afuera (aunque sirva para perpetuar el *hiperdesarrollo* de los países avanzados), el desvanecimiento del Estado nacional, con sus principios de autodeterminación y de rectoría económica, y la creencia de que la solución de los problemas reside en las inversiones y el financiamiento externos.

La crítica de Miranda Pacheco a la ideología que emergió bajo la máscara del cansancio de la modernidad como rutina, y que pronto se mostró como la versión postmoderna del colonialismo, es una argumentación sólida y vigente para encarar las luchas intelectuales del siglo XXI. Por lo tanto merece —y resiste— lecturas desde diversas disciplinas, pues desde la economía, la sociología y la política mal que bien se difunden voces críticas a los apólogos de la sociedad global, pero no ocurre lo mismo en las ciencias experimentales, en las artes ni en las humanidades.

Preferí centrarme en los ensayos del capítulo “Modernidad, posthistoria y globalización” porque son los que connotan una intención más polémica (implícita) contra posiciones que, dentro de los campos intelectuales de las diversas naciones latinoamericanas, se han plegado a los designios de la globalización, por adhesión abierta o, peor, por omisión.

A esas posiciones el autor de *Signos y figuraciones de una época* les replica empleando para ello el razonamiento más contundente que existe: la historia de Latinoamérica. La historia que aquéllas ignoran o desprecian, que acaso les avergüenza, pero que se hace patente en el fracaso estrepitoso de *soluciones* pensadas para otras regiones del mundo.

Los otros ensayos no parecen poseer la misma intención polémica. Por ejemplo, los referidos a la interdisciplina y a la educación superior denotan más bien una finalidad didáctica, mientras un conjunto de ensayos referidos a la historia de Bolivia aporta información detallada sobre aspectos particulares del país andino, que hoy atrae las miradas del mundo, porque tiene un gobierno comprometido en hacer valer la soberanía y la autodeterminación nacionales por encima de los intereses de la *globalización*. (Esto confirma la vigencia de la crítica de Miranda Pacheco.)

En conclusión, *Signos y figuraciones de una época* es muestra de talento para desplazarse por distintas soluciones ensayísticas. Las hay emotivas, como la evocación dolorosa del golpe de Estado que obligó a Miranda Pacheco a exiliarse en México, a cuyo propósito él relata la transición de una nación a otra, y cómo esto fue alimentando su vocación latinoamericanista. Y también las hay eruditas: sus ensayos sobre Alcides Arguedas y sobre Bolívar y su participación en la fundación

de Bolivia, así como sobre los pasquines altoperuanos que tienen los detalles y el ritmo expositivo del ensayo filológico tradicional, cultivado por los intelectuales hispanoamericanos que dejaron su huella en la historia de las ideas de nuestra América.

Patricia CABRERA LÓPEZ

CABRERA LÓPEZ, Patricia, *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987*. México, UNAM, CIICH / Plaza y Valdés, 2006, 412 pp. (Debate y Reflexión, 4)

Una inquietud de amanecer, literatura y política en México, 1962-1987 es un recorrido minucioso y exhaustivo a lo largo de veinticinco años de vida cultural y de producción literaria de izquierda en México. El prólogo de José Agustín señala las numerosas virtudes y aciertos de esta obra a la que el autor de *La tumba* describe como: “una versión objetiva, honesta y desprejuiciada [...] de nuestra literatura”; “un trabajo serio y bien fundamentado”, que representa “una alternativa a la *historia oficial*”, la cual por lo general ha sido escrita “por quienes han formado parte del poder político” o “se constituyeron como *Establishment*”.

La obra está dividida en cinco partes: un prefacio y cuatro capítulos. Contiene, además, un extenso apartado de referencias biblio-hemerográficas, sitios electrónicos y obras de consulta, que consignan el recorrido de la autora por quince repositorios públicos: catorce nacionales y la Biblioteca Nacional de Chile; un índice onomástico y un apéndice bibliográfico. Estos apéndices son, por sí mismos —en virtud de su rigor y exhaustividad— una fuente imprescindible y vital para otros estudios literarios y políticos del periodo.

Se trata de una obra nacida de la fecunda amalgama entre investigación y reflexión literarias, guiadas por una honesta preocupación por lo social y por un agudo sentido crítico del quehacer cultural y de la vida política en México. El hilo conductor del estudio es la relación de la cultura con el poder hecha a partir de la atalaya del análisis del discurso. En el trabajo de Patricia Cabrera, el análisis del mundo de la creación literaria en México y sus interacciones revela no solo una capacidad enorme para dar cuenta de los conflictos en el campo literario, como confrontaciones de carácter cultural, sino, además, que las conexiones entre literatura y política van más allá de lo evidente, llevadas de la mano por el propio objeto de estudio.

La investigación de Patricia Cabrera sorprende por su rigor y originalidad. Desnuda sin concesiones las pugnas entre los intelectuales de la época, manteniendo una difícil imparcialidad en su mirada crítica, y hace una aplicación muy creativa de dos conceptos de Pierre Bourdieu: *campo* y *habitus*. El propio Bourdieu manifiesta a la autora, en una breve carta, el reconocimiento a su tesis doctoral sobre José Revueltas y su interés por trabajos futuros de Patricia Cabrera.

Las conexiones entre literatura y política, así como el abordaje transdisciplinario del objeto van más allá de los efectos no intencionales.

Apoyada en una sólida formación literaria y lingüística, que incluye los máximos grados académicos obtenidos en la UNAM, y que enriqueció con estudios en Sociología de la Literatura y Semiótica en universidades europeas, Patricia Cabrera ha realizado —como reconoce José Agustín en el prólogo del libro— “una investigación sobria e independiente que urgía en nuestro país”.

Partes de la obra

En el prefacio, la autora expresa el propósito y las motivaciones que la llevaron a realizar la investigación en que se basa el libro; cómo delimitó su objeto de estudio y el método que siguió para reunir, sistematizar y analizar el vasto *corpus* de obras que conforman el complejo cognitivo denominado *literatura de izquierda*, que incluye más de cien títulos de narrativa publicados entre 1962 y 1987. Justifica, ahí, el acercamiento transdisciplinario a la literatura y la incorporación de conceptos como *campo literario* y *habitus*, para analizar la interacción de grupos culturales y escritores en torno a las ideas de izquierda; la importancia de la “descripción casi historiográfica de la cultura”, y la relevancia del contexto y de los discursos de los actores principales para dar cuenta de esas interacciones.

En el capítulo I, “Los presupuestos básicos”, la autora aborda la relación entre saber y poder, y nos remite a la forma en que dicha relación se ha dado en la historia del México posrevolucionario. Una inquietud de amanecer —frase que da título a esta obra— es, también, la metáfora que Alfonso Reyes utilizó en 1932 para definir la actitud de los jóvenes escritores que lo cuestionaban. Patricia Cabrera recupera la metáfora para referirse a la repetición de tal actitud por parte de los grupos emergentes frente a los autores consagrados en el periodo que ella estudia.

Cabrera conceptualiza el poder en el campo cultural y lo diferencia de la autoridad. Ve al poder como “la piedra de toque del antagonismo generador de proyectos culturales alternativos”. Este carácter alternativo —considera Cabrera— “se percibe al leer esos proyectos como *discurso orientado al discurso ajeno*”: un discurso que interpela “a posiciones *literarias* antagónicas”. La relación con el poder se refiere también a la relación general entre literatura y política. Si bien las opiniones en torno a esta relación tuvieron oscilaciones y cambios a lo largo del periodo —desde la reivindicación del compromiso político en el quehacer literario, hasta la abjuración y declaratoria de “muerte de la literatura política”—, hay un consenso relativamente amplio sobre la necesaria y conveniente autonomía estética del quehacer literario frente a la política.

La nómina de autores incluidos en la narrativa de izquierda es numerosa y está ordenada por décadas, con nombres de escritores famosos junto a los de autores casi desconocidos. El *corpus* analizado comprende, asimismo, una revisión paciente y minuciosa de revistas y grupos de izquierda, como *La Espiga Amotinada*, *Política*, *El Machete*, *La Guillotina*, junto a lo que José Agustín llama “grandes locomotoras de los grupos de poder cultural”. Varias de estas publicaciones tienen posiciones muy críticas hacia la izquierda, como la *Revista Mexicana de Literatura*, *México en la Cultura*, *La Cultura en México*, *Nexos*, *Plural*, *Vuelta*, por sólo mencionar algunos nombres y proyectos de esa extensa nómina en la que destacan las figuras de José Revueltas, José Agustín, Fernando Benítez, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Juan José Arreola, Octavio Paz y Carlos Monsiváis.

En el segundo capítulo, “Hacia 1968”, Cabrera nos ofrece un panorama de la cultura mexicana en la década de 1960 en el que destacan “tres referentes básicos” del contexto político y cultural: la influencia y prestigio de la Revolución cubana; la crisis del nacionalismo cultural y la iconoclasia de la nueva cultura juvenil. El capítulo pondera la forma en que estos elementos influyeron en la vida cultural mexicana y fueron interpretados por muchos de los actores de la época: la rebeldía juvenil y social alentada por el triunfo de los revolucionarios cubanos que incentiva la oposición contra el gobierno mexicano por los actos represivos contra los movimientos sociales ejercidos en

los albores de la década. Estos procesos, junto a la crisis del nacionalismo cultural y la pugna entre universalismo y nacionalismo, estimulan, a su vez, la emergencia de nuevas manifestaciones estéticas en la literatura, y las pugnas entre subcampos del campo cultural. Estas tendencias se expresan en el surgimiento de grupos —casi siempre ligados a proyectos editoriales—, como los poetas de La Espiga Amotinada y la literatura *juvenilista* conocida como *la onda*.

Atenta al contexto político, Cabrera documenta las rupturas en los agrupamientos de izquierda y las posiciones divergentes de los intelectuales frente al gobierno de Díaz Ordaz (1964-1970). Destaca en esta década el surgimiento de nuevas editoriales como Era, en 1960; Joaquín Mortiz, en 1962; Siglo XXI, en 1965 y Diógenes, en 1967, que serán vehículos para la expresión de las nuevas tendencias literarias y culturales, y para el *empoderamiento* de los grupos *nucleados* en torno a ellas. El capítulo “concluye el recuento de una etapa en la vida del campo literario mexicano”, marcada por el rechazo al nacionalismo cultural y el fortalecimiento de la identidad izquierdista. Cabrera considera que esta etapa es “precursora de la proliferación de la literatura política en los años setenta”, no obstante que este carácter precursor suele ser soslayado al considerarse esta literatura política “solamente como una repercusión del movimiento estudiantil de 1968 en la cultura”.

En el capítulo III, “Los años setenta”, caracteriza a éstos como “una década larga”, porque comenzaron desde 1968 y concluyeron en los ochentas “cuando los proyectos culturales inspirados por aquel izquierdismo [...] se agotaron o cambiaron de signo”.

El recuento de esta década parte de las secuelas del movimiento estudiantil de 1968 y del posicionamiento de los intelectuales en torno a la masacre del 2 de octubre, como suceso que dividió al campo cultural en dos grandes bloques: los que estaban a favor de la represión y aquellos que criticaban al gobierno de Díaz Ordaz por la misma. El capítulo documenta la política *antiintelectual* y *antiizquierdista* del régimen en el contexto de la Guerra Fría, y las consecuencias que para los dos bloques tuvo este posicionamiento: cómo la afinidad con el poder deparó a muchos autores consagrados la pérdida de estima por parte de las nuevas generaciones frente al incremento de autoridad de quienes mostraban posiciones críticas y favorables a la independencia ideológica frente al Estado. En esta década se registran también algunas respuestas al *antiintelectualismo* gubernamental en *La Cultura en México*: algunos artículos de Tomás Segovia y Carlos Monsiváis “pueden ser comprendidos [...] como tomas de posición para defender *la existencia autónoma del campo cultural* y el derecho de sus miembros a reflexionar sobre la sociedad”, dice Cabrera. Destaca también el papel de la revista *Xilote* en la conexión de grupos independientes mexicanos con sus afines latinoamericanos, así como otras tribunas del izquierdismo intelectual, como la *Revista Mexicana de Cultura*, suplemento de *El Nacional*. Por el prestigio de sus autores atrajeron la atención de los lectores títulos publicados en esta década como *El apando* de Revueltas, *La nueva novela hispanoamericana* de Fuentes, *Días de guardar* de Monsiváis y *Posdata* de Octavio Paz. La literatura de la onda cobra también nuevo auge a partir de 1971 al circular una antología de escritores jóvenes —*Onda y escritura en México: jóvenes de 20 a 33*— que, al igual que *Narrativa joven de México*, en la década anterior, fue prologada por Margo Glantz. Junto a la adopción de esta etiqueta, acuñada en realidad por Monsiváis, surgen otras *teorizaciones* de la onda por autores jóvenes como Parménides García Saldaña y Jesús Luis Benítez.

Un evento que ilustra el debate sobre el quehacer del escritor fue *México 1972: los escritores y la política*, convocado y publicado por *Plural*, con la participación de Octavio Paz, Carlos

Monsiváis, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Jaime García Terrés, José Emilio Pacheco, Tomás Segovia, Luis Villoro y Gabriel Zaid. En la práctica, esta polémica provocó “el quebrantamiento de la *unidad básica* del grupo, que se había mantenido cohesionado de 1968 a 1972”. El capítulo reúne también la memoria de otros proyectos literarios concretados en revistas, talleres y encuentros; el papel de revistas como *Xilote* y *Dosfilos* y la multiplicación de literatura política y grupos culturales de izquierda. Consigna la reacción adversa de *La Cultura en México* frente a esta eclosión, y la polémica desatada por las descalificaciones a la literatura política, que motivó respuestas de René Avilés Fabila en contra y de Monsiváis a favor de esta crítica. En el mismo tenor, desde *La Cultura en México*, José Joaquín Blanco critica la irrupción de la política en la alta cultura, posición que poco después apoyaría Monsiváis. Estos dos autores ilustran las oscilaciones perceptibles en un mismo escritor a lo largo del periodo, pues ambos habían defendido en escritos previos “el derecho a disenter” y el carácter político de la escritura.

Con el capítulo IV, “El final del ciclo y del siglo”, concluye el recuento de proyectos, polémicas y actores del periodo estudiado por la autora: recuento crítico, ameno y ricamente documentado, al que salpican anécdotas, referencias y declaraciones no siempre memorables para los actores del *habitus*, que Cabrera exhibe sin concesiones a la celebridad.

El final de la obra registra el declive de la narrativa producida desde una visión de izquierda, y expresa, de otra manera, el ocaso de las utopías izquierdistas que se hicieron patentes con el derumbe de la URSS y de los países del socialismo real, en el ocaso de los años ochentas, cuando en México “ya ni siquiera podía decirse que hubiera algún enclave cultural hegemónico abiertamente identificado con la izquierda”.

Cabrera concluye trazando el derrotero de los escritores de izquierda, algunos de los cuales abjuran del izquierdismo, otros derivan hacia la novela negra o hacia otros proyectos literarios, como las revistas *El Buscón*, *La Guillotina*, *El Búbo*, *Zurda* y *Fin de Siglo*.

Alba Teresa ESTRADA CASTAÑÓN

IBARRA, Ana Carolina, coord., *La independencia en el sur de México*. Prol. de Ernesto de la Torre Villar. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, 470 pp.

Como bien lo señala el maestro Ernesto de la Torre Villar en el prólogo de esta obra, la Independencia es el gran parteaguas de nuestra historia, ya que a partir de entonces se gesta el proceso de formación de la nación mexicana. Sin embargo, la abundante historiografía relativa a este significativo acontecimiento se ha centrado en focos y aspectos específicos (la insurgencia del Bajío, por ejemplo), dejando de lado otros procesos que también explican la forma en que se integra la nación. Se ha tratado de destacar la insurgencia sin ver que hace falta investigar también lo que sucedió en esos años decisivos en otras tierras y geografías diferentes, y en procesos no necesariamente insurgentes. *La independencia en el sur de México* busca ocuparse con detenimiento de espacios antes no estudiados; ir más allá de los provincialismos y rescate de héroes locales. Pretende inscribir todas estas realidades regionales dentro del gran proceso que llevó a la Nueva España

a constituirse en un Estado independiente. Se trata, pues, no sólo de un avance en la investigación, sino también de la revisión y renovación de la historiografía tradicional, al explorar la complejidad del proceso, añadir estudios sobre zonas periféricas y plantear nuevas problemáticas.

La obra se abre con un trabajo de Peter Guardino. Este historiador estadounidense nos presenta un ensayo sobre la participación en la insurgencia en la costa de Guerrero, texto que nos ayuda a comprender por qué familias que en un inicio estaban más apegadas a los realistas, se suman a la causa insurgente, como los Galeana y los Bravo. Después de analizar la situación social, económica y política de los campesinos costeros Guardino trata de trazar los puentes que tendieron las realidades sociales locales con las ideas insurgentes. En un ambiente de inconformidades y descontentos la insurgencia llegó como una salida que podía beneficiar a los intereses regionales, y el autor nos explica el porqué de la gran adhesión que se tuvo a la insurgencia en esta región.

Los estudios sobre el clero se han enriquecido con la utilización y rescate de archivos que hasta hace poco habían permanecido en el abandono. Con un estilo disciplinado y sistemático, además de un gran conocimiento y exploración de fuentes primarias, Jesús Hernández Jaimes trata la insurrección del clero en el sur de México, pero no de un clero autónomo ni con mucha fuerza de liderazgo, sino que, al contrario, nos muestra un clero pobre, que debió enfrentarse a un sin fin de dificultades climáticas y geográficas, y que además no se hallaba muy controlado. Hernández Jaimes se pregunta si fue la base social la que presionó al clero para que se inclinara a la insurgencia, o si fue el clero el que presionó a sus fieles para que se adhiriesen al movimiento. Concluye que la insurgencia, en lo que hoy es el actual estado de Guerrero, no fue obra del liderazgo de los clérigos, sino que, en este caso, los curas se adhirieron a los liderazgos locales y su postura dependió de hacia dónde se inclinaron las elites regionales.

Sin duda la Iglesia fue una de las instituciones de mayor importancia durante el periodo de Independencia, ya que no solo ejercía poder espiritual sobre sus fieles, sino también en Nueva España se había consolidado fuertemente en lo político y en lo económico.

Marcela Corvera pone énfasis en el papel de la Iglesia en la economía a partir de un análisis de los ingresos y egresos provenientes de los diezmos en la región de Taxco (1783-1840), lo cual nos permite conocer cómo se emplearon estos recursos en un sistema para satisfacer las necesidades de la misma región. Podemos observar también cómo después del estallido de la guerra de Independencia, los diezmos sufrieron una caída acelerada, por la huida y muerte de colectores y recolectores, por la falta de pago y por los préstamos otorgados al gobierno. El trabajo de Corvera se ve muy beneficiado por la utilización de cuadros informativos bastante completos.

Andrés del Castillo regresa a los estudios sobre territorios costeros, y centra su investigación en el Fuerte de San Diego, ubicado en Acapulco. Lo pone como protagonista de su ensayo. Así pues, en él vemos cómo este fuerte, de ser construido para combatir corsarios, termina como prisión de infidentes, y cómo en esta coyuntura de la guerra insurgente se vuelve un punto estratégico, tanto en lo político como en lo económico.

Las conspiraciones siempre han sido de mayor interés para los investigadores. Saber qué pasó detrás de lo que estaba permitido, qué había detrás de lo oficial, de lo ortodoxo, siempre ha sido una de las grandes inquietudes humanas. Alfredo Ávila, con un lenguaje fluido y un estilo ágil y grato de leer, relata la conspiración que encabezaron "los tapados", y los personajes como José

Catarino Palacios y Felipe Tinoco, entre otros, la cual se efectuó y fue descubierta en la ciudad de Oaxaca en la primera mitad de 1811.

Este trabajo permite adentrarse en el mundo de las sociedades secretas, y da cuenta de cómo la conspiración oaxaqueña se distingue por tener toda una serie de ramificaciones en los diversos estratos de la sociedad; lazos que sólo fueron conocidos por el famoso diácono Ordoño, pues siendo un grupo secreto, lo primero que se evitaba era que sus integrantes tuvieran interacción entre ellos. Otra característica llamativa de la conspiración aquí estudiada es que se desarrolló en lugares públicos, lo cual era quizás más arriesgado, pero evitaba la sospecha. Lo que señala Alfredo Ávila es que si bien en Oaxaca hubo simpatía por la insurgencia, en gran medida esta simpatía se debió al descontento. Curiosamente, los conspiradores justificaban la entrega de la ciudad porque se decían fieles al rey y calificaban a los españoles de napoleónicos o pro-franceses.

La historia de la ciudad Antequera de Oaxaca es el tema del ensayo de Ana Carolina Ibarra, quien nos presenta un interesante trabajo en el que la postura de las elites oaxaqueñas parece situarse entre el conservadurismo y la insurgencia. Además, nos deja muy clara la importancia de Oaxaca como punto estratégico de comunicación con el sur, y como sitio de sumo potencial económico. A lo largo de las páginas nos percatamos que Oaxaca era mucho más culta de lo que se pensaba, lo cual favoreció que en el momento de la ocupación por parte de Morelos tuviera espacios de expresión para la opinión pública y los debates. La adhesión a la insurgencia en Oaxaca fue más una negociación entre las elites de la ciudad que buscaban sus propios intereses (ya que estaban inconformes con la abolición del repartimiento, y las causas que Morelos tenía, la supresión de alcaldes mayores y la imposición de los vales reales), y las ideas y causas insurgentes que defendía Morelos. Oaxaca es una ciudad que la historiografía tradicional había relegado a un papel periférico y, sin embargo, fue una de las principales plazas ocupadas por los insurgentes. También fue el lugar en donde se eligió al quinto vocal para la Junta Nacional Americana, la sede en la que se publicó el *Correo Americano del Sur*.

Sin alejarnos tanto de la ciudad de Antequera, ahora nos trasladamos a Tehuantepec, donde vivieron los Castillejos. Como lo señala Laura Machuca, a pesar de ser una zona periférica, Tehuantepec era importante por ser la frontera con Guatemala, y el paso del camino real a la ciudad de Oaxaca. A finales del siglo XVIII, Tehuantepec se había convertido en un lugar próspero gracias al comercio de sal y de grana cochinilla, y la elite comerciante había ascendido al poder ocupando cargos en el gobierno y en la milicia. Con esta prosperidad económica, las familias de Tehuantepec, en específico los Castillejos, tuvieron oportunidad de dar mejor formación a sus hijos en la universidad. Este hecho, sumado a los intereses de la elite local, probablemente llevó a que dos de ellos (Julián y Mariano) se inclinaron de manera definitiva hacia la insurgencia.

Parece ser que el descontento de las elites locales en la región sur ya se hacía patente antes del movimiento insurgente, con la imposición de las reformas borbónicas. Michael A. Polushin ahonda en esta problemática en la ciudad real de Chiapas, en 1809, cuando las elites locales llegaron incluso a actuar contra los funcionarios públicos. Recordemos que en la celebración de la Virgen de la Merced fue derrocado el asesor Valero. Polushin deja claro que para esta acción no había una separación entre los intereses entre la patria, la religión y el Estado, sino más bien se trataba de las pretensiones de los grupos dominantes y privilegiados.

Por su parte, Sergio Nicolás Gutiérrez de la Cruz nos relata los malestares y el descontento que se vivía en Chiapas con respecto a su pertenencia a la Capitanía de Guatemala. El texto describe cómo fue que se produjo la nueva articulación de los territorios luego del rompimiento con España y, de manera específica, cómo fue que Chiapas se integró a México, así como el proyecto imperial de Iturbide, que llegó a pensar más en la integración de las provincias centroamericanas. El autor analiza el proceso de la integración de Chiapas, y deja señaladas vetas interesantes para los futuros investigadores.

Manuel Ferrer Muñoz, por su parte, nos da a conocer las razones y desarrollo del movimiento separatista que se dio en Yucatán, y su integración a México. Nos hace saber que Yucatán fue una región donde hubo poca actividad insurgente, pero en la cual los descontentos y la agitación social estuvieron presentes con la puesta en práctica de la Constitución de Cádiz que, aunada a la situación económica, atentó contra el estatus existente de sus dirigentes, quienes buscaron a toda costa preservar sus intereses comerciales.

Para cerrar con broche de oro esta serie de ensayos agrupados en *La independencia en el sur de México*, todos ellos apoyados en un basto conocimiento y en fuentes de primera mano, Mario Vázquez Olivera se ocupa de los efectos de la política mexicana sobre la Audiencia de Guatemala. Describe los debates que se dieron en torno a la idea de la integración de Guatemala a México, que no fue una consecuencia incidental de la independencia mexicana, sino más bien una confluencia de intereses tanto guatemaltecos como mexicanos para la adhesión, y aborda también el tema de la propia política mexicana, que propició el separatismo regional, lo cual nos obliga a repensar la historia de la independencia en esta región.

Sin duda los trabajos presentados por los diversos autores, que le dan vida a este libro, son el resultado de arduas y minuciosas investigaciones que con el apoyo de la Facultad de Filosofía y Letras, el Instituto de Investigaciones Históricas, y la Dirección de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Autónoma de México se han podido llevar a cabo. Se trata de fructuosos y valiosos resultados, que no solo clarifican el gran espectro que es el proceso de independencia en el sur del país, sino que nos ayudan a ampliar nuestro conocimiento sobre regiones antes no estudiadas, y reponer planteamientos tradicionales, al abrir nuevas problemáticas, debates e incitando a futuras investigaciones que complementen los estudios realizados.

Yadira Ibette CRUZ MELÉNDEZ

ÁVILA, Alfredo, *Para la libertad. Los republicanos en tiempos del Imperio 1821-1823*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, 346 pp. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 41)

Para la libertad. Los republicanos en tiempos del Imperio 1821-1823 forma parte de una serie de estudios que han logrado restituirle a la historia política mexicana del siglo XIX su rica complejidad. Al empeñarse en querer ver una sucesión de etapas homogéneas y bien diferenciadas entre sí (imperio, federalismo, centralismo, dictadura, república restaurada, etcétera), gran parte de la historiografía tradicional se ha encargado de diluir matices, encadenar épocas, en apariencia incoexas, y, en esa misma medida, volver incomprensibles los procesos históricos. A contrapelo de

aquella tradición, Alfredo Ávila pretende en este trabajo rehabilitar la polifonía de una etapa particularmente intrincada y poco atendida por los historiadores: el primer Imperio mexicano.

Con el claro objetivo de averiguar las muchas maneras por las cuales varios grupos de individuos procuraron establecer la república en tiempos del Imperio (1821-1823), Ávila elabora una reveladora historia de los orígenes de la oposición política en México: sus actividades, sus pretensiones, su pensamiento.

En la medida en que los republicanos no tuvieron cabida en los espacios institucionales, *Para la libertad* es la historia de sus conspiraciones, sus intrigas y sus demandas. En todo caso, el de Ávila es un estudio completo de la cultura política vigente a lo largo del lento proceso de estructuración de México como Estado nacional independiente.

Dotada de sólidos cimientos teóricos que mucho deben a la renovada historia intelectual, la investigación de Ávila no pretende ser una historia del republicanismo como ideología y sus múltiples avatares por consolidarse como forma de gobierno en este país, es decir, la añeja historia de las ideas, sino que busca historiar los usos de los lenguajes públicos y las prácticas simbólicas que articuló un grupo determinado de individuos en la coyuntura específica del Imperio mexicano.

En términos de heurística, el libro en cuestión también resulta refrescante: no sólo se encuentra fundamentado en abundantes cuerpos documentales, sino que la integración de éstos al texto se logra con estricto rigor y gran pertinencia. En efecto, *Para la libertad* abreva en buena cantidad de repositorios nacionales y extranjeros en los cuales Ávila hace gala de habilidades casi detectivescas con el fin de encontrar el escurridizo rastro de la sedición y la conjura.

En esa misma medida se podría decir que la investigación también se convierte —aunque de manera tangencial— en una historia de los rudimentarios —y no tanto— servicios de inteligencia del Estado mexicano, pues echa mano con gran provecho de las averiguaciones y los juicios sumarios que levantó el gobierno de Agustín I a los republicanos e infidentes similares.

El libro se divide en cinco capítulos (además de la introducción y la conclusión), y cuenta con un apéndice, cinco tablas anexas y un mapa. No huelga señalar que tuvo su germen en la tesis doctoral que el autor sustentó en el 2001.

Ya desde el primer capítulo, “El nacimiento de la monarquía”, Ávila comienza a insinuar la trascendencia de las conspiraciones como elemento activo de la cultura política de la monarquía hispana en crisis. En este sentido no sólo se rescatan las conjuras republicanas dentro de la península ibérica que dieron pie al golpe militar de Riego, que trajo como consecuencia la restauración del régimen constitucional en 1820, sino también las conspiraciones francamente independentistas, y en algunos casos republicanas, que se manifestaron en la Nueva España desde la última década del siglo XVIII. Empero, el autor tiene bien presente que la monarquía fue la forma más prestigiada de gobierno a comienzos del siglo XIX mexicano, y que incluso la insurgencia fue antes monarquista que republicana, aunque también xenófoba, americanista, católica, admiradora de Estados Unidos y, por momentos, igualitaria.

De acuerdo con Ávila, las sociedades secretas también jugaron un papel primordial en la restauración constitucional de 1820 en la Nueva España, como puede observarse entre los comerciantes y en los liberales de la costa del Golfo, por ejemplo. Esas redes de conspiradores, a veces interconectadas, otras tantas más bien aisladas, que también se hicieron presentes en las Cortes de Madrid, fueron el suelo fértil que dio vida y raudo triunfo al movimiento trigarante del Plan de

Iguala. Con todo, la monarquía constitucional fue el sistema que más naturalmente conjugaba la gran cantidad de intereses en juego, y que —muy importante— mantenía vigente la vinculación con España. Así, la pretensión de estos grupos liberales fue “establecer un gobierno representativo constitucional con predominancia legislativa, sin importar que el ejecutivo fuera colegiado, unipersonal, electo o hereditario”. (p. 66)

Ávila sostiene que los proyectos políticos del México recién nacido fueron excluyentes, eje argumental del segundo apartado. Entre otras, dos fueron las creencias que nutrieron el optimismo que prevaleció en la coyuntura de ese, digamos, aséptico parto nacional: la riqueza natural americana y la igualdad política entre los hombres libres. Esta última dio pie a la voluntad general como única vía legitimadora de cualquier orden; el problema sería representar —y ejercer— esa supuesta voluntad general.

La destreza conciliadora que Iturbide plasmó en el documento de Iguala lo llevó a apropiarse de esa voluntad general. A lo largo del desfile trigarante Iturbide atesoró una buena cantidad de motivos que le hicieron creer que el rampante movimiento libertador se debía a su propia obra individual y al apoyo unánime del pueblo.

Fincado en tal ilusión, una vez que se firmó la Independencia, Iturbide encontró sumamente conveniente mostrar una opinión uniformada y favorable a su proyecto, con lo cual los pareceres contrarios fueron poco a poco acallados. El optimismo independentista duró poco (eso que Javier Ocampo llamó *el día*), al igual que la esperanza de la prosperidad pregonada por De Humboldt y enarbolada por el criollismo en sus múltiples facetas.

Lo cierto es que el Imperio debía levantarse sobre una terrible situación fiscal y financiera. Tan pronto comenzó a erigirse el edificio del nuevo gobierno surgieron voces opuestas al Libertador que, por ejemplo, se expresaron en torno al problema de la conformación del nuevo Congreso. Ávila sospecha que las primeras reuniones clandestinas en que se discutió del asunto de la convocatoria e integración del Congreso tuvieron lugar apenas unos cuantos días después de la firma del Acta de Independencia, todavía en septiembre de 1821. Ciertamente es que para finales de noviembre ya se comenzaba a dismantlar una conspiración que pretendía apresar a Iturbide y convocar con urgencia la nueva representación nacional. La intolerancia del Imperio hacia cualquier otro proyecto político obligó a los republicanos a pasar a la clandestinidad. De esta forma, el discurso de los perseguidos y de los sospechosos comenzó a diferenciar la independencia de la libertad. Fue entonces cuando los republicanos comenzaron a trabajar por *la libertad*, su propia libertad republicana.

A partir de este momento el autor se preocupa por vincular las conspiraciones a determinados individuos, dando así un gran paso historiográfico. En *Para la libertad* las conjuras dejan de ser oscuros mecanismos subversivos y se convierten en movimientos políticos con dirigentes concretos y, por tanto, historiables. Apellidos como Herrera, Anaya, Zerecero o, desde luego, Mier, quedan aquí asentados y relacionados con demandas específicas. Con ello aumenta sensiblemente el compromiso de los historiadores que en el futuro se acerquen al periodo, pues las vetas abiertas desde ahora son patentes: conocemos ya nombres valiosos a los que es necesario darles seguimiento.

Ya con la oposición y los indeseables demócratas diluidos, Iturbide se erigió soberano de un pueblo soberano en mayo de 1822, y degolló con ese acto la esperanza acogida por muchos de permanecer ligados a España. En la interpretación de Ávila, así surgió la representación de la sobe-

ranía nacional como única legitimidad posible, y así también se clausuró el camino de una oposición legal.

Desde entonces todo partidismo fue visto como contrario al interés nacional, indiviso y unánime de suyo.

La médula de la investigación la constituye el estudio de la conspiración republicana de julio y agosto de 1822, objeto del tercer capítulo. En esa ocasión, la significativa red de conjurados abarcó por igual a masones escoceses, milicianos, nuevos burócratas, diplomáticos, viejos insurgentes e incluso oficiales del ejército imperial y diputados. Por si fuera poco, no fue un movimiento focalizado, sino disperso en distintos núcleos urbanos del Imperio. Resulta muy valioso que Ávila no haya descuidado las provincias y se haya preocupado por dar seguimiento a la articulación y a las expresiones de la conspiración en regiones como Zacatecas, Durango, Valladolid o Veracruz. En términos generales, los conspiradores sostenían la firme creencia de que la nación —materializada en el Congreso— se convertiría en república si fuera en verdad libre, por lo que simplemente aspiraban a derrocar al emperador y a permitir que el Congreso deliberase en plena libertad.

Iturbide recibió a tiempo los alarmantes reportes y los principales conjurados (más de sesenta) fueron arrestados a finales de agosto. Desde entonces creció el clima de persecución, aumentaron las sospechas, incluso sobre los hombres más cercanos a *su majestad imperial*, se polarizaron las opiniones (el autor muestra el apoyo *popular* que gozó Iturbide por conducto de publicistas como Lizardi) y continuaron las detenciones esporádicas. A estas alturas del texto es realmente pasmosa la familiaridad con la que el autor explica la época y su clase política. Ávila despliega un envidiable conocimiento del papel político desarrollado por los personajes capitales del Imperio mexicano, y ubica a cada uno en su respectiva querencia.

Otra de las grandes virtudes del libro es el contexto continental y, de manera más específica, la atención dedicada a Centroamérica, que suele olvidarse como parte integrante del Imperio mexicano.

Ávila habla del republicanismo como un pensamiento auténticamente americano, y enmarca la monarquía de Iturbide en un continente adverso y plagado de repúblicas emergentes. En este sentido se destaca la decisiva participación que tuvieron personajes hispanoamericanos (o hispanoamericanistas) como Vicente Rocafuerte o Miguel de Santa María, quienes vinculados a Fagoaga, Mier, Herrera o Sánchez de Tagle mucho hicieron por la causa republicana. Por su parte, el trato que en *Para la libertad* se les da a los republicanos centroamericanos revela el separatismo y la fuerza autonomista de aquellas regiones que muy pronto apuntaron hacia la solución de la república federal, sólo que en Centroamérica la confabulación sí fraguó en acción política y, tras ella, la segregación del Imperio.

En el último capítulo Ávila elabora una detallada narración de los acontecimientos que determinaron la caída del Imperio, desde los primeros aprestos republicanos hasta la abdicación de Agustín I, pasando por tres momentos sustanciales: la disolución del Congreso, la proclamación del Plan de Veracruz y la firma del Acta de Casa Mata. En todo el proceso el autor destaca la presencia y participación de los ex insurgentes en las más de treinta conjuras que se precipitaron desde finales de 1822 hasta la caída del emperador en marzo del año siguiente.

Con particular detenimiento se explica el desarrollo del conflicto en la provincia y en la ciudad de Veracruz, para llegar al aserto de la completa y preparada implicación de Santa Anna con los

conjurados republicanos de la región. La explosiva mezcla de comerciantes locales confabulados con el regimiento español atrincherado en San Juan de Ulúa, la fantasmagórica omnipresencia de Guadalupe Victoria, y los muy perspicaces oficiales del ejército imperial (verbigracia Santa Anna y Echávarri); a lo que se debe agregar la proliferación de las guerrillas en otras latitudes, en particular las comandadas por Guerrero y por Bravo, así como el poder otorgado a las diputaciones provinciales por el Acta de Casa Mata. Desde luego no olvida mencionar el alarmante estado de bancarrota. Todo, en fin, lo que obligó a Iturbide a dejar la corona.

Finalmente, causa extrañeza que el autor haya decidido colocar como apéndice un provechoso recorrido historiográfico sobre las conspiraciones republicanas que muy bien podría haberse integrado a la introducción como útil estado de la cuestión. Ahí se revisa el lugar que ocupan las conjuras de tiempos del Imperio en las obras de Rocafuerte, Bustamante, Zavala, Cuevas, Alamán, Arrangoiz, Bravo Ugarte y, ya más recientemente, Santa Anna. Mención aparte merecen las cinco tablas que se incluyen a manera de anexos, y que sintetizan información sumamente práctica: los individuos arrestados el 26 de agosto de 1822, aquellos que habían caído en prisión antes, los que lo hicieron los días posteriores, y los que permanecían presos para diciembre; además de un amplio listado de las causas de infidencia levantadas en febrero de 1823. Por último, incluye un mapa (p. 309) que ilustra las regiones donde se presentaron pronunciamientos republicanos entre agosto de 1822 y marzo de 1823.

Como bien apunta Ávila, el régimen de Iturbide fue liberal en tanto pretendió equilibrar los poderes, garantizar las libertades individuales y legitimarse a partir de la voluntad general. Lo que es más, actuó con prudencia y estricta legalidad al reprimir y cortar de tajo los brotes conspirativos. Pero su ceguera política vino desde antes, desde el momento en que no permitió una oposición abierta y legal. Esa oposición ilegal y por más señas republicana, difería del iturbidismo en su entendimiento de la libertad y en la primacía de los poderes. Creía firmemente que la representación nacional era la encargada de velar por la libertad y por la nación. No debe extrañarnos que instituida la República prevaleciera la intolerancia a la oposición política. Tanto los dirigentes de ésta como los altos mandos imperiales gobernaron con la certeza de que encarnaban —cada uno a su manera— la voluntad nacional.

En suma, *Para la libertad* es una novedosa y completa mirada a la cultura política del Imperio mexicano y su circunstancia histórica: “los desesperados empeños de Agustín de Iturbide por dirigir la marcha de un Estado sin recursos, con una legitimidad cuestionada, frente a un Congreso con pretensiones de superioridad y una oposición republicana dispuesta a arriesgar todo con tal de mudar de forma de gobierno”, (p. 21) un tiempo apasionante, revelador y —nótese— dramáticamente actual.

Rodrigo MORENO GUTIÉRREZ

Piqueras, José A., *Cuba, emporio y colonia. La disputa de un mercado interferido (1878-1895)*. Madrid, FCE, 2003, 341 pp.

Cuba: azúcar, comercio y política en una coyuntura decisiva (1878-1895)

Siendo yo un latinoamericanista —ya que de alguna manera, aunque precaria y muchas veces en suspenso, he de definirme—, y habiendo además dedicado un buen espacio de mi trabajo a la historia de la industria del azúcar, el libro que aquí me ocupa me interesó de inmediato. Para un historiador del azúcar el solo nombre de Cuba es un imán y la promesa siempre renovada —Moreno Fragonals mediante— de un arcón inextinguible de tesoros. Pero también para los preocupados por un problema obviamente más vasto y complejo que el del azúcar, el de América Latina, la propuesta de este libro es ampliamente incitante. Cuba tiene lo que llamaríamos una historia *diferencial*, hermanada en esto a Puerto Rico, a lo largo del siglo XIX, respecto de las otras repúblicas hispanohablantes de América. Se ha insistido poco, me parece, en esta peculiaridad de la historia decimonónica de las dos grandes Antillas españolas. La de Jamaica, resulta claro, es otra. En el interior de una voluntad intelectual y una historiografía latinoamericanista construida en el siglo XX desde la mirada nacida específicamente en ese gran punto de inflexión que fue 1898 (no es vano recordar en este momento a Rodó y el *Ariel*, cuyo centenario en un 2000 bajo el signo del neoliberalismo pasó casi desapercibido entre los aturdimientos de oropel de la celebración de la llegada de un nuevo milenio), que unificó en buena medida al antagonista primordial, el Otro con mayúscula, oposición desde la que se construyó el sentido y la conciencia de América Latina. Y que también trocó definitivamente la percepción y el sentimiento hacia España, desde sus antiguas colonias.

Esa *diferencia* histórica de la que hablo se resume sencillamente en una constatación: esas dos grandes Antillas, como sabemos, siguieron siendo una posesión colonial española como supervivencia del Imperio universal de Felipe II, junto, precisamente, con el archipiélago filipino, cuyo nombre hace eco del gran rey de El Escorial, allá en las antípodas. Mientras en los demás países se asistía a un proceso confuso y contradictorio de trabajoso surgimiento de las nacionalidades y construcción de los Estados, cuyos frecuentes campos de batalla de las guerras civiles que se prolongaron durante décadas después de Ayacucho prefiguraron otros campos de contienda durante el siglo XX —literarios e historiográficos en su mayor parte, pero no menos cruentos en su carga simbólica—, que fueron las acres disputas por la interpretación y el sentido que habría que darles a esas luchas, Cuba se desprendía y marchaba por un camino distinto, que *difería* por algunas décadas los conflictos de la Independencia. La isla consolidaba su papel como principal abastecedora del azúcar mundial, fortaleciendo un poderoso sector de intereses insulares basado en la explotación del trabajo esclavo, y se construía una relación colonial de un carácter diferente a la del viejo imperio fenecido, que se extendería hasta finales de la centuria, cuyo colapso con la guerra hispanoamericana estaría signado por la aparición, ya franca y desembozada, en el continente latinoamericano de un imperialismo más acorde con la nueva distribución de los poderes mundiales.

Resulta sugerente que otro país signado por el sistema esclavista y las singularidades de un poderoso sector azucarero, el Brasil de los Braganza, siguiera también derroteros disímiles al de la otra mitad de la América nuestra. No es mérito menor del libro que nos ocupa hacer un oportuno

recordatorio de la singularidad que subrayamos, y a partir de una voluntad crítica y serenamente polémica que lo anima en toda su trama, abrir un debate pleno de novedades hermenéuticas cuyo alcance va mucho más allá del periodo específicamente tratado.

Pero la de Cuba en el siglo XIX es también historia de España, esa historia de la España decimonónica que tan abandonada tenemos los latinoamericanistas, que muchas veces conocemos mal, o nada, y que sin embargo tendría tanta importancia frecuentar. Después de la *máscara fernandina*, ya nada parece interesarnos. Nos sorprendería con los paralelismos —toda proporción guardada— que pudieran establecerse en la búsqueda de una modernidad política y social, del imaginario de una supuesta *pax* burguesa, siempre esquiva, fuente de convulsiones y conflictos casi permanentes. Pero más allá de este proyecto historiográfico comparativo posible y prometedor, el entrelazamiento entre la historia de España y la de Cuba es subrayado por Piqueras como un elemento metodológico central de su construcción historiográfica:

El Imperio supone una doble realidad únicamente explicable en su interacción recíproca: metrópolis y colonia. Y los lazos entre ambos no pueden limitarse a un aspecto, sea mercantil, fiscal, administrativo o militar. Implica una relación dialéctica que está generando permanentemente la realización de sus fines y la negación de los mismos y del propio hecho colonial. Por eso, los análisis unilaterales —españoles o cubanos— que presten atención a la influencia que se ejerce desde un lado, de no orientarse hacia la comprensión global del fenómeno, nos van ofreciendo información —sin duda de interés— pero resultan insuficientes y a la postre no llegan a dar cuenta siquiera de una parte. Porque aquí, ante el hecho colonial, o se aspira a reconstruir la totalidad, o nos alejamos de la explicación perseguida: esclarecer la relación hispano-colonial y la crisis que condujo a la guerra que le pondría fin". (pp. 96-97)

El libro que comentamos se centra en la historia de Cuba entre 1878 y 1895, en el intervalo que va desde la paz del Zanjón, que termina la primera etapa de la Independencia, la Guerra de los Diez Años, hasta la vuelta a las hostilidades que llevaría —guerra hispanoamericana de por medio— a la separación de la isla de España y al fin del dominio colonial peninsular. Espacio que había sido señalado en su importancia específica como teatro de grandes transformaciones económicas y sociales por Julio LeRiverend, "uno de los mayores historiadores de la economía cubana, tal vez el mayor de todos", es el tributo que le rinde al autor del libro que comentamos, pero al que no se le había dedicado toda la atención necesaria.

Este libro, entonces, avanza por territorios nuevamente diseñados en el propio texto o apenas desbrozados por la historiografía cubana. Sin embargo es rico en temas relacionados con la economía y, fundamentalmente, con el azúcar, dominado sin duda por el peso de una obra de grandes vuelos, *El ingenio*, de don Manuel Moreno Friginals, que se detiene en el umbral del periodo abordado aquí: inicios de la década de 1860.

Momento de suspenso en que el estallido de la revolución democrática de 1868 en España y la guerra de los Diez Años en la isla pusieron en tela de juicio el orden colonial decimonónico, que si bien no exento de tensiones, se había sustentado en la *sacarocracia esclavista* —no me puedo desprender del afortunado concepto de Moreno Friginals— y en su éxito económico al insertarse, de manera dominante, en el mercado internacional del azúcar después de la insurrección haitiana, como "el auxiliar necesario para el dominio de la Isla", tal como define Piqueras. Trama que

teja intereses de ambos lados del océano, influencias recíprocas cuyo develamiento en el periodo que trata es uno de los atractivos más intensos de la obra comentada, que avanza en este punto sobre los logros de la historiografía española más reciente, complementada por la de importantes autores cubanos: “la presencia e interferencia de los grupos antillanos en la esfera del estado metropolitano” para la defensa de sus intereses más permanentes, a saber: el mantenimiento de la esclavitud y de la trata, el más decisivo de todos ellos. Presencia expresada mediante la constitución de una instancia que ha tenido una larga fortuna en el juego de defensa de intereses corporativos en el interior de las relaciones de poder: los grupos de presión. Una interesante sección del libro (capítulo II) se dedica a reseñar las actividades de los grupos de presión cubanos en la política española.¹

Apoyado en una larga y exhaustiva investigación de fuentes primarias, documentos de archivos cubanos, españoles, mexicanos y franceses, así como periódicos habaneros y madrileños, y publicaciones de la época, novelas y otros artefactos literarios, junto con la consideración minuciosa y crítica de toda la historiografía acuñada sobre el tema, se constituye, desde luego, en un punto referencial insoslayable en relación con el proceso que lleva al levantamiento independentista de 1895 y a la guerra hispanoamericana con la instauración del *orden neocolonial* a la vuelta del siglo.

Un trabajo asentado en las dos orillas del Atlántico, tal como el tema lo reclamaba, y que subraya —si esto es todavía necesario— la extrema importancia de contar con las dos bases de fuentes y de percepciones en estas temáticas.

Es José Piqueras un historiador *revisionista*. Entiendo por esto su acepción más inmediata, pero también más fuerte: la acción de aquellos que *someten a nuevo examen una cosa para corregirla o repararla*. Revisión inteligente y esencialmente crítica, sin excesos, que pone bajo escrutinio las principales hipótesis o ideas consagradas, tanto las más generales que caracterizaban al periodo en cuestión como tema específico de indagación, así como las que lo conectaban con los grandes acontecimientos de los que formaría bisagra. Pero para esto era necesario —y el autor lo lleva de manera concienzuda hasta el final— considerar también los aspectos más sensibles de la coyuntura y el cúmulo de opiniones a ellos dedicadas. Serena pero de forma implacable, todas las certidumbres previamente acordadas son analizadas al derecho y al revés, iluminadas desde otros ángulos; sometidas a la prueba de los nuevos documentos y evidencias, hasta el punto de conformar un cuadro absolutamente novedoso de este intrigante periodo en el que en definitiva se resolvió la suerte de Cuba en las próximas décadas, y señaló su nuevo destino: la inevitable (lectura *post facto*, aclaremos) relación de asociación y confrontación con el poderoso vecino del norte.² No es lo de menos señalar, sin embargo, que para José Piqueras lo “cortés no quita lo valiente”, y destacar la extrema elegancia armada de rigor teórico y las sutilezas argumentales exhibidas por el autor en el tratamiento de los núcleos esencialmente polémicos sobre los que construye su obra.

¹ Un desarrollo extenso de la coyuntura del 1968 español y de la influencia de la Cuba colonial y esclavista, que con su levantamiento también de 1868 condiciona en buena medida la suerte de la revolución española, en Piqueras, José Antonio y Enric Sebastà, *Agiotistas, negreros y partisanos. Dialéctica social en vísperas de la revolución gloriosa*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim / Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1991, cap. VI, pp. 239-299.

² En este tema, el desarrollo de la industria azucarera cubana, en una visión de conjunto con la economía azucarera del Caribe después del fin del dominio español en 1898, puede analizarse en César J. Ayala, *American Sugar Kingdom: The Plantation Economy of the Spanish Caribbean, 1898-1934*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999.

Quiero detenerme en algunos comentarios acerca de esta destacable actitud de revisión de nuestro autor. En la obligada reseña del “estado de la cuestión” que realiza de forma estupenda Piqueras, se hace eco de aquellas grandes tormentas levantadas por los debates de los años sesentas y setentas del siglo pasado, referidos al paradigma de la dependencia, que decanta finalmente en el simplismo de reducir “el relieve del periodo de entreguerras 1878-1895 a un trasfondo de inmovilismo colonial y de acrecentamiento por ello de las contradicciones”, que se resolvería en “una adhesión creciente a la idea de soberanía y a la identificación de ésta con un proyecto de emancipación”. Y agrega:

Lo que cuestionamos es que dicha tendencia se halle satisfactoriamente explicada por el inmovilismo de las partes confrontadas, como si la realidad pudiera reducirse a opuestos antagónicos perfectamente delimitados: las opciones binarias criollo / peninsular, independentista/colonialista, reformador/intransigente, mientras se ignora el extraordinario dinamismo de dos décadas que al modificar la estructura social dieron lugar a líneas de fractura y de afinidad nuevas y muy diversas”. (p. 27)

Recobrar la especificidad de ese singular momento histórico, arrebatándolo a las determinaciones esquemáticas o, peor aún, teleológicas, que lo habían dominado, es el impulso esencial de la investigación reseñada y el logro exhibido en sus resultados. Estudiar las determinaciones concretas del proceso, la disputa por ese gran “mercado interferido” por la específica situación de la isla respecto de España, en el que las nuevas condiciones del mercado azucarero internacional fueron elementos decisivos, ya que habían sido signados por una feroz concurrencia y un inédito derrumbe de los precios junto con la paulatina caída de la participación cubana en el mismo, la pérdida de sus compradores europeos (esencialmente Gran Bretaña), y la casi completa asimilación de sus ventas por un único adquirente, Estados Unidos; por las nuevas características que debía asumir la producción azucarera en esta situación, y la presión por la apertura del mercado cubano para los productos estadounidenses como condición de reciprocidad comercial.

Con una condición que no es frecuente en una historia económica y social que no termina nunca de liberarse de la fascinación por las fórmulas y los modelos *objetivistas* y que excluye un componente esencial, felizmente recobrado en este libro: los cálculos, los proyectos, las debilidades, los egoísmos, las percepciones sesgadas de los actores sociales, los protagonistas que en el mismo proceso de su constitución van modificando sus posiciones sin despojarse de sus inercias, de sus hábitos adquiridos, de sus imaginarios. Esa *función latente* (en la acepción de Merton), en suma, que ejemplifica Piqueras en el cierre de su libro con la actitud de la burguesía insular respecto de la ruptura con España: una acción a lo largo de este periodo cuyos resultados sobrepasan la intencionalidad de los actores y promueve consecuencias no buscadas ni especialmente deseadas, y que sin duda condicionó toda la siguiente historia a partir de 1902.

En una cita precedente, el autor hablaba de las nuevas líneas de fractura que tejen la intriga del periodo, con el telón de fondo ya mencionado de la nueva posición de fuerza de Estados Unidos como mercado casi único de la exportación azucarera cubana. Los actores y sus interacciones, los escenarios de su conflictividad y también de sus a veces inesperadas connivencias. En primer lugar: hacendados y exportadores antillanos *versus* capital financiero español, en competencia por

los excedentes del comercio exterior; segundo: los intereses proteccionistas peninsulares que competían en azúcares, tabaco y alcoholes e impedían el acceso cubano a *su* mercado; tercero: los intereses comerciales peninsulares que buscaban ensanchar su participación en Cuba en condiciones de privilegio por el estatuto colonial, y que se enfrentaban a los defensores isleños del libre cambio. Escenario de confrontación, enriquecido por actores secundarios cuyas afinidades electivas no dejan de ser sorprendentes si no se incorpora su lógica: el sector naviero español, por ejemplo, interesado en la triangulación de los fletes entre España, Cuba y Estados Unidos.

Escenario complejo, que enrarecía la cuestión e incrementaba las dificultades del sostenimiento del *status quo* de equilibrio inestable, emergido de 1878.

Salpico mi comentario con algunos temas relevantes, de los muchos que el libro desarrolla con un detalle empírico y una solvencia teórica y metodológica que no suscita más que un abierto elogio.

Primer tema. Fin de la esclavitud: proceso complejo, culminado en la década de 1880. Esos esclavos que en 1861 eran todavía más de un cuarto de la población isleña y más del 40 %, si sumamos su inevitable colofón: los negros libertos, y que en 1899 arrojaba todavía un tercio del total bajo la categoría *de color*. Proceso de cambio demográfico al que el periodo considerado contribuyó grandemente con el *blanqueamiento* de la población, por vía esencialmente inmigratoria. La *españolización* de la isla. Fenómeno especular al de la emigración de isleños hacia Estados Unidos y Centroamérica, una diáspora cubana que anticipa a la otra, la del siglo xx, y que configura un proceso muy complejo, una de las realidades migratorias y complejas más notables de las que somos testigos hoy.³

Segundo tema: El azúcar. Datos duros de coyuntura: los cambios estructurales en la producción azucarera mundial como resultado del impacto del azúcar de remolacha subsidiada europea. Cuba tenía 41 % de la producción mundial de azúcar de caña en 1868 y bajó al 27 % en 1883, pero es más sorprendente todavía el descenso del 28.5 % del azúcar mundial en 1868 al 13.2 % en 1883. Esto último se debió al incremento espectacular en ese periodo de la participación del azúcar originada en la remolacha. Además, acosada por la baja de los precios internacionales, la producción de azúcar valía en 1884 la mitad de lo que costaba en 1869.

Otros datos relevantes: Estados Unidos absorbía 50 % de las exportaciones cubanas de azúcar en 1866, mientras que en 1877 ese total era de más del 80 %. Se acentuó así la dependencia al mercado estadounidense, en proporciones enormes, diríamos también que irreversibles. Pero además hubo un cambio técnico de consecuencias económicas muy fuertes: la demanda estadounidense pasó a ser cada vez más la de un azúcar bruto en detrimento de la refinada. Retroceso a condiciones propiamente coloniales: exportación de productos semielaborados e incremento de la posición de desventaja.

El autor denomina al proceso vivido por el principal producto cubano como “una revolución en el reino del azúcar”, signado por las profundas transformaciones sufridas en el periodo por el mercado internacional del dulce. Transformaciones esencialmente determinadas por la aparición

³ Llamo la atención a los lectores sobre otro importante volumen, vinculado al problema esencial tratado en el libro reseñado: J. A. Piqueras, comp., *Azúcar y esclavitud en el final del trabajo forzado. Homenaje a M. Moreno Fraguinals*. Madrid, FCE, 2002.

de nuevos actores, la producción de azúcar de remolacha subsidiada por los europeos, y el azúcar de caña asiática (Java). Ambos favorecidos por bajos costos de producción, además de los subsidios remolacheros, y por la caída de los fletes mundiales que abrían posibilidades insospechadas de acceso de los nuevos productores a los grandes mercados. También por la aparición de innovadoras modalidades de manejo del comercio, especialmente la aparición del mercado de futuros, que dio un poder nuevo y decisivo a grandes especuladores.

La caída de los precios y la dureza de las condiciones de competencia fue una realidad insoslayable. La crisis de 1883-1884 fue el imaginado punto de inflexión llegado “cuando no pudo seguir produciéndose como antes y después de agotar al máximo las posibilidades del régimen esclavista”. La atención de Piqueras está puesta en el esfuerzo de transformación realizado por los grandes hacendados dueños de los capitales acumulados en la esclavitud y propietarios de los mayores ingenios, que respondieron al reto, en parte, no por falta de disponibilidad de capitales, la tesis siempre socorrida, sino por un cálculo de rendimientos en el que se tuvo en cuenta la oportunidad de inversión en el sector y de otras inversiones en Cuba y en el exterior. La debilidad de este proceso, consecuencia de este cálculo, retrasó en el sector azucarero isleño el proceso de concentración y centralización, y la adopción de una economía de escala necesaria para enfrentar con éxito las nuevas condiciones creadas en el nivel internacional, en el que se desempeñaba la actividad azucarera cubana, distinta en este punto esencial de la mexicana, que optó por refugiarse decididamente en un mercado interno altamente protegido, opción imposible para los productores insulares.

Se trató de una transformación lenta, difícil, no completamente lograda, en la que el factor apuntado resultó esencial.

En el terreno económico, con consecuencias sociales múltiples, emergió el proceso de diferenciación del cultivo de la caña con el del procesamiento industrial del azúcar, el nacimiento del *colonato*, de los cultivadores cañeros, y la erosión de la integración vertical de la industria que había sido, y en México también lo fue, el soporte del sistema productivo más tradicional.

El peso de la deuda pública y la transferencia del mismo desde las finanzas del Estado metropolitano al tesoro de la isla obligó a que el arancel de exportación se convirtiera en una carga cada vez más pesada, que hizo, de manera paulatina, muy difícil la competencia en un mercado internacional, como vimos, orientado francamente a precios a la baja.

La actuación de los intereses comerciales peninsulares persiguió, sin éxito, la integración cubana a la península en términos arancelarios. El proteccionismo exacerbó las demandas estadounidenses de reciprocidad comercial, como resultado de la avidez de mercados posterior a la Guerra de Secesión.

En resumen: “Tiempo de incertidumbre en una coyuntura dinámica” podría ser la tesis fundamental del trabajo de Piqueras, que viene a suplantar la idea de crisis de coyuntura, de “decaencia económica, social y étnica”, según afirmó Manuel Sanguily. Precisamente a lo que se opone toda la demostración de *Cuba, emporio y colonia*: “Lo que no aparece por ningún lado es la profunda y prolongada crisis, tantas veces mencionada, con paralización general de los negocios y pérdida de ingresos, que fatalmente propicia la insurrección”. (p. 65) Coyuntura asumida en un modelo de crecimiento económico incentivado por las exportaciones: “de ahí que junto con Argentina y

Chile, Cuba sea uno de los tres casos donde el modelo de crecimiento guiado por las exportaciones se haya considerado un éxito en la segunda mitad del siglo XIX". (p. 64)

"Cuba consolidó en la década de 1880 una economía plenamente capitalista, transitando y desprendiéndose de la plantación esclavista, acometió el proceso de racionalización de la industria azucarera y estuvo en condiciones de promover una industrialización diversificada", aunque encontró la dificultad de los lastres negativos de la Guerra de Diez Años, que aumentaron las cargas aduaneras. Los obstáculos fueron: el proteccionismo español y el tratado de reciprocidad comercial con Estados Unidos de 1891, anticipo del de 1903, decidido por la presión estadounidense y la de los productores azucareros, que segó la potencialidad industrializadora de la isla y entregó el mercado cubano a la potencia estadounidense.

Termino con una frase del autor, que tiene toda la fuerza de un programa: "a menudo se ha optado por asumir la denuncia en lugar de explicar la situación". La tarea de los historiadores es precisamente esa: explicar, y Piqueras lo ha logrado de manera plena.

Horacio CRESPO

LEVINAS, Emmanuel, *Difícil libertad. Ensayos sobre el judaísmo*. Argentina, Editorial Lilmod-Fineo, 2004, 304 pp.

Recientemente se publicó en español este libro de Emmanuel Levinas, que hasta hace poco no había sido traducido a nuestro idioma, a pesar de ser una obra importante para entender y conocer la evolución de este gran pensador.

Difícil libertad es una compilación de conferencias y ensayos escritos durante la década de 1950, y aunque lleva el subtítulo *Ensayos sobre el judaísmo*, su contenido abarca una serie de ideas y reflexiones que van más allá de este tema. Quizá más bien se debiera decir que Levinas observa que el judaísmo se extiende a una serie de problemáticas y pensamientos que lo ubican fuera de la concepción tradicional. Es decir, que el judaísmo deja de ser un concepto que se refiere a la descripción de un grupo étnico, cultural y religioso para situarse y definirse como una experiencia común al género humano. Desde este punto de vista, el exilio, el sufrimiento, la búsqueda de trascendencia, la responsabilidad hacia el otro, la necesidad de justicia y esperanza, son experiencias que se pueden encontrar en cualquier parte, y conforman los rasgos comunes de cualquier grupo social. Podría decirse, siguiendo a Levinas, que estas experiencias, de alguna manera, quedan sintetizadas en la particularidad del pueblo judío, pero se extienden y se abren al universo de las experiencias humanas de cualquier pueblo y de cualquier ser humano.

De esta manera observamos cómo a lo largo de estos ensayos el tema del judaísmo se abre a los problemas de la moral, de la metafísica, de la religión, del mundo moderno y de la política segregacionista. Pero sobre todo queda claro el énfasis crítico en la ontología, la teoría del conocimiento y en general en todo el pensar de la modernidad que ha entronizado el papel del sujeto, como si éste fuera la base y el garante de todo acontecer humano.

Los ensayos de Levinas se desenvuelven en esta crítica en torno al sujeto y ofrecen la posibilidad de otras propuestas, la de señalar que hay una pérdida del *Otro*, y que es necesario plantear

el regreso de la ética como característica originaria del ser humano. En efecto, el pensamiento de Levinas supone que no es la ontología, con el estudio del Ser, la disciplina fundamental y básica para el pensamiento y la acción humanos, sino que es la ética y su reflexión lo que constituye la fuente originaria que, a través del *Otro*, alcanza los rasgos de una humanidad comprensible y pacífica.

Parfraseando e invirtiendo a Heidegger, se podría decir que el gran problema de la filosofía no ha sido el olvido del Ser, sino el olvido del *Otro*. De esta forma, al situarnos en la desventura egológica y etnocéntrica del sujeto y de Occidente se ha olvidado que en la relación del sujeto con su otredad se constituye el devenir histórico y social del ser humano.

Por eso la ética adhiere un sentido trascendental, porque coloca en el mismo escenario al sujeto y al *Otro*, y en un sentido más profundo señala que el sujeto en sí contiene ya, de hecho, al *Otro*, en la medida en que éste experimente un estado de apertura ante la otredad. Así, ser sujeto es también ser pasividad y recepción del *Otro*, y en todo caso la subjetividad sería un producto derivado del encuentro con el *Otro*, que estaría más allá del egoísmo y del interés personal. Es más, la egolatría no sería más explicable sino por la renuncia al *Otro*, al que deja ausente y relegado, pero que no por eso queda también presupuesto antes de todo origen.

El recorrido por los ensayos de Levinas nos da la oportunidad de entender este sentido de responsabilidad y de compromiso del sujeto frente al *Otro*, ya que esta relación de alteridad muestra, en su sentido genuino, una preocupación por los menos favorecidos. Los otros son los desposeídos, los exiliados, los pobres, los marginados y todos aquellos que caben en la imagen del pueblo judío, siempre errante y sufriente. Este compromiso hacia el *Otro* marca la necesidad de responder por la injusticia, el sometimiento y los agravios de una relación de dominio y de poder en lo que se han cifrado el pensamiento y la historia de Occidente. Ciertamente no es un compromiso fácil de llevar, ya que responder por el *Otro*, hacerse cargo de él, reclamar la justicia, implican la renuncia al interés propio o a la satisfacción personal.

No obstante, no habría que pensar que la ética propuesta por Levinas es una teoría más sobre los deberes morales. Al contrario, lejos de encerrarse en una teorización sobre la responsabilidad, la ética de la otredad supone una experiencia concreta, la del Rostro, la de un encuentro directo con la diferencia y la asimetría que constituyen al ser diferente.

En efecto, el Rostro marca una experiencia inmediata de alteridad y, sin embargo, no se refiere únicamente al aspecto visible y físico de unos rasgos faciales que vemos, sino al sentido profundo de *Otro*, que no somos nosotros mismos, y cuya característica es irreductible a nuestro pensar y a nuestro conocimiento. Es una sensibilidad que trasciende al sujeto mismo porque lo coloca en la apertura de una relación asimétrica y diferencial, y no hay manera de agotar en categorías y conceptos racionales al prójimo que nos sale al encuentro en cada paso.

De ser así, la propuesta de Levinas nos advierte que la relación con los otros no podrá darse mediante el conocimiento o una racionalidad científica, porque en el fondo ellos son prácticas de poder y de dominio sobre la diferencia. En tanto el conocimiento sea la actividad que pone al sujeto y a la universalidad del saber, no habrá manera de mantener una relación con lo diferente, con la otredad. El sujeto, encerrado en sus categorías y en sus juicios, no verá más allá del fenómeno presente; lo mismo la idea de un conocimiento universal, que termina aprehendiendo a un objeto de estudio en conceptos genéricos que abstraen toda particularidad y saber concreto. En ambos casos el conocimiento olvida el diálogo y la alteridad con el *Otro* y se convierte en dominio, en

sometimiento, reducción y exclusión. La historia del pensamiento y de los pueblos (no sólo del judío) dan claro ejemplo de que la relación con el *Otro* se ha dado en un sentido de sojuzgación y agravio.

Pese a todo, queda el recurso del lenguaje y de la comunicación, que no es monólogo y solipsismo, sino franco diálogo de interlocutores que se asumen como diferentes y asimétricos. Es cierto que el lenguaje bajo el logocentrismo sufre de imposición y de dominio, lo que lo convierte en ideología y aparato cultural represor; pero en tanto el lenguaje se convierte en diálogo alternante, es un canal ético para el reconocimiento de las diferencias; el lenguaje va más allá de sí mismo. No sólo nombra y enuncia la experiencia directa, sino que desarrolla un decir de lo imposible y lo silente. Para Levinas las huellas de este decir se encuentran en las escrituras sagradas de la Biblia, pero se extienden a la comunicación con todos nuestros semejantes.

Buena parte de la reflexión de Levinas sobre el judaísmo parte de la relación de la escritura con el sentido ético de la responsabilidad, y es que el lenguaje y la ética no son universos alejados uno del otro, sino conectados en el sentido de que nuestras palabras se dirigen al *Otro* y que también nosotros tratamos de comprender, escuchando la palabra de nuestro interlocutor. En este proceso comunicativo está inmersa la responsabilidad y la obligación de responder por nosotros mismos y por el *Otro*.

En efecto, como nos muestra el autor de estos ensayos, este canal de interlocución no significa un pleno diálogo de comunicación transparente. El lenguaje entre dos seres diferentes nos implica la identificación mística de todos los términos. En el comprender del lenguaje está su trascendencia, pues las palabras no se cierran en un solo significado, sino que se abren a la pluralidad de sentidos. De ahí la necesidad de que el diálogo sea un esfuerzo de hermenéutica y de comprensión del *Otro*. Aún cuando la comunicación no fluya como quisiéramos, ahí reside la importancia del lenguaje: en el esfuerzo de nombrar lo imposible, de acercarse al prójimo, a la diferencia que forma acuerdos, al reconocimiento de la diversidad y justicia para el *Otro*.

Los temas que aborda Levinas en sus ensayos sobre el judaísmo serán desarrollados en posteriores textos como *Totalidad e Infinito*, *De otro modo que ser*, *Más allá de la esencia*, tan sólo por nombrar los más conocidos, pero en *Difícil libertad* deja clara la aportación de la tradición judía no sólo en la obra de este autor, sino en la historia de la filosofía de los últimos tiempos. A la cultura occidental, encerrada en sí misma y en su propio logos racional, Levinas opone el sentido de la tradición judía, que desarrolla una manera de existencia ética y preocupación por el *Otro*. Al pensamiento europeo le resulta necesario salir de sí y enfrentarse a otras culturas para entrar en un diálogo que sea fructífero, pero sobre todo para escuchar a quienes pertenecen al mundo de los desplazados y los sometidos, y ello no sólo incluye a los judíos, sino al mundo periférico de América Latina, África y Asia.

Los ensayos y artículos de Levinas una y otra vez llaman al reconocimiento pacífico de la diversidad, a superar la violencia existente como única forma de acceder a un nivel más humano. Con claridad Levinas señala:

La violencia llama a la violencia. Pero es preciso detener esta reacción en cadena. La justicia es así. Esa es, al menos, su misión una vez que el mal fue cometido. La humanidad nace en el hombre a medida que él sabe reducir las ofensas mortales a litigios de orden civil, a medida que castigar se

asimila a reparar lo reparable y a reeducar al malvado. El hombre no necesita sólo de una justicia sin pasión. Necesitamos de una justicia sin verdugo. (p. 165)

Y es precisamente esa justicia sin verdugo la que habría que recordarle a Israel y a Hezbolá, que se debaten en una guerra sin fin. Por eso la lectura de Levinas se vuelve imprescindible en estos días, en que el respeto por el *Otro* se oscurece, y en el que la libertad cada vez se torna más y más difícil.

Carlos HAM JUÁREZ

JASPERS, Karl, *La filosofía*, 2ª. ed en español. México, FCE, 2001, 177 pp. (Breviarios)

En este texto pretendo resaltar la actualidad de Jaspers como filósofo de la comunicación. Con tal propósito me pregunto: ¿cómo explicar la ausencia de comunicación entre los filósofos y las escuelas? Una interrogante abierta es la siguiente: ¿cómo entender los conflictos sociales e intelectuales actuales y su repercusión sobre la destrucción del hombre? La respuesta para Jaspers pasa necesariamente por la concepción de la filosofía que tenemos y la de la historia de la humanidad y la filosofía. Por eso mi planteamiento empezará por ubicar a la filosofía como cuestión de vida que apela a la comunicación. En segundo lugar explicaré en Jaspers la necesidad de la apertura hacia las demás posturas filosóficas y, por último, la concepción jaspersiana de la filosofía como búsqueda de la verdad, antes de precisar algunas aplicaciones posibles sobre América Latina y la importancia que tiene la lectura de este libro.

La vida humana y la ausencia de comunicación

Cuando Karl Jaspers habla de *filosofía*, uno piensa directamente en la obra magistral que publicó el autor en 1948 y que tiene como título *Philosophie*. Sin embargo, *La filosofía* es también un conjunto de doce conferencias radiofónicas que presentó el filósofo un año después, con la intención de difundir sus ideas principales en el público, y de precisarlas en un lenguaje simple y accesible. La razón de ello la da Ramón Xirau: "la filosofía como cuestión de vida".¹ Si es así, la filosofía no es algo exclusivo de los filósofos, sino que debe ser para todos.

Jaspers ubica el pensar filosófico en la vida humana y pretende entenderlo sólo en relación con ella. Esta es la primera ventaja de estas conferencias: la filosofía no es pura especulación. Cuando se la hace sin ninguna referencia a la vida se vuelve inútil y fuera del alcance del hombre.

Para confirmarlo, la vida humana nos presenta siempre una experiencia de diversidad donde lo propio de un filósofo es contestar a la pregunta sobre la existencia, y al mismo tiempo abrirse a otras posibles respuestas de los demás, que poseen la misma experiencia de la vida. La diferencia

¹ Ramón Xirau, *Introducción a la historia de la filosofía*. México, UNAM, 2001, p.10.

de culturas o de ideologías y la singularidad de cada una constituyen para el género humano un enriquecimiento sin límite para la construcción del pensamiento.

Sin embargo, la realidad de estas diferencias, en lugar de ser el crisol del pensamiento, nos presenta el mundo lleno de violencias, de conflictos. Las guerras entre naciones, las animadversiones entre pensadores, la formación de líneas de pensamiento que tienden a la destrucción del Otro. El autoritarismo y demás conflictos son, sin duda, la manifestación de la incomprensión y de la incomunicación entre los hombres.

Además, hoy día la multiplicidad de las concepciones acerca de la filosofía y de los problemas filosóficos, en lugar de constituir la riqueza de la filosofía, ha contribuido a su destrucción y nulidad. Esta situación de destrucción mutua, de incomunicación y de parálisis socio-intelectual es la que constituye el gran descontento de Kart Jaspers, cuando en 1949 se proponía redefinir a la filosofía. Él mismo lo plantea de esta forma: "La fundamental actitud filosófica cuya expresión intelectual he expuesto a ustedes tiene su raíz en el estado de turbación producido por la ausencia de la comunicación auténtica y en la posibilidad de una lucha amorosa que vincule en sus profundidades yo con yo". (p. 26)

Como podemos apreciar, el punto de partida de cada filósofo debe ser para sus reflexiones un estado de turbación. De esta turbación surge la pregunta de investigación, ya que la turbación es la instalación de una confusión o un *malentendido*, para expresarlo en palabras de Wittgenstein. Se trata de un descontento, un desencanto o mejor dicho de una inquietud que despierta al filósofo. Sin esta confusión la filosofía es simplemente imposible. No es por casualidad que Jaspers evoca como ejemplo a autores como Platón, Aristóteles, Descartes y otros más, como los estoicos, para poder ubicar su punto de turbación: el asombro, la incertidumbre y los dolores de la existencia que empujaron a estos autores a buscar la esencia del ser, la certidumbre del conocimiento o la paz del alma. Por esta razón, al expresarse de esta manera, Jaspers nos hace la pregunta del origen de nuestro pensamiento. Si buscamos la sabiduría tenemos que determinar cuál debe ser nuestro estado de desencanto, porque es éste el que determina nuestro pensar. No obstante, en ello, lo que estaríamos haciendo es contribuir a la pregunta sobre la existencia.

Necesidad de la complementariedad

Así, Jaspers se plantea la misma pregunta, pero su respuesta parte del problema de la ausencia de la comunicación entre los sistemas que pretende resolver la pregunta del ser: es conciente de que la lucha entre las escuelas no puede seguir porque es perniciosa en la producción y construcción del pensamiento. Por eso afirma: "En pro de cada una se presenta algo de verdadero, a saber, una intuición y una forma de indagación que enseña a ver algo en el mundo. Pero todas ellas resultan falsas cuando pretenden ser únicas y explicar por su concepción fundamental todo lo que existe". (p. 28)

Cada corriente es necesaria en lo que indaga y encuentra, pero es insuficiente para poder dar sentido a toda la realidad. Ésta es inmensa y necesita la colaboración de todos los rubros de la filosofía. Nadie puede pretender acotar el entendimiento de la realidad en su visión del mundo. Es, en la diversidad y en la complementariedad, donde se puede conseguir esta comunicación auténtica

que anhela Jaspers. Auténtica porque permite vincular el “yo con yo”. Jaspers piensa que la esencia de la filosofía es la coparticipación indisoluble del ser verdad. Por eso la solución a la lucha de las escuelas debe ser la apertura hacia los demás.

El yo, este sujeto, se define y se realiza sólo en presencia de y en relación con los demás. La pura soledad no puede definir al hombre. Le faltaría una parte de él que se realiza sólo en presencia del prójimo. Quizás no sepamos qué es lo que determina nuestra plenitud, porque nunca la podemos alcanzar por nosotros mismos en el aislamiento total. En este sentido, Jaspers percibe que los diferentes orígenes de la filosofía son insuficientes para producir un pensar filosófico si no se subordinan a la comunicación.

Entre las personas ha existido tanto la comunicación como la incomunicación. En su obra *La filosofía*, Jaspers no pretende que sea algo nuevo, sino sólo que sea algo que continúa provocándole este dolor, esta turbación que manifiesta la incapacidad del hombre de entenderse de manera aislada. Por eso puede decir: “Yo sólo existo en compañía del prójimo; solo no soy nada”. (p. 25)

La comunicación y la filosofía como búsqueda

Al cabo de 57 años de publicado el libro, la situación no ha cambiado: los intelectuales y los dirigentes del mundo se han atascado en una lucha encarnizada donde la presencia de diferencias es motivo de persecución. Por eso quise simplemente recordar la actualidad de este pensador alemán, y acercarlo a nosotros cada vez que pensemos y que vivamos. En mi opinión, Jaspers se hace la pregunta sobre el camino real que debe tomar el hombre viviente, el hombre con los demás en el mundo.

Las doce reflexiones que comentamos no son exclusivas del filósofo. Conciernen a todos, aunque quizás más a los que se dedican exclusivamente al pensar filosófico. De hecho, un pequeño vistazo sobre la situación actual nos revela un mundo diverso: mundo de religiones, culturas, ideologías, corrientes filosóficas, progreso científico y técnico, sistemas políticos... Sin embargo, nuestro mundo está simultáneamente lleno de conflictos, de rechazo al otro, de su no reconocimiento e incluso de su destrucción. La invitación de Jaspers apunta a la pregunta sobre el por qué de estos conflictos. Hoy, más que nunca, la filosofía no puede entenderse sin una reflexión sobre la posibilidad de disminuir estos conflictos y manejarlos. Si la filosofía es cuestión de vida, tiene que atender estos problemas, tiene que regresar al hombre, a su comunidad y, sobre todo, a su relación con los demás.

En este regreso al hombre, la concepción filosófica de Jaspers es que nadie puede pretender poseer la verdad sobre la existencia. Cuando aparece un estado de turbación, éste orienta al filósofo hacia la verdad que, no obstante, nadie posee. En este contexto de no posesión de la verdad es en el que se da la posibilidad de este encuentro amoroso entre la verdad y el filósofo, entre los filósofos. No hay posesión porque todos estamos en la búsqueda; según su posición sociopolítica, cultural o geográfica, cada uno indaga y aporta soluciones. Éstas pueden chocar con las soluciones de quienes indagan en direcciones diferentes, y en este choque es en el que la diversidad se convierte en riqueza que necesita de armonización e integración en la búsqueda de una solución global. Lo que encontramos son parcelas de verdad a fin de contribuir a la verdad absoluta. Ninguna

de ellas puede ni debe radicalizarse, porque al hacerlo se estaría restando la contribución de cada aportación.

Por eso la concepción comunicativa de la filosofía se entiende esencialmente como búsqueda y no como posesión de la verdad. A este respecto Jaspers exige la apertura de cada filosofía a las demás para la construcción del gran edificio de la realidad, este presente que no se puede entender sin el pasado y el futuro. La filosofía no es un saber dogmático que se puede enunciar en proposiciones. Es sólo búsqueda. Así afirma Jaspers: "Busca de la verdad, no la posesión de ella, es la esencia de la filosofía [...] Filosofía quiere decir: ir de camino. Sus preguntas son más esenciales que sus respuestas, y cada respuesta se convierte en una nueva pregunta". (p. 12)

La postura que adopta Jaspers es bastante clara. La solución de cada uno puede resultar una dificultad para otro, pero esto permite la constancia de la investigación y la obligación de la comunicación para ir resolviendo y preguntando sin ninguna radicalización.

A modo de conclusión

Así pues, muy simple pero rica de sentido, la postura de Jaspers es fructuosa para los estudios latinoamericanos. Primero, porque permite el reconocimiento de nuestra diversidad social e intelectual, y segundo porque su reflexión repudia la radicalización de posturas de búsqueda y apela a la apertura de ellas. También porque el filosofar en América Latina debe partir del mundo real no sólo por uno mismo, sino también en comunidad. Es, en realidad, un llamado a la unión de fuerzas en la investigación, que debe partir de un desencanto respecto a nuestra propia realidad, sin prescindir por ello de la importancia que tiene la historia de la filosofía.

Sólo en este sentido la lectura de este texto puede ser provechosa para América Latina. En efecto, las doce conferencias ("¿Qué es la filosofía?", "Los orígenes de la filosofía", "Lo circunvalante", "La idea de Dios", "El requerimiento incondicional", "El hombre", "El mundo", "La fe y la ilustración", "La historia de la humanidad", "La independencia del hombre que filosofa", "La vida filosófica" y "La historia de la filosofía"), redactadas en un estilo simple y claro, se refieren a la situación propia de Jaspers, situación marcada por la Segunda Guerra Mundial y la presencia de los nazis en Alemania.

Cuando Jaspers habla de la historia de la filosofía se refiere al transcurso de la filosofía occidental, que se inicia en la antigua Grecia y culmina en el idealismo alemán, después de pasar por la filosofía cristiano-medieval y la filosofía moderna. Pero si bien "la filosofía es en todo tiempo un rasgo esencial del hombre", (p. 141) pensamos que allí donde vive el hombre existe filosofía.

En síntesis, pienso que Jaspers puede constituirse en un gran inspirador para el quehacer comunicativo de la filosofía latinoamericana y fundamentalmente en propulsor de la concepción encantadora de la filosofía como búsqueda de la verdad y no posesión de esta verdad. Por ello, la lectura de este libro es recomendable no sólo para los estudiantes de filosofía, sino también para todos aquellos que se dedican a la investigación filosófica, a la dirección de las comunidades y al manejo de la comunicación.

ETXEBERRIA, Xavier, *Sociedades multiculturales*. Bilbao, Ediciones Mensajeros S.A., 2004, 143 pp.

En la búsqueda de conocimiento teórico sobre los problemas de la diversidad cultural me encontré con el libro *Sociedades multiculturales* de Xavier Etxeberria, cuyo contenido enseña un cambio difícil pero llamativo para satisfacer dicha búsqueda.

El libro, escrito con un orden lógico que podría calificarse de pedagógico, muestra la complejidad de los temas específicos a la multiculturalidad y la interculturalidad. En esa perspectiva presenta de tal manera distintos puntos de vista que un lector inquieto por introducirse en el conocimiento de esta temática, aunque no tenga especialización académica al respecto, encuentra un eje de lectura que incluye numerosas referencias bibliográficas de gran valía para aproximarse a la profundidad del debate sobre los puntos que desarrolla el libro. También incluye como anexo una guía que invita a la reflexión y a la discusión seria, profunda, con referentes teóricos y experiencias sobre estos temas, así como para precisar otros nuevos.

La solidez y el rigor académico del libro se reflejan en el trabajo realizado por Xavier Etxeberria, doctor en Filosofía. El autor, de manera específica y comprometida, aborda los problemas éticos que implican el multiculturalismo y el interculturalismo, particularmente los que giran alrededor de la autonomía individual, la universalidad, los derechos humanos, el derecho de autodeterminación de los pueblos, naciones y etnias, la ciudadanía y el ser cultural, entre otros.

Los temas tratados en *Sociedades multiculturales* tienen relación con la nueva sociedad que queremos, con el *hombre nuevo* que queríamos y queremos construir, con la búsqueda para acercarnos a convertir en realidad las utopías de justicia, libertad, igualdad. En tal sentido, estos temas, que no pueden separarse del factor humano, son muy complicados no sólo y no tanto para el debate, como para realizarlos en actitudes, conductas y hechos, pero no imposibles de llevarlos a cabo, como muestran la historia y la geografía. Ejemplo de ello es que, durante el transcurso del tiempo, los grupos humanos que conforman cada sociedad interactúan entre sí, y con otras sociedades y grupos dentro y fuera de su espacio, y dan lugar de este modo a un proceso de transformación social que incluye valores, intereses y necesidades de los grupos que conforman sociedades pasadas y presentes. En esa perspectiva dejan vestigios de diverso orden que proporcionan nuevas características sociales y culturales, de acuerdo con los nuevos valores, intereses y necesidades que surgen o resurgen en cada sociedad.

El objetivo principal de esta obra, según su autor, es “lograr las clarificaciones y orientaciones necesarias”, y para discutir el tema y enfrentar nuevos retos teóricos divide su libro en tres capítulos que muestran, por un lado, distintas posiciones teóricas confrontadas y, por otro, sus reflexiones personales sobre múltiples aspectos implícitos o supuestos, y sobre sus consecuencias y riesgos.

El primer capítulo trata sobre “los seres (multi) culturales”, donde, a partir del planteamiento de Geertz, Etxeberria considera que “los seres humanos somos constitutivamente multiculturales” por las formas en alto grado particulares de la cultura, aspectos que asimila para lanzar un primer planteamiento que genera diversos puntos de vista.

Anota que diversas discusiones actuales giran en torno al monoculturalismo y a la pluralidad cultural, a la tribalidad del ser humano, a la constatación de diferencias entre grupos culturales y a las identidades colectivas. Sobre este último aspecto Etxeberria hace varias aclaraciones, entre

ellas la que tiene que ver con el cómo se vive en las fronteras bajo la metáfora de la *muralla* o del *punte*, y sobre la aceptación o no de las mismas y sobre el *sinfronterismo*.

Otro tema importante tratado en el libro es el de las relaciones entre grupos culturales, que se definen por complejos procesos de relación y exclusión o por aislamiento, dentro del multiculturalismo o del interculturalismo, así como la conciencia de grupo.

En el mismo capítulo, respecto a la noción y vivencia de la cultura, se plantea en qué consiste la cultura y cómo se la vive, y se advierte sobre varios riesgos vinculados con los enfoques derivados del nacionalismo romántico, tales como “el de *esencialización* de la nación-pueblo-cultura” y los derivados de no plantear, de manera explícita, una referencia transnacional y obligante de los derechos humanos y de los riesgos que derivan del olvido de que “no existen ni culturas *puras*, ni cultura sin tensiones, ni culturas invariables”, y que en su seno se encuentran dinámicas de transformación, contactos interculturales y mestizajes, porque la cultura es una realidad histórica y, por tanto, hay un elemento histórico *procesual* dialéctico, con sus propias contradicciones. Por ello el autor enfatiza algunas consecuencias de la multiculturalidad, como son: la orientación hacia el respeto entre culturas, y lo difícil que resulta la comunicación intercultural en los niveles institucional y simbólico.

Cuando Etxeberria escribe sobre cómo vivir nuestra identidad cultural, se refiere a las formas en que los referentes de esa cultura pueden ser una limitación, y cómo la desbordan con el acercamiento a otras culturas.

Al final del capítulo revisa el tema de las relaciones entre grupos culturales y las relaciones normativas. Entre las primeras distingue la multiculturalidad, la interculturalidad y el mestizaje cultural, así como el dominio y la asimilación; en las segundas explica las características del pluralismo y también, a detalle, algunas propuestas de relación que han querido ser justificadas como xenofobia, *asimilacionismo*, racismo y *racialismo*, y la distinción que se hace entre las dos últimas. Asimismo indica que junto al concepto de multiculturalidad surgen otros como integración, inclusión, acomodación, y las diferencias entre las esferas de lo público y lo privado, en las que se mueven los grupos culturales.

En el capítulo II explica los referentes éticos mas elementales en la relación entre grupos, como la de no discriminación, tolerancia, respeto y pluralismo, y cómo están vinculados con la discusión de los derechos de libertad, derechos del otro y la dignidad del otro. Plantea la diferencia que hay sobre los referentes éticos entre el modelo liberal estricto y el liberal igualitario, y reflexiona sobre un tema que califica de delicado: “discernir cuándo una expresión cultural no es respetable-tolerable porque contradice los derechos humanos”.

De este tema pasa al de la autonomía, en el que establece una diferencia entre este concepto y el de autonomía grupal. Enfatiza que la primera quedó “consignada en las declaraciones de derechos humanos como concreción de la dignidad”. También incluye el marco comunitario de la autonomía individual y advierte del peligro de caer en un *comunitarismo* cerrado, que traiga consigo “conservadurismo del que se centra en reproducir meramente la tradición, en la intolerancia con los disidentes, en la xenofobia con los extraños, en la insolidaridad con los no miembros”. Sobre la autonomía grupal, entre las preguntas que se hace Etxeberria hay una que resulta fundamental: “¿qué dinámicas de autonomía grupal deben exigirse para que, no contradiciendo su justificación, sean respetuosas y potenciadoras de la autonomía individual? Para esta pregunta no hay una sola

respuesta, como el libro lo manifiesta. Además, cuando el autor dilucida la diferencia entre autonomía privada y autonomía pública aparece el tema del reconocimiento, que es esencial para construir la identidad personal y la colectiva. Sobre este punto señala que el multiculturalismo y el interculturalismo deben estar basados en la justa autonomía de cada caso, y en el correcto reconocimiento para evitar la dominación, lo que da lugar al debate sobre el tema de la interlocución, debido a que en la conexión entre el reconocimiento y la relación entre personas y grupos, lo que se reconoce en el fondo es la condición de interlocutor del otro. Así, para potenciar la interculturalidad habría que realizar la interlocución, en un grado altamente eficaz.

Estas reflexiones obligan a cuestionar cómo aplicar la justicia distributiva intracultural e intercultural, que parte de la dimensión material de la igualdad para que los sujetos puedan entrar en relaciones equitativas. En tal sentido, la justicia, relacionada con los derechos sociales, tiene una dimensión transcultural y universal, en la medida en que las necesidades básicas, junto con las correspondientes estructuras políticas, se definen culturalmente. La justicia se presenta como intracultural, por lo tanto plural. Así, resulta esencial diferenciar e interrelacionar la justicia distributiva intercultural y la justicia de la multiculturalidad, aclarando que esta última se realiza cuando se interrelacionan tres momentos: el transcultural, el intracultural y el intercultural. Momentos que se entrelazan con la idea discutible de “suprimir o al menos desdibujar fuertemente la relevancia de las demarcaciones nacionales para la justicia”.

Sobre el tema de los derechos humanos, que hasta el momento se han manejado como referente, al presentarlos como *relativizadores* y protectores de las culturas, en este apartado el autor explica lo que estos derechos tienen de condicionados por las culturas, no sin antes mencionar que la relación entre los derechos humanos y la multiculturalidad es compleja, por lo que es objeto de fuertes discusiones.

Al respecto, discurre sobre la problemática culturalista del universalismo, y de manera específica sobre cómo pueden concretarse los derechos humanos en el marco de la multiculturalidad. Con tal propósito enfatiza la necesidad de “potenciar un auténtico diálogo intercultural”, y propone no considerar la universalidad *de partida* o *de llegada*, sino *de recorrido*, una universalidad abierta a cambios, a nuevos descubrimientos, a la pluralidad, y subraya la advertencia de tener cuidado de “no [...] identificar cultura con expresión cultural dominante de cada cultura, ni grupo cultural con Estado” y de recordar que “las culturas ni son monolíticas ni son estáticas (las expresiones disidentes son también parte de las mismas, y entre ellas suelen encontrarse las más creativas)”. Finalmente para Etxeberria estas reflexiones pueden ayudar a enfrentar lo problemático que resulta decidir, desde los derechos humanos, si la diferencia cultural puede ser aceptable o rechazable.

En el tercero y último capítulo del libro aborda el tema, justamente, de las “sociedades multiculturales actuales”. Al respecto, el autor advierte la polémica que genera responder a la pregunta sobre qué tipo de grupos culturales o colectivos son sujetos, en sentido estricto, de la multiculturalidad de una sociedad. Sobre esta cuestión señala ciertas características que debe cumplir el grupo candidato en la política de la multiculturalidad, y que dan un lugar a una fuerte controversia. La primera se deriva de la respuesta a la pregunta de si el grupo quiere mantener colectivamente la diferencia que lo identifica; sin embargo, para responderla, se tiene la premisa de que el Estado debe proporcionar las condiciones para que los miembros del grupo puedan decidir, a partir de esquemas que no sean de desigualdad o interiorización.

Otra característica sería que los grupos respondan a enfoques antropológicos en la concepción de cultura. Por ejemplo, el grupo humano que tiene características como la lengua propia, instituciones, territorio, historia, costumbres, entre otras, y pide para éstas la protección o presencia pública. Por supuesto que una característica de gran discrepancia consiste en no considerar a los grupos religiosos como candidatos a las políticas de multiculturalidad, aunque el autor subraya que hay que considerar a la religión en las políticas y en las prácticas sociales de la multiculturalidad y la interculturalidad.

Según Etxeberria, los grupos que cumplen estas características son las etnias y las naciones y, por lo tanto, se pasa a la discusión de cómo diferenciarlos en la práctica de englobarlos en la categoría *pueblo* que define Villoro. Etxeberria menciona una tercera categoría para la multiculturalidad: la de colectivo inmigrante, y al agregar a la definición de Villoro, que los “pueblos pueden estar en su territorio o pueden estar en una concentración significativa en el territorio de otros [...]”. Así, los tres tipos de colectivos de la multiculturalidad serían las etnias en sus propios territorios dentro del Estado en que están; las naciones en sus propios territorios dentro del Estado en que están, y los inmigrantes, como etnias o naciones situadas en Estados en los que no están sus territorios propios. Estos colectivos generan tres tipos de sociedades multiculturales: las sociedades con inmigración, las sociedades plurinacionales y las sociedades pos-coloniales. Asimismo destaca la paradoja de la globalización, que consiste en impulsar la supresión del Estado nacional y la uniformidad que a la vez “aviva los procesos de multiculturalidad y éstos se viven decididamente en el marco de los Estados”.

En este capítulo el autor presenta el debate sobre conceptos fundamentales, como los de nación, plurinacionalidad, naciones, como sujetos políticos y las posibilidades del plurinacionalismo, siempre guiados con los referentes éticos para la multiculturalidad.

En cuanto a las *sociedades con inmigración*, de gran importancia para nosotros, porque en la actualidad tienen una estrecha relación con nuestras sociedades latinoamericanas, el autor discute, de entrada, el control sobre la acogida de los inmigrantes extranjeros; el significado de la nacionalidad; el reconocimiento de la nacionalidad, de la ciudadanía, de la nacionalidad local, y señala los riesgos y tensiones que traen consigo estas discusiones.

Finalmente, sobre las *sociedades (post) coloniales* señala que tienen gran importancia histórica en las sociedades latinoamericanas, porque la historia colonial se prolonga en el presente bajo diversas formas más o menos sutiles, y “ha creado una división nosotros-otros específica”, cuyas realidades concretas son muy variadas.

De esa división nosotros-otros “el colectivo más específico de esta multiculturalidad es el *indígena*, que fluctúa según su situación y autoasignación entre la nación y la etnia, pero tiene un añadido específico: el de ser originario, y que, para precisar la definición de grupo indígena, hay que añadir a la descripción la prescripción.

En la caracterización del indígena se encuentran puntos polémicos, como la cantidad de población, el reclamo de derechos diferentes si se consideran etnia, pueblo o nación; el tipo de producción que incluye “sus dimensiones comunitarias y sus relaciones con la naturaleza”. Este último punto “además de rasgo definitorio es referente para generar derechos y deberes en torno al territorio que cabe reclamar como indígena y en torno a la justicia compensatoria histórica”, aspecto que no es fácil, como se muestra en el libro.

Etxeberria diserta sobre los conceptos de territorio y memoria histórica, así como sobre las consecuencias contradictorias que traen consigo, y de aquí parte hacia la discusión sobre los derechos de los pueblos indígenas en el marco de la multiculturalidad, como el derecho al territorio, el derecho a la cultura indígena (plurilingüismo, pluralismo jurídico y pluralismo en los modelos de desarrollo) y la libre determinación. No cuestiona las fronteras de los Estados existentes, aspecto que para su discusión debe tomar en cuenta la circunstancia concreta de cada pueblo. En el ámbito de los derechos y los deberes, el autor no puede omitir la referencia al “problema de la legislación que se mantiene en el nivel principal y no se desarrolla en leyes más directamente aplicables”.

En relación con la expansión del movimiento indígena y la importancia adquirida en la actual discusión sobre el desarrollo social de los países, el autor nos recuerda que en la década de 1960, después de una historia de luchas, se inicia un movimiento indígena “queriendo situarse en el marco de los derechos humanos, [y que acabó] por constituir a los pueblos indígenas en sujetos políticos en el interior de sus estados y en el marco de la comunidad internacional”.

En el libro sólo se delinear las causas de este proceso, como son: el fracaso del desarrollo, la modernización y el progreso que los desvaloriza, así como su exclusión a la hora de precisar la cultura nacional, aunque nos remite a fuentes que las desarrollan con más profundidad.

Al final de la lectura del libro se percibe la necesidad del autor de por lo menos mencionar temas que se consideran retos y obstáculos a vencer, y sobre los que invita a reflexionar. Uno de ellos es el diálogo, y su importancia por fomentarlo para alcanzar el interculturalismo. Dice que se debe fomentar el diálogo entre pueblos indígenas, entre pueblos indígenas con no indígenas, y entre pueblos no indígenas. Para Etxeberria, éste último es el más controvertido, pero a la vez fundamental, para “avanzar prácticamente hacia esos derechos humanos a la vez universales e interculturales [...] en las dimensiones local, estatal e internacional”, así como en múltiples campos: jurídico, etnológico, educativo, médico, de la espiritualidad, de la relación entre individuos y comunidad, etc.”, y en el camino a la interculturalidad.

Finalmente, el autor no deja de considerar el enfrentamiento a múltiples obstáculos, como la tentación indígena a “reivindicar fundamentalista y ensoñadoramente su identidad”, y la tentación no indígena de “reafirmar su poder incluso instrumentalizando los derechos humanos”.

Al cerrar la última página de *Sociedades multiculturales* de Xavier Etxeberria, uno se queda con el interés de ahondar en el conocimiento de los temas que trata, de las realidades concretas que el libro plantea; de compartir estas ideas y discutir las, pero, sobre todo, se queda el lector consciente de la necesidad imperante de tener la preparación para participar en la elaboración teórica, que permita a su vez la elaboración de propuestas para la construcción de sociedades multiculturales con desarrollo social.

María de los Ángeles PENSADO LEGLISE

WALLERSTEIN, Immanuel, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*. México, Siglo XXI, 1998, 104 pp.

“¿Utopías? ¿utopística? ¿Se trata de un juego de palabras? No lo creo. Utopía, como todos sabemos, es una palabra acuñada por Tomás Moro y significa literalmente ‘ninguna parte’. El verdadero problema con todas las utopías no es sólo que no han existido en ninguna parte hasta el momento, sino que parecen sueños celestiales que nunca podrán hacerse realidad en la Tierra”.

Así comienza el texto de Emmanuel Wallerstein y termina ese primer párrafo afirmando “lo último que necesitamos son más visiones utopísticas”.

He aquí un problema de lengua. Para quienes la lengua materna es el español, la palabra utopía va cambiando de significado con los años. Como sucede con el lenguaje. Nadie afirma la utopía de Tomás Moro, pero las necesidades de cada sociedad, de cada grupo y cada ser humano cuentan con la utopía como horizonte de deseo, de posibilidades.

Resulta interesante que quienes niegan la utopía hacen gala de un realismo político que linda con las posiciones reaccionarias. Aceptar lo que tenemos. No es la posición de Wallerstein, pero él propone finalmente que se trata de la “evaluación seria de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos”, y continúa: “es la evaluación sobria [¿] racional y realista de los sistemas sociales humanos y sus limitaciones, así como de los ámbitos abiertos a la creatividad humana. No es el rostro de un futuro perfecto [e inevitable,] sino el futuro alternativo desde el punto de vista histórico. Es por lo tanto un ejercicio simultáneo en los ámbitos de la ciencia, la política y la moralidad”.

Pensamos que la palabra utopía reconoce, entre nosotros, estas características ligadas a la creatividad, a la audacia e imaginación humanas, y así la utilizamos, con su carga de entusiasmo y de proyecto.

Señalé con un interrogante la palabra sobria porque no le encuentro paralelo lógico o referente cercano para una evaluación racional, pero todo estudio científico goza de una evaluación racional de los modos de vida de la sociedad. Claro está que un dato inevitable en esta exposición es la defensa de la idea de *sistema mundial* que hace el autor y que describe cómo reforzar las disciplinas, la integración e interrelación.

La noción de sistema que desarrolla en varios de los libros ya publicados figura también en este fascículo, y cobija la concepción *racional* de la evolución de las sociedades.

Esto es lo que queremos decir con sistema. Un sistema tiene mecanismos que tratan de reinstaurar el equilibrio, y han tenido éxito. Es por eso que a largo plazo la revolución francesa y rusa podrían percibirse como “fracasos”. Ciertamente lograron menos en cuanto a transformación social de lo que sus partidarios esperaban. Pero cuando los sistemas se alejan mucho del equilibrio, cuando se bifurcan, las pequeñas fluctuaciones pueden tener efectos serios. Esta es una de las razones principales por las que el resultado es tan impredecible. No podemos siquiera imaginar la multitud de pequeños detalles que tendrán impacto crucial. (p. 63)

En definitiva, siguiendo el marco conceptual griego: “si los sistemas funcionan normalmente el determinismo estructural pesa más que el libre albedrío individual y colectivo. Pero en tiempos de crisis y transición el factor del libre albedrío se vuelve fundamental”.

Afirma el autor que “el mundo del 2050 será lo que hagamos de él”. Lo que nos deja libertad para comprometer y ejercer nuestro juicio moral, y la lucha que nos espera será terrible. ¿Cuán terrible es una lucha en las condiciones señaladas?

Aquí entra el factor predicción. Mucha racionalidad pero por qué no predecir. Pregunta el autor: “¿Qué tipo de mundo realmente deseamos y por qué medio o camino tenemos más probabilidades de llegar a él?” La *utopística* es la respuesta para la primera pregunta:

[...] la evaluación sería de las alternativas históricas, del ejercicio de nuestro juicio en lo que toca a la racionalidad fundamental de posibles sistemas históricos alternativos. Y la segunda pregunta se ha hecho en términos de la inevitabilidad del progreso, y yo deseo presentarla en términos de fin de la certeza, la posibilidad pero también la no ineludibilidad del progreso. (p. 65)

Porque la propuesta de Wallerstein no es una utopía sino rutas para una racionalidad material mayor. Entonces los deseos del autor apuntan a la reducción de desigualdades que requerirá mucho trabajo colectivo, pero “no obstante sería intrínsecamente posible idear un mundo social en [el] que las discriminaciones lleguen cuando mucho a ser menores, en lugar de continuar siendo fundamentales para la operación del sistema histórico como los son hoy”. (pp. 78-79)

Pero así *discriminadas* las discriminaciones aparecen como un fatalismo de cualquier orden histórico, divino, estadístico, político. Entonces se impone la pregunta, una pregunta que viene a salvar la situación de la fatalidad: “¿qué está por llegar?, ¿tendremos entonces una sociedad sin clases?”

Una vez más una pregunta salta de la racionalidad a la necesidad de predecir. Muchas más preguntas y respuestas propone el autor para la reflexión. Una más que en la búsqueda de la racionalidad weberiana, racionalidad fundamental para la buena sociedad o “para una sociedad mejor”, es la “creatividad humana”. (p. 82) Entonces conviene el autor la referencia a los sistemas complejos que se organizan a sí mismos y que repetidamente inventan nuevas fórmulas, nuevas soluciones para los problemas existentes. Es la creatividad que está acotada por el sistema, por lo que la noción también nace *discriminada*.

Lo que funciona no es “necesariamente bueno desde el punto de vista moral”. Pero entonces discierne el autor “¿cómo podemos hacer en los próximos 25 a 55 años para alcanzar un sistema histórico y social materialmente más racional?”

Es interesante que el razonamiento vuelva a presentar las pautas de un sistema en el que prevalece el privilegio o avanza en la dirección opuesta por primera vez en la historia conocida de la humanidad. Es difícil no percibir que discernir dentro de un sistema es relativamente fácil y fatalmente redundante. Pero para el autor las posibilidades de elaborar tendencias se presenta en la estrangulación de las mismas. “Yo sostendría que la reacción pública ya se está mostrando y es muy visible y que oiremos cada vez menos argumentos neoliberales a medida que avanzamos el siglo xxi”. ¿Pero cómo hará el bando de los privilegiados? El autor opina “que debe tender una peligrosa cuerda floja, dar suficientes explicaciones a favor para congregarse a sus partidarios pero no tantas como para sostener la evidencia y los motivos de fiera oposición del otro bando. No será fácil, y éste es otro elemento absolutamente imposible de prever con detalle”. (pp. 87-88)

El periodo de transición de la estructura de los sistemas parece ser el más interesante, pero es impredecible, ya que de predecir se trata, y está particularmente sujeto a aportaciones indivi-

duales y de grupo “lo que yo he llamado el factor del aumento del libre albedrío”. Esta oportunidad “nos exige reconstruir la estructura del conocimiento para entender la naturaleza de la crisis estructural y nuestras opciones históricas para el siglo xxi”.

Entender nuestras opciones parece ser la tarea anterior a la participación en la batalla “sin ninguna garantía de ganarla”, y esto es crucial para el autor porque “las ilusiones solo engendran desilusiones con lo que se vuelven despolitizantes”.

¿Para quién o quienes? Valdría reducir tanta cantidad de implícitos propios al pensamiento neoliberal.

De nueva cuenta, lejos de la racionalidad encontramos no solo la necesidad de predecir, sino también la de *ganar*, y como las palabras dicen lo que dicen, ¿qué querrá decir ganar? En esta tarea del conocimiento, predecir y ganar parecen herramientas de otros menesteres.

El autor finaliza el texto persuadiendo al lector que su análisis no es optimista ni pesimista, porque no predice y no puede predecir si el resultado será mejor o peor. Sin embargo es realista cuando estimula las discusiones sobre los tipos de estructuras que mejor nos pueden servir, y los tipos de estrategias que nos pueden impulsar. Este pensamiento de Immanuel Wallerstein se continúa en dos obras publicadas también por Siglo xxi: *Impensar las ciencias sociales* (1998) y *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción* (2005).

Ana GOUTMAN

WALLERSTEIN, Immanuel, *La decadencia del poder estadounidense*. México, Era, 2005, 266 pp.

Este libro contiene reflexiones sobre la decadencia de Estados Unidos en el mundo actual, y temas tan variados e importantes como los problemas de la izquierda, el racismo, la democracia, el terrorismo, las religiones. En él el autor da cuenta de la situación del sistema-mundo, de la historia pasada y reciente de Estados Unidos y de la vinculación de Estados Unidos con el sistema-mundo.

Algunos de los trabajos de este texto fueron escritos antes del 11 de septiembre de 2001 y otros después. En todos ellos la reflexión sobre lo que él llama “la primera gran crisis del sistema-mundo en 500 años” está presente con diferentes intensidades y matices.

Wallerstein argumenta que es real la decadencia de Estados Unidos en un mundo caótico. No deja de insistir en la importancia del imperativo de los ciudadanos de ese país de unirse a otras personas en la construcción y reconstrucción de un mundo en el que puedan vivir. Sería ésta la versión de un mundo en el que quepan todos los mundos que ha creado la cultura zapatista, desde la perspectiva de un científico social, como el autor se reivindica, además de ser ciudadano estadounidense y del mundo.

No descuida la ocasión para señalar el sentimiento antiestadounidense que se ha apoderado de una buena parte de la opinión mundial a partir de 1945. Considera que ha contribuido a este sentir la actitud mantenida por los representantes del Imperio que han mirado siempre a los demás como los *otros*, con desprecio y miedo. Esto ha persistido en prácticamente todas las posiciones adoptadas por Washington, que van del aislacionismo al expansionismo.

Asimismo, observa a Estados Unidos como una potencia que acaba de despertar de un sueño, que más bien fue una ilusión. Esta ilusión se explica debido a que en la década de 1990, el país del norte creía haber llegado a la cúspide del dominio mundial: “Alta productividad, un mercado de valores en expansión, bajo desempleo, baja inflación y liquidación de una enorme deuda pública, creando un excedente notable”. (p. 11) Según el autor, esto era una burbuja artificial que no tardó en romperse.

Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 no fueron la causa de las dificultades económicas de Estados Unidos, sino un factor que las exacerbó. Wallerstein explica que el mundo ha conocido desde la década anterior problemas de estancamiento, mismos que en ocasiones han sido ocultados por la transferencia de pérdidas entre los grandes centros de poder económico. De esta manera, los años setentas del siglo pasado fueron los del esplendor de la economía de Europa occidental. Luego la égida correspondió a Japón en la siguiente década, y para la década de 1990 Estados Unidos se vio beneficiado por este traspaso. Todo iba en una dirección que mostraba hasta hace poco a los países asiáticos orientales y a los cuatro dragones —Corea, Taiwán, Singapur y Hong Kong— como imbatibles, hasta que la crisis llegó, agravada por las intervenciones del Fondo Monetario Internacional (FMI).

El efecto 11 de septiembre ha tenido otros efectos en los grupos dirigentes estadounidenses. A partir de las reflexiones del autor, se observa cierto providencialismo. Se exagera la situación, se construye un auge ficticio, y hoy la elite del segundo Bush ya “desprecia a los macgoverianos e incluso a los viejos bushistas” (p. 16). Cierta optimismo oficial que se corresponde con el pesimismo de la izquierda mundial, según el autor.

En consecuencia, la consigna de los nuevos halcones del poder estadounidense es: “vámonos de frente y a toda velocidad”, en un afán de transferir políticamente al futuro un gran revés. Esto se puede explicar a partir de una lógica de lo que denomina “militarismo machista”, que pretende compensar los magros resultados económicos con una política particularmente agresiva. A partir del modelo referencial del sistema-mundo contemporáneo renueva su visión de Napoleón Bonaparte, para afirmar que la política de expansión imperial ha colapsado por una falta de soporte financiero. Arriba a 1991, en ocasión de la Primera Guerra del Golfo Pérsico, que en su desenlace demostró la incapacidad de Estados Unidos para dar este soporte que fue solventado por Arabia Saudita, Kuwait, Japón y Alemania.

Ya sobre el entorno de los atentados a las torres gemelas afirma que “Estados Unidos se ha desvanecido como potencia global desde la década de 1960, y su respuesta a los ataques terroristas ha acelerado ese desvanecimiento” (p. 21). Haciendo un poco de historia, el autor describe cómo accedió Estados Unidos a la cima del poder mundial. Considera que el periodo transcurrido durante y entre las dos guerras mundiales del siglo xx no es sino una larga guerra entre ese país y Alemania por la hegemonía mundial.

Lleva su análisis al gran acuerdo de Yalta, que marcó lo que denomina “un equilibrio del terror”, que derivó en la Guerra Fría, con el protagonismo de la Unión Soviética y Estados Unidos.

El acuerdo era delimitar las esferas de dominio: que las dos grandes potencias exacerbaban su propaganda pero no derivar en acciones militares. Según Wallerstein, este equilibrio no fue asumido de igual forma por todos los países, por lo que estallaron conflictos en ambas esferas de influencia. Destacan Alemania del Este en 1948-1949, Corea en 1950-1953, y la crisis de los misiles

de Cuba en 1962. Estas confrontaciones, entre otras, llevan al autor a hacer una comparación de las potencias con un boxeador que recibe fuertes golpes de su contrincante en el estómago, pero continúa en la pelea.

Wallerstein afirma que la pasividad no se extendió a la esfera de la economía. Estados Unidos aprovechó el empuje de la Guerra Fría para impulsar sendos intentos de reconstrucción y activación económica en Europa, Japón, Corea y Taiwán. (p. 23)

La intensa propaganda anticomunista desplegada por Estados Unidos, posterior a 1945, es definida por el autor como respuesta al crecimiento de la ideología comunista que conoció su mayor esplendor por esos años. Esto se testimonia por el crecimiento de los partidos comunistas en elecciones libres celebradas en Bélgica, Francia, Italia, Checoslovaquia y Finlandia. En otras latitudes, como en Vietnam, India, Japón y toda América Latina hubo un crecimiento exponencial de los partidos comunistas. Asimismo, creció en China, Grecia e Irán, a pesar de las condiciones adversas.

El autor sostiene la siguiente hipótesis: “el éxito de Estados Unidos como poder hegemónico en la etapa de la posguerra creó las condiciones del deceso hegemónico de la nación”. (p. 24) Esta contradicción es simbolizada por la derrota en Vietnam, las revoluciones de 1968, la caída del Muro de Berlín de 1989, y los ataques terroristas de 2001. En sus propias palabras, Estados Unidos es hoy “Una superpotencia solitaria que carece de verdadero poder, un dirigente mundial a quien nadie sigue ni respeta, y una nación peligrosamente a la deriva en medio de un caos global que no puede controlar”. (p. 24)

A juicio del autor de esta reseña, la aseveración anterior está muy poco matizada, ya que eventos como la Cumbre de Mar del Plata, si bien es cierto que forjó un bloque contra las expectativas hegemónicas de Estados Unidos, mediante el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), también se percibió una cierta condescendencia de varios gobiernos latinoamericanos con las propuestas estadounidenses. Esto, a escala americana.

La ruptura del multilateralismo en los sucesos de Irak de hace tres años demostraron respuestas puntuales de diversas potencias, pero finalmente un aval de éstas a la intervención.

En todo caso es interesante la información vertida por el autor sobre el declive estadounidense que comienza en la época de la guerra de Vietnam con el agotamiento de las reservas de ese país.

No obstante, Estados Unidos procura, según el autor, una respuesta a su crisis de dominación mediante una activa injerencia en el Foro de Davos. En ese sentido, cumple un papel destacado el Fondo Monetario Internacional, con fuerte presencia estadounidense: “El FMI proporcionó un club a los ministros de finanzas y miembros de los bancos centrales”, como una forma de presión estadounidense para formar la Organización Mundial de Comercio.

La crisis de dominación mundial estadounidense tiene múltiples expresiones. Entre ellas destaca la pérdida de influencia en Europa. Este continente ha dado pasos importantes hacia la unificación mediante el euro. En palabras del autor, esta moneda es el soporte financiero que permite a Europa alejarse de los vínculos políticos con Estados Unidos. A futuro prevé un ejército europeo que logre la separación militar de Estados Unidos. Esta situación tiene su antecedente en la pobre participación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el último conflicto de los Balcanes.

Como se ha afirmado, la periodicidad de las crisis es cada vez mayor. Al respecto Wallerstein sostiene: “El mundo contiene la respiración en espera de que le toque el golpe a Estados Unidos.

Cuando esto suceda habremos ingresado a la última subfase de esta fase B del ciclo Kondratieff". (p. 59) Cabe destacar que ésta sería la última subfase del periodo de decrecimiento. El autor augura una bifurcación de opciones, además de la incertidumbre en torno al camino que tomaría Estados Unidos y el mundo general, en ese momento.

En otras partes de su libro Wallerstein aborda el problema de los movimientos antisistémicos que habrían de alterar el equilibrio de Yalta. Entre ellos el autor destaca las revoluciones de 1968 como una forma de rechazo a las tradiciones de la vieja izquierda, entendida ésta como la socialdemocracia y los partidos comunistas, además de la democracia del *new deal* en Estados Unidos.

Las consecuencias de 1968, entre otras, son, para el autor, el declive del liberalismo centralista que coopta a radicales y conservadores, que venía pisando fuerte desde 1848. Otras consecuencias las podemos definir como el derrumbe del desarrollismo al que iban a seguir otro tipo de declives. Quizá el más importante es el del socialismo real, que conlleva al decaimiento de su fuerza antagónica: el liberalismo.

En otros apartados Wallerstein esboza los problemas contemporáneos del llamado sistema-mundo. En primera instancia define al actual modelo como de "fábricas en fuga" debido al traslado de los centros productivos de las zonas de altos a bajos salarios. Esta situación está vinculada a las migraciones del campo a la ciudad, que constituyen, según el autor, un factor para el abaratamiento de la mano de obra.

Wallerstein sostiene que la *desruralización* del mundo expresa una tendencia ascendente, (p. 62) por lo mismo, las posibilidades a futuro mediato de encontrar nichos de bajo salario se van a reducir.

Otro de los problemas que enfrenta el capitalismo como sistema es la dificultad para exteriorizar los costos. Esto es una forma un tanto elegante de señalar los ahorros de las empresas vía el drenaje de desperdicios tóxicos. Este fenómeno ha dado lugar a un creciente movimiento ecologista. Derivado de lo anterior, el autor comenta el manejo de estos costos. Por presión social, se les puede canalizar a la carga impositiva, o la vía podría ser la disminución de la ganancia.

Un problema que observa el autor es con respecto al Estado. Al respecto, indica un cambio importante de percepción: "Las masas del mundo, tras haber visto a los Estados como agentes de transformación han vuelto ahora a su escepticismo más fundamental sobre la capacidad de los Estados para promover la transformación o incluso para mantener el orden social". (p. 66) La anterior situación deriva en un percepción *antiestatista* altamente creciente. La otra cara es la de los privilegiados que van a hacer todo lo posible por no perder sus privilegios: "En un sistema-mundo que se desploma debido a que se han agotado sus posibilidades de ajuste estructural, quienes detentan el poder y los privilegios no se van a quedar sin hacer nada. Se organizarán para sustituir el actual sistema-mundo con otro igual de jerárquico y por desigual, si bien basado en principios diferentes". (p. 93)

Ante ello, las fuerzas del progresismo deben dar nuevas dimensiones a la democracia. No se puede entender ésta sin la lucha contra el racismo, que el autor observa como un fenómeno indivisible. (p. 95) En otras palabras, el autor señala que no puede haber racismos buenos o malos, sino racismos.

Wallerstein plantea una serie de enfoques para desterrar formas de ver el mundo de manera exclusivista y excluyente. Vinculado a ello considera que las perspectivas del choque de civilizaciones y religiones contribuyen a la creación de demonios particulares. En este entorno cita a

Edward Zaid, quien afirma que el orientalismo es una falsa construcción erigida en Occidente por motivos ideológicos, la cual busca efectos penetrantes y perniciosos. (p. 98)

Al respecto, aboga por un diálogo genuino o multidialógico entre sujetos diferentes, en los más variados sentidos, entre los que se incluye el religioso. Piensa que lo determinante es distinguir entre aquellos que buscan establecer o restablecer un orden mundial jerárquico y aquellos que intentan construir un orden “lo más democrático e igualitario posible”. (p. 115)

Alerta sobre las trampas de lo que se puede denominar un universalismo excluyente muy vinculado a personajes como Samuel Huntington, desde nuestra perspectiva. Este tipo de universalismo, según el autor, es utilizado para destruir o para oprimir. La respuesta que encuentran en la gente es el refugio en los particularismos.

Muy acorde con nuestro tiempo y geografía el autor hace referencia a otro tipo de particularismos, el de los *snoobs*, que se enorgullecen de su “alta cultura” y denuncian la “vulgaridad de las masas”. (p. 129)

Según Wallerstein, el mundo actual exige un gran esfuerzo de los científicos sociales para crear nuevas categorías. Considera que las existentes de alguna manera han maniatado el análisis. En consonancia con ello, propone reconocer la existencia de temporalidades múltiples, así como de universalismos y particularismos del mismo sentido. (p. 136)

Reconoce la polisemia histórica de la democracia y arriba a la necesidad de una democracia de nuestros tiempos. Los motivos que provocan quejas con respecto a la democracia liberal y que establecen prioridades son las luchas democráticas contra la corrupción, sobre las desigualdades materiales y sobre la “inclusividad inadecuada de la democracia”. (p. 141)

Sobre la corrupción, el autor abunda. Establece que cuando se viola alguna norma central se puede llegar a desencantos. De manera crítica esgrime los resultados de los movimientos de 1968. Entre ellos destaca el rechazo a la teoría del progreso inevitable e irreversible de los movimientos de izquierda.

Las afirmaciones de Wallerstein conducen a la reflexión sobre los retos que enfrenta la izquierda y el progresismo mundiales. Éstos parten de tres factores: tras quinientos años, el sistema-mundo capitalista se encuentra, por primera vez, en crisis; el resultado es incierto y el cambio podría ser en sentido progresista. Las estrategias de la izquierda encaminadas a la transformación han quedado destruidas, y lo que priva es la incertidumbre y, en general, la debilidad. (p. 205). Hay aspectos que han sido totalmente superados, como la confianza en la linealidad creciente de la historia.

Por otro lado, el autor afirma que ha entrado en crisis y ha fracasado la estrategia de “los dos pasos”, que consiste en conquistar el poder del Estado para después transformar el mundo.

Para el futuro, el autor define una serie de líneas: fortalecer el frente amplio. Como ya se había establecido, que la bandera del antirracismo sea sustantiva de la democratización, y que se impulsen estrategias de unificación, como las provenientes del Foro Social Mundial. Asimismo, le otorga una importancia relativa a los procesos electorales como estrategia defensiva.

En conclusión, considera que “la base de la participación es un objetivo común, la lucha en contra de los males sociales que son consecuencia del neoliberalismo y el respeto común a las prioridades inmediatas de cada quien”. (p. 245)

José Juan TABLADA, *Obras completas. En el país del sol*, t. VIII. Ed. crítica, pról. y notas de Jorge Ruedas de la Serna. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 2006, 294 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 126)

Desde 1971 el Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México comenzó a publicar las obras completas de José Juan Tablada (1871-1945). *En el país del sol* es el volumen VIII de las obras del escritor mexicano.

En el país del sol está compuesto de crónicas y artículos que primero fueron publicados en la *Revista Moderna* durante 1900 y 1901. Esos artículos y crónicas, veintiuno en total, versan sobre el viaje del poeta a Japón y también sobre aspectos culturales de ese país. Todos más tarde fueron reunidos en un solo volumen por D. Appleton y Cía, y publicados bajo ese título, *En el país del sol*, en Nueva York y Londres en 1919.

Antes de la presente edición de la Universidad Nacional Autónoma de México, el público lector tenía dos opciones: hacer una extenuante labor de exhumación al rastrear las crónicas de manera individual en la *Revista Moderna* o valerse de la edición publicada en 1919 en Londres y Nueva York. Jorge Ruedas de la Serna, responsable de esta última edición de la UNAM, señala con lucidez en el prólogo:

El texto [de 1919] está contaminado de múltiples erratas, debidas a que presumiblemente el editor norteamericano desconocía la lengua española. Las erratas, primero, obedecen a la premura con que fue impresa la obra, como si hubiese sido dictada a la hora de su composición en el linotipo, pues hay faltas elementales de ortografía, que son fácilmente detectables a primera vista sobre todo en la acentuación, pero eventualmente también en el uso incorrecto de algunas consonantes. (p. 58)

Aquí es necesario enfatizar que José Juan Tablada no se tomaba la edición de sus libros a la ligera. Basta una hojeada a los dibujos de sus libros *Un día* (1919), *Li-Po y otros poemas* (1920) y *El jarro de flores* (1922) para comprobar este hecho, porque cada texto fue delineado e iluminado por el propio autor. De igual manera las ilustraciones que acompañan su poemario *La feria (Poemas mexicanos)*, editado en 1928, que produjeron Miguel Covarrubias, M. Santoyo y George Pop Hart subrayan cuán importante era para Tablada hacer llegar al lector textos de un alto valor estético y literario. Por lo tanto, lo primero que resalta al hojear la presente edición de la UNAM son las fotos e ilustraciones que originalmente acompañaron las crónicas de la *Revista Moderna*.

La crónica titulada "Hacia el país el sol. Sitios, impresiones, episodios" (p. 65) fue ilustrada por Julio Ruelas. Aquí es claro que el artista quiso dibujar, a la manera de Hiroshigue, el pintor japonés que tanto admiró Tablada.¹ Se aprecia un gran barco de altísimas velas que se acerca a la tierra. En la orilla se ven unas chozas y a un japonés que observa la marea. En medio de la ilustración aparece un retrato (acaso de Tablada) y en lo alto se ve el cielo tapizado de nubes. En el dibujo hay una fusión de técnica oriental y estética occidental. Es decir, los trazos simétricos se asemejan a la téc-

¹ Véase el cuarto capítulo de mi *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano*. Lafayette, Purdue University Press, 2004, donde estudio con detalle el acercamiento de Tablada a ese pintor japonés.

nica tan comúnmente usada por los artistas orientales, mientras que la falta de espacio en el cuadro confirma la tradición occidental.

Las crónicas “En el país del sol. Un entierro en Japón” (p. 109) y “En el país del sol. Cha-No-Yu” [La ceremonia del té] (p. 127) van acompañadas de fotos cuya temática obedece al título de cada crónica. Pero lo más interesante son las ilustraciones de Tablada. El dibujo de “Alborada japonesa” (p. 77) no está firmado por el autor, pero si lo comparamos con las demás ilustraciones es fácil comprobar que fue producido por él mismo. En el fondo un sol radiante ocupa más de la mitad del cuadro. En medio de éste figura un ave en movimiento. Parece ser una garza que está a punto de aterrizar en una mata de bambú. Debajo del ave y entre el bambú aparece la frase “En el país del sol”. Al igual que Julio Ruelas, Tablada trata de fusionar la técnica oriental y estética occidental. Eso sobre todo se hace evidente por la forma en que está pintada la mata del bambú. También llama la atención el dibujo de la crónica “At Home” (p. 81). Es un dibujo trazado de manera vertical, a la manera de un pergamino oriental. Está firmado por el autor, ya que en el ángulo inferior derecho se lee la inscripción “JRT” dentro de un círculo, como si hubiera utilizado un sello de tinta roja, tal como lo hacen los artistas orientales (y la gente en general), para autenticar una obra o un documento. El dibujo muestra dos garzas inclinadas que se deleitan al ver la tierra cubierta de secuelas de matas de bambú y de agujas de pino. En el fondo se aprecian las hojas de bambú que caen cual persiana veraniega y evocan una sensación de frescura.

Una de las particularidades de este dibujo es la preferencia que se le da al espacio en blanco. Aunque la naturaleza y las garzas ocupan un poco más de la mitad del cuadro, es precisamente el espacio en blanco lo que hace que esta obra parezca elaborada por un artista oriental.

En la crónica “En el país del sol. Un Matzuri” (p. 119) Tablada va un paso más allá. Esta vez el dibujo abarca toda la superficie del cuadro y nos presenta una escena japonesa digna de admiración.

Ya he anotado que la simetría y el uso del espacio le dan a los dibujos de Ruelas y de Tablada una suerte de aire oriental, por la fusión de elementos tanto occidentales como orientales. Pues bien, en este caso Tablada presenta “Un Matzuri” (un festival), y lo que llama la atención es el detalle con el que está trazado el templo que ocupa más de la mitad del cuadro. Cinco faroles cuelgan afuera del templo y en cada uno de ellos está inscrita una de las siguientes palabras en este orden: “En el país del sol”. Es curioso que el número de palabras obedezca a un número de suerte en Japón. Porque el cinco es considerado de buena suerte, mientras que el seis es de mala suerte. Por esa razón las vajillas y cualquier juego de objetos que se compra vienen en juegos de cinco y no de seis, como ocurre en Occidente.

Pero volviendo al cuadro, frente al templo están dos japonesas que se saludan a su manera, inclinándose. Están vestidas con kimonos y cuidadosamente peinadas. Los kimonos están muy bien detallados con diversas flores y ambos llevan sus respectivos cinturones (*obi*). Sucede lo mismo con las sandalias (*tabi*) que calzan, que no pudieron haber sido presentadas con más precisión. Y no podía faltar la naturaleza: a la izquierda del cuadro se aprecia un pino y debajo de éste el sello de Tablada.

En fin, los dibujos originales que acompañan la nueva edición son una verdadera aportación, ya que de ese modo el lector podrá apreciar la producción pictórica del escritor.

Esta edición de *En el país del sol* contiene un amplio y detallado prólogo en el que Ruelas de la Serna explica con agudeza crítica el contexto de las crónicas escritas por Tablada. Todos los

artículos y crónicas fueron estudiados a profundidad. De hecho, brinda extensas explicaciones en las notas al pie de página, en las que se documentan vocablos japoneses, nombres de personajes históricos, nombres de lugares y una serie de detalles que desembrollan las dudas más oscuras que el lector pueda llegar a tener.

En el apéndice se han incorporado textos que no fueron parte de la edición de 1919, pero que se publicaron en la serie “En el país del sol” de la *Revista Moderna*, en 1900 y 1901. Por último, y aparte de la extensa bibliohemerografía, el libro tiene incorporado un glosario de palabras japonesas (en cursivas y en el alfabeto japonés) utilizadas por José Juan Tablada. Este glosario fue elaborado por la estudiosa Seiko Ota de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto.

En el prólogo Ruedas de la Serna explica la problemática social que hacía casi imposible emprender un viaje a Japón en aquella época finisecular. Además, esboza en los diferentes diarios de la época: *El Correo Español*, *El Diario del Hogar*, *El Diario de México*, *El Mundo Ilustrado*, *El Nacional*, *El Popular*, *El Tiempo*, *El Universal* y *La Voz de México*, para darnos un panorama más completo del contexto en que se escribieron esas crónicas. El crítico también nos da cuenta de las lecturas que emprendió el escritor, y de los autores que lo apasionaron: Chamberlain, Goncourt, Hearn, Hepburn, Loti, Regamey y otros más.

Además, la crítica de los contemporáneos de Tablada es presentada sin discriminación. El libro permite leer lo que sus amigos (o enemigos) como Enrique C. Creel, Rubén M. Campos, Federico Gamboa, Jesús Luján, Julio Ruelas, Jesús Valenzuela y otros más decían sobre el joven escritor mexicano.

Ocupa una parte del prólogo la trayectoria de la aclamada geisha y actriz japonesa Sada Koyama, conocida como Sadayakko, de quien Tablada escribió en su crónica “En el país del sol. Un teatro popular”. Ruedas de la Serna investigó la crítica del momento y presenta las versiones de Enrique Gómez Carrillo y de Jean Lorrain en torno a la famosa actriz. Más adelante, el crítico explica con detalle, en una nota al pie de página:

Sadayakko, la más famosa geisha y actriz japonesa de todos los tiempos. Sada Koyama, su verdadero nombre, nació en Tokio en 1871, el mismo año que Tablada. Hija de una familia de viejos samuráis, arruinada económicamente, fue vendida a los cuatro años a una matrona llamada Kamekichi, dueña de una de las casas de té más frecuentadas por la nueva burguesía japonesa, para que la formara como geisha. Recibió la más primorosa educación a que podía aspirar una geisha, además de música e interpretación. Casada con un actor de teatro de vanguardia, Otojiro Kawakami, viajó el 30 de abril de 1899 a San Francisco. En California obtuvo sus primeros grandes éxitos, de público y de crítica periodística. ... Convertida ya en una celebridad, viajó a Europa, el 28 de abril de 1900, triunfando en Londres y después en París, a donde llegó el 29 de junio de 1900. (pp. 139-140)

Con esa claridad y brillantez está explicada la nueva edición. Pero hay algo más. Parte del prólogo presenta la problemática de la peste bubónica en algunos países asiáticos, y cómo el miedo a una epidemia desató una suerte de xenofobia en contra de todos aquellos que salieran de Asia. Con base en estudios recientes, Ruedas de la Serna subraya que “la peste bubónica en Chinatown [de San Francisco] contribuyó de manera evidente a crear la injusta visión negativa de los orientales en Estados Unidos, misma que se fue extendiendo a otros países de Occidente, como una forma de

discriminación" (p. 41). Todo ese contexto es presentado para comprender cuán difícil habría sido para Tablada emprender un viaje a Japón, sobre todo porque el poeta se dirigió primero a San Francisco.

La parte central del prólogo está dedicada al viaje. Aquí, *Ruedas de la Serna* sigue paso a paso el itinerario del escritor. Como ha habido una gran controversia sobre si en realidad Tablada fue o no a Japón, el investigador tuvo que hacer una extenuante labor para presentarle al lector los diferentes hechos, fases y posturas críticas. No me extiendo en este asunto con la esperanza de que el lector tenga la última palabra después de leer esta bien lograda edición.

Por último, como con todo buen estudio, *Ruedas de la Serna* deja el paso abierto a nuevas líneas de investigación. Sugiere que un estudio de las crónicas del brasileño Aluísio Azevedo, que vivió en Japón en 1900, recopiladas en su libro *O Japão*, enriquecerían el diálogo cultural entre los escritores latinoamericanos que viajaron o escribieron sobre el Oriente. José Juan Tablada no fue un gran prosista, sobre todo si lo comparamos con modernistas del calibre de Darío, Gómez Carrillo, Martí, Nájera o Rodó. Tampoco hay que olvidar que tuvo agudos críticos, como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes,² pero sus crónicas y dibujos, como los presenta esta edición de la UNAM, merecen ser releídos y reevaluados desde la propia postura del lector, ahora que han pasado más de cien años.

Araceli TINAJERO

² Octavio Paz, *El signo y el garabato*. México, Joaquín Mortiz, 1973, p. 189.

INFORMACIÓN SOBRE LOS COLABORADORES

NOMBRE	GRADO ACADÉMICO	LUGAR DE ADSCRIPCIÓN PRINCIPAL	MATERIA IMPARTIDA EN EL CELA	LÍNEA DE INVESTIGACIÓN	PUBLICACIÓN RECIENTE
Aguilar Piña, René	Candidato a doctor en Economía por la UNAM.	Profesor de asignatura del CELA.	Teoría económica en América Latina.	Formas históricas de inserción a la modernidad de los espacios Latinoamericanos y del Caribe.	“Camino de trascendencia”, en <i>Boletín de Estudios Latinoamericanos</i> , núm. 05. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, enero de 2005.
Aguirre, Teresa	Maestra en Economía con estudios de doctorado por la UNAM.	Profesora Asociada “c” de tiempo completo en la Facultad de Economía de la UNAM.	Impartió la asignatura México en el siglo xx.	El atraso y la modernidad en México y América Latina.	De la Peña, Sergio y Teresa Aguirre, <i>De la revolución a la industrialización</i> , t. 4, en Semo, Enrique, coord., <i>Historia económica de México</i> . México, Océano, 2006. 544 pp.
Ávila Martínez, José Luis	Licenciado en Economía por la Universidad de Guadalajara, con estudios de maestría en Economía por la UNAM.	Profesor titular “c” de tiempo completo en la Facultad de Economía de la UNAM. Actualmente es el coordinador del CELA.	México en el siglo xx.	América Latina: hacia un desarrollo incluyente.	<i>La era neoliberal</i> , t. 6, en Semo, Enrique, coord., <i>Historia económica de México</i> . México, Océano, 2006. 307 pp.
Buatu Batubengue, Omer	Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Investigador en el Seminario de Democracia y Resistencia en el CCYDEL.	Impartió la asignatura Problemas filosóficos.	La etnicidad. Factores histórico culturales para la democracia y la filosofía de de la cultura.	“Naciones multiétnicas, cultura y democracia convivencial”, en <i>Revista Latinoamérica</i> , núm. 39.

NOMBRE	GRADO ACADÉMICO	LUGAR DE ADSCRIPCIÓN PRINCIPAL	MATERIA IMPARTIDA EN EL CELA	LÍNEA DE INVESTIGACIÓN	PUBLICACIÓN RECIENTE
Cabrera López, Patricia	Doctora en Literatura por la UNAM.	Investigadora asociada "c" de tiempo completo.		Literatura, cultura y política en América Latina.	<i>Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987</i> . México, UNAM, CEIICH / Plaza y Valdés, 2006, 412 pp. (Debate y Reflexión, 4); "Inquietudes epistemológicas en torno a la historia y la crítica literarias", en <i>América Latina: historia, realidades y desafíos</i> . México, UNAM, Posgrado en Estudios Latinoamericanos, 2006, pp. 179-184.
Camacho Navarro, Enrique	Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Investigador titular "A" de tiempo completo en el CCYDEL.	Revoluciones del siglo xx.	Centroamérica y el Caribe siglos XIX, XX Y XXI.	"Fidel Castro en la perspectiva estadounidense. El primer año de revolución", en <i>Desde el sur: Visiones de Estados Unidos y Canadá desde América Latina a principios del siglo XXI</i> , vol. 2. México, UNAM, CISAN, 2004.
Cerutti Gulberg, Horacio	Doctor en Filosofía por la Universidad de Cuenca, Azuay, Ecuador.	Investigador titular "c" de tiempo completo en el CCYDEL.	Impartió, durante muchos años, Filosofía Latinoamericana.	Resistencia popular y ciudadanía restringida: ¿está en riesgo la democracia de América Latina?	<i>Configuraciones de un filosofar sureador</i> , Veracruz, H. Ayuntamiento de Orizaba, 2005.
Crespo Gaggiotti, Horacio	Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Profesor-investigador de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.	Historia de la Cultura en América Latina.	Cultura y política en América Latina, siglo xx.	<i>José Aricó</i> . Córdoba, Córdoba Cultura, 2001.

NOMBRE	GRADO ACADÉMICO	LUGAR DE ADSCRIPCIÓN PRINCIPAL	MATERIA IMPARTIDA EN EL CELA	LÍNEA DE INVESTIGACIÓN	PUBLICACIÓN RECIENTE
Cruz Meléndez, Yadira Ibette	Pasante de la licenciatura en Estudios Latinoamericanos.	Becaria en el IIIH.		Las mujeres en la literatura censurada por la inquisición en la Nueva España 1780-1810.	
Díaz Núñez, Luis Gerardo	Maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Profesor definitivo de Sociología en la FES Aragón, UNAM.		Teología de la Liberación	<i>La Teología de la Liberación Latinoamericana a treinta años de su surgimiento. Balance y perspectivas.</i> Toluca, UAEMM, 2005, 248 pp. (Col. Humanidades, serie "Estudios Latinoamericanos")
Díaz Ruíz, Ignacio	Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Profesor titular "c" de tiempo completo del CELA.	Seminario sobre novela en América Latina.	El modernismo latinoamericano: testimonios y poética de una generación.	<i>Antología del cuento modernista mexicano</i> , México, UNAM, 2005. [en prensa.]
Escamilla González, Iván	Doctor en Historia por la UNAM.	Investigador del IIIH.	Historia de Latinoamérica Colonial.	Historia del México colonial.	"La corte de los virreyes", en <i>Historia de la vida cotidiana en México</i> . México, FCE / El Colegio de México, 2005.
Estrada Castañón, Alba Teresa	Doctora en Ciencias Sociales por El Colegio de México.	Investigadora asociada "c" de tiempo completo.	Acción colectiva, cambio político y democracia.		<i>El movimiento anticaballerista: Guerrero 1960. Crónica de un conflicto</i> . Chilpancingo, Universidad Autónoma de Guerrero, 2001. (Col. Textos de Investigación)
Gotuman Bender, Ana	Doctora en Filosofía por la Universidad de París.	Profesora e investigadora de tiempo completo titular "c" en la FCPys de la UNAM.	Teoría de la Cultura.	Espacio público, sociedad civil, la palabra castigada.	<i>Significación y medios</i> . México, UNAM, 2003.

NOMBRE	GRADO ACADÉMICO	LUGAR DE ADSCRIPCIÓN PRINCIPAL	MATERIA IMPARTIDA EN EL CELA	LÍNEA DE INVESTIGACIÓN	PUBLICACIÓN RECIENTE
Grafenstein Gareis, Johanna von	Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Profesor-investigador titular "c" en el Instituto José María Luis Mora.	Historia Socioeconómica del Caribe-Antillas.	Historia de Haití y República Dominicana.	<i>Actividades de corsarios y piratas en el Caribe durante la independencia hispanoamericana.</i>
Guajardo Soto, Guillermo	Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Investigador interino asociado "c" de tiempo completo del CEIICH.	Dictaduras en América Latina.	Innovación, empresa y Estado en México y América Latina en perspectiva histórica.	Coord., <i>Ni éxito, ni fracaso: ideas, recursos y actores en las políticas económicas latinoamericanas del siglo XX</i> . México, Plaza y Valdés / UNAM, CEIICH, CCYDEL, Posgrado en Estudios Latinoamericanos, 2005, 277 pp.
Ham Juárez, Carlos	Doctor en Filosofía por la UNAM.	Profesor de asignatura de la UNAM.	Problemas Filosóficos.	Historia de la filosofía (siglos XVII y XXVIII).	"Entre el mito y la modernidad", comentario al libro de Saúl Hurtado, <i>Por las tierras de Ilóm, en Perspectivas Universitarias. Revista de Divulgación de la Unidad Académica Profesional Amecameca</i> , año I, núm. 1. Enero de 1999, pp. 104-109.
Ibarra González, Ana Carolina	Doctora en Historia por la UNAM.	Profesora titular "B" de tiempo completo definitiva en el CELA.	Historia de América Latina Siglo XIX.	Historia de la Independencia de México y América Latina.	(Coord.) <i>La independencia en el sur de México</i> . México, UNAM, CEIICH, Facultad de Filosofía y Letras, 2004.
Magallón Anaya, Mario	Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Investigador titular "A" definitivo de CCYDEL.	Seminario obligatorio de tesis.	La filosofía de la Ecuación en América Latina.	<i>La democracia en América Latina</i> , México, México, UNAM, CCYDEL / Plaza y Valdés, 2003.
Melgar Bao, Tirso Ricardo	Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Investigador titular "c" del INAH.	Seminario obligatorio de tesis.	Redes intelectuales y políticas en América Latina.	<i>Cuernavaca y el monte: prácticas y símbolos</i> . México, INAH, 2004.

NOMBRE	GRADO ACADÉMICO	LUGAR DE ADSCRIPCIÓN PRINCIPAL	MATERIA IMPARTIDA EN EL CELA	LÍNEA DE INVESTIGACIÓN	PUBLICACIÓN RECIENTE
Miranda Pacheco Mario	Licenciado en Filosofía y Letras, UMSA, La Paz, Bolivia, y doctor en Derecho Constitucional, por la Universidad de París.	Profesor titular "c" definitivo de tiempo completo del CELA.	Historia Socioeconómica del Área Andina (Bolivia y Perú). Titular del programa de posgrado en Estudios Latinoamericanos.	Historia, sociedad y cultura en América Latina.	<i>Signos y figuraciones de una época (antología de ensayos diversos)</i> . La Paz, Bolivia, Plural Editores / UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2004; "La cultura contemporánea y los estudios latinoamericanos", en <i>América Latina: historia, realidades y desafíos</i> , México, UNAM, Posgrado de Estudios Latinoamericanos, 2006.
Mora Martínez, Roberto	Maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Profesor de asignatura del CELA.	Filosofía en América Latina e Historia de las Ideas en América Latina Época Colonial.	Filosofía latinoamericana e historia de las ideas en América Latina.	"Historia y filosofía como función para la vida", en <i>Filosofía, utopía y política en torno al pensamiento y a la obra de Horacio Cerutti Guldberg</i> . México, UNAM, ENEP Iztacala, 2001, 342 pp.
Moreno Gutiérrez, Rodrigo	Licenciado en Historia por la UNAM. Actualmente realiza estudios de maestría en Historia.			La consumación de la Independencia.	
Pensado Leglise, Ma. de los Ángeles	Pasante de maestría en Geografía por la UNAM.	Jefa del Departamento de Geografía en el SUA de la FFYL de la UNAM.	Geografía de América Latina.	Organización espacial en América Latina.	Entre sus publicaciones se encuentra: Varios autores, "Semblanza del doctor Alfredo Troccoli Moreno", en <i>Cuadernos del CEDERU</i> . México, Montecillo, enero-julio, 1990.

NOMBRE	GRADO ACADÉMICO	LUGAR DE ADSCRIPCIÓN PRINCIPAL	MATERIA IMPARTIDA EN EL CELA	LÍNEA DE INVESTIGACIÓN	PUBLICACIÓN RECIENTE
Pensado Leglise, María Patricia	Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Investigadora y jefe del área de Historia Oral en el Instituto José María Luis Mora.	Seminario obligatorio de tesis.	Estructura social de los extranjeros en la ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX.	<i>El espacio generador de identidades locales. Análisis comparativo de dos comunidades: San Pedro de los Pinos y el Ocotito.</i> México, Instituto Mora, 2004.
Perus, Françoise	Maestra en Letras Hispánicas por la Universidad Paul Valéry de Montpellier, Francia	Investigadora titular "c" de tiempo completo definitiva en el IIS de la UNAM.	Impartió, durante muchos años, Literatura y Sociedad.	Cultura y narrativa, crítica literaria.	"Camino de la vida. Nos han dado la tierra, de Juan Rufo". <i>Revista Iberoamericana</i> , núm. 69. Pittsburg, julio-septiembre, 2003.
Pulido Herráez, María Begoña	Maestra en Letras Mexicanas por la UNAM.	Investigadora Asociada "c" de tiempo completo en el CCYDEL.	Literatura en América Latina 3.	Relaciones entre literatura e historia.	"De cómo la novela histórica habla del presente", en Patricia Cabrera, coord., <i>Pensamiento, cultura y literatura en América Latina</i> . México, UNAM, CEIICH / Plaza y Valdés, 2004.
Rajo Serventich, Alfredo G.	Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Estancia posdoctoral en la ENAH, con una beca de CONACYT.	Historia de América Latina siglo XIX.	La diversidad social latinoamericano del siglo XIX, ante el pensamiento hegemónico.	<i>Emilio Castelar en México. Su influencia en la opinión pública mexicana a través de "El Monitor Republicano"</i> . México, UACM. [En proceso de edición.]
Ricco Monge, Sergio	Etnólogo y maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Profesor de tiempo completo en la UPN y profesor eventual de la UNAM.		Problemas étnicos de México y América Latina.	"Lo étnico-nacional boliviano", en <i>Bolivia en la bora de su modernización</i> . México, UNAM, CCYDEL, 1993.

NOMBRE	GRADO ACADÉMICO	LUGAR DE ADSCRIPCIÓN PRINCIPAL	MATERIA IMPARTIDA EN EL CELA	LÍNEA DE INVESTIGACIÓN	PUBLICACIÓN RECIENTE
Ruedas de la Serna, Jorge	Doctor en Teoría Literaria y Literatura comparada por la Universidad de San Paulo, Brasil.	Profesor titular "B" de tiempo completo del CELA.	Literatura en América Latina.	Literatura mexicana contemporánea.	"De zagales y mayores. Notas para la historia de Arcadia en México", en Lara, Belem Clark de y Elisa Speckman Guerra. <i>La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico</i> , 3 vols. México, UNAM, 2005.
Torres Parés, Javier	Doctor en Historia y Civilizaciones por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París.	Profesor titular "A" de tiempo completo definitivo en el CELA.	México y América Latina.	Movimientos sociales en México y América.	Ed., <i>El libertador, órgano de la Liga Antiimperialista de Las Américas, 1925-1929</i> , edición facsimilar digital. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, CONACULTA / INAH / CEMOS, 2005.
Tur Donatti, Carlos Mariano	Doctorante en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Profesor investigador titular "C" del INAH.	Seminario de América Latina y los Sistemas Socioeconómicos Actuales.	Venezuela al despuntar el siglo XXI.	"Las imágenes mexicanas de la utopía del regreso", en <i>Iconografía mexicana</i> , vol. VII. México, INAH, 2006.
Weinberg Marchevsky, Liliana	Doctora en Letras Hispánicas por El Colegio de México.	Investigadora Titular "C" de tiempo completo del CCYDEL.	Estética	Ensayo latinoamericano.	<i>Literatura latinoamericana: descolonizar la imaginación</i> . México, UNAM, CCYDEL, 2004, 277 pp. (Serie Nuestra América, 60).
Wey Fagnani, Valquiria	Maestra en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.	Profesora titular "A" de tiempo completo definitivo en el CELA.	Teoría de la Cultura.	Las relaciones culturales entre la Nueva España y Portugal en la época de sor Juana y Antonio Vieira.	"Viver na tribu literária. A tradução ao espanhol de meu tio o iauaretê", Memórias do III Seminário Internacional Guimaraes Rosa, en <i>Revista Scripta</i> . Brasil, Pontificia Universidade Católica de Minas Gerais, 2005.

Siglas que aparecen en el contenido de esta información: *UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México; *CELA, Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras, FFYL; *CCYDEL, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos; *CISAN, Centro de Investigaciones sobre América del Norte; *CEIICH, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades; *ENEP, Escuela Nacional de Estudios Profesionales; *FES, Facultad de Estudios Profesionales; *IHH, Instituto de Investigaciones Históricas; *ENAH, Escuela Nacional de Antropología e Historia; *INAH, Instituto Nacional de Antropología e Historia; *UPN, Universidad Pedagógica Nacional; *IIS, Instituto de Investigaciones Sociales; *SUA, Sistema de Universidad Abierta; *FCPys, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Colaboradores invitados

Antonio Candido es doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de San Paulo. Es profesor emérito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de San Paulo y de la Universidad Estadual Paulista. Doctor *honoris causa* de la Universidad Estadual de Campinas. Coordinador del Instituto de Estudios da Linguagem de la Universidad Estadual de Campinas. Miembro del consejo editorial de la Revista *Teoría e Prática*. Entre sus últimas publicaciones se encuentran los artículos "Radicalismos. Estudos avançados", vol. 4, núm. 8. San Paulo, enero-abril, 1990, pp. 04-18. (Idéias radicais no Brasil, Joaquim Tabuco, Manuel Bonfim e Sérgio Barque de Holanda). (IEC-USP) "O poeta itinerante". Revista USP, núm. 4. San Paulo, diciembre de 1989 - febrero de 1990, pp. 157-68. ("Louvação da tarde", poema de Mario de Andrade). (IEB-USP)

H. C. Felipe Mansilla. Es doctor en Filosofía por la Universidad Libre de Berlín (*magna cum laude*), profesor visitante en las universidades de Alemania, Australia, España y Suiza. Miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia. Publicó en alemán dos obras cuyos títulos traducidos al español son: *Quimeras del desarrollo en el Tercer Mundo. Elementos para una crítica de la teoría de la modernización*. Schöningh, Viena / Padenborn, Zürich, 1986 y *La necesidad de armonía y eternización del dominio. Elementos de una teoría crítica del poder*. Münster, Hamburgo, Lit, 1994. De sus últimas publicaciones se cita: *Lo propio y lo ajeno en Bolivia. Reflexiones sobre la identidad colectiva de una sociedad en transición*. La Paz, Milenio, 2000.

Radicalismos. Estudos Avançados, v.4, n° 8. São Paulo, jan.-abr. 1990, p. 4-18. (Idéias radicais no Brasil: Joaquim Nabuco, Manuel Bonfim e Sérgio Barque de Holanda) (IEB-USP).

Anuario del colegio de estudios latinoamericanos 2006, editado por la Secretaría de Extensión Académica de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se terminó de imprimir en mayo de 2007 en los talleres de Grupo Edición, S. A. de C.V., Xochicalco núm. 619, col. Vértiz-Narvarte, 03600, México, D. F. El tiraje consta de quinientos ejemplares. La tipografía y formación estuvieron a cargo de María Alejandra Romero Ibáñez.